

EN UN MUNDO TORMENTOSO, SOLO ELLA HACE QUE SALGA EL SOL

CHLOE WALSH

Tamíng

LOS CHICOS DE TOMMEN #5

Montena

CHLOE WALSH

Taming
7

LOS CHICOS DE TOMMEN #5

Montena

Para Caitlin

NOTA DE LA AUTORA

Taming 7 es la quinta entrega de la serie Los Chicos de Tommen y el primer libro sobre Gerard Gibson y Claire Biggs.

Algunos de los pasajes de este libro pueden resultar extremadamente perturbadores, de modo que se recomienda al lector que proceda según su propio criterio. Debido a su contenido sexual sumamente explícito, violencia gráfica, temática adulta, detonantes emocionales y lenguaje inapropiado, el libro solo es apto para lectores que hayan alcanzado la madurez.

La historia está ambientada en el sur de Irlanda, durante el año 2005, e incluye argot y términos en irlandés. Las expresiones, las referencias, la jerga y los diálogos internos de los personajes se corresponden con esa época histórica y no reflejan en modo alguno las opiniones ni los valores personales de la autora.

Al principio del libro figura un glosario detallado.

Muchas gracias por acompañarme en esta aventura.

Con todo mi cariño,
CHLOE xxx

PRONUNCIACIÓN DE LOS NOMBRES

Aoif: If

Aoifa: Ifa

Caoimhe: Kifva

Gardaí: Gardi

Sadhbh: Saif

Sean: Shawn

Sinead: Shined

Neasa: Nesa

Eoghan: Owen

Tadhg: Taig (como «tiger» en inglés, pero sin la terminación «er»)

PREFACIO

Un momento antes de que el dolor me estallara en los pulmones y todo se quedara a oscuras, lo vi. Un halo de luz. Un orbe de puro sol.

A ella.

La vi a ella.

Y entonces lo supe.

Fue entonces cuando lo supe...

PRÓLOGO

No os llevéis a la chica

Claire

Mayo de 1995

El pestilente humo se me metía por la nariz, y no me gustaba. Mamá dijo que era incienso, el mismo que el padre Murphy quemaba en la misa de los domingos.

No me gustaba ir a misa. La iglesia me parecía aburrida, vieja y triste.

Y lo peor de todo era que no podías hablar durante toda una hora.

Cuando tienes cinco años, una hora te parece una eternidad.

De algún modo, ese día la iglesia me pareció aún peor, y eso que era martes.

Había más tristeza.

Miré las caras llenas de lágrimas que tenía a mi alrededor y tiré de un hilo suelto de mi rebeca mientras balanceaba las piernas adelante y atrás, sonriendo para mis adentros cada vez que golpeaba con los pies el respaldo del banco que tenía delante.

—Estate quieta, Claire —ordenó papá poniéndome una mano en la rodilla—. Acabamos enseguida, cielo.

—Qué peste —le susurré tapándome la nariz—. No me gusta, papi.

—Ya lo sé, cielo —afirmó pasándome una mano sobre los rizos—.

Pórtate como una niña mayor y quédate quietecita cinco minutos más; hazlo por papi.

—¿Luego podré jugar con Gerard?

No me contestó.

—¿Puedo jugar hoy con Gerard, papi? —repetí tirándole de la pernera del pantalón del traje—. Porfa... Lo echo de menos.

—Hoy es mejor que no, cielo —repuso, y luego hizo lo mismo que el resto de los hombres. Se inclinó hacia delante y apretó los pulgares contra los ojos para ocultar las lágrimas.

—Pero ¿por qué? —pregunté—. Está justo ahí arriba. —Señalé hacia la parte delantera de la iglesia—. Lo veo desde aquí, papi.

—No, Claire.

—Pero...

—Chist.

Yo no entendía nada de lo que pasaba.

Me giré hacia un lado y miré a mi hermano. A él también se le caían las lágrimas. Mamá lo tenía apretado contra un costado mientras él lloraba en su hombro.

—Oye, Hugh —susurré cubriendome la boca con ambas manos—. ¿Quieres jugar con Gerard después de misa?

—Chist, Claire —resopló mamá limpiándose la cara con el pañuelo que se había sacado de la manga—. Aquí no.

¿Aquí no?

¿Qué quería decir con eso?

No entendía lo que pasaba, pero no me gustaba nada. Tenía una sensación extraña en la barriga que se volvía más intensa cada vez que miraba los ataúdes. Así es como Hugh llamó a las cajas que estaban colocadas junto al altar.

Había una grande y marrón, y otra más pequeña de color blanco. Hugh dijo que Joe, el papá de Gerard, estaba en la grande y Bethany, su hermana,

en la pequeña.

Porque se habían ahogado el sábado anterior.

Yo no había oído nunca la palabra «ahogado», y era difícil entender su significado, pero aun así me hacía sentir supertriste. Porque cuando te ahogabas te metían en una caja.

—Ahogado. —Con el ceño fruncido en señal de concentración, intenté deletrear la palabra—. A-H...

—Chist, Claire.

Qué va, era demasiado larga para mí.

Tras cogerme las manos y luego soltarlas, miré a mi alrededor y saludé al profesor de Gerard y a Hugh, que estaban en el otro extremo de la fila.

—Ya está bien, Claire —me advirtió mamá agarrándome la mano al vuelo y colocándola sobre mi regazo—. Pórtate bien.

Pensaba que ya me estaba portando bien.

Tratando por todos los medios de hacerle caso a mamá, me senté sobre mis manos y no volví a balancear las piernas.

Al menos hasta que empezó la música y todo el mundo se puso en pie.

—¡Oasis, papi! —chillé con una emoción apenas contenida.

Conocía esa canción. Era del grupo preferido de Joe y de mi padre. Se llamaba «Stop Crying Your Heart Out».

Papá no sonreía. Estaba demasiado triste. Joe era su más mejor amigo del mundo entero y estaba en el ataúd marrón, pero Gerard era mi más mejor amigo del mundo mundial, y yo estaba contenta porque no se había ahogado con Joe y Bethany.

Mi papá había sacado a Gerard del agua. Había saltado y lo había rescatado. Con el traje y los zapatos puestos. Y los calcetines. Mi padre era un héroe. Eso decían los vecinos.

Cuando el padre Murphy avanzó por el pasillo esparciendo aquel humo apesento, me tapé la nariz y me revolví con incomodidad, pero me olvidé del olor en cuanto posé la mirada sobre los ataúdes. Los estaban trasladando

por el pasillo.

Primero el grande y marrón.

Luego el más pequeño, de color blanco.

Entonces los llantos se oyeron más y más alto, y yo me puse supertriste. Cuando el ataúd blanco pasó junto a nuestro banco, mi hermano estalló en lágrimas y lloró con fuerza sobre el pecho de mi madre.

—Chist, Hugh —lo regañé—. Pórtate bien.

—Chist, Claire —dijeron mamá y papá a la vez.

Yo no lo pillaba.

La gente comenzó a seguir el ataúd.

La yaya y el yayo de Gerard, sus titas y titos, y sus primos y primas. Su mamá, Sadhbh, a la que sujetaba su novio, Keith, y el cochino de su hijo, Mark.

Mark no me caía bien. No me gustaban sus ojos malignos, sus manazas enormes ni que nos mirara siempre con el entrecejo arrugado.

Arrastrando los pies detrás de él, con su tita Jacqui, estaba mi más mejor amigo del mundo mundial.

Gerard.

Me emocioné tanto al verlo que casi me pongo a dar saltos de alegría. Con los ojos como platos, me quedé mirando cómo ese rubiales, de rizos iguales a los míos, usaba la manga de su blanca camisa para limpiarse la nariz antes de fijar la vista en mí.

—Hola —dije moviendo los labios mientras lo saludaba con la mano.

Sus ojos parecían muy tristes y tenía las mejillas llenas de lágrimas, pero levantó la mano y me devolvió el saludo.

—Hola.

El corazón me empezó a latir superrápido, como si acabara de echar una carrera, y mi estómago se dio la vuelta como una tortita en una sartén.

—Ni se te ocurra moverte... —comenzó a decir mamá, pero no pude evitarlo. Ya estaba saliendo del banco y corriendo a toda prisa por el pasillo

—. ¡Peter, detenla!

—¡Claire! —susurró papá con ímpetu; pero era demasiado tarde.

Ya había llegado hasta él. Sin detenerme hasta estar junto a mi mejor amigo, deslicé la mano dentro de la suya y se la apreté.

—Te he echado de menos.

Sorbiéndose la nariz, Gerard estrechó mi mano con fuerza y se limpió la mejilla con la manga de su traje negro mientras salíamos de la iglesia tras los ataúdes.

—Yo también te he echado de menos.

—Me alegro de que no estés en la caja —le murmuré al oído acercándome lo suficiente como para que solo él pudiera oírme—. Eres mi persona favorita del mundo mundial y cambiaría a cualquiera por ti. Incluso a Hugh.

—No deberías decir esas cosas —contestó; pero no solo no parecía enfadado, sino que además me apretó la mano con fuerza mientras seguíamos a la multitud hacia el cementerio.

—Recé para que fueras tú —dije al instante deseosa de contarle todas las cosas que me había guardado en la cabeza desde lo del barco. Desde el ahogamiento—. Cuando dijeron que habían salvado a alguien del agua, recé para que fueras tú.

Dejó ir un sollozo y se giró para mirarme.

—Ah, ¿s-sí?

Asentí con la cabeza.

—Le prometí a Dios que haría todas las cosas buenas que hay que hacer en el mundo si te traía de vuelta. —Le sonréí—. Y me hizo caso.

—No fue Dios, Claire —musitó limpiándose la nariz con la manga—. Fue tu padre.

—Me da igual quien fuera —repliqué—. Lo importante es que estás aquí.

—No creo que mi familia piense lo mismo —comentó girándose de nuevo para mirar al suelo mientras caminábamos—. Creo que hubieran

preferido que tu padre salvara a Bethany.

—Pues yo no —admití con sinceridad—. Yo quería que te salvaras tú antes que nadie.

—Claire, vuelve con nosotros, por favor —interrumpió papá alcanzándonos y poniéndome una mano en el hombro—. Ahora mismo no puedes estar con Gerard.

Abrí la boca para quejarme, pero Gerard respondió por mí:

—Por favor, no os la llevéis.

—Déjalos, Pete —le dijo la tita Jacqui a papá—. Bien sabe Dios que en estos momentos el pobre chiquillo necesita una cara amiga.

Papá no lo tenía tan claro, pero me dejó caminar con Gerard hacia el cementerio.

—No sé qué voy a hacer ahora —espetó cuando llegamos a la tumba—. No quiero irme a casa con ellos.

—¿Con tu mamá y con Keith? —Arrugué la nariz en señal de asco y murmuré—: Y con el cochino de Mark.

Gerard asintió con rigidez.

—Quiero a mi papá.

—Pero ahora tu papá es un ángel, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Eso ha dicho el padre Murphy.

—¿No te lo crees?

—Ya no sé ni lo que creo —respondió, y luego se quedó callado un buen rato antes de lanzar un suspiro de frustración—. He quedado como un idiota.

—¿Cuándo?

—En la misa.

—¿Por qué?

—Porque no he podido leer —contestó en voz baja.

—¿La oración? —pregunté recordando el rezo que Gerard había leído en

el altar durante la misa—. A mí me ha parecido que lo has hecho genial.

—Claire, no he sido capaz de leer las palabras —soltó fijando sus grises ojos llenos de lágrimas en los míos—. Me las inventé.

—No pasa nada, Gerard. —Sonreí con muchas ganas para hacerlo sentir bien—. A mí me pareció que eras el más mejor.

—Mark dice que es porque soy estúpido —agregó estrechándose con fuerza la mano—. Me lo susurró al oído cuando volví del altar.

—El estúpido es él —gruñí enfadada—. Eres la persona más lista que conozco. Pero superlista de verdad.

—Solo me pasa cuando las palabras están en una página —afirmó soltando un suspiro de frustración—. Te juro que las recuerdo sin problema en mi cabeza. Podría haber recitado la oración fácilmente si no hubiera tenido que mirar esa estúpida página.

—Gerard.

—Para mí no tienen ningún sentido —se apresuró a añadir—. Da igual si las escribo yo o las escribe mamá. Para mí no hay una sola palabra en esa página que tenga ningún sentido.

—Puedo ayudarte —le ofrecí—. Se me empieza a dar muy bien leer mis libros de texto del cole.

—Solo quédate conmigo. —Me apretó la mano—. Eso ayuda.

—¿Sí?

Asintiendo rígidamente con la cabeza, dio un paso hacia el agujero de la tumba y echó un vistazo a su interior.

—Es profunda.

—Sí, superprofunda —acordé fisigoneando en el enorme agujero que había en el suelo junto a él.

—Y oscura.

—Ajá —asentí con energía—. Demasiado.

—A ella le da miedo la oscuridad.

—¿A Bethany?

—Sí.

—Pero no pasa nada, porque tu papá está con ella y la protegerá.

—¿Y qué pasa conmigo? —susurró mientras una lágrima solitaria le resbalaba por la mejilla—. ¿Quién me protegerá a mí?

—Yo, tonto —repuse soltándole la mano para poder darle un abrazo—. Yo te protegeré, Gerard.

Se le entrecortó la respiración y supe que estaba a punto de ponerse a llorar otra vez. Pero, en lugar de eso, se zafó de mi abrazo, se apartó del enorme agujero y echó a correr por el sendero, lejos de la muchedumbre, ignorando a su mamá y a sus titas, que gritaban su nombre.

Era más rápido que yo.

Tenía las piernas más largas.

Pero hasta ese momento Gerard nunca había huido de mí.

Me puse triste.

—¡Hey, Gerard! —grité casi sin resuello mientras corría tras él—.
¡Espérame!

—¡Ya lo traigo yo! —dijeron Hugh y Patrick pasando junto a mí a todo trapo como si fueran los corredores más rápidos de Irlanda.

Mi hermano y sus amigos tenían siete años. Yo, solo cinco. No era justo que no pudiera seguirles el ritmo.

Una manita agarró la mía y, al girarme, vi unos brillantes ojos azules.

—Hey.

—¡Lizzie! —Al ver a mi otra mejor amiga, sonréí y la abracé con fuerza—. Has venido.

—Hemos venido todos.

—¿Hasta Caoimhe?

—Sí. ¿Vas a volver con tus padres?

—Tengo que encontrar a Gerard.

—¿Quieres que vaya contigo?

Asentí alegramente.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Lizzie se agarró a mi brazo y se puso a brincar a mi lado en dirección a donde habían ido los chicos.

—No me gusta cómo huele la iglesia.

—A mí tampoco —convino—. Apestá.

—Y hace mucho calor —añadí—. Mamá me ha obligado a llevar leotardos y esta rebeca tan gruesa. —Acalorada, tiré de los botones de la chaqueta y lancé un suspiro al ver que no se desabrochaban—. Aún no se me dan bien los botones, Liz.

—No pasa nada —contestó alargando la mano hasta mi rebeca—. A mí se me dan genial.

Y es que ella era genial. Lizzie era tan genial que hasta podía deletrear la palabra «genial». En clase, los profes siempre le daban las estrellas al mejor trabajo. Pero a mí no me importaba. Después de Gerard y Shannon, Lizzie era mi tercera amiga preferida del mundo.

—¿Crees que va a estar bien? —le pregunté un rato después cuando doblamos una esquina que había en la parte vacía del cementerio y vimos a los chicos.

A lo lejos distinguí a mi hermano, Hugh. Sujetaba a Gerard entre sus brazos. Lo apretaba contra él mientras su otro amigo, Patrick, permanecía sentado junto a ellos en el suelo con el brazo alrededor de ambos. No oía lo que mi hermano le decía a Gerard, pero sabía que era algo inteligente. A Hugh se le daban bien esas cosas. Siempre sabía qué decir.

—¿Quién?

—Gerard.

—No lo sé, Claire. —Lizzie se encogió de hombros mientras me ayudaba a volver a atarme la rebeca alrededor de la cintura después de que se cayera—. Caoimhe dice que Gibsie va a estar triste durante mucho tiempo.

—Muchísimo tiempo —confirmé poniéndome triste al pensarlo.

—Dice que tenemos que dejarlo en paz y darle tiempo.

—¿Tiempo?

—Sí.

—¿Tiempo para qué?

—No lo sé —replicó alzando los hombros—. Pero Caoimhe dice que es importante.

—Quiero abrazarlo.

—Deberías hacerlo —me dijo—. Tus abrazos son los mejores.

—Tus abrazos tampoco están nada mal —repuse—. Son supermulliditos.

—Pero los tuyos son como la luz del sol.

—¿Como la luz del sol? —Arrugué el ceño con gesto confundido—.
¿Por qué?

—Porque tú eres la luz del sol, tonta —se rio antes de irse saltando hacia donde estaban los chicos—. O a lo mejor es tu champú.

—¿Mi champú? —Me cogí uno de los rizos y lo olisqueé—. Entonces no son rayos de sol, Liz. Son fresas.

—Siento mucho lo de tu padre, Gibbsie —dijo Lizzie al llegar a la piña de amigos. No se detuvo hasta estar arrodillada junto a él en el sendero envolviéndolo con fuerza entre sus brazos—. Y lo de tu hermana también.

—Gracias, Liz —respondió Gerard sorbiéndose la nariz y devolviéndole el abrazo.

—Ah, te he traído esto —agregó metiéndose la mano en el bolsillo de la falda—. Lo siento, se me ha doblado. —Le puso una margarita en el regazo antes de instalarse en el suelo junto a mi hermano—. Es para la tumba.

—Gracias, Liz. —Se metió la margarita en el bolsillo antes de volverse para mirar a mi hermano y luego a Patrick—. Gracias por quedarnos, chicos.

—Siempre nos quedaremos, Gibbs —contestó Hugh manteniendo un brazo alrededor de Gerard mientras con el otro acercaba el cuerpo de Lizzie al suyo.

—Exacto —convino Patrick pasando el brazo alrededor de Gerard por el otro lado—. ¿Para qué están los amigos?

Noté una punzada de calor y enfado en el estómago.

Me pasaba siempre que Liz y Hugh estaban juntos. Se supone que ella era mi amiga, pero cuando venía acababa jugando con mi hermano y a mí eso no me gustaba.

Sentada con las piernas cruzadas frente a ellos en el sendero, me rasqué una costra que tenía en el codo e intenté pensar en cosas más bonitas. Más agradables. Al fin y al cabo, le había hecho una promesa a Dios. Había salvado a Gerard.

—¡Liz! —La familiar voz de Caoimhe atravesó el aire—. ¿Cómo se te ocurre irte corriendo así? Mamá te está buscando por todas partes.

—¡Ay, jopé! —regruñó Lizzie poniéndose enseguida de pie—. Será mejor que vuelva.

—Te acompañó con tu hermana —dijo Hugh levantándose de golpe para unirse a ella—. Ahora vuelvo, Gibs.

—Está claro que le hace tilín —anunció Patrick contemplando cómo Hugh y Liz caminaban por el sendero.

—Uy, sí —confirmó Gerard en voz baja—. Es muy evidente.

Frunciendo el ceño, Patrick añadió:

—Creo que él también le hace tilín a ella.

—Sí —contestó Gerard—. También es evidente.

—¿Qué es «hacer tilín»? —les pregunté.

—Es cuando dos personas quieren cogerse de la mano y pasarse todo el recreo jugando juntos. Solos —explicó Patrick.

—Pero Hugh no va al mismo cole que Liz, así que, ¿cómo pueden hacerse tilín si no juegan juntos en el recreo?

—Ellos lo hacen en casa —apuntó Gerard.

—¿Jugar?

—Sí.

—Pero tú también juegas con Lizzie, Patrick —señalé—. ¿Eso quiere decir que a ti también te hace tilín ella?

—No sé. Puede que a veces —repuso con aire distraído antes de ponerse

en pie rápidamente—. Ahora vuelvo.

—Perdona por irme corriendo antes —se disculpó Gerard cuando Patrick se había ido—. No me estaba escapando de ti.

—Fue por el agujero grande del suelo, ¿verdad? —indagué gateando para sentarme a su lado—. A mí también me dio miedo.

Con los ojos grises llenos de lágrimas, asintió lentamente con la cabeza.

—No quería ver cómo metían a mi hermana ahí.

—Oye, Gerard.

—Qué, Claire.

—¿Necesitas tiempo?

—¿Tiempo para qué?

—No sé. —Me encogí de hombros y reajusté el nudo que sujetaba la rebecca a mi cintura—. Caoimhe dice que necesitas mucho tiempo y que te dejemos en paz.

—No, no, no te vayas —se apresuró a decir agarrándome la mano—.
¿Vale?

—Tonto, no me iba a ir a ningún lado —contesté con una risilla observando cómo su mano hacía que la mía pareciera superpequeña—. Nunca te abandonaría, Gerard.

—Eso me decía mi papá. —Ahogó un tembloroso suspiro y cerró con fuerza los ojos antes de susurrar—: Así que... por favor, no te vayas, ¿vale?

—No me iré nunca, Gerard —repliqué acercándome a él hasta que nuestros hombros se encontraron. Eso es lo que pasaba cuando estaba con Gerard. Quería que mi mano tocara la suya todo el rato. O mi hombro. O mis dedos de los pies. Nunca quería que se alejara o se fuera. Solo quería que se quedara muy cerca de mí. Hasta cuando estaba supertriste—. Nunca te abandonaré.

—Lo digo en serio —insistió girándose para mirarme—. No puedo perder a otra persona a la que quiero.

—¿Me quieres?

Asintió con tristeza mientras otra lágrima le resbalaba por la mejilla.

—A ti más que a nadie.

Una sonrisa iluminó mi cara.

—¿Más que a Hugh?

Arrugó la nariz en señal de repulsa.

—A Hugh no lo quiero.

—¿Más que a Patrick?

—Tampoco quiero a Feely.

—Ah, ¿no?

—Solo a ti.

—Oye, Gerard, si alguna vez te pones supertriste, también puedo ser tu hermana. A Hugh no le importará compartir.

—No puedes ser mi hermana, Claire.

—¿Por qué?

—Porque no te puede hacer tilín tu hermana.

—¿Yo te hago tilín? —La tripa volvió a darme un vuelco como una tortita—. ¿Más que Lizzie? Porque una vez le oí decir a Hugh que es superguapa.

—¿Lizzie? Ufff, qué va —farfulló curvando el labio en señal de desaprobación—. A Lizzie no la veo.

—¿No?

—No veo a nadie. —Curvó los labios hacia arriba formando la más mínima de las sonrisas—. Solo a ti.

—¡Gerard, corazón, es hora de volver a casa! —gritó una voz familiar; sentí cómo se ponía rígido cuando nuestras familias caminaron hacia nosotros—. Van a ir los que han venido al entierro.

—Cinco minutos más —pidió con la respiración agitada—. Por favor.

—Cariño, tenemos que irnos —insistió su mamá.

—Por favor... —repitió él con los ojos clavados en el sendero—. Cinco minutos.

—Gerard...

—Se puede venir a casa con nosotros, Sadhbh —propuso pasándole el brazo por los hombros lo mejor que pude. No fue fácil, porque era mucho más grande que yo, pero lo intenté—. Hay sitio en el coche.

—Hoy no, Claire, cariño —repuso sorbiéndose la nariz—. Ahora mismo Gerard tiene que estar con su familia.

—No son mi familia —soltó con el pecho agitado—. Mi familia son ellos —añadió señalando en la dirección opuesta, hacia el lugar en el que su papá y su hermana habían sido enterrados—. Así que déjame en paz, ¿vale?

—¡Gerard! —exclamó Sadhbh sofocada justo antes de romper de nuevo a llorar—. En estos momentos te necesito conmigo.

—Deja que se vaya con sus amigos, cariño —trató de persuadirla Keith—. Se sentirá mejor con gente de su edad.

—Sí, deja que se vaya —gruñó Mark—. Estoy harto de tanto lloriqueo.

—¡Mark, eso no ayuda en nada!

—No puedo respirar —balbució Gerard girándose para mirarme, con sus ojos grises presos por el pánico mientras daba bruscas y profundas bocanadas de aire—. Claire, no puedo respirar.

Los ojos se me salieron de las órbitas.

—¿No?

Movió la cabeza hacia los lados.

—Me ahogo.

—¿Te ahogas? —Mientras me desgañitaba con un grito de sobresalto, me puse en pie como un muelle y tiré de él hacia mí—. Tranquilo, Gerard. Tú solo abre la boca y deja que entre el aire.

—¡No p-puedo!

—¿No puedes?

—N-no...

Después se desató un infierno.

—¿Qué le pasa?

—Tiene un ataque de pánico.
—¿Gibs?
—Gerard, corazón, soy yo, Sinead. ¿Me oyes?
—¡No puedo respirar!
—¡Ayudadlo!
—¡No, no me s-sueltes la m-mano!
—No lo haré, Gerard.

Tumbada a oscuras, miraba fijamente el techo mientras hacía lo posible por ser una niña valiente. No me gustaba dormir en la oscuridad, pero esa noche me quedaba en la habitación de mi hermano, así que no tenía elección. Aunque tampoco es que diera tanto miedo. La luna estaba enorme y brillante, y resplandecía a través de la ventana como una lamparita de noche.

—¿Estás despierta?

Era Hugh.

—Sí —respondí también con un susurro—. ¿Tú?

—Pues claro. Te he hecho una pregunta, ¿no?

—Ah, vale.

—¿Sigue agarrado a tu mano?

Bajé la mirada hacia el lugar en el que mi mano y la de Gerard estaban entrelazadas y asentí.

—Sí.

Apoyándose sobre los codos, mi hermano se inclinó sobre el cuerpo dormido de Gerard y me preguntó murmurando:

—¿Necesitas ir al baño antes de dormir?

—¡Qué mal! —Me mordí el labio con preocupación—. ¿Y si mojo la cama?

—Ni se te ocurra mojarme la cama.

—Pero ¿y si me quedo dormida y pasa?

—Ve al baño antes de quedarte dormida.

—No puedo. No me va a soltar y llevo todo el día cogiéndole la mano.

—Bueno, ahora mismo está grogui —musitó Hugh—. Le han dado esa medicina para que se durmiera.

—Sí —respondí frunciendo el ceño al recordarlo—. Estaba muy triste.

—Lo sé. —Hugh dejó ir un hondo suspiro—. Suéltate de su mano y ve al baño.

—Ya lo he intentado. —Tenía la palma sudada y caliente, pero Gerard seguía agarrándomela con ambas manos—. Estoy atrapada, Hugh.

—Mierda.

—No digas palabrotas.

—Deja que se quede esta noche con los niños, Sadhbh —le oí decir a mi madre al otro lado de la puerta de la habitación—. Ya se ha dormido, la pobre criatura. Mañana lo llevo a casa a primera hora.

—Uy, mierda —exclamó Hugh moviendo los labios justo antes de desplomarse a la posición de dormir.

—No digas palabrotas —musité con vehemencia copiando sus acciones.

—No sé qué hacer, Sinead —sollozó la madre de Gerard—. Está destrozado.

—Es un chico fuerte con una madre maravillosa que lo quiere muchísimo. Superará lo que se le ponga por delante.

—Pero es horrible, porque ya le estaba costando acostumbrarse a la separación, y ahora que Joe ya no está y el mes pasado Keith se vino a vivir a casa... —Otro sollozo de dolor—. Me da miedo que sienta que estoy sustituyendo a su padre.

Se oyeron más murmullos y luego unos pasos alejándose llenaron el silencio.

—Es verdad que ha sustituido a Joe —rezongó Hugh por lo bajini.

—¡Hugh!

—¿Qué? Es verdad.

—Ya, pero no puedes decirlo en voz alta.

—Claire, lo diga en voz alta o para mis adentros, sigue siendo verdad. Sadhbh rompió con Joe por Keith, y todo el mundo lo sabe.

—¿Incluso Gerard?

—Sobre todo Gibs.

—No me lo ha dicho nunca.

—Porque te trata como si fuieras de cristal.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Vaya. —Con el entrecejo arrugado, me puse de lado para mirar a mi hermano—. Oye, Hugh. ¿Qué significa «romper»?

—Es cuando alguien a quien quieras pasa de ti porque quiere más a otra persona —contestó dándose la vuelta para mirarme.

—Ah. —Me mordí el labio pensando en lo que había dicho—. Mamá va a romper con papá como hizo Sadhbh con Joe?

—De ninguna manera —replicó Hugh con tono tranquilizador—. Mamá quiere a papá como es debido.

—¿Sadbhb no quería a Joe como es debido?

—En algún momento sí —afirmó encogiéndose de hombros—. Pero supongo que dejó de hacerlo.

—Eso es supertriste.

—Deja de decir «súper» todo el rato, Claire.

—Me gusta esa palabra —protesté—. Hasta puedo deletrearla.

—Vale, vale... —dijo bostezando—. Oye, creo que tengo un plan.

—¿Sí?

—Sí. —Asintiendo con la cabeza, se inclinó sobre el cuerpo dormido de Gerard y acercó una mano—. Yo le cojo la mano mientras tú vas al lavabo.

—Pero ¿y si se despierta y le da otro ataque de pánico?

—Tendrás que hacer pis muy rápido —farfulló mi hermano mientras separaba las manos de Gerard de la mía—. Ahora, Claire. Date prisa.

Esa misma noche me despertaron unos llantos.

—¿Hugh? —Abrí los párpados y, confundida, miré a mi alrededor en el cuarto de mi hermano—. ¿Eres tú?

—N-no, sigue d-dormido.

—¿Gerard? —La barriga me volvió a hacer lo de la tortita al oír su voz, y enseguida me puse de lado para mirarlo—. Hola.

Él ya estaba apoyado sobre un costado frente a mí, sujetando mi mano derecha entre las suyas.

—Hola.

—¿Estás bien?

Sorbiéndose la nariz, se secó la mejilla contra la almohada y negó lentamente con la cabeza.

—¿Has tenido una pesadilla?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Con el barco? —pregunté colocando la mano libre sobre la suya—.
¿Te caías al agua?

Otro ligero gesto afirmativo.

—Ahora estás a salvo —dije intentando apaciguarlo—. A gusto, calentito y seco... Y estás otra vez conmigo.

No sonrió. Siguió mirándome fijamente mientras por las mejillas le resbalaban unas lágrimas gigantescas.

—¿Qué voy a hacer, Claire?

—¿Qué quieres decir? —repuse acercándome para que nuestros pies se tocaran. Yo siempre los tenía fríos. Los de Gerard siempre estaban calientes. Menos el sábado anterior. El día de su primera comunión y de la de Hugh. El día en el que nuestros papás llevaron a ambas familias a ese gran barco para celebrarlo. Ese día, Gerard estaba azul y sentía frío por todas partes.

—Sin mi padre —susurró cubriéndome los pies con los suyos. Apretó fuerte los ojos antes de balbucir—: Ni m-mi hermana. —Ahogando un

nuevo sollozo, soltó aire de forma agitada—. Ahora estoy solo.

—No es verdad —le susurré enjugándome una lágrima supergrande de la mejilla—. Tienes a Sadhbh, a Keith, a Mark...

—Lo odio —rebufó entre dientes interrumpiéndome.

—¿A quién? ¿A Keith?

Asintió con la cabeza.

—Y no s-solo a él.

—¿A Mark también?

Resoplando, tragó saliva antes de decir:

—No me gusta cómo me mira.

Abrí los ojos como platos.

—¿Te mira mal?

—Con ojos demoniacos —explicó—. Como si quisiera hacerme daño.

Sentí cómo la ira me crecía en la tripa.

—¿Hacerte daño?

Asintió de nuevo.

—Puede que incluso matarme.

—Bueno, si te hace daño, le daré una patada en la pilila —gruñí—. Sé hacerlo. Pregúntale a Hugh. La semana pasada le di con el pie en la pilila por romperme la Barbie y se echó a llorar.

—Ah, sí. —Gerard sonrió—. Me acuerdo.

Su primera gran sonrisa desde aquel día.

—Me gusta tu cara cuando haces eso —le dije acercándome para tocar el agujero que se le formaba en la mejilla al sonreír.

—¿El qué?

—Sonreír —le expliqué—. Me tiembla la barriga cuando lo haces.

—¿Te tiembla?

—Ajá —asentí con entusiasmo y solté una risita cuando pasó de nuevo—. Como cuando se mueve la gelatina.

—Ah. —Gerard arrugó las cejas; parecía que se estaba concentrando

superfuerte—. A mí me pasa lo mismo.

—Oye, Gerard.

—¿Qué, Claire?

—Aún no me has soltado la mano.

—Lo sé. —Un escalofrío recorrió su cuerpo y me apretó la mano con más fuerza—. Lo siento. Es que... cogerte la mano me hace sentir mejor.

—¿De verdad?

—Sí. —Me miró con cautela—. ¿Te parece bien?

—Sí. —Le sonreí—. Me la puedes coger por siempre jamás.

—¿Me lo prometes?

—Ajá —contesté bostezando, ya medio dormida—. Te lo prometo.

1

Reaparecer con más fuerza que nunca

Gibsie

Diez años después

«Grita, patético trozo de mierda», ordenó la voz de mi cabeza.

¿Seguro que era mi voz?

¿O era la de otro?

Ya no podía estar seguro.

Lo único que sabía en ese momento era que quería moverme, correr, gritar... pero no podía.

«¡Pide ayuda, joder!».

«¡No puedo!».

Nada parecía funcionar.

No podía mover ni un músculo.

Ni siquiera la punta de un dedo.

El miedo me tenía paralizado.

«Otra vez».

Indefenso, empapaba con mis lágrimas la zona del colchón contra la que tenía la cara estrujada.

Presión.

Me subía por la garganta.

Me empujaba fuerte contra la cama.

Lágrimas silenciosas seguidas de gritos callados que no conseguían activar mis cuerdas vocales.

«Una gota. Otra gota. Otra gota».

El enorme peso que aguantaba sobre mí me mantenía encerrado en mi propio pozo de terror eterno.

Ahogándome.

Estampándome la cara contra el colchón hasta impedirme respirar. Dejando que el agua me llenara los pulmones y los hiciera explotar.

Con las fosas nasales dilatadas.

«No es real».

Agitando los brazos.

«No estás aquí».

Viendo cómo se filtra la oscuridad.

«Ya no duele».

La imagen de las devastadoras olas cambió a la familiar vista del descansillo del piso de arriba.

«Me ahogo, mamá».

Veía la tonalidad de la luz que desprendía la lámpara de su dormitorio brillando bajo el marco de la puerta.

«Me hundo otra vez».

Mi cuerpo se agitó indefenso al verse atravesado por aquel dolor abrasador, tan horrible y familiar.

«¿Por qué no me ves?».

Preferiría estar muerto.

«Duele».

Ya me estaba muriendo por dentro.

«Haz que pare».

Ya tenía las entrañas destrozadas.

«Haz que él pare».

El corazón se me desintegraba lentamente en el pecho.

«No, no me alejes de ellos».

Mis latidos se ralentizaron, pero aún me oía el pulso retumbando en los oídos.

«No. Por favor. No dejes que él me salve».

Porque nunca me voy a curar.

«Tú tienes la culpa de que esté muerta».

Sentía sus manos sobre mi cuerpo.

«No despegues los ojos de la puerta».

Presión.

«Por favor, deja que me vaya».

Se me acumulaba en el pecho.

«Quiero estar con mi padre».

Me araÑaba la garganta.

«No me obligues a soltarle la mano».

Ahogándome.

«No veo a mi hermana».

Asfixiadome.

«Está desapareciendo más y más en la oscuridad».

Empujándome los pulmones hasta impedirme respirar.

Él se acerca.

«—¡No!».

«Ve con ella».

«—¡Para!».

«Te prometo que allí abajo todo será mejor».

«—¡Papá!».

«Aguanta la respiración».

Y entonces me sacó del agua.

«—¡Respira, chaval, respira!».

«Te mereces un castigo».

«—¡Sigue intentándolo, joder!».
«Te mereces que te hagan daño».
«—¡Un, dos, tres, cuatro, cinco!».
«Te mereces que te destrocen».
«—¡Atrás!».
«Desde dentro hacia fuera».
«—Hay pulso...».

—¡No! —Jadeando, salí a trompicones de la cama y no me detuve hasta que caí redondo en el suelo de la habitación—. Dios... —Presa del pánico, me pasé las manos por el pelo, empapado de sudor, y me froté la cara. La ansiedad me destruía por dentro, haciendo que el corazón me rebotara por el pecho como una pelota de ping-pong endemoniada.

Todavía notaba el sabor del agua en la boca y sentía pánico al recordar cómo se me llenaban los pulmones y ardían hasta reventar.

Con el pecho agitado y la respiración entrecortada, miré al techo en la oscuridad, aún tratando desesperadamente de respirar.

«Pum».
«Pum».
«Pum».

El corazón me latía tan fuerte, ascendía tanto por mi pecho, que casi podía saborearlo en la garganta.

«Metálico».
«Pecaminoso».
«¡Horrible!».

—Todo va bien —intentaba decirme a mí mismo, pero no me consolaba —. Todo va bien.

«Pum».
«Pum».
«Pum».

No podía respirar.

«Sí que puedes».

«Estás respirando normal, gilipollas».

Era una pesadilla.

No era real.

Solo que sí lo era.

«Es real».

«Horrible».

«Horrible».

«¡Horrible!».

—¡Joder, para ya! —le ordené a mi desorientada mente mientras me desplazaba a ciegas sobre las manos y las rodillas en la oscuridad—. ¡Cierra la puta boca un minuto!

«Pum».

«Pum».

«Pum».

¿Seguía despierto?

«Pum».

«Pum».

«Pum».

¿O me había vuelto a dormir?

«Pum».

«Pum».

«Pum».

Sin duda me estaba moviendo; iba dando tumbos a oscuras guiado únicamente por la memoria.

«Pum».

«Pum».

«Pum».

Una intensa oleada de niebla cerebral atacó mis sentidos y me hizo caer.

Llevándome otra vez a la deriva.

Hacia una nueva pesadilla.

«¡No, por Dios!».

—No, no, no... —Entre sollozos, luché mentalmente contra lo que estaba por llegar, pero fue en vano.

Incluso en mis sueños, no podía cambiar nada.

—¿Gerard?

La oía a lo lejos.

—Dios mío, Gerard.

El corazón se me salía del pecho.

—Todo va bien. Chist... chist... todo va bien.

Mis pies se movían.

—Soy yo. Estás a salvo.

Mis manos la buscaban.

—Te tengo.

Pero no veía nada.

—Chist... cariño, te tengo.

El pulso me rugía en los oídos.

—Estoy aquí contigo.

Las olas batían contra mi cuerpo.

—Abre los ojos, Gerard.

Su tacto pulverizaba mi alma.

—Vuelve conmigo...

—¡Mierda! —espeté mientras tosía y farfullaba con violencia ante esa sensación fantasma de ahogo que seguía causando estragos en mi psique—.

¿Claire? —Frenético, abrí los ojos de golpe—. ¿Claire? —La niebla se disipaba en mi mente y de repente sentí que volvía a ver—. ¡¿Claire?!

—Soy yo. —Unas manos que conocía bien me rodearon la cintura por detrás, haciendo que todo mi cuerpo se pusiera rígido y se sobresaltara a la vez—. Aquí estoy, Gerard.

Y luego pude oler su champú y el detergente que su madre siempre usaba

con su ropa, y sentí su pecho contra mi espalda mientras acunaba mi cuerpo contra el suyo.

Alivio.

Inundó mi cuerpo con tal fuerza que erradicó cualquier rastro de adrenalina que hubiera podido quedarse en mi interior causando destrozos, dejándome hecho un guiñapo en sus brazos.

—Claire.

—Te tengo.

Cuando puso las manos sobre mi cuerpo, no me sobrecogió. No sentí la habitual sensación de pánico que me consumía cuando me agarraban por detrás.

No necesité abrir los ojos para saber que, de algún modo, me las había arreglado para caminar dormido hasta su cuarto. Otra vez. Era el único sitio adonde me llevaban las piernas. El único sitio en el que podía respirar.

Tampoco me hizo falta mirar hacia atrás para saber que ella llevaba puesto el pijama rosa de unicornio de una sola pieza, su favorito. Estaba tan familiarizado con la tela que reconocí su tacto contra mi espalda cuando me abrazó.

Sus sentidos pasaron a ser mis sentidos, y encontré la forma de anclarme al presente. Hallé la fuerza necesaria para arrastrar a la versión actual de mí fuera de mis pesadillas. De mi pasado.

—Ya estás a salvo. —La voz de Claire destilaba una confianza y una serenidad a las que me aferré con desesperación. Era lógico que se sintiera confiada. Desde el accidente, por desgracia para ella, había sido la elegida para sacarme del abismo a diario—. Te tengo.

Y era verdad que Claire Biggs me tenía.

Tenía mi cuerpo.

Mi atención.

Mi corazón.

Mi alma.

La verdad es que yo era suyo por completo, y no estaba exagerando.

Entendía que colarme en su habitación no era justo para ninguno de los dos, no era idiota, pero había adquirido ese hábito tras la muerte de mi padre y no estaba preparado para abandonarlo. Ella era la nicotina de la que no podía desengancharme. La muleta sin la que no sabía caminar.

«Lárgate de su cuarto, imbécil».

«Céntrate un poco».

«No tienes derecho a apoyarte tanto en ella».

—Van a peor, Gerard.

No era una pregunta, pero me obligué a contestarle de todos modos:

—Ya.

—Son más violentas.

De nuevo, no me lo estaba preguntando, pero le respondí con un tembloroso «sí».

Mis pesadillas siempre habían sido horribles. Por lo general, se me daba bien ocultárselas, lo cual era impresionante teniendo en cuenta que había dormido en su cama casi todas las noches desde que tenía siete años.

Cuando los terrores nocturnos eran intensos, como el verano anterior, intentaba escabullirme y hacía el esfuerzo consciente de dormir en mi propia casa. Pero eso no parecía cambiar nada, porque incluso dormido encontraba la forma de volver hasta ella.

—¿Por qué? —Su voz rezumaba preocupación—. ¿Qué te pasa?

Nada.

No me pasaba nada, joder, y eso era lo que me frustraba tanto. Llevaba sufriendo terrores nocturnos desde el accidente. Es cierto que había estado peor años atrás, mientras lidiaba con toda aquella mierda, pero en esos momentos estaba bien.

Tomé la decisión de ser feliz y, milagrosamente, eso ayudó. No era real, la verdad es que no me sentía así, pero era un firme defensor de la idea de fingir algo hasta conseguirlo. Después de todo, sin ese sentimiento ya no

estaría vivo.

Hasta entonces no había experimentado nada parecido. Aunque no tenía por qué hacerse realidad de inmediato, yo actuaba como si algo fuera cierto hasta que de verdad lo era. Por ejemplo, si yo quería ser normal, pues lo era. Si quería tener talento como Johnny, ser listo como Hugh o creativo como Patrick, me comportaba así y era todas esas cosas.

Tal vez no podía ser ninguna de ellas de forma natural, pero si fingía durante el tiempo suficiente, había muchas posibilidades de que se hicieran realidad.

A lo mejor Lizzie tenía razón y yo era un puto memo. Estaba claro que no iba a entrar en ninguna universidad después del Tommen, pero siempre me quedaba mi sentido del humor.

Hasta ese momento, tomarme la vida a cachondeo me había funcionado a las mil maravillas. Y lo mejor de todo es que no le hacía daño a nadie. A diferencia de Lizzie, yo había encontrado una manera de salir adelante, sobrellevar el dolor y protegerme sin hacer pedazos a los demás.

¿Por qué iba a ser Gerard el fastidiado cuando podía ser Gibbsie el fastidioso? No me hacía daño ser Gibbsie, porque él era mi armadura y el humor era mi espada.

No pensaba mucho antes de hablar. Solía decir lo primero que se me pasaba por la cabeza, y eso había acabado por conformar la persona en la que me había convertido a ojos de mis amigos. Era autocrítico por naturaleza, pero nunca cruel a propósito, y mi actitud hacía reír a la gente. Echaba pestes por la boca a expensas de mi propio carácter, como una capa de protección basada en el sabotaje a mí mismo.

Nada de lo que decía iba con maldad ni chulería. Era pura protección. Mi red de seguridad. Porque sentía la necesidad imperiosa de protegerme y no se me ocurría ninguna otra manera de hacerlo en un mundo en el que todos parecían tener las cosas claras menos yo.

Solo había una persona en mi vida que me seguía viendo como realmente

era.

Solo una persona se negaba a dejar que desapareciera esa antigua versión de mí.

La chica que me rodeaba con sus brazos.

«Mi chica».

—Entonces tiene que ser por lo que te pasó en la acampada —declaró con un tono de voz apasionado—. Cuando Lizzie te empujó al río, seguramente removió algo en tu interior: un recuerdo de aquel día.

—Puede ser —respondí todavía respirando irregular y entrecortadamente—. Qué más da. —Sentado con el cuerpo inclinado hacia delante, apreté la cara contra las manos y traté de calmarme—. No importa.

—Claro que importa, Gerard. Lo has estado pasando fatal casi todas las noches desde entonces. —Me apartó las manos de la cara y las entrelazó con las suyas—. Estoy preocupada por ti.

No tuve que esforzarme por mirar a la chica que me cogía las manos; mis ojos se posaron sobre ella de forma automática, centrándose en aquellos rizos rubios y en sus ojos marrones como si alguien me hubiera programado para localizarlos desde la más tierna infancia.

—Oye, oye, háblame —dijo con voz calmada acercándose para sostener mi cara en el hueco de sus manos—. Venga, Gerard. Dime qué tienes en la cabeza.

No podía hablar con ella.

Ni con nadie.

La parte oscura de la vida a la que había estado expuesto se iría conmigo a la tumba.

«Para».

«No pienses en eso».

«Bloquéalo».

El presente era el lugar más seguro para mi mente, porque el pasado era espeluznante y el futuro me aterrorizaba.

—No pasa nada. —Intenté apaciguar su preocupación cubriéndole las manos con las mías mientras reprimía la necesidad de estremecerme—. No te preocupes por mí.

—Los amigos hacen esas cosas, Gerard. —Sin dejar de mirarme a los ojos, se inclinó para apoyar su frente contra la mía—. Se preocupan los unos por los otros.

Si pudiera coserme a esa chica a la piel sin causarle el más mínimo daño, no lo dudaría ni un segundo. Así de esencial era en mi vida. Así de fundamental para mi existencia.

Si para Joey Lynch las drogas implicaban lo mismo que para mí Claire Biggs, no había rehabilitación lo bastante larga como para persuadirme de dejar el hábito. Porque ella era el hábito de toda una vida.

En cierto modo, ese había sido el motivo por el que había ayudado a Aoife Molloy meses atrás. Lo habría hecho igualmente, pero la absoluta impotencia que reflejaban sus ojos aquella noche, consumidos por el amor y el dolor, me hizo ver que había algo en ella con lo que podía identificarme. Yo sabía lo que era sentirse tan indefenso, y no quería que nadie experimentara nunca esa sensación. Vi su mirada. La reconocí. Deseé que alguien hubiera podido intervenir para salvarme a mí de aquel dolor. Pero el dinero no podía mitigar el sufrimiento que me provocaba el pasado. Ni ese nivel de aflicción y debilidad. Si darle algo de pasta a esa chica lograba evitar que pasara por ese calvario, lo haría con gusto.

—Puedes hablar conmigo —dijo Claire en su empeño por derribar mis muros—. Siempre estoy aquí para lo que necesites.

—Claire...

Cerré los ojos, cogí aire para calmarme y me obligué a recordar por qué no debía hacer lo que mi corazón me exigía tan encarecidamente que hiciera.

Dios, quería besarla. Quería hacer todas las cosas que los chicos hacían con sus novias. Quería ir más allá con ella, pero ¿y si me equivocaba? No

respecto a nosotros como pareja, sino a mí como hombre. ¿Y si no funcionaba? ¿Y si yo no funcionaba? Porque no sentía cosas cuando estaba con chicas. Nunca sentía nada. Estaba anestesiado hasta el punto de ser un muerto y, si no sentía cosas con Claire, se confirmaría que mi pasado realmente me había provocado un daño irreparable.

Aún me acordaba de lo que había sentido la primera vez que ella posó sus labios sobre los míos. Habían pasado los años y, desde entonces, había sustituido sus labios por algunos otros, pero nunca olvidaré aquella chispa. El tintineo. El zumbido incendiario que me oprimió el pecho y me llenó la piel de calor y frío y calidez y cosquilleos, todo al mismo tiempo. Aquello solo me había pasado una vez y con una chica. Claire me había hecho algo aquel día; me había ofrecido una clase de consuelo que no podría entender más que una persona en mi misma situación. Sentí algo. Por ella. Lo disfruté. Su contacto fue bienvenido, deseado y maravilloso. Después, traté de olvidar lo sucedido por el bien de mi amistad con Hugh, pero no fui capaz. Olvidar a Claire era algo que yo no podía hacer, y él lo sabía.

Cualquier forma de intimidad que pudiera darse, quería que fuera con ella. Y solo con ella.

Porque esa chica me importaba. Hasta el punto de que me ayudaba a distraerme en mi día a día. Me importaba cuando su gato se ponía enfermo. Cuando ella lloraba. Cuando en casa se acababan sus cereales preferidos y tenía que comer gachas. Joder, me importaba tanto que era difícil saber dónde empezaba ella y dónde acababa yo.

Sabía cuál había sido su canción favorita cada año desde el 7 de agosto de 1989. Conocía sus secretos, sus pequeñas costumbres y algunos rasgos de carácter que nadie más notaba. Quería dedicarle mi tiempo. Todo mi tiempo. Todo el tiempo.

Siempre había sido el torbellino de pelo rizado que vivía al otro lado de la calle y me derretía el corazón, pero, después del accidente, proyecté muchas de mis emociones sobre ella. Joder, puede que incluso dentro de

ella.

Nuestros padres y nuestras madres habían crecido juntos y, cuando sentaron cabeza y se casaron, decidieron echar raíces en la misma calle y criar a sus hijos como si fueran familia.

Yo era un poco más joven que Hugh y algo mayor que Claire, así que, de algún modo, encajé en el medio de los hermanos Biggs, con los que estaba destinado a crecer. Los quería a ambos como si fueran de mi propia sangre, pero desde pequeño tuve muy claro que lo que sentía por el miembro más joven de la familia Biggs no era algo fraternal.

Hasta donde alcanzaba a recordar mi memoria, siempre había tenido tres cosas bien claras.

Una: Hugh era mi hermano.

Dos: Bethany era mi hermana.

Tres: Claire era mía.

Después del accidente, una vez que hube entendido lo voluble que podía ser la vida, lo rápido que podía arrebatarle a una persona querida, mis sentimientos hacia Claire se intensificaron con rapidez, volviéndose más fuertes y salvajes cada día, propagándose como la hiedra, en intrincados patrones de carácter permanente alrededor de mi corazón.

Esa chica lo era todo para mí, y no me estaba pasando de dramático. Se trataba de un hecho. La idea de decepcionarla me hacía sentir físicamente enfermo. Tan solo con pensar que podía sufrir algún tipo de daño, ya fuera emocional o físico, me entraban instintos homicidas.

Así que fui de amigo, desempeñé el papel que me habían asignado al nacer e intenté por todos los medios no cagarla, mientras me empapaba de todos y cada uno de los segundos que compartía con ella. No llamaba al timbre de la casa de los Biggs por Hugh. Siempre era por ella. Nunca dejaría de cuidarla, aunque lo único que pudiera hacer fuera mirarla de lejos. Con eso sería suficiente. Qué remedio. Porque presionarla o corromperla no era una opción. Y menos aún decepcionarla.

Hugh no quería que me acercara a su hermana por motivos que, en realidad, no deberían preocuparlo. Que yo nunca iba a hacerle daño a Claire Biggs era tan evidente como que el agua mojaba.

Ella era demasiado importante para mí.

Lo era todo.

El hecho de saber que nuestras madres no solo pensaban que haríamos una buena pareja, sino que además promovían con fuerza esa idea a diario, me provocaba cierta calidez interior, pero dicha sensación no paliaba ni acallaba de ninguna manera el miedo que tenía de joderlo todo y quizás alejar a la única persona sin la que no podía vivir.

Porque nunca quise que huyera de mí. Ni que me tuviera miedo o acabara sintiéndose como yo. No quería que experimentara ese modo de indefensión.

Quería ese futuro sobre el que bromeábamos juntos. Lo quería todo con ella. El problema era que yo no confiaba en mí mismo. Tenía demasiado miedo de convertirme en lo que me había destrozado. De abusar de su amor y romperle el corazón.

Porque, una vez que traspasáramos esa línea, las cosas ya nunca volverían a ser como antes. No habría vuelta atrás. Y yo necesitaba tener algún tipo de garantía de que no iba a estropearlo todo. Ni a descuidar su corazón. Quería estar seguro de que podría amarla como es debido. Porque amaba a esa chica. Con cada fibra de mi ser. Con cada latido de mi pobre y defectuoso corazón. La amaba de forma salvaje, exclusiva e incondicional. Tenía tantos deseos físicos dirigidos únicamente hacia ella... Pero la vida no ofrecía garantías y no podía arriesgarme.

Cerré bien los ojos y me tomé unos segundos para recomponerme, para volver a colocarme la máscara de cómico despreocupado. Me cubría como una manta de engaño y protección.

Así fue como logré reinventarme después de que el mundo se derrumbara a mi alrededor. Solo que más que una mera reinvencción, aquello supuso mi

resurrección personal.

Cuando volví a abrir los ojos, me había convertido en una versión de mí que era capaz de tolerar. Una versión a la que era imposible hacer daño.

«Nunca más».

—Ya me conoces, muñequita —señalé con una sonrisa reconfortante. Porque aunque no me suponía ningún esfuerzo contemplarla, no soportaba ver preocupación en sus ojos—. Yo siempre estoy bien.

No parecía impresionada. Ni tampoco que la hubiera engañado.

—Otra vez con lo mismo, ¿eh?

La culpa se revolvió dentro de mí, pero me mantuve firme y sonréí con más fuerza.

—¿Con qué mismo?

No respondió. Simplemente se me quedó mirando durante un buen rato antes de mover la cabeza con resignación.

—Vale, Gerard. —Me soltó y se puso en pie—. Levanta de nuevo esos muros tanto como quieras —afirmó mientras recogía sus almohadas y su edredón, que estaban desparramados por todas partes, junto con la mesilla de noche y la lámpara—. Ahora mismo estoy demasiado cansada para derribarlos.

Hasta ese momento no me había dado cuenta de que, no solo la había despertado con mis gilipolleces, sino que además había desordenado su habitación en mi patético intento de encontrarla a oscuras.

—Mierda, nena —murmuré apresurándome a arreglar mis errores—. No pretendía hacer esto. —Levanté la mesilla de noche, encendí la lámpara (por suerte aún intacta) y la coloqué de nuevo en su sitio—. Joder. —De inmediato, dirigí la vista hacia la gata que dormía en un rincón de su cuarto con una camada de gatitos, y hundí los hombros aliviado, contento por no haberlos molestado—. Lo siento mucho.

—Ya. —Bostezando, se metió en la cama, se acurrucó bajo el edredón y dio unas palmaditas sobre la parte del colchón que quedaba libre junto a ella

—. Era como si intentaras luchar contra mí y a la vez llegar hasta donde yo estaba.

Me atravesó un escalofrío.

—Lo siento.

—No lo sientas. Me alegra de que estés aquí. —Volvió a dar unas palmaditas sobre el colchón, haciendo que una combinación de culpa y alivio me recorriera las venas—. Bueno, ven aquí y acurrúcate conmigo. Ya sabes que odio dormir sin ti.

Sí, lo sabía, y era un dato preocupante porque significaba que mis putos problemas habían conseguido hacerse un hueco en su inocencia.

Significaba que le había contagiado mis mierdas. Aquello se parecía horriblemente a una codependencia malsana, lo que me preocupaba bastante, puesto que no quería que esa chica dependiera de mí para nada. Porque yo no merecía la pena y, desde luego, no era lo bastante bueno para ella.

Aun así, como todas las noches desde que tenía siete años, me metí en la cama junto a Claire. El objetivo era claro: acercarme tanto como fuera humanamente posible a la única forma de consuelo físico que había encontrado durante los diecisiete años que llevaba sobre la tierra.

Una vez bajo las sábanas, me desplacé como un autómata hacia el centro de la cama y rodé sobre mi lado derecho, sintiendo el familiar hueco en el colchón que mi cuerpo había dejado grabado.

Como de costumbre, Claire se puso de lado y levantó el brazo a la espera de que la rodeara con el mío.

—Mmm —ronroneó como una gatita—. Siempre estás muy calentito.

—Ya. —Me acerqué hasta que nuestros cuerpos quedaron alineados: su espalda contra mi pecho, mi mano sobre su cadera, su mano agarrada a mi antebrazo. Perfectamente sincronizados de todas las maneras humanas posibles—. Claire...

—¿Mmm?

—Perdóname. —«Otra vez»—. Por lo de esta noche. —«Otra vez».

—No pasa nada... —murmuró somnolienta mientras se contoneaba hasta dejar su espalda pegada a mi pecho—. Buenas noches, Gerard... Te quiero.

—Yo también te quiero —susurré sintiendo la habitual descarga de adrenalina que recorría mis venas cuando pronunciaba esas palabras.

Claire hablaba en serio cuando decía que me quería. Esa era una de las dos únicas cosas de las que estaba seguro en la vida, y yo a ella también se lo decía en serio. Esa era la otra cosa de la que estaba seguro. Si había algo cierto en el mundo, era que yo amaba a Claire Biggs.

Más de lo que ella llegaría a saber jamás.

Más de lo que una vulgar palabra de cuatro letras llegaría jamás a reflejar.

Y, según mi limitada experiencia, no me hacía ilusiones respecto a lo complicado que podía ser amar a una persona. Porque el amor dolía. Quemaba como las llamas del infierno. Eso era algo que había aprendido. Y aceptaba el dolor. Las heridas autoinfligidas derivadas de amar a otro ser humano. Eso no me asustaba. Tampoco que me hirieran, ni nada de lo que pudiera pasarme a mí. Mi miedo residía en la incapacidad que yo mostraba para amarla de una forma adecuada. En el potencial que tenía para herirla sin remedio.

Igual que él me había herido a mí.

2

Amores sonámbulos y hermanos tontos del culo

Claire

«—De verdad, muñequita, lo tenemos controlado —afirmó Gerard cargando con la jaula de Brian, el gato—. Dalo por hecho. —Nos guiaba por la feria y no se detuvo hasta llegar a la zona del campo donde se celebraba el concurso canino—. Confía en mí.

»—No sé, Gerard —repuse mordiéndome el labio inferior mientras aceleraba el paso para ponerme a su lado—. ¿Y si no nos dejan entrar?

»—Y una mierda —contestó antes de echarse hacia atrás cómicamente cuando Brian sacó una pata por los barrotes de la jaula—. No pueden hacer eso.

»—Brian es un gato.

»—¿Y?

»—Pues que este es un concurso de perros.

»—En el reglamento no pone que haya que ir con un perro.

»—Creo que es porque se sobreentiende por el nombre “concurso canino”, Gerard.

»—¿Has visto alguna vez algún concurso de gatos?

»—No.

»—Yo tampoco, por eso esto va a salir bien, Claire.

»—¿Qué pasa si se ríen de nosotros?

»—¿Y qué si lo hacen? —Se mofó con total indiferencia—. Déjalos. Necesitamos el dinero del premio, nena, y solo por haber lavado a este cabrón trastornado ya nos hemos ganado el primer puesto. —Se alcanzó con la mano la parte del hombro que había salido peor parada—. Tengo araños que lo demuestran.

»—Pero sabes que Brian no es muy amistoso.

»—No, es verdad —admitió Gerard—. Pero te prometí que iba a estar a tu lado y mantener a nuestros bebés y eso es justo lo que voy a hacer. —Se encogió de hombros y añadió—: Además, este el que le pega a Cherub. Más le vale que haga esto por nosotros.

»—Deberíamos haber traído a Cherub.

»—Ya, bueno, pero es que ahora está un poco angustiada —apuntó—, por eso de que va a ser mamá y tiene más barriga que Shrek. —Esbozando una sonrisa, continuó diciendo—: Vamos a trabajar con lo que tenemos. Puede que Brian sea un cabroncete, pero no puede ser más guapo.

»Era cierto. Brian era guapo a rabiar. Un persa con pedigrí cubierto de un largo pelaje blanco como la nieve y perfectamente peinado. Qué pena que fuera un demonio.

»—¿Y si ataca a los jueces?

»—No te preocupes, ya lo había pensado.

»—Ah. —Entrecerré los ojos y lo miré con recelo—. Gerard... ¿Qué has hecho?

»—Antes de salir de casa le ofrecí un tranquilizante de los suaves.

»—¿Cómo dices?

»—¿Qué iba a hacer? Tenía que meterlo en la caja —explicó con gesto ofendido—. Ya sabes cómo se pone cuando lo toco.

»—Ay, Dios, esto no es buena idea.

»—¡Claro que sí! —rebatió pasándose el brazo por los hombros—. Y lo

tenemos todo controlado.

»—Gerard, mira ese perro... —dije en un arrullo con los ojos clavados sobre un pomerania con aspecto de estar bastante mimado.

»—No tiene nada que hacer contra nosotros...».

—Claire.

—Claire.

—¡Claire! —La voz de mi hermano me retumbó en los oídos, interrumpiendo el sueño de recuerdos más espectacularmente perfecto que había tenido en semanas y sumiéndome en un repentino estado de confusión

—. Son más de las siete. Me voy en diez minutos.

—¿Más de las siete? —pregunté medio dormida—. ¿De la mañana?

—Sí, vámonos. —Su profunda voz resonó desde el otro lado de la puerta de mi cuarto—. Date prisa.

—Pero aún es verano, Hugh —protesté momentáneamente aterrada por si me había quedado dormida durante los últimos días de las vacaciones y estaba a punto de ser lanzada de nuevo a los pasillos del Tommen—. ¡Y estamos a sábado!

—Sí, tía lista, ya lo sé —repuso arrastrando las palabras con una sana dosis de ironía fraternal—. Mira, mamá lleva dándome la vara desde tu cumpleaños para que te consiga trabajo en el hotel. Kim me dijo que te llevara esta mañana porque hay una vacante de socorrista a tiempo parcial en la piscina y quiere hacerte una prueba mientras yo estoy de servicio, así que mueve el culo porque mi turno empieza a las ocho y no pienso llegar tarde por ti.

—¿Una prueba? —Arrugando la nariz, estiré las piernas y bostecé—. ¿Para qué?

—Para un trabajo —fue su sarcástica respuesta.

—Pero yo ya tengo trabajo.

—Eres voluntaria en la piscina municipal, Claire —replicó ya con un tono más impaciente—. Hacer de socorrista en el hotel es un trabajo

remunerado.

—Listillo... —Bostecé con aire somnoliento y me volví a acurrucar sobre el colchón, exhausta—. Dame cinco minutos, ¿vale? Estoy descansando los ojos.

—Descánsalos todo lo que quieras —contestó mi hermano—, pero yo me voy en diez minutos. Papá está encerrado en el ático intentando cumplir un plazo de entrega, así que no te va a llevar, y...

—Pues se lo pediré a mamá —dijo sin dejarlo terminar.

«Ja».

«Cómete esa, imbécil».

—Mamá todavía no ha vuelto del turno de noche en el hospital —soltó al instante—. No llegará a tiempo.

—¡Hugh, por favor! —me quejé mientras pataleaba con las piernas bajo las sábanas, llena de frustración—. ¡Solo cinco minutos más!

—No, porque sé que tu versión de cinco minutos en realidad son cuarenta y yo tengo que irme en diez —me explicó cada vez más impaciente.

—Sigue hablando y me aburrirás tanto que me quedará dormida.

—Vale. Haz lo que quieras —respondió—. Pero cuando mamá se cabree contigo porque no has conseguido trabajo, ni se te ocurra echarme a mí la culpa, princesita. —Hubo una larga pausa antes de oír de nuevo cómo retumbaba su voz—. Ah, y dile a ese gilipollas que había quedado hace dos horas con el capi en el gimnasio.

Eso funcionó.

Abrí los ojos de golpe y salté de la cama como un resorte, pero retrocedí como un bumerán porque una de mis manos no siguió al resto de mi cuerpo.

Claro que no.

Estaba soldada a otra mano mucho más grande.

—Cinco minutos más, nena —pidió Gerard usando mis mismas palabras desde debajo de una montaña de almohadas y ositos de peluche—. Estoy descansando los ojos.

—Venga, levántate —regruñí luchando por recuperar mi mano, pero perdiendo la batalla cuando me tumbó de nuevo sobre el colchón de un tirón sin el menor esfuerzo y sin tan siquiera abrir un párpado—. Hugh está ahí fuera. Dice que habías quedado en el gimnasio.

—El gimnasio me la pela —farfulló poniéndose de lado y tirando de mí hasta pegarme contra su pecho para hacer la cucharita—. Y a Kav, que le den.

—¡Gerard!

—Si abraza a su muñequita, Gibbsie está feliz. Si corre en la cinta hasta vomitar, Gibbsie se pone muy triste. —La sensación que me producía tener su enorme cuerpo pegado al mío liberó lo que parecían cientos de mariposas salvajes en mi pecho—. Es cuestión de prioridades, nena.

—¿Y yo lo soy? —me burlé.

—Siempre —confirmó adormilado estrechándome con más fuerza la cintura.

«Dios...».

Con la respiración entrecortada, me obligué a soltar el aire poco a poco mientras intentaba desesperadamente dominar el vuelco que me había dado el estómago. Fue como pasar conduciendo por encima de una elevación de la carretera, como si los órganos se revolvieran en el interior de mi cuerpo.

Últimamente las cosas empezaban a ser muy diferentes entre nosotros. Más intensas. Más de adultos. Aunque él era el mismo chico al que yo me había pasado la mayor parte de mi vida adorando, era evidente que su aspecto había cambiado.

Sin duda, sus ojos de color gris plateado aún centelleaban con cierta picardía infantil, pero la gordura que cuando era niño moldeaba su vientre había desaparecido hacía tiempo. Unos pómulos altos y una mandíbula bien definida salpicada de una barba incipiente habían reemplazado sus antiguos mofletes redondeados.

Se podría decir que ahora Gerard Gibson era todo un hombre, y eso hacía

que algo se revolviera en mi interior.

Me di cuenta de que la idea me gustaba... Puede que incluso más que eso.

Mi cuerpo parecía reaccionar al verlo: el calor me inundaba la piel y los latidos de mi corazón se disparaban.

—Tú relájate —musitó soñoliento. Sin molestarse en abrir los ojos, me envolvió con su gigantesco bíceps y me atrajo de nuevo hacia él—. Mmm. —Dejó ir un sordo gruñido de aprobación entre los labios cuando nuestros cuerpos volvieron a fundirse—. Así está mejor.

Incapaz de reprimir el escalofrío de placer que se propagó por todo mi cuerpo, me destensé contra él, consciente de que era una idea terrible, ya que Hugh estaba justo ahí fuera y además notaba cómo la... vamos a decir... escalera matutina de Gerard se erguía con firmeza. Pero no pude resistir la tentación.

Totalmente alineados, con mi espalda pegada a su pecho, Gerard me enterró el rostro en el cuello e inhaló hondo antes de susurrarme al oído:

—Quédate conmigo.

«Ay, virgen».

—Te vas a meter en un lío con Johnny —anuncié dominando el impulso de estremecerme de gusto cuando sus labios rozaron la curva de mi cuello. El movimiento fue ligero como una pluma y sin duda fortuito, pero hizo que se me encogieran los dedos de los pies—. Y estás todo sudado.

—Por Kav no hay problema. —Su aliento me acarició la nuca al hablar—. Y siempre me pasa después de... Bueno, ya sabes.

Después de sus terrores nocturnos. Sí, lo sabía muy bien.

Había sido una mala noche y yo aún la recordaba vívidamente.

«Su piel rezumaba calor.

»El sudor le resbalaba desde el cuello hasta el hombro.

»Yo veía cómo se movían esas relucientes gotitas.

»Se deslizaban sobre su carne, expulsadas de un cuerpo al que nunca

podría acercarme lo suficiente.

»No tardarían mucho.

»Los gritos llegarían enseguida.

»Después se produciría el ataque de pánico que siempre reducía su mente a la de un niño de siete años jadeante, destrozado y sin resuello.

»Recordaba el primero con tanta claridad como el día en que ocurrió.

»Al fin y al cabo, yo había estado allí y había podido presenciarlo personalmente.

»El trauma.

»La destrucción.

»Apenas tuve tiempo de entender qué pasaba cuando el primer sollozo le desgarró la garganta. Fue un sonido rasgado, estridente, agonizante, que nacía de un recuerdo que no podía borrarle.

»—¡No! —Sacudiéndose con impotencia, salió disparado de la cama derribando mi mesilla de noche en su intento de liberarse de los demonios que habitaban en sus sueños—. No, por favor...

»—¡Gerard!

»Yo tenía suficiente experiencia lidiando con sus terrores nocturnos como para saber que darle espacio era lo peor que podía hacer. Así que salí a toda prisa de la cama para llegar hasta él.

»—Chist... —Incluso dormido, era capaz de reconocer mi tacto y me dejaba acunar entre mis brazos—. Soy yo. —Tenía todo el cuerpo empapado en sudor, pero eso no me detuvo—. Estoy aquí. —Me acerqué y rocé su mejilla contra la mía—. Chist... Gerard, no pasa nada.

»—No, no, no... —Los agónicos gruñidos se convirtieron en débiles gimoteos mientras, aún dormido, buscaba frenéticamente mi contacto—. No puedo hacer que pare.

»—Ya pasó —dije tratando de calmarlo mientras sujetaba su rostro en el hueco de mis manos—. Solo ha sido una pesadilla.

»Su agitada respiración adquirió un matiz desesperado, convirtiéndose al

instante en jadeos de puro pánico.

»Como si no pudiera introducir aire en sus pulmones.

»Como si se estuviera ahogando.

»“Con ellos”.

»—Te tengo —continué susurrando mientras fundía mi cuerpo con el suyo a sabiendas de que eso era lo que necesitaba para alejarse del abismo. Del dolor—. Estoy aquí, contigo.

»Lentamente, su cuerpo se relajó junto al mío, absorbiéndome, escuchando mis palabras, oliendo mi aroma, respirándome hasta que él fue mío y yo fui suya. Hasta que volvimos a ser nosotros y él estuvo a salvo.

»—¿Claire? —Cuando se puso rígido, supe que se había despertado—. Claire. ¿Claire?

»—Soy yo. —Dejé ir un suspiro tembloroso y me aferré a él con más fuerza mientras enterraba mi cara en su cuello—. Aquí estoy, Gerard. Todo va bien...».

—Sí, ya lo sé —murmuré apartando de mi mente los recuerdos de la noche anterior, cuando se puso a deambular por mi habitación cegado por un pánico frenético—. Pero van a peor.

Noté cómo asentía contra mí.

Últimamente, las pesadillas de Gerard eran tan frecuentes que se producían casi todas las noches. Resultaba tan inquietante como desgarrador, porque yo sabía que estaba luchando contra sus demonios... o más bien sus fantasmas. Los que arrastraba desde la infancia y se negaba a describir.

—¿Qué pasaba en la de anoche? —pregunté con el mismo sentimiento de impotencia que tenía todas las mañanas que me despertaba en la cama con él.

Que Gerard acabara en mi cama no era ninguna novedad para nosotros. De hecho, durante la última década, habían sido muy pocas las noches en las que no se había quedado a dormir.

—Lo de siempre —respondió en un tono vulnerable muy alejado del que usaba el chico bromista que el resto del mundo conocía—. Oye, te prometo que te llevaré a tiempo donde tengas que ir. —Se acercó más y me rodeó la cintura con su enorme brazo—. Pero primero acurrúcate un poco conmigo.

Aún no había acabado de pronunciar esas palabras, cuando la puerta de mi cuarto se abrió con tanta fuerza que chocó contra el yeso de la pared.

—¿Acabo de oír a ese gilipollas pedirte que te «acurruques»?

—¡Por Dios, Hugh! —grité zafándome del gigantesco adolescente que había en mi cama para detener al gigantesco adolescente que se disponía a cargar contra él desde el suelo—. En esta casa hay unas reglas, ¿te acuerdas? —Salí de la cama a trompicones y me apresuré a interceptar a Hugh antes de que alguno de los dos eligiera la violencia. La relación de Gerard y Hugh era más de hermanos que de amigos y no solían llegar a las manos, pero a lo largo de los años se habían producido un par de situaciones que no quería que se volvieran a repetir—. ¿Sabes lo que es «llamar a la puerta»?

—Gibs, espero por tu bien que no estés desnudo bajo las sábanas —advirtió mi hermano a su amigo, que estaba despatarrado a sus anchas en mi cama, mientras a mí me ignoraba por completo.

—Buenos días, semental —se burló Gerard tentando a la suerte y saludando a mi hermano con un movimiento de los dedos—. ¿Cabría la posibilidad de traerle el desayuno a la cama a tu cuñado favorito?

Y ahí estaba.

Su máscara.

La fina división que separaba al chico sensible por el que yo sentía adoración del gracioso que hacía las delicias de nuestros otros amigos.

Se la había puesto sin ningún esfuerzo.

Gibsie le pertenecía a todo el mundo.

Gerard solo me pertenecía a mí.

—Claro que sí, putón, ahora te doy el desayuno en la cama. —La cara de

mi hermano se puso de un extrañísimo color púrpura—. Tío, te juro por Dios que si le pones un solo dedo encima, esta vez te mato de verdad.

—¿Encima o dentro?

—¡Gibs!

—Ay, relájate y no seas capullo. —Puse los ojos en blanco y me fui hacia mi hermano—. Te está tomando el pelo. Es evidente que solo somos amigos.

—Sí, evidentísimo —fue la sarcástica respuesta de Hugh—. Vosotros solo sois amigos y Bella es la Virgen María.

—Bella es una... Nena, ¿qué es lo que dicen las chicas esas de rosa de la peli? —preguntó Gerard haciendo girar el dedo en el aire sin ton ni son—. ¿Una «lianta de aquí al lado»?

—Una «lagarta de cuidado», Gerard —lo corregí con una sonrisa—. Pero bravo por intentar hacer una referencia a *Chicas malas*.

—«Lagarta de cuidado» —repitió con una risilla, repitiendo la expresión para sus adentros—. Me encanta.

—Pronto dejará de encantarte nada si no sacas el puto culo de la cama de mi hermana —gruñó Hugh.

—A ver, escúchame, compi —dije resoplando mientras lo agarraba por los hombros y empujaba hacia la puerta—. Yo no voy a tu habitación cuando traes a tu queridísima Katie, así que tú tampoco puedes venir a la mía.

—Claire, joder, ese paralelismo no se sostiene —respondió Hugh—. Katie es una santa y este es un putón. —Lleno de furia, mi hermano mayor echó un vistazo a mi aspecto y pareció tranquilizarse momentáneamente al ver que llevaba puesto mi esponjoso pijama rosa—. Joder, menos mal. Estás vestida.

—Como siempre —repuse alargando las palabras mientras me cruzaba de brazos—. Cielos, Hugh, mira que te gusta sacar conclusiones precipitadas...

—Ya, bueno, el caso es que esta mierda del sonambulismo tiene que parar —exigió mi hermano centrándose de nuevo en el chico que había en mi cama—. Ya ha dejado de hacer gracia.

—No puede evitarlo —protesté saliendo en defensa del chico al que adoraba desde la infancia—. Sabes que es algo que no puede controlar, Hugh. Pasa y ya está.

—Claro que puede —replicó Hugh mirándome con cara de «no seas tan crédula»—. Sabe perfectamente lo que hace.

—No, no lo sabe.

—Sí que lo sabe —contraatacó mi hermano—. ¿A que cuando está sonámbulo no se mete en mi cama?

—Si te sientes excluido, me puedo plantear hacer una paradita en tu cama esta noche, hermano mío —dijo Gerard.

—Inténtalo y te corto los huevos.

—No hace falta ponerse cascarrabias.

—Aléjate de la cama de mi hermana y problema resuelto.

—Es la costumbre —musitó Gerard mientras se estiraba en mi cama como un enorme león perezoso justo antes de sentarse, ya con el modo Gibsie totalmente activado.

—Sí —soltó Hugh con desdén—. Una costumbre de diez años que se acaba hoy mismo.

—Qué quieras que te diga. —Con una leve risita, Gerard estiró los brazos por encima de la cabeza y lanzó un ruidoso bostezo—. Soy un animal de costumbres.

El movimiento hizo que el edredón se deslizara ligeramente hacia abajo, proporcionándome una maravillosa vista de su pecho desnudo.

—Es verdad que eres un animal —farfulló mi hermano apresurándose a ir hacia él—. Para ser exactos, una puta alimaña que quiere corromper a mi hermana.

—¡Ay, no te flipes, Hugh! —lo interrumpí apartando los ojos de los

pezones con piercings de Gerard—. No me está corrompiendo.

—¿Lo ves? —Con una sonrisa traviesa, Gerard movió las cejas al tiempo que tensaba sus pectorales—. No la estoy corrompiendo.

—No menees las tetas delante de mí —le advirtió Hugh agitando en el aire un dedo acusador—. Y ni se te ocurra zurrarte la sardina con mi hermana aquí.

—Yo no zurro sardinas, Hugh, soy más de comer almejas —repuso Gerard guiñando un ojo—. O conejo.

—Pedazo de...

—Oye, no, no, no; no puedes irrumpir en mi cuarto golpeándote el pecho con los puños porque tu minúsculo cerebro no sea capaz de procesar que dos personas puedan dormir en la misma cama sin hacer nada más que eso, dormir —le advertí interceptándolo rápidamente al ver que se iba directo hacia Gerard—. Nanay, aquí no vas a ponerte gallito, chaval.

—Dormir... —repitió Hugh mofándose para luego volver a centrarse en Gerard—. ¿Sabes qué? Cuanto antes vuelvas al instituto, mejor, porque has estado pegado a mi hermana como una mosca a la mierda...

—¿Estás llamando «mierda» a tu hermana?

—Eso. —Entorné los ojos—. ¿Acabas de decir que soy una caca?

—Ya sabes lo que quiero decir —masculló Hugh—. Gibbs no ha salido de esta casa, es decir de tu lado, en todo el verano.

—¿Y? —me reí—. Ha estado aquí cada día desde el principio de los tiempos. Siempre estamos juntos, Hugh. ¿Por qué ahora te molesta tanto?

—Porque ya no eres una niña, Claire. Eres una adolescente de dieciséis años y él es un pichabrava con mucha experiencia y muchas intenciones ocultas.

—Joder, me vas a perdonar —espetó Gerard claramente ofendido ante esa afirmación—, pero yo no soy ningún pichabrava.

—Gibbs, eres la definición de un pichabrava —repuso Hugh—. ¡Pregunta en el instituto!

—En realidad, no tiene tan mala fama... —dije para aportar algo de sentido común.

—¡Ajá! —se burló Gerard saltando de mi cama—. No sabes lo que dices, gilipollas.

—Bueno, al menos llevas gayumbos —señaló Hugh con cierto alivio al ver los Calvin Klein blancos de Gerard.

—Sí —resopló Gerard—. Hoy los llevo.

Los ojos de Hugh se abrieron tanto que parecía que iban a estallar.

—Me estás poniendo de los nervios, gilipollas.

—Venga, Gerard —gruñí moviendo la cabeza hacia los lados—. No hagas que se venga arriba.

—Eso es justo lo que le decía anoche a tu hermana.

En la frente de mi hermano, se hinchó una vena.

—¿Qué acabas de decir? —susurró Hugh abriendo los ojos como platos con un horror bastante cómico—. ¿Qué cojones acabas de decir de mi hermana?

—Gerard —dije a medio camino entre la regañina y la risa mientras me tapaba la boca con una mano.

Con una sonrisa de lo más pícara, me guiñó un ojo.

—Vale. Se acabó. No aguento más. Lárgate —ordenó Hugh señalando la puerta de mi habitación—. Vete a tu lado de la calle con tu sucia boca y con tu polla, que es aún más sucia.

—Te equivocas conmigo, tío —siguió burlándose Gerard mientras se ponía mi bata y daba una voltereta sobre la cama para llegar hasta donde yo me encontraba—. Soy puro como la nieve.

—Sí —refunfuñó Hugh con sarcasmo—. Como la nieve que se acumula junto a un puticlub.

—Suerte con la entrevista, muñequita. —Gerard me dio un suave beso en la mejilla antes de calzarse mis zapatillas, que le quedaban unos cinco números pequeñas—. ¿Os importa si me ducho aquí? Keith siempre deja un

montículo digno de un exorcismo en el retrete antes de pirarse a trabajar, y es una mierda porque tarda tres horas en irse por el váter...

—¡Sí, nos importa! ¡Lárgate ya! —gritó Hugh señalando la cesta del rincón de mi cuarto en la que dormían Cherub y su adorable prole—. Y llévate contigo a todos los gatitos que sean tuyos.

—¿Y separarlos de su madre? —Gerard se quedó boquiabierto—. ¿Qué clase de monstruo eres?

—Cherub estará genial —refunfuñó Hugh.

—Me refería a tu hermana.

—Gibs, tú no estás bien de la cabeza. Eres un puto trastornado.

—Ignorad al gruñón de vuestro tío, mis bebés —respondió Gerard por encima del hombro mientras salía de mi habitación—. Papá volverá esta noche.

—¡Que te vayas a tu puta casa, Gibs!

—Vale. De todas formas tengo que ir a ver cómo está tu sobrino.

—No es mi sobrino, anormal. Es un erizo en hibernación que has metido en el armario del calentador de tu madre porque a mi hermana y a ti se os va la pinza con el tema de los animales callejeros.

—Lo que tú digas, chaval. Te veo luego para ir a la playa, mamaíta.

Riéndome entre dientes, levanté una mano y le dije adiós mientras se iba.

—Hasta luego, papaíto.

—¿Por qué haces eso? —inquirió Hugh con tono resignado—. ¿Por qué fomentas su locura?

—Porque su locura me encanta. —Yo seguía con una sonrisa de oreja a oreja—. Igual que a ti.

—Sí, y me encantaría muchísimo más si no implicara pasar tanto tiempo en la habitación de mi hermanita —regruñó Hugh—. Venga, Claire, ya sé que pierdes el culo por él, pero toma decisiones inteligentes, ¿vale?

—¿Que tome decisiones inteligentes? —pregunté justo antes de reírme en su cara. No pude evitarlo—. ¿De qué estás hablando?

—Hablo de ti, de Gibbs y de vuestras retorcidas fiestas de pijamas.

—Dios, me encantaban esas fiestas —declaré con una sonrisa—. Hacía una todos los años, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo, pero volvamos a las fiestas de pijamas actuales —masculló pasándose una mano por el pelo—. Oye, si mamá y Sadhbh les pusieron fin cuando acabamos primaria fue por algo.

—Intentaron ponerles fin —corregí con un bufido—. Y fracasaron.

—Venga, Claire —gruñó impaciente—. Ya sabes lo que puede pasar en el calor del momento.

—¿En el calor del momento? —Me reí—. ¿De qué momento?

—No lo sé —soltó con aire nervioso—. De los que tengáis cuando estáis solos.

Arqueé una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Sexo.

—Madre mía —contesté riéndome—. Eres muy gracioso.

—¿Gracioso? —Abrió los ojos como platos—. El sexo no es gracioso.

—No, el sexo no —convine con una risita—. Pero tú sí.

—Dos palabras, Claire —anunció—. Joey y Aoife.

—Eso son tres palabras.

—Vale —respondió sin titubear—. Pues aquí tienes dos palabras: «embarazo adolescente». ¿Has visto a esa chica últimamente? Parece que va a explotar. —Los ojos se le salían de las órbitas—. Si le ha pasado a Joey Lynch, le puede pasar a cualquiera de nosotros.

—A mí no. —Le sonréí con dulzura—. Porque yo no tengo pene.

—Ya, bueno, pues tu compañero de almohada te aseguro que sí.

—Hugh —dije tan calmada como pude mientras trataba de no sonreír para ofrecerle algo de consuelo al imbécil de mi hermano mayor—. Te prometo que Gerard y yo solo somos amigos. Como siempre.

—Ya —aceptó sin parecer en absoluto aliviado—. Amigos

extremadamente íntimos desde que el capi se fue de gira en junio.

—Siempre hemos estado unidos.

—Ciento, pero este verano ha sido diferente, y lo sabes —insistió, y yo no pude obviar la preocupación que se insinuaba en su voz... y en sus ojos—. Venga ya, Claire. No soy idiota. Me doy cuenta, como todos los demás, y, a pesar de lo que cree la gente, no intento controlar tu vida. Es solo que... conozco a Gibbs mejor que nadie, y él... y tú... —Negó con la cabeza y dejó escapar un suspiro antes de añadir—: Mira, simplemente no quiero que te hagan daño.

Hugh tenía razón en algo.

Ese verano éramos diferentes.

Estábamos más unidos.

Funcionábamos a otro nivel.

—¿Por qué iba a hacerme daño? —pregunté cruzándome de brazos.

—Porque está como una puta cabra.

—¡Hugh!

—Para. No me mires así. Sabes que lo quiero como a un hermano —se apresuró a explicar con gesto nervioso—. Daría un brazo por él, ofrecería mi vida a cambio de la suya sin dudarlo ni un segundo, Claire, pero está hecho polvo. Pero hecho polvo de verdad. Lo que le pasó cuando éramos niños le dejó el cerebro la hostia de jodido. No ha sido el mismo desde que tenía siete años y lo sabes tan bien como yo.

Sí, lo sabía, pero era agradable oírlo en voz alta.

—Dios mío, Hugh, déjalo ya, ¿vale? —Moví la cabeza hacia los lados con gesto de desaprobación—. La mitad de nuestro círculo de amistades está hecho polvo. Eso no nos impide ser sus amigos, ¿no?

—Ya, pero con Gibbs tienes algo más que una amistad —argumentó—. Estás enamorada de él.

—¿Y qué? —Hacía tiempo que había dejado de negarlo. Además, se me daba fatal mentir—. ¿Eso qué tiene que ver?

—Pues que tú no estás hecha polvo —afirmó con un tono que destilaba sinceridad—. Y no quiero que eso cambie.

—¿Y crees que cambiará? —le planteé cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Si me acerco demasiado a Gerard?

—Me asusta lo que podría pasar si él se abre y la cosa se pone seria y llega demasiado lejos —admitió con sus ojos marrones clavados en los míos—. Me asustan las consecuencias, Claire.

Sus palabras me sacudieron como nunca antes.

Porque oía la preocupación en su voz.

Era auténtica.

Legítima.

Pero la advertencia me iba a entrar por un oído y a salir por el otro, porque tenía un ángulo muerto del tamaño de Gerard Gibson en el corazón.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que nunca le he visto ni le he tocado el pene a Gerard con fines sexuales? —solté, decidida a lanzarle a mi hermano una rama de olivo.

—¿Qué? No, Claire —gimoteó Hugh con aspecto sumamente turbado—. No me sentiría mejor en absoluto... —Negó con la cabeza antes de dar marcha atrás—: Espera, ¿eso significa que sí lo has hecho?

—Eh... ¿quizá? —Me reí entre dientes, incapaz de evitar que mi mente retrocediera hasta una «interacción» particularmente rara que había compartido con la «escalera» de Gerard la Pascua anterior.

«—¿Estás sola? —preguntó Gerard mientras entraba cojeando en mi habitación, ataviado con el uniforme del equipo de rugby de nuestra ciudad, botas llenas de barro incluidas—. ¿Hay alguien más aquí? —Nervioso, miraba a su alrededor cubriendose la entrepierna con las manos—. ¿Alguna víbora malvada acechando detrás de una puerta con un cuchillo a la espera de su oportunidad para eliminarme?

»—No, Gerard, estoy sola. —Me reí sin dejar de hojear las páginas de mi revista de suscripción semanal favorita—. ¿Cómo es que has vuelto tan

pronto del partido? —Entrecerré los ojos desconfiada—. ¿Te han vuelto a expulsar?

»—Sí, pero esta vez lo he hecho yo mismo —me explicó mientras se acercaba renqueando cómicamente.

»—¿Me dices por qué?

»—Pues porque tu hermano no podría proteger ni a una bolsa de papel con un puto *maul* —resopló—. Oye, lo que estoy a punto de enseñarte es horrible, y me disculpo de antemano por las pesadillas que esto te va a generar, pero de verdad que corro peligro de muerte, muñeiquita. —Se hundió a mi lado en la cama, lanzó un gruñido de dolor y volvió a levantarse—. Y me refiero a una muerte total, sin remedio.

»—¿Por qué? —dije riéndome mientras me incorporaba—. ¿Qué has hecho?

»—Es mi polla —admitió con tono agónico—. Mi escalera, en realidad.

»—¿Tu escalera? —Los ojos se me abrieron como platos—. ¿Tu polla es una escalera?

»—No, no, no —gimoteó descendiendo sobre el colchón, esa vez con cuidado—. Es la escalera de mi polla.

»—Vale. —Moví la cabeza hacia los lados—. Estoy un poco confusa.

»—A ver, me hice un piercing en la polla, se llama escalera de Jacob, y un capullo del otro equipo me ha dado una patada en los huevos durante el partido —me contó a toda prisa—. Estoy herido, muñeiquita. Gravemente. La lesión ha acabado con Piolín, y Tom y Jerry están desaparecidos en combate.

»—¡Virgen santa! —Horrorizada, los ojos se me salieron de las órbitas mientras intentaba encontrarle sentido a las majaderías que salían de sus labios—. ¿Que has hecho qué?

»—¿Puedes echar un vistazo? —preguntó con una mueca de incomodidad—. Y no lo digo en plan “voy a intentar que te la metas en la boca” —se apresuró a añadir—. Más bien es en plan “joder, me encanta mi

polla y no quiero tener sepsis, como Kav”.

»—¡Gerard!

»—Por favor, Claire... —suplicó agarrándose el estómago—. Sabes que no soporto la sangre, y si hay sangre ahí abajo, seguro que me desmayo.

»—¿Que no soportas la sangre? ¿Y yo qué? —chillé mientras me ponía de rodillas, invadida por una enfermiza oleada de morbosa curiosidad—. ¿Y si me asusto? Dios, ¿y si vomito? Sabes que odio vomitar.

»—No voy a mentirte, Claire. Es posible que te asustes y que ambos vomitemos —confirmó con gesto adusto—. Pero eres mi mejor amiga y yo lo haría por ti sin pensarlo.

»Mierda, eso era verdad.

»Bromas aparte, si yo estuviera en su lugar y fuera tan estúpida como para perforarme los genitales, él me ayudaría.

»—¡Vale, vale, venga!

»—Gracias —suspiró aliviado—. Vale, si es grave, no me lo digas. Simplemente sal fuera y llama a una ambulancia.

»—¿Seguro que no prefieres pedirle a uno de los chicos que le eche un vistazo? —pregunté con mucha más calma de la que sentía—. ¿No estarías más cómodo con Hugh, con Johnny o con Keith...?

»—No —contestó—. No, joder. Tienes que ser tú.

»—Vale.

»Me miró con recelo.

»—¿Sí?

»—Sí —confirmé asintiendo con determinación. Me bajé de la cama, clavé las rodillas frente a él y le puse las manos sobre la cinturilla de sus shorts—. Estoy lista.

»—Espera, espera, espera —soltó apartándome las manos mientras se revolvía con incomodidad—. He cambiado de idea.

»—Venga, Gerard, no seas crío. Te duele y hay que examinar esa escalera —dije con tono apremiante volviendo a cogerle los pantalones—. Sé

valiente y quítate los calzoncillos.

»—Es que ya no es una escalera, nena —farfulló colocando las manos sobre el elástico de los shorts—. En cuanto te he visto con esos pantaloncitos, se ha convertido en toda una escalinata.

»Le sonréí.

»—Ah, ¿sí?

»Sus ojos se llenaron de terror.

»—¡Céntrate, Claire!

»—Vale, vale, que no cunda el pánico. —Eché los hombros hacia atrás, tomé aire y volví a coger el elástico. Esta vez me dejó hacerlo—. No te preocupes, Gerard. Mi madre es enfermera —añadí mientras le bajaba los pantalones y los calzoncillos con sumo cuidado—. Llevo la medicina en los genes. Seguro que puedo ayudarte con... ¡Madre de Dios!

»—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —exigió saber Gerard sin apartar la mano que le cubría los ojos—. Hay sangre, ¿verdad? Me la he roto, ¿no? —gimoteó a gritos—. Por Dios, ¿es grave? Dime que no. ¿Sigue ahí el piercing?

»—Eh... —Los ojos se me abrieron como platos al ver liberada la totalidad de su escalera—. No hay sangre. —Me agaché un poco más para examinar bien la parte inferior de sus genitales—. Ah, sí, ahí está.

»—¿El qué? —preguntó frenético con la mano aún sobre los ojos—. ¿Qué hay ahí?

»—La barrita de plata —indiqué acercándome para verla mejor—. Vaya... Es... —Con la respiración entrecortada, lo miré y sonréí—. No se parece en nada a lo que me había imaginado.

»—Pero ¿en plan mal?

»—No, mal, no —reflexioné, gratamente sorprendida—. Es como una trompa.

»—¡Joder!

»—Gerard, las pilas son raras, ¿no?».

—¿Le has tocado la polla? —bramó Hugh trayéndome de vuelta al presente—. Pero ¿qué mierda...?

Se me encendieron las mejillas y, para disimular, me fui corriendo hasta el tocador y me puse a reajustar las fotos de mis amigos que tenía pegadas al espejo. Cuando mis ojos se posaron sobre la condecoración azul que decoraba la esquina de este, cuya inscripción decía «Brian, el mejor en el concurso de 2005. Primer puesto», no pude evitar que se me dibujara una sonrisa.

—En mi defensa, debo decir que solo usé el dedo meñique —dije centrándome de nuevo en mi hermano, que parecía agitado—. Y fue con fines puramente médicos.

—¿Con fines médicos? —La cara de Hugh adquirió una aterradora tonalidad púrpura—. ¡Claire!

—¿Qué? —me defendí, retorciéndome de vergüenza—. ¿Sabes lo grave que puede llegar a ser una lesión en la escalera?

—Por Dios bendito, ¿eso qué quiere...? ¿Sabes qué? Olvídalos. No quiero saberlo —gimoteó agarrado a su vientre mientras caminaba hacia la puerta de mi cuarto—. Date prisa y vistete. Cuando estés lista, me encontrarás en el baño con la cabeza metida en el retrete.

3

Llamadas del capi

Gibsie

Los erráticos latidos provocados por la pesadilla de la noche anterior me habían seguido hasta la conciencia de esa mañana, de modo que el repiqueteo de mi pulso me hacía compañía mientras regresaba a casa.

«Bum, bum, bum».

«Bum, bum, bum».

«Bum, bum, bum, bum... bu-bum...».

Se volvía más salvaje, más frenético y más ensordecedor a cada paso que daba alejándome de la casa de los Biggs. De ella.

«Vuelve».

«Ahora».

«Corre».

«No lo hagas...».

—¡Cierra la puta boca! —Levanté una mano y me estampé la palma contra la frente para hacer que mi estúpido cerebro parara—. Cálmate —dije de forma persuasiva usando la otra mano para frotarme el pecho—. Estás genial. Todo va genial.

No sirvió de nada.

Nunca había sido capaz de tranquilizarme por mí mismo, ni con palabras ni con gestos. Más que nada porque a mi cerebro no le gustaba mi voz y a

mi cuerpo no le gustaba mi tacto.

Negándome a ceder ante la tentación de dar media vuelta y salir corriendo hacia la chica que, de manera innata, era capaz de hacer por mí lo que yo no podía, crucé la calle hasta llegar a mi casa.

«Céntrate un poco, pedazo de imbécil».

La voz de mi madre fue lo primero que me dio la bienvenida cuando entré por la puerta principal, seguida al instante por el chirriante sonido de la de mi padrastro al decir:

—Gibs, ¿eres tú, hijo?

—*No soy tu hijo, gilipollas* —articulé con los labios sacándole un dedo animadamente desde la puerta de la cocina antes de controlar mis emociones y recomponerme—. El mismo que viste y calza —pregunté tratando de mostrarme despreocupado mientras ignoraba adrede la forma en que se cogían de las manos sobre la mesa.

Cogiéndose de las manos...

A su edad.

Me entraban ganas de potar.

—Se supone que estás castigado —me informó mi padrastro—. ¿O ya te has olvidado de lo caro que me saliste el mes pasado, cuando tuve que pagar aquel arreglo en el jardín de la señora Kingston?

—No. —Sonréí al recordarlo—. Me acuerdo.

—Joder, Gibs. —Keith entornó los ojos—. Al menos podrías fingir que te sientes mal al respecto.

—Podría —admití aún sonriendo—. Pero no soy ningún mentiroso.

—Tienes que hacer algo con él —le dijo a mi madre con aire molesto—. Mark nunca nos dio tantos problemas.

—Ya lo he hecho —insistió mamá—. Lo he castigado. Lleva tres semanas sin ver a sus amigos.

—Sí que los ha visto —replicó Keith—. Teniendo en cuenta que llega a las siete de la mañana después de pasar la noche en casa de los vecinos

como un mujeriego bravucón.

—Tú de eso sabes un rato, ¿verdad, Keith? —contesté sin poder evitarlo—. De ir a buscar mujeres a casa de otra gente, me refiero.

—Callaos, los dos —intervino mamá centrando su atención en mí—. Tu padre tiene razón...

—Él no es mi padre.

—Este comportamiento se tiene que acabar —siguió presionando—. Lo que le hiciste a la maquinaria de Keith estuvo totalmente fuera de lugar. Se supone que estás castigado y has estado escapándote por las noches.

—No me escapo —contraataqué—. Soy sonámbulo.

—Y he sido indulgente con tus paseos nocturnos porque, bueno, ambos entendemos lo de las pesadillas —continuó diciendo mamá de corrido—. Pero la semana que viene empieza otra vez el instituto. Es un momento importante en tu vida. El último año de bachillerato es clave y los dos creemos que ya es hora... —La voz se le fue apagando a medida que sus ojos recorrían mi figura—. Gerard Gibson, por el amor de Dios, ¿se puede saber qué llevas puesto?

Confundido, me eché un vistazo y sonréí con satisfacción al darme cuenta de que lucía la bata de seda rosa con borlas de pompones.

—¿Te gusta? —Con una sonrisa de oreja a oreja, hice girar alegremente una de las borlas—. Es mi nuevo estilo, mamá.

—¿Por qué, Gerard?

—¿Por qué no?

—Por Dios, Keith... —Mi madre dejó caer la cabeza entre las manos y gruñó—: Sigue tú, anda.

—No le des pie —intervino el aguafiestas de mi padrastro apretándole la mano a mi madre—. O no parará nunca.

—Venga, Keith —me burlé, incapaz de mantener un tono ligero cuando hablaba con él—. Dame pie. Te lo suplico.

Moviendo la cabeza hacia los lados, se levantó y se fue hacia la tetera.

—Tu madre tiene razón, Gibbs. Tienes que empezar a tomarte la vida más en serio.

«Y tú tienes que salir corriendo hacia un acantilado, gilipollas».

—Ah, ¿sí?

—Y quitarte esos pendientes de los pezones —gimoteó mamá—. Es peligroso jugar al rugby con piercings en el cuerpo.

—Pues mejor que no me veas la polla —musitó entre dientes de camino a la nevera.

—¿Cómo dices, Bubba?

—Digo que cuando juego nunca llevo joyas —aclaré, o mejor dicho, solté una trola para no perder los privilegios con el coche—. Sigo las reglas, mamá. No tienes por qué preocuparte por mí.

—¿Has dejado la medicación? —Sus ojos destilaban preocupación—. Porque he notado que este verano has estado caminando sonámbulo mucho más.

—No —contesté con sonrisa de idiota—. Sigo tomándome la pastilla cada día para alejar las voces.

—Ay, Gerard, ya sabes que no te las tomas para eso.

—¿Con qué Gerard estás hablando?

—¡Para ya! —espetó Keith con gesto aturdido—. Sabes que diciendo esas cosas preocupas a tu madre.

—*Mea culpa* —dije, y luego procedí a pulverizar el contenido de un bote de nata montada directamente hacia mi boca—. Seré... el... Gerard... bueno.

—¿No deberías estar en la pastelería? —me apremió Keith—. También trabajas los sábados, ¿no? ¿O es que has decidido añadir el escaqueo del trabajo a tu currículum? Porque, déjame decírtelo, chaval, eso haría las delicias de las oficinas de acceso a la universidad que pudieran estar interesadas en ti. Poca ética laboral, un incomprensible expediente académico y una total indiferencia hacia las normas.

—Joder, se van a pelear por mí, ¿no? —me mofé con sarcasmo—. Ya deben de estar haciendo cola en la puerta.

—Es su día libre —le dijo mamá, lo que me provocó un tremendo cabreo porque no quería que le diera explicaciones sobre mí a ese hombre—. Y hoy se acababa el castigo, ¿te acuerdas?

—Aún no ha terminado de pagar la maquinaria que estropeó.

—Eso ya lo he pagado yo, Keith.

—No recuerdo que acordáramos levantarle el castigo, Sadhbh.

—Yo no recuerdo ver tu nombre en mi certificado de nacimiento.

—¡Gerard!

—¿Desde cuándo libra los sábados?

—Desde que es mi último fin de semana antes de que empiece el insti y he hecho planes con mis amigos —le solté.

«Gilipollas».

—No me gusta ese tono.

—No he usado ningún tono.

—Sí lo has hecho.

—¿Qué os parece si reservo una sesión familiar con Anne? —propuso mamá antes de que se iniciara una discusión en toda regla.

Era una mujer inteligente. Nos conocía bien.

—No necesito otra sesión con Anne —contesté entre bocanada y bocanada de nata. «Ni con él, ni yo solo»—. La vi la semana pasada.

La buena de Anne. Llevaba acudiendo a su consulta el tercer viernes de cada mes desde que tenía siete años. Mamá pensaba que había obrado milagros conmigo y que ella era la responsable de que, tras la muerte de mi padre y de mi hermana, yo hubiera vuelto del otro lado sin sufrir un colapso mental.

No lo era.

Simplemente es que a mí reinventarme se me daba la hostia de bien. Aparte de la etiqueta de disléxico hiperactivo que me habían colgado, me

las apañaba de miedo.

Cogí el bote de pastillas que había encima de la nevera, le quité la tapa y me lancé un Ritalin a la boca.

—¿Ya estás contenta?

—Cariño, es que últimamente pareces tan inquieto...

—No sé qué decirte, mamá. Siempre estoy inquieto. —Encogiéndome de hombros, agregué—: Veré a Anne el mes que viene, tal como quedamos, ni un minuto antes.

—No queremos que te descontroles.

«“Queremos”, en plural».

Puse los ojos en blanco.

—¿Cuándo me he descontrolado?

—Haces muchas cosas que no nos dices.

«“Nos”».

—Descontrolarme no es una de ellas.

—A veces creo que tal vez sería mejor que lo hicieras.

—¿Perdona?

—Por la rabia, Gerard —insistió—. No pasa nada por estar enfadado, cariño.

—¿Por qué iba a estar enfadado?

—Quizá porque vas a empezar tu último año de instituto y tu padre no está aquí para verlo.

Cualquier resquicio de alegría que quedara en mi corazón se evaporó.

—No vayas por ahí.

—Es normal que estés enfadado con el mundo.

—No estoy enfadado con el mundo —salté negando de plano la idea.

«Estoy enfadado con él».

—Hablando del último curso. El año pasado suspendiste tres asignaturas, hijo —interrumpió Keith. Puto inútil—. Tenemos que hacer algunos planes para este año escolar si queremos que vayas a la universidad.

«A lo mejor podría seguir los pasos del bueno de mi padrastro y liarle con la mujer de un hombre con pasta. Porque, joder, desde luego parece que a ti la jugada te ha salido muy bien».

—Ya veré qué hago.

—¿Necesitas clases particulares? —preguntó mamá—. Porque si es así, Keith puede llamar al señor Twomey y arreglarlo. Son buenos amigos...

—No necesito que Keith haga nada por mí —espeté sintiendo cómo se me deslizaba la máscara mientras una oleada de ira atravesaba mi cuerpo—. Lo tengo todo bajo control —me obligué a añadir—. Todo va genial, mamá.

—Bueno, esperemos que este año Mark pueda volver a casa por Navidades desde la India —se apresuró a decir, haciendo que a mi querido padrastro se le llenara el pecho de orgullo. Claro, el hijo perfecto. El que no estaba jodido—. Estoy segura de que él podría ayudarte con los deberes durante esos días de vacaciones. Podríamos establecer algún tipo de horario para que te dé clases...

—¡He dicho que todo va bien! —solté cerrando de golpe la puerta de la nevera y dirigiéndome a zancadas hacia la puerta—. Yo estoy genial. Todo va genial. ¡No necesito que tu marido me haga ningún puto favor y menos aún que su hijo me dé clases particulares, joder!

—¡Gerard! —gritó mamá con voz ahogada—. Perdóname. No te vayas, anda.

Demasiado tarde.

Yo ya había salido a toda leche hacia las escaleras.

—¡Venga, hijo! —chilló Keith detrás de mí—. ¿Es que no podemos mantener una conversación civilizada después de tantos años?

—¡No! —rugí por encima del hombro—. ¡Y no soy tu hijo!

—¿Gibsie?

«Bum. Bum. Bum».

—Todos vivimos bajo el mismo techo.

«Bum. Bum. Bum».

—¿Podemos intentar llevarnos bien?

«Bum. Bum. Bum».

—¡Hazlo por mí, Bubba, por favor!

—¡Se acabó, mamá! —bramé sobre mi hombro mientras a duras penas lograba esquivar a Brian en el rellano con las prisas de llegar cuanto antes a mi habitación—. Fin de la conversación.

Con un humor cada vez más sombrío a cada paso que daba, lancé un suspiro y sacudí las manos.

—Cálmate —me ordené a mí mismo cuando el corazón se me disparó hasta cotas insospechadas—. Respira, imbécil.

Reuniendo toda la fuerza de voluntad que llevaba dentro, logré no arrancar de cuajo la puerta de mi habitación cuando la tuve delante.

La casa no le pertenecía a Keith.

Ni siquiera le pertenecía a mamá.

La pastelería tampoco.

Era el apellido «Gibson», no «Allen», el que figuraba en todos los activos financieros que poseía mi madre. Esa casa era de mi padre, igual que la cama en la que Keith dormía todas las noches, igual que la mujer que llevaba durmiendo con él los últimos diez años.

No veas con el amor verdadero, ¿no?

Mamá y papá estuvieron juntos desde los doce años y acabaron tal que así: ella zumbándose al capullo que estaba tumbado en el nuevo patio de nuestro jardín y él dejándose la piel para pagar ese patio y darle a su mujer todo lo que a ella se le antojaba.

Vamos, lo típico.

A ver, yo quería a mi madre con todo mi corazón, de verdad que sí, pero el hecho de que se hubiera juntado con ese hombre en una casa que había pagado mi padre me revolvía el puto estómago.

Al recordar que papá solía recogernos los fines de semana y tenía que esperarnos en la puerta principal, comprada con su dinero, mientras Keith

calentaba la cama, la amargura que llevaba dentro supuraba y me ponía de los nervios.

Toleraba su relación porque no me quedaba otra. Me mostraba respetuoso y civilizado cuando podía, pero no pasaba de ahí. No quería relacionarme con ese hombre. De hecho, quería tener que ver lo menos posible con él y con los suyos.

El regusto amargo de mi boca se veía acrecentado por el hecho de que ella permitía que el hijo de su «marido» utilizara el cuarto de mi hermana muerta. A mis ojos, el hombre que se había casado con mi madre representaba el principio del fin para mi familia.

Para mi padre.

Para mi hermana.

Para mí.

Joder, no me gustaba vivir en el pasado. Por algo se dejaba atrás. Yo en esos momentos estaba bien. Tenía una buena vida, con buenos amigos. Todo iba genial, hostia, y me negaba a verlo de otra forma. Me negaba a que mi mente lo jodiera todo.

Podía lidiar con Keith, con el dolor y con la rabia. Sobrellevaba los días malos. De verdad que sí. Pero el sueño, o mejor dicho la falta de él, realmente me suponía un problema.

Se me hacía difícil funcionar habiendo dormido poco o nada, y las pesadillas... Madre de Dios, las pesadillas eran más que perturbadoras. Me ponía furioso que mi subconsciente se negara a pasar página de algo que yo había aparcado años atrás. No necesitaba ningún recordatorio de los horrores que había vivido durante la niñez. De la imagen de mi hermana desapareciendo bajo la superficie, del tacto de la mano de mi padre, del miedo en sus ojos, del contacto con su...

—¡Joder! —espeté poniéndome de pie como movido por un resorte para caminar de un lado a otro de la habitación—. No mola. ¡No mola una mierda, gilipollas!

Irreales ecos de voces y recuerdos bombardearon mi cabeza, provocándome una sobrecarga sensorial. En mañanas como aquella, cualquier cosa podía ser un detonante y generar en mí un estado de agitación que me obligaba a ponerme en movimiento. La ansiedad percutía el interior de mis venas como si fuera un tambor, incitándome a balancearme, a reír, a correr y a hacer todo lo posible por sacudirme esa sensación. Por alejar a aquel hombre de mí...

Porque recordar era demasiado difícil.

Yo era, según le había oído decir una vez a mi madre, «desgastante». O sea, que era agotador tratar conmigo y ahuyentaba a la gente.

Pero eso no pasaba con mi muñequita.

Ella nunca me había abandonado. Su nivel de energía siempre parecía equilibrar el mío. Nuestras personalidades se complementaban, y, cuando era pequeño, solía pensar que el mismísimo Dios la había puesto en la tierra para mí. Porque ella era la única persona a la que no parecía asustar. Joder, si hasta Hugh y Feely se cansaban de mí. Pero ella no.

Supongo que por eso siempre ha sido tan perfecta para mí. Yo era escandaloso y ella estaba llena de vida. Pegábamos como el beicon y la col. Funcionaba, sin más. Ella no parecía aburirse de mí, y eso era algo que no podía decir que me pasara con todo el mundo.

Las ventanas de nuestras habitaciones estaban una enfrente de la otra, lo que me generaba una extraña sensación de consuelo, porque sabía que la tenía cerca. Al fin y al cabo, Claire había sido lo mejor de una infancia rota, algo que desde luego no quedaba representado en las fotos que colgaban de las paredes de casa. Esas fotos no eran más que un gélido recuerdo de una niñez que había acabado demasiado pronto. No podía sonreír al ver ninguno de los retratos familiares que adornaban las paredes de mi hogar. Me resultaba imposible reunir buenos recuerdos, porque desde aquel día todos los que había en mi cabeza eran malos.

En un abrir y cerrar de ojos, mi vida había dado un giro de 180 grados

que me había cambiado para siempre, y la única manera de superarlo era olvidándolo.

Así que no recordaba nada. Lo había bloqueado. Lo bueno, lo malo y lo deprimente. Todo había quedado congelado en mi mente, que había optado por recordar solo una cara de una vida entera de neblina. La suya. Ella era el recuerdo más seguro que albergaba, el único rostro que sabía con certeza que no iba a hacerme daño.

Tremendamente agitado, cogí el teléfono de la mesilla de noche y me puse a buscar entre mis contactos hasta que encontré un nombre familiar.

Pulsé el botón de llamada y me pegué el teléfono a la oreja mientras iba de un lado a otro de la habitación. Tenía tanta energía acumulada y la necesidad de escapar era tan intensa que durante unos segundos pensé en tirarme por la ventana.

La caída no iba a matarme. Joder, ni siquiera iba a romperme ningún hueso, pero quizás lograba distraerme de los retorcidos pensamientos que se agolpaban en mi cabeza.

Y es que esa habitación...

Ese techo...

Sus fantasmas...

Mis recuerdos...

Mierda, no podía soportarlo.

El alivio inundó mi cuerpo de golpe cuando oí su reconocible acento dublinés al otro lado de la línea.

—Ya era hora, joder. —Por algún motivo, la voz de Johnny era como un bálsamo que aliviaba mis sentidos—. ¿Has oído hablar de una cosa que se llama «contestar el teléfono», Gibbs? Te he llamado cinco veces, tío. Creía que hoy tu madre te quitaba los grilletes. ¿Qué tal va todo? Llevo semanas sin verte.

Por un instante, me planteé la posibilidad de contárselo todo al tío que estaba al otro lado de la línea. La verdad es que confiaba en él lo suficiente

como para hacerlo. Johnny me toleraba de un modo que los demás chicos no podían. Él parecía entenderme, y eso que no le había contado ni una sola palabra de mi pasado.

Pasar la mayor parte del verano sin él había sido una tortura, sin exagerar. Su ausencia se había acabado convirtiendo en una jodienda, porque me había dejado demasiado tiempo para pensar.

Me costaba estar a solas conmigo mismo. No me sentía bien cuando no tenía a nadie alrededor. Siempre funcionaba mejor en compañía. Estar solo me dejaba más jodido que cualquier otra cosa. Porque significaba que tenía que pensar. Y yo odiaba pensar. Mi manera de hacerlo era tan caótica que los médicos me habían dado un diagnóstico formal, aunque ningún tipo de alivio.

Aparte de Claire, Johnny era mi amigo más íntimo, y probablemente la mejor persona que conocía. Él sabría qué hacer. Se le daba bien arreglar las cosas.

«Hazlo».

«Cuéntaselo».

«Deja que él te ayude».

«Ni se te ocurra».

«Acuérdate de lo que pasó la última vez que intentaste contarlo».

—Perdona por no cogerte las llamadas, Kav. Anoche fui a casa de Claire y me dejé el teléfono en mi habitación —le expliqué simplemente—. Y ya me han levantado el castigo de forma oficial. Es solo que se me han pegado las sábanas.

Johnny desconocía los entresijos de mi drama familiar, justo como yo quería que fuera. Él ya tenía sus propios problemas, además de unos padres increíbles que le proporcionaban un hogar que le impediría identificarse con mi historia.

Me gustaba la clase de voluntad estructurada que poseía Johnny. Era de fiar. Constante, estable e íntegro; yo nunca dejaría de serle fiel. Porque,

aparte de Claire, con ningún amigo había encontrado la misma paz que con él.

Se mostraba protector. No tengo ni puta idea de cómo había llegado a ser así, pero estaba claro que Mami K y John padre habían hecho un trabajo de diez. Sin darse cuenta, habían convertido a su hijo en un salvador personal.

Teníamos nuestro pequeño mundo y me negaba a echarlo a perder con mis recuerdos de mierda. Prefería sufrir en silencio a exponerme a ese posible dolor. Así que cada vez que Johnny venía a mi casa, me plantaba una sonrisa en la cara y le hablaba como si nada al hombre que había destrozado mi familia, mientras por dentro me hervía la sangre.

—Sí, ya me he enterado —respondió con un fatigoso suspiro—. He hablado por teléfono con Hugh y ha estado despotricando sobre cómo iba a pedirle prestadas a Feely las pinzas de castrar animales para usarlas contigo.

—Qué bonito —exclamé con una risilla deleitándome con el malestar de Hugh—. Perdona por lo del gimnasio, tío.

—Más de lo mismo, Gibbs —replicó, aunque su tono de voz indicaba que no me lo iba a tener en cuenta—. ¿Sigue en pie lo de ir luego a la playa?

—Espero que sí —contesté—. Me he reservado el día libre del trabajo para eso.

—¿Y lo de acampar toda la noche también?

—Sí. Tengo la tienda preparada y el maletero del coche lleno de birras y papel del culo.

—Perfecto —dijo riéndose—. Oye, igual llego tarde. Me han llamado de la Academia. Tengo una reunión con los jefazos antes de comer. Quieren que vaya con mi padre para firmar los contratos de ampliación, así que ya me lleva él luego a la playa.

—¿Contratos? —Alcé las cejas—. No me gusta cómo suena eso.

—Es el protocolo —afirmó mi mejor amigo despreocupadamente—. No te rayes, Gibbs. El próximo jueves estaré contigo en el Tommen.

Mi cuerpo se destensó aliviado. En los últimos tiempos, la idea de que la

liga profesional me robara a mi mejor amigo era más aterradora que nunca, ya que prácticamente llamaban a su puerta para ofrecerle contratos y ofertas a tutilplén. Johnny acabaría marchándose de Ballylaggin, pero al menos se quedaría con nosotros un curso más.

—¿Me lo prometes?

—Sí, Gibbs, te lo prometo, tío.

—Vale —convine ya más tranquilo al saber que no se iba a ir otra vez—.

—Y cómo va la vida por la mansión?

—Puto maniaco. —Se rio e hizo una pausa antes de preguntar—: ¿Estás bien, Gibbs?

«Con la cabeza hecha un Cristo y cada día peor».

—Ya me conoces, Johnny, tío, yo siempre estoy genial —contesté apoyándome contra el poyete mientras hablaba—. ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé —respondió, y no me hizo falta verlo para saber que se estaba rascando la mandíbula. Era un rasgo suyo al que me había acostumbrado—. Me dio la sensación de que tenía que hacerlo.

—¿Y cómo está la pequeña Shannon? —Sujetando el teléfono entre la oreja y el hombro, rebusqué dentro del primer cajón de la mesilla de noche tratando de encontrar un paquete de chicles que sabía que había guardado allí la semana anterior—. ¿Ya te ha entrado el agobio?

—¿Agobio?

—Por tener a tanta gente en tu casa.

—Gibbs, dejaría que mi madre adoptara a todo el puto instituto para poder seguir con esa chica.

—La pequeña Shannon, ¿eh? —sonreí—. Se te ha metido bien adentro de la patata, tío.

—Qué me vas a contar.

—Este verano ha tenido que madurar mucho.

—Ya, tío —convino mucho más entusiasmado que antes, puesto que

estábamos hablando de su tema de conversación preferido—. Ya sabes que Claire ha estado dando clases en la piscina municipal todo el verano, ¿no? Pues ayer mamá la llevó a ella y a los niños. —Le noté la sonrisa en la voz cuando dijo—: Y ella hizo tres largos completos.

—No me digas...

—Sin parar —añadió—. Joder, estoy muy orgulloso de ella, Gibs.

—Claro —repuse yo también con orgullo—. Claire dice que tiene un talento natural.

—Shan tiene talento para todo.

—¿Te ha contado que McGarry husmeaba por la piscina durante las clases mientras tú estabas de gira con el equipo? —pregunté, encantado porque había encontrado el paquete de chicles—. Dando vueltas alrededor de las chicas como un puto tiburón blanco.

—No —soltó Johnny—. Y tú tampoco me lo habías contado.

—Porque no quería distraerte y arruinar tus perspectivas de futuro.

—Bueno, ahora ya estoy en casa y mis perspectivas son excelentes —contestó Johnny con tono agrio—. Ya me ocuparé de él la semana que viene en el instituto.

—No hace falta. —Desenvolví media docena de chicles y me los metí todos en la boca—. Ya me ocupé yo hace tiempo.

—Ah, ¿sí? ¿En la piscina? —Parecía sorprendido—. ¿Te metiste en el agua?

—No te flipes, capi. —Volteé los ojos hacia arriba—. Fui a buscarlo al vestuario después de una de sus sesiones de acoso. —Sonriendo, agregué—: No hace falta decir que no ha podido ir mucho a nadar con una escayola en el brazo.

—Gibs, dime que no le rompiste el puto brazo.

—¿Por quién me tomas, tío? —repliqué resoplando—. Se tropezó.

—¿Con qué?

—Con el contenido de su bote de champú. —Me eché otro poco de nata

en la boca—. Y con mi pie.

—No veas... —exclamó con aire distraído. Hizo otra larga pausa antes de volver a hablar, esta vez hecho todo un profesional—: Oye, Gibbs, tengo que prepararme para la reunión. Te veo por la tarde, ¿vale?

Una punzada de tristeza me golpeó con fuerza en el pecho y durante unos instantes me costó respirar, pero enseguida logré controlarme.

—Dales caña, capi. —Apretándome el puente de la nariz,forcé otra sonrisa, pese a que estaba solo en mi cuarto—. Luego nos vemos.

—Adiós, Gibbs.

—Adiós, Kav.

Cuando la línea se cortó, me quedé un buen rato con el auricular en la mano, mirando por la ventana de mi habitación.

El cielo estaba azul.

Los pájaros habían salido.

Brillaba el sol.

Era otra mañana maravillosa.

Y yo quería gritar.

4

Pequeñas cicatrices irregulares

Claire

—¿Y bien? —preguntó Hugh cuando me uní a él en el borde de la piscina después de la entrevista—. ¿Cómo ha ido?

—Bien, supongo. —Me encogí de hombros; estaba un poco desanimada por la reunión que acababa de tener con su jefa—. Me ha dicho que ya se pondrá en contacto conmigo. —Miré a mi hermano en busca del apoyo emocional que tanto necesitaba—. ¿Eso es malo?

—Qué va, si a Kim no le hubieras gustado, créeme, lo sabrías. —Dejó la fregona en el suelo, me dio una palmadita en el hombro y volvió a su silla de vigilancia—. Te apuesto diez pavos a que consigues el trabajo.

—Hugh, esa mujer daba bastante miedo.

—Ya, Kim puede ser un poco tocapelotas —admitió concentrándose en los cuerpos que chapoteaban en el agua mientras hablábamos—. Es de esas personas duras que no aguantan mierdas, pero es justa.

Yo no estaba tan segura. Durante nuestro breve encuentro, la jefa de mi hermano me había transmitido un rollo muy parecido al del señor Twomey. Casi prefería que no me llamara. La verdad es que sería una pasada tener un trabajo remunerado, pero me gustaba ser voluntaria en la piscina comunitaria y creía firmemente que la vida era algo más que un simple sueldo.

—Ay, jolines —dije sofocada cuando una rubia a la que conocía bien entró en mi visión periférica—. ¿Qué narices te ha pasado?

—Me he caído —contestó Lizzie uniéndose a nosotros junto a la silla de Hugh.

No me sorprendió verla allí. En su familia todos eran miembros desde hacía años, igual que en la nuestra. Lo que sí me dejó sin aliento fue su cicatriz.

Ya había visto otros cortes similares en el cuerpo de Lizzie, pero de aquello hacía mucho tiempo. Las sutiles cicatrices que adornaban el interior de sus muñecas habían aparecido durante los meses posteriores a la muerte de su hermana. Cuando sus padres la llevaron a terapia, dejó de pasar. Pensé que lo tenía todo bajo control. Al parecer, no era así.

—¿Encima de qué? —quise saber, boquiabierta ante aquel enorme corte dentado aún sin curar que le recorría todo el muslo—. ¿De una motosierra?

—No, sobre una cerca de alambre de espino que intentaba saltar. —Ataviada con un biquini blanco, Lizzie se recogió el pelo en una improvisada coleta y me dedicó una sonrisa poco entusiasta. Con cicatrices o sin ellas, Lizzie era absurdamente guapa. Pero guapa de verdad. Parecía una especie de ángel, con su halo de cabello rubio alborotado—. No te preocunes, Claire. Es de hace años. Ya ni siquiera me duele.

—¿Estás segura? —Incómoda, me retorcí ante la visión de ese corte tan horrible—. Porque parece reciente y a mí me duele solo de verlo.

—Pues sí —coincidió Hugh con gesto serio y los ojos clavados en su muslo.

—No sabía que hoy trabajabas —replicó ella cruzándose de brazos.

—Se suponía que no —contestó Hugh sin apartar la vista de la herida—. ¿Qué ha pasado?

Ignorando a mi hermano, Lizzie se dirigió hacia el borde de la piscina y no se detuvo hasta meterse en el agua.

—Nos vemos luego, Claire.

—¡Sí, vale! —le grité mordiéndome el labio—. ¿Vas a venir a la acampada de la playa?

—¿Va Thor?

—¡Ya sabes la respuesta!

—¡Entonces ya sabes mi respuesta!

—¿Estás segura de que no quieras venir? —le pregunté tratando de parecer jovial—. ¡Nos lo vamos a pasar superbién!

—¡De lo que estoy segura es de que preferiría ahogarme a pasar tiempo con él de forma voluntaria! —chilló justo antes de desaparecer bajo el agua.

—Ay, mierda. —Me giré hacia mi hermano con una creciente sensación de ansiedad en el pecho—. Eso ha sido un poco raro, ¿no? —dije señalando el lugar en el que Lizzie se había sumergido—. No está bien, ¿verdad?

—Y yo qué sé —espetó mi hermano con voz emocionada—. Hace tiempo que dejé de ser su confidente...

—Ya, pero solías serlo.

Acababa de decir algo que años atrás había jurado no repetir. En serio, hablar de aquello en el Tommen era tan tabú como pronunciar el nombre de Voldemort en Hogwarts. Un no como una catedral.

La deshecha relación de Hugh y Lizzie se había almacenado en la bóveda de la memoria bajo la clasificación «No volver a mencionarla por el bien de nuestro círculo de amigos».

Los ojos de mi hermano brillaron de dolor y me sentí la imbécil más grande del universo.

—Uy... —Revolviéndome de incomodidad, alargué el brazo y le di unas palmaditas en el hombro—. Lo siento.

—No lo sé... —repitió con tono grave para ocultar el temblor de su voz.

Porque lo de Lizzie afectó muchísimo a Hugh, como todo lo relacionado con ella. Por algún motivo, mi hermano llevaba locamente enamorado de mi irascible amiga desde el principio de los tiempos. Y, por algún motivo aún más extraño, Lizzie le correspondía.

Durante toda nuestra infancia, nunca se separaron el uno del otro; eran uña y carne. Cuando llegamos a quinto de primaria, su amistad cambió de nombre y pasaron a ser novios. Aunque ninguno de nosotros tenía la menor idea de lo que aquello significaba. Para nuestras jóvenes mentes, tan solo quería decir que cada uno de ellos era la persona favorita del otro.

En cualquier caso, estuvieron juntos muchísimo tiempo, incluso después de que todo pareciera desmoronarse para Liz tras la muerte de su hermana. Por aquel entonces, Hugh fue su gran apoyo. Pensándolo bien, durante meses él fue la única persona con la que ella estaba dispuesta a hablar. La oscuridad de aquella época nos siguió a todos hasta bien entrada la secundaria.

Con el tiempo, el dolor acabó apoderándose de Lizzie de formas que ninguno de nosotros era lo bastante maduro para manejar y, al empezar segundo, su relación con Hugh se había deshecho por completo, como le ocurrió con tantos otros amigos.

Yo permanecí a su lado, aguantando sus cambios de humor y su comportamiento errático, porque la quería como a una hermana. Pero no fue fácil. Sobre todo cuando centró todo su dolor en Gerard debido a un rumor relacionado con su hermanastro.

Fue una mierda, porque antes de aquello Liz y Gerard habían sido muy buenos amigos. Como todos nosotros. Formábamos un grupo muy unido que se rompió tras la muerte de Caoimhe.

Después de la ruptura, el resto del grupo pactó tácitamente no volver a hablar del tema. Hasta ese día, desconocíamos por completo los pormenores de lo que había pasado, ya que Hugh y Liz apenas soportaban pasar unos minutos en presencia del otro, y mucho menos hablar de ello.

Pese a que llevaban juntos desde primaria, la ruptura no pareció afectar demasiado a Lizzie, que empezó a verse con otro a los pocos días de terminar la relación. Hugh, por su parte, se pasó varios meses deambulando por casa como un alma en pena, hasta que al final se topó con Katie por los

pasillos del Tommen y vio salir de nuevo el sol.

En el fondo, yo sabía que si Hugh intentaba alejarme de Gerard era porque estaba proyectando su propia experiencia sobre mí. Cuando mi hermano dijo que temía que me hicieran daño, lo que realmente quería decir era que no quería que me hicieran daño como se lo habían hecho a él.

—Hugh, está pasando otra vez, ¿no?

Desvió su mirada hacia mí y el destello que vi en sus ojos marrones me hizo saber que yo no era la única que estaba preocupada.

—No lo sé.

—Sigue muy enfadada...

—Sí, Claire, ya lo sé.

—¿Deberíamos...? —Elevando los hombros, me mordí ansiosamente el labio y volví a contemplar a nuestra amiga, que estaba nadando unos largos —. No sé, ¿hacer algo?

—¿Como qué?

—No sé, lo que sea.

—Yo no soy el indicado, Claire —dijo Hugh con voz ahogada mientras un escalofrío le recorría todo el cuerpo—. Esta vez no. Ya no. No puedo seguir salvando... —Dejó caer la cabeza entre las manos y cogió aire, con los hombros caídos—. Ahora tengo a Katie... No puedo volver a pasar por eso con ella.

Lo entendía, pero estaba asustada y él era mi hermano mayor, que siempre parecía saber lo que había que hacer. Después de todo, Hugh sabía más sobre Lizzie que ninguno de nosotros. La última vez había sido él quien había estado ahí, justo en el centro de su crisis personal. Antes de que ella bajara las persianas de su corazón y nos dejara a todos fuera, él había sido la última persona a la que había echado. La conocía mejor que nadie. A la antigua Lizzie, al menos.

—Podría hablar con sus padres —propuse sintiéndome perdida y desbordada por la situación—. O con Pierce.

—¿Pierce? —Hugh me miró boquiabierto, como si se me hubiera ido la olla—. No vale la pena tener ninguna puta conversación con él. —Entrecerró los ojos con furia al hablar—. No está ciego, Claire. Lo que pasa es que le da igual.

—No puede ser —insistí—. Tiene que darse cuenta. Es su novio, Hugh.

—Solo ve las partes de ella que quiere ver —soltó mi hermano—. No va a hacer una mierda, Claire, y eso a Liz le va de perlas, teniendo en cuenta que es la única razón por la que está con él.

—Entonces tenemos que hablar con mamá —aseguré—. Ella hablará con la madre de Lizzie y arreglará las cosas.

—Arreglar las cosas... —repitió Hugh entre dientes—. No es un ordenador que haya que resetear, Claire. No es tan fácil. —Musitando algo ininteligible entre dientes, de repente se puso en pie y echó los hombros hacia atrás—. De acuerdo.

—¿De acuerdo? —La esperanza invadió mi corazón—. ¿Vas a hacer algo?

—Sí, Claire. —Mi hermano se vio atravesado por otro escalofrío y asintió con solemnidad—. Voy a hacer algo.

5

Gatos malvados y madres helicóptero

Gibsie

Agarrado al lavamanos de porcelana que había en el baño del piso de arriba, me miré al espejo concentrándome en las gotas que resbalaban por mi pelo, cortesía del agua que me acababa de echar por la cara.

La visión me hizo estremecer y ahogué un gruñido. Encogiendo los hombros en un gesto que combinaba el asco y el odio, me pasé la lengua por los labios y me obligué a calmarme.

—Contrólate un poco.

Porque aquello era patético.

Yo era patético.

Mientras que el resto de mis amigos se había pasado las vacaciones de verano remojándose el culo en el océano Atlántico, yo me había quedado sentado en la arena como el cobarde que era. Vale que lucía un moreno impresionante, que el sol me había dejado unas mechas naturales en el pelo por las que algunos chicos pagarían un pastizal y que había construido varios fuertes y castillos de arena realmente espectaculares, pero el verano había sido una puta pérdida de tiempo.

Por patético que fuera, me costaba ir más allá de meter los pies en el agua. En serio, sumergir el cuerpo me parecía una idea abominable. Nunca iba a ser capaz de apartar esos pensamientos, ni mi pasado, el tiempo

suficiente como para intentarlo.

Podía ducharme porque estaba en posición vertical y no había riesgo de hundirme. Pero no me acordaba de la última vez que me había dado un baño. Supongo que había sido antes de aquel día. Seguro que me habían acompañado mis figuritas de Batman y de las Tortugas Ninja Jóvenes Mutantes.

«Ahora que lo pienso, ¿dónde estará Rafael?».

—¿Gibs? —gritó mamá al pie de la escalera—. Ya han llegado las chicas.

«¡Cowabunga, joder!».

Sonréí para mis adentros, dejando atrás el mal humor, y cogí una toalla del estante para secarme la cara rápidamente. El hecho de saber que Keith se había ido una hora antes también suponía una buena inyección de ánimo.

—Allá vamos, señoritas.

Despreocupado, salí del baño, cogí una camisa de flores del armario, me metí un bote de aceite para bebés en el bolsillo y pillé las gafas de sol, decidido a aprovechar al máximo ese precioso día de finales de agosto.

Era sábado por la tarde, el último antes de que el jueves empezaran de nuevo las clases, y había tomado la determinación de ponerme tan moreno que me durara hasta que al señor Lorenzo le diera por volver a salir el verano siguiente.

Aparté de mi mente todas las preocupaciones relacionadas con las corrientes y las mareas peligrosas y salí disparado hacia la escalera. Mientras bajaba por la curva, al esquivar por los pelos un choque lateral con ese demonio al que mi madre había bautizado con el nombre de Brian, tropecé y me caí desde los últimos cuatro peldaños.

—¿Lo has visto? —pregunté ultrajado señalando con el dedo hacia el persa de mi madre, que se había hecho una bola—. Ha intentado empujarme escaleras abajo.

—No seas dramático, Gibbs —me regañó mamá levantando del suelo a esa bola de pelo blanco como la nieve—. Brian tiene un corazón de oro.

El aludido emitió un ronroneo como respuesta a los mimos de mi madre, pero a mí me miró entrecerrando sus brillantes ojos verdes en señal de advertencia. Como diciendo: «Ya te pillaré la próxima vez».

«Si no te pillo yo primero, mamón».

—Ya, bueno, si una mañana me encontráis destrozado en la cama, con el cuerpo lleno de araños de gato, no digas que no te avisé —resoplé mientras me encogía de hombros dentro de mi camisa, que no me había molestado en abrochar—. Porque te he avisado un montón de veces, madre.

—Eso no va a pasar.

—Pero podría.

—Para eso tendrías que dormir en tu cama.

—Hola, Gibbs —saludó la más pequeña de las tres con una tímida sonrisa.

—Pequeña Shannon —contesté sonriéndole cariñosamente a la chica de mi mejor amigo, que estaba plantada en el vestíbulo con una cesta repleta de comida de pícnic, gentileza de Mami K, lista para pasar el día en la playa.

—Gracias por ofrecerte a llevarnos —dijo cuando cogí la cesta y la dejé sobre el aparador—. Johnny tiene que reunirse con los directivos de la Academia. —Dejando ir un suspiro, se echó la coleta por encima del hombro y me sonrió—. Su padre lo traerá luego.

La chica que había junto a Shan se aclaró la garganta, y eso fue suficiente para que mi cuerpo se encendiera. Y, madre de Dios, si pensaba que antes el corazón se me había acelerado por el miedo al agua, eso no era nada en comparación con el tornado de temblores internos que me rebocaban de una cámara a otra de ese órgano solo con mirarla.

Mientras me esforzaba por mantener la cabeza sobre los hombros y el corazón en el pecho, mis ojos estaban totalmente concentrados en su rostro. Algo que, por otra parte, nunca había supuesto ningún reto. Ella había acaparado toda mi atención desde el principio de los tiempos.

—Muñequita.

Me sonrió con sus marrones ojos de cierva. Sí, sus ojos sonreían. Llevaba su habitual mata de rizos rubios y salvajes apilada sobre la cabeza, apenas contenida por lo que solo podría describir como una garra para el pelo. No conocía la terminología adecuada para ese tipo de artilugios femeninos, pero al haber trasteado tantas veces por su cuarto, sabía que ese chisme trámoso podía clavarse en la piel con una fuerza sorprendente.

«No tanta como los arañazos que Brian me hacía en el ojete al salir de la ducha, pero casi».

—Gerard. —Claire respondió con ese tonillo animado y lírico que yo tanto adoraba—. Estamos a veintiséis grados ahí fuera y tú te has bañado en aceite de bebé. —Movió la cabeza hacia los lados y chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. Te vas a volver a quemar los pezones.

—Ay, Gerard, por favor —me riñó mi madre con un profundo suspiro—. ¿Qué te tengo dicho sobre protegerte del sol?

—Ya te lo he dicho, mamá: el sol me quiere —repliqué antes de girarme hacia Claire—. Y, si me quemo las tetas, tú puedes cuidarme de nuevo hasta que me recupere del todo.

Shannon se rio.

—¿De nuevo?

—Es una larga historia —explicó Claire dando un paso hacia delante para abrocharme los botones de la camisa—. Va de pieles peladas y pezones sangrientos, y no quiero que se repita en un futuro próximo.

—No le hagas caso, pequeña Shannon —sugerí con una risita—. Le encanta ocuparse por mí.

—Entonces ¿quién más va a esa acampada en la playa? —inquirió mamá sonriéndole tiernamente a Shan, que no dejaba de frotarse los brazos.

—Los de siempre —intervino Claire manteniéndose a una prudente distancia de Brian.

—¿Los de siempre? —Mamá frunció el ceño y yo me puse rígido.

«Ya tardaba».

«Estaba a punto de empezar».

—¿Y quiénes son esos exactamente?

—No hay problema —empecé a decir—. Estaré bien, mamá...

—Aléjate del mar —ordenó ella interrumpiéndome con lo que yo interpreté como un humillante revés en lo que se suponía que iba a ser un buen día.

Y en realidad eso era lo que necesitaba, joder. La noche anterior no había dormido ni tres horas, porque mi subconsciente intentaba atraerme a uno de los rincones más oscuros de mi mente.

«Un buen día».

«Un buen día».

«Un buen día».

Trataba de hacerlo realidad por todos los medios.

—Y aléjate de...

—Mamá —le advertí cortándola antes de que fuera por ahí. Porque no podía ir por ahí. Ese día no—. Estaré genial.

—Lo digo en serio, jovencito —se reafirmó ella—. Juega en la arena todo lo que quieras, pero mantente alejado del agua. Ni siquiera para jugar a las palas. Recuerda lo que pasó la última vez...

La última vez había sido en mayo, por el cumpleaños de Johnny. En una desastrosa acampada donde casi encuentro una muerte acuática. Otra vez. Me cago en Johnny por contarle a mi madre lo del incidente del río. Desde entonces no ha pegado ojo ni una sola noche completa, y sé lo que digo porque yo llevo sin dormir del tirón desde los siete años.

—¿Jugar en la arena? ¿A las palas? —Me la quedé mirando con fingida indignación mientras intentaba desesperadamente encauzar la conversación hacia aguas más seguras... El doble sentido es intencionado—. Por Dios, mamá, tengo diecisiete años, no siete. —Me agaché, cogí la cesta de pícnic y me dirigí hacia la puerta; necesitaba salir de esa casa—. ¿Quieres rebozarme en FPS 50 y esconderme bajo una sombrilla para que construya

castillos de arena durante todo el día?

—No sería la primera vez —dijo Shannon riéndose tras la mano que usaba para tapar su sonrisa.

—Oye, aquello no era un castillo, era un fuerte a tamaño natural —afirmé con tono acusador señalándola con un dedo—. ¡Y vosotras dos erais las arquitectas!

—Es verdad, Gerard, y tú eras un ayudante maravilloso. —Claire se partió de risa, me agarró la mano y tiró de mí hacia la puerta mientras Shannon nos seguía con gesto risueño—. No te preocupes por él, Sadhbh. Gerard está a salvo con nosotras.

—Sí —confirmó Shannon agarrándose alegremente a mi brazo—. Nosotras nos encargamos.

—Os tomo la palabra, chicas —convino mamá mientras la dejábamos atrás—. Cuidaos los unos a los otros.

—¡Siempre! —canturreamos los tres al unísono.

—Sadhbh es una madre helicóptero —soltó Claire entre carcajadas cuando se subió al asiento del copiloto de mi Ford Focus—. Qué mona.

«No cuando yo necesitaba que lo fuera».

—Molesta, eso es lo que es —apunté subiéndome al asiento del conductor junto a ella.

—Pues yo creo que es un encanto —dijo Shannon desde el asiento de atrás.

—Sí, un encanto con una hélice invisible sujetada a la espalda —farfullé encendiendo el motor y alejándome de la casa—. Esa mujer es implacable. Ya veréis como tengo al menos tres mensajes en el móvil cuando aparcue para advertirme de que no me meta en el agua.

—Supongo que es normal que se preocupe —sugirió Shannon en voz baja—. Ya sabes, por todo lo que ha pasado.

—Hum... —fue lo único que respondí, porque, a decir verdad, no tenía ninguna intención de hablar de eso.

«Un buen día, un buen día, un buen día».

—Perdona, Gibs.

—¿Por qué? —pregunté con la vista en el retrovisor.

—Por sacar el tema —contestó encogiéndose ligeramente de hombros—.

O sea, yo debería ser más consciente que nadie de estas cosas.

—Tranquila, pequeña Shannon. —Forcé una enorme sonrisa—. No pasa nada.

Entonces una cálida mano se apoyó en mi regazo y sentí un consuelo inmenso. Joder, no tenía ni idea de cómo se lo montaba esa chica, pero era capaz de tranquilizarme con la punta de un dedo.

Un toquecito y volvía a estar bien.

Volvía a respirar.

Durante un rato, al menos.

—Bueno, ¿qué os contáis, chicas? —pregunté ya asqueado de darle vueltas a la cabeza. Necesitaba parar. Distraerme. Lo que fuera menos seguir acompañado de mis recuerdos—. ¿Cómo te ha ido la entrevista, muñequita?

—Fatal —dijo Claire con un hilo de voz cruzándose de brazos—. La jefa de Hugh es una bruja malvada.

—Entonces ¿no te ha dado el trabajo?

—Dios, espero que no, chicos. —Ojeó las canciones del equipo de sonido y se detuvo en una de nuestras favoritas: «Laid», de Matt Nathanson—. Estoy perfectamente feliz con lo que tengo.

—Sí, eres perfecta con lo que tienes —aseguré.

Respondió poniendo los ojos en blanco.

—Ah, y os advierto que Hugh está como loco desde que llegó del trabajo.

—¿Y eso?

—Es culpa mía —murmuró tamborileando con los dedos sobre la puerta del coche—. Liz estaba en la piscina esta mañana y le dije que hablara con ella de una cosa. —Elevó los hombros con frustración—. Obviamente no

fue bien porque lleva dando vueltas por la casa como un oso con dolor de cabeza desde que llegó. Solo Dios sabe por qué. Tampoco lleva una vida tan horrible. Novia preciosa. Hermana preciosa. Una vida preciosa, tal como yo lo veo.

—Eres fantástica.

—Y tú eres un merluzo.

—Lo sería encantado si me metieras en tu boca.

—Gibs, vas a peor —sentenció Shannon riéndose desde el asiento de atrás—. Ese ha sido flojo.

—Es que estoy oxidado —me defendí entre bufidos—. Llevo semanas sin ver a nadie y no he podido practicar. He estado en arresto domiciliario, ¿recuerdas?

—Bueno, te está bien empleado por hacer lo que hiciste —aseveró Claire desternillándose—. A decir verdad, Gerard, ¿qué esperabas que pasara?

—Que no me fastidiaran el verano.

—Robaste el tractor de tu padrastro.

—Una excavadora —la corregí resoplando—. Era una excavadora, no un tractor, y la cogí prestada.

—Y luego la condujiste por encima del parterre de la señora Kingston.

—Porque no podía controlar los pedales. —Entorné los ojos—. Y si no recuerdo mal, tampoco es que estuviera solo en aquella misión.

—Me acojo a la Quinta Enmienda —dijo Claire con una risilla.

—Claro que sí.

—¿Por qué robasteis una excavadora? —preguntó Shannon tronchándose.

—Ni idea —contesté también entre risas.

—En aquel momento parecía buena idea —añadió Claire.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? —Me rasqué la barbilla y sonréí con malicia—. Igual ya no tanto.

—Le destrozaste las petunias —me recordó Claire con sonrisa de pilla.

La miré con la boca abierta, indignado.

—Pero ¡si fuiste tú!

—No-no. —Me dio una palmadita en el muslo—. Al menos por lo que respecta a tus padres.

6

Chicos, playas y mejores amigas

Claire

Nuestra escapada a la playa resultó espléndida. Rodeados de caras amigas y durante todo un día repleto de sol, castillos de arena y palas junto al mar, celebramos los últimos días que nos quedaban de libertad antes de volver al instituto y que el verano diera paso al otoño.

Entre ahogadilla y ahogadilla en el mar, Shan y yo nos pasamos la mayor parte de la tarde holgazaneando en la cálida arena, tranquilas y sin preocuparnos por el mundo que nos esperaba justo a la vuelta de la esquina.

—¿Recuerdas cuando te dije que los chicos guapos con grandes músculos lo complican todo? —comenté varias horas después, tumbada boca abajo, disfrutando de los últimos rayos de sol de la tarde mientras los chicos se hacían pases de balón en una zona un poco más alejada de la playa. El sol se ponía, las tiendas de campaña ya estaban montadas y yo aprovechaba los últimos fogonazos de calor—. Bueno, pues tenía razón.

—Y te quedas corta —confirmó Shan, estirada junto a mí—. Pero mirarlos es una gozada.

—Ciento. —Me apoyé sobre los codos y me giré justo cuando Gerard saltaba por los aires para atrapar la pelota—. Ufff, por el amor de Dios. —Ese día tenía un aspecto increíble. Ataviado únicamente con unos shorts blancos, los músculos que moldeaban su piel eran de ensueño. Parecía un

semidiós. Sí, eso era lo que mejor lo definía.

—Te entiendo. —Shannon sonrió con complicidad—. Me pasa lo mismo con Johnny.

—Es difícil concentrarse, ¿eh?

—Pues sí —admitió—. Y luego es aún peor, porque empiezas a anhelar sus palabras tanto como sus besos.

—Buah... —exhalé—. Suena intenso.

—Deberías decirle a Gibs lo que sientes, Claire.

—Ya lo sabe —repliqué tumbándome de nuevo sobre el abdomen—. Pero es... Gerard.

—Y tú eres Claire —añadió—. Y juntos formáis un equipo perfecto.

—Sí, puede.

—De verdad —me aseguró—. Va a pasar. Lo presiento.

«Eso espero».

—Voy a echar de menos esto —dije para cambiar de tema—. Ojalá viviéramos en un mundo donde el verano no acabara nunca.

—Pero entonces no tendríamos otoño —planteó Shan siguiéndome el rollo—. Y ya sabes lo mucho que nos gustan los octubres.

—Es verdad —acordé con languidez—. Jerséis de lana, hojas cayendo de los árboles...

—Chocolate caliente y Halloween —agregó con un nostálgico suspiro.

—Fogatas.

—Tardes oscuras.

—El truco o trato.

—Acurrucarse bajo las mantas.

—Vale, cambio de planes. Vamos a construir un mundo lleno de octubres.

—En ese mundo sí que me gustaría vivir —aceptó Shan.

—Seríamos reinas.

—O presidentas.

—Mandatarias.

—Sí, mandatarias conjuntas de todas las cosas del otoño.

—Genial idea.

—Oye, Shan.

—¿Mmm?

Poniéndome de lado, me eché los rizos hacia atrás y me centré en mi amiga del alma.

—¿Me guardas rencor?

—Yo nunca te guardaría rencor, Claire —respondió imitando mis movimientos.

Sonréí con tristeza.

—Ni siquiera sabes a qué me refiero.

—Porque no importa. —Alargó el pie y me tocó la pierna con un dedo—. Nunca sentiré eso hacia ti.

—Pero yo lo sabía, Shan. Sabía que algo iba mal en tu casa —confesé repitiendo una conversación que ya habíamos mantenido un par de veces ese verano—. No hice nada al respecto, y la culpa aún me corroe por dentro.

—Claire, no tienes nada de lo que sentirte culpable. No lo sabías. No exactamente. Yo nunca te dije nada. Lo intuías. E hiciste todo lo que podías haber hecho por mí. Créeme, lo sé. —Shannon se puso de rodillas, cogió la goma de pelo que llevaba en la muñeca y se hizo un moño improvisado—. Sigo aquí. Lo conseguí. Él no me venció. —Sonriendo con dulzura, se señaló a sí misma y luego señaló a nuestro alrededor—. Y mira cómo es mi vida ahora.

—Lo sé, y estoy muy agradecida de que estés aquí —dije con voz temblorosa, abrumada por la emoción.

La familia de Johnny había acogido a Shannon y a sus hermanos después de que sus padres murieran en un incendio doméstico a principios de año. El incendio había sido intencionado: lo había provocado su padre, un

hombre alcohólico y maltratador.

Los seis hermanos Lynch habían pasado por un infierno ese año y finalmente habían encontrado un buen sitio en el que aterrizar en casa de los Kavanagh.

El primogénito, Darren, era mayor y vivía en el norte. Joey llevaba algún tiempo tratando sus problemas de adicción. Shannon y los tres hermanos pequeños, Tadhg, Ollie y Sean, residían en la mansión con los Kavanagh. Todos florecían de forma espectacular.

Me abalancé sobre ella y la abracé con fuerza.

—No sé qué haría sin ti.

—Vale, ¿qué es lo que te preocupa? —me preguntó con una risita mientras me devolvía el abrazo.

—¿Qué quieres decir?

—Algo te inquieta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque eres un libro abierto —afirmó Shannon—. No voy a obligarte a decirme nada, pero que sepas que puedes hacerlo y yo nunca te juzgaré. Sea lo que sea.

—Es Liz —reconocí apartando la mirada—. Creo que podría estar haciéndose daño otra vez.

—¿Otra vez? —Shannon se puso pálida—. ¿Eso qué quiere decir?

—Ay, mierda, siempre se me olvida que por aquel entonces no te veíamos mucho. Aunque somos amigas de toda la vida, hubo largas temporadas en las que tú no estuviste presente mientras crecíamos.

—Céntrate, Claire —exigió Shannon con voz de pánico—. ¿Cuándo pasó eso?

—Tras la muerte de Caoimhe. —Tragando saliva con fuerza, me llevé una mano a la frente y luché contra el miedo que me atenazaba por dentro—. Estuve haciéndose cortes durante un tiempo.

—¿Cortes? —Horrorizada, abrió como platos sus azules ojos—. ¿Te

refieres a que se autolesionaba?

Asentí con tristeza.

—Fue una época muy oscura de su vida, y se lo conté a mi madre, que luego se lo contó a la suya.

—Bien hecho —afirmó Shannon asintiendo en gesto de apoyo—. Muy bien hecho, Claire.

—Y pensé que eso había ayudado, ¿sabes? Sus padres la llevaron a terapia y dejó de hacerse cortes, pero cuando la vi en la piscina esta mañana tenía una cicatriz enorme en el muslo, y se parecía mucho a las que le había visto tiempo atrás... —Mis palabras se interrumpieron y lancé un trémulo suspiro—. Dijo que se había caído sobre una cerca de alambre de espino, pero no es cierto, Shan. Tengo esa corazonada.

—Por Dios... —suspiró Shannon cubriendose la boca con la mano—. Pobre Lizzie.

—Así que supongo que lo que te estoy pidiendo es que me digas qué hacer —añadí nerviosa y dubitativa—. No quiero que se enfade ni ponerle las cosas más difíciles de lo que ya son, pero no puedo quedarme sentada de brazos cruzados.

«Como hice contigo».

—No —convino Shannon a media voz.

—¿Y qué puedo hacer?

—¿Qué te parece si hablas con ella?

—Lleva meses evitándome —le conté mientras hacía un agujero en la arena con el dedo del pie—. Por Gerard.

—Porque culpa a Gibbs de lo que pasó entre Mark y Caoimhe.

—Sí, más o menos. —Lancé un suspiro de angustia, cogí un puñado de arena y luego observé cómo se filtraba lentamente entre mis dedos—. Entiendo su punto de vista. De verdad. Pero nunca voy a alejarme de él. —«Ni siquiera por Lizzie»—. Por mucho que ella vea nuestra amistad como una gigantesca traición. —Frustrada, encogí los hombros—. Cuanto

más me acerco a Gerard, más me evita Lizzie.

—Tiene que ser horrible verte en esa situación —reconoció Shannon acercándose para cubrir mi mano con la suya—. Y creo que la has manejado de una manera espectacular.

—Eso pensaba yo —admití—. Que se me daba bien compaginar ambas amistades. Pero últimamente no es así. —«Al menos desde la última acampada»—. Ya no.

—Voy a ayudarte —declaró Shannon apretándome la mano—. No estás sola en esto. Es nuestra mejor amiga y yo estoy aquí contigo, Claire. Haremos algo al respecto.

—Pero ¿el qué?

—Hablaremos con Liz —repuso—. Y también con su madre.

—Podría ponerse histérica —sugerí con recelo.

—Es posible —respondió Shannon asintiendo—. Pero merece la pena correr ese riesgo.

—¡Perdón por llegar tan tarde, chicas! ¡No he podido salir del trabajo hasta las ocho! —gritó Katie cortando en seco la conversación mientras corría por la playa en nuestra dirección—. ¿Hay sitio para una más?

Aclarándose la garganta, Shannon sonrió alegremente y dio unas palmaditas sobre la toalla.

—Siempre.

—Gracias —respondió Katie hundiéndose en el borde de la toalla de Shannon. Tenía las mejillas sonrosadas y aún llevaba el uniforme del trabajo—. No sé qué mosca le ha picado a ese hermano tuyo, Claire, pero parece un monje con voto de silencio.

—¿En serio?

Eché un vistazo por encima del hombro y divisé a mi hermano, que acababa de llegar. Ataviado con unos pantalones cortos y una sudadera extragrande, montó la tienda con pasmosa facilidad antes de ponerse a contemplar la hoguera improvisada, que iba camino de extinguirse.

«Ay, Dios».

Era culpa mía.

Estaba claro que la cosa le había ido muy mal con Lizzie.

—Ahora vuelvo —anuncié poniéndome en pie—. Un segundo, chicas.

—¿Puedes traerme una sudadera? —me pidió Shan—. Se está poniendo el sol y empieza a hacer frío.

—Cuenta con ello —respondí sin detenerme hasta llegar al lugar donde estaba mi hermano—. ¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca —aseguró con la atención fija en las llamas que trataba de revivir—. ¿Y tú?

—Venga ya, Hugh. —Me acerqué un poco—. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué quieras decir?

—Con Lizzie —insistí—. ¿No te ha tratado bien?

—¿Alguna vez trata bien a la gente, Claire? —repuso con solemnidad.

Madre mía, era cierto.

—Sabes que no lo hace a propósito, ¿verdad? —dije para equilibrar—. Es su mecanismo de defensa.

—No necesito que nadie me explique los mecanismos de defensa de Lizzie Young —fue su dura respuesta—. Los conozco bien.

—Entonces ¿se lo preguntaste? —Me mordí el labio llena de ansiedad—. ¿Lo del corte?

—Sí, Claire, se lo pregunté.

—¿Y?

—Pues fue un error de la hostia —soltó Hugh tirando al fuego la rama que sostenía—. Hay un motivo por el que nos mantenemos alejados el uno del otro, y hoy he vuelto a recordarlo.

—Hugh... —empecé a decir, pero él negó con la cabeza.

—Se acabó, Claire. —Echó los hombros hacia atrás, se subió las mangas de la sudadera hasta los codos y se fue muy contrariado hacia donde estaban los chicos, pateando la arena a su paso—. Pídele a Feely que hable con ella

porque por mi parte te aseguro que se acabó.

—¿Lo ves? —exclamó Katie cuando volvía con ella y con Shan—. Es evidente que algo le pasa, ¿no?

—Puede ser —musité sintiéndome fatal por empujar a mi hermano a hacer algo que sabía de antemano que le iba a afectar.

—¡Liz! —chilló Shannon poniéndose de pie y dirigiéndose hacia la duna de arena en la que se encontraba nuestra esbelta amiga. A su lado estaba Pierce, que llevaba los brazos cargados de útiles de acampada—. ¡Has venido!

—Así es. —Se rio correspondiendo el abrazo de Shannon con una inusual muestra de afecto.

Con gesto incómodo, Pierce pasó junto a las chicas y se encaminó hacia donde estaban los chicos, que ya venían de camino para investigar a los nuevos invitados.

—¡Pensé que habías dicho que no ibas a venir! —gritó Patrick con jovialidad protegiéndose los ojos del sol vespertino mientras miraba a Lizzie.

—¡Ya, bueno, supuse que sin mí estaríais aburridos! —respondió ella colocando las manos alrededor de la boca para amplificar el sonido de su voz.

—En paz —murmuró Katie por lo bajini—. Así es como estaríamos sin ella.

Decidí no recriminarle sus cuchicheos, porque desde luego a la chica no le faltaba razón, y me levanté para dejarle sitio a mi hermano, que se había unido a su novia.

Mientras me sacudía la arena de los muslos, saludé a Lizzie de forma entusiasta con la mano. Ella comenzó a devolverme el saludo, pero se detuvo de repente y focalizó su atención en Shannon cuando los chicos llegaron a mi altura.

—Nada de peleas —aleccionaba Johnny a Gerard. Con las manos sobre

los hombros de mi mejor amigo, parecía que lo estaba preparando para un combate de boxeo—. Por mucho que diga, por bajo que sea el golpe, nada de putas peleas, Gibbs.

—Entendido —gruñó Gerard sacudiéndose las manos de Johnny—. Ni siquiera miraré hacia donde esté.

—Muy bien —lo animó Johnny—. Porque queremos que la noche sea pacífica.

—Eso —aseveró Katie agarrándose al brazo de Hugh—. Pacífica.

—Por mi parte no habrá dramas, jefe —me garantizó Gerard con tono burlón centrándose en mí mientras merodeaba a mi alrededor y me observaba con picardía—. Yo solo tengo ojos para una rubia.

El travieso centelleo de su mirada era adictivo. De verdad, estar con Gerard era como cuando tenías cinco años y esperabas la llegada de Papá Noel en Nochebuena. Hacía aflorar en mí todo tipo de emociones sin ningún esfuerzo.

—¡No te atrevas! —chillé precipitándome hacia un lado y esquivando por los pelos su juguetona embestida—. Gerard Gibson, te lo advierto... ¡Aaah!

—¿Qué dices, amor? ¿Que te apetece dar un paseo por la playa a la luz de la luna? —Se echó mi cuerpo al hombro y empezó a correr por la playa —. Lo que tú me pidas, corazón.

—¡Por Dios! —dije medio riéndome medio gritando mientras mi cara rebotaba indefensa contra su espalda—. Bájame o te pellizco el culo.

—¿Me lo prometes?

—¡Lo haré! —le advertí a carcajadas—. ¡Te lo aseguro, Gerard! —Deslicé la mano por debajo de la cinturilla de su pantalón y metí la mano—. Oooh, pero ¿qué tenemos aquí? ¡Un pandero gordo y peludo!

—Vale, vale. —Me sorprendió que se rindiera tan rápidamente y me pusiera en el suelo—. Tú ganas.

—¿Sí? —repliqué sin aliento—. ¿Desde cuándo?

—Desde que no puedo soportarlo —aseveró todavía sonriéndome.

—¿El qué?

—Que me toquen ahí.

Entonces me di cuenta de que aún tenía la mano metida en su pantalón.

—¡Uy! —Con las mejillas encendidas, saqué la mano de inmediato y le sonréí—. Ups...

—Ups... —repitió él cariñosamente con las manos apoyadas sobre mis hombros.

—¿Por qué no puedes soportar que te toquen ahí?

—Porque tengo las peores cosquillas conocidas por la humanidad en el culo.

—Cosquillas. —Arqueé una ceja—. ¿En el culo?

—Sí. Horribles. —Asintió con vehemencia—. Pierdo por completo el control de mis miembros. En serio. Prueba y verás que soy como un ninja con cinturón negro.

—¿Y cómo sabes que tienes cosquillas en el culo?

—¿De verdad quieres saber la respuesta?

—Vale, no —confirmé con cara de asco—. Pensándolo bien, mejor no me lo digas.

—Venga. —Sonriendo, me pasó un brazo sobre los hombros—. Vamos a dar ese paseo bajo la luz de la luna.

—Este comportamiento es del todo inapropiado.

—Tomo nota. ¿Seguimos?

—Por supuesto.

—De acuerdo, entonces.

—Oye, ¿te acuerdas de aquella canción sobre el verano? —Entrelazando la mano con la suya, me zafé de su brazo antes de volver a ponerme a su lado—. La que nuestros padres no dejaban de cantar cuando éramos pequeños.

Él se colocó detrás de mí, me envolvió los brazos alrededor de la cintura

y se acercó un poco más a mi cuerpo.

—«In the Summertime», de Mungo Jerry. —Imitando la voz del cantante, rompió a cantar el estribillo y me brindó una hilarante versión de una de mis canciones preferidas de la infancia—. ¿Te refieres a esa?

—¡Sí! —Mordiéndome el labio de puro gozo, me agarré a sus antebrazos con todas mis fuerzas y él comenzó a hacerme girar en círculos—. ¡Dios! —chillé pese a que me sentía más segura en sus brazos que en ningún otro lugar de la tierra—. Por favor, no me sueltes.

—Nunca —prometió—. Ni en un millón de años.

La playa de Lord of the Dance

Gibsie

Varias horas después, las canciones se sucedían una tras otra en el radiocasete portátil de Feely y el alcohol corría a raudales. Mis valerosos intentos de proyectar un buen día en mi mente parecían haber dado sus frutos, porque la Víbora no solo no se había acercado a mí en toda la noche, sino que además se había retirado a su tienda con el Amantísimo más de una hora antes y todavía no había resurgido.

Me tomé aquello como una señal de que mi viejo velaba por mí desde los cielos y decidí celebrarlo metiéndome por el gaznate la mitad de mi peso en sidra. Para ser sincero, me sabía mal por Feely, porque luego ese pobre desgraciado iba a tener que compartir tienda conmigo, pero me lo estaba pasando demasiado bien como para que me importara... o como para parar.

—Ha llegado el momento, amigos —anunció Feely subiendo al máximo el volumen del radiocasete. La reconocible «Irish Party in Third Class», de Gaelic Storm, retumbó con fuerza en mis oídos e hizo que todo mi cuerpo reaccionara por instinto al sonido del *bodhran*, que tocaba una melodía perfectamente armonizada con el ritmo de mi eterno corazón irlandés—. Baby Biggs y el mismísimo Lord of the Dance.

Mis ojos estaban adormilados y dispersos, pero hubiera tenido que estar ciego para no verla. Sus tirabuzones, dorados como el sol, rebocaban en el

aire mientras ella se movía alrededor de la hoguera como si alguien la hubiera puesto en la tierra para que bailara conmigo.

Con las manos rígidas a los costados, me concentré en mantener la espalda recta y el cuerpo erguido, toda una hazaña después de tomar tanta sidra, pero esa chica que bailaba haciendo círculos a mi alrededor bien valía el esfuerzo.

Sonriendo como un demonio cuando llegó el momento de unirme a ella, Claire me hizo un gesto con la barbilla y salí disparado, volando por los aires como un puto loco demente con los dedos de los pies perfectamente alineados.

—Se van a caer a la hoguera —balbuceó Hugh señalando con el borde de su cerveza hacia el punto en el que yo bailaba, peligrosamente cerca de las llamas—. ¡Gibs, más te vale no quemar a mi hermanita!

—Calla, hombre; está claro que saben lo que hacen —comentó Katie entre risas dándole un leve manotazo a la cerveza—. No paréis, chicos. Sois increíbles. Como la pareja de *Riverdance*.

—Pero en rubio.

—Y medio en bolas.

—Y con piercings en los pezones.

No tenía ninguna intención de parar. Aunque quisiera, no habría podido. Nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía al realizar la rutina con la que habíamos ganado innumerables competiciones durante la infancia.

Me esforcé por recordar los pasos y los patrones de la complicada danza irlandesa tradicional que intentábamos bailar. No fue difícil, puesto que me los habían inculcado durante los ocho años de primaria todos los lunes por la tarde. Además, no me daba vergüenza bailar con ella... aunque es cierto que el alcohol ayudaba bastante.

—¡Dale caña, chaval! —aulló Johnny golpeándose el muslo con la mano al ritmo de la música mientras acurrucaba a su risueña novia contra su pecho—. ¡Mueve esas puntas!

—¡Lo que se mueven son los pies! —lo corrigió Shannon partiéndose de risa—. Pero ¡claro que sí, chicos! ¡Vamos! ¡Adelante!

Completamos otras tres series de baile dando vueltas el uno alrededor del otro antes de unir nuestras manos para el gran final.

La acerqué a mi pecho y le apoyé la mano en la cadera antes de inclinarme para darle un beso en la punta de la nariz.

—¡Oye, nada de besos! —rugió Hugh apuntándome con la lata a la cabeza—. ¡Aleja tus labios de mi hermana, cabronazo!

Sonriendo, esquivé hábilmente el misil cervecero, apreté a su hermana contra mí y la eché hacia atrás de un modo espectacular justo al terminar la canción.

—Ha sido alucinante —dijo Claire jadeando entre risas mientras a nuestro alrededor todos aplaudían y nos vitoreaban. Su risa era la mejor. Estaba llena de vida, de amor y de verdad. Cuando Claire se reía, no sonaba falso ni forzado; se notaba que su risa era auténtica y real. Los ojos le brillaban de la emoción mientras me sonreía, aún aferrada a mis hombros —. No me esperaba este final.

—Ya, bueno, era eso o besarte —admití llevándola de nuevo a una posición vertical. Y entonces me acordé de que le había prometido a Kav una noche pacífica. Sonriendo con malicia, añadí—: No quería empezar la Tercera Guerra Mundial con tu hermano ahí al lado.

—Mentiroso —se burló dándome un toquecito en la nariz con el dedo—. Lo que pasa es que te has rajado, ya está.

—Bueno, ¿cómo podría convencerte de lo contrario?

—Chicos, deberíais seguir compitiendo —afirmó Shan mientras aplaudía —. Seguro que les ganaríais a todos.

—Desde luego —aseguró Katie tirando de Claire para que se sentara junto a ella—. He visto todas vuestras medallas y trofeos en la salita.

—Lo seguiríamos haciendo si los chicos no me lo hubieran robado para llevárselo al equipo de rugby —repuso Claire, aún sin aliento a causa de

nuestras recientes bufonadas—. Pero no pasa nada. Algunas de las mejores cosas de la vida no están hechas para durar siempre. Por eso las valoramos tanto cuando suceden. Como una caja llena de tu chocolate favorito. O las estrellas fugaces. No nos negamos a comer ese dulce porque vaya a acabarse una vez que lo hagamos, ni dejamos de mirar las estrellas cuando vemos que una cruza el cielo disparada. Disfrutamos del momento porque sabemos que vivirlo merece la pena.

—Buah... —suspiró Shannon—. Eso es profundo.

—Ufff, cuánta sabiduría esconden esos rizos, ¿eh? —se burló Katie cogiendo a Claire del brazo—. Muy filosófico, Baby Biggs.

Mierdas, risitas nerviosas y tiendas de campaña en movimiento

Claire

—Lo echo muchísimo de menos. —Con la mejilla apoyada sobre el hombro de su novio, Shannon se aferraba a él como un monito a su madre —. Quiero que vuelva a casa, Johnny.

Hablaban arrastrando las palabras y con los ojos cerrados, señal inequívoca de que iba algo más que achispada.

—Ya lo sé, cariño —la tranquilizó Johnny, que también iba borracho, mientras le hacía círculos en la espalda para consolarla—. Joey volverá el lunes.

—Es que... lo quiero tanto... —musitó agarrando a Johnny y tirando de él como si fuera a desaparecer en cualquier momento—. Dios, pero mi corazón te quiere más que a nadie.

—Yo igual, Shannon como el río.

—Has venido para quedarte, ¿verdad?

—Intenta deshacerte de mí... —Entre risas, se puso de pie sobre la arena con un rápido movimiento, levantando a mi amiga con él—. Te tengo, pequeña.

—Y yo te tengo a ti, número 13 —dijo con tono meloso tratando

torpemente de alborotarle el pelo—. Guapo.

—Nosotros nos retiramos —anunció Johnny mientras llevaba a su monito a la tienda y desaparecían dentro—. Buenas noches a todos.

—Buenas noches —respondimos el resto al unísono.

—Joder, están asquerosamente enamorados, ¿no? —musitó Feely dándole un trago a su cerveza.

—Mucho —corroboró Katie con una risilla—. Es bonito.

—Es brutal —intervine yo—. Y digno de admiración.

—Y permanente —añadió Gerard asintiendo con la cabeza—. Recordad estas palabras, compañeros: pase lo que pase el verano que viene después de la graduación, en unos cuantos años todos nos reuniremos en esta ciudad para celebrar su boda.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó Katie.

—No hay nada que pensar —repuso Gerard dándose unos toquecitos en la sien—. Es un hecho. Conociendo a Johnny, ya lleva el anillo de compromiso que ha heredado de su abuela guardado en la recámara esperando a que surja la oportunidad perfecta.

—¿En serio? —Los ojos se me abrieron como platos—. ¿Johnny tiene un anillo heredado?

—Pues claro. —Gerard asintió vigorosamente—. La piedra es del tamaño de mi puño.

—¡Uala!

—Ya...

—Me pido ser el padrino —soltó Hugh.

—Y una mierda —contestó Patrick.

—Que os den a los dos —intercedió Gerard—. Ese trabajo es mío.

—Tú flipas...

—Y tú eres la monda —contraatacó Gerard al darse cuenta de que mi hermano llevaba toda la noche de un estúpido humor de perros—. Tío, me estás cortando el rollo. Anímate.

—Estoy bien.

—Ya —dijo con un bufido—. Nena, ¿qué crees que quiere decir con eso?

—Que está jodido pero no quiere reconocerlo.

—Eso mismo pensaba yo —contestó Gerard con una sonrisa—. Amigo mío, parece que los dos pensamos lo mismo.

—No todos podemos ser el payaso del cartel del Prozac, Gibbs.

—Ya no toma Prozac —me apresuré a defenderlo.

—Gracias —respondió Gerard—. Mis niveles de serotonina han vuelto a la normalidad. A ver, volvamos a lo de la boda. Difícilmente vais a ser los padrinos, porque todo indica que se olvidará de vosotros cuando llegue a la liga profesional. —Gerard guiñó un ojo—. Así que el padrino voy a ser yo.

—Si eso ocurre, ¿qué te hace pensar que no se va a olvidar también de ti, listillo?

—Porque yo soy tan inolvidable como insustituible —repuso Gerard con una sonrisa de suficiencia—. A diferencia de vosotros, que no sois más que unos cabrones aburridos.

—Joder, qué bonito, claro que sí.

—Eso, Gibbs, muchas gracias.

—Solo digo lo que hay —prosiguió Gerard, imperturbable—. Casi me muero de aburrimiento cuando el capi estaba de gira y vosotros erais mi única compañía.

—¡Oye! —resoplé clavándole un dedo en el costado—. ¿Y qué pasa conmigo?

—Compañía masculina —se apresuró a corregir, inclinándose para darme un beso en la mejilla—. Tú eres perfecta.

—Sí —convino Katie con una sonrisa—. Vosotros dos no os habéis separado en todo el verano.

—¿El verano? —soltó Hugh con un bufido—. Más bien todos los veranos desde 1989.

—Exacto, joder —admitió Gerard inclinándose para darme otro beso en

la mejilla—. Mi pequeña leo.

—No le acerques los labios a mi hermana —farfulló Hugh con tono derrotado. Era evidente que había bebido demasiado como para que en ese momento le importara—. Joder, Gibbs.

—Gracias a Dios que la tengo a ella —continuó Gerard rodeándose con el brazo—. Doy gracias a diario a mi buena estrella por tener su amistad.

—¡Oye!

—Ni siquiera lo siento —se rio Gerard—. Uno de vosotros parece mudo y el otro es como una puta nube negra.

—Yo no soy mudo —afirmó Hugh.

—Ya, tú eres la nube negra —replicó Gerard. Luego señaló a Patrick con el dedo y dijo—: El mudo es él.

—Si cerraras la boca de vez en cuando, a lo mejor podría hablar —se defendió Patrick, estirando las piernas.

—Habla ahora —le pedí—, porque me estoy hartando de escuchar la voz que tengo en la cabeza.

—¿«La voz» o «las voces»?

—Mi voz interior, gilipollas.

—Ah, por si acaso.

—Sois tan malos los unos con los otros... —soltó Katie con un bostezo—. Es horrible...

—Qué va, es nuestro lenguaje del amor —repuso Hugh poniéndose una manta sobre los hombros—. Daría un brazo por cualquiera de estos imbéciles.

—Lo mismo digo, hermano —replicó Gerard ofreciéndole a Hugh el dedo corazón—. Sin pensarlo.

—Hablad por vosotros —intervino Patrick con un enorme bostezo, arrastrado por el de Katie—. Yo no mearía sobre ninguno de vosotros ni aunque estuvierais ardiendo.

—Qué bueno. —Gerard y Hugh se rieron a la vez.

—Qué raros son los tíos —dijo Katie—. Y sus códigos aún más.

—Ya ves —reconocí—. No intentes comprender a estos bichos raros, tía. Llevo dieciséis años con ellos y todavía alucino con sus dinámicas de amistad.

Se oyó un fuerte gemido que procedía de una tienda cercana, así que Gerard dijo lo primero que se le vino a la mente:

—Parece que el capi está mojando el churro, ¿eh?

—Gibs, joder —gimoteó Patrick—. No quiero estar pensándolo.

—Sí —convino Hugh estremeciéndose—. Esa chica es como una hermana para nosotros.

—Puaj, no digas esas cosas, Gerard —agregué—. «Mojar el churro». —Hice una mueca de asco—. Qué manera más fea de referirse al acto físico del amor.

—Vaya —exclamó Hugh con tono inexpresivo—. Qué manera más fea de referirse al sexo.

—¿El qué? —pregunté—. ¿«Acto físico del amor»?

—Ufff. —Levantó un poco los hombros—. Es horrible, Claire.

—¿Por qué? —Katie se rio—. Es lo que están haciendo, ¿no?

—Nena, para serte sincero, no quiero pensar en lo que está haciendo el capi.

—Me gusta más «mojar el churro» —declaró Gerard.

—A mí también —reconocieron Hugh y Patrick.

—De ninguna manera —argumentó Katie—. Es muy burdo.

—¡Ya lo tengo! —anunció Gerard levantando una mano—. ¡Están follando con sentimientos!

—«Follando con sentimientos».

—Hum...

—De entre lo malo, es lo mejor.

—¡Es una genialidad!

—Suena a algo serio —reflexionó Patrick—. «Follar con

sentimientos»...

—Yo me follo a mí mismo con sentimientos continuamente —afirmó Gerard—. Está guay.

—¡Gerard! —chillé.

—Tal como debe ser, tío —se rio Patrick.

—Puaj —gimoteó Katie.

—Mátame, camión —musitó Hugh.

—«Follar con sentimientos» —continuó diciendo Gerard—. Es un movimiento centrífugo.

—¿Que es qué? —Tanto Hugh como Patrick se giraron para mirar a su amigo—. Gibs, ¿de qué cojones estás hablando?

—«Follar con sentimientos» —repitió con orgullo—. Es un movimiento centrífugo.

—Por el amor de Dios, ¿dónde has aprendido esa palabra? —preguntó Patrick.

—Me sé algunas palabras —resopló Gerard poniéndose a la defensiva.

—Dice el tío que intentó convencer a toda la clase de cuarto de que «tirano» era una raza de dinosaurios.

—¡Oye! Era fácil equivocarse con eso, y lo sabes. —Gerard se encogió de hombros de forma evasiva—. Podía haberle pasado a cualquiera.

—No deja de ser divertido que las cosas que podían haberle pasado a cualquiera solo te pasen a ti, Gibs.

—«Movimiento centrífugo»... —musitó Hugh rascándose la barbilla—. Creo que eso lo dimos el año pasado en ciencias. —Se giró para mirar a Gerard—. ¿Tú ibas a Física, tío?

—Claro que no —contestó Gerard con un bufido—. Pero si lo canta Faith Hill, para mí va a misa.

Sonriendo para mis adentros, me senté a escuchar sus divagaciones sin sentido. Por muy raros y disfuncionales que fueran, adoraba a esos tres chicos que estaban alrededor de la hoguera, y también a su capitán, que en

esos momentos estaba ocupado cuidando a la borracha de mi mejor amiga. Todos y cada uno de esos estúpidos muchachos aportaban algo.

Patrick Feely, por ejemplo. Era callado y le costaba abrirse, pero eso era porque no conocías a Patrick hasta que lo conocías. No soportaba a los imbéciles. No se doblegaba ni se rompía ante nada, ni tampoco cedía a la presión del grupo. No intentaba encajar con nadie. Que eso le hiciera parecer antipático, para él significaba más bien poco o nada. Tenía sus secretos y sus problemas, como todos nosotros, pero no los contaba. De hecho, pese a que lo conocía desde la más tierna infancia, aún sentía que a veces no se abría del todo conmigo.

Luego estaba mi hermano, Hugh. Dejando de lado las manías y los enfados propios de nuestro vínculo fraternal, ahí teníamos a otro chico centrado y decente. Y, no, no lo digo porque fuera de la familia. Es que él era así de verdad.

En cuanto a Johnny, podríamos decir que era un chico viviendo la vida de un hombre, en cuerpo y mente. Quizá se debía a sus circunstancias, o al hecho de que había diseñado su futuro antes que el resto, pero era muy diferente a los demás. No tenía un carácter tranquilo ni reservado como Patrick, pero había trabajado su autocontrol como un exquisito músculo más de su cuerpo.

En serio, ese chico tenía una fuerza de voluntad legendaria y sabía cómo sacarle provecho. Nunca había visto nada igual. Era como si el poder brotara de él y fuera capaz de dominarlo con puño de hierro.

La única persona que lograba ponerlo nervioso era mi mejor amiga. Sí, Shan hizo que mandara ese autocontrol a paseo el día que puso un pie en el instituto.

Lo cual me lleva a mi persona favorita.

Gerard emanaba energía de pícaro a raudales. Resultaba tan tentadora como adictiva. Era un chico del que no te querías separar, fueran cuales fuesen las consecuencias, porque te ofrecía una gratificación que era a la

vez instantánea, retardada y prolongada.

En su vida había oscuridad y mucho dolor, pero siempre mostraba una disposición hermosamente alegre. Estar a su alrededor suponía una increíble lección de humildad. Era asombroso saber todo lo que le había pasado durante su corta vida y verlo levantarse con una sonrisa por las mañanas. No debía de ser fácil, teniendo en cuenta que el cincuenta por ciento de su familia estaba enterrada en el cementerio que había detrás de la casa de los padres de Shannon. Pero él lo hacía.

A veces deseaba que mi corazón no hubiera plantado su bandera sobre él, porque sentía que era tan distante, tan inalcanzable... Pero cuando estábamos juntos todo cobraba sentido y mis dudas se evaporaban. Era peligroso querer a un chico de la manera en que yo quería a Gerard. Sin embargo, como no podía retroceder en el tiempo y precisar el momento en el que había sucedido, me resignaba a amarlo.

Dicen que es difícil superar el primer amor. Bueno, si eso fuera cierto, con un corazón tan insistente como el mío, yo nunca superaría a Gerard Gibson.

Nos divertíamos mucho cuando estábamos juntos, pero cuando había otros amigos delante, él era Gibsie. Conmigo era Gerard. Me gustaba pensar que eran dos personas diferentes. Dos chicos con poco en común. Pero a los dos los quería con cada fibra de mi ser. A veces deseaba no sentirme así, pero no puedes cambiar la dirección de un corazón una vez que ha fijado su destino. Y el destino de mi corazón era fundirse con el suyo. Entrelazarse con él y no volver a separarse.

Lo único que quería era estar con Gerard, seguirle a todas partes y no renunciar nunca a los sentimientos que evocaba en mi interior. De hecho, si hubiera podido embotellarlos y olisquearlos cada vez que me sentía triste, hubiera sido perfecto.

A decir verdad, casi parecía que una parte de mí estaba programada para quererlo. Porque me había resultado muy fácil. Tanto como respirar. No era

capaz de identificar con certeza ningún momento en el tiempo en el que él no viviera en mi memoria.

Cuando éramos pequeños todo era más sencillo, menos complicado, y, bueno, para ser sincera, más tranquilo. Pero con la edad llegaron las hormonas y el trauma que cortó lazos y rompió amistades. Supongo que dice mucho de nuestro grupo de amigos que nos mantuviéramos a flote mientras ese tipo de pruebas y tribulaciones atacaban nuestro núcleo. Bien sabe Dios que otros habrían tirado la toalla si se hubieran enfrentado a suertes similares.

Las complicaciones llegaron con tanta facilidad como el aire que respirábamos, y, aunque los problemas estaban profundamente integrados en nuestro círculo, de algún modo lográbamos resistir. Continuar juntos. Para mí, aquello tenía mucho que ver con el hecho de que mi hermano y yo aglutinábamos a dos grupos muy diferentes de personas. No era solo que unos fueran chicos y las otras, chicas. Había algo más. Y no estaba relacionado con el género. Tenía que ver con la conexión de las almas. De Katie y Hugh a Shannon y Johnny, de Lizzie y Patrick a Gerard y yo; había un hilo invisible que nos conectaba a todos.

Un rato después, mientras todos se acostaban, ni siquiera me mostré sorprendida cuando Gerard me siguió hasta mi tienda. Aunque se suponía que iba a compartir una con Patrick, ambos sabíamos que acabaría dentro de mi saco.

«Como siempre».

—No te gires —le advertí mientras me quitaba el biquini y me ponía un viejo jersey suyo y unas bragas.

—Esta noche ha sido la bomba, ¿verdad? —musitó Gerard dándome fielmente la espalda mientras me cambiaba—. A decir verdad, pensé que todo se iba a la mierda cuando vi aparecer a Pierce y a la Víbora —añadió metiéndose en el saco—. Pero por una vez ha mantenido las distancias.

—Gerard... —Se me escapó un fuerte suspiro de entre los labios—.

Sabes que no me gusta que la llames así.

Sin el menor rubor, se encogió de hombros, soltó un enorme bostezo y puso los brazos detrás de la cabeza.

—Lo siento.

—No lo sientes —dijo entre risas metiéndome con él en el saco mientras intentaba desesperadamente no mirar sus impresionantes bíceps.

Porque los brazos de Gerard eran los mejores. Una delicia.

—No, la verdad —admitió con una risilla.

—Eres irritante.

—Te encanta.

—Intenta portarte bien con ella —le pedí poniéndome de costado para mirarlo—. Hazlo por mí.

—Yo siempre lo intento —contestó—. Pero ella siempre me pincha.

—Ya lo sé.

Con la lámpara portátil de camping en el ajuste que daba más luz, me dediqué a estudiar cada centímetro de su cuerpo, fijando ese momento en mi memoria para no olvidar nunca ese verano. Ni a ese chico.

Era grande, ancho y fuerte, y tenía la piel más bonita y bronceada del mundo. De verdad, parecía que el sol había bajado del cielo para iluminarlo y darle un espectacular tono de bronce. Su ya de por sí pelo rubio estaba decolorado por el sol, lo que le daba un aire casi surfero, como los chicos que salían en las reposiciones de *Los vigilantes de la playa* cada tarde en la tele pública.

Sus oscuros pezones estaban perforados y adornados con unos diminutos aros de plata, y llevaba un tatuaje en la zona izquierda de las costillas con la palabra «Resiliencia» escrita en cursiva y decorada con una pluma negra, además de una minúscula muñequita sobre el hueso de la cadera derecha.

Nunca vi a los otros chicos, nunca los miré como miraba a Gerard. Él permanecía dentro de mí con una enorme insistencia y no habría sido capaz de sacarlo ni aunque lo hubiera intentado. Algo que últimamente no me

había molestado en hacer. Porque ese chico era fiable, emocionante y especial; todo ello envuelto en una creación perfecta.

—Te quiero, Gerard.

—Yo también te quiero.

Sus labios estaban tan cerca de los míos que, solo con que me inclinara un centímetro, nos estaríamos besando. Quería hacerlo. Desesperadamente. Pero me contuve. Sabía que mi corazón no iba a ser capaz de soportar ese beso. Porque, aunque podía ser maravilloso, nunca vendría acompañado del compromiso que yo necesitaba. Del tipo de relación que me haría sentir segura. Por algún motivo, Gerard me había abierto su corazón, pero mantenía el resto oculto tras un muro de impenetrable misterio.

—Pareces triste.

En mis oídos, su voz sonaba como una vieja caja de música. Era de lo más familiar, cálida y tranquilizadora. Me calmaba como si fuera una mantita de apego. Al fin y al cabo, llevaba en mi vida el tiempo suficiente para hacerlo. Me había hecho mayor para el resto de losapegos, pero no para el de Gerard. Conforme iba creciendo, también crecía el deseo de su compañía. De él, punto.

—No estoy triste.

—¿No?

—No. —Incapaz de reprimir el escalofrío que me atravesó todo el cuerpo cuando se puso de lado y colocó su gigantesco brazo encima de mí, inhalé bruscamente y susurré—: Me siento frustrada.

Fritanga y acabar perdiendo los estribos

Claire

—Buenos días —me saludó Johnny a la mañana siguiente cuando abrí la cremallera de mi tienda de campaña y me recibió un delicioso olor a fritanga—. Pareces descansada.

Así era. No solo me sentía descansada, sino que también lo parecía. Mi pelo, por algún motivo milagroso, esa mañana había decidido satisfacer mis deseos y no encresparse, algo no muy frecuente para una chica con mi textura.

—Porque estoy hecha de acero —le expliqué uniéndome a él en la hoguera improvisada en la que estaba cocinando—. En serio, nunca tengo resaca.

—Porque nunca bebes.

—Claro que bebo.

Arqueó una ceja como muestra de complicidad.

—Vale —concedí con una sonrisa de pesar mientras me sentaba—. He bebido en otras tres ocasiones y no he tenido dolor de cabeza ni una sola vez.

—Bueno, igual podrías contarle tu secreto a tu mejor amiga. —Con un tono lleno de humor, señalaba hacia su tienda—. Porque está al borde de la muerte ahí dentro.

Hice un gesto de compasión.

—Pobre Shan.

—Estará bien. —Riéndose suavemente, le dio la vuelta a la carne de la parrilla desechable con un tenedor—. Nada que no curen unas cuantas salchichas.

—Ufff, anotas ensayos y además haces el desayuno. —Sonreí—. Eres una joyita.

—¿Huelo a salchichas? —Saliendo a gatas de la tienda, Gerard olisqueaba el aire como un dóberman—. Me salvas la vida, capi —declaró saltando hacia nosotros en calzoncillos—. Vaya que sí, joder.

En cuanto posé los ojos sobre él, una oleada de calor me incendió el vientre.

Puede que Johnny fuera más alto y estuviera cachas hasta decir basta, y que Hugh y Patrick se parecieran a Josh Hartnett y a Ryan Phillippe, respectivamente, y tuvieran unos esculpidos abdominales de tipo *six-pack*, pero juro por Dios que nunca había visto nada igual a Gerard Gibson.

Era ancho y fornido, con una piel magníficamente bronceada y la más blanca de las sonrisas. Sus ojos eran como piscinas de mármol gris en las que te querías dejar caer, y no podía ser más mimoso.

Cuando éramos críos, nuestras madres solían llamarlo «querubín», porque era adorably regordete y tenía el pelo rubio y unos enormes ojos grises.

Es verdad que ahora era grande y fuerte, con músculos en los sitios adecuados, pero su físico aún conservaba cierta esponjosidad que lo hacía un poco más humano.

A diferencia de los otros chicos del grupo, a Gerard no le importaba saltarse la dieta o el gimnasio, si sentía la necesidad. Hacía lo que quería cuando quería sin ninguna clase de reparo.

Aunque hacía trampa con las comidas y se saltaba alguna que otra sesión de gimnasio, tenía el mejor culo de todos los chicos del grupo. Pero de

largo, no había color. Gerard Gibson llenaba unos bóxers Calvin Klein mejor que cualquier otro chico del Tommen.

Johnny, Hugh y Patrick jugaban al rugby como defensas, lo que significaba que necesitaban ser rápidos y ágiles. Gerard, por el contrario, jugaba en la posición de *flanker*, en la delantera, donde la superioridad física era mucho más importante que la velocidad. En el equipo, abría el paso como un carnero y tenía la robusta complexión que ese trabajo requería.

Puede que yo no fuera del todo imparcial, pero ni los marcados abdominales de Johnny Kavanagh ni la adorable sonrisa de Patrick Feely conseguían hacerle sombra a ese chico.

Al menos a mis ojos.

Porque él siempre había sido mi chico favorito.

Mi amigo, mi humano, mi ser, mi todo favorito.

De pequeños, aunque él lo odiaba, me seguía el rollo y jugaba conmigo a las Barbies. Vale que también se traía sus muñecos de acción y causaba el mayor destrozo posible en la casa de mis muñecas, pero aun así lo hacía.

Nunca le molestó que sus otros amigos se rieran de él por jugar con una niña, y nunca me ignoró.

Ni una sola vez en dieciséis años.

Ni siquiera cuando eso le hacía parecer menos guay ante Hugh y los chicos.

A Gerard no le importaba.

Siempre me hizo sentir que yo era su prioridad.

Su amiga número uno.

Gerard Gibson me había ofrecido toda una vida de amistad, llena de humor, lealtad, consuelo y afecto.

Por esas y por otras innumerables razones, acabé aferrándome sin remedio a la esperanza de que algún día diéramos el siguiente paso.

De que nuestra amistad fuera a más.

Como la noche anterior, por ejemplo. Habíamos estado hablando hasta la madrugada y yo me había pasado todo ese tiempo deseando mentalmente que me besara, pero no como en uno de esos estúpidos juegos de cuando éramos niños y la botella se detenía frente a ti. Porque aunque nuestro primer beso hubiera sido un pico inocente forzado por el azar de una botella giratoria, yo ahora quería algo más.

Quería que me quisiera, jolín.

«Como yo lo quería a él...».

—Vuelve a entrar —le advirtió Johnny tapando la comida con un brazo para protegerla de su escandaloso compañero—. Y ponte unos pantalones, ¿vale?

—Solo quiero olerla —razonó Gerard inclinándose sobre su hombro.

—Bueno, pues no... Oye, échate para atrás. En serio, Gibs. No te acerques a una llama así. La grasa podría salpicarte en la polla, idiota.

—Oooh... —dije con voz de arrullo sonriéndoles a los dos—. Qué caballero que intentes proteger la pilila de tu amigo.

—Ah, sí, se puede confiar en él —aseveró Gerard mientras se las arreglaba para sacar una chuleta de la parrilla—. Siempre es un héroe.

—Ladrón —masculló Johnny.

Riéndose para sus adentros, Gerard se metió en la boca la crujiente tira de bacon antes de unirse a mí en un tronco que había cerca.

—¿Qué tal mi pequeño generador diésel? —Me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia él—. No hace falta que te pregunte si has dormido bien.

—¿Yo? —me reí clavándole el codo en las costillas—. Gerard, roncas tan alto que es como tener una hormigonera en la cama.

—No, nena, a quien oías era a ti misma.

—Sois a cuál peor —intervino Johnny—. Nuestra tienda está al lado de la vuestra. Os he estado oyendo durante toda la puta noche. Como un viejo matrimonio. Os comunicabais mediante ronquidos mientras dormíais,

parejita.

—Oye, no juzgues nuestro lenguaje del amor —replicó Gerard con una sonrisa traviesa—. Al menos nosotros no tenemos a todo el mundo sin pegar ojo porque estamos follando a lo bestia.

—¡Gerard!

—Con sentimientos —agregó hábilmente con un dedo en alto—. Follando con sentimientos.

—Claro —convino Johnny de inmediato mientras le daba otra vuelta a la carne—. Porque estabais demasiado ocupados contando chistes como críos.

—Tío, al menos no estábamos haciendo críos.

—Venga, Gibbs, lo que tú digas. —Johnny puso los ojos en blanco y dejó que las bromas de Gerard le pasaran por encima, como si fuera inmune—. Llama a los demás, ¿vale? El papeo está listo.

Veinte minutos más tarde, toda la pandilla estaba sentada alrededor del campamento, con la barriga llena como la de un cerdito tras devorar las gloriosas ofrendas que había preparado Johnny Kavanagh.

—Hey, chicos. Si estuviéramos en la Edad Media, ¿creéis que seguiríamos siendo amigos?

—¿Eh? —musitó Patrick con una risita—. ¿Puedes desarrollar eso, Baby Biggs?

—Lo que quiero decir es que si fuéramos gente de las cavernas y no existiera la tecnología moderna... —hice una pausa para darle un pequeño lametazo a un chorretón de kétchup que tenía en el nudillo—, y todos viviéramos en Ballylaggin, ¿creéis que nuestro grupo de amigos formaría su propia tribu?

—Pero ¿qué os habéis fumado en esa tienda? —preguntó mi hermano con tono acusador entrecerrando los ojos—. Porque eso es raro, Claire, hasta para ti.

—¿Qué pasa? —Me reí—. Es una pregunta válida.

—¿Cómo va a ser eso una pregunta válida?

—Claro que sí, seríamos una tribu —interrumpió Gerard lanzándole una tostada a mi hermano—. Y mientras nosotros estuviéramos cazando la cena, tú serías la zorra que se quedaría cavando los agujeros para que los demás pudiéramos cagar.

—O para enterrarte en uno de ellos —replicó Hugh con una sonrisa de suficiencia.

—Yo creo que sí —opinó Shannon, todavía desmejorada por las vivencias de la noche anterior. Tumbada sobre el regazo de su novio, con su sudadera cubriendole el minúsculo cuerpo, se subió distraídamente las mangas mientras hablaba—. A mí al menos me gustaría pertenecer a tu tribu.

Le sonréí con cariño.

—Siempre, tía.

—Yo sería nómada —intervino Lizzie dándole un bocado a su tostada—. Pero aparecería de vez en cuando para haceros una visita.

—Por Dios, ¿qué es eso que comes? —soltó Katie sin venir a cuento, haciendo que todos nos fijáramos en lo que ella miraba. Que resultó ser Lizzie—. ¿Qué narices hay en tu tostada?

—Marmite —contestó Lizzie lentamente dando otro bocado.

Katie se quedó horrorizada.

—¡Es lo peor!

—Quizá para ti.

—¿Por qué no pruebas algo normal?

—¿Y cuál es tu definición de «normal»?

—No sé. —Katie sonrió—. ¿Mermelada? ¿Crema de chocolate?

Cuando Lizzie entrecerró los ojos, me empezó a sudar el culo.

«Oh-oh».

«Código rojo». Intenté enviarle una advertencia telepática a la novia de mi hermano. «Código rojo». «Código rojo». «¡Retirada inmediata, joder!».

—¿Y por qué iba a hacer eso... —preguntó Lizzie con tono gélido—, si me gusta el Marmite?

—Bueno... No sé... —murmuró Katie, apagándose bajo la enérgica mirada de Lizzie—. Solo era una sugerencia. Perdona.

—Si quisiera que la gente me hiciera sugerencias, les preguntaría a mis amigos de verdad —espetó Lizzie.

—Para —intervino Hugh llevándose la peor parte de la mirada asesina de Lizzie, pero sin apartar los ojos—. No te lo ha dicho con mala intención.

—Joder... —dijo con una risita Pierce tratando claramente de aliviar la tensión—. Hablando de convertirse en lo que uno come... —Se acercó a su novia y le alborotó el pelo—. No te preocupes, nena, me encanta comer Marmite.

—Ja. Muy gracioso —escupió Lizzie apartándole la mano de golpe—. Vuelve a tocarme el pelo y te quedas sin dedos.

—Liz, estaba de broma. Relájate.

—Y ya que estás, vete a la mierda.

—Joder, está claro que ya no sabes aguantar una broma.

—Uy, puedo aguantar muchas cosas, Pierce —contraatacó Lizzie fríamente—. Pero no voy a aguantarte nada a ti. Ni tus bromas. Ni el sexo contigo. Ni tus mierdas... ¿Ves por dónde voy?

Madre mía.

«Tres. Dos. Uno...».

—¡Cállate un rato, joder!

—Hey, no le hables así a Lizzie.

—No me defiendas. ¡Puedo hablar por mí misma!

Se acabó la paz.

Lo que había sido una noche de campamento relativamente tranquila se acababa de transformar ante mis ojos en un campo de batalla.

Con un suspiro de cansancio, apoyé la barbilla sobre la mano y los escuché discutir. Mientras echaba un vistazo a mi alrededor, clavé los ojos

en Shannon y sonreí al ver que me hacía una mueca de compasión.

Estábamos en el mismo barco.

A Shan tampoco le gustaba estar rodeada de todo ese drama.

Quizá las dos deberíamos formar nuestra propia tribu e irnos a vivir al bosque.

—¿Por qué siempre pareces tan feliz, joder? —preguntó Lizzie con aire molesto desviando su atención hacia Gerard—. Es repugnante.

—Ni la mitad de repugnante que tener que mirar tu chumino amargado —soltó Gerard, determinado a no echarse atrás y a impedir que se saliera con la suya—. No te cabrees conmigo porque hayas tenido bronca con el Amantísimo.

—Oye —intervino Katie, tratando valientemente de finiquitar la pelea antes de que estallara, como había pasado ya un millón de veces—. Vamos a ser amables, ¿vale? A palabras necias...

—Claro, porque a palabras necias, oídos que escuchan mierdas que hacen que dejes de comer. —Lizzie entrecerró los ojos—. ¿No dice eso el refrán?

—¿Eh? ¿De qué hablas? —repliqué arrugando las cejas en señal de confusión—. Es «oídos sordos».

Sin decir ni una palabra, Katie se levantó y se alejó del círculo. A continuación, con gesto desolado, Hugh se levantó y se fue corriendo tras ella.

—¿Me estoy perdiendo algo? —dije girándome hacia Gerard.

—Ni puta idea, muñequita —contestó levantando los hombros antes de redirigir su atención hacia Lizzie—. Joder, eres más mala que la quina.

—No, gilipollas —le espetó Lizzie poniéndose de pie—. Solo soy sincera.

—No es mala persona, chicos —insistió Shannon desde el asiento de atrás del Ford Focus de Gerard. Después de guardar las tiendas, recoger la basura y firmar un tratado de amistad temporal, todo el mundo había

abandonado la playa esa misma mañana y cada uno se había ido por su lado despidiéndose hasta la semana siguiente para empezar el instituto—. La gente dañada hace daño —siguió diciendo Shannon—. Ella es una persona dañada. Aunque también muy redimible.

—Nadie ha dicho que fuera mala persona —contesté jugueteando con el equipo estéreo del coche—. Pero está claro que se pasa tres pueblos.

—En eso estoy de acuerdo —apuntó Shannon con diplomacia—. Pero pasarse algún que otro pueblo no hace que sea mala.

—Entiendo lo que dices, Shan —convino Johnny—. Pero a mí me cuesta mucho tolerar el comportamiento de Lizzie cuando veo cómo te comportas tú. A ti te han hecho más daño que a nadie que yo conozca, y aun así destilas bondad. No le harías daño ni a una mosca... Y menos a propósito.

Shan se puso roja y agachó la cabeza.

—Eso no siempre es así.

—Sí que lo es —replicó él levantándole la barbilla para que lo mirara—. Cariño, he visto cómo te picaba una abeja y no tomabas represalias.

—¡Porque hay que salvar a las abejas! —exhortó Shannon.

—¿Lo ves? —respondió antes de cruzarse con mi mirada en el retrovisor—. Un ejemplo práctico de lo que decía.

—¿Podemos dejar de hablar de la Víbora, por favor? —suplicó Gerard desde el asiento del conductor—. Chicos, sabéis que os quiero a los tres, pero si no cerráis la puta boca ya con lo de esa chica, abro la puerta del coche y me tiro.

—Pues páralo primero —sugirió Johnny—. De hecho, ¿quieres parar y dejarme conducir?

—No, soy perfectamente capaz de conducir mi propio coche, Jonathan.

—Gibs, tío, ya te has salido tres veces de la raya del medio —dijo Johnny tratando de persuadirme—. Creo que deberías dejarme conducir.

—De acuerdo. —Conduciendo con una mano, Gerard alargó la que le quedaba libre hacia atrás y levantó el pulgar en señal de desafío—.

Gánatelo peleando contra mí.

Johnny se partió de risa.

—¿Con el pulgar?

—¿Tienes miedo de perder?

—Prepárate para sentarte detrás, Gibbs. —Colocándose en posición, Johnny agarró su mano a la de Gerard y lanzó una sonrisa de superioridad

—. Uno, dos, tres, cuatro, ¡guerra de pulgares, muchachos!

—Cuatro, cinco, seis, siete, ocho, ¡esta es la mano de tocar chochos!

—¡Gerard! —chillé al tiempo que Shannon decía:

—¡Gibbsie!

—Y aquí termina la guerra de pulgares —murmuró Johnny soltándole abruptamente la mano a Gerard. Se la limpió en los pantalones y se estremeció—. Tú ganas.

—Ponte cómodo ahí detrás —se burló Gerard subiendo el volumen del estéreo.

En los altavoces retumbaba «Original Prankster», de The Offspring, y, mientras Gerard sacudía la cabeza como un loco, Johnny y Shannon permanecían aferrados a sus asientos con cara de terror. Yo, sin embargo, no tenía miedo. Sabía que podía confiarle mi vida a ese chico. Gerard no iba a matarme. Después de todo, había prometido casarse conmigo antes de que muriéramos.

Completamente absorto en su ritmo de batería, Gerard golpeaba con las manos sobre el volante de su Focus mientras cantaba a voz en grito la parte de la canción que hablaba de derribar muros.

—Tío, cierra el pico —indicó Johnny desde el asiento de atrás cuando Gerard frenó en el semáforo para darle una serenata a una anciana que estaba en el paso de cebra.

—¡Gamberro de tres al cuarto! —le gritó la señora agitando el puño.

—¡Ay, Dios! —dije entre risas colocándome de lado en el asiento justo cuando el semáforo se puso en verde y Gerard pisó el acelerador a fondo—.

Todavía nos sigue.

—A lo mejor quiere algo conmigo —contestó guiñándome un ojo.

Alcé las cejas.

—A lo mejor debería ponerse a la cola.

—¡Frena el puto coche, Gibbs! —bramó Johnny mientras ponía una mano sobre el torso de Shan con aire protector—. ¡Si me matas, juro por Dios que volveré para asesinarte!

—¿Cómo vas a volver para asesinarme, si ya estás muerto?

—Si quieres, puedes —repuso Johnny protegiendo a su novia con el brazo—. Créeme, Gibbs, encontraría la manera.

10

De vuelta al Tommen

Gibsie

—Johnny, cariño, he puesto varios tipos de bollos y pasteles en la cesta, hay suficientes para todos. Y no te olvides de decirle a tu madre que me llame. Necesito las fechas de los cumpleaños de los niños —dijo mamá el jueves por la mañana cuando Johnny hizo una parada en mi casa para llevarme al instituto.

Cuando me puse a bajar las escaleras para interceptarla, ella ya había acorralado a mi mejor amigo en la entrada delantera.

—Te he hecho todos los pasteles de cumpleaños desde que tenías doce años y pienso hacer lo mismo con los hermanos Lynch —prosiguió mamá mientras le entregaba a mi mejor amigo una gigantesca cesta de pícnic repleta de productos de la pastelería—. Tu madre es un trozo de pan.

—Sí, la verdad es que es genial —convino Johnny inclinando educadamente la cabeza—. Y un millón de gracias, Sadhbh. Mamá estará encantada. Le diré que te dé un toque. Lleva unos días diciendo que quería que fueras a tomarte un café.

—Me encantaría —respondió mamá con una radiante sonrisa—. Estoy deseando conocer a los nuevos miembros del clan Kavanagh.

—Los dos más pequeños son una monada —soltó mientras bajaba de un salto el último escalón—. Pero el mediano es un demonio.

—¿Todo bien, Gibbs? —me preguntó con gesto burlón—. Tienes buen aspecto, tío.

—Genial, Kav. —Le guiñé un ojo—. Lo mismo digo.

—Ah, veo que has encontrado el uniforme —observó mamá centrándose en mí—. Por Dios, mira cómo vas. —Me agarró la corbata y casi me estrangula en su intento de dejarme presentable—. Ahora sí. —Admirando su obra, me tiró del cuello de la camisa y me dio unas palmaditas en la solapa hasta que quedó satisfecha—. Cada día estás más guapo, Bubba.

—Lo sé —reconocí con una pícara sonrisa—. Soy adorable, ¿verdad?

—Venga, Bubba —dijo Johnny con tono sarcástico mientras retrocedía en dirección a su coche, cargado con una cesta de mimbre que, no me olvidaba, contenía un montón de dulces recién horneados.

—Asegúrate de que Edel reciba la cesta, Johnny —apuntó mamá siguiéndonos hacia el coche—. Y sobre todo no dejes que mi hijo se acerque a esos bollos. Ya sabes cómo se pone cuando hay chocolate. El pobre no sabe controlarse.

Así era mi madre. Puede que tuviera un gusto horrible para los hombres, por no mencionar su desnortada brújula moral a la hora de guardar los votos matrimoniales, pero poseía un corazón de oro.

Al contrario que mis sentimientos respecto a cualquier cosa que llevara el apellido Allen, la relación con mi madre era buena. La quería, y me constaba que ella me quería a mí.

Mamá parecía saber cómo llevarme: por un lado, me daba el espacio que necesitaba cuando mi mente se ofuscaba y, por otro, hacía las concesiones pertinentes cuando se me iba la pinza y acababa metiendo la pata. Entendía que había problemas que me rondaban la cabeza desde pequeño y que intentaba resolverlos por mí mismo, y nunca se excedió ni me presionó para que fuera más allá. Me trataba como necesitaba que lo hiciera, y eso nos funcionaba a los dos.

—Entendido, Sadhbh —respondió Johnny cortésmente metiendo la cesta

en el maletero del coche junto a una montaña de trastos—. Muchas gracias.

—Y échale un ojo a este en el instituto, ¿vale, cielo?

—Siempre.

—Buen chico, Johnny.

—«Buen chico, Johnny». —Volteando hacia arriba los ojos, tiré mis trastos en el maletero y me giré hacia mi madre—. ¿Echarme un ojo? Joder, mamá. ¿Acaso he vuelto a los tres años?

—Habla bien, Bubba.

—Mis disculpas, madre.

Al contemplar a la minúscula morena que estaba apoyada contra la puerta del copiloto del Audi de Johnny, se me ablandó el corazón.

—Hola, Gibs.

—Pequeña Shannon. —Sonréí—. ¿Cómo está mi segunda chica favorita del mundo? —Se la veía muchísimo más restablecida que el fin de semana anterior, con aquella resaca en la playa y echando la pota—. ¿Lista para empezar bachillerato?

—Bastante asustada —admitió con una risa nerviosa—. Y supongo que pronto veremos si estoy lista o no.

—Tú puedes, pequeña guerrera —la animé, revolviéndole el pelo cuando pasó por mi lado—. Este curso va a caer rendido a tus pies.

—Claro que sí, joder. —Sin un atisbo de duda, mi amigo rodeó a su novia con el brazo como si fuera una apisonadora y la acercó hacia él—. Va a ser pan comido, Shan —susurró agachándose lo suficiente para darle un beso en la cabeza—. Además, me tienes a mí.

—Sí. —Con un suspiro, ella le pasó el brazo por la cintura y le dedicó una sonrisa—. Es verdad.

Desde el principio, supe que lo que Johnny tenía con Shannon era serio. Nunca había visto a un tío tan atormentado por sus sentimientos como Johnny. Perdía el culo por esa chica y, aunque se había tomado su tiempo habitual para hacer sus previsiones, reflexionar y entrar en pánico, al final

había acabado por procesar sus sentimientos. Cuando la idea se asentó en su cabeza, ya era un hecho consumado.

Shannon Lynch era su final feliz, igual que Johnny Kavanagh era el de ella.

Porque una vez que Johnny tomó la decisión, no hubo vuelta de hoja. No cambió de idea ni salió por patas. Yo nunca había visto ese nivel de compromiso, y menos aún en alguien tan joven, pero así era Johnny. La personificación del deber. Alguien que se entregaba en cuerpo y alma, y que siempre cumplía su palabra.

Por eso le había dolido tanto que el año anterior Cormac se la jugara con Bella. Él nunca sería capaz de hacerle eso a un amigo, así que le resultaba imposible concebir una traición de esas características.

Johnny estaba programado de otra forma.

Por eso era mi mejor amigo y mi lealtad hacia él era inquebrantable.

Porque me sería devuelta multiplicada por diez.

Al fin y al cabo, yo estaba convencido de que su llegada a Ballylaggin había sido lo que me había salvado la vida. Si aquel día Johnny no hubiera entrado en mi clase, si no me hubiera ofrecido aquella oportunidad de reinventarme, sinceramente, no tenía ni idea de cómo habría acabado.

Por supuesto, no parábamos de hacer el gilipollas, reírnos y bromear, pero, a la hora de la verdad, él cubría mi espalda y yo cubría la suya. Su amistad me ofrecía una clase de estabilidad que tranquilizaba algo en mi interior.

Yo quería tener esa seguridad en mí mismo, pero estaba programado de otra forma. No pensaba como el capi ni actuaba como él. Era demasiado impulsivo e imprevisible para controlar así mis emociones.

A diferencia de Johnny, para mí el mundo no giraba en torno al rugby. Yo jugaba porque me divertía. Que además se me diera bien no era más que una ventaja. Me uní al equipo porque todos mis amigos jugaban. ¿Qué otra cosa iba a hacer a la hora de comer y los fines de semana? Además, me

permitía librarme de algunas clases a lo largo del curso. El hecho de que fuera mejor que la mayoría era una gratificación adicional.

Al parecer, las actividades físicas eran mi punto fuerte, lo que suponía una bendición, porque estaba claro que no iba a ganar ningún premio con los libros.

Quería ser igual de listo que los demás. Quería entregar los deberes y no sudar la gota gorda por miedo a que me hicieran leer en alto o me metieran el típico rollo de «tiene una letra ilegible». Como si no lo supiera. Era ilegible porque no sabía deletrear, así que era más fácil garabatear las palabras y hacer que parecieran tan confusas que los profesores no dijeran mi nombre.

No pensaba con tanta claridad como Johnny y mi futuro no estaba escrito en piedra. Era borroso y cambiaba de un día para otro. No conocía mi propia cabeza porque me daba miedo. Pasar ahí demasiado tiempo. Pensar demasiado.

Así que no lo hacía.

No pensaba.

Me negaba a vivir en ese pasado que tanto me dificultaba hacer planes para el futuro. Porque tenía la sensación de que, para lograr un futuro próspero, había que dejar atrás el pasado.

Algo que yo no podía hacer en esos momentos.

No me podía plantear enfrentarme a eso.

—¿Y tú? —preguntó Shannon devolviéndome al presente—. ¿Estás preparado para segundo?

—Ye me conoces, pequeña Shannon —contesté guiñándole un ojo cuando Johnny le abrió la puerta del copiloto—. Nací preparado.

—Disfruta tu primer día, hijo —soltó Keith uniéndose a mi madre en el sendero un instante después, con una taza de café en la mano—. Recuerda lo que comentamos sobre esforzarse en los estudios.

Al verlo hablar con mis amigos, se instaló en mí un sentimiento de

incomodidad. Conteniéndome para no gritarle «No soy tu hijo» por millonésima vez, me tragué la puta amargura, me planté una sonrisa por el bien de mis amigos y dije:

—Lo haré, pa.

A mamá se le iluminó la cara, porque pensó que «pa» era un apelativo cariñoso hacia el hombre que había metido en mi vida cuando tenía seis años. En su cabeza, «pa» era el diminutivo de «padre». En la mía, lo era de «pardillo de mierda».

—¿Cómo fue la campaña de verano, Johnny? —preguntó Keith desviando su atención hacia mi amigo—. He oído que te han ofrecido un contrato impresionante en el norte.

—Fue productiva —respondió Kav, siempre profesional, con el tono de voz que solía usar con los periodistas y los medios. Educado pero distante. Humilde pero firme—. Y de momento no hay nada definitivo. Tengo que acabar el último año antes de tomar ninguna decisión.

—Pero acabarás siendo profesional, ¿no?

—Como he dicho —repuso Johnny mirando a su chica antes de añadir—: No hay nada definitivo.

—Bueno, seguro que has causado muy buena impresión entre los entrenadores si quieren que firmes ya.

—La gira me fue bien.

—Lo hizo increíble —apuntó Shannon desde el asiento del copiloto.

—Lo hizo de la hostia —agregué de inmediato dándole una palmada a mi amigo en la espalda antes de abrir la puerta de atrás y meterme dentro—. Fue el mejor de todos.

—Decir eso es muy atrevido. —Keith alzó las cejas—. Tienes mucha fe en tu amigo, hijo.

—Pues la verdad es que sí —repliqué sacando la cabeza por la ventana; porque, a ver, estábamos hablando de mi mejor amigo.

Poseía un dominio total sobre su cuerpo y su mente, algo poco común.

Envidiable. Esa confianza en sí mismo, ese autocontrol, esa obstinación, que contralaba por completo. Conocía su cabeza e iba a por todas sin cuestionar sus posibilidades.

A sus dieciocho años, Johnny Kavanagh era uno de los mejores jugadores de rugby del país, y a mí no me cabía la menor duda de que, en unos años, crecería aún más y se situaría entre los mejores del mundo. Así de talentoso era.

—En su día, mi hijo Mark jugó de segundo centro en el Tommen —siguió diciendo el gilipollas, fanfarroneando y aburriéndonos hasta decir basta—. Por supuesto, él no se hizo profesional como tú. Prefirió hacer carrera en las finanzas.

—Seguramente es lo mejor que pudo hacer —me mofé, luchando por contener la risa—, visto lo visto.

«Ya sabes, dado que la Academia desaprueba a los violadores que llevan a adolescentes al suicidio y demás».

—¡Me he quedado tirada! ¡Me he quedado tirada! —gritó una voz familiar desde el otro lado de la calle—. ¡No os vayáis sin mí!

Volví la cabeza y vi cómo un torbellino de rizos rubios se acercaba cojeando desde la entrada de la casa de los Biggs, con un tetrabrik de zumo en una mano y un zapato de tacón en la otra.

Sí, un zapato de tacón, en singular.

—¡Johnny, Gerard!

Porque el otro estaba en su pie derecho.

—¡Esperadme, chicos!

—Justo a tiempo —le dijo Johnny a Claire cogiendo su mochila en el aire cuando ella se la lanzó.

—Dios, me salvas la vida —respondió ella antes de zambullirse en el asiento de atrás—. El traidor de Hugh se ha ido sin mí.

—Muñequita.

En cuanto posé los ojos en ella, sentí un alivio instantáneo. Como si el

botón de unos vaqueros ajustados se hubiera desabrochado y me dejara respirar de nuevo.

—Gerard.

Su sonrisa era amplia y auténtica, y yo la necesitaba mucho más de lo que ella nunca podría imaginar. Se inclinó sobre los asientos y me dio un pegajoso beso que me dejó la mejilla llena de brillo de labios. Luego se centró en Shannon.

—Buenos días, amiga —saludó con voz mimosa estrujándose entre los asientos para darle un cariñoso abrazo—. ¡Dios mío, hueles de maravilla!

—Gracias —respondió Shannon con las mejillas sonrojadas—. Es el perfume que Johnny me trajo de la gira.

—Chica, pues te sienta fenomenal. —Se volvió a dejar caer a mi lado, se retorció para coger el cinturón de seguridad y, con gran satisfacción por mi parte, permaneció en el asiento de en medio—. Este es nuestro año, Shan. Lo presiento. Además, el otoño va a ser genial.

—¿Tú crees?

—Claro que sí —dijo animadamente chocándonos los puños a los dos—. ¡Viva la amistad, primero de bachillerato, las hojas que caen de los árboles y los disfraces de Halloween estrafalarios!

—Joder —farfullé con la cabeza gacha por el comienzo inminente del curso escolar—. ¿Cómo puede ser que ya se haya acabado el verano?

—Ni idea.

Tirando la mochila de Claire al maletero junto con las demás, Johnny dio la vuelta al coche y se despidió educadamente de mi madre con la mano antes de sentarse al volante. Se reclinó sobre la caja de cambios y le dio un beso a su novia antes de girar la llave de contacto.

En cuanto se encendió el motor, el sonido vino acompañado de la canción «Remember the Name», de Fort Minor, que retumbaba a través del impresionante equipo estéreo de su coche.

La lista de reproducción de Kav siempre estaba configurada en el modo

bestia. Sin importar el día de la semana ni la ocasión, la música que ponía era feroz, agresiva y muy motivadora. En serio, cuando pasaba demasiado tiempo en su coche o escuchando su iPod, me entraban ganas de correr unos kilómetros y dar unos buenos puñetazos.

La música que escuchaba contrastaba directamente con la personalidad apacible con la que se presentaba ante el mundo. Por supuesto, yo sabía que era capaz de ser un puto demonio si le daban la oportunidad, pero el chaval era así de comedido.

—No pondría la mano en el fuego, pero hay algo en ese hombre que me pone los pelos de punta —dijo Johnny bajando el volumen del estéreo.

«Eso es porque tienes muy buen juicio, tío».

—Ya sé que está casado con tu madre, Gibbs, y espero que no te moleste —soltó por encima del hombro—. Pero aunque Keith siempre ha sido majo conmigo, hay algo en él...

—¿Sórdido? —intervino Claire ajustándose el cinturón de seguridad.

—Sórdido —repitió riéndome entre dientes mientras le pasaba el brazo sobre el hombro—. Muy buena, muñeiquita.

—¿Verdad que sí? —contestó ella con una gran sonrisa.

—¡Eso! —dijo Johnny con tono entusiasta desde el asiento de delante—. Sórdido. Esa es la palabra. Iba a decir «sospechoso», pero con «sórdido» has dado en el clavo.

—Es que es un traidor asqueroso.

—¡Claire!

—¿Qué? —Partiéndose de risa, Claire se enganchó a mi brazo y me apoyó la cabeza sobre el hombro, haciendo que el olor a su champú de fresas atacara mis sentidos. «Qué puta perfección»—. Los robaesposas son gusanos sórdidos.

—¡Por Dios! —chilló Shannon—. No puedes decir eso.

—¿Por qué? —preguntó con un retintín de burla sin mostrar ningún tipo de remordimiento—. Es cierto.

Por eso me encantaba Claire Biggs.

Ella veía más allá de las gilipolleces y las fachadas.

—Uy, y los hay peores —dejé caer, porque darle la razón a Claire significaba abrir una caja de Pandora de la que no tenía ninguna intención de ocuparme.

Además, iba en el mismo coche que una chica que había vivido dieciséis años bajo el mismo techo que un asesino sediento de sangre. Comparado con Teddy Lynch, Keith era un corderito. «Un poquito de perspectiva».

—¡Ay, chicos, casi me olvido! —Gritando de la emoción, Shannon se dio la vuelta y nos metió el teléfono en las narices—. Tenéis que ver esta foto.

—Pero ¿qué tenemos aquí? —dije con voz de pito cogiendo el teléfono para ver mejor a ese rubiales regordete envuelto en una mantita azul que llenaba la pantalla—. Yo ayudé a hacerlo.

—Tú los llevaste al hospital para el parto, Gibs. No te vengas tan arriba —me corrigió Johnny dándole un beso a Shannon en la mano antes de colocarla en su regazo junto a la suya—. ¿A que es un chiquitín precioso?

—Ese trayecto en coche fue un infierno —murmuré en voz baja, todavía un poco traumatizado por los ruidos que habían salido de la boca de Aoife cuando se puso de parto aquella noche; la misma en que casi tengo la desgracia de ver cómo parían al vástagos de Joey.

—¡No me lo puedo creer! —chilló Claire quitándose el teléfono de las manos para ver mejor—. Mira a este pequeño Joey.

—Joe dice que tiene mi nariz —apuntó Shannon con entusiasmo juntando las manos—. Es una preciosidad, chicos. Y ya sé que aún no lo he visto en persona, pero os juro que lo quiero con todo mi corazón.

—Joder. —Lancé un suspiro y reprimí un escalofrío—. No puedo creer que Joey sea papá.

—Siempre lo ha sido, tío —dijo Johnny.

—Es verdad, Kav.

—Otro chico Lynch.

—No es un Lynch, es un Joey.

—Gibs, una primicia: Joey es un Lynch.

—Qué va, es un Joey. Como Bono. No necesita apellido. Es icónico.

—Bueno, más bien tristemente célebre.

—Oooh... —Claire siguió gimoteando y arrullando ante la pantalla del teléfono—. Yo quiero uno.

—¿Quieres uno de esos? —La miré boquiabierto—. ¿Te encuentras bien?

—Yo también —admitió Shannon con un suspiro de anhelo—. Yo quiero dos.

—Dos es un buen número —coincidió Johnny—. Pero tres es mejor.

—¡Dios mío, es contagioso! —Le arranqué a Claire el teléfono de las manos y lo tiré hacia Shannon—. Toma, guárdalo antes de que la foto del bebé provoque una pandemia.

11

Me parece que se va a liar

Claire

Vale, puede que me precipitara un poco al predecir que ese año iba a ser el mejor de Shannon y el mío hasta la fecha. Ostras, puede que lo hubiera gafado. En cualquier caso, sentarme en la mesa del almuerzo frente a mi sollozante amiga no era lo que tenía pensado para el primer día de nuestra vuelta al Tommen.

Llevábamos en el instituto menos de media jornada y una de las habituales de nuestra mesa del comedor ya había caído presa de la temida ira expulsora del señor Twomey.

Además de expulsar a Joey Lynch por tumbar a Ronan McGarry, Tadhg Lynch también había recibido un buen rapapolvo por participar en el altercado.

Al parecer, Ronan era lo suficientemente suicida como para llamar puta a Aoife Molloy delante del impulsivo Joey Lynch. Venga ya. ¿Qué narices pensaba que iba a pasar al decir algo así sobre la reciente mamá del hijo de un hombre?

Por lo visto, el señor Twomey lo había castigado con dos semanas de expulsión. Dos semanas era algo inaudito en el Tommen. La peor expulsión que yo recordaba desde que estudiaba allí era de una semana como mucho. Pero Ronan había recibido una buena paliza.

Para rematar todo el drama de los hermanos Lynch, Ronan me había manchado de sangre los zapatos nuevos del insti, a Katie la habían enviado a casa con dolores menstruales y luego Lizzie y Feely, cómo no, se habían enfrascado en la pelea más rara del mundo al inicio del descanso, lo que provocó que Lizzie se marchara echando humo por las orejas.

Estaba claro que Hugh estaba más al tanto que yo de lo que había pasado entre nuestros amigos, porque había ido a por Lizzie y, de alguna manera, había conseguido convencerla para que volviera. Ella había vuelto a la mesa y estaba sentada junto a mi hermano en la silla que Katie había dejado libre, pero no le había dirigido la palabra a nadie.

Me pregunté si la discusión entre Lizzie y Patrick habría tenido algo que ver con lo que Hugh había comentado acerca de conseguir que Patrick hablara con Liz. En cualquier caso, ahí estaban los tres, cruzando furiosas miradas delante de mí.

Mientras tanto, Shannon estaba tan angustiada por la expulsión de sus hermanos, en plural, que Johnny se había pasado los últimos diez minutos susurrándole al oído lo que supongo que serían palabras de consuelo, entre beso y beso en la cara.

Cuando él le puso el pelo detrás de la oreja para darle un beso en la sien y luego le recorrió el hoyuelo que tenía en la barbilla con el pulgar antes de besarla en la punta de la nariz, yo canturreé en voz alta: «¡Oooh!».

Me encantaban los besos en la sien. También en la frente. Y las caricias con la nariz eran la flor y nata. Esas formas de afecto eran mis favoritas, y mi mejor amiga las recibía de sobras a diario por parte de su amante.

—Todo saldrá bien, tía —afirmé intentando apaciguarla al ver que le resbalaba una lágrima por la mejilla—. Oye, no llores. —Alargué el brazo sobre la mesa y le cogí la mano, sintiendo una enorme compasión hacia mi tímida amiga—. Si te paras a pensarlo, el señor Twomey le ha hecho un favor a Joey. —Para empezar, estaba claro que Joey no quería estar en el instituto. Su novia seguía en el hospital y acababa de dar a luz a su hijo—.

Al menos ahora podrá pasar más tiempo con Aoife y el pequeño AJ.

—Exacto —convino Johnny mirándome agradecido—. Sabes que, de todas formas, él tenía la cabeza en otro sitio. Le dedicará un par de semanas a su familia y luego volverá.

—Capi, podrías decirle a tu viejo que no pierda de vista a Twomey. —Gerard volvió a la mesa con una gran cesta de mimbre en la mano, vino directo hacia mí y me la plantó delante—. Acabo de ver a tu madre salir de su despacho con los hermanos Lynch —dijo abriendo la tapa de la cesta—. Y déjame decirte que ese cabrón malhumorado le ha estado mirado el culo todo el rato.

—¡Oooh, bollos! —Me froté las manos con aire de júbilo cuando mis ojos se posaron sobre esa fantástica colección de productos horneados, cortesía de Gibson's Bakery—. ¡Quiero, quiero!

—¿Está aquí Mami K? —se inmiscuyó Robbie Mac desde la otra punta de la mesa—. ¿Llevaba el traje del pantalón blanco? Joder, Gibbs, dime que llevaba el traje del pantalón blanco.

—¿Ese con el que se le ve el tanga de estampado animal? —preguntó Pierce alargando el brazo sobre la mesa para birlar un bollo de la cesta.

—Justo... —confirmó Robbie con un gruñido—. Dios, esa mujer es inmortal. No parece que tenga más de treinta y cinco.

—Si sigues hablando así de mi madre la única estampa que vas a ver es la de mi pie en tu culo —advirtió Johnny enfadado—. Cúrtate un poco.

—Oye, a mí no me mires —resopló Gerard—. Yo no la he mirado.

—Y una mierda —repuso uno del equipo escondiendo su voz bajo una falsa tos y haciendo que todos los de la mesa estallaran en carcajadas.

—Unos putos pervertidos, eso es lo que sois.

—Los chicos son como perros —gruñí poniéndome un momento de pie para sentar a Gerard y hundirme de nuevo sobre su regazo de forma casual.

—Es verdad —confirmó Gerard metiéndose la mano en el bolsillo para sacar un juego de llaves de coche—. Y, antes de que empieces a

sermonearme, te aviso, no lo hagas —añadió tirándole las llaves a Johnny y esquivándose con el brazo para coger un bollo—. Si me pongo emocional, me da por comer.

—Uy, no, no, no, no —dijo Hugh con una risita irónica mientras me señalaba con el dedo—. Ahora que Lynchy se ha ido, queda un sitio libre en la mesa. No tienes por qué sentarte encima de nadie, hermanita.

—No estoy sentada encima de nadie —contraataqué con una sonrisa—. Estoy sentada encima de Gerard.

—Que soy yo, por cierto —se mofó Gerard deslizándose un brazo por la cintura mientras saludaba con la otra mano por encima de su cabeza—. Hola.

—Aaah... aaah... dame un bocado, por favor —supliqué agarrando la muñeca de Gerard cuando se llevaba a la boca el bollo de pepitas de chocolate con mejor aspecto del mundo.

—No-no, muérdelo con la boca, no lo cojas con las manos —se burló retirando el bollo cuando intenté arrebatarárselo—. Ábrela bien.

—Claire. —Lizzie rompió su silencio con un desprecio—. No dejes que te dé de comer.

—... demasiado ... arde —murmuré masticando—. Lo siento... Mmm...

—¡Gibs! —Hugh se unió al juicio—. ¡Deja de darle de comer a mi hermana!

—¿Qué pasa? —replicó Gerard poniéndome la mano debajo de la boca para recoger las migajas que se me caían mientras me daba otro bocado de su bollo—. Ella quiere.

—Déjalos en paz —se reía Feely—. No le hacen daño a nadie.

—Pa, acaba de meterle los dedos en la boca.

—No es verdad. Le ha metido un trozo de bollo —repuso con calma—. No exageres.

—¡Diría que eso no es lo único que le mete a tu hermana en la boca, Hughie! —gritó Danny provocando las risas de casi todos los miembros del

equipo que había a nuestro alrededor.

—Como si tú supieras algo sobre meter nada en la boca de las chicas — se apresuró a defenderme Lizzie—. Vuélvete a tu cueva, gilipollas.

—Parece que no le dan arcadas —bromeó Pierce animando a los chicos —. Vaya un cabrón con suerte.

—¡Oye! ¡Gilipollas! —exclamó Gerard centrándose en sus compañeros de equipo—. No vayas por ahí.

—Oye, Baby Biggs —soltó otro de ellos—. ¿Quieres venir a sentarte encima de mí y te meto algo que da más gusto?

—Calientapollas.

—¡Eres hombre muerto, Callaghan! —bramó Hugh de inmediato echando la silla hacia atrás para salir en defensa de mi honor.

Fue un gesto dulce, pero innecesario, porque Gerard se le había adelantado.

—¿Qué coño has dicho de mi chica? —Se puso de pie y se abalanzó sobre la mesa antes de que me diera tiempo a reparar en que ya no estaba sentada encima de él, sino en el asiento que había dejado vacío—. ¡Si vuelves a decir algo así sobre ella, te saco las entrañas por el culo y te las restriego por la cara!

En ese momento, Gerard me recordó a uno de esos volcanes durmientes que la gente va a visitar porque parecen preciosos e inofensivos, pero que, cuando aumenta la temperatura del núcleo, se vuelven verdaderamente letales.

Solo hizo falta una insinuación sexual a mi costa para que saltara el diferencial de su cerebro y estallara contra sus compañeros de equipo en medio del comedor del Tommen.

—Estaba de broma —logró decir Danny entre resuellos, luchando por respirar mientras la mano de Gerard lo agarraba por el cuello y le cortaba las vías respiratorias.

—Sígueme, Shan —indicó Johnny levantándose de la silla—. Venga,

nena. Vamos.

Johnny envolvió a su novia con el brazo y la guio por el comedor para evitar que le hicieran daño.

—¡Buah, Gerard! —exclamé dirigiéndome hacia el chico que, no solo había arrastrado a su compañero por encima de la mesa, sino que además se había sentado a horcajadas sobre su pecho mientras le machacaba la cara con saña.

—¡Gibs, no! —ordenó Pierce intentando sacárselo de encima a Danny y recibiendo como recompensa un cabezazo en la cara—. Madre de Dios, Gibs. —Tras secarse la sangre que le chorreaba por la nariz con la manga, Pierce le propinó un empujón a Gerard por detrás, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo—. ¡Me has roto la puta nariz!

—¡Oye! —gritó Hugh lanzándose sobre la mesa y metiéndose de cabeza en la pelea mientras Lizzie permanecía inmóvil en su sitio—. Aleja las manos de mi amigo, gilipollas.

—¡Me ha roto la puta nariz, Hugh!

—¡Qué pena que no te haya roto el cuello, ya que estaba!

—¿Cuál es tu problema, Biggs?

—¡Tú eres mi problema, O'Neill!

—¿Yo? ¿Por qué? ¡Gibs es el que siempre está tocando los cojones!

—¡Ya, pero él es mi familia!

—¡Tíos, haced algo! —gritó Robbie agarrando a Gerard por detrás para que no se abalanzara sobre Pierce.

Fue una mala idea que acabó con los cinco chicos estampándose contra las sillas antes de aterrizar en el suelo.

Al ver que sus mejores amigos eran dos contra tres, Patrick Feely volvió a envolver su sándwich en el papel de plata antes de ponerse de pie.

—Me cago en mi vida —murmuró antes de unirse a la reyerta, que ahora se desarrollaba en el suelo—. Que alguien vaya a buscar a Johnny.

Entonces, varios miembros del equipo de rugby se unieron a la pelea, y

yo no estaba muy segura de que ninguno de ellos realmente tuviera intención de disolverla. Más bien parecía que todos disfrutaban dándose de hostias los unos a los otros. Los puños volaban, la sangre brotaba y todos se mostraban encantados.

El señor Twomey y algunos otros profesores llegaron a la escena, pero no eran rivales para más de veinte fornidos adolescentes repletos de testosterona.

Demasiado sensata como para entrar en acción, pero demasiado alterada como para quedarme de brazos cruzados, le di un discreto pisotón en la mano a Robbie Mac cuando cayó rodando junto a mí. «Ja». Le estaba bien empleado por llamarle «calientapollas».

—¡Ya basta! —aullaba el señor Twomey mientras trataba de separar a dos jugadores del equipo que iban un curso por debajo del mío—. ¡Os lo advierto!

Los chicos más mayores ni se inmutaron. Continuaron saciando su sed de sangre a base de violentos golpes y puñetazos.

—¡He dicho que ya basta! —bramaba el señor Twomey—. ¡Tenéis cinco segundos para estaros quietos o llamo a los Gardas y les digo que os lleven a todos a los barracones!

—¡Hey! —rugió Johnny entrando a toda prisa en el comedor sin Shannon—. ¡Ha dicho que ya basta! —gritó con una voz realmente aterradora—. ¡Estaos quietos!

Con paso firme, Johnny se acercó a la pila más grande de gente y sacó de debajo a Gerard, que parecía un demente.

—¡Para de una puta vez! —le ordenó Johnny agarrando a Gerard por la cintura.

—¡Ha empezado él!

—Lárgate, Danny —advirtió Johnny señalando al chico que aún seguía intentando provocar a Gerard para que volviera a unirse a la pelea—. Ambos sabemos lo que pasará si lo suelto.

«Buah».

En serio, nunca lo había visto tan furioso.

—¡Sentad esos culos! —advirtió empujando a Danny con la mano que le quedaba libre para alejarlo de Gerard—. ¡Ahora mismo!

En ese momento, su tono era tan autoritario que yo misma me vi encogiéndome en la silla por miedo a meterme en problemas. Afortunadamente, no era la única en sentir la presión de los cantos de sirena del alfa. Uno a uno, los miembros de su manada se fueron recomponiendo y volvieron a la infame mesa del equipo de rugby, llenos de sangre, magulladuras y cosas peores.

—¿Para esto he vuelto al Tommen? —preguntó Johnny todavía sujetando firmemente a su beta—. ¿Para ver a unos capullos engreídos peleándose entre ellos?

—No, capi.

—Lo siento, Johnny, tío.

—Deberíais sentirlo, sí —respondió Johnny con desdén mirando a sus compañeros de equipo a los ojos—. Sois unos putos desgraciados, joder.

—Ha empezado el gilipollas ese —espetó Danny señalando a Gerard, que, gracias a Dios, había conseguido calmarse. Tener cerca a Johnny le provocaba ese efecto—. Nos estábamos echando unas risas y se le ha ido la castaña.

—Tú sabes lo que has dicho —replicó Gerard con los hombros en tensión—. Sabes lo que has dicho sobre ella.

—Estábamos de coña, Gibs.

—Pues tu coña es una puta mierda, Danny.

—Joder, intentaba apoyar a Biggs. Es su hermana.

—Ya, bueno, pues te lo aviso: si te metes con ella, te metes conmigo...

—Mira, me importa una mierda quién empezó esto. Se acaba aquí —bramó Johnny sin dejar ningún margen para la discusión—. Lo que fuera que pasara, olvidadlo. Se acabó. Ya no importa. ¿Alguien tiene algún

problema con eso? ¿Alguien sigue con ganas de meter mierda? Porque saldré a la calle ahora mismo con cualquier puto imbécil de mi equipo que tenga algún problema que resolver.

—No, capi.

—No —repitió Johnny con frialdad—, eso pensaba.

—Johnny, ya me encargo yo —lo interrumpió el señor Twomey.

Vi que a Johnny se le tensaba la mandíbula, pero no reaccionó mal a su cese del mando. Optó por asentir con indolencia hacia el director y luego dio la vuelta a la mesa para volver a su trono. Se llevó a Gerard con él, lo empujó hacia la silla que solía ocupar Shannon y se sentó a su lado, manteniendo en todo momento el brazo sobre los hombros de su amigo.

—A ver, quiero que todos los miembros del equipo de rugby involucrados en este altercado se queden sentados —ordenó el señor Twomey con el teléfono en la mano—. El resto podéis volver a clase. Venga.

12

Flexiones y penitencia

Gibsie

- Es culpa tuya.
- No, es culpa tuya.
- Empezaste tú.
- No, empezaste tú.
- Tú pegaste primero.
- Porque te pasaste de la raya.
- Estaba de coña.
- Estabas insultando a mi chica.
- No es tu chica, melón. Es mi hermana.
- Hugh, no te metas. Estoy defendiendo el honor de mi prometida.
- Gibs, te juro por Dios que si no te callas con la mierda esa del compromiso...
 - ¡Gibson! ¡Callaghan! ¡Biggs! —bramó el entrenador distrayéndome de la acalorada conversación que intentaba mantener con los dos gilipollas que tenía a los lados—. ¡Si sois capaces de hablar, es que no estáis trabajando lo suficiente!
 - ¿Cuándo podremos parar, entrenador? —gritó Pierce unas posiciones más allá de la fila retorciéndose de dolor mientras intentaba no quedarse atrás—. Siento mucho dolor.

—Todos sentimos dolor, imbécil —le espetó Murph, otro de los miembros del equipo—. Solo que algunos no nos lo merecemos.

—¿Dolor? —se rio el entrenador con sequedad—. A ti te voy a dar yo dolor, desgraciado.

Llamar «dolor» al sufrimiento que el entrenador infligía sobre nosotros era quedarse corto. Veinticinco minutos haciendo la plancha era tiempo suficiente para matar a un caballo. Como castigo, hubiera sido mucho más llevadero pasar unas horas en los barracones.

—Por favor, entrenador. El instituto ha acabado hace una hora.

—¡Y si no cerráis la boca y os centráis os tendré aquí toda la noche!

—Os odio a todos —murmuró Feely, unos cuerpos más allá.

—Joder, no puedo —gruñó Robbie Mac derrumbándose sobre la hierba

—. Tengo los brazos reventados, entrenador. Me estoy muriendo.

—¡Vuelve a la postura de la plancha! —Pitando con el silbato como un puto psicópata, el entrenador iba de un lado al otro de la fila levantando con el pie los traseros rebeldes que estaban demasiado bajos—. ¡Quiero que comáis hierba y luego la vomitéis, desgraciados!

Con dolorosa lentitud, pasaron otros cinco minutos antes de que ese pitido del diablo volviera a perforar el aire.

—Vale. Todo el mundo de pie. Sacudíos un poco y luego hacedme doscientos esprints suicidas.

—Por Dios, entrenador.

—Tengo deberes.

—Tengo que ir a trabajar.

—¡No, por favor!

—¡Que sean trescientos! —Sonó otro agudo pitido—. Y, si después seguís respirando, acabaremos este entrenamiento para fomentar el espíritu de equipo con una sesión técnica.

—Mueve las piernas, Gibbs.

—Eso hago, capi.

—No es verdad.

—Claro que sí, joder.

—Tío, tienes el cuerpo paralizado —siguió quejándose—. Súbelo más.

—Para ti es fácil decirlo, eres un puto defensa —le soltó alzando los brazos pese a la presión que sentía en los hombros mientras trataba de mantener la postura para no dejar caer a mi compañero, a quien lanzaba por los aires durante un entrenamiento para practicar el saque de lateral.

—No me dejes caer, Gibbs —gritó Danny—. Tengo el cuerpo hecho polvo.

—Te tengo, tío —gruñí una vez ya expulsados todos los problemas que teníamos a base de sudor.

Resultaba irónico que el compañero al que intentaba proteger en el aire fuera el mismo al que hacía un rato le estaba arrancando la piel a tiras.

—Estira los brazos, Gibbs —siguió indicando Johnny.

—Lo intento —resoplé—. ¿Cuándo fue la última vez que cargaste a un capullo de 90 kilos sobre los hombros?

—Me toca cargar tu culo de borracho casi todos los fines de semana —fue la sarcástica respuesta que me dio Johnny mientras yo me planteaba ponerme a gritar.

—Putos defensas —farfullé para mis adentros—. Mucho espectáculo y esas mierdas, mucho perseguir la gloria, pero nosotros los delanteros somos los que hacemos todo el trabajo duro.

—¿Trabajo duro? No has trabajado duro ni un solo día de tu vida, chaval.

—Déjame recordarte que me he pasado la mayor parte del verano ayudando a mamá en la pastelería.

—Ya —se burló Hugh uniéndose a la conversación—. No hay más que ver tu barriga.

—Vuelve a llamarme «gordo» y me siento encima de ti —le advertí indignado—. Lo digo en serio, Hugh. Soy de hueso ancho. Y, sí, he cogido

unos kilitos durante el verano. Ya ves tú. Yo puedo perder peso, pero tú no puedes cambiar esa cara, tío.

—¿Me acabas de llamar «feo»?

—¿Me acabas de llamar «gordo»?

—Parad ya los dos. Putos bebés quejicas —ordenó Johnny antes de dirigirse solo a mí—. Gibbs, el problema no es lo que pesas, sino lo que fumas.

—Ya te he dicho que he reducido.

—No me interesa si no son menos de cero al día.

—Pues vaya gracia.

—No me rompas el melón.

—No me pongas el melón delante para que te lo rompa.

—¡Céntrate!

—Espera... ¿qué cojones es un melón?

—Se refiere a la cabeza, Gibbs.

—¿El melón es la cabeza?

—El tuyo desde luego que sí.

—Eso me ha ofendido.

—Dios, estoy rodeado de idiotas.

—Vale, ahora cambiad —interrumpió el entrenador Mulcahy con un bramido—. Cuatro, coge al siete y empezad otra vez. Dos, quiero una bola limpia, no estas mierdas torcidas.

—Entrenador, no está listo para la elevación —comenzó a decir Johnny, pero se quedó a mitad de frase cuando el entrenador lo fulminó con la mirada.

—¿Quién manda aquí, trece?

Con la mandíbula apretada, Johnny cedió con más gracia de la que yo habría sido capaz.

—Usted, señor.

—Exacto —repuso el entrenador anotándose un metafórico tanto al

regañar públicamente a nuestro capi—. Te ha ido bien este verano con el equipo irlandés, pero que no se te suba a la cabeza, trece.

—¿Que no se le suba a la cabeza? —Moví la mía hacia los lados—. Su cabeza no debería estar cerca de este campo de mierda. Es demasiado bueno para nosotros y lo que pasa es que usted está celoso.

—¿Estás cuestionando mi autoridad, siete? —El entrenador entrecerró los ojos—. ¿Es que no te ha entrado suficiente hierba en los pulmones cuando hacías la plancha?

—La verdad es que he desarrollado una tolerancia impresionante hacia la hierba que entra en mis pulmones —repliqué con una sonrisa—. El truco es hacerlo poco y a menudo. Todos los viernes por la noche, en mi caso.

—Joder, Gibbs —gruñó Johnny—. No puedes evitarlo, ¿verdad?

—¡Vete a dar una vuelta, Gibson! —rugió el entrenador haciendo sonar el silbato—. Y no vuelvas a mi campo hasta que cambies de actitud.

—¡Yuju!

Profundamente encantado conmigo mismo, bajé a Danny como si fuera un saco de patatas y conduje mi culo hacia la libertad.

—Le acaba de dar a ese cabrón holgazán lo que quería.

—¡Habla bien!

—¿Por qué él puede irse antes?

—Menos cháchara, diez.

—Pero fue él quien empezó la pelea.

—¡Mierda, Gibson! He cambiado de idea. ¡Vuelve aquí!

—La, la, la... —Con los dedos metidos en las orejas, corrí más rápido que durante todo el entrenamiento y me puse a salvo—. No oigo ni una palabra, tíos.

Cuando llegué a las escaleras del gimnasio de Educación Física, me encontré con tres caras conocidas.

—¿Cómo está mi chica de ojos marrones?

—¡Bieeen! —chilló Claire dando palmaditas—. No solo has defendido

mi honor, sino que también has sobrevivido al entrenamiento militar con el que os ha castigado el entrenador. —Se levantó de un salto, vino directa hacia mí y no se detuvo hasta envolverme los brazos con fuerza alrededor del cuello. Poniéndose de puntillas, me dio un sonoro beso en la mejilla—. Mi héroe.

—Qué bonito —me reí cogiéndola por la cintura—. Defenderé tu honor más a menudo si me gano este tipo de atenciones.

—No hace falta —se apresuró a decir poniéndose seria un momento, antes de que una sonrisa le iluminara el rostro—. Pero ha sido brutal.

—¿Brutal en plan sexy?

—Brutal en plan caballeroso.

—¿Y sexy?

—Sí, Gerard, sexy también —dijo riéndose mientras me recorría la hinchazón del pómulo con los dedos—. Ay, cómo te han dejado la cara.

—Sobrevivirá —gruñó Lizzie poniéndose de pie, con el modo de cabrona activado—. Enhorabuena por hacer que castigaran a todo el equipo, Thor. Te has superado.

—Con mucho gusto.

—No era un cumplido, gilipollas...

—Os hemos visto desde las bandas —explicó Shannon levantándose y, gracias a Dios, interrumpiendo a la Víbora—. Parecía muy intenso, Gibbs. —Mordiéndose el labio inferior, miró hacia el campo y luego volvió a fijar los ojos en mí—. ¿Crees que Johnny está bien? Todavía sigue haciendo esprints.

—¿Estás de broma? Al capi le encanta esto. —Solté una risita para aliviar su ansiedad—. El entrenamiento militar es como un orgasmo para un adicto al trabajo como él.

—Ah. —Se le sonrojaron las mejillas, pero enseguida una sonrisa reemplazó su cara de preocupación—. Vale. Bueno, eso... está bien.

—¿Alguien me puede explicar por qué a Joey Lynch lo han expulsado

dos semanas por pegarle a un jugador de rugby, pero Thor incita a todo el equipo a pelearse y se va de rositas? —preguntó Lizzie cruzándose de brazos—. Me da la impresión de que en el Tommen el patriarcado funciona a pleno rendimiento. Niños ricos cuidándose unos a otros y todo ese rollo de siempre.

—Dímelo tú, Liz —contesté airado—. Twomey puede expulsarme si quiere. Yo no me voy a quejar.

—Pero es que no lo va a hacer —replicó—. Porque el Tommen protege a sus estrellas del rugby a toda costa, ¿verdad que sí, Thor?

—Venga, chicos —suplicó Shannon—. No os peleéis, por favor.

—Yo no me estoy peleando, Shannon —repuso Lizzie—. Solo estoy exponiendo los hechos.

—Estás instigando una discusión —intervino Claire soltándome para mirar de frente a su amiga—. Para ya.

—Siempre te pones de su parte —espetó Lizzie levantando las manos—. Siempre, Claire.

—No me pongo de parte de nadie —se defendió Claire con tono frustrado—. Porque aquí no hay partes, Liz.

—Vale, sigue diciéndote eso a ti misma. —Tras empujarnos bruscamente, Lizzie bajó las escaleras del gimnasio hecha una furia—. Puede que un día acabes creyéndotelo.

—¡Lizzie! —exclamaron las dos chicas mientras yo me relajaba mentalmente al ver cómo se alejaba.

Me resultaba doloroso estar cerca de Lizzie, que me usara como caja de resonancia de su aflicción. Tenía que hacer un esfuerzo tremendo para no gritarle y contraatacar con una ferocidad que la haría callar para siempre.

Nuestras historias estaban entrelazadas y, aunque me sentía fatal por todo lo que había sucedido, yo no tenía la culpa.

Una vez que comenzó a circular el rumor sobre la nota de suicidio de su hermana, yo contenía el aliento cada vez que la veía, a la espera de que les

contara a todos la verdad. Al ver que no lo hacía, empecé a sospechar que no conocía toda la historia.

Había un único culpable y desde luego no era yo.

No quería pelearme con nadie, pero estaba hasta las narices de aguantar ese maltrato. De ser el saco de boxeo de alguien por los errores que había cometido otra persona. Yo no le había hecho daño a Caoimhe Young. Eso no había sido cosa mía. No obstante, pese a no ser el culpable, de alguna manera me las había arreglado para convertirme en el único blanco de la ira y el dolor de su hermana.

No tenía ninguna intención de participar en aquella disputa sobre quién se había llevado la peor parte.

Desde mi punto de vista, cada uno cargaba su propia cruz. Pero es cierto que la cruz de Lizzie no se la había puesto yo. Porque yo no le había hecho daño a Caoimhe, joder. Ella no conocía los hechos. No estaba allí y no sabía una mierda de lo que había pasado entre ellos.

Yo, sin embargo, había tenido la desgracia de contar con una entrada de primera fila para el desastre. Para el drama. Para el principio del fin de su hermana. Y estaba seguro de que Lizzie había sumado dos más dos y le habían salido cinco. No había dicho nada porque, ¿qué sentido tenía? De todos modos, ella no iba a creerme. Igual que Caoimhe.

Estaba desesperado por contarle la verdad para hacerla callar.

Por explicarle el verdadero motivo de la muerte de su hermana.

Lo que realmente había sucedido aquella noche.

Pero no podía, porque, aparte de que nunca le había contado la verdad a nadie que aún estuviera vivo, Lizzie no iba a rendirse.

No iba a pedir perdón.

No iba a dejar de intentar poner a nuestros amigos en mi contra.

No iba a dejar de culparme.

Sus palabras eran veneno y, si sabía mi verdad y la usaba contra mí, yo dejaría de funcionar. No tenía la menor duda de que así sería.

Ella usaría mi dolor como una bala y me dispararía al corazón.

Encontraría la manera de culparme.

Todos lo harían.

Por eso no lo sabía.

Por eso ninguno de ellos lo sabía.

Por eso tenía que recordar para olvidar.

—¡Shannon como el río! —gritó una voz familiar, y cuando los tres nos giramos vimos a Johnny, a Hughie y a Feely caminando hacia nosotros.

—Ufff, no cojea, menos mal —susurró Shannon para sus adentros antes de salir disparada por las escaleras en dirección a mi mejor amigo.

—Ignora a Lizzie —apuntó Claire girándose hacia mí—. Está en su mundo, Gerard. Nada de lo que te diga es personal.

Ahí es donde se equivocaba.

Todo lo que me decía era personal.

Muy personal.

Cuando su mano se deslizó por mi mente, sentí una reconocible oleada de alivio. Claire tenía un tacto mágico, porque juro por Dios que me hizo sentir mejor. Más seguro. Estable. «Anclado».

—Tranquilo, Gerard —añadió sonriéndome—. Todo va bien.

No era verdad.

Pero podía fingir que sí.

Por ella.

13

Te dedicaré mis fines de semana

Claire

—Haces que parezca tan fácil... —dije mientras Gerard le daba los últimos retoques a un *éclair* de chocolate de aspecto exquisito antes de pasármelo. Era sábado por la tarde. Hacía más de dos horas que la pastelería estaba cerrada, pero nosotros seguíamos trasteando en la cocina vacía mientras Gerard preparaba nuevas recetas y yo probaba todas y cada una de ellas—. ¡Madre de Dios! —Podría haber llorado de alegría cuando le di un mordisco y la deliciosa combinación de crema y chocolate derretido invadió mis sentidos—. Está... ¡buenísimo!

Él me sonrió.

—Sí, ¿eh?

—Más que bueno —confirmé entre bocado y bocado—. Gerard, tienes un talento increíble.

Riéndose ligeramente para sus adentros, se acercó hacia la encimera en la que yo estaba sentada y me levantó sin esfuerzo antes de volver a ponerme sobre el suelo.

—Nada de culos en la encimera, nena.

—Ups —contesté apoyándome contra la superficie—. Lo siento, chef.

No era verdad. No me importaba, pero era tan anormalmente responsable cuando estaba en la pastelería que le seguí la corriente. Sabía que tenía que

ver con el hecho de que Gibson's Bakery era una de las pocas cosas que a Gerard le quedaban de su padre. Me alegraba que Sadhbh hubiera dado un paso al frente para mantener la pastelería en funcionamiento tras la muerte de Joe. Era uno de los pocos sitios que aún no estaban infectados por el sello de los Allen. Porque era el legado de Gerard, y resultaba hermoso saber que por fin mostraba cierto interés en reclamarlo.

Con su redecilla azul en el pelo y un delantal en el que ponía: «Nunca te fíes de un chef flaco», su aspecto era absurdamente mono mientras se lavaba en el fregadero.

—Estás adorable.

—Ya sabes que me encanta que me subas el ego, muñequita, pero no creo que llamar «adorable» a un tío de diecisiete años sea un cumplido.

—En mi mundo lo es. —Me impulsé contra la encimera en la que estaba apoyada y cogí el bolso y el abrigo—. Oye, tengo una idea un poco loca que quería comentarte. —Me encogí de hombros dentro del abrigo y, quitándome la redecilla que Gerard me había puesto en la cabeza nada más entrar en la cocina, le sonréí—. A lo mejor te parece muy repentina, pero le he estado dando muchas vueltas.

—Suena a problemas —musitó secándose las manos con una toalla—. Me apunto.

—Pero si aún no sabes qué es —dije riéndome mientras me colgaba el bolso del hombro—. ¿Qué pasa si no soportas la idea?

—Si la has tenido tú, eso es imposible. —Se quitó el delantal, lo colgó en el gancho junto a los demás y tiró de su redecilla del pelo—. Además, acabas de dedicarme todo el sábado estando aquí conmigo y haciéndome compañía en el trabajo. —Se guardó la cartera y las llaves del coche en el bolsillo antes de dirigirse hacia el interruptor de la luz—. Yo puedo dedicarte a ti el sábado por la noche.

—Ah, ¿sí? —repliqué con tono de coqueteo—. ¿Quieres dedicarme el fin de semana, Gerard Gibson? —Un instante después, estábamos envueltos en

una completa oscuridad—. ¡Gerard! —exclamé sorprendida ante la súbita ceguera pese a que sabía que se iba a producir.

—Te dedicaré todos los fines de semana, Claire Biggs. —Su mano buscó la mía y entrelazamos los dedos de esa forma tan familiar que yo tanto apreciaba—. Y también los días laborables.

—Tenías razón —declaró Gerard un rato después mientras permanecíamos el uno al lado del otro; Gerard con unos bóxers y yo con una camiseta y unas bragas—. No soporto esta idea.

Deslicé mis manos entre las suyas.

—Puedes hacerlo.

—No. —Negó con la cabeza—. No puedo.

—Puedes hacer lo que te propongas, Gerard Gibson.

—La mayoría de las cosas —concedió justo antes de romperme el corazón cuando sentí un temblor subiéndole por el brazo—. Pero esto no.

—Confía en mí.

—Confiar en ti no es el problema, muñequita. —Continuó mirando fijamente la gigantesca bañera oval que había en el baño del piso de abajo de mis padres como si fuera el enemigo—. Lo que me supone un problema es el terror puro y duro que se abre paso por mi garganta.

—Sé que tienes miedo —insistí girándome para mirarlo—. Y eso está bien, pero tienes que ser capaz de sentarte en el agua antes de que te enseñe a nadar. Así que he pensado que la bañera sería el mejor sitio para empezar. Tienes privacidad y nadie puede verte, de modo que no te sentirás raro ni avergonzado.

—No necesito aprender a nadar —contestó con voz sofocada y los ojos desorbitados e invadidos por el miedo—. Porque no tengo intención de volver a ponerme en una situación en la que necesite reforzar esa habilidad.

—Tengo mucha fe en ti, Gerard Gibson. —Poniéndome de puntillas, cogí su cara entre mis manos y rocé mi nariz contra la suya—. Sé que puedes

hacerlo.

Él me puso las manos sobre las caderas, con los dedos firmemente presionados sobre las partes más carnosas, mientras respiraba en profundidad para intentar autorregularse.

—No es más que un baño.

—Sí —afirmé con apenas un susurro de voz mientras seguía acariciándole las mejillas con más afecto del que era saludable.

Su respiración me dio en la cara cuando murmuró:

—Y tú estarás conmigo.

—Siempre —le prometí.

Se le escapó un gruñido de dolor y dejó caer la frente sobre la mía.

—Puedo hacerlo.

—Claro que sí —exhalé estremeciéndome al sentir sus manos sobre mi piel desnuda.

Su cuerpo permaneció rígido un buen rato y, al ver que no decía nada durante más de tres minutos, pensé que ya no estaba preparado para ir más allá, pero entonces nos sorprendió a los dos diciendo:

—Vale. Acabemos con esto de una vez.

—¿Estás seguro? —pregunté con cautela.

—No, pero tú sí, y con eso me basta —contestó tan inseguro como yo.

Su forma de mirar el agua me rompió el corazón, pero no dejé que se diera cuenta. Esbocé la sonrisa más luminosa que pude y me metí en la bañera.

—Puedes hacerlo —dije extendiendo una mano hacia él—. Y me tienes a mí.

«Siempre».

Desvió la mirada desde mi mano extendida hasta el agua que me acariciaba las espinillas. Entre los dos se instaló un largo y tenso silencio hasta que por fin pudo moverse. Con sumo cuidado, se metió en la bañera; primero un pie y luego el otro.

En cuanto vio que tenía ambos pies sumergidos, lanzó un suspiro entrecortado y me miró sorprendido.

—Lo he conseguido.

—Lo has conseguido. —A punto de estallar de orgullo por el monumental avance, le dediqué una amplia sonrisa—. Ahora tienes que darte la vuelta.

—¿Darme la vuelta? —repitió lleno de dudas.

Asentí con entusiasmo.

—Confía en mí.

Suspirando de forma entrecortada, se dio la vuelta con dolorosa lentitud hasta darme la espalda.

—Bien hecho —lo animé apoyándole las manos sobre las caderas—. Es fantástico, Gerard.

Pedirle a Gerard que hiciera aquello había sido un movimiento muy arriesgado por mi parte, porque había muchas posibilidades de que todo saliera al revés. Pero aunque yo no podía entender las cosas por las que él había pasado, sí entendía el pánico. Porque yo también lo había sentido cuando tenía cinco años y lo había visto desaparecer bajo las olas. Sufrí ese pánico impotente mientras él estuvo en el agua, y luego también durante muchos minutos cuando intentaban revivir su cuerpo sin vida.

La imagen del Gerard de siete años azul e inerte vivía en mi mente sin pagar el alquiler. Rara vez tenía pesadillas, pero cuando eso ocurría, siempre reflejaban mi miedo a perderlo de nuevo.

—¿Y ahora qué? —planteó.

—Ahora nos sentamos.

—No, estoy bien de pie, gracias.

Convencida de que mi petición iba a ser rechazada, me agaché en la bañera hasta sentarme.

—Puedes hacerlo —repetí alargando las manos para que viniera hacia mí

—. Estoy justo detrás, te lo prometo.

—¿Por qué no nos duchamos? —preguntó girándose para mirarme—. Las duchas se me dan bien. —Con voz de pánico, señaló el aplique cromado que estaba atornillado a la pared—. No tengo ningún puto problema con ellas.

—Porque tienes que sumergirte en el agua —le expliqué pacientemente mientras lo veía rebotar de un pie al otro. La angustiosa energía que emanaba de él era sofocante, pero había llegado más lejos que nunca en los últimos diez años y era una persona tenaz—. Lo tienes controlado, Gerard.

—Lo tengo controlado —repitió, más para él que para mí, mientras se agachaba para aferrarse al borde de la bañera y se quedaba congelado en esa posición, de espaldas a mí—. No puedo.

—Estoy aquí detrás —susurré tocándole la espalda con mi húmeda mano—. ¿Lo ves? Todo va bien.

Los músculos se le tensaron y se sacudió violentamente.

—¡Joder! —Era evidente que la sensación del agua sobre su piel le causaba dolor emocional—. Joder, vale, yo... Joder.

—Te hago la cuenta atrás, ¿vale?

—Vale.

—Tú puedes —lo animé alcanzándole las caderas con las manos—. Tres, dos, uno... Siéntate.

No.

Nada.

Gerard no se movió ni un ápice.

—Tres, dos, uno... —repetí con calma—. Y siéntate.

De nuevo, nada.

Ni un dedo retorciéndose.

«Mierda».

—Vale, quédate ahí. —Poniéndome de rodillas detrás él, alargué el brazo por encima del borde de la bañera para coger un coletero de tela—. Tengo un plan.

—¡No me dejes, Claire! —gritó Gerard con voz sofocada extendiendo la mano para agarrarme.

—No me voy a ningún sitio, te lo prometo —lo tranquilicé mientras sumergía el coletero para enjabonarlo—. Solo voy a mojarte.

—¿A mojarme?

—Ajá. —Cuando el coletero estaba mojado y lleno de jabón, se lo froté suavemente por la espalda sin apretarlo, dejando que el agua le resbalara por la piel—. ¿Qué tal?

—Bien —repuso Gerard todavía colocado en una posición que le permitía salir huyendo sobre el borde de la bañera en un momento dado.

La verdad es que me recordó muchísimo a Brian: desconfiado y miedoso.

—Tienes una espalda muy grande —musité fijándome bien en todas las pecas y las cicatrices de su cuerpo mientras lo lavaba—. Y estás muy moreno, Gerard. Tu piel es preciosa.

—La tuya también —respondió, pero su tono no presentaba el habitual punto de coqueteo, sino un ilimitado terror.

Desesperada por calmar su ansiedad, me acerqué y le di un beso en la espalda.

—Claire —soltó estremeciéndose—. No me tientes, nena, que las estoy pasando canutas.

—Oye, Gerard. —Con toda la maldad, dejé caer el coletero y me agarré la parte inferior de la camiseta, que estaba chorreando—. ¿Quieres verme las tetas?

—Joder, ¿qué? —dijo con voz ahogada girando la cabeza para mirarme—. La respuesta a esa pregunta es «siempre», muñequita. Siempre.

Riéndome, me quité la prenda por la cabeza y la tiré al lado de la bañera.

—Me cago en el inventor de los sujetadores —se quejó intentando inútilmente echarle un vistazo a todo mi cuerpo—. Dios, eso ha sido cruel.

Con una risita traviesa, le alcancé las caderas.

—Siéntate en el agua y te enseño más.

—Mentirosa —resopló cuando sentí que su cuerpo se relajaba lentamente
—. No lo vas a hacer.

—Nunca lo sabrás, si no lo intentas —me reí.

—Hum...

Bajó un centímetro, y luego otro, hasta que estuvo arrodillado en el agua, con las manos todavía aferradas al borde como si su vida dependiera de ello.

—Mírate —lo felicité, alargando los brazos para acariciarle sus enormes hombros mientras le ponía una pierna a cada lado—. Lo que haces por unas tetas, Gerard Gibson.

—Lo que hago por ti, más bien —me corrigió.

—Vale, voy a ponerte las manos aquí —le anuncié mientras le rodeaba la cintura con los brazos para apoyarle las manos contra el abdomen—. Y, cuando estés listo, quiero que reclines la espalda contra mi pecho, ¿vale?

—No me vas a echar agua en la cara, ¿verdad?

—No te voy a echar agua en la cara —le prometí sintiendo cómo se sentaba lentamente en la bañera.

—¿Puedo seguir agarrándome a los bordes?

—Todo el tiempo que necesites —confirmé emocionada al ver que iba bajando poco a poco hasta tocar mi pecho con su espalda—. Aquí estoy.

—Créeme, lo sé —soltó estremeciéndose de arriba abajo—. Esa es la única razón por la que hago esto.

Sin retirarle los brazos de la cintura, cambié ligeramente de posición para apoyar la espalda contra la bañera, mientras su enorme cuerpo descansaba entre mis muslos.

—La tengo alrededor —dijo con voz entrecortada y llena de pánico mientras la espumosa agua acariciaba nuestros cuerpos—. No quiero que me toque la cara.

—Tengo tu cara aquí mismo —le aseguré rozándosela con mi mejilla—. No dejaré que te hundas.

—Espero que así sea, muñequita —gruñó Gerard, aún agarrado a la bañera.

—¿Puedes hacer algo por mí? —pregunté un rato después todavía sujetando con firmeza la cintura de Gerard, consciente de que él necesitaba sentir mi tacto para estar relajado en esos momentos.

Necesitaba que alguien lo sujetara, aunque no podía hundirse más. Era una reacción psicológica al trauma que había sufrido de niño.

—¿Hum?

—Relaja los brazos.

—Claire.

—Piensa en mis tetas, Gerard.

—Joder, ¿qué estoy haciendo? —murmuró mientras se soltaba de la bañera de hierro a desgana y colocaba las manos sobre el abdomen.

—Estoy muy orgullosa de ti —le susurré al oído cubriendole las manos con una de las mías—. Eres increíble, ¿sabes?

Era tan brutal sentir el tacto de su mano que tuve que recordarme a mí misma que aquello no tenía un propósito romántico. Intentaba ayudar a mi amigo. Eso era todo. Éramos amigos. En ese momento estábamos en nuestra fase de amistad, nada más.

«Frena esas voraces hormonas, Claire».

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Hum? —musité aún rozando mi mejilla contra la suya—. ¿El qué?

Gerard extendió la mano con la palma hacia arriba y entrelazó sus dedos entre los míos.

—Perder el tiempo conmigo.

—Por dos motivos —expliqué con el corazón acelerado—. Primero, porque creo que estar contigo nunca es perder el tiempo. —Le acaricié la sien con la mejilla mientras hablaba—. Y, segundo, eres mi persona favorita del mundo. No hay nadie con quien me apetezca pasar el tiempo más que

contigo.

—¿En serio?

—Sí, pero no se lo digas a las chicas.

—Nunca.

—Ahora cierra los ojos, Gerard. Déjate llevar por las sensaciones del agua en tu cuerpo y por lo seguro que te sientes. —Conteniéndome para no darle un beso en la frente, le rocé la mejilla con la nariz y apreté los muslos a su alrededor—. Quiero que sustituyas el recuerdo de aquel día por este.

14

Requerido en el despacho

Gibsie

Al contrario de lo que Lizzie creía, no había conseguido salirme del todo con la mía en el instituto. Provocar un motín en el comedor durante el primer día me había costado una semana de castigo y acudir diariamente al despacho, por no mencionar las inspecciones sorpresa de taquilla.

Durante una de mis visitas diarias al despacho del director, Twomey me interrogó a conciencia y me dijo en términos inequívocos que «no iba a quitarme el ojo de encima». No le culpaba. Sin duda yo era lo más destacable que le había pasado en su carrera profesional. Después de todo, había sido él quien le había asegurado a mi madre que nunca había conocido a un alumno tan «especial» como yo en todos sus años de docencia.

Me gustaba considerarlo un cumplido.

Por mucho que la atención de Twomey contribuyera a mi vena humorística, no pude ocultar mi disgusto cuando fui requerido en su despacho una vez concluida la última clase del jueves siguiente.

Tenía planes para después del insti y ya había lidiado con sus sermones y con el asalto a mi taquilla a la hora del almuerzo.

Cabreado a más no poder por la intromisión en mi tiempo personal, entré en el despacho a zancadas sin molestar en evitar que las puertas dobles

se cerraran de golpe tras de mí.

—Hombre, hola... —ronroneó una voz familiar desde el otro lado del mostrador de ingresos—. Cuánto tiempo...

No el suficiente.

—Dee. —Esbocé una sonrisa, me acerqué al mostrador y me apoyé sobre él—. ¿Twomey me está buscando otra vez?

—No, soy yo la que te busco.

Dios, realmente estaba hecho pedazos.

—Ah, ¿sí?

Se rio.

—¿Tan difícil es de creer?

No, no era difícil creérselo, pero era atrevido. Me estaba llamando al despacho por el interfono. Joder, era un gesto de lo más temerario.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Creo que sabes exactamente lo que puedes hacer por mí. —Deslizó las llaves del coche sobre el mostrador y dijo—: Estaré allí en diez minutos.

Con una blusa escotada, falda de lápiz y su rubio cabello amontonado en la parte superior de la cabeza como una bibliotecaria sexy, no había duda de que era una mujer muy atractiva.

Pero yo no sentía nada.

Ni una pequeña sacudida.

—No puedo.

—¿No? —Su cara reflejaba confusión, y observé cómo hojeaba lo que supuse que era el horario escolar antes de decir—: Pero si no tienes entrenamiento después de clase.

No, no me tocaba entrenar, pero eso no quería decir que estuviera libre para cualquier otra actividad extracurricular, y menos aún para ninguna relacionada con volver a meterle la cabeza entre las piernas a esa mujer.

«Por Dios».

Tiempo atrás, cuando Dee se había mostrado interesada en mí, yo había

actuado de manera imprudente. Era un rasgo horrible de mi carácter. Me dejaba llevar por las situaciones sin pensar en las consecuencias. La decisión la había tomado yo y me encantaba esa sensación de poseer el control. De ser yo quien buscaba lo que quería y no al revés. Tenía la cabeza muy jodida. Lo sabía. Simplemente... no podía cambiar la forma en que estaba programado. Supongo que, en el fondo, sentía que tenía algo que demostrar a mí mismo, y, ¿con quién mejor que con una mujer más mayor?

Podía tocarla.

Eso sí.

Sin problema.

Pero que me tocaran no me resultaba tan sencillo, porque no sentía nada, así que lo evitaba y acabé convirtiéndome en lo que a esa mujer le gustaba llamar «su amante generoso».

Se apoderó de mí una especie de impulso temerario. La necesidad de que me tocaran y, al mismo tiempo, de evitarlo. Era complicado y temía profundizar demasiado en mi cabeza, en mis recuerdos, para encontrar la raíz del problema. En cualquier caso, yo controlaba la situación y eso era lo que me gustaba.

Cuando estaba con ella, íbamos a mi ritmo. Dee nunca me había forzado a nada y, además, yo había aprendido todo lo que sabía de ella. El problema era que, pasado un tiempo, ser tan generoso con esa mujer había empezado a volverse desagradable y, en cuanto empezó a presionarme, yo frené en seco.

En lo que respectaba a esa mujer, yo me había comportado como un puto idiota. No quería mentir diciendo que el piercing que me había hecho en la polla en primero de bachillerato no tenía nada que ver con ella. Claro que sí. Era una forma temporal de escapar de una situación que se me había quedado demasiado grande. Y logré salir airoso, porque había conseguido evitarla hábilmente desde entonces.

Hugh y los chicos pensaron que era un pichabrava sin conciencia y lo dejaron pasar, porque, ¿qué coño iban a hacer? Se sorprenderían si conocieran a mi verdadero yo, a la persona que era bajo la superficie, lo desesperado que estaba por un tipo de afecto que pudiera controlar.

Apoyado sobre el elevado mostrador que separaba a los estudiantes del personal del centro, sentí que una oleada de desprecio hacia mí mismo atravesaba mi cuerpo. Era un sentimiento del que me había pasado la vida tratando de escapar y, de algún modo, siempre volvía a verme en lo mismo, ahogándome en mi propio asco.

—No, no tengo entrenamiento después de clase —le aclaré a esa mujer de mirada expectante, centrándome en el presente. «¿Por qué eres así?», preguntó mi conciencia, furiosa conmigo por volver a meterme en un drama que no era lo suficientemente maduro para gestionar—. Mira —dije probando un nuevo enfoque—. Ha estado bien, pero este curso voy a estar muy ocupado en el instituto.

En lugar de tomarme en serio, Dee echó la cabeza hacia atrás y se partió de risa.

—Gibs, estás hablando conmigo.

Me armé de valor y declaré:

—Ya no me interesa.

—Ya no te interesa. —No era una pregunta. El tono acusador de su voz me indicaba que no iba a dejar que me fuera de rositas tan fácilmente—. ¿Es por ella?

La cara de Claire apareció como un destello en mi mente e hizo que la culpa alcanzara nuevas cotas de desolación.

—No —solté con calma—. Es porque esto nunca debió haber pasado. —Señalé con discreción entre los dos y lancé un brusco suspiro—. Lo dejamos aquí y cada uno por su lado, Dee.

—Eso no es lo que decías antes.

—Bueno, pues es lo que digo ahora.

—Te comportas como si te hubiera forzado a hacer algo.

—No me comporto de ninguna manera. Solo te digo que se ha acabado.

—Entonces ¿es oficial? —Reclinándose en la silla, se cruzó de brazos y estudió mi rostro—. ¿Por fin vas a echarle huevos y sentar la cabeza con ella?

—Tengo diecisiete años —le espeté con un cabreo de tres pares de narices por meter a Claire en la ecuación—. No voy a sentar la cabeza con nada.

—No parece que tengas diecisiete.

—Bueno, si necesitas un recordatorio de mi edad, puedes echarle un vistazo a mi certificado de nacimiento —repliqué—. Está en mi expediente.

Dee dio un respingo como si la hubiera destrozado, y me sentí como un capullo.

—Decías que te ayudaba.

—Así era —insistí con la sensación de que mi cordura se desvanecía cuanto más duraba la conversación—. Pero en tiempo pasado, ¿vale? Ya lo he superado.

—Así que ya no te valgo.

—Es que ya no me interesa —gruñí dejando caer la cabeza sobre las manos, con los codos apoyados sobre el mostrador—. Siento si eso hiere tus sentimientos.

—No te disculpes —soltó con aire herido mientras echaba la silla hacia atrás y se levantaba—. Y ni se te ocurra decírselo a tu novia.

En serio, si pudiera borrarlo de mi mente lo haría sin pensarlo dos veces.

—No es mi novia, Dee —respondí asintiendo de forma cortante con la cabeza—. Pero no te preocupes —agregué dirigiéndome hacia la puerta—. No tengo ninguna intención de hacerlo.

—Ella no lo entendería —dijo detrás de mí—. Cómo funciona tu cabeza. Nunca conseguirás que la cosa funcione con ella.

—Me arriesgaré.

15

Gente resplandeciente y feliz

Claire

—Buenas tardes, familia —canturreé al entrar en la cocina de Gerard el viernes por la tarde.

—Buenas tardes, corazón —me saludó Sadhbh con una sonrisa desde donde estaba sentada en la mesa—. ¿Cómo te ha ido la semana?

—Bien, ¿y a ti? —Colgué mi abrigo en el respaldo de una silla y me fui directa hacia la pizza casera que había en la mesa—. Ay, Dios, ¡le has puesto pudín negro! —exclamé robando una porción de majestuosidad con queso—. Eres una reina, Sadhbh Gibson.

—Sadhbh Allen —me corrigió Keith con una risita mirándome por encima del periódico al que estaba echándole una ojeada.

—Allen —me obligué a decir, dedicándole una sonrisa que esperaba fuera medio decente. Porque aunque no tenía ningún deseo de complacer a ese hombre, resultaba que adoraba y respetaba a su mujer con todas mis fuerzas—. ¿Dónde está Gerard?

—En su cuarto —replicó Sadhbh con un suspiro de preocupación.

—Uy. —Me invadió la inquietud—. ¿No ha bajado a cenar?

—Al parecer, está en huelga de hambre —intervino Keith pasando una página del periódico—. Lo cual no sería un problema si no hiciera tanto ruido.

—Hum... —Le di un último bocado a la porción de pizza, dejé caer la corteza sobre la mesa y me fui hacia la puerta—. Voy a subir.

—Sé buena y dile que no rompa nada, ¿vale?

En cuanto llegué al rellano de arriba, llegó a mis oídos «Shiny Happy People», de R.E.M, que resonaba con fuerza desde el otro lado de la puerta del cuarto de Gerard y me hizo gruñir para mis adentros. Esa animada música podía inducir a los demás a creer que Gerard estaba de buen humor.

A mí no.

Porque yo sabía muy bien que cuanto más alegre o escandalosamente explícita fuera la música que tenía puesta, peor se sentía. Por dentro, claro. Porque Gerard prefería lavarse los dientes con vidrio a admitir que tenía un mal día. Y el problema era que, cuando Gerard tenía un mal día, se volvía muy errático e impulsivo.

Cuando éramos pequeños, los malos días de Gerard acababan con él castigado sin salir de casa. Hoy por hoy, implicaban expulsiones en toda regla y chicas con el corazón roto a su paso. Sí, ese chico era una joyita algo complicada.

La canción que había elegido no dejaba lugar a dudas: le estaba dando demasiadas vueltas a la cabeza y yo tenía que hacer algo. Ayudarlo era un trabajo que me tomaba muy en serio.

Exhalando un suspiro, eché los hombros hacia atrás y alcancé el pomo de la puerta.

Cuando entré, vi que había amontonado todo el contenido de su habitación, cama incluida, en el centro de la estancia, formando una pila enorme y desordenada.

Ropa, DVD, la tele, los muebles... Todo lo que poseía estaba apilado en un gigantesco montón en medio de la cama.

Lo único que no había movido era su apreciado equipo de música, que, desde la enorme repisa situada bajo la ventana, continuaba reproduciendo la lista de canciones del día a un volumen pernicioso. Lo bastante alto como

para que el viejo Eddie Clancy, el vecino de al lado, llamara al timbre en cualquier momento.

«Ay, Gerard...».

Suspirando pesadamente, puse los brazos en jarras y observé su colapso emocional.

Ajeno a mi presencia y de espaldas a mí, Gerard siguió pintando (creo que eso es lo que intentaba hacer) el techo de su cuarto del color amarillo huevo más chillón que yo había visto jamás. Manteniendo un precario equilibrio sobre una silla de escritorio con ruedas, estiraba el cuerpo hacia arriba para alcanzar la superficie, que estaba ridículamente alta.

Cuando «Fat Lip», de Sum 41, reemplazó a la canción anterior, por fin encontré mi voz.

—Por favor, dime que eso no es lo que creo que es.

Al ver que no respondía, moví la cabeza de un lado a otro y me dirigí con paso firme hacia la ventana.

—¡Gerard! —Bajé el volumen del equipo a una cantidad de decibelios no atronadora y abrí la ventana, preocupada por los vapores de la pintura y la falta de aire fresco—. ¿Qué leches estás haciendo?

—Muñequita.

Cuando giró sobre sí mismo para mirarme, su sonrisa era amplia y estaba llena de picardía. Una picardía y un estado anímico que no se reflejaban en sus ojos.

«Está fingiendo», me recordó mi corazón. «No dejes que te engañe».

Era todo risas y carcajadas. Escondía su corazón. Su dolor. Yo quería salvarlo de su pasado. Quería amarlo a pesar de todo. Simplemente lo quería.

Gerard dejó el pincel sobre la lata abierta de pintura y se acercó a mí con el cuerpo rebosante de energía.

Si fuera otro chico de diecisiete años, podría parecer que estaba bajo los efectos de las drogas. Pero en el caso de Gerard, aquella era su

predisposición natural. Toda su identidad estaba tan descentrada que la energía le llegaba con demasiada facilidad. Sabía que tenía una receta para su trastorno, porque su madre no paraba de hablar de ello. No estaba segura de con qué regularidad tomaba su medicación para el TDAH en aquellos momentos, pero recordaba que de niño era un desastre.

—¿Qué es eso? —le pregunté al fijarme en un papel doblado que colgaba del borde de la cama—. Gerard Gibson. —Fingí que había herido mis sentimientos—. ¿Estás escondiendo cartas de amor de otras chicas debajo del colchón?

—No son cartas de amor —replicó con una risita empujando la nota de nuevo hacia dentro—. Te lo juro.

—Lo que tú digas. —Puse los ojos en blanco y le eché un vistazo a la habitación—. ¿Me explicas por qué estás pintando el techo?

—Joder, es que lo odiaba —dijo señalando la zona que había redecorado, justo encima de donde antes estaba la cama—. Me deprimía.

—¿Te deprimía el techo? —Arqueé una ceja—. Explícame lo para que tenga sentido, anda.

Me miró con otra pícara sonrisa que no tenía nada que ver con lo que reflejaban sus ojos.

«Madre mía».

—Ya sabes que no duermo bien.

—Sí —contesté alargando la palabra, aún sin entender.

Él se encogió de hombros.

—Al menos ahora tendré algo que mirar.

—Pero no es más que un gigantesco emoticono sonriente —repuse, confundida por la blancura del resto del techo, que no había tocado.

—Lo sé.

—Es raro.

—Lo sé —fue todo lo que contestó, sin que pareciera afectarle en absoluto el hecho de que la gente pudiera considerar un poco raro que

tuviera un círculo gigante pintado sobre la zona del techo bajo la que solía encontrarse su cama.

—¿Vas a redecorar toda la habitación?

—Todavía no lo he decidido. Toma —hizo una pausa para darme un pincel—. Hazme algo.

—¿Qué te haga algo?

Asintió.

—Algo que me haga sonreír.

—Ya sé de qué va esto. —Entorné los ojos en señal de sospecha—. Quieres involucrarme en otro de tus planes descabellados para que cuando tu madre te eche la bronca, porque te la va a echar, tengas una cómplice que aligere la presión.

—¿Crees que dejaría que te metieras en líos por mí? —Echó la cabeza hacia atrás y se rio—. Nunca, muñequita.

—Ja —repliqué—. Mentiroso. Me has involucrado en situaciones bastante cuestionables durante todos estos años, Gerard Gibson.

Con la canción «Steal My Sunshine», de LEN, retumbando en el equipo, movió las cejas y me dio un toquecito en la nariz con el dedo lleno de pintura amarilla.

—Déjalo, Biggs.

—Eres idiota —me reí, incapaz de evitar su ataque.

Riéndose para sus adentros, cantaba al ritmo de la canción con los hombros cada vez más relajados a cada minuto que pasábamos juntos.

«Buen trabajo», me felicité mentalmente. «Lo estás devolviendo a la realidad».

El cariño que albergaba mi corazón por ese chico rozaba lo insano, y la necesidad que tenía de apaciguar sus días malos era casi tan fuerte como la de apaciguar los míos. Supongo que eso era lo que ocurría cuando dos personas pasaban gran parte de su vida juntas.

Reflexionando sobre la magnitud de la travesura y ya en modo juguetón,

fui a inspeccionar la gigantesca cara sonriente del techo, esa a la que Gerard le estaba añadiendo un porro con rotulador negro permanente.

—Buah, tu madre va a flipar cuando lo vea —me reí mientras él seguía dibujando nubecitas de humo alrededor de la cara—. Ya sabes que odia que fumes.

—Es arte —contestó—. El arte es... ¿cómo se dice?

—Subjetivo —sugerí arrugando el ceño.

—Eso mismo, cerebro —me elogió mientras hacía equilibrios sobre la silla, que no paraba de moverse.

—Venga, ven a ayudarme. Deja tu propia marca en mi techo.

«¿Como la que has dejado tú en mi corazón?».

—Si has pensado durante un segundo que voy a romperme una pierna participando en tus excéntricos tejemanejes... ¡Ja!

—«Tejemanejes». —Soltó una risita, me metió la cabeza entre los muslos por detrás y me subió sobre sus hombros sin el menor esfuerzo—. Y dices que yo soy excéntrico...

—Te estás poniendo absurdamente fuerte —dije con admiración agarrándome a su barbilla mientras él me sujetaba sobre los hombros y me alzaba hasta el techo.

Con el pincel aún en la mano, incliné la cabeza hacia un lado mientras analizaba su obra de arte y decidía cuál iba a ser mi primera pincelada.

—Parece solitario.

—¿Quién?

—El señor Carita Sonriente.

—Tienes razón —convino poniéndome las manos sobre las pantorrillas.

—Necesita a una señora Carita Sonriente.

—Sin duda.

Y así pasé el resto de la noche: subida a los hombros de Gerard Gibson, haciendo de su mundo un lugar algo más luminoso.

16

Chicas dormidas y corazones acelerados

Gibsie

«—Oye, Gerard...

»—Dime, muñequita.

»—¿Qué significa?

»—¿Hum?

»—Amor. —Se puso boca abajo, apoyó la barbilla en su mano y me sonrió—. ¿Qué significa?

»Con sonrisa de granuja, copié sus movimientos y me puse boca abajo, mirándola.

»—Es lo que hacen los mayores cuando se casan.

»—Ah... —Arrugó sus rubias cejas y se limpió el helado que tenía en la barbilla con la lengua antes de decir—: Oye, Gerard.

»—¿Hum?

»—¿Por qué se casan los mayores?

»—Porque se enamoran entre ellos —le expliqué dándole un lametón a mi helado antes de sujetarlo delante de ella.

»—Pero ¿por qué se enamoran entre ellos? —preguntó lamiendo por encima del cono—. ¿Es divertido?

»—Es cuando vives en la misma casa que tu mejor amigo, tienes bebés y un gato —hice una pausa para darle otro lametazo al cono y luego continué

—: Y una cama grande, y...

»—¿Haces peleas de almohadas?

»—Sí —asentí con la cabeza—. Y puedes comer tarta en la cama con la misma persona por siempre jamás.

»Los ojos se le abrieron como platos.

»—Pero yo no quiero casarme con nadie. —Se acercó, le dio un lametazo a mi helado y sonrió—. Bueno, contigo sí...».

Tumbado de lado con el brazo alrededor de Claire, aparté el pasado de mi cabeza y me centré en el presente.

«Hermosa».

Joder, era tan hermosa que hacía que me doliera el pecho. Lo juro por Dios, mirar a esa chica durante demasiado tiempo me provocaba dolor físico en la caja torácica. Incluso su nuca. Eso era todo lo que veía desde mi punto de vista en esos momentos y, aun así, el corazón me latía como un salvaje.

Incluso cuando dormía, ella dominaba mi proceso de pensamiento hasta el punto de que era incapaz de resistir el impulso de moverle el brazo y despertarla, tan solo para oír su voz.

—Muñequita... —susurré a oscuras sintiendo cómo una familiar oleada de ansiosa energía se acumulaba en mi interior—. ¿Estás despierta? —Era evidente que no. Eran las cuatro y media de la mañana y dormía apaciblemente como cualquier otro ser humano normal, pero yo era egoísta y la necesitaba—. ¿Nena?

—Chist, Gerard —dijo a medio camino entre el gemido y el ronroneo—. Mmm... —Se revolvió y apretó el culo contra mí, acurrucándose sobre el colchón—. Cinco minutos más. —Levantó la mano y me agarró el antebrazo, clavándose las uñas en la piel para después retraerlas como un gatito—. Solo estoy descansando los ojos.

Me reí, consciente de que estaba más despierta que dormida.

—Chist... —Giró la cara hacia mí, me pasó el muslo por encima de las

piernas y se acurrucó a mi lado mientras me rozaba el pecho desnudo con la mejilla—. Estoy supercansada.

Sonréí en la oscuridad.

—Dilo otra vez.

—Mmm, ¿el qué?

—Súper.

—Chist...

—Venga, muñequita.

—No.

—Solo una vez.

—No.

—Por favor.

—¿Por qué?

—Porque es la hostia de adorable.

—Vale —resopló levantando una mano para pellizarme un pezón—. Súper.

—Joder. —No pude evitar que se me escapara una risita entre los labios

—. Eres supermona, ¿lo sabías?

—Tenía cinco años —regruñó ya totalmente despierta—. Pensaba que usar la palabra «súper» todo el rato me hacía más sofisticada.

—Oye, tu yo de cinco años es más sofisticado que mi yo actual. —Sonriendo, añadí—: Todavía haces ese silbidito cuando la dices.

—No es verdad —dijo Claire con un bufido—. Aquel silbido era un lamentable efecto secundario que sufrí durante un tiempo, después de que se me cayeran los dientes de leche. —Se apoyó sobre su codo y me sonrió—. ¿Ves? Ahora tengo unos dientes de adulto perfectamente formados, sin silbidos.

—Eres preciosa —admití, porque, uno, me costaba mantener la boca cerrada y, dos, era verdad. Nunca había visto nada igual—. Te juro que brillas incluso en la oscuridad.

—Muy gracioso.

—No es broma.

Estudió mis facciones durante un buen rato, sin duda buscando indicios de la mentira, y luego exhaló un tembloroso suspiro y se dejó caer de nuevo sobre mi pecho.

—Eres frustrante, Gerard Gibson.

—Ya. —Tragando saliva lentamente, la rodeé con un brazo y asentí—.

Lo sé.

—Cuéntame una historia.

Alcé las cejas.

—¿Una historia?

—Ajá. —Asintiendo, bostezó medio dormida—. Es lo menos que puedes hacer teniendo en cuenta que me has despertado de un sueño brutal.

—¿Estabas soñando?

Vaya. Qué suerte.

—¿Con qué soñabas?

—Con lo de siempre —contestó volviendo a apoyar la mejilla sobre mi pecho.

—Qué es...

—Contigo.

El corazón me dio un vuelco.

—Cuéntamelo.

—No —murmuró—. Se supone que eres tú el que me tiene que contar una historia.

—No se me ocurre ninguna.

—Entonces habla —dijo soñolienta—. Simplemente habla, Gerard.

Quiero oír tu voz.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros —susurró—. Dime cosas bonitas.

—No tengo sueños agradables cuando duermo —reconocí con cautela,

tratando de escoger las palabras adecuadas, algo que a veces no me resultaba fácil—, pero cuando sueño despierto, tú eres la estrella del espectáculo.

—¿Sí?

—Claro.

—Continúa.

—Me cuesta mucho concentrarme —señalé sin tener claro que mereciera la pena contárselo, pero haciéndolo porque me había pedido que hablara—. Sin embargo, cuando estoy contigo, siento que tengo la cabeza en su sitio.

—Reflexionando, me puse un brazo detrás de la cabeza mientras intentaba formar frases a partir de mis erráticos pensamientos—. Eres la única persona que capta mi atención. Con todos los demás, es inconstante y se despista. Pero contigo no. Nunca.

—¿De verdad?

—Ya lo sabías.

—Puede, pero es bonito oírtelo decir.

Me quedé un buen rato pensando en lo que había dicho antes de declarar:

—Te quiero, Claire.

—Yo también te quiero, Gerard. —Noté cómo un escalofrío le recorría el cuerpo—. Mucho.

Bebés y casos perdidos

Claire

—Dios mío. ¡Dios mío! Mira qué piececito...

—Chist, Claire. No grites, que le vas a hacer daño en sus diminutos oídos.

—¡Ups! Perdón. —Tapándome la boca con una mano, daba saltitos de un lado a otro tratando a toda costa de contenerme para no arrancar ese bebé de los brazos de mi mejor amiga y quedármelo para mí, mientras «Semi-Charmed Life», de Third Eye Blind, sonaba en bucle en la cadena de música—. Creo que lo quiero.

Había pasado casi un mes desde que habíamos vuelto al Tommen, y todo parecía ir viento en popa. Joey y Tadhg habían regresado de sus respectivas expulsiones y, aparte de algunos difusos contratiempos al principio del trimestre, en nuestra pequeña pandilla las cosas funcionaban como un reloj. Y lo mejor de todo era que Gerard y yo aún pasábamos juntos la mayor parte del tiempo. Siempre que no estuviera entrenando con Johnny, claro.

El adorable sobrino de Shannon tenía casi un mes y yo acababa de conocerlo, pese a que llevaba intentando echarle mano a esos carrillos regordetes desde que salió del vientre de Aoife.

—Huélelo y verás —me animó a hacer Shan mientras acunaba a su sobrino entre los brazos. Inclinándose hacia él, olió su rubia cabeza y

gimoteó—: Tiene ese olor tan increíble de los bebés recién nacidos.

—¡Liz, ven aquí! —Incapaz de apartar los ojos del que debía de ser el bebé más mono que había visto en mi vida, agité la mano como una salvaje, gesticulándole a mi amiga para que se uniera a nosotras—. Es tan... ¡No puede ser! Se está chupando el pulgar.

—Lo sé —dijo Shannon con entusiasmo.

—¿No es lo más adorable que has visto nunca?

—No puede ser más adorable.

—Chicas, es un bebé. —Lizzie permaneció en el sofá del anexo/apartamento de Joey y Aoife y no se molestó en unirse a nosotros—. Es lo que hacen. Chuparse el pulgar.

—Pero este bebé es el mejor —añadí recorriendo el moflete de AJ con el dedo.

—Yo quiero uno.

—Yo también.

—Estáis las dos trastornadas.

—Gracias, chicas —dijo Aoife saliendo del baño con una toalla liada alrededor del pelo y un pijama limpio.

La verdad es que parecía mucho más descansada que cuando llegamos del instituto. Ya no le goteaban los pezones ni tenía vómito del pequeño AJ en la espalda.

—Me siento como si hubiera estado semanas sin ducharme a solas —agregó con una sonrisa—. ¿Está bien AJ?

—Bueno, es que más o menos ha sido así —contestó Shan—. Y, sí, está tan perfectamente como hace diez minutos.

—Sí —corroboré brindándole a aquella rubia despampanante una sonrisa de confort—. ¿Cómo te encuentras?

—Ha expulsado a un ser humano entero de su cuerpo hace un mes, Claire —explicó Lizzie pronunciando lentamente las palabras—. ¿Cómo crees que se siente?

—«Vagina» —intervino Ollie desde el sofá mientras jugaba al Snake en el teléfono de Aoife—. Se llama «vagina».

—Buen trabajo, campeón —exclamó Aoife alborotándole el pelo al hermanito de su novio—. Lo estás haciendo de miedo con ese logopeda.

—Gracias —replicó sonriéndole como si pensara que ella era la persona más maravillosa del mundo—. ¿Cuándo *vene* Joe a casa?

—Hoy trabaja hasta tarde, campeón.

Ollie se puso triste, pero como la reina indiscutible que era, Aoife enseguida lo animó:

—No pasa nada, Ols. Ya sabes que se pasará a daros las buenas noches a los tres antes de que os acostéis. Como siempre.

—¿Me prometes que hoy sigue bien? —insistió Ollie abriendo como platos sus inocentes ojos marrones—. ¿Que no está malo otra vez?

—Te lo prometo —respondió Aoife, aunque tuvo que aclararse la garganta unas cuantas veces antes de agregar—: Hoy también es un buen día, Ols.

Estaba segura de que se me iba a partir el corazón en dos. No se oían conversaciones así todos los días. Un niño huérfano pedía que le confirmaran que su hermano, adicto a la heroína, seguía limpio. Y se lo preguntaba a la chica que había dado a luz al bebé del hermano en cuestión hacía pocas semanas.

«Pobre chaval».

«Y qué tía más dura».

—Para —me susurró Lizzie al oído tras aparecer a mi lado de repente. Me deslizó un pañuelo de papel en la mano y me condujo hasta la puerta—. Delante del niño no.

Fingiendo que tenía que contestar al teléfono, me llevé el aparato rápidamente a la oreja y salí de allí a toda prisa conteniendo la respiración.

Una vez que la puerta del anexo quedó cerrada detrás de mí, ahogué un sollozo y me agarré el pecho mientras un cúmulo de emociones golpeaba

mi corazón.

—¡Por Dios!

—¿Estás bien, Claire? —preguntó Johnny apareciendo por la entrada del garaje con gesto confundido. Tras pasar incontables horas en la mansión ese verano, sabía que el garaje albergaba un gimnasio casero con las tecnologías más avanzadas.

—Ajá —afirmé sofocada sonándome la nariz con el pañuelo que Liz me había dado—. Es que es muy triste.

—Triste —repitió una vocecita. Entonces me di cuenta de que Johnny llevaba a un niño colgado a sus piernas—. Claire triste.

—Hola, Sean —dijo sorbiéndome la nariz mientras le ofrecía al más pequeño de los hermanos de mi mejor amiga una radiante sonrisa—. No estoy triste. Estoy supercontenta.

—Claire es rara, ¿verdad? —trató de convencerlo Johnny, cogiéndolo en brazos—. Porque se supone que cuando estamos contentos no lloramos, ¿a que no? Dile que se ría.

—«Ría» —replicó Sean solemnemente justo antes de hacer la cosa más adorable que había visto en mi vida. Alargó los bracitos y le tiró a Johnny de las mejillas para hacerlo sonreír—. ¿Ves?

Entonces sí que me reí.

—Dios mío, ¡eres el más mono de todos!

—Hazme un favor, ¿vale, grandullón? —Johnny volvió a dejar a Sean en el suelo y le revolvió el pelo antes de decir—: Vete corriendo adentro y pregúntale a Dellie si la cena de Johnny está lista.

Sacando pecho, Sean asintió con gran entusiasmo y luego salió corriendo hacia la puerta trasera.

—Lo siento mucho —solté en cuanto el niño estuvo lo suficientemente lejos.

—Eres humana, no pasa nada —contestó Johnny vigilando al preescolar como si fuera un halcón hasta que lo vio desaparecer en el interior de la

mansión—. Son muchas cosas que asimilar.

—Es tan desgarrador... —reconocí mientras lo seguía hacia el garaje sintiéndome ridículamente emocional—. ¿Cómo haces para gestionarlo?

—Gracias a esto —explicó señalando las pesas y los aparatos de gimnasio que tenía detrás—. Con el tiempo es más fácil.

—Normalmente estoy bien —dije—. Pero al ver a Aoife y a AJ sabiendo por todo lo que han tenido que pasar... —Se me quebró la voz y tuve que apretarme el pañuelo contra la nariz para evitar que me goteara—. Y luego Ollie le ha preguntado si Joey estaba mejor, y Aoife solo le ha podido decir que hoy sí que lo estaba... —Ahogando otro sollozo, me limpié las lágrimas—. Y entonces me he dado cuenta de que Joey nunca va a estar recuperado del todo, ¿verdad? ¡Porque su enfermedad no tiene cura! —Sorbiéndome la nariz, añadí—: Siempre va a ser un adicto, sin promesas más allá del día de hoy.

—Sí, Claire, así es.

—Pero ¡eso es muy triste! —solté, incapaz de contener un gemido—. ¡Se está esforzando mucho con el instituto, el trabajo y el bebé! ¡Y han pasado por tanto! ¡Y Aoife es tan valiente...! ¡Y aun así no tienen garantías de futuro!

Suspirando con fuerza, Johnny se hundió en el banco de hacer pesas y le dio una patada al banco que había al lado.

—¡Joder!

Gimiendo como una *banshee*, me desplomé junto a él y dejé caer la cabeza sobre las manos.

—¿Por qué le pasan cosas malas a la gente buena?

—No lo sé, Claire —repuso dándome unas palmaditas en la espalda—. De verdad que no.

—¡Es una mierda!

—Sí, lo es —coincidió, ofreciéndome una botella de agua—. Pero el hecho de que Shan y los chicos estén hoy aquí, todavía en pie, respirando...

Eso ya es un milagro en sí mismo. ¿Y Joey? Él es una fuerza de la naturaleza. Nunca había visto un ser humano tan resistente. Sí, siempre será un adicto, pero tiene una familia por la que merece la pena mantenerse sobrio. Una chica y un bebé por los que él no solo lucharía hasta la muerte, sino que también le hacen querer vivir. Así que a la mierda con las garantías y no apostemos contra él. Estoy seguro de que va a forjar un futuro épico para Aoife y AJ, igual que ha hecho con sus hermanos.

18

Rhett Butler

Gibsie

—¿Sabes? Cuando me pediste uno de los palés viejos de la granja, debería haber supuesto que era para uno de tus disparatados planes — declaró Feely. Estábamos en el jardín trasero de mi casa, después de las clases, rodeados de herramientas eléctricas, sierras y trozos de madera cortada—. Esto es raro hasta para ti, Gibbs.

—No, no lo es —razoné sujetando un clavo entre los dientes mientras clavaba otro en la casa de madera que llevaba casi toda la tarde construyendo—. Es el colmo de la sensatez.

—¿Me quieres explicar qué lógica sigue esta locura en concreto?

—Empieza a hacer frío y Reggie va a necesitar un sitio calentito para hibernar.

—Si soltaras a esa pobre criatura, se lo haría él mismo.

—Según nuestro veterinario, no. Ha ido demasiado de mano en mano. Reggie no sabe que es un erizo. Cuando lo rescatamos no era más que un bebé. No sobreviviría un invierno en la naturaleza.

—Sabes que los erizos transmiten enfermedades, ¿verdad? —apuntó Feely apoyándose contra la puerta cerrada del patio—. No deberías ponértelo en el regazo, tío.

—Por última vez, ¡Reginald no tiene ninguna enfermedad! —le espeté—.

Está limpio como una patena. Igual que yo.

—¿Igual que tú? —se rio—. ¿Se supone que eso debe tranquilizarme?

—No le hagas caso, hijo —farfullé centrándome de nuevo en la tarea que tenía entre manos mientras mi amiguito se metía por dentro de mis pantalones grises de chándal—. Papá te va a construir un hibernáculo mejor que el del resto de los erizos.

—Al menos ponte unos guantes cuando lo cojas.

—¿A qué viene juzgarme tanto, Patrick? —le solté—. Te he pedido que me ayudes porque eres el que más sabe de carpintería y siempre has sido el menos criticón de los tíos del grupo. O eso pensaba.

—No te juzgo, Gibbs. —Se rio entre dientes mientras venía a sentarse junto a mí en el patio—. Espera. —Me quitó el martillo de la mano, cogió un clavo y se puso a trabajar en el techo de fieltro—. Vamos a asegurarnos de que al hibernáculo de tu hijo no le entre agua.

Sonréí.

—Gracias, tío.

—Una pregunta —dijo poco después, cuando pensó que el techo de fieltro había quedado bien colocado—. ¿Has notado algo fuera de lo normal en Liz?

—¿Liz? —Me giré, boquiabierto—. ¿Liz la Víbora?

Asintió con la cabeza.

—No, joder, no le he notado nada fuera de lo normal. De hecho, intento por todos los medios no notar ni su presencia —respondí consternado ante la pregunta—. Tío, por si no te habías dado cuenta, esa bruja me odia a muerte.

—Venga, Gibbs —trató de razonar—. No la llames eso. Antes erais amigos.

—Sí, y mira dónde he acabado —repliqué a la defensiva—. Justo en la línea de fuego de su lengua viperina.

—No voy a defender nada de lo que te ha hecho a lo largo de los años —

declaró con cautela—. Porque está claro que se ha pasado de la raya.

—¿Pero? —solté, consciente de que había un «pero» en medio de todas esas chorradas.

—Pero de verdad pienso que tenéis una conversación pendiente. Desde hace tiempo.

Me lo quedé mirando, sin parpadear, incapaz de formar ninguna palabra con la que responder esas gilipolleces.

—Venga, Gibbs —insistió—. Intenta entenderlo, hombre.

—No puedo —contesté metiendo a Reggie en su casita—. ¡Probablemente porque estoy cegado por la magnitud de la traición!

—¡No es mala persona! —gritó detrás de mí cuando me levanté y me dirigí hacia la puerta—. Es solo que está herida.

—Todos lo estamos, tío —solté abriendo la puerta del patio de golpe y entrando a zancadas en la casa—. Y algunos no lo pagamos con los demás.

—Ya sabes lo que dicen que le hizo Mark a Caoimhe —dijo Feely siguiéndome hacia el interior de la cocina, en la que afortunadamente no había nadie—. Sé que no es tu hermano, Gibbs. Lo sé. Pero ella da por ciertos los rumores. Cree que él es el responsable, y si tú y Liz lo habláis, eso podría ayudarla mucho a sanar.

—«¡Cree!» —espeté cerrando de golpe la puerta de la nevera—. ¡Que yo sepa, creer algo no es lo mismo que saberlo, Patrick!

—Venga, Gibbs —intentó suplicar—. Todos hemos oído los rumores, tío.

—Apoyándose contra la isla, añadió—: Media ciudad piensa que él la violó.

—Al parecer, no es la media ciudad en la que vive la Gardaí —repliqué furioso—. ¡Porque lo dejó en libertad después de interrogarlo!

—Es difícil probar la historia de una chica muerta.

—Estoy de acuerdo —contraataqué muy afectado—. Sobre todo cuando es una completa patraña.

—Entonces ¿crees que Mark es del todo inocente? —preguntó—. ¿No crees que tenga nada que ver con el hecho de que la hermana de Lizzie se

tirara por el puente aquella noche?

—Yo no he dicho eso —solté odiando cómo me temblaba la voz.

—Exacto —insistió—. Porque sabes tan bien como ella que algo hay. Venga, Gibbs, piénsalo. Cuando el río suena...

—¡No! —bramé—. No, no voy a pensar eso, Patrick, porque no me da la gana, joder. Porque estoy harto de pensar eso. Harto de que me culpen. Estoy hasta los huevos, ¿vale?

—Vale. —Alzó las manos con el entrecejo arrugado—. Vale, Gibbs, cálmate. No volveré a sacar el tema. Pero baja un poco esos humos, tío.

—Gracias por ayudarme a construir el hibernáculo de Reggie —contesté con frialdad mientras me dirigía hacia la puerta trasera.

—Gibbs, espera...

—Deberías irte —sentencie cerrando la puerta del patio antes de que pudiera seguirme al exterior.

—He oído por ahí que hace un rato largaste a Feely —dijo una voz familiar poco después.

—Pues has oido bien.

—¿Me lo explicas?

—No.

—Entonces ¿todavía estás enfadado?

—Sí.

—Mierda. —Hugh cerró la puerta de mi cuarto, se acercó al puf y se hundió en él—. Debe de haber hecho algo verdaderamente horrible para sacar tu lado oscuro, Gibbs.

—Venga ya. —Puse los ojos en blanco y lancé mi balón de rugby al aire antes de atraparlo otra vez—. No hagas como si Feely no hubiera ido corriendo al otro lado de la calle para contártelo todo en cuanto le dije que se pirara. Sois como uña y mugre.

—¿Como tú y el capi?

—Exactamente igual —coincidí—. Por eso sé que nada más salir de aquí te fue a ti con el drama.

Tampoco estaba tan cabreado con Feely. Al día siguiente todo estaría olvidado, pero por el momento yo seguía con las uñas fuera.

—No tenía pensado negarlo —repuso Hugh con calma—. Pero se me ocurrió venir y ver cómo estabas.

—¿Y por qué ibas a perder así el tiempo? —contesté haciendo girar el balón de nuevo—. Yo siempre estoy bien.

—Es verdad —dijo Hugh con tono neutro—. Menos cuando no lo estás.

No tenía respuesta para eso, así que permanecí en silencio.

—Gibs. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Habla conmigo, tío.

—¿Sobre qué?

—Podrías empezar por decirme qué es lo que hace que te cierres así.

Reclinándome sobre el codo, me giré para mirarlo.

—¿Te parezco cerrado?

—Sí —respondió sin ningún atisbo de duda—. Teniendo en cuenta que te conozco desde siempre, diría que sí, es evidente que estás en modo cerrado.

—No despegó sus ojos marrones de los míos cuando dijo—: Esto tiene que ver con Lizzie.

Se me heló la sangre.

—No.

—Venga, Gibbs.

—Joder. —La frustración invadió mi pecho y me entraron ganas de derribar todas las putas paredes de la casa—. ¿Por qué todo tiene que estar relacionado con ella?

—Es que no lo está.

—Según Feely y tú, sí que lo está.

—No —trató de razonar Hugh—. Feely me ha contado lo que ha pasado, lo que intentaba hacer. Y lo pillo. Sé que ella no se ha portado muy bien contigo, pero...

—Oye, tío, entiendo que Pa y tú hayáis tenido ese extraño vínculo con la Víbora desde siempre, pero yo no quiero tener que ver una mierda con eso —repliqué cortándolo de inmediato—. No soy ni su amigo, ni su saco de boxeo, ni quiero saber nada de ella, joder. Así que no vengas aquí a proyectar sus problemas sobre mí, porque, en palabras de Rhett Butler: «¡Francamente, me importa un bledo!».

Hugh se quedó callado un buen rato antes de volver a ponerse de pie.

—Claro que te importa, Gibbs. —Se dirigió hacia la puerta—. No quieres que te importe, pero te importa —añadió con serenidad—. Igual que al resto de nosotros.

—Igual que a ti, querrás decir.

No se molestó en negarlo.

—Eres un masoca, Biggs —le dije mientras se iba.

—Lo mismo digo, Gibbs —contestó—. Venga, mueve el culo y alegra esa cara. Mamá está poniendo la mesa para la cena.

Al instante, mi estómago entró en estado de alerta.

—¿Qué tenemos hoy en el menú?

—Tu comida favorita.

—¿Beicon y col?

—Con patatas asadas.

«Mierda».

19

Fiestas de pijamas y charlas sobre sexo

Claire

—¡Amiga del alma! —Tiré mi bolsa de viaje al suelo y me abalancé sobre la gigantesca y apetecible cama de matrimonio que acogía a mi diminuta amiga y a una vieja perra labrador—. Dame un abrazo.

—No, no, no, no saltes sobre mí... ¡Aaah! —Enredada en una maraña de extremidades que se agitaban y pelo rebelde, Shannon ahogó una carcajada —. Estás de buen humor.

—Pues sí —confirmé poniéndome de lado para frotarle la barriga a Sookie. La perra dejó escapar un gemido de satisfacción y sacudió las piernas—. Eres el bebé más dulce del mundo —dije con voz mimosa poniéndome tierna al verle unos mechones de pelo gris alrededor del hocico —. Es una pasada, Shan.

—Lo sé —concedió mientras cerraba el libro que había estado leyendo —. Últimamente le cuesta moverse. —Mordiéndose el labio, desvió la mirada de la perra hacia mí—. Espero que aún le queden unos cuantos años, ¿no?

—Ay, Dios, ¿te imaginas? —dije estremeciéndome horrorizada.

Aparte de que no pensaba que los hermanos Lynch pudieran soportar otra muerte en la familia, temblaba al pensar en la reacción de Johnny el día que su fiel compañera ya no estuviera.

Johnny era una persona prudente. Salvo a Shannon o a Gerard, no le revelaba gran cosa a nadie de nuestro círculo de amistades, así que a veces era difícil saber lo que pensaba o sentía. Sin embargo, nadie podía negar el eterno amor que le profesaba a la perra a la que en ese momento yo estaba acariciando. Había ido a su casa varias veces por semana desde que los niños Lynch se habían mudado, y era del todo evidente que estaba tan enamorado de su perra como de su novia.

Su compromiso con Sookie me reconfortaba de un modo extraño. Su mamá tenía otras perras más jóvenes, activas, de complexión más atrayente, pero Johnny no veía ni a Bonnie ni a Cupcake. Apenas las miraba. Desde mi punto de vista, esa clase de lealtad ciega y devota era un rasgo extremadamente beneficioso.

En mi cabeza, significaba que tampoco se sentiría tentado de apartar la vista de la morena que tenía frente a mí. Su nivel de fidelidad era muy superior al de los demás chicos del grupo. Por eso supe que iban a estar juntos para siempre.

Lo que había entre Johnny y Shannon era sólido. Ambos nutrían su relación en igual medida, como si fuera lo más importante que tenían. Estaba tan claro como que el sol volvería a salir que iba a ser ella la chica que lo iba a acompañar del brazo cuando él recogiera su medalla del Grand Slam, igual que iba a ser él quien iba a estar animándola entre la multitud cuando ella recogiera su título universitario.

Lo hacían todo como es debido, porque Johnny estaba configurado para comportarse así y a Shannon cada vez se le daba mejor encontrar un equilibrio entre su vida y hacer lo correcto.

Sus brújulas morales apuntaban en la misma dirección y ambos le habían entregado su corazón al otro. La confianza que se tenían era plena, y me los imaginaba al cabo de muchos años con una casa en el campo, parecida a aquella misma, repleta de perros y un montón de niños a los que criar.

Y, si Johnny se parecía en algo a su padre al cabo de treinta años,

Shannon sería una chica muy pero que muy afortunada.

Sí, Papi K, o «papá buenorro», como a Lizzie y a mí nos gustaba llamarlo, era un portento de hombre. No estaba segura de si eso se debía a los trajes a medida que llevaba o a su imagen de hombre apacible con un aura de poder, pero nos tenía a todas locas.

Lo que estaba claro era que mirar al nuevo papá buenorro de Shannon sin duda era mucho mejor que mirar a mi padre o al de Lizzie. O peor aún, a Hugh. «Puaj».

Joey y Aoife eran otra pareja que sabía que iba a durar para siempre, pero no era lo mismo. Al ser más temperamentales, parecían una bomba de relojería. Eran dos salvajes arrojados juntos a una amistad alimentada por el afecto, la camaradería y, seamos realistas, un sexo verdaderamente calenturiento. Nadie tenía un bebé en secundaria si el chico no era un semental de cuidado. Y Joey Lynch tenía toda la pinta de serlo. Su amor poseía un cariz volátil que no existía en la relación de Johnny y Shannon, lo que me hacía anhelar aún más la situación de mi amiga. Al fin y al cabo, ellos parecían bastante inocentes, no como Joey y Aoife, cuya relación era como el hielo y el fuego. Conocía a pocas personas, si es que conocía a alguna, que fueran capaces de sobrellevar algo así y salir airoso.

Estaba muy orgullosa de Joey por todo lo que había logrado superar, pero temía a diario que pudiera sufrir una recaída, así que no me podía imaginar lo que sentiría si fuera la madre de su hijo y mi vida estuviera tan entrelazada con la suya. Debía de ser realmente aterrador vivir con un chico tentado por la constante amenaza de las drogas. Pero supongo que eso era el amor verdadero. Distaba de ser perfecto. No venía en una preciosa caja envuelta para regalo. Era confuso y salvaje, y te llevaba a tus límites absolutos.

Puede que los límites de Joey y Aoife estuvieran un poco más alejados de la zona de confort que los de Johnny y Shannon. ¿Quién podía saberlo? Yo no, desde luego, la chica que había besado a un total de dos chicos en toda

su vida.

Uno era Jamie Kelleher.

El otro, Gerard.

Uno había sido con lengua, y el otro, con el corazón. Con el mío, para ser exactos, porque el de Gerard solo el mismísimo Jesús sabía en qué andaba metido. Proclamaba su amor por mí cada día, pero a esas alturas ya era casi una costumbre. Como cuando les decías a tus padres que los querías antes de salir de casa por la mañana. Un comentario trivial. Una forma bonita de despedirte. No estaba segura de la profundidad que aquello tenía para él, pero para mí era mayor que la del océano. Era incapaz de romper la superficie de sus sentimientos. Y eso que llevaba dieciséis años intentándolo.

—Oye, soñadora, ¿adónde has ido? —se burló Shannon chasqueando los dedos delante de mi cara—. Has desconectado por completo, ¿no?

—Perdona —respondí encogiendo tímidamente los hombros—. Pero ya he vuelto. Así que, ¿cuál es el orden del día para la fiesta de pijamas? Y mejor que no digas «Johnny», porque me voy a mosquear muchísimo.

—No, no es Johnny. —Se rio—. En realidad esta noche se va al Biddies con los chicos.

—¿En serio? —Abrí los ojos desorbitadamente—. ¿De verdad lo han convencido?

—Creo que ha sido más bien una extorsión. —Shannon se echó a reír—. Lo oí discutir con Gibbsie. —Sonriendo, agregó—: Gibbsie accedió a pasarse todo el día de mañana haciendo ejercicio con Johnny si esta noche él lo acompañaba al pub.

—Ay, qué inocente es —musité rodando sobre mi espalda—. Mañana Johnny le hará echar los higadillos en la cinta de correr.

—Solo si Gibbs no le hace echar los higadillos primero a Johnny esta noche con los chupitos.

—Chiquis, aunque adoro vuestra compañía —anunció Aoife un poco más tarde hecha un ovillo en el sofá mientras en la tele ponían un episodio de *The O. C.*—, es viernes por la noche y solo se vive una vez. —Sonriendo, añadió—: ¿No tenéis nada más divertido que hacer?

—Hemos intentado ver una peli —explicó Shannon agitando una mano en el aire mientras hablaba—. Ya teníamos preparadas las palomitas y todo, pero los chicos no dejaban de entrar en mi cuarto. —Tras la milmillonésima interrupción de Tadhg, Ollie y Sean, habíamos decidido escaparnos al anexo —. No te importa si nos unimos a ti, ¿verdad?

—No, no me importa. —Se rio dando unas palmaditas sobre el sofá, junto a ella—. Ya sabéis que aquí siempre sois bienvenidas.

—Bieeeen. —Emocionadas por estar lejos de los niños, nos fuimos directas al sofá y nos acurrucamos debajo de la manta con la cuñada de Shannon—. Eres la mejor.

—¿Dónde está Joey?

—Arriba, duchándose —explicó desenvolviendo una chocolatina Rolo del paquete que había sobre el brazo del sofá. Señaló al bebé que dormía en su regazo y sonrió—. AJ ha soltado un tsunami de caca. A Joe le ha pillado el fuego cruzado.

—Ufff... Mis gatos no sueltan tsunamis de caca. —Arrugué la nariz con asco—. Y, si lo hacen, es en su bandejita y Gerard se encarga de limpiarlo.

Mi respuesta hizo que Aoife echara la cabeza hacia atrás y se partiera de risa.

—Ya, bueno, los bebés humanos lo hacen de vez en cuando, Claire, así que piénsalo antes de ponerte a bailar el tango del diablo con ese semental que tienes.

—¿El tango del diablo? —Me la quedé mirando sin comprender—. ¿Es un eufemismo de una danza o algo así?

—O algo así —replicó Shan sonrojándose—. Es un eufemismo de... eh... tener relaciones sexuales.

—¿Relaciones sexuales? —Me quedé boquiabierta—. ¿Así es como lo llaman?

—Ay, angelito mío... —se rio Aoife con un destello de picardía en los ojos—. Cuánto podría enseñarte sobre el mundo.

—Pues hazlo, oh, sabia maestra —contesté sonriendo—. Soy toda oídos.

—Vale, podría ser divertido. —Aoife esbozó una sonrisa—. La charla sobre sexo, al estilo de Aoife Molloy.

—Molloy —le advirtió Joey, que volvió de la ducha justo a tiempo para estropear nos la diversión—. No sé qué tienes pensado contarles, pero no lo hagas. Van a primero de bachillerato.

—¿En qué andabas tú metido cuando ibas a primero, Joe?

—No hay por qué compararlas conmigo, Molloy —repuso entrando tranquilamente en su apartamento con unos pantalones de chándal grises y los brazos tatuados con diferentes bucles y filigranas de color negro que acababan en sus muñecas y desaparecían bajo las mangas de su camiseta del mismo color.

—Claro que no —aseveró Aoife entre risas siguiéndolo con la mirada—. Porque sabes bien en qué tipo de problemas te metías, Joe.

—Creo que ha quedado bastante claro en qué me metía, Molloy —respondió sin cortarse un pelo señalando al bebé que ella sostenía—. No animemos a mi hermanita y a su amiga a que sigan nuestros pasos, ¿vale?

—Relájate, las dos están usando protección —replicó mirándonos a las dos—. Porque estáis usando protección, ¿verdad, chicas?

—Sí —confirmó Shannon al tiempo que yo soltaba—: Yo soy virgen.

—Bien —dijo Joey con aprobación señalándome con el cuchillo que estaba usando para untar una rebanada de pan—. Sigue con esa mierda, Baby Biggs.

Le lancé una sonrisa.

—Gracias, Joe.

—Sabía que me gustaba esta chica —le comentó a Shan señalándome—.

Que no se te escape. —Se volvió hacia mí—. A cal y canto, ¿me oyes?

—Sí, Joe.

—Antes de adentrarnos en las partes divertidas del sexo, me veo en la obligación de insistir en que los condones y la píldora son de uso obligado —continuó Aoife de inmediato—. No se trata de usar una cosa o la otra. —Nos miró con complicidad—. Hay que usar las dos, chicas. Siempre las dos.

—Y una advertencia —intervino Joey—. Si potas mientras te tomas la píldora, no estás protegida. —Después de colocar una loncha de jamón sobre el pan y luego añadir otra rebanada, lo cortó todo por la mitad—. Y si no estás protegida, estás embarazada —continuó diciendo mientras se acercaba a Aoife para entregarle la mitad del sándwich—. Y si estás embarazada, eres madre.

—Gracias, semental —replicó Aoife dándole un bocado al sándwich antes de girarse hacia nosotras—. Y si crees que tu cuerpo se recupera milagrosamente después del parto, te equivocas. Los bajos quedan destrozados, chicas. En serio. Yo sufrí un buen desgarro, pero otra madre que conocí se desgarró desde la vagina hasta el agujero del culo.

—¡No puede ser! —grité horrorizada—. Puaj.

—Os lo prometo. —Aoife se llevó una mano al pecho mientras con la otra acunaba a su durmiente hijo—. No os miento, chicas. Quedó mutilada.

20

Pintas y meadas

Gibsie

—¿Chupitos?

—No.

—Vale, ¿pintas?

—Tomaré una pinta de agua.

—«Tomaré una pinta de agua» —repetí con tono de burla, profundamente disgustado con la enorme criatura que tenía a mi lado en el bar—. Te vas a tomar una cerveza, y te va a sentar genial.

—Gibs.

—Ni una palabra más, Jonathan.

—Joder, vale. Me tomaré una pinta de Heineken.

—Buen chico. —Le di una palmadita en el hombro—. Ponnos cuatro pintas, Mary —le dije a la mujer que había al otro lado de la barra—. Y nos tomaremos cuatro chupitos de Baby Guinness mientras esperamos.

—Gibs.

—Cada uno —añadí aplastando un billete de cincuenta euros sobre la barra—. Estaremos en nuestro rincón habitual.

—No me voy a tomar ningún chupito —gruñó Johnny caminando hacia la mesa conmigo, mientras por el camino iba saludando educadamente a medio bar.

Todos querían un trozo de mi amigo, pero esa noche me tocaba a mí.

—Capi, Gibs —nos saludaron Hugh y Feely cuando nos unimos a ellos en la mesa.

—Tíos, por favor, recordadle a este gigantesco capullo que tiene solo dieciocho años —dije acercándome un taburete—. Y que debería hacer las cosas normales que se hacen a los dieciocho, porque se supone que este año va de eso para él.

La única razón por la que Johnny había pospuesto su fichaje por los profesionales era porque sentía que se había perdido la mayor parte de su juventud. Yo estaba decidido a remediarlo. El primer punto de mi plan consistía en ir a tomar pintas los viernes por la noche, como haría cualquier grupo normal de último año.

—Estás en mejor forma que nunca —afirmó Hugh sonriéndole amablemente a Mary, que había llegado con una bandeja y nos iba poniendo los vasos de chupito delante—. Puedes tomarte una noche libre, tío.

—¿Y el insti?

—Los libros seguirán ahí el lunes —añadió Feely—. Tampoco es que tú tengas que preocuparte por las notas.

—Venga, capi —lo animé dándole un pequeño manotazo en el hombro—. Vamos a crear algunos putos recuerdos. Te habrás ido antes de que nos demos cuenta y luego solo te quedará el arrepentimiento. —Cogí un chupito, lo levanté y le imploré con la mirada que hiciera lo mismo—. Sé un adolescente con nosotros.

—«Venga, capi» —dijo Johnny imitándome varias horas después—. «Sé un adolescente con nosotros». —Negando con la cabeza, parpadeó para sacudirse la somnolencia e intentó fulminarme con la mirada—. ¿Cómo es que aún no he aprendido que nunca debo hacerte caso?

—Porque tienes buena suerte, supongo —contesté chocando mi vaso de pinta medio vacío contra él—. Del tirón.

—No, no, no. —Se rio Feely, captando mi atención—. Yo usaría el comodín del cincuenta por ciento con las preguntas más fáciles. No hay nada peor que ver a un tío atascado en la pregunta de los sesenta y cuatro mil pavos con cuatro opciones estrañafarias entre las que elegir.

—¿De qué habláis? —pregunté con curiosidad.

—Hugh me ha preguntado qué comodines usaría si alguna vez me llamaran de la tele para ir a *¿Quién quiere ser millonario?*

—Bueno, sobre todo asegúrate de poner mi número para el comodín de la llamada —le aconsejé dándome unos toquecitos con el dedo en la sien—. Soy un genio con ese programa.

Ambos respondieron con una sonora carcajada.

Yo entorné los ojos.

—Qué bonito, de verdad.

—Yo primero llamaría al capi —apuntó Hugh.

—Yo igual —aseguró Feely.

—Y luego a ti, tío —dijo Hugh girándose hacia Feely.

—Lo mismo digo, Hughie.

Traición.

Dios mío, ¡qué traición!

—No es nada personal, Gibbs —trató de consolarme Feely, todavía riéndose—. No te mosquees.

—Oye, Johnny, si tú fueras al programa, me llamarías, ¿no? —Me di la vuelta hacia mi mejor amigo—. Yo sería tu comodín de la llamada, ¿verdad?

Johnny me miró como si me hubieran crecido tres cabezas.

—¿De qué cojones hablas, Gibbs?

—Estos gilipollas se llamarían el uno al otro si tú no contestaras —le expliqué señalando a Feely y a Hugh con el pulgar—. Pero tú me llamarías a mí, ¿no?

—Claro que sí, Gibbs —me reconfortó, dándome unas palmaditas en el

brazo—. Tú eres mi número uno, tío.

Era mentira, pero el hecho de que me cubriera las espaldas así en público lo significaba todo para mí.

—¿Lo veis, mamones? —farfullé bebiéndome el resto de mi pinta antes de levantar la mano para pedir que nos trajeran otra ronda.

—Tíos, ¿alguno de vosotros quiere tener niños?

Miré a mi amigo con la boca abierta.

—¿Niños?

—Sí. —Johnny asintió solemnemente con la cabeza—. ¿Habéis pensado tener algunos?

—¿Quieres niños, capi? —preguntó Hugh.

—Por supuesto.

—¿Ahora?

—No, ahora no, pedazo de imbécil —replicó Johnny enfadado como una mona—. Más adelante.

—Gracias, Mary —le dijo Hugh a la camarera, ya bien entrada en años, cuando llegó a nuestra mesa con otra ronda de pintas. Le dio un billete de veinte antes de centrarse de nuevo en nuestro capitán, claramente cautivado por aquel horrible tema—. ¿Cuántos niños?

—No lo sé, dos o tres —musitó Johnny apurando el último trago de su pinta—. Desde luego, más de uno. —Frunció el ceño—. No me gustaría que se sintiera solo.

—¿Niños o niñas?

—¿Qué haces? —pregunté fulminando a Hugh con la mirada—. ¡Deja de incentivar su comportamiento!

—Lo que Shan me pueda dar —contestó Johnny ignorando mi aterrorizada expresión—. Aceptaré lo que esté dispuesta a darme. —Volvió a fruncir el ceño; estaba pensando bien lo que iba a decir—. ¿Sabéis? Creo que me gustaría tener una niña. —Se rascó la mandíbula mientras hablaba—. También estaría encantado de tener niños, claro, pero me gustaría criar a

una niña con Shan. —Elevó un poco los hombros y añadió—: Para mostrarle lo diferente que hubiera sido para ella.

—Serías un buen papá de una niña —afirmó Hugh asintiendo solemnemente con la cabeza.

—Lo sé —convino Johnny haciéndose con una de las nuevas pintas que nos había servido la camarera—. A la mierda, ya veremos cómo va todo, ¿no? El tiempo dirá.

—Yo no quiero tener hijos —murmuró Feely frotándose la mandíbula—. Creo que ni siquiera quiero tener una familia propia.

—Joder, qué soledad más deprimente —repuso Johnny.

Se encogió de hombros, pero no respondió.

—A mí me gusta cómo crecimos Claire y yo —habló Hugh pasándose la mano sobre el muslo, cubierto por unos vaqueros—. Tener una hermana pequeña a veces puede ser un coñazo, pero nuestra vida ha sido bonita. —Elevó los hombros—. Si tuviera familia, creo que me gustaría que fuera como la que mis padres nos dieron.

—¿Creéis que Lynchy y Aoife tendrán alguno más?

—Seguramente, pero dentro de unos años.

—Bueno, si a alguien le interesa saber el paradero de mis futuros hijos —interrumpí levantando una mano—, esta mañana dejé una nueva remesa dentro de un pañuelo en mi cuarto.

—Puto enfermo... —se rio Feely mientras Hugh se estremecía de asco.

—¡Filita, Gibbs! —gritó Johnny dándome un codazo en el costado—. Filtra.

Encogí los hombros sin el menor rubor.

—¿Sabéis qué estaba pensando?

—No, Gibbs, y dudo que queramos saberlo —canturrearon los tres al unísono.

—Estaba pensando que debe de ser bonito saber que tus padres te querían tanto como para llegar al extremo de hacer que te cocinaran en un

laboratorio. —Le di unas palmadas en la espalda a mi mejor amigo—. Felicidades, tío.

—Porque la otra opción sería...

—Abrirte paso rompiendo un condón —sugerí con franqueza—. Oí a mis padres decirlo, ¿sabes? Cuando se estaban separando. Al parecer, yo era un nadador tan fuerte que acabé perforando el condón.

—No te preocupes por eso —se apresuró a aplacar Feely—. Yo también fui un accidente. Mamá tenía cuarenta y seis años cuando descubrió que estaba embarazada de mí. Mis hermanas ya eran todas mayores. Pensó que tenía la menopausia.

—Joder, Pa. —Johnny alzó las cejas—. ¿Tu madre tiene sesenta y tres?

—Qué rápido lo has calculado, tío.

Johnny pareció no aceptar el cumplido.

—No sabía que fuera tan mayor.

—¿Por qué? —preguntó Feely—. ¿Cuántos años tiene tu madre?

—Cuarenta y pocos —contestó Johnny—. Papá es un par de años mayor.

—La mía tiene cuarenta y tres —afirmó Hugh—. Igual que mi viejo.

—Y la mía —intervine—. Fueron todos juntos al colegio.

—Mi viejo tiene casi setenta —dijo Feely en voz baja.

—Uala —musité sacudiendo la cabeza—. Seguramente serás muy joven cuando se mueran.

—¡Por Dios, Gibbs! —bramaron Johnny y Hugh—. ¡Filtrá!

—No os preocupéis —repuso Feely sonriendo—. Estoy acostumbrado a él.

En ese momento le sonó el teléfono. Se lo sacó rápidamente de los vaqueros y se puso a teclear.

—¿Quién te escribe? —pregunté inclinándome sobre la mesa para ver mejor la pantalla.

No tenía ni idea de por qué. Ya me costaba leer cuando tenía un buen día y no me había metido una docena de pintas entre pecho y espalda.

—Gibs —me regañó Johnny agarrándome de la camiseta y tirando de mí hacia atrás—. Eso no se pregunta.

—No pasa nada —repuso Feely tecleando unas líneas de texto antes de volver a deslizar el teléfono dentro del bolsillo—. Es solo Casey.

—¿Casey? —Johnny arrugó el entrecejo—. ¿Quién es Casey?

—Joder, capi, para ser un tío tan listo, eres muy poco observador. —Hugh soltó una risita—. Es una amiga de Aoife.

—La salvaje —intervine subiendo y bajando las cejas—. Feely lleva escribiéndole meses.

—Gibs —gruñó Feely—. No digas eso, ¿vale?

—¿Una amiga de Aoife? —A Johnny se le quedó cara de póquer—. No. Ni idea.

—Eso es porque has estado demasiado ocupado con el rugby y con Shannon como para levantar la vista y ver lo que nos pasaba al resto —soltó Hugh entre risas.

—Eso no es del todo cierto —afirmó Johnny—. Estoy bastante informado de lo que pasa en vuestras vidas.

—¡Ja! —Le di un manotazo en el hombro—. Muy buena, Johnny.

—¡En serio, joder! —Dejó la pinta sobre la mesa, cruzó los brazos sobre el pecho y se nos quedó mirando—. Tú —dijo, empezando por Feely—. Tienes dieciocho, al parecer estás liado con una tal Casey y eres el menor de tres hermanas. Tu cumpleaños es en julio, eres músico en secreto y cantas mejor que cualquiera de los de la radio. —Luego se giró hacia Hugh—. Tú. Tú tienes diecisiete, una hermana más pequeña y tu cumpleaños es en Halloween, igual que el de Seany. Llevas media vida con Katie y ella es tu primera novia formal. —Por último, se giró hacia mí y declaró—: Y tú eres el bebé del grupo. Tu cumple es en marzo. Nunca has tenido novia porque estás enamorado de su hermana desde el principio de los tiempos, tienes la capacidad de atención de un Creme Egg y te follas a la recepcionista del insti. —Exhalando un suspiro, Johnny nos dedicó una sonrisa de suficiencia

antes de decir—: ¿Me he dejado algo?

—Solo algunos detalles sin importancia —musitó Feely echando hacia atrás su oscura cabellera—. Yo ya no estoy liado con nadie, pero ha sido realmente impresionante, capi. Y, siendo justos, eres un millón de veces mejor desde que estás con Shannon.

—Ha sido espantoso —afirmé con tono acusador girándome hacia él con la boca abierta—. Mi cumple es en febrero, no en marzo. Te aseguro que no tengo la capacidad de atención de un Creme Egg, y no me follo a la recepcionista del insti.

—Y Katie y yo empezamos a salir cuando yo iba a cuarto —señaló Hugh con la mano en alto—. No desde hace media vida.

—No, no, no —aseguró Johnny—. Recuerdo perfectamente tu obsesión con esa chica ya en segundo año. —Se dio unos toquecitos en la sien—. Lo sé porque siempre faltabas al entrenamiento cuando éramos más jóvenes para irte a perseguirla por ahí.

—Te equivocas de chica, capi —murmuró Feely frotándose la frente.

—¡No me jodas! —exclamó Johnny boquiabierto antes de girarse hacia mí—. ¿Y tu cumpleaños no es en marzo?

—No, no es en el puto mes de marzo, patético intento de mejor amigo. —Solté un bufido—. Menuda jeta. Mira que olvidarte de cuándo es mi cumple...

—Lo siento, Gibbs. Habría jurado que era en marzo. —Se frotó la mandíbula—. ¿Por qué se me ha metido en la cabeza que es en marzo?

—Porque Shannon los cumple en marzo —farfullé—, capullo calzonazos.

—Y él no está enamorado de mi hermana —interrumpió Hugh—. Solo piensa que lo está.

—No empieces —le advertí girándome para mirar a Hugh—. Puede que no sea tan fino como el resto de vosotros, ni un puto genio de las mates como aquí el cerebrín —hice una pausa para señalar a Hugh—, pero tengo

un corazón que late, bombea y genera sentimientos. Me preocupo. Siento. Amo. Y todo eso va dirigido únicamente hacia tu hermana.

—Entonces cambia de una puta vez, Gibbs —me espetó Hugh con gesto de enfado—. Porque, tío, déjame decirte que, si crees que vas a acercarte a mi hermana mientras te beneficias a Dee, estás muy equivocado. Claire se merece algo mejor que verse involucrada en tu retorcido drama, y lo sabes.

—Madre de Dios. Por última vez: ¡no me estoy beneficiando a Dee! —gruñí alzando las manos al aire con desesperación—. No me he acercado a esa mujer desde primero de bachillerato. —Entorné los ojos hacia Hugh y le solté—: Y que sepas que yo nunca sería capaz de hacerle daño a tu hermana. Antes me arranco la piel de los huesos.

—Lo que pasa es que ya haces un montón de mierdas que le hacen daño —insistió Hugh con seriedad—. Venga, Gibbs, si Claire supiera lo de tus escapaditas extracurriculares se le rompería el corazón.

—No le falta razón —añadió Feely posicionándose a favor de Hugh—. Claire está enamorada de ti, tío. Desde que éramos críos. Lo sabes. No es ningún secreto. Y si tú sintieras lo mismo, a estas alturas ya habrías hecho algo.

—Un momento —dijo Johnny saliendo en mi defensa—. Gibbs no es el único que ha metido la polla en la chica equivocada. Ninguno de nosotros es un ángel, tíos. Todos tenemos un pasado.

—Ciento —convino Feely.

—Yo no —sentenció Hugh.

—Claro, tú eres virgen y tienes una trayectoria impecable, ¿no? —se rio Johnny—. ¿San Hugh?

—Solo he estado con Katie —replicó Hugh con los ojos clavados en Johnny—. ¿Qué te parece eso, capi?

—Pero lleváis juntos desde... —Johnny levantó las cejas—. Mierda.

—Sí —soltó Hugh—. A diferencia de vosotros, cabrones enfermos, yo no voy restregándome por ahí como la mantequilla.

Feely arqueó una ceja.

—¿La mantequilla?

—La mantequilla.

—Oye, yo soy fiel. —Johnny dio un resoplido—. Como un puto labrador.

—Mira, esto no tiene nada que ver con la gente con la que has estado; tiene que ver con lo que haces en el presente —repuso Feely encauzando de nuevo la conversación—. Lo único que intentamos decir es que dejes de jugar con los sentimientos de Claire.

—Exacto —coincidió Hugh asintiendo rígidamente con la cabeza—. Basta ya de engañarla, joder.

—O la quieras o no —concluyó Feely—. Y si es que no, pues genial, Gibs. Lícito. Pero, en ese caso, hazte a un lado y déjala hacer su vida. Porque no va a superar lo tuyo si no sales de en medio.

21

Ambiente de sábado noche

Claire

—Quiero una montaña de comida guarra para llevar, que tenga al menos tres mil calorías, y una guarnición de grasa —anunció Gerard cuando entró tambaleándose en mi habitación el sábado por la noche—. En serio, nena.

—Ataviado con unos pantalones de chándal grises y una camiseta de tirantes blanca, y con el pelo rubio de punta, parecía un hombre destrozado —. Estoy desfalleciendo.

—¡Madre mía! —exclamé medio sofocada medio entre risas mientras asimilaba su desaliñado aspecto—. ¿Quién te ha roto?

—¿Tú quién crees? —fue su hastiada respuesta mientras se acercaba a trompicones—. Rápido, empújame, nena. Tengo las piernas destrozadas.

—Te has quedado Bambi —me burlé, usando la broma que acababa de aprender de la mamá del pequeño Joey.

—En serio, me tiemblan tanto que creo que las rótulas se van a dislocar del resto de mi cuerpo —gimoteó, haciendo que se me escapara una carcajada.

Según Aoife, «quedarse Bambi» era cuando un chico te provocaba un orgasmo tan bestia que las piernas te temblaban como a un cervatillo que intenta ponerse en pie por primera vez. Desde que se mudó al anexo de la casa de los Kavanagh con Joey y AJ, Aoife se había convertido en una

especie de diosa seductora y reverenciada para el resto de nosotras, y repartía una sabiduría y unos conocimientos que nos dejaban alucinadas.

En serio, había aprendido más sobre sexo durante las semanas que llevaba viendo a la mamá de ese pequeñín que en los dieciséis años que había pasado sobre la faz de la tierra.

Aoife se nos iba a unir en el Tommen después de las vacaciones de Halloween, y yo estaba encantada con la idea. Además de que molaba ver a Katie salir de su caparazón cuando su amiga de la infancia estaba delante, era increíble lo que su presencia hacía por Joey.

—Mira cómo tiemblan —dije con una risotada cuando Gerard se tiró de morros sobre el colchón, esquivando a Cherub por los pelos, que estaba acurrucada en mi regazo, y tomándose un descanso de los siempre bulliciosos Tom, Dick y Harry, los tres gatitos macho que mamá nos había dejado quedarnos de la adorable camada que Brian y Cherub habían tenido el verano anterior. Unos primos nuestros que vivían en Bandon habían adoptado a Salt y a Pepper, mientras que una amiga de Sadhbh había adoptado a Millicent en Clonakilty.

Sí, aquel día había sido duro para la familia Biggs-Gibson.

—Te crees que tiene gracia, pero no es así —gimoteó Gerard con la boca contra el colchón—. Porque ese cabronazo me ha jodido más fuerte hoy en el gimnasio de lo que jamás ha jodido a la pequeña Shannon.

—¡Ufff, Gerard! —exclamé con el gesto torcido dándole un manotazo en su sudado hombro—. Podrías haberte duchado antes de venir.

—¿Ducharme? —Levantó la cabeza y me miró boquiabierto—. ¡Claire, he gastado toda la energía en volver contigo!

—No habrá sido para tanto.

—Es un loco —argumentó—. Un sádico. No quiero volver a poner un pie en un gimnasio.

—Ya, bueno, anoche accediste a ir al gimnasio con él a cambio de unas pintas en el Biddies —le recordé—. Y, si no recuerdo mal, también le

pediste que te entrenara para poder entrar en la Academia.

—Que me entrenara, Claire —sentenció—, no que doblegara mi voluntad.

Me cubrí la boca para ahogar una carcajada.

—Entonces ¿ya no te convence lo de hacer carrera como jugador de rugby profesional?

—No, a la mierda —gimoteó y, haciendo un esfuerzo descomunal, se puso de lado—. Estoy hecho para la comodidad, no para la velocidad. Me uniré al negocio familiar y me haré pastelero.

—Eres un pastelero genial.

—Es verdad —convino mirándome con gesto alegre—. He mejorado mucho.

—Y que lo digas —lo alabé—. Eres otra persona en la cocina desde que cogiste el trabajo en la pastelería. —Sonriendo, añadí—: Y tus pastelitos de hada son los mejores que he probado.

—¿Lo ves? Por eso te quiero. —Extendió un brazo para acariciar a Cherub—. Tú me entiendes.

—Es cierto —convine riéndome mientras le colocaba suavemente a mi ronroneante reina sobre la espalda—. Por eso debería añadir que, aunque esta versión destrozada de Gerard Gibson —hice una pausa para recorrer con un dedo la tela que cubría sus recientemente renovados músculos abdominales antes de bajarde la cama— no está nada mal, me gustaba más la versión anterior.

—Echas de menos mis agarraderas del amor —ronroneó poniéndose boca arriba con mucho cuidado y colocando a Cherub sobre su abdomen—. Prefieres que haya un poco más de Gibs para mantenerte calentita por las noches, ¿eh?

—Puede —Me reí, aunque, para empezar, él nunca había tenido agarraderas del amor—. Toma —dije cogiendo a nuestros tres pillines gatitos y llevándolos a la cama para distraerme de mis lujuriosos

pensamientos—. Decidle hola a papá.

—¡Dick! —exclamó Gerard con voz mimosa cogiendo al más peludo de los tres—. ¿Cómo estás, hijo?

—No te olvides de prestarles algo de atención a Tom y a Harry —le advertí volviéndome a subir al colchón—. Siempre tienes favoritismos con Dick.

—Eso es porque quiero a mi Dick —siguió diciendo entre arrullos con el gatito frente a la cara para poder frotarle la nariz contra el hocico—. ¿A que sí, hijo mío? Eres mi preferido, ¿verdad? Claro que sí, con esa naricita rosa y esas patitas minúsculas.

—¡Gerard!

—Vale, vale. —De mala gana, dejó al precioso gatito pelirrojo sobre el edredón y se centró en los compañeros de camada de Dick—. Mira, nena, ya sabes que quiero a todos nuestros hijos, y sé que ellos no tienen la culpa, pero no puedo mirar a Tom y a Harry sin verlo a él.

—¡Gerard! —le recriminé horrorizada cogiendo a Harry—. ¿Cómo puedes decir eso?

—Ya lo sé —reconocí con un lamento—. Es horrible, ¿verdad? Pero no puedo evitarlo. Tiene sus mismos ojos verdes malignos y ese extraño pelo blanco...

—¡Puede que Brian los haya engendrado, pero su padre eres tú! ¡Y se supone que los padres quieren a todos sus hijos por igual!

—¡Lo sé! —Alzó las manos en señal de derrota y añadió—: Por eso quería quedarme a Millicent. Ella era la viva imagen de su madre. —Señaló a Cherub, que seguía dormitando en su regazo—. Mira a esa minina. Mira qué preciosa y dulce es...

—¡Dios mío, no me lo puedo creer! —chillé recogiendo a los niños y metiéndolos otra vez en la cesta—. No quieres a nuestros bebés.

—¡Sí! ¡Quiero a nuestros bebés, Claire! —Olvidando las piernas de Bambi, Gerard saltó de la cama y se apresuró a venir tras de mí—. Pero ese

cabrón de Brian me ha llevado por el camino de la amargura. Lo sabes. ¿Recuerdas cuando se acercó sigilosamente a mí en la ducha y me arañó el ojete? ¿O aquella vez que me mordió en un pie y tuve que ponerme una inyección del tétanos? Me dejó traumatizado, Claire. ¡No puedo evitar alterarme cada vez que miro a Tom y a Harry!

—Esto es horrible —gimoteé arrodillada frente a la cesta, llena de gatitos—. No os preocupéis, bebés. Yo estoy igual de decepcionada con vuestro padre que vosotros.

—Espera. —Agarrándome con un rápido movimiento, Gerard me puso de pie frente a él—. ¿Nos estamos peleando?

—¿Sabes qué, Gerard? —Puse los brazos en jarras—. Creo que sí.

—Pero somos un equipo, nena —intentó razonar pasándose un brazo por la cintura y atrayéndome hacia él—. Nosotros no nos peleamos.

—Uy, no, no, no —le advertí cogiéndolo de la oreja—. Ahora no me vengas con eso de «nena», Gerard Gibson. No creas que vas a salirte tan fácilmente con la tuya.

—Vale, ¡ay! —gruñó cubriendose la oreja—. ¿Era necesario usar la violencia?

—Sí —contesté con rotundidad.

—¿Va todo bien, chicos? —Alguien llamó suavemente a la puerta de mi cuarto y, un instante después, se abrió y apareció la cabeza de mamá—. Me ha parecido oír gritos.

—¡Gerard no quiere a todos nuestros bebés! —grité indignada—. ¡Solo quiere a uno!

—No, los quiero a todos —se defendió aturullado—. Es solo que hay dos a los que no me gusta mirar.

—¿A Tom y a Harry? —preguntó mamá con empatía—. ¿Es porque se parecen a Brian?

—¡Sí! —asentimos los dos al unísono con el mismo volumen de furia.

—Ay, Señor... —Abriendo la puerta del todo, mamá entró en mi cuarto y

se cubrió la sonrisa con una mano—. Vale, vamos allá. —Se dirigió hacia la cama, se sentó y cruzó las piernas—. De uno en uno.

—¡Llevo meses cuidando a nuestros bebés! —empecé a decir yo. Bueno, a gritar—. ¡Les daba las tomas nocturnas cuando Cherub se negaba a cuidarlos! ¡He perdido horas de sueño por estos bebés, cuando también son responsabilidad suya!

—No, no, no, no, ¡ni se te ocurra ir por ahí! —me advirtió con la mano alzada—. ¡He hecho todo lo que he podido por ellos!

—Menos quererlos —le espeté—. ¡Desgraciado de mierda!

—Esa lengua, Claire —me regañó mamá.

—Me cago en la leche —dijo Gerard sofocado con los ojos como platos —, ¿quién se los ha llevado a casa todos los fines de semana para que tú pudieras descansar? ¿Y quién se ha puesto a trabajar en la pastelería de su madre para pagar las facturas del parto de Cherub en el veterinario? ¿O para esterilizar a los chicos y que no se follaran a su propia madre y tuvieran bebés incestuosos como los catetos? —Se dio una palmada en el pecho—. ¡Exacto, este desgraciado de mierda!

—Habla bien, Gibsie.

—Uy, sí, Gerard. —Haciendo caso omiso de la petición de mi madre para que bajara el tono, volteé los ojos y grité—: ¡Qué buen padre de fin semana! Siempre con la cartera fuera para arreglarlo todo. ¡La paternidad no es solo soltar dinero!

—¡Reginald vive conmigo a tiempo completo! —gritó él a su vez levantando las manos—. Y yo nunca te he pedido que le traigas ni una sola oruga como manutención. No, porque me encargo yo mismo de excavar para conseguirle los bichos. Todos los días. ¡Así que baja esos humos conmigo, nena!

—¡Y yo te agradezco que lo hagas! —chillé a regañadientes—. Ya sabes que no soporto ensuciarle las uñas.

—Claro que lo sé. —Puso los brazos en jarras y asintió rígidamente—.

Por eso nunca te he pedido que lo hagas.

—Y que financies a nuestros bebés —agregué gritando a media voz, pese a que ya notaba cómo la ira abandonaba mi cuerpo—. También te agradezco que seas el sostén económico de nuestra familia.

—No hay problema —contestó sin deshacerse de ese tono duro y elevado que imitaba al mío—. Es lo menos que puedo hacer por ti y por los niños. Yo te agradezco que seas una madre tan maravillosa. —Endureciendo la voz a propósito, añadió—: No haría esto con nadie más que contigo.

—Y tú eres mucho más que un padre de fin de semana —admití suavizando la voz—. Y yo tampoco haría esto con nadie más que contigo.

—Vale. —Asintió con dureza—. ¿Seguimos peleándonos o nos damos un abrazo de reconciliación?

—Un abrazo —repuse corriendo directa hacia él—. Sin duda, un abrazo.

—Gracias a Dios —replicó Gerard envolviéndome en un abrazo de oso—. Los peores diez minutos de mi vida.

—¿Qué voy a hacer con vosotros? —se rio mamá desde la cama—. Sois como un viejo matrimonio.

—No sé, Sinead —contestó Gibbsie encogiéndose solemnemente de hombros—. Pero, sea lo que sea, ¿podría implicar algo de comida? A poder ser algo del chino o de un sitio de comida rápida.

—No, no, comida rápida no, por favor —protesté esquivando a Gerard para llegar hasta mi madre—. Ya cenamos eso el sábado pasado. Llevo toda la semana muriéndome por una brocheta de ternera al estilo asiático.

—Oooh, sí... —A Gerard se le iluminaron los ojos—. Que sean dos brochetas.

—Con salsa de alubias negras.

—Y arroz con huevo frito.

—¿Deberíamos pedir una ración de patatas? —pregunté inclinando la cabeza hacia un lado—. ¿O nos quedamos solo con el pan de gambas?

—Pan de gambas —confirmó Gerard haciendo un gesto afirmativo con la

cabeza—. ¿Te acuerdas de la última vez que pedimos las patatas?

—¿Las de sal y pimienta?

—No, aquellas estaban increíbles. Te hablo de las reblandecidas.

—Puaj, sí. —El recuerdo me hizo arrugar la nariz—. Bien visto, Gerard.

—Me volví a girar hacia mi madre y le canté todo el pedido de comida, añadiendo al final una botella de naranjada.

—Cuando os he preguntado qué iba a hacer con vosotros, me refería a vuestras tonterías en general —dijo mamá con un suspiro de ternura—. No a llenaros el estómago.

—Llénanos el estómago —contesté para motivarla al tiempo que daba unas palmaditas sobre mi abdomen y el de Gerard.

—Sí, por favor —convino él asintiendo con solemnidad—. Estamos desfalleciendo.

—Vaya dos. —Mamá se rio—. Vale. Voy a pedir la comida. Limpiad a esos gatitos y bajad con los demás.

—¿Los demás?

—Hugh y Katie están en la salita —explicó—. Voy a llamar al restaurante chino y pedir comida para los cuatro antes de irme a trabajar. Si lo necesitáis, tu padre está arriba en el despacho. Tiene que cumplir un plazo de entrega, y ya sabéis lo que eso significa, así que, por favor, subid solo si es absolutamente necesario.

Mi padre, que en su día había sido un promotor inmobiliario de mucho éxito, había dejado su trabajo de empresa hacía diez años. Tras la muerte de su mejor amigo, había decidido alejarse del ajetreo y encerrarse en el ático a escribir novelas de suspense y asesinatos. Para él era catártico y le ayudaba a lidiar con el dolor que le había invadido tras la muerte de Joe. El hecho de que sus libros se vendieran como rosquillas era una ventaja añadida.

—Estaremos bien —contestamos al unísono mirándonos con complicidad.

Porque una vez que mamá se fuera a trabajar, papá no iba a bajar a ver

cómo estábamos. La casa estaría libre.

—Hum... —Negando una vez más con la cabeza, mamá salió de la habitación—. Ah, y para la próxima, deja la puerta abierta, Claire.

—Pero ¿y si Dick se escapa y vuelve a colarse en el cuarto de Hugh? —le planteé mientras se iba.

—Me preocupa más que haya otras cosas colándose en sitios... —murmuró mamá por lo bajini.

Arriba el equipo Clibsie

Claire

Dos horas más tarde, la comida china se había esfumado junto a la mitad del contenido de la alacena de mamá, que ella mantenía cerrada con llave en la salita para que nadie se acercara al alcohol y a los botes de galletas y dulces que guardaba para Navidad.

Por supuesto, Hugh y yo teníamos la llave de repuesto «perdida» y llevábamos años burlando discretamente a mi madre a base de ir robando cosas poco a poco. Cogíamos lo suficiente para achisparnos y atiborrarnos a chocolate, pero no lo suficiente como para ponerla sobre aviso o que se oliera el pastel.

—¿Cómo me voy a enterar si no dejáis de cambiar las reglas? —preguntó Gerard tirando su última carta sobre la mesa de centro y cogiendo una sofisticada copita llena de jerez—. Que os den a los dos —gruñó dándole un sorbito a su bebida con el meñique extendido—. Sé que estáis haciendo trampas.

—Es el *Snap*, Gibbs. —Hugh soltó una risita y puso una carta sobre la pila—. Es imposible hacer trampas al *Snap*.

—¡*Snap!* —chilló Katie emocionada estampando la mano sobre la enorme pila—. Otra vez.

—¿Lo veis? —Con ojos desorbitados, Gerard señaló el inmenso montón

de cartas que había delante de Hugh y de Katie—. Putos tramosos.

—No odies al jugador, Gibbs —soltó Katie riéndose mientras se reclinaba contra mi hermano, que estaba sentado detrás de ella en la butaca—. Odia el juego.

—No, Johnny y Shan no van a venir —interrumpí leyendo el mensaje de texto que acababa de recibir de Shannon—. «Lo siento, chicos. Hoy nos vamos a acostar pronto. Nos vemos mañana en la cafetería. X. X. X.».— Exhalando un soñador suspiro, dejé caer el teléfono sobre mi regazo y recuperé mi cuenco de helado mezclado con crema irlandesa Baileys—. Oooh...

—Seguro que están haciendo algo romántico —soltó Katie de inmediato.

—Con velas —añadí melancólicamente.

—Y música romántica —convino ella dándole un trago a la botella de cerveza de Hugh.

Gerard soltó un bufido.

—Seguro que están follando.

—¡Gerard!

—¡Gibs!

—Tiene razón —se rio mi hermano esquivando el codo que Katie le dirigía a las costillas—. Parece que el capi se está abriendo paso en la vida de Shannon y en otros sitios que no son la vida.

—Desde luego no están sentados jugando al *Snap* —añadió Gerard mirando enfadado la mesa de centro—. ¿Qué nos pasa, chicos? Es sábado por la noche y estamos jugando a juegos de cartas como una panda de viejos geriátricos, cuando deberíamos estar por ahí metiéndonos en líos.

—A mí lo que me pasa es que solo tengo dieciséis años —apunté—. Y vosotros tres solo tenéis diecisiete.

—No por mucho tiempo. —Subiendo las cejas, Gerard le tiró un puñado de chocolatitos Minstrels a Hugh—. Ciento cuñado mío cumple dieciocho a finales de mes.

—Qué suerte tienes de que tu cumpleaños sea en Halloween, cariño — opinó Katie—. Mola mogollón.

—Piénsalo, tío, ese año tus padres debieron de pasar un San Valentín de la hostia.

—Una idea perturbadora, Gibbs —gruñó Hugh metiéndose un par de Minstrels en la boca antes de tirarle el resto a Gerard—. Pero tu capacidad matemática para calcular concepciones es impresionante.

—Hablando de eso. —Me llevé a la boca una última cucharada de helado bañado en alcohol, dejé el cuenco sobre la mesa y me levanté de un salto—. Tenemos que decidir los disfraces de Halloween.

—No. —Hugh negó con la cabeza—. De verdad que no.

—Claro que sí —argumenté frotándome las manos—. Mamá va a montar una fiesta en casa por tu cumple el día de Halloween. Tiene que haber disfraces, no es opcional.

—¡Yuju! —Gerard se bebió de un trago el jerez y se quedó mirando la copa vacía antes de alcanzar de nuevo la botella—. ¿De qué vamos a ir este año, nena?

Rebosante de entusiasmo, me di la vuelta para centrarme en él.

—Vale, pues este año, como en el grupo hay el mismo número de chicos que de chicas, cinco para cinco, he pensado que podríamos ir todos de parejas famosas.

Con el ceño fruncido, Gerard destapó la botella de jerez de la abuela y le dio un buen trago.

—Te escucho.

—Imagínatelo —le dije moviendo las manos animadamente en el aire—. Tú y yo, petándolo en ropa de vinilo.

Su cara reflejaba confusión.

—¿Vamos a ir de Mötley Crüe?

—No, tonto, de Danny y Sandy —contesté riéndome—. De *Grease*.

Se le iluminaron los ojos.

—¡Joder, me encanta esa peli!

—Lo sé. Ya he estado trabajando en nuestros disfraces. —Sonriendo con timidez, añadí—: A ver, para Joey y Aoife, he pensado en el Joker y Harley Quinn.

—Uy, sí, lo veo —exclamó Katie asintiendo de forma entusiasta—. Pero ¿ella querrá disfrazarse? —Encogiéndose de hombros, agregó—: Ya sabes, después de dar a luz y demás.

—Po favor, ya has visto qué cuerpazo tiene —repuse—. Esa chica está aún más buena después de haber tenido el bebé.

—Estoy de acuerdo —replicó—. Mataría por tener el tipo de Aoife.

—¿Verdad que sí? —Esbocé una amplia sonrisa—. Y para vosotros, chicos, había pensado en Edward y Vivian de *Pretty Woman*.

—Hum. —Con el ceño fruncido, Katie inclinó la cabeza hacia un lado y preguntó—: ¿Ella no era prostituta?

—¿Y él no tenía el pelo gris? —preguntó Hugh a su vez con la misma expresión escéptica.

—Eres rubio, Hugh. Es bastante parecido. Cúrratelo —soltó Gerard disfrutando a más no poder el jerez navideño de nuestra abuela—. Venga, no interrumpas el proceso creativo de tu hermana, joder. —Le dio otro buen trago a la botella y agitó una mano en el aire—. Cuando gustes, corazón.

Sonriendo con indulgencia ante su adorable expresión de borrachín, me apresuré a continuar:

—Y para Johnny y Shan, no ha hecho falta darle muchas vueltas.

Katie sonrió.

—¿Romeo y Julieta?

—Sí!

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza en señal de aprobación.

—Buena elección.

Le sonreí.

—Sí, ¿verdad?

—Espera. —Mi hermano levantó una mano—. ¿No mueren los dos en ese libro?

—Está hablando de la película —replicó Gerard con un bufido—. Cenutrio.

—Estoy bastante seguro de que en la película corren la misma suerte, Gibbs —dijo Hughie lentamente con tono sarcástico.

—Bueno, pues en mi versión de Ballylaggin no se mueren —contrapuse antes de seguir—. Y para Liz y Patrick había pensado algo más atrevido, como Morticia y Gomez Addams. Ya sabéis, algo que vaya con la personalidad de Lizzie.

—Ay, Dios, me encanta —se rio Katie dando unas palmaditas—. Claire, eres un genio.

—Yo no lo veo —espetó Hugh—. Primero: ella es rubia. Segundo: no le gusta disfrazarse. Y tercero: si viene, será con Pierce.

—Me cago en la leche, Hugh —balbuceó Gerard—. Deja de interrumpir el proceso creativo de tu hermana.

—Será mejor que dejes de tomar jerez, Gibbs —soltó Katie con una risita—. Te estás poniendo un poco peleón.

—No hace falta que lo deje. Ya se ha acabado. —Puso la botella boca abajo para enfatizar sus palabras y sobre el dorso de su mano cayó una sola gota del líquido color castaño. A Gerard no le gustaba derrochar, así que le dio un rápido lametazo con la lengua—. ¿Lo ves?

—Gibs, tío. Vas a tener un dolor de cabeza de campeonato por la mañana —le advirtió Hugh haciendo una mueca contrariada—. Las resacas de jerez son una mierda.

—Liz ya ha aceptado disfrazarse de Morticia si Patrick iba de Gomez —le contesté a mi hermano con aire de superioridad—. Y, según su último mensaje de texto, no va a ir a ningún sitio con Pierce.

—¿Lo han vuelto a dejar?

—Sí. —Hice un gesto con los hombros—. Si el péndulo sigue oscilando

y vuelven antes de la fiesta, él podría ir de Tío Fétido.

—Esa chica no sabe dónde tiene la cabeza —musitó Katie.

—Eso es verdad —intervino Gerard agarrando un cuenco de palomitas

—. Lleva años mareando la perdiz, ¿verdad, Hugh?

—Gibs. —El cuerpo de mi hermano se puso rígido—. Para.

—¿Qué he dicho?

—Nada —contestó Hugh impávido—. Que siga siendo así.

—Perdona, tío. No quería tocarte la fibra.

—No lo has hecho.

—El primer amor escuece de cojones, ¿eh?

—¡Gibs!

—Ay, deja de intentar meter mierda —se rio Katie cogiendo otra botella de cerveza de la mesa de centro—. Lo sé todo al respecto. Hugh me lo contó cuando nos conocimos.

—¿De verdad? —Gerard dibujó una sonrisa de granuja y le tiró una palomita a mi hermano—. ¿Te lo ha contado todo... todo?

—He dicho que ya está bien, tío —soltó Hugh—. Nadie quiere oírlo.

—Lo segundo —convine mientras el buen humor se desvanecía al recordar la mayor traición de mi infancia.

«Mi mejor amiga y mi hermano».

«Puaj».

Aparte de que cuando éramos niños eran asquerosísimamente amigos, Lizzie rompió la ley básica de la amistad en cuarto, que fue cuando aceptó ser la novia de mi hermano.

Me dio igual que la relación fuera del todo inocente. A mis ojos, aquello era un delito que iba contra el código de chicas e hizo que no nos habláramos durante tres semanas enteras.

Como nunca he sido rencorosa, acabé cediendo y volví a ser su amiga, mientras en secreto contaba los días para su ruptura, que me permitiría recuperarla.

No lo admití en su momento y no iba a hacerlo nunca, pero, en buena parte, mi enfado venía dado por una buena dosis de celos. No tanto porque Lizzie saliera con mi hermano, sino más bien porque él se lo había pedido, mientras que a mí Gerard no me lo había pedido nunca. Hugh era el amor de infancia de Lizzie y Gerard era el mío. Lizzie tuvo una oportunidad con el suyo, y yo no.

—Los Hizzie fueron hacen un millón de años. —Me dejé caer a su lado en el sofá, puse las piernas sobre su regazo y suspiré—. Ahora estamos en la era Hatie.

—«La era Hatie». —Gerard echó la cabeza hacia atrás y aulló de la risa—. Buah, muñequita, eso suena demasiado cuqui.

—¿Qué pasa? —Le di un manotazo en el brazo—. Es mejor que la era Kughie.

—¡«Kughie», como la fruta! —El apelativo no hizo más que acrecentar las carcajadas de Gerard—. No puedo... No puedo...

—Venga, Gibbs, córtate un poco. —Hugh se rio entre dientes y sus hombros se fueron destensando—. Como si el tuyo fuera mucho mejor.

—Eso —repuso Katie con una risita—, Clibsie...

—Ya, tío, pero me quedo con Clibsie antes que con Kughie, no hay color.

—Ah, ¿sí, Glaire?

Gerard lanzó otra carcajada.

—Glaire sigue siendo mejor que Hatie.

—¡Arriba el equipo Clibsie! —bromeé chocando puños con Gerard—. Mala suerte, chicos.

—Vale, equipo Clibsie —dijo Katie riéndose—. ¿Os parece si apostamos dinero en vez de hablar tanto y descubrimos qué pareja es la mejor?

—Tengo la pasta arriba —repuso Gerard con solemnidad—. Pero estoy bajo mínimos.

—Era broma —dijo con una sonrisa mientras despejaba la mesa de centro—. Vamos a jugar a un juego. Equipo Clibsie contra equipo Hatie.

—Hatie —se rio Gerard con un bufido.

—¿Qué os parece si los perdedores limpian la cocina después de la noche de comida para llevar? —sugirió con una sonrisa de satisfacción—. Todos los sábados durante un mes.

—Dos meses y trato hecho —renegoció Gerard con gran interés.

—Que sean dos meses —retó ella—. ¿Aceptáis?

—Uy, con los ojos cerrados —replicó Gerard ya totalmente venido arriba

—. Vais a morder el polvo, Hatie.

—¿Qué tipo de juego? —pregunté con curiosidad.

—¿El *Scrabble*? —propuso Katie—. Tenéis un tablero, ¿verdad?

—Cuéntaselo a otro —respondió Gerard con el pulgar hacia abajo—.

Porque por mi parte no hay trato.

—¿El *Monopoly*?

—No, no puedo ponerme ahora a jugar a juegos de mesa con palabras.

—¿Póquer?

Su mirada se llenó de picardía.

—¡*Strip póquer*!

—¡Puaj, Gerard! —bramé—. Qué asco.

—Eh... ¿hola? —Hugh se lo quedó mirando antes de hacer gestos entre él y yo—. Aquí hay parientes de primer grado.

—Venga ya, tío —le suplicó Gerard—. Un poco de trabajo en equipo.

—Paso tres pueblos —sentenció Hugh—. Y no hay más que hablar, pervertido.

—Uy, uy, lo tengo. —Katie se puso de pie rápidamente, fue hasta la cocina y volvió unos segundos más tarde con una botella de Jameson de papá y cuatro vasos de chupito—. Vamos a jugar al Yo nunca.

—Uuuuh... Esto podría ser peligroso. —Gerard se frotó las manos con satisfacción y alcanzó la botella—. Vamos allá.

23

Golpe bajo

Gibsie

Lo que había empezado como un juego buenrollero, acabó mutando en algo muy parecido a uno de esos retorcidos programas de Jerry Springer. No sé si era el whisky que le corría por las venas o si me la estaba devolviendo por haberle sacado el tema de Lizzie, pero Hugh estaba que se salía con las preguntas.

—Yo nunca le he hecho un dedo a Bernadette Brady contra la pared de la discoteca Boiler Room cuando íbamos a segundo.

Iba fuerte.

—¿Nadie? —continuó acosándome Hugh con los ojos entrecerrados mientras alzaba su vaso, lleno hasta los topes—. ¿De verdad?

«Hijo de puta».

Borracho o no, era muy consciente de quién estaba sentada a mi lado. Ese puto juego era peligroso, y la pregunta de Hugh había sido un golpe bajo. Por desgracia, tuve que llevarme mi vaso a los labios y tragarme de nuevo su contenido.

Cuando Claire se puso rígida y soltó la palabra «puaj», sentí un fuerte odio hacia mí mismo.

—Vale, chicos —balbuceó Katie, igual de piripi que el resto—. ¿Lo dejamos aquí?

No, a la mierda.

—Me toca. —Cogí la botella de whisky, que estaba casi vacía, rellené torpemente mi vaso y lo levanté—. Yo nunca he besado a mi novia en la casa del árbol y me ha pillado mi madre.

Cuando Hugh se llevó el vaso a los labios, Katie movió la cabeza a un lado y a otro en señal de confusión.

—Sinead nunca nos ha pillado en la casa del árbol, Hugh.

«Chúpate esa, mamonazo».

Con cara de culpa, Hugh se echó el trago de whisky a la garganta, provocando que su novia susurrara la palabra «ah».

—Me toca. —Hugh se llenó el vaso con las últimas gotas que quedaban en la botella, claramente furioso—. Yo nunca me he follado a una mujer mayor.

Lo fulminé con la mirada, igual de furioso que él.

—Bebe, Gibbs —soltó.

—No puedo, tío.

—El juego va de decir la verdad.

—Ya lo sé —dije con tono serio.

—Entonces tómate el puto chupito.

Apreté la mandíbula.

—No.

—Chicos, deberíamos parar —propuso de nuevo Katie colocando la mano sobre el hombro de su novio—. Os estáis poniendo los dos muy intensos.

—¿Y si reformulo la pregunta y digo: «Yo nunca le he metido la polla a ninguna empleada de administración del instituto»? —insistió Hugh, haciendo caso omiso de la súplica de su novia—. Venga, tío, de un trago.

Sin pestañear, levanté el chupito y me lo llevé a los labios, pero, en el último momento, me detuve en seco y le di la vuelta al vaso, sin importarme una mierda que el whisky me calara los pantalones del chándal.

—Has roto las reglas. —Hugh se cruzó de brazos—. Hemos ganado nosotros.

Me encogí de hombros con indiferencia.

—Si tú lo dices, tío.

—Poneros en modo servicio de limpieza.

—Durante dos meses.

—No, no, no... —Bostezando muy fuerte, Claire se metió bajo mi brazo y se acurrucó—. Buenas noches, chicos. Yo esta noche no limpio.

—No... —gimoteó Katie gateando hasta el sofá para tirar del brazo de Claire—. No me dejes sola con estos dos en pleno concurso para ver quién la tiene más larga.

—Pero voy pedo —dijo Claire a medio camino entre el susurro y el balbuceo, logrando de algún modo subirse a mi regazo—. Y tengo... sueño.

—Con una profunda inhalación, me pasó un brazo alrededor del cuello—.

Mmm... —Me acarició el pecho con la mejilla y con la mano libre me agarró la camiseta antes de susurrar—: Llévame a la cama, Gerard.

En cualquier otra circunstancia, oírla decir eso me habría hecho estremecer. Pero en esa ocasión, en mi interior surgió una enorme oleada de culpa que casi me hizo recobrar la sobriedad.

—El suelo no para de dar vueltas, Gerard —comentó con hipo—. Mmm... No me dejes caer.

«Joder».

¿En qué coño estaba pensando para dejarla beber whisky?

—Te tengo, Claire —afirmé para calmarla haciendo un esfuerzo de la hostia por mantenerme sobrio mientras me ponía en pie y me la llevaba—. Conmigo estás a salvo, nena.

—Lo sé —convino con un suspiro de satisfacción y los ojos aún cerrados—. Eres mi mejor amigo.

Pasando por completo de Hugh, que seguía lanzándome puñales con la mirada, me puse a caminar en una línea impresionantemente recta, teniendo

en cuenta las circunstancias, hacia la escalera.

Yo estaba lejos de ser un borracho responsable. En general, era el amigo del grupo al que había que cuidar.

Pero esa noche era diferente.

Esa noche tenía que comportarme como un hombre.

Porque estábamos hablando de Claire.

—Ya casi estamos —la animé cuando llegamos al rellano—. Unos pasos más —dije deteniéndome para abrir la puerta— y podrás dormir en tu cómoda camita.

—Contigo.

—Si eso es lo que quieres... —contesté sentándola al borde de la cama.

—Eso es lo que siempre quiero —balbuceó yéndose hacia los lados.

—Entonces me quedo —confirmé llevando rápidamente a Cherub y a los bebés a su cesta—. Dormiré aquí contigo.

—Vale —dijo con hipo—. Porque voy superborracha.

—Sí, nena, ya lo sé. —Ahogándome en la culpa, volví junto a ella—. Te pondrás bien. —Le agarré los pies y tiré suavemente de sus botas Ugg antes de lanzarlas a su caja de zapatos—. Por la mañana estarás fresca como una rosa. —Me acerqué al tocador y saqué la diadema que sabía que usaba por las noches—. Y te freiré algo rico y crujiente.

—Podría vomitar —confesó—. Tengo el estómago revuelto.

—El vómito se me da bien. Mientras no me eches sangre encima, todo en orden —respondí sentándome a su lado—. A ver, ¿cómo se pone esto? —Concentrándome al máximo, le puse con cuidado la diadema en la cabeza como haría ella si pudiera.

—Átame el pelo hacia atrás, porfa —me indicó con voz débil medio desplomada sobre mi hombro—. Por si —agregó antes de que se le volviera a escapar el hipo— vomito.

—Ufff, mierda, muñequita —Le quité el grueso coletero de la muñeca e intenté recogerle los rizos en una desenfadada coleta—. Me pones en un

aprieto.

—Siempre eres mi héroe —susurró entre risas—. Tan guapo...

Alcé las cejas ante el cumplido.

—Pues gracias.

—Es verdad —afirmó con tono serio mientras se erguía para deslizarme un dedo por la mejilla—. Eres muy guapo.

—Ya me habían dicho que tengo cierto encanto juvenil que los abdominales cincelados y la mandíbula prominente no consiguen mitigar.

—Y bobo —dijo arrastrando las palabras—. Superbobo.

—Te quiero. —Las palabras se escaparon de mi boca por su propia voluntad. Forzando una sonrisa, le pellizqué de forma juguetona la mejilla antes de añadir—: Mi conejita abrazable.

—Pues muchas gracias —repuso haciendo una pausa para el hipo—, mi monito patatero.

—¿«Monito patatero»? —me reí—. ¿Eso es lo único que se te ocurre?

—Sí. —Se echó a reír y luego se retorció como si tuviera dolores físicos—. ¡Dios, no!

—¿Qué pasa? —pregunté sorprendido por su repentino cambio de humor

—. ¿Estás bien?

—Estoy muy triste, Gerard.

Cuando pronunció esas palabras, fue como si el corazón se me parara y se acelerara a la vez.

—¿Estás triste? —Al instante, sentí el impulso primario de arreglar las cosas. «De hacerla feliz»—. ¿Por qué, nena?

—Ufff... —Gimoteando de incomodidad, se cubrió el rostro con las manos y se inclinó hacia delante—. Da igual.

—Hey... hey, Claire, mírame. —Me agaché delante de ella, le aparté las manos y la obligué a mirarme—. Cuéntamelo.

Sus ojos marrones se clavaron en los míos. Estuvieron perdidos y desenfocados durante un buen rato hasta que encontraron agarre en nuestra

mirada.

—Pues porque sí.

—¿Porque sí? —repetí todavía con su cara entre mis manos.

—Porque no me quieres como es debido —susurró dejando caer la mejilla sobre mi tacto—. Como necesito que me quieras. —Alzó las manos y las puso sobre las mías—. Como te quiero yo a ti.

Si antes pensaba que el corazón se me iba a romper, oírla hablar con aquella vulnerabilidad directamente hizo que estallara en mil pedazos dentro de mi pecho.

—Eso no es verdad —repliqué aclarándome de manera brusca la garganta—. Te quiero de muchas formas diferentes.

—Entonces ¿por qué? —preguntó arrastrando las palabras—. ¿Por qué no me besas?

«Porque estoy cagado de miedo».

—Claire.

Lanzó un suspiro tembloroso y se acercó.

—No lo hagas —le supliqué cuando su boca estaba a punto de rozar la mía.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué —le espeté apoyando la frente sobre la suya con el pecho agitado y el cuerpo temblando en una combinación de lujuria y terror —. Lo cambiará todo.

—¿Tan terrible sería eso?

¿Cómo iba a explicárselo a ella si apenas era capaz de entenderlo yo mismo? Deseaba sentir afecto y a la vez tenía el impulso de escapar de él. Joder, igual mamá tenía razón y necesitaba más sesiones con Anne, porque estaba claro que esa noche la vida no me estaba yendo muy bien.

—Sí —admití por fin con el corazón desbocado—. Para ti.

—No puedo esperar eternamente, Gerard —susurró con un tono que destilaba tristeza mientras se echaba poco a poco hacia atrás—. Duele

demasiado.

Dolor.

En ese momento me envolvía.

—Lo sé —me obligué a decir mientras mi corazón le gritaba al suyo que esperara un poquito más.

24

Al abordaje de la escalera de Jacob y la rueda laboral

Claire

—Sigo esperando, chicas —canturreé mientras dejaba tres tazas desechables de chocolate caliente sobre la mesa con la que mis amigas habían conseguido hacerse en nuestra cafetería favorita la tarde siguiente—. Decidme lo superorgullosas que estáis de mí.

—¿Súper? —Lizzie puso los ojos en blanco y cogió su taza—. ¿Hemos vuelto a los cinco años o qué, Claire?

—No, todas tenemos dieciséis y nunca nos han besado —contesté alegramente sintiéndome mejor de lo que debería teniendo en cuenta el despiporre de la noche anterior.

Al parecer, tenía el estómago de un caballo y la inmunidad de una semidiosa.

«¿Quién dijo resaca?».

—Habla por ti —replicó mi cáustica amiga resoplando—. ¿Verdad, Shan?

—Liz. —Shannon ahogó una carcajada—. No seas mala.

—Vale —dije alargando la palabra—. Dejadme reformular lo que he dicho. Sois dos modernas mujeres de mundo colmadas de amor y

prácticamente casadas con vuestros viriles jugadores de rugby.

Shannon sonrió, pero Lizzie me miró horrorizada.

—Primero, estoy más cerca de los diecisiete que vosotras dos. Y, segundo, preferiría cagarme en las manos y luego hacer palmas a casarme con nadie —sentenció—. Menos aún con Pierce.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierta—. Pero si has escrito esta mañana diciendo que habíais vuelto.

Ella encogió los hombros sin darle mayor importancia.

—He hablado demasiado rápido.

—Pobre Pierce —musitó Shannon—. Le gustas de verdad, Liz.

—Ay, Shan, por favor. Lo que le gustan son mis tetas.

—¡Lizzie! —chilló tapándose la boca con una mano para ocultar la carcajada que se le iba a escapar.

—¿Qué? —Volvió a encogerse de hombros—. Es verdad. Y, en cuanto a ti, chica de los dulces dieciséis... —Hizo una pausa para señalarme con el dedo—. Sí que te han besado. —Guiñándome un ojo, añadió—: Dos veces.

—¡Ah, sí! —A Shannon se le iluminaron los ojos—. Jamie Kelleher, ¿verdad? En segundo, en la discoteca del instituto.

—Ufff, no me lo recordéis —gimoteé enterrando la cabeza entre las manos—. Fue una experiencia tan dura que preferiría serrarme el brazo a repetirla.

—Y no te olvides de Thor —agregó Lizzie con expresión de asco—. Él fue el primero. Claire dejó que ese bicho raro la tocara con su boca durante un juego de la botella mucho antes de que apareciera Jamie.

—Oye —dijimos Shannon y yo al unísono—. No es ningún bicho raro.

—No, solo está emparentado con uno —repuso Lizzie con un tono cargado de veneno.

Entrecerré los ojos a modo de advertencia.

—Liz.

—Así que para mí es un bicho raro.

—¡Por Dios, pareces un disco rayado!

—Vale, vale, vamos a cambiar de tema, chicas —se apresuró a intervenir Shan antes de que nos enzarzáramos en una discusión en toda regla.

Al fin y al cabo, no habría sido la primera vez.

En los últimos tiempos, Lizzie estaba de un humor turbulento, por decirlo suavemente, mientras que mi paciencia respecto a su mala actitud empezaba a resquebrajarse. Cuando intentaba hablar con ella sobre el corte que tenía en la pierna, se ponía hecha una furia. Cuando le decía que iba a hablar con su madre, se cabreaba aún más. Al final, después de hacerme el vacío durante una semana, Liz me había dicho en términos bastante claros que, si valoraba nuestra amistad, dejara de meter la nariz en sus asuntos.

Al parecer, no le importaba que Shannon sacara a relucir el tema, porque cuando ella lo intentaba no le respondía igual que a mí.

Entendía que Lizzie tuviera un problema con Gerard, pero me resultaba del todo irracional e infundado y, francamente, yo ya estaba harta de excusas. Empezaba a cansarme de que se desquitara conmigo. Su saco de boxeo siempre era yo. Nunca Shannon.

—Estoy superorgullosa de ti —afirmó Shannon sonriéndome desde el otro lado de la mesa—. Por conseguir el trabajo. Es una noticia estupenda, Claire.

—Gracias, tía. —Sonréí, por el momento calmada, mientras me atravesaba una oleada de orgullo. Como había pasado el tiempo y no había vuelto a tener noticias de la jefa de Hugh, supuse que no había habido suerte. Sin embargo, Kim me había llamado esa misma mañana para decirme que podía empezar a trabajar durante las vacaciones de mitad del trimestre. No era mucho dinero y solo tenía turno cada dos fines de semana, pero por algún sitio había que comenzar—. Tu amiga ya ha entrado oficialmente en la rueda laboral.

—Por gentileza del hermano de tu amiga —me recordó Lizzie antes de darle un sorbo a su chocolate caliente—. Hugh siempre te saca las castañas

del fuego.

—¿Y? —Moví la mano en el aire; me negaba a dejar que me provocara para tener otra discusión—. Para eso están los hermanos mayores.

—Sinead va a estar encantada —apuntó Shannon con la atención dividida entre mi cara y el teléfono que ocultaba discretamente bajo la mesa. No había que ser muy lista para saber a qué jugador de rugby le estaba enviando mensajes sexuales a hurtadillas. Al número 13. «Anda que no»—. Lleva esperando que consigas trabajo desde tu cumpleaños, ¿no?

—Sí, no ha dejado de tocarme las narices desde agosto. —Hice un gesto afirmativo con la cabeza—. Mamá siempre se ha tomado muy en serio que tanto Hugh como yo nos abriéramos camino por nosotros mismos. Cree que el hecho de que seamos lo suficientemente privilegiados como para no tener que trabajar hasta que termine el instituto no quiere decir que no debamos hacerlo—. Le di un sorbito a la bendición de chocolate que tenía delante antes de continuar—: Hugh también se puso a trabajar en cuanto cumplió los dieciséis.

—También como socorrista, ¿verdad?

—Ajá —asentí con energía—. Ambos estamos muy preparados y cualificados.

—Vaya... —Shannon se recostó en la silla con cara de estar impresionada—. Sabía que eras voluntaria en la piscina, pero no que estabas cualificada para ser socorrista.

—Sí, hice la prueba el día antes de mi cumple.

—Uala.

—No sé. —Hice un gesto con los hombros y le guiñé un ojo—. Hay familias que producen hurlers...

—Y otras producen nadadores —dijo completando la frase con una sonrisa.

—Es por lo que pasó cuando eran niños —afirmó Lizzie con los ojos clavados en el borde de su taza—. Por lo que le pasó a él.

—¿A Gibbsie y a su familia? —preguntó Shannon con tono suave.

Lizzie asintió rígidamente, pero tuvo la delicadeza de no soltar ningún comentario hiriente en ese momento.

—Fue el día de su primera comunión, ¿no? —Los azules ojos de Shannon se abrieron como platos—. ¿Estabais todos allí?

—Yo no —contestó Lizzie—. Pero Claire y Hugh sí.

—Después del accidente, mamá nos apuntó enseguida a clases de natación —expliqué notando cómo una familiar ola de tristeza se apoderaba de mis hombros al recordarlo—. Papá es un nadador de primera y mamá tampoco lo hace mal, pero quería que nosotros estuviéramos bien preparados. —Contuve un escalofrío, me coloqué un rizo detrás de la oreja y les sonréí a ambas—. Es una competencia básica en la vida y te ofrece la oportunidad de hacer algo por los demás.

—¿Por eso eres voluntaria en la piscina municipal?

Me encogí de hombros.

—No todas las familias pueden permitirse enviar a sus hijos a clases de natación —expliqué—. Es caro... Pero te quedarías horrorizada si conocieras las estadísticas de accidentes por ahogamiento en Irlanda.

—Bueno, es que vivimos en una isla.

—Por eso es tan necesario que el Gobierno haga algo al respecto —insistí tamborileando los dedos sobre la mesa mientras hablaba—. Debería haber cursos obligatorios de natación en los colegios de primaria de todo el país. A ver, el álgebra no va a salvarte la vida, pero el estilo de braza igual sí. Llevo desde cuarto escribiéndole al Consejo de Educación sobre este tema, pero nunca me han contestado como es debido —añadí arrugando la nariz con gesto de desaprobación—. Siempre dicen lo mismo: «Es decisión de cada colegio».

—Eso me hace estar muy orgullosa de ti —intervino Lizzie alargando la mano sobre la mesa para cubrir la mía—. Debes de haber escrito al menos setenta cartas desde cuarto. —Sonriendo, añadió—: Tu tenacidad es

admirable.

—Gracias, Liz —respondí apretándole la mano con afecto, con la reciente tensión ya olvidada, mientras veía brillar un destello temporal de la chica con la que había crecido a través de la oscura nube que la seguía a todas partes.

En ese preciso momento, se abrió la puerta de vidrio de la cafetería y entró un rostro familiar.

—¡Dichosos los ojos! —grité saludando con la mano mientras el mejor amigo de mi hermano observaba el entorno con su habitual mirada reflexiva de ojos azules antes de examinar nuestra mesa y dirigirse hacia nosotras—. Tengo la sensación de que llevamos una eternidad sin vernos.

—Me viste ayer en el instituto —repuso con una sonrisa.

—Pero últimamente no vienes por casa.

—Sí, lo siento. Ha sido una locura en la granja —explicó Patrick. Era increíble lo bueno que estaba para ir vestido con unas simples botas de agua, unos vaqueros gastados y una vieja camiseta blanca medio rota. Y la sobrecamisa rústica de color burdeos que llevaba era la guinda perfecta de un pastel muy apetecible. Tenía el pelo oscuro, una sonrisa tímida, la piel dorada por el sol y unos ojos azules llenos de ternura. La receta ideal para romper los corazones de las adolescentes—. Hola, Shan. Liz.

—Hola, Feely.

—Patrick.

—Tienes buen aspecto, Pa —decidí decirle subiendo y bajando las cejas con aire granuja—. Estás superatractivo.

—Joder. —Lizzie puso los ojos en blanco—. ¿Otra vez con el «súper» en la boca, Claire?

—¿Qué pasa? —Alcé las manos—. Es verdad.

Y no había sido la única en darme cuenta. Varias chicas de otras de las mesas que estaban repartidas por la cafetería habían girado la cabeza en dirección a él. Otras, pero si hasta Lizzie lo miraba.

—Gracias. —Soltó una risita con una tímida sonrisa y se metió la mano en el bolsillo para coger la cartera—. Voy a pedir, chicas, ¿queréis algo?

—No, estamos servidas —respondí en nombre de todas, y luego observé encantada cómo los ojos de Lizzie lo seguían hasta el mostrador.

Sí, sin duda estaba mirando a Patrick.

La única inmune a su atuendo de mozo de cuadra era Shannon, que estaba demasiado ocupada sonrojándose ante la pantalla de su teléfono como para echarle un buen vistazo.

—Es verdad que tiene buen aspecto —ratificó Lizzie por fin volviéndonos a prestar atención—. El próximo sábado por la noche le hará justicia a Gomez Addams.

—¡Dios mío, Liz! —chillé dando unos botecitos sobre la silla—. Te gusta Patrick. —Dando palmaditas con una alegría total y absoluta, me giré para ver mejor qué buen culo le hacían esos vaqueros—. ¡Claro que sí, tía! Apruebo la mejora.

Lizzie me miró boquiabierta.

—¿De qué estás hablando?

—¿Y te has dado cuenta de que ni siquiera huele mal? —me apresuré a añadir, ya rebosante de júbilo—. Lleva todo el día trabajando en la granja y no se le ha quedado ni un pegote de caca de vaca en las botas. Solo forraje recién cortado y algo de gasolina. —Con una sonrisa de oreja a oreja, proseguí—: Es una joyita, Liz. Pa es genial. Mucho mejor que Pierce, en mi opinión. —Arrugué la nariz con gesto de repulsa y agregué—: Y seguro que no desflora a las chicas en el asiento de atrás de su coche en las instalaciones de la asociación de hurling.

—¿Te gusta Feely, Liz? —inquirió Shannon con los ojos muy abiertos cuando por fin decidió dejar el teléfono y prestarnos atención—. ¿Cómo es que no me lo habías dicho?

—Bueno, a lo mejor porque no es verdad —sentenció Lizzie—. Está bueno, yo me he fijado, y ahora Claire está planeando la despedida de

soltera.

—Entonces ¿no te gusta? —preguntó Shannon confundida.

—No, me gusta... —empezó a decir, pero enseguida la interrumpí con gran entusiasmo.

—¡Bien! ¡Qué notición! —dije sin dejarla continuar.

—... como amigo —aclaró lentamente Lizzie. Se giró hacia Shannon y repitió las palabras—: Como amigo.

—Ah. —A su favor, diré que Shan parecía casi tan decepcionada como yo—. Bueno, es un tío muy majo —señaló con tono esperanzado—. Y amable y generoso...

—¡Y perfecto para ti! —añadí para aportar mi granito de arena, quizá con demasiado entusiasmo.

—Joder, dilo más alto, Claire —gruñó Liz—. No creo que las viejas de la mesa del rincón te hayan oído.

—Perdona —contesté con gesto avergonzado—. Pero lo único que quiero decir es que creo que estáis hechos el uno para el otro.

—Madre de Dios. —Lizzie se giró hacia Shannon—. ¿Puedes hacer algo con ella?

—¿Como qué? —preguntó Shannon riéndose.

—Lo digo en serio —continué con mi alegato—. Que tú y Patrick estuvierais juntos tendría toda la lógica. —Casi me sentía decepcionada conmigo misma por no haberlo pensado antes, pero ya nadie me iba a sacar la idea de la cabeza—. ¡Es la cantidad perfecta de calma para tu tormenta!

—Ponle un bozal o algo así —recomendó Lizzie ignorándome por completo.

—Como quieras. —Volteeé los ojos hacia arriba—. Sois perfectos el uno para el otro, pero no me creas si no quieres.

—¿Quién es perfecto para quién? —preguntó Patrick deslizándose sobre el banco junto a Shannon—. ¿O es mejor que no lo sepa?

—Eh... sí, sin duda es uno de esos casos en los que es mejor que no lo

sepas —repuso Shan mientras se hacía a un lado y bebía otro trago de chocolate caliente.

—Oye... Patrick —Sonriendo, me incliné sobre la mesa y fijé los ojos en él.

—Dime... Claire —dijo imitando la inflexión de mi voz mientras se abría una lata de naranjada y le daba un sorbo.

—¿Te estás viendo con alguien últimamente?

—¿Viéndome con alguien?

—Sí —asentí con impaciencia—. Con una novia o algo así.

—Ay, Dios —soltó Shan sofocada antes de lanzarse como una loca a por su taza.

Patrick me miró con cara de póquer durante un buen rato antes de arquear una ceja.

—¿Qué andas tramando, Baby Biggs?

—No le hagas caso —farfulló Lizzie justo antes de darme una buena patada por debajo de la mesa—. Esta mañana no se ha tomado la medicación.

—La verdad es que sí lo he hecho —contesté; luego, por aclararlo, añadí—: Me he tomado mi multivitamínico diario.

—Qué pena que no fuera un Valium —gruñó Lizzie—. O un tranquilizante de los fuertes.

—Yo también —apuntó Shannon—. También tomo multivitaminas, quiero decir. Pero yo tomo como unas tres diferentes. Edel compra un montón de productos para que los chicos y yo estemos sanos. —Sonriendo con gesto tímido, concluyó—: Supongo que me faltaban algunas vitaminas.

Era bonito ver y saber que mi amiga por fin estaba recibiendo ese amor maternal que siempre había merecido. Porque, francamente, nadie se merecía una vida mejor más que Shannon Lynch y sus hermanos.

—Ya no —respondió Lizzie de modo protector ofreciéndole a nuestra amiga una reconfortante sonrisa. Sí, podría decirse que todo nuestro grupo

de amigos la sobreprotegía un poco—. Ahora estás que te sales, Shan.

—Ya. —Se puso roja como un tomate—. Es verdad.

—¿Para quién es el otro refresco? —preguntó entonces Liz señalando la lata de naranjada sobrante que había sobre la mesa—. ¿O es que estás muerto de sed?

Patrick se disponía a responder justo cuando se abría la puerta del local.

—¡Gibsie! —dijo Shannon con una enorme sonrisa.

—Thor —escupió Lizzie como si esa palabra fuera veneno sobre su lengua.

—Menos mal —señaló Patrick dándose unos toquecitos en el reloj—. ¿Qué ha pasado con lo de «aparco y entro enseguida»?

—Yo no tengo la culpa. En esta ciudad el tráfico es una puta locura —declaró Gerard llenando la sala con su exuberante presencia—. He estado dando vueltas en busca de aparcamiento desde que te has ido.

Llevaba unos vaqueros azules y una camiseta blanca que se amoldaba a su cuerpo y enfatizaba esos impresionantes bíceps que había ido ganando durante la mayor parte de su adolescencia.

—Qué pena que no te hayas quedado dando vueltas en círculos alrededor de la Tierra —dijo Lizzie devolviéndome a la realidad y haciéndome regañir para mis adentros.

«Allá vamos».

—No empieces a tocarme las narices, Víbora —le advirtió Gerard acercándose con paso tranquilo a nuestra mesa—. He tenido un día muy estresante y no estoy de humor para tus gracias.

—Gilipollas, qué sabrás tú lo que es un día estresante —contraatacó—. Sin embargo, sí que podrías mejorar mucho mi día si desaparecieras.

—Ah, ¿sí? —replicó Gerard con los ojos desorbitados y destilando sarcasmo—. Bueno, en ese caso, mejor cojo una silla y me pongo cómodo.

Lizzie lo miró con los ojos entrecerrados.

—Muérete.

—Tú primero —contestó Gerard antes de alargar el brazo para alborotarle el pelo a Shannon en un gesto de cariño—. No agaches la cabeza, Shannon. —Le guiñó un ojo con complicidad—. Todo va genial.

—Hola, Gibbs —repuso Shannon claramente avergonzada por el arrebato de Lizzie.

A mí no es que me gustara cuando ella se le echaba encima así, pero ya no me hacía sentir incómoda.

«Solo cansada».

Alternando una vacilante mirada entre Lizzie y Gerard, Shannon le preguntó a este último:

—¿Estás... estás bien?

—Yo siempre estoy bien —respondió de un modo amable antes de dirigir su cegadora sonrisa hacia mí, haciendo que todos los huesos de mi cuerpo se volvieran gelatina—. Muñequita.

—Hola, Gerard —saludé intentando desesperadamente aparentar indiferencia, pese a que todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo cobraron vida cuando se deslizó en el banco junto a mí.

La mayor parte de la noche anterior no era más que una neblina borrosa, pero cuando desperté entre sus brazos esa mañana, sentí que algo había cambiado.

«Que era más profundo».

—¿Estás bien? —Ignorando al resto de nuestros amigos, Gerard apoyó el antebrazo sobre la mesa y se giró hacia mí, prestándome total atención—. ¿Cómo va la cabeza?

A veces era difícil saber a qué atenerme con Gerard, porque no sabía con certeza qué versión suya tenía delante. Cuando estábamos solos por la noche, se mostraba como el chico vulnerable al que yo llevaba toda la vida adorando. Cuando estábamos con amigos, predominaba la versión en la que estaba muy seguro de sí mismo y todo le importaba una mierda. Esa versión en particular, por exasperante que pudiera llegar a ser, resultaba

innegablemente sexy. Atractiva a rabiar.

—Estoy genial —respondí sintiendo que me deshacía en el ardor de su mirada. No podía evitarlo. Era imposible no derretirse cuando un chico te miraba a los ojos con aquella intensidad—. Nunca he estado mejor.

—Entonces ¿todo bien entre nosotros? —preguntó con sus enormes ojos grises clavados en mí.

Cuando alargó el brazo y me colocó un rizo rebelde detrás de la oreja, juro que se me escapó un ruidoso suspiro, que, debía admitir, no era tan embarazoso como un gemido.

Y otras veces había gemido.

«Muchas».

—¿Eh? —pregunté dejando atrás mis pensamientos cuando me di cuenta de que esperaba mi respuesta—. ¿Por qué no íbamos a estar bien?

—Dímelo tú.

—No tengo ni idea —resoplé conteniendo un escalofrío.

—Vale. —Hizo un amago de sonrisa—. Eso es lo que necesitaba saber.

Confundida por los derroteros que tomaba la conversación, solté lo primero que se me pasó por la cabeza:

—¡Tengo trabajo!

—¿Trabajo?

—Sí. —Recobré la compostura, me aclaré la garganta y sonreí—. ¿Recuerdas aquella entrevista a la que fui en verano? ¿Una que hice para ser socorrista a tiempo parcial en el hotel con Hugh? Bueno, pues su jefa me ha llamado esta mañana. —Encogiéndome de hombros, exhalé otro trémulo suspiro y forced una sonrisa—. Me ha contratado.

—¿En serio? —La sonrisa que Gerard lucía creció hasta alcanzar unas proporciones épicas—. ¡Me alegra mucho, mi sirenita!

—Sí —dije contra su pecho cuando me atrajo hacia él para darme un gigantesco abrazo de oso. Sin poder contenerme, inhalé profundamente dejando que mis sentidos se llenaran de su delicioso y característico aroma.

No me importaba si quedaba raro. Ese chico olía a gloria—. Empezaré durante las vacaciones de mitad del trimestre.

—Eres increíble. —Riéndose entre dientes, se echó hacia atrás para mirarme—. Escúchame bien, muñequita. —Cogió mi rostro entre sus manos, se acercó y apoyó su frente contra la mía con los ojos llenos de emoción—. Estoy la hostia de orgulloso de ti.

—Ay, venga ya —reprobó Lizzie desde el otro lado de la mesa—. Ha conseguido un trabajo a tiempo parcial, Thor. No ha llegado a socia de un bufete de abogados. Un poco de perspectiva, por favor.

—Es importante —argumentó Gerard, mordiendo el anzuelo, mientras se giraba hacia atrás para mirar al resto de nuestros amigos—. En realidad es importante de cojones.

—Claro, di que sí.

—Parad ya —indicó Patrick con calma haciendo girar la anilla metálica de su lata a un lado y a otro—. Si no sois capaces de ser civilizados entre vosotros, hacednos un favor a todos e ignoraos mutuamente.

—¿Qué? —protestó Lizzie a la defensiva—. Se comporta como si a Claire le hubiera tocado la lotería.

—¿Y eso por qué te molesta? —preguntó Gerard—. ¿Qué te pasa, Víbora? ¿Por qué no puedes alegrarte por ella?

—Gerard —gruñí dándole un codazo—. No la llames así.

—Claro que me alegro por ella —soltó Lizzie—. Pero estás montando un numerito solo para conseguir bajarle las bragas. Eres un fullero y te estoy vigilando, gilipollas.

—Se te va la pinza.

—Y tú eres un capullo inútil.

—En realidad tengo trabajo, así que inútil del todo no soy.

—Ya —resopló—. Un compasivo puesto en la pastelería de tu mami.

—¿Y tú dónde trabajas, Liz? —preguntó Gerard—. ¿Eh? ¿Qué cojones estás haciendo con tu vida?

—La verdad es que hemos estado haciendo de canguro —apuntó Shannon tratando de diluir la situación.

—¿De canguro? —Gerard alzó una ceja—. ¿Juntas?

—Eh... sí —confirmó Shannon con las mejillas sonrosadas—. Es un pequeño negocio en el que empezamos a trabajar durante el verano. —Sonriendo, añadió—: Está comenzando a despegar.

—¿Tienes algún problema con eso, Thor? —se apresuró a preguntar Lizzie mirándolo fijamente.

—¿Con que Shannon haga de canguro? —Negó con la cabeza—. Ninguno. Es perfecta para el trabajo.

—¿Así que el problema es solo conmigo?

—Solo contigo.

—Chicos —dijo Shannon con un hilo de voz poniendo sus manos sobre las de Lizzie—. No, por favor.

—¿Me lo explicas?

Se reclinó en su asiento y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No te dejaría a cargo de mi erizo, así que menos aún de un niño.

—¿Por?

—Porque soy bueno juzgando el carácter de la gente.

—¿Y eso qué significa?

—Pues exactamente eso.

—¿No crees que sea capaz de cuidar de un niño?

—No.

—Si mal no recuerdo, mi hermana te hizo de canguro bastantes veces cuando éramos niños.

—Gracias por transportarme al pasado.

—Y te gustaba que lo hiciera.

—Sí?

—¡Por Dios, chicos! —solté levantando las manos en señal de frustración

—. Dejadlo ya, ¿vale?

—¡Déjalo tú! —me espetó Lizzie devolviéndome una mirada aún más furiosa que la mía—. Deja de permitir que ese gilipollas te pase por encima.

—No lo hace —gimoteé implorándole con los ojos que me escuchara.

—¡Claro que sí!

—¿Dé que mierda estás hablando? —repuso Gerard pasándose una mano por el pelo—. He felicitado a nuestra amiga por conseguir su primer trabajo. Sí, «nuestra amiga». Que yo sepa, eso no es un método de seducción. Pero ¡aun así tú te las arreglas para perder los estribos!

—No intentes hacerme quedar como una loca, Thor —le contestó Lizzie—. Todos sabemos lo que estás haciendo. Lo que pasa es que soy la única que tiene los huevos de decirlo.

—Lizzie, yo no intento hacerte quedar como una loca —replicó Gerard con los ojos desorbitados—. No hace falta, porque toda la puta peña sabe que eso está más claro que el agua.

—¡Gibs! —exclamó Patrick—. No te pases, tío.

—No —contraatacó Lizzie llena de ira—. Pasarse sería decirle que Peter Biggs se equivocó de hijo al salvarlo a él del ag...

—¡La, la, la! —cantó Shannon a un volumen frenético tapándole la boca a Lizzie con una mano—. Las palabras permanecen, Liz. Por favor, no lo digas.

—Déjala —pidió Gerard mientras se reclinaba en su asiento y la fulminaba con la mirada—. Venga, Víbora. Acaba la frase. Desahógate.

—¡No! —suplicamos el resto al unísono antes de contener el aliento, a la espera de que se armara la de Dios.

—No me hace falta decirlo —respondió al fin Lizzie con los ojos clavados en Gerard—. Por la cara que pones, ya sabes que es verdad.

Shannon gimoteó y Patrick dejó caer la cabeza entre las manos. Mientras tanto, mi mandíbula casi llegaba hasta el suelo.

—¿Cómo has podido decir eso, Lizzie Young? —susurré con rabia—. ¿Cómo has podido? —Cuando vi que no hacía ademán de responder, me

giré hacia el chico que estaba sentado junto a mí—. Gerard. —Se estaba poniendo de pie—. No, Gerard, no... Espera un minuto, ¿vale?

No esperó.

Tampoco respondió.

Simplemente se quedó de pie en silencio y luego se marchó.

Ni siquiera dio un portazo al salir de la cafetería.

—Qué mal... —gimoteó Shannon todavía cubriendo la cabeza con las manos—. Pero qué mal...

—Sí —concedió Patrick con tranquilidad—. Un espectáculo de mierda.

—Tienes que pedirle perdón —dijo clavando los ojos en Lizzie desde el otro lado de la mesa—. Sal fuera y pídele perdón a ese chico.

—Cuando las vacas vuelen.

—Lo digo en serio, Liz —insistí llena de furia—. Ahora mismo.

—Mira lo que te digo, Claire —contestó acaloradamente—. ¡Le pediré perdón por lo de su hermana cuando él me pida perdón por lo de la mía!

—Dios mío. —Quería gritar—. Caoimhe no tiene nada que ver con cómo le acabas de hablar.

—Claro que tiene que ver —soltó Lizzie con voz ahogada y lágrimas en los ojos—. Caoimhe tiene que ver con esto y con todo.

—Tanto tú como Gibbsie habéis perdido a vuestras hermanas —intentó razonar Shannon—. Liz, tú más que nadie sabes lo que eso duele. Te paraliza a diario. Pues Gibbsie se siente igual.

—Puede ser —admitió, pero su tono seguía cargado de veneno cuando soltó—: ¡La diferencia es que yo no tuve nada que ver con la muerte de su hermana y él tuvo mucho que ver con la de la mía!

—¿Por qué dices eso? —preguntó Shannon—. Liz, no era más que un niño cuando Caoimhe murió. Un crío, como todos nosotros.

—Preguntadle a su hermano.

—Hermanastro —intervino Feely con calma.

—Vale —espetó Lizzie con rabia apretando los dientes—. Preguntadle a

su hermanastro.

—¿A Mark?

—Y ya que estáis, ¡preguntadle por qué ese monstruo estuvo liado con mi hermana! —Con las fosas nasales dilatadas, escupió—: Preguntadle quién tuvo la culpa de eso.

—Se acabó. No puedo más. —Moviendo la cabeza hacia los lados, alcé las manos resignada y me levanté del banco—. De verdad que ya no puedo seguir haciendo esto contigo. Sé que eres buena persona, Liz, o, al menos, sé que ahí dentro hay una buena persona, pero ya me he cansado de estar en primera línea defendiendo tus acciones cuando ni siquiera estoy de acuerdo con ellas.

—Nunca te he pedido que hicieras eso por mí.

—No ha hecho falta, porque eso es lo que hacen las amigas, pero esto ya huele y yo me estoy haciendo mayor.

—¡Espera, Claire! —gritó Shannon detrás de mí—. No te vayas. Vamos a sentarnos y hablarlo.

—No, habla tú con ella siquieres. Yo ahora mismo necesito estar lejos de ella, Shan —dije por encima del hombro mientras me dirigía hacia la salida. Y es que, si no me apartaba de nuestra amiga, iba a explotar—. Te llamo luego, ¿vale?

25

Yo siempre estoy bien

Gibsie

«Pasarse sería decirle que Peter Biggs se equivocó de hijo al salvarlo a él del agua aquel día».

«Se ahogó la que debería haberse salvado».

«Se salvó el que debería haberse ahogado».

Con el cuerpo rígido, me quedé sentado en el asiento del conductor de mi coche, con las manos agarradas al volante y los ojos fijos en el pasado mientras luchaba por contener la ola de recuerdos que amenazaba con ahogarme.

Lizzie había dado en el clavo con lo que había dicho... y con lo que no. Al final todo se reducía al hecho de que Bethany había muerto ese día, cuando en realidad debería haber muerto yo.

Lizzie no había dicho nada que yo no supiera.

Se equivocó.

Se equivocó.

¡Yo era una puta equivocación!

Mi hermana se había caído por la borda por mi culpa.

Porque la había estado molestando con un estúpido láser de juguete que había sacado esa mañana de una bolsa de la suerte.

Podía haberla dejado jugar con el puto láser. Ni siquiera era de los

buenos. Podía haber reemplazado aquella baratija en el bazar por cincuenta peniques. Aquel día había ganado bastante dinero. Más de doscientas libras en las cartas que había abierto. Unas cartas que habían significado muchísimo para mí por la mañana y que por la noche ya no significaban absolutamente nada. Podría habérselo dejado a Beth. Podría haberle comprado una bolsa de la suerte para ella. Pero no lo hice.

No, porque preferí ponerme a fanfarronear delante de Hugh.

No tenía por qué apuntar con el láser rojo al delfín que iba persiguiendo el barco, pero lo hice.

Eso fue lo que hice.

«Yo».

Cuando mi hermana se cayó por la borda por ir detrás de aquella estúpida luz roja, mi fraternal instinto de protección me hizo saltar tras ella. No me paré a pensar lo que estaba haciendo, ni tampoco el hecho de que no sabía nadar. No me di cuenta del peligro en el que estaba poniendo a toda mi familia. Simplemente vi cómo mi hermana se caía por la borda y reaccioné por instinto.

Si hubiera usado el cerebro y me hubiera quedado en el barco, papá habría podido poner a Bethany a salvo sin la distracción y el agotamiento que le supuso intentar salvarme a mí también. Pero, en lugar de eso, cometí el mayor error de mi vida y fui el causante no solo de la muerte de mi hermana pequeña, sino también de la de mi padre.

Sin duda, aquel había sido el peor día de mi vida, porque sabía que yo era el responsable. Tanto de la muerte de mi hermana como de que mi padre se agotara en el agua tratando de mantener a sus dos hijos a flote. Fui yo el que se le escapó de entre los brazos haciendo que soltara a Bethany.

«Yo».

Echaba de menos a mi padre hasta el punto de que a veces me costaba respirar, y a menudo me sentía como si aún estuviera en el agua con él. Por la noche, pensaba mucho en lo que había sentido al tocarle la mano por

última vez. En cómo me agarraba. En su tacto. En el frío. En la sensación resbaladiza cuando me soltó y tiraron de mí hacia la superficie. Ahí acabó todo. Él se hundió y yo subí. No era justo. Él era mejor persona de lo que yo jamás llegaría a ser.

En lo que respecta a Bethany... Intentaba no pensar en ella en absoluto. Me dolía demasiado. Cuando la dejaba entrar en mi mente, cuando liberaba los recuerdos de mi preciosa hermanita y los reproducía en bucle en mi cabeza como una película en blanco y negro de los años cincuenta, me sentía tan culpable que luego me quedaba paralizado en la cama durante días.

Si pudiera pedir un solo deseo en la vida, sería retroceder en el tiempo. Para poder cambiar lo que ocurrió aquel día. Para volver atrás y negarme en redondo a subir a aquel puto barco. Para tirar a la basura aquella mierda de láser que me había tocado en la bolsa de la suerte.

Para cambiar el pasado y así poder arreglar el presente y crear un futuro que mereciera la pena recordar.

Pero como Dios no concedía deseos, y yo no tenía ninguna lámpara mágica ni ningún genio azul a mi disposición, hice lo que me pareció mejor en esas circunstancias y me obligué a mí mismo a olvidar.

A no recordar nada.

Ni lo que pasó aquel día en el barco.

Ni lo que pasó después.

Nada.

Canalicé hasta la última pizca de energía en borrar mis recuerdos. Si no podía cambiar el pasado, al menos podría obligarme a olvidarlo.

—¡Gerard! —oí que me llamaba la familiar voz de Claire sacándome de mis pensamientos y devolviéndome al presente de golpe—. ¡Espera!

Su voz atravesó mis sentidos como una bola de demolición, haciendo que la venenosa niebla de mi pasado, que no había dejado de pisarme los talones, se disipara a desgana. No me giré para saludarla, pero tampoco me

fui conduciendo.

«No podía».

Opté por disfrutar de su presencia, que era como un luminoso rayo de sol que ahuyentaba la oscuridad.

—No es verdad —anunció sin aliento mientras se subía al asiento del copiloto un instante después—. Lo que ha dicho Liz ahí dentro... —Respiró hondo varias veces y se puso de lado para mirarme—. No hay ni una sola palabra que sea cierta.

«Algunas sí».

—No importa —empecé a decir, pero ella me cortó enseguida.

—Claro que importa. —Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas por el esfuerzo que había hecho al acudir corriendo desde la cafetería—. Importa porque tú importas, y sé que te gusta obcecarte con algunas cosas de vez en cuando, pero prométeme que me crees cuando te digo que no ha dicho más que tonterías ahí dentro.

—Nada de lo que dice Lizzie me hace daño.

—Bueno, pues eres una persona más fuerte que yo, porque a mí sí.

—Todo va genial, muñequita —repliqué esforzándome por sonreír mientras en mi interior luchaba por controlar mis emociones—. Estoy bien. —Pasándome la lengua por los labios, llevé la mano hasta la llave que había en el contacto, pero me temblaba demasiado como para usarla—. Todo... eh... —Lancé un agitado suspiro y cerré la mano en un puño para calmar los temblores antes de volver a intentarlo—. Todo va bien. —En esa ocasión, al girar la llave, el motor respondió poniéndose en marcha—. Estoy bien.

—Gerard. —Su tono era dulce, demasiado como para lidiar con él en ese momento, y, cuando me cubrió la mano que tenía apoyada sobre el cambio de marchas, casi pierdo los papeles—. No pasa nada si no estás bien.

—Vale, pero es que estoy bien —repetí sin desviar la atención de la carretera que tenía delante mientras nos adentrábamos en el tráfico

vespertino de Ballylaggin—. Yo siempre estoy bien.

—Ya lo sé, Gerard —convino con tristeza entrelazando sus dedos con los míos—. Ya lo sé.

Joder, no merecía su amistad. Esa chica me entendía. Había estado allí aquel día, en el barco, viendo cómo mi mundo implosionaba a mi alrededor. Sabía tan bien como el resto de las personas que iban en él que yo era el responsable de lo sucedido, y aun así me cogía la mano.

—¿Sabes lo que creo que pide un día como este? —preguntó Claire rompiendo por fin el silencio mientras aparcábamos en la entrada de mi casa un rato después.

—No sé, muñequita —respondí para darle el gusto—. ¿Qué pide el día de hoy?

—Sofá, manta y un cuenco gigante de palomitas —hizo una pausa para sonreírme— y una reposición de Johnny y Baby.

—Uy, no, no, no —contesté negando con la cabeza—. Ni de coña.

—Uy, sí —Sonrió aún con más ganas y asintió vigorosamente—. Dalo por hecho.

—No, de verdad. —Hice un gesto de negación con su mismo énfasis—. Mi cerebro no podría soportar otra reposición de *Dirty Dancing*. Explotaría.

—Ay, no seas tan dramático. —Se rio y me dio un manotazo en el brazo—. La hemos visto solo un par de veces.

—Claire —gruñí, incapaz de ocultar la indignación de mi voz, ya que su obsesión con Johnny Castle era muy parecida a la que tenía con Johnny Depp: muy poco saludable y cada día peor—. He visto esa peli tantas veces contigo que podría recitarla palabra por palabra. —Volví a negar con la cabeza—. No, lo siento. No puedo.

—¿Y qué diferencia hay con tu obsesión por *Cadena perpetua*? —repuso con un tono igual de frustrado que el mío causado por mi negativa a someterme a su voluntad, algo que ambos sabíamos que acabaría haciendo—. Si te vuelvo a escuchar superponiendo tu voz a la de Morgan Freeman,

voy a llorar.

—Claire —la miré horrorizado—, no puedes comparar esas dos películas. —Con los ojos entrecerrados, añadí—: Y mi imitación de Morgan Freeman es espectacular.

—Sí —afirmó con un bufido—. Espectacularmente mala.

—¡Ah! —Inhalé de forma abrupta—. Dijiste que te encantaba mi imitación de Morgan Freeman.

—Ya, bueno, te mentí. —Soltó una carcajada y se inclinó sobre la caja de cambios para hincarme un dedo en el estómago—. En realidad te pongo un suspenso como una catedral.

—¿De bonito?

—De grande.

—Pues las catedrales son preciosas.

—Supongo que es una manera de verlo, Gerard. —Se rio—. Por supuesto, estaría dispuesta a subirte la nota si me dieras lo que quiero.

—Uy, profe —ronroneé con voz traviesa una vez que el ambiente se había relajado significativamente entre nosotros—. Dígame cómo.

—Con una tarde de arrumacos en el sofá dándonos un atracón. —Batiendo las pestañas de sus enormes ojos marrones hacia mí, sonrió de un modo angelical y dijo—: Nos ponemos encima a los gatitos y a Johnny y a Baby en la pantalla plana.

—Joder. —Moví la cabeza hacia los lados con resignación—. ¡Venga, vale, vale! Pero esta es la última vez, Claire.

—¡Bieeen! —jaleó con júbilo dando palmas con las manos—. ¿Lo ves? Sabía que al final entrarías en razón.

—Ya —resoplé—. Como si hubiera tenido elección.

—Ay, déjalo ya —se burló inclinándose desde su asiento para darme un beso en la mejilla—. Sabes que me quieres.

Sí, y tenía la impresión de que todo el mundo lo sabía.

—Mira, es que no me veo... —Con los brazos en jarras, contemplé mi imagen en el espejo sin la menor emoción. Había visto comedias románticas, había comido palomitas... básicamente, había hecho lo que ella me había pedido durante toda la tarde, pero, joder, en algún sitio tenía que poner el límite, y me daba la impresión de que disfrazarme podía ser ese límite—. Puedo sacar adelante muchas cosas en esta vida, muñequita, pero está claro que un look con vinilo no es una de ellas.

—No seas tonto, Gerard —respondió Claire sentada en la alfombra. Sujetando una aguja de coser entre los labios, tiró de la cinturilla de mis pantalones intentando inútilmente abrochar el botón—. Te quedan bien.

—¿Bien? ¡Mírame, nena! —exigí señalando el horrible disfraz que, no sé muy bien cómo, había logrado coser alrededor de mis extremidades inferiores—. ¡Parezco el hijo ilegítimo de Jon Bon Jovi y el hombre Michelin!

—Gerard, de verdad, te quedan bien —dijo con tono persuasivo dejando a un lado el hilo y la aguja para poder usar ambas manos en el combate contra mis pantalones—. Estás supersexy.

—Sí, y una mierda —resoplé—. ¡Claire, se me ve la base de la polla! —Con ojos desorbitados, señalé el más que obvio descuido de su diseño—. Ya sé que no se me ve el miembro entero, pero se ve el vello púbico y eso no debería pasar, ¿no?

—No, no debería. —reconoció Claire con cierta virulencia mientras seguía batallando contra el botón de los pantalones—. Pero estoy esforzándome por arreglarlo, ¡así que deja de comportarte como un crío y mete barriga, jolín!

—¿Quieres que muera?

—¡Quiero que encojas el perímetro de tu cintura para poder abrochar este estúpido botón!

Lancé un furioso gruñido y la obedecí a regañadientes. Otra vez.

—Mierda, no cierra —gimoteó con frustración.

—¡Lo sé! —grité en respuesta—. ¡Porque tengo una polla y dos huevos con los que está claro que no contabas cuando diseñaste estos pantalones para el despollado de Ken!

—Puaj, Gerard, no uses la palabra «polla».

—¿Prefieres «nabo»?

—No, tampoco quiero que hagas símiles con hortalizas. Di «pilila».

—Vale —solté fulminándola con la mirada—. Pilila.

—¡Aaah! —Con un gritito agudo, Claire se puso de pie y dio un pisotón en el suelo—. Es inútil. —Presionándose una mano sobre la frente, se dirigió hacia la cama y se dejó caer de morros sobre el colchón de forma dramática—. He fracasado.

—No, no, no es verdad —mascullé caminando hacia ella como un pingüino para consolarla—. La culpa es de mi polla.

—Pilila.

—Pilila —corregí hundiéndome en la cama junto a ella. Un fuerte sonido de desgarro seguido por una repentina ráfaga de aire frío contra mis pelotas me hizo ver que sentarme sobre vinilo barato era una terrible decisión—. Ay, mierda. Creo que tenemos un código azul en mis huevos, muñequita.

—Olvídalo —se lamentó Claire bajo el edredón—. Quítatelos y quémalos. Este año no hace falta que nos disfracemos.

—Oye, podría llevar unos pantalones negros normales —propuse—. Como los que lleva él en la película. —Me tumbé de lado y le recorrió la espalda con el dedo—. Venga. No estés triste.

—Ya, pero he trabajado mucho en estos disfraces.

—Lo sé —dije con tono tranquilizador retirándole el pelo hacia un hombro, lo que reveló una oreja de formas perfectas con tres diminutos piercings en el lóbulo—. Venga, muñequita. Mírame.

—Quería que fuera perfecto. —Sorbiéndose la nariz, Claire levantó la cabeza y me echó una mirada—. Eso es todo.

—Ya veré cómo lo arreglo —me oí decir tratando de hacer que se sintiera

mejor—. Le llevaré los pantalones a Mami K y ella hará magia con ellos.

—¿En serio? —Unos enormes ojos marrones llenos de lágrimas no derramadas me lo agradecieron—. ¿Harías eso por mí?

—Por supuesto. —Usando el pulgar, le limpié una lágrima rebelde de la mejilla—. Haría lo que fuera por ti.

—Gracias. —Cogiéndome la mano entre las suyas, cerró los ojos y se reclinó sobre mi tacto—. Mejor amigo.

—No hay de qué. —Sentía que el corazón se me aceleraba hasta las mil revoluciones por minuto, porque, aunque fuera yo quien acunaba su cara en mi mano, era ella la que sostenía mi vida entre las suyas—. Mejor amiga.

26

Cotilleos e idioteces

Claire

—Vale, no te vas a creer lo que acabo de oír —declaró Lizzie cuando me encontró en la sala comunitaria de segundo de bachillerato el lunes siguiente por la mañana—. Es de los buenos. Te va a encantar.

A ver, sabía que el acceso a esa sala estaba estrictamente prohibido para gente de primero como yo, pero es que los de segundo tenían las mejores instalaciones de todos los cursos del Tommen. Cuando esa mañana me dejaron en el instituto nada más despuntar el alba, gracias al maniaco horario de entrenamiento de rugby del entrenador, le eché un vistazo a la sala comunitaria de primero y di media vuelta.

Tanto Gerard como Hugh, que eran los que solían llevarme al instituto, estaban haciendo esprints por el campo, mientras que yo disfrutaba a tope de sus lujosas infraestructuras.

Los de segundo tenían la sala comunitaria más grande, con los mejores sofás de piel, la mejor cocina, un baño con duchas y hasta una tele de pantalla plana.

Vale que la mayoría de mis amigos pasaban allí el día, puesto que el Tommen College era principalmente un internado, lo que explicaba las comodidades extra repartidas por las instalaciones, pero venga ya. Esto era llevar la extravagancia a un nuevo nivel. No me extrañaba nada que las

cuotas de inscripción costaran un ojo de la cara.

La miré mientras untaba mantequilla sobre una tostada y arqueé una ceja.

—¿Es esta tu versión de una disculpa por lo de ayer? —Manteniendo a propósito un tono de voz neutro, proseguí—: Porque me debes unas cuantas de esas, Liz.

—Puaj. Ya sabes que odio esa palabra. Además, lo que voy a contarte es mejor que una disculpa. —Tiró la mochila en uno de los sofás y se fue directa a la zona de la cocina—. Es un jugoso cotilleo. —Apoyada sobre la encimera que separaba la cocina del resto de la sala, sonrió—. Sobre cierta petarda de pelo rizado.

—¡¿Sobre mí?! —chillé perdiendo la pose de frialdad.

—Sobre ti —confirmó ella con una sonrisa de satisfacción.

Incliné la cabeza hacia un lado y analicé el rubor de sus mejillas y aquella extraña sonrisa que le cubría la cara.

—Vale. —Dejé el cuchillo de la mantequilla y, gesticulando con las manos, hice un gesto de reverencia—. Tú ganas, Medusa.

Con una sonrisa triunfal, Lizzie cogió una tostada y se acercó tranquilamente a nuestro sofá azul favorito.

—Bueno, pues cuando he salido del baño en el ala de segundo, se me ha caído el teléfono junto a las taquillas y he oído una conversación entre dos tíos —me contó dándole un mordisco a la mantecosa tostada mientras se sentaba a lo indio y se ponía cómoda—. Tienes un admirador, Baby Biggs.

Los ojos se me salieron de las órbitas.

—¿Sí?

—Ajá. —Masticando otro bocado de tostada, se tiró de un hilo que le sobresalía del pantalón azul marino del uniforme—. ¿O debería llamarlo «antiguo amor»?

—¿Eh? —La confusión y la curiosidad cobraron vida en mi interior, así que me dirigí hacia el sofá que había frente a ella, olvidándome de la tostada—. ¿Tengo un antiguo amor?

—Eso parece.

—Ay, Dios. ¿Quién es? —Desbordado por la emoción, mi cuerpo se retorcía expectante—. ¿Qué has escuchado?

—Te lo digo si cierras las piernas, idiota —replicó haciendo un gesto hacia donde me había sentado en el sofá, también a lo indio—. Llevas falda, Claire. Si te sientas así, todo el mundo puede ver de qué color llevas las bragas.

—Ay, venga ya, estamos las dos solas y llevo medias negras —mascullé, pero aun así le hice caso—. ¿Quién iba a saberlo?

—Ciento —convino puliéndose el último bocado de la tostada—. Son rosas... pero es cierto.

—¡Venga, Liz! —lloriqueé tamborileando los dedos sobre el regazo—. Dime qué es lo que has oído.

—Jamie Kelleher tiene pensado volver a pedirte que salgas con él. La miré con cara de póquer.

—¿Cómo dices?

—Jamie Kelleher —repitió más lento— quiere volver a pedirte que salgas con él.

—Ah, ¿sí? —Los ojos se me abrieron como platos—. ¿Quién lo dice?

—Él mismo —contestó—. Le dijo a su amigo junto a las taquillas que tiene pensado preguntarte si quieres ir al cine.

—¡Qué me dices! —grité alzando las manos—. Madre mía, ¿por qué?

—A lo mejor quiere repetir —apuntó con una sonrisita—. Y que esta vez Thor no lo sabotee.

—Pero aquello pasó en segundo. Éramos casi unos niños. —Me recorrió una ola de histeria moderada—. ¿Y no lleva saliendo con Chitra Govindarajan desde el año pasado?

—Ya no —anunció Lizzie—. Ella se fue a la Universidad de Brighton a finales de verano. Pero acabaron bien, lo que indica que Jamie sabe cómo tratar a una chica y no es un completo desgraciado como todos los demás.

—Menos cuando intentó meterme la mano por debajo del vestido en segundo en la disco —resoplé cruzándome de brazos—. Y esa noche Gerard no saboteó nada. Lo que hizo fue salvarme.

—Bueno, vale, pero como tú misma has dicho, de eso hace un millón de años; Jamie ha madurado mucho desde entonces.

—Ay, no sé, Liz —dije en voz baja mordiéndome el labio.

—Es listo, es atractivo. Está soltero. —Con una sonrisa radiante, se frotó las manos—. Y, lo mejor de todo, no es un jugador de rugby.

—Juega al ajedrez, ¿no?

Se me quedó mirando con cara inexpresiva.

—¿Y?

—Bueno, que no sé nada de ajedrez —espeté abriendo mucho los ojos—. Nuestros amigos juegan al rugby.

—Jugar al ajedrez requiere más habilidad.

—Liz, pero yo no entiendo de ajedrez —repliqué poniéndome nerviosa—. Entiendo de rugby.

—Es buen tío, Claire —insistió—. Y, cuando te pida para salir, creo que deberías decirle que sí.

—Ufff, no —solté con voz ahogada sintiendo que mi corazón se revolvía en señal de protesta tan solo de pensarla—. No puedo salir con Jamie.

—¿Por qué?

—Porque... —Como no me salían las palabras, volví a intentarlo—. Porque yo...

—¿Lo estás esperando? —Lizzie movió la cabeza hacia los lados—. Tienes que empezar a vivir tu vida, Claire.

—Ya la vivo —empecé a defenderme justo cuando la puerta de la sala comunitaria se abrió, dando paso a una cara familiar.

—Hablando de buenos tíos que no se venden al patriarcado —apuntó Lizzie cuando entró Joey Lynch, que, enfrascado en una conversación con dos de sus hermanos, conducía físicamente a uno de ellos hacia el interior

de la sala agarrándolo por el cuello.

—¿Qué te tengo dicho, chaval? —gruñía—. Mantente alejado de Twomey.

—Exacto —añadió Shannon acelerando el paso junto a sus hermanos—. No le des otra razón para que te expulse.

—Oye, Joe, yo no tengo la culpa de que ese capullo nos tenga fichados.

—Como un cachorro de león furioso entre las garras de su padre alfa, Tadhg se zafó de su hermano y lo miró con el ceño fruncido—. Está claro que nos la tiene jurada.

—Es el precio que hay que pagar por llevar nuestro apellido, chaval —replicó Joey—. Acostúmbrate.

—Es verdad —convino Shannon asintiendo enérgicamente—. No es justo, pero así es la vida para nosotros en este instituto.

—No solo en este instituto —repuso Joey sin alterarse—. Su nombre te va a seguir allá donde vayas, chaval, así que o te haces a la idea o haces algo al respecto.

—Y, cuando dice que hagas algo al respecto, no se refiere a que uses los puños —dijo Shannon mordiéndose el labio—. Pelear no resuelve nada, Tadhg.

—«Pelear no resuelve nada». —Crispado y con una tensión apenas disimulada, Tadhg se dirigió a los sofás y se sentó en el que estaba a mi lado—. No seas condescendiente.

—Buenos días, familia Lynch. ¿Cómo está mi trío de hermanos favorito? —canturreé con una sonrisa. Clavándole el codo a Tadhg en un costado, le guiñé un ojo—. ¿Cómo va el día, followero?

Tadhg me devolvió la sonrisa.

—Mucho mejor ahora que te veo, rubia.

—Perdón por traerlo aquí, chicas, pero no hemos tenido más remedio. —Mordiéndose el labio, Shannon rodeó los sofás y se dejó caer junto a su hermano—. Al parecer, tiene como un imán para los problemas.

—Eso me suena... —dijo Lizzie remarcando cada palabra—. ¿Qué tal, Joe?

—Buenos días —saludó Joey. Mascando un caramelo duro como un loco, dejó caer la mochila en el sofá que había junto al de Shannon antes de irse directo a la zona de la cocina.

No me hacía falta mirar para saber qué estaba haciendo Joey. Llevaba a cabo la misma rutina cada mañana desde que había llegado al Tommen. Ponía a hervir la tetera y se preparaba su dosis matutina de café añadiendo tres enormes cucharadas de gránulos solubles a una taza con media bolsa de azúcar. Sin leche. Sin nata.

Volvió al sofá con su taza, se sentó junto a Lizzie y removió el café con tal fiereza que a los demás nos quedó claro que estaba librando una batalla interior contra otro anhelo.

No era agradable saber que Joey lo pasaba tan mal, ser testigo de su lucha contra el demonio de la adicción que casi lo destruye, pero era increíblemente reconfortante ver cómo le pateaba el culo a ese demonio cada día y salía vencedor en la contienda.

Había aprendido enseguida que, en cuestiones de adicción, el futuro nunca estaba escrito, pero Joey conseguía ganar la guerra contra su mente un día tras otro, y eso era lo único que cabía esperar.

—Estaría mucho mejor si no tuviera que estar vigilando todo el rato a ese polvorín.

—Venga ya —resopló Tadhg—. Como si tú fuieras quién para juzgarme.

—Ser ese quién es precisamente lo que me permite juzgarte —argumentó Joey con calma—. No seas como yo. Sé mejor.

Eso pareció tranquilizar al Señor Actitud, porque en lugar de soltar una réplica ingeniosa, Tadhg se cruzó de brazos y clavó la mirada en el suelo con la frente arrugada, muy pensativo.

—¿Qué tal la familia, Joe? —pregunté encauzando la conversación hacia aguas más seguras, mientras le ofrecía una radiante sonrisa al hermano

superbuenorro de Shannon.

—Todos bien.

—¿Alguna foto nueva del rey de la casa?

—Uy, yo tengo un montón —soltó Shannon antes de plantarme su elegante teléfono delante de la cara—. ¿Ves qué sonrisita tiene en esta? —se apresuró a decir señalando a un querubín de aspecto angelical con una enorme sonrisa desdentada—. ¿No es la creación más preciosa que han visto vuestros ojos?

—Sin duda —concedí con entusiasmo.

—Está claro que lo ha sacado de su madre —apuntó Lizzie arrastrando las palabras.

—Está claro.

Una leve sonrisa coqueteó con los labios de Joey, pero era casi imposible verla por la perfección de su cara de póquer. No mostró ninguna emoción. Tampoco divulgó ningún dato. Puede que Gerard hubiera erigido muros alrededor de su corazón, pero los de Joey Lynch habían sido construidos utilizando los planos de la Gran Muralla china.

A pesar de todo, parecía tener una extraña camaradería con nuestra angustiada amiga. Probablemente a los dos les unía su odio mutuo hacia todo lo humano.

—Sí —intervino Tadhg con un gruñido—. Porque su padre tiene un aspecto de mierda.

—Ay, cállate ya —lo regañó Shannon.

—Podría decirte lo mismo —contraatacó Tadhg con el ceño fruncido—. Joder, últimamente lo único que oigo es tu voz.

—Tadhg.

—«Johnny, oh, Johnny, sí» —dijo imitando la voz de su hermana—. «Me encanta cuando me restriegas tus enormes y ovalados balones de rugby por la cara...».

—¡Tadhg!

—¿Y cuándo es el bautizo de AJ? —pregunté lanzándole un salvavidas a mi mejor amiga.

—Ni idea.

—¿No lo sabes? —Lo miré a él—. Joe, ya tiene casi dos meses.

—Sí —convino Shannon—. Y la tata Murphy nos contó que hay que bautizar a los bebés antes de las cuatro semanas. —Encogiéndose de hombros, agregó—: Por si acaso.

—¿Y? —dijo Lizzie de inmediato saliendo en defensa de Joey—. No todo el mundo cree en esa mierda, chicas.

—¿Qué mierda?

—La Iglesia.

—Ay, Dios. —La miré con la boca abierta—. Dime que no has dicho eso.

—Lo he dicho —replicó despreocupada—. Y, si os fijáis, no he caído fulminada por un rayo ni nada de eso. Curioso, ¿eh?

—Mola —se rio Tadhg entre dientes, claramente en la misma onda.

—Pues yo creo —declaré.

—Bien por ti. Cree en lo que te dé la gana. Simplemente no intentes imponérme y aquí todos contentos —respondió Lizzie—. Además —continuó diciendo con gesto airado por algo que yo había dicho—, en mi humilde opinión, es más fácil creer en Dios cuando no te has enfrentado a una razón que te lo impide.

—Joder, me alegra de tener un niño —murmuró Joey por lo bajini—. Las adolescentes son una fuerza vital que se me escapa.

—¿Estás seguro, Joe? —se burló Tadhg—. Podría salir a mí.

—No sería lo peor —contestó Joey con indiferencia—. A ti fue un sueño enseñarte a usar el retrete.

A Tadhg se le puso la cara roja como un tomate.

—¿Cómo puedes decir eso con gente delante?

—Tíos, esta vez no me vais a convencer. De verdad. Lo dejo. —La familiar voz de Gerard llegó a mis oídos antes de que entrara como una bala

en la sala comunitaria, recién duchado y ataviado con su uniforme escolar, sin el jersey—. Me niego a formar parte de otro festival del vómito a manos de ese sádico.

—Ufff, genial —soltó Tadhg con ironía—. Aquí está el gordinflón.

—¿Qué te he dicho sobre lo de llamarme «gordo»? —repuso Gerard al instante—. Tengo los huesos grandes, mierdecilla.

—No te pelees con el chaval, Gibbs, que es de primer año. —Johnny, que tampoco llevaba jersey, entró a paso lento después de él—. Y relájate un poco con el rollo ese de abandonar, melón. El entrenamiento no ha sido para tanto.

—Genial —murmuró Lizzie cruzándose de brazos—. El Capitán Fantástico y su compañero el anormal.

—¿Que no ha sido para tanto? —Tirando la mochila al suelo, Gerard se giró para mirar a su amigo—. ¡Estoy escocido! Ahí abajo, Jonathan. ¡Tengo las pelotas escocidas, ¿entiendes?!

—Ya te dije que no te hicieras un piercing, Gerard, pero ¿me escuchaste? No. No, por supuesto que no. ¡Seguiste adelante y te hiciste tres agujeros más!

—Estaba completando mi escalera.

—¡Tu escalera es un peligro! —exclamó Johnny igual de metido en la conversación que Gerard—. ¿Y qué te dije sobre cómo debías usar los polvos de talco? Aquellos medicinales que me recetaron tras la operación. Échate una cantidad generosa. Antes y después del entrenamiento, Gibbs. Cada sesión.

—Me hacen estornudar, capi.

—No tienes por qué olerlos, Gibbs. Basta con que te los eches en las ingles y en los muslos.

—¿Tú no los hueles?

—No, tío, no me huelo las pelotas —sentenció Johnny antes de ir hasta el sofá y hundirse junto a mi mejor amiga—. Hola, Shannon —dijo en un tono

mucho más dulce mientras se inclinaba para darle un beso en la mejilla.

—Hola, Johnny —contestó ella sonrojándose.

—No, las pelotas no —continuó diciendo Gerard animadamente mientras saltaba por encima del respaldo del sofá y se sentaba a mi lado. Me revolvió los rizos y me pasó un brazo por encima del hombro—. Los polvos, antes de ponértelos en las pelotas. ¿No los hueles?

—Por Dios, dejadlo ya, ¿vale? —farfulló Patrick caminando detrás de ellos con mi hermano—. Creo que sé más de vuestras bolas que de las mías.

—Eso es porque no tienes ni idea de qué hacer con tus propias bolas.

—Tu madre no piensa lo mismo.

—Ni se te ocurra meter a mi madre en esto.

—¿Queréis parar? —soltó Hugh uniéndose al resto en los sofás—. Una puta mañana al menos, tíos...

—Me he quejado sobre mis genitales una sola vez, Patrick —replicó Gerard con un bufido—. No he hecho ningún gran escándalo como cierto capitán que todos conocemos.

—Eso es verdad.

—Pero la noche de Dublín estuvo guay.

—Fue ajetreada, por no decir algo peor.

—¡Hey! —espetó Johnny—. No fue culpa mía, joder.

—Entonces ¿de quién fue la culpa, Kav? —preguntó Gerard—. ¿Mía?

—Sí —dijeron Hugh y Patrick al unísono.

—Y crees que yo tengo problemas —soltó Tadhg destilando sarcasmo—. Te voy a decir una cosa, Joe. Prefiero ser un Lynch que un puto peñazo.

Con esas, Tadhg se echó la mochila al hombro y se largó tranquilamente de la sala comunitaria haciendo una peineta con el dedo.

Gerard se giró para mirarme.

—¿Nos acaba de llamar «peñazos»?

—Creo que sí —contesté ahogando una carcajada.

—Menuda jeta —exclamó entre bufidos antes de ponerse en pie y

dirigirse hacia la nevera—. Joder, me muero de hambre.

—Ese te va a dar problemas, Lynchy.

—Como si no lo supiera —murmuró Joey metiéndose otro caramelo duro en la boca.

—¡Esa comida no es tuya, Gibbs! —le gritó Johnny.

—Quien se fue a Japón, perdió su sillón, Johnny —repuso Gerard mientras se entretenía en despegarle la etiqueta con el nombre a un panecillo cubierto de papel de plata—. Mala suerte, Robbie, tío... ¡Ah, de coña! ¡Pollo y relleno! —Sonriendo de júbilo, arrancó el papel y le dio un buen mordisco—. Ven con papá.

—Tienes suerte de estar en el Tommen, tío —afirmó Joey con aspecto de estar entreteniéndose—. Porque si hicieras esa tontería en el instituto público de Ballylaggin, tu vida correría peligro.

—¿Me matarían por un panecillo de pollo y relleno?

—Te matarían solo por pensarla, tío.

—Entonces ¿tú nunca has cogido nada de la nevera del Ballylaggin que no fuera tuyo?

—¿Nevera? —resopló Joey—. Teníamos suerte de tener tápers, así que nada de neveras.

—Joder...

—Adivinad quién tiene un admirador —soltó entonces Lizzie haciendo que todas las cabezas se giraran hacia ella.

—¿Quién? —preguntaron todos al unísono.

—Claire.

—Vaya, Liz, gracias —mascullé sintiendo cómo los ojos de todos mis amigos se posaban en mi cara—. Esto es cosa de Lizzie —me apresuré a explicar mientras el calor invadía mis mejillas.

—Y, no, antes de que algún listillo lo diga, no es Thor —prosiguió, disfrutando de aquello más de lo necesario—. Es Jamie.

—¿Jamie? —inquirió Hugh al instante con las dotes de hermano

detective activadas—. ¿Quién...

—... coño es Jamie? —completó Gerard girándose hacia mí con expectación.

—¿Jamie? —dijo Shannon con gesto confuso antes de que sus labios conformaran una o perfecta—. Oh... ese Jamie.

—¿Jamie Kelleher? —aventuró Johnny arrugando las cejas—. ¿De nuestro año?

—Ni idea, tío —replicó Joey con aire de que la conversación le interesaba más bien poco mientras volvía a meterse un chupete en el bolsillo y en su lugar sacaba un caramelo duro.

—¡Espera un momento! —Las cejas de Hugh salieron disparadas hacia arriba en cuanto se le encendió la luz—. ¡Jamie Kelleher! ¿Ese con el que saliste como durante un día en segundo?

—Fueron dos semanas, y sí —contestó Lizzie con una sonrisa—. Según parece, tiene pensado pedirle a tu hermanita que lo acompañe al cine.

—Jamie —repitió Gerard muy serio mientras me fulminaba con su mirada de acero—. ¿El capullo sobón al que tuve que poner en su sitio en la disco?

—Nadie te pidió que hicieras eso, gilipollas —espetó Lizzie.

—Me lo pidió ella —contraatacó Gerard señalándome con el dedo mientras sus ojos reflejaban una innegable frustración—. Ella.

Tenía razón. Aquella noche le había pedido que me salvara.

—Ni se te ocurra fastidiarle esto —le advirtió Lizzie—. Te lo digo desde ya, Thor. Como se te ocurra hacer alguna de las tuyas, convertiré tu vida en un infierno...

—Madre de Dios, deja de hablar conmigo, ¿vale? —le soltó Gerard con una mano alzada—. Estoy intentando por todos los medios cumplir la regla.

—¿La regla?

—Sí, la regla —respondió—. Esa que dice que si no tienes nada bueno que decir, mejor no digas nada. —Furioso, se pasó una mano por su rubia

cabellera antes de añadir—: Y créeme cuando te digo que no tengo nada bueno que decir de ti, Víbora, ¡así que deja que me coma mi comida robada y que te ignore en paz, hostia!

—Por Dios, chicos, basta ya —intervine con una risita nerviosa—. Ni siquiera me lo ha preguntado todavía.

—Todavía —escupió Gerard mirándome fijamente.

—Lo digo en serio, Thor —razonó Lizzie—. Ni se te ocurra hacer que se sienta mal por esto.

—¿Otra vez? —gruñó una voz familiar. Al girarme, vi que era Katie, que entraba en la sala—. ¿Vosotros dos dejáis de pelearos en algún momento?

—Eso depende... —replicó Lizzie desviando su ataque hacia la pelirroja novia de mi hermano—, de si tengo o no otro oponente.

Confundida, Katie miró a su alrededor antes de llevarse una mano al pecho.

—¿Yo?

—¿Te ofreces voluntaria?

—No, no se ofrece —intervino Hugh ya en movimiento para interceptar a su novia antes de que la encontraran los problemas—. Para.

—Qué pena —contestó Lizzie despreocupadamente.

—¿De verdad te estás planteando salir con un idiota? —preguntó Gerard haciendo que me centrara de nuevo en él. Su tono, para variar, era serio, y en sus grises ojos no se reflejaba la picardía habitual. Le dio otro feroz mordisco al panecillo de Robbie antes de añadir—: O sea, ¿en plan formal?

—Ni siquiera me lo ha pedido —repuse intentando tranquilizarlo.

Pero de forma simultánea, Lizzie había gritado:

—¡Claro que sí!

Un caramelo con una trayectoria perfecta se estampó sobre la cabeza de Gerard, y me giré justo a tiempo para ver cómo Joey le hacía a su diana lo que parecía un guiño codificado—. Venga, Gus —dijo levantándose—. Vamos a tomar el aire.

—Un plan de puta madre, Lynchy —resopló Gerard dejando su comida sobre la encimera y dirigiéndose con aire ofendido hacia la puerta—. Inmejorable.

—¡Ah, no, no, no! Ni se te ocurra. —Poniéndose en pie más rápido de lo que sería capaz ningún chico de su tamaño, Johnny se fue tras él—. Sé lo que entiendes tú por «tomar el aire» y, te lo digo desde ya, Gibbs, voy a hacerte pagar en el campo todos y cada uno de esos cigarrillos asquerosos.

Consejo y asaltacunas

Gibsie

Cabreado. Estaba cabreado a más no poder y no había aire en el aparcamiento del instituto compartido con Lynch o mimos de Kav que pudieran sacarme de ese pozo de oscuridad.

—Tú pírate, Gibbs —indicó Johnny como por quincuagésima vez mientras se apartaba un poco de mí y bramaba órdenes como el diligente capitán que era—. Cuando esa chica intente buscar bulla contigo, no reacciones y pírate, tío.

—Kav, puedo manejar a la Víbora —repuse dándole un furiosa calada a mi cigarro—. Ahora mismo ella es el menor de mis problemas.

Era verdad. Nada de lo que Lizzie dijera o hiciera podía ni siquiera preparar mi cuerpo para el puñetazo en el plexo solar que supusieron aquellas «buenas» noticias.

—Puto Jamie Kelleher —solté, todavía commocionado, mientras trataba de controlar mis emociones. Fue un fracaso total—. Lo odio, capi. Odio con toda mi puta alma a ese cabrón pecoso.

—Ya lo sé, Gibbs —dijo Johnny para tranquilizarme—. Yo también, tío.

—No es más que un cerebrito inútil —continué despotricando, cada vez más enfadado—. ¿Por qué a ella? —El odio me carcomía por dentro mientras mi mente daba vueltas en círculos, obsesionada. Mientras me

volvía tarumba por pensar demasiado—. ¿Por qué?

Jamie no conocía a Claire. Al menos no de verdad. Joder, ni siquiera un poco. No sabía una mierda sobre su pasión por la moda o su preciada colección de peluches. No tenía ni idea de su obsesión con Johnny Depp ni de la carta que le había escrito a Leonardo DiCaprio a los siete años para pedirle que visitara Ballylaggin.

Era yo quien conocía sus peculiaridades, esos fallos insignificantes que conformaban las mejores partes de su personalidad. También había sido yo quien la había rescatado de aquel toro cabronazo y ruidoso en el campo que había detrás de la casa de Johnny cuando éramos niños. Había sido yo quien había apagado la electricidad de la valla para que ella no tuviera que hacerlo. Había sido yo quien se había pasado todas y cada una de sus horas de vigilia no solo adorándola, sino también protegiéndola con su vida. ¡No el puto Jamie Kelleher!

Apoyado contra un Mercedes de aspecto lujoso que estaba allí aparcado, Joey le dio otra calada a su cigarro mientras observaba mi colapso y se desplegaba a mi alrededor como haría un león enjaulado: algo aburrido y temporalmente contenido, pero del todo letal si se lo provocaba.

Sabía que no era mucho mayor que yo, pero nunca tuve la sensación de estar jugando en la misma liga que el hermano de Shannon. Él pensaba como un adulto, más o menos como mi mejor amigo, pero tenía un elemento de hartazgo que no estaba presente ni en Shannon ni en sus hermanos pequeños. Joder, no estaba presente ni en Darren. Era un elemento que expresaba que había sentido cada uno de los dieciocho giros alrededor del Sol, algo que lo había curtido hasta el punto de convertirlo en un hombre adulto en el cuerpo de un adolescente. A ver, era padre, joder. Era un padre de verdad de un ser humano de verdad. Solo eso ya me parecía flipante.

—Lo que no entiendo es por qué no estás ya con ella —dijo Joey con tono despreocupado uniéndose por fin a la conversación.

—¿Con quién? —Lo miré horrorizado—. ¿Con Lizzie?

—Sí, claro —respondió Joey destilando sarcasmo—. Porque eso tiene mucho sentido.

—Se refería a Claire —terció Johnny con mirada expectante—. No gastes saliva, Lynchy, porque llevo años diciéndole lo mismo, y, nada, como quien oye llover.

—Porque no es el momento —resolví sintiendo que me entraban sudores fríos solo de pensarla—. Te lo he dicho cientos de veces, Kav: no todo el mundo quiere sentar la cabeza en secundaria.

—Pero tú sí —señaló Johnny con ese dejé tan suyo de sabelotodo.

—¿Por qué piensas eso?

—Con ella, estarías dispuesto a hacerlo —afirmó con serenidad—. Porque la quieres a muerte y este humor de perros que tienes está directamente relacionado con el hecho de que otro tío va a pedirle para salir.

«No podrías dar un poquito más en el clavo, ¿verdad?».

—Déjalo ya, listillo —refunfuñé tirando la colilla.

—Y corres el riesgo de perder a esa chica si no te sacas el dedo del culo y empiezas a currártelo —siguió diciendo mi mejor amigo sin ceder ni un ápice.

—Estoy de acuerdo —opinó su futuro cuñado encogiéndose de hombros—. Tal y como yo lo veo, puedes perderla, Gussie.

—Exacto —confirmó Johnny alzando las manos con desesperación—. Porque, te des por enterado o no, Gibbs, Claire no va a estar esperándote para siempre.

—Ciento —aseveró Joey con gesto de disgusto—. Y no creo que quieras ser su aguantavelas, tío.

—Así que, como tu mejor amigo, mi consejo es que vayas a por todas con ella —insistió Johnny con sus azules ojos fijos en mí—. Venga, Gibbs, en otros aspectos de tu vida nunca has sido de los que se preocupaban por liarse la manta a la cabeza.

No, porque ningún otro aspecto de mi vida era tan importante como ella.

—Consigue a tu chica, tío, y sé feliz —dijo acercándose a mí para agarrarme los hombros. Un acto de entusiasmo, sin duda—. ¿Qué tienes que perder, tío?

«Más de lo que crees».

«Más de lo que puedo soportar».

—¡Es que no tengo ninguna prisa! —grité a sabiendas de que mi argumento era una mierda, pero consciente de que no tenía ningún otro. Ellos no lo pillaban. Pero, claro, ¿cómo coño iban a pillarlo?—. ¡No todos vamos por la vida arrasando con todo, Jonathan! Y no todos marcamos territorio con un bebé, Joseph. —Les lancé una mirada de complicidad a aquel par de gilipollas que soltaban palabras de sabiduría como si fueran los mesías de los coños—. ¡Algunos nos tomamos nuestro tiempo para decidir cosas que nos cambian la vida!

—¡Eres un vago! —me retó Johnny tan frustrado conmigo como lo estaba yo con la conversación—. Claire va a seguir adelante, Gibbs, y tú vas a perder tu oportunidad, tío.

—Deja de juzgarme con la mirada —le advertí zafándome de él para señalarle la cara con un dedo—. No necesito que nadie opine sobre mi vida amorosa, muchas gracias.

—Buenos días, chicos —ronroneó una voz dolorosamente familiar.

Cuando me giré, vi a Dee cerrando la puerta del conductor de su coche, que había aparcado bastante cerca, y juro por Dios que podría haberme puesto a llorar.

«Qué oportuna, joder».

—Buenos días, Dee —saludó Johnny con educación mientras, de forma algo menos discreta, me daba un codazo en las costillas como si yo no fuera ya totalmente consciente de que esa mujer estaba allí—. Hace buen día.

—Le falta un poco de humedad, para mi gusto —replicó con una buena dosis de coqueteo—. ¿Cómo están mis chicos favoritos?

—¡Joder! —susurró Joey sorprendido al darse cuenta de lo inapropiado de su comportamiento—. ¿No es de administración?

—Sí —contestó Johnny clavándose el codo otra vez—. Es la recepcionista del instituto.

—Es una larga historia —musité entre dientes cubriendo mis palabras con una tos exagerada—. Luego te cuento.

—No sé si lo quiero saber, Gus. —Moviendo la cabeza hacia los lados, Joey se impulsó con el coche contra el que estaba apoyado y se encaminó hacia el edificio principal—. Nadie me ha dado vela en este entierro.

Sabia decisión.

«Qué hombre más sabio, joder».

Con los brazos llenos de papeles, Dee se contoneó hacia nosotros en una danza de caderas y tetas.

De nuevo, no sentí nada.

«Mierda».

—¿Cómo ha ido el fin de semana, chicos?

—Todo bien —contestó Johnny retrocediendo un paso de la persona a quien en privado se refería como «Asaltacunas Dee»—. ¿Qué tal el tuyo?

—Aburrido —dijo acercándose, con los ojos fijos en mi cara—. He estado sola en casa todo el fin de semana.

—Sí, suena bastante aburrido —comentó Johnny por los dos. Agarrándose por la parte de atrás de la camisa, tiró de mí hacia atrás—. Bueno, será mejor que vayamos a clase —propuso en su habitual tono cortés mientras me arrastraba para sacarme de la zona de peligro—. Que tengas un buen día, Dee.

—¡Adiós, chicos! —exclamó detrás de nosotros—. No os cortéis en pasarnos por el despacho si alguno de los dos necesita algo.

—De acuerdo —soltó por encima del hombro mientras nos dirigía a ambos hacia la entrada principal a la velocidad del rayo.

—Joder, ¿dónde está el fuego? —resoplé liberándome de sus manos antes

de tener que ponerme a correr para seguirle el ritmo a aquel gigantesco cabrón—. Frena un poco.

—Tenemos que hablar de eso.

—¿De qué?

—De Asaltacunas Dee —susurró Johnny malhumorado mientras abría la puerta de golpe y me empujaba hacia el interior del edificio—. ¿Qué está pasando?

—¿Te refieres a hoy? —Levanté las cejas sorprendido—. Acabo de verla en el aparcamiento, igual que tú.

—Sabes que no es eso lo que quiero decir —gruñó—. Por Dios, Gibbs, tiene casi treinta años, tío.

—En realidad tiene más bien veinticuatro.

Se detuvo en la puerta con la boca abierta.

—No me jodas.

—Te lo juro. Iba al mismo curso que Caoimhe Young —señalé asintiendo con la cabeza—. Es por el maquillaje... y las horas de sol.

—Más pruebas de que los protectores solares no tienen precio —farfulló metiéndonos a los dos dentro—. En fin. Oye, creo que tenemos que hablar de ella. Debería haber dicho algo al respecto hace mucho tiempo —siguió diciendo mientras me hacía avanzar por el pasillo—. Pero, si te soy sincero, tenía mis propias mierdas en la cabeza y no me paré a pensarlo.

—¿Pensar el qué? —dije dejando que me guiara hasta el comedor, que a esas horas estaba vacío—. Por todos los santos, Kav, ¿de qué va todo esto?

—He madurado mucho desde que Shannon y los chicos vinieron a vivir con nosotros, y eso me ha hecho pensar en lo que está bien y en lo que está mal. —Se sentó en su trono, al final de la mesa del equipo de rugby, y tamborileó los dedos sobre la superficie, claramente nervioso—. Y esto está mal, tío. Pero la hostia de mal.

—¿Puedes ser un poquito más claro, capi? —pregunté dejándome caer frente a él, en mi asiento habitual—. Porque ando un poco perdido.

—Dee, tío —repitió Johnny pasándose las manos por el pelo.

—Ya —solté pronunciando lentamente—, ¿qué pasa con ella?

Crispado por la tensión, echó un vistazo a nuestro alrededor antes de acercarse y susurrar:

—Tío, creo que ha estado abusando de ti.

—¿Abusando de mí?

—Sí. —Con los ojos desorbitados, asintió enérgicamente—. Cúrtate un poco, Johnny.

—Gibs —me azuzó—. Estoy hablando en serio.

—Yo también. —Me reí—. No te las des tan de listo solo porque ahora tengas novia.

—Eso no tiene nada que ver, tío.

—Y no me juzgues, joder —añadí reincorporándome—. Te he hecho muchos favores que a su vez me han hecho deberle favores a esa mujer.

—Eso es horrible —concluyó—. Está mal, Gibbs. No hay por dónde cogerlo. Ahí hay un problema de consentimiento.

Lo miré boquiabierto.

—¿De consentimiento?

—Gibs —comenzó a decir inclinándose sobre la mesa—. Esa mujer lleva guarreando contigo desde que íbamos a cuarto. —Moviendo la cabeza hacia los lados, añadió—: Desde que tenías quince putos años.

—Vale, echa el freno —espeté poniéndome a la defensiva por la tensión—. Primero, llevo sin tocar a esa mujer desde que me hice el piercing de la escalera en primero de bachillerato. No es que sea de tu incumbencia, pero para que veas. Ni una sola vez, joder. Y, de nuevo, no es que sea de tu incumbencia, pero no tenía pensado que eso cambiara.

—Bien. —Se le notó visiblemente aliviado—. Eso ya es algo.

—Y segundo —proseguí, muy mosqueado—. Nunca la he forzado a hacer nada, si es ahí adonde quieres llegar. —El pánico se apoderó de mis entrañas mientras clavaba los ojos en mi mejor amigo—. ¡Yo nunca forzaría

a nadie!

—No estoy hablando de su consentimiento, Gibbs —me explicó Johnny pasándose una mano por el pelo con evidente frustración—. Hablo del tuyo, tío.

Me lo quedé mirando con gesto confuso mientras trataba, sin éxito, de capturar el significado que había tras sus palabras.

—¿Qué?

—Sexo, Gibbs —gruñó Johnny cómicamente angustiado—. Si folló contigo en aquella época, eso se considera corrupción de menores.

—¿Qué coño...? —Negué con la cabeza y me mordí el puño tratando de encontrar las palabras que me permitieran rebatir la más reciente de las locas teorías de mi mejor amigo. Dee era justo lo que necesitaba en un momento en el que no sabía lo que necesitaba, pero no tenía sentido intentar explicarle eso a Johnny. Porque, la verdad, ¿cómo iba a esperar que lo entendiera cuando no lo entendía ni yo?—. No. Ni de coña. No. No puedo lidiar con tu exagerado, además de hipócrita, cerebro tan temprano un lunes por la mañana.

—Gibs...

—¿A cuántas mujeres mayores te follaste cuando se supone que no deberías haberlo hecho? —le pregunté—. Antes de que decidieras colgar las botas y salir del mercado para quedarte con Shannon.

—A demasiadas —admitió con el corazón en la mano—. Joder, a demasiadas, y eso es justo lo que quiero decir, Gibbs...

—¡Bueno, pues eso ya es una más que yo! —Levanté las manos en señal de derrota, moví la cabeza hacia los lados y luché contra el impulso de ponerme a gritar y a reír—. ¡Porque nunca llegué a follármela, Johnny! —Lanzando un suspiro, añadí a desgana—: Solo le hice arrumacos.

—Y, en tu mundo, ¿eso en qué consiste?

—¿Cómo que «en tu mundo»?

—Sígueme el rollo, Gibbs.

«Todo para ella y nada para mí».

Me crucé de brazos y me encogí de hombros.

—Mira, fue sexo oral, ¿vale? Un poco de sexo oral y manoseo potente. Joder, a ver si me vas a demandar por aprovechar una oportunidad única en la vida.

—¿Me juras que no pasó nada más?

—Sí.

—¿Y me juras que no volverá a pasar?

—Sí, Johnny, te lo juro.

Mi mejor amigo dejó escapar una sonora exhalación.

—Sé que probablemente te parezca un hipócrita de mierda, en vista de mis actos pasados, pero es que me preocupo por ti, Gibbs. —Destensó los hombros aliviado y dejó caer la cabeza entre las manos—. Llevaba ya tiempo pensándolo y, al ver cómo te miraba, de repente todo ha cobrado sentido.

—Johnny, tío, no hace falta que te preocupes por mí —dije para tranquilizarlo—. Yo siempre estoy bien.

—Joder, es que no puedo evitarlo —reconoció con una melancólica sonrisa—. A pesar de mis enormes esfuerzos, desgraciadamente te tengo cariño. —Sonriendo con suficiencia, agregó—: A ti y a tus otras dieciséis personalidades.

—Mecachis... —Le devolví la sonrisa—. ¿Es esta tu forma de decirme que me quieres, capi?

—Si eso te hace feliz, Gibbs...

28

Proposiciones a la hora de la comida

Claire

Las habilidades de Lizzie para la escucha fueron puestas a prueba durante el descanso para el almuerzo, cuando alguien me detuvo abruptamente en el pasillo del instituto mientras corría hacia el comedor.

—Claire, ¿podemos hablar un momento? —me preguntó Jamie cruzándose por sorpresa en mi camino y haciendo que me chocara con su pecho soltando un sonoro «pufff»—. Ay, perdona —musitó pasándose un brazo alrededor de la cintura cuando me tambaleé hacia atrás debido a la fuerza de la colisión—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, todo bien —repliqué con una carcajada nerviosa irguiéndome de inmediato antes de zafarme de él—. Solo intentaba ir corriendo a asegurarme de que el equipo de rugby no se acabara todo el chili. —Me soplé un rizo rebelde para quitármelo de la cara y, aunque lo sabía perfectamente, esbocé una sonrisa y le pregunté—: ¿Qué pasa?

—Ah, bueno, en ese caso, ¿quieres que hablemos mientras caminamos? —propuso señalando hacia el comedor—. No quiero que pierdas ventaja sobre tu comida.

—Gracias —contesté con una sonrisa al tiempo que reducía el ritmo para caminar a su paso y me esforzaba por no parecer rara.

Solo Dios sabía por qué, pero en ese momento sentía la necesidad más

absoluta de hacer ruidos de animales. Supongo que era porque estaba de los nervios y no tenía ni idea de cómo navegar esas aguas tan desconocidas.

—Oye, lo he estado pensando mucho últimamente y espero que aceptes volver a quedar conmigo un día de estos.

Y allí estaba.

Lizzie había dado en el clavo.

Era verdad que Jamie quería salir conmigo otra vez.

«Ay, Dios».

—¿Quedar contigo? —pregunté tratando de parecer calmada cuando entramos al comedor. «Beee, beee, beee». Mierda, ¿por qué no puedo dejar de pensar en el sonido que hacen las ovejas—. ¿Dónde?

—¿En el cine? O podemos ir a tomar algo. Lo que tú quieras —sugirió poniéndose conmigo en la cola de la comida caliente—. Sé que la última vez la cosa no acabó del todo bien, porque por aquel entonces yo era un puto imbécil, pero realmente creo que podríamos tener algo bueno.

Intentando no prestarle atención a la mesa del equipo de rugby, me centré en el chico que estaba hablando conmigo.

—¿Algo bueno?

—Sí. —Jamie asintió y sonrió—. Si quieres darme otra oportunidad.

Tenía una sonrisa mona.

Era un chico guapo, de pelo oscuro y bonitos ojos marrones. Medía unos centímetros más que yo y olía de fábula, algo que para mí siempre era un extra. Incluso tenía un diminuto hoyuelo en la barbilla y una adorable sonrisa asimétrica.

Pero no era Gerard.

Llena de dudas e incertidumbre, abrí la boca para responder, pero Lizzie llegó antes.

—¡Le encantaría! —Uniéndose a nosotros en la cola para comer, me pasó un brazo sobre el hombro y dibujó una enorme sonrisa—. ¿A que sí, Claire?

—Lizzie —susurré enérgicamente echando un ansioso vistazo hacia la

mesa del equipo de rugby.

Mis ojos se pusieron a buscar a Gerard de inmediato, y, cuando se posaron en los suyos, podía sentir la tensión que emanaba de él.

«Ay, mierda».

—Oye, si aún tienes algo con Gibson, no pasa nada —dijo Jamie entendiendo la situación enseguida—. Pero dímelo ahora, porque no quiero pasarte a nadie por encima.

—No hay nada entre ellos —respondió Lizzie de nuevo antes que yo—. Son solo amigos. —Apretándome el brazo con más fuerza, acentuó su sonrisa—. ¿Verdad, Claire?

—Eh... —Volví a echar un vistazo hacia la mesa, pero Gerard ya no me estaba mirando. De hecho, se había puesto de espaldas a mí y centraba toda su atención en Johnny—. ¿Verdad?

—Vale, genial —suspiró Jamie aliviado y de nuevo sonriente al saber que nadie se interponía en su camino—. Entonces ¿cómo lo ves?

—¿El qué? —pregunté distraída por la mesa que tenía detrás... o más bien por el chico que estaba sentado a ella.

—Lo de salir conmigo.

—Se lo va a tener que pensar. —Tras aparecer de la nada, Shannon se deslizó por debajo del brazo de Jamie y me cogió de la mano—. Muchas gracias por la oferta —añadió tirando de Lizzie y de mí—. Es muy considerada. Claire te dará una respuesta durante los próximos cinco días laborables.

Confuso, Jamie frunció el entrecejo.

—Eh... ¿vale?

—Adiós —se despidió Shannon.

—Eso, adiós —dije entre risas despidiéndome con la mano mientras dejaba que mi minúscula amiga me alejara de allí.

—¿Durante los próximos cinco días laborables? —protestó Lizzie, que venía detrás de nosotras—. Shan, ¿qué coño dices?

—Es lo único que se me ha ocurrido —contestó Shannon con la cara roja mientras salíamos disparadas hacia la mesa en la que nos solíamos sentar para hablar de nuestras cosas de chicas antes de unirnos a la mesa del equipo de rugby—. Claire parecía tan incómoda... No sé, me dio la sensación de que tenía que hacerle ganar algo de tiempo.

—Ha sido brutal —comenté con voz ahogada entre carcajada y carcajada, encantada con su intromisión—. «Cinco días laborables». —Di un bufido—. Parecías mi secretaria personal.

—Entonces ¿no te ha molestado? —preguntó Shannon mirándome con unos nerviosos ojos azules—. ¿No me he pasado de la raya?

—¿Estás loca? —Alargué el brazo sobre la mesa y le apreté la mano—. Shan, te estoy más que agradecida. Estaba siendo muy raro.

—¿En serio?

—Sí, de verdad.

—Ah. —Mi mejor amiga relajó los hombros aliviada—. Gracias a Dios.

—Pues yo estoy enfadada —declaró entonces Lizzie levantando una mano.

—Tú siempre estás enfadada. —Puse los ojos en blanco—. ¿Qué pasa ahora?

—Claire, era una oportunidad perfecta para ti. —Reclinándose hacia atrás en la silla, Lizzie se cruzó de brazos y frunció el ceño—. Jamie es un buen chico. No está tan mal.

—Pues sal tú con él —contrapuse.

—Yo no quiero salir con él.

—Ya, bueno, pues yo tampoco. —Me reí, pasando completamente de sus incessantes críticas.

—Porque prefieres desperdiciar tu vida esperándolo a él —refunfuñó con la vista clavada en la mesa que compartíamos con los chicos—. Ay, por Dios, ¿qué le pasa ahora a ese enorme idiota?

—Creo que ha visto cómo Jamie le pedía para salir a Claire —opinó

Shannon señalando a Gerard al otro lado de la sala. Miraba fijamente su comida, que había dejado casi intacta, como si esta lo hubiera ofendido de muerte—. Parece muy triste.

—No está triste, Shan —señaló Lizzie con un suspiro de frustración—. Está enfurruñado.

—¿Enfurruñado? —Me di la vuelta y vi que Johnny intentaba tentar a Gerard con una cucharada de yogur—. Ay, Dios, sí que parece triste.

—Claro —convino Lizzie con gesto airado—. Pero solo porque otro chico se ha atrevido a acercarse a su juguete.

—Hey —le advertí mientras se desvanecía mi sonrisa—. No me llames «juguete».

—¿Por qué? Eso es lo que eres para él.

—¿Y para ti no, que intentas utilizarme para hacerle daño? —repliqué con una inmensa sensación de calor en el vientre. Pese a lo que pudiera parecer, yo no era ninguna muñeca, y no tenía ninguna intención de dejar que Lizzie me utilizara para pasarle por encima a su némesis—. Porque sé bien que eso es lo que acabas de hacer.

—Lo que intentaba era ayudarte.

—No os peleéis, chicas —nos amonestó Shannon con serenidad—. Venga. Aquí todas somos amigas.

—No necesito que me ayudes —razoné haciendo caso omiso del intento de Shannon por rebajar la tensión—. Soy perfectamente capaz de gestionar mi propia vida amorosa, muchas gracias.

—Vale. —Lizzie volteó los ojos sin mostrar ningún arrepentimiento—. Haz lo que quieras, Claire.

A veces pensaba que ojalá no hubiera vuelto a hablarle después de que se liara con mi hermano. Así, al menos, una vez que hubieran roto, todo habría acabado. Pero me sentía fatal por pensar esas cosas. Sobre todo porque esa chica, con la que había compartido desde los cinco hasta los trece años, había sido increíble. Disfrutamos de ocho años de pura amistad antes de que

todo se fuera al garete. Eso era algo que no podía borrar, pero es que tampoco quería hacerlo.

—Gracias —contesté forzando un tono alegre—. Es lo que pretendo.

29

Yo no puedo, pero ¿puedes tú?

Gibsie

«No sé cómo hacer que las cosas sean mejores para ti».

Esa misma noche, con la cabeza gacha y los hombros rígidos de la tensión, contemplé la arrugada carta que sostenía entre las manos.

Nunca llegaría a entender del todo por qué siempre acababa fijándome en esa línea, aunque tampoco quería saberlo. Leer esas palabras no mejoraba las cosas. Nunca. Pero no necesitaba tener la carta delante para recordar lo que decía ese renglón. Todas las palabras estaban grabadas en mi conciencia.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó una voz familiar irrumpiendo en mi habitación y dejándose al borde del infarto—. ¡Llevo esperándote toda la noche!

—¡Virgen santa! —dije sofocado metiendo la carta rápidamente bajo el colchón—. ¡Claire! ¡Menudo susto, joder!

—Ups... —Hizo una mueca, cerró la puerta de mi cuarto y caminó a paso lento hasta mi cama, ataviada con una camiseta del Liverpool extragrande que sin duda me había robado del armario. Sabía que era mía porque su hermano era hincha del United y su padre, acérrimo del Arsenal —. No pretendía asustarte. —Se subió a la cama y se sentó frente a mí con las piernas cruzadas—. Solo quería una explicación.

—¿Una explicación? —La miré con cara de póquer—. No te sigo, nena.

—Vale, pues el tema es que sé que has visto lo que ha pasado hoy en el comedor —balbuceó alargando una mano hacia la mía—. Y supongo que ese es el motivo por el que no me has llamado después de clase.

Aunque había dado en el clavo, no podía decírselo, porque, sinceramente, ¿a qué iba a agarrarme?

—Jamie me ha pedido para salir.

Sí, eso lo había pillado.

—Claire. —Dirigí la mirada hacia su diminuta mano, que cubría la mía, y lancé un suspiro—. No pasa nada. No tienes que explicarme...

—¡No le he respondido!

Se me disparó el corazón.

—Ah, ¿no?

—No, Gerard. —Negó lentamente con la cabeza—. No lo he hecho.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—Sí...

Exhalando de forma entrecortada, mantuve la vista fija en nuestras manos entrelazadas.

Mi vida consistía en esa chica. En el perfume que llevaba. En las sonrisas que dibujaba. En la ropa que decidía ponerse cada día. En los colores de los que se pintaba las uñas. La llevaba tatuada en mi interior; estaba enganchado a ella.

Claire era mi lugar seguro.

Si hubiera tenido una pizca de lo que había que tener, hubiera abierto la boca y hablado con ella. Le hubiera dicho lo que sentía. Le hubiera demostrado lo mucho que la valoraba como ser humano. La hubiera querido como era debido. La canción «Only Hope», de Switchfoot, era la que mejor explicaba lo que sentía por ella, pero nunca se la iba a poner.

Veía cómo mis amigos sentaban cabeza a mi alrededor, mientras yo

seguía jugando la carta del eterno chaval. Protegiéndome de unos demonios que ya no deberían angustiarme, pero aún lo hacían.

Al notar mi repentino desánimo, Claire suspiró de forma dramática antes de fruncir el ceño con gesto cómico.

—Gerard Gibson.

Sonriendo, le respondí con una mueca similar.

—Claire Biggs.

Ella alzó una ceja como si fuera la Roca.

—Monito patatero.

Encantado de seguirle el juego, desvié los ojos hacia la nariz.

—Conejita abrazable.

Ella sacó la lengua y la enrolló hacia arriba.

—Papaíto.

Yo me tiré de las mejillas hasta quedar del todo desfigurado.

—Mamaíta.

Con risa de pilla, se puso a cuatro patas y se abalanzó sobre mí.

—Toma gérmenes —soltó con júbilo, y luego se puso a lamerme un lado de la cara.

—Ah, conque esas tenemos, ¿eh? —me reí mientras la forzaba a tumbarse de espaldas.

—Pues sí —contestó entre carcajadas debajo de mí.

Arqueé una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Ajá —me siguió el rollo con tono provocador—. ¿Qué vas a hacer al respecto, Gibsie?

Con aire travieso, me incliné hacia ella y le recorrió la curva de la mandíbula con la lengua, sin detenerme hasta llegar a la mejilla.

—Toma gérmenes —bromeé antes de darle un beso en su adorable moflete—. Ahora eres mía.

Se quedó sin respiración y yo entré en pánico durante unos instantes,

asustado por si había llegado demasiado lejos. Pero entonces noté sus manos en mi pelo y su nariz contra la mía, mientras me acariciaba los labios con su cálido aliento.

—Gerard...

—Claire... —balbuceé con el cuerpo al rojo vivo y el cerebro tratando inútilmente de acatar las numerosas razones por las que no debería estar haciendo eso.

Porque estaba muy mal.

La tenía muy cerca.

Yo estaba demasiado hecho mierda, joder.

—Gerard.

Dejé escapar un agónico suspiro.

—Claire.

Me dio un largo beso en la mejilla.

—Hola.

—Hola. —Sentí que mi determinación se debilitaba cuando sus labios rozaron la comisura de mi boca y me hundí hacia delante, cediendo bajo la presión de mis sentimientos hacia ella—. Espera, necesito decirte algo...

Un fuerte golpe al otro lado de la puerta hizo que mi cuerpo levitara sobre el suyo.

—¡¿Sí?! —grité mientras salía disparado para interceptar a la persona que llamaba... y para poner una muy necesaria distancia entre nuestros cuerpos.

—¿Sí? —repetí después de abrir un poco la puerta y echar un vistazo hacia fuera.

Al otro lado me encontré con el rostro preocupado de mi madre.

—Son casi las once y media.

—¿Y?

—Pues que llevo toda la noche oyéndote ir de un lado para otro. —Con un fuerte suspiro, añadió—: Gibbs, cariño, tienes que intentar dormir un

poco.

—Sí, eso iba a hacer —respondí, y luego apagué la luz principal para enfatizar mis palabras, dificultándole además que viera mi cuarto—. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, cariño —contestó—. Y si te despiertas por la noche, avísame, ¿vale? No hace falta que vayas al otro lado de la calle. Yo también estoy aquí para ti, ¿sabes? Siempre.

«Joder, ya lo creo».

—Vale —asentí brindándole una media sonrisa; luego cerré la puerta y me dejé caer contra ella.

«Mierda».

—¡Qué guay! —exclamó Claire cuando por fin me giré para mirarla. Ya se había metido bajo las sábanas y se estaba poniendo cómoda en la cama—. ¿Cómo es el dicho: un cambio es mejor que un descanso?

El pánico se instauró en mis entrañas.

—¿Quieres dormir aquí?

—Bueno, creo que es justo, teniendo en cuenta que tú acaparas mi cama la mayoría de las noches.

«Joder...».

¿Cómo iba a discutírselo?

Lanzando un trémulo suspiro, volví a la cama y eché las sábanas hacia atrás.

—Esto es confuso —añadí mientras me tumbaba—. No sé qué me parece.

—¿Qué pasa? —soltó con una risilla poniéndose de costado para mirarme—. ¿Es porque estoy en el lado derecho de la cama, que suele ser el tuyo?

—Sí —repuse con energía—. Es raro de cojones.

—Bueno, pues te fastidias; esta noche yo hago de cuchara grande —dijo con una carcajada rodeándose con el brazo—. Venga, dame la espalda y

acurrúcate contra mí.

—Hay una palabra para esto —gruñí mientras hacía lo que me pedía y me colocaba de lado en la posición de la cuchara pequeña—. Se la he oído a Johnny. Lo llamó «emasculación».

—Gerard, yo nunca te emascularía —susurró recorriéndome la piel del abdomen con los dedos—. Ni siquiera sé qué significa eso.

—Yo tampoco. —Me reí entre dientes agarrándole una mano que se acercaba peligrosamente a la cinturilla de mis bóxers—. Compórtese, señorita Biggs.

—Gerard...

—¿Hum?

Noté sus labios en mi espalda.

—Hola.

—Hola —contesté agitándome mientras me atravesaba una oleada de doloroso placer—. Claire...

Volvió a besarme, pero esa vez soltó su mano de la mía y me la deslizó abdomen abajo sin detenerse hasta que sus dedos rozaron el interior de mi muslo.

—Gerard.

«Madre de Dios».

El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que iba a implosionar dentro de mí.

—No... —mascullé subiéndole la mano cuando deslizaba las puntas de los dedos por debajo del elástico de los calzoncillos.

Incapaz de reprimir el escalofrío que me atravesó, me volví para mirarla.

—Claire —bisbiseé sujetándole la cara entre mis manos mientras intentaba recuperar la compostura—. ¿Qué haces?

En lugar de responder con palabras, se inclinó y me dio un beso en el interior de la muñeca.

—No quiero estar con Jamie Kelleher —murmuró acercándose hasta que

nuestros pechos estuvieron al mismo nivel—. No quiero a ningún otro.

Una vez más, deslizó la mano por debajo de las sábanas y me fue imposible contener el gemido que se escapó de mis labios cuando sus dedos rozaron la tela que contenía mi intensa erección.

«Por Dios».

Todo mi ser me exigía que correspondiera a sus progresos y por fin reclamara a esa chica como mía.

«Deja que lo haga».

«Deja que te toque».

—No. —Temblando, negué con la cabeza y le retiré la mano. Sabía lo que quería, pero no iba a ser capaz de salir de mi cabeza el tiempo suficiente como para dárselo—. No puedes.

Me miró con sus enormes e inocentes ojos marrones.

—No puedo.

Moví la cabeza hacia los lados lentamente y contuve la respiración, preparándome para la oleada de desolación que iba a invadirme cuando se levantara de la cama y se marchara hecha una furia. Porque, como si fuera la costumbre de toda una vida, había vuelto a fallarle a esa chica.

Pero la oleada no llegó.

Ella no se fue.

—Vale, yo no puedo —repuso Claire hablando apenas con un susurro—. Pero... —Tomó mis manos entre las suyas y se las puso entre las piernas—.

¿Puedes tú?

—Claire.

—Gerard, por favor —suspiró con el pecho agitado mientras ajustaba mi mano sobre su ropa interior—. Por favor.

30

Esto es lo que se siente

Claire

No podía moverme ni un centímetro.

No me atrevía a respirar.

Las hormonas habían tomado mi cuerpo y me encontraba a disposición del único chico al que había querido. Tenía su mano entre mis piernas, donde yo misma se la había puesto, y me miraba con expresión acalorada.

Conteniéndome para no tumbar a Gerard de espaldas y sentarme sobre él, algo que mi cuerpo me aseguraba que iba a disfrutar mucho, me quedé totalmente quieta, con una mano encima de la suya y suplicándole con los ojos que me tocara.

Porque lo más triste del asunto era que, aunque mi experiencia con chicos en habitaciones era nula, ese chico en particular podía hacerme lo que quisiera, que yo iba a estar encantada de participar. Así de desesperado estaba mi cuerpo por sentir su tacto.

Sus ojos reflejaban millones de emociones diferentes mientras me contemplaban, hasta que llegó un punto en el que pensé que iba a ponerme a llorar de frustración.

Al final, cuando ya había perdido toda esperanza, le solté la mano y me tumbé boca arriba, pero entonces él se desplazó conmigo flexionando los dedos.

«Dios...».

Me quedé sin aliento y sentí que mi cuerpo se relajaba cuando deslizó la mano por dentro de la cinturilla de mis bragas.

—¿Quieres esto?

Asentí con ganas dejando que la boca se me abriera cuando recorrió mi virginal piel con sus dedos.

—Dilo —me indicó recostándose sobre un codo junto a mí—. Necesito que lo digas con palabras.

—Quiero esto —insistí abriendo los muslos.

—Dilo otra vez. —Los ojos de Gerard estaban incendiados—. Una vez más.

—Quiero esto —repetí con la respiración entrecortada—. Te quiero a ti.

Gerard se pasó la lengua por el labio inferior y se acercó hasta que su boca rozó mi oreja.

—Te lo voy a hacer bien —susurró acariciándome la mejilla con la nariz—. Te lo prometo.

—Confío en... Aaah... —Todo mi cuerpo se sacudió cuando me introdujo el dedo hasta el fondo—. Ah... ¡Dios!

Sus movimientos apenas le suponían esfuerzo, pero causaban estragos en mis terminaciones nerviosas. Cada vez que curvaba el dedo o empujaba lentamente su mano hacia mí, se incendiaban mis sentidos. Cuando rozó mi carne con el pulgar y encontró ese punto, sentí cómo se me arqueaba la espalda mientras unas leves corrientes eléctricas formaban espirales en mi interior y encendían un dolor sordo en lo más profundo de mi vientre.

Sin poder contenerme, me llevé una mano entre las piernas y apreté la suya contra mí, desesperada por que se detuviera y a la vez por que siguiera.

—Oooh, Dios... —grité cuando sentí que me metía otro dedo bien adentro. Mi cuerpo se retorció contra su mano y me sentí increíblemente expuesta y vulnerable. Pero me gustaba. Quería ser vulnerable con él.

Quería ser suya—. Gerard.

Sentía su erección clavándose contra mi muslo mientras, de lado junto a mí, se recostaba sobre el codo como una especie de dios griego.

—¿Mmm?

—Te quiero —murmuré con sus expertos dedos todavía moviéndose dentro de mí y haciéndome evocar sentimientos que no sabía que existían.

—Yo también te quiero.

—¡Oh, Dios!

Una locura. Era una locura absoluta, y yo estaba gozando cada momento. Quería despojarme de todas las capas de ropa de mi cuerpo y tumbarme desnuda bajo ese precioso muchacho. Quería sentir algo más que sus dedos dentro de mí. Lo quería a él dentro de mí, pero el hecho de que aún no me hubiera besado me tenía preocupada.

—Bésame... —Con la respiración entrecortada, me agarré a las sábanas que tenía debajo y ahogué un gemido cuando la presión que se acumulaba en mi interior me provocó un cosquilleo y una sacudida—. Por favor, Gerard... Oh, Dios...

—No pasa nada —trató de persuadirme, inclinando la cabeza como si sintiera dolor físico mientras me volvía loca con sus dedos—. Joder, qué prieta estás.

Obviamente. En dieciséis años, nada había conseguido atravesar la fortaleza de mis bragas, ni siquiera un tampón. Me aferraba a mi virginidad con más fuerza que Johnny a sus sueños de convertirse en profesional. El problema era que, cuando se trataba de Gerard Gibson, estaba más que dispuesta a desviarme del camino y dejarme ir.

—¡Gerard! —Retorciendo la cabeza de placer, alargué los brazos hacia él hasta que logré ponerle las manos alrededor de la nuca—. Por favor...

—Todo va bien. —Apoyó la frente contra la mía, con sus labios aún lejos de los míos—. Estás a salvo, te lo juro.

Ni por un segundo he sentido que no lo estuviera. La seguridad era algo

que daba por hecho cuando estaba en sus brazos, y que tocara mi zona más íntima no hacía más que afianzar esa idea. Porque mi cuerpo no era el único que me aseguraba que ese chico era «el chico»: mi corazón tampoco tenía ninguna duda.

Y entonces su mano empezó a moverse más deprisa, sus dedos entraban y salían de mí con un ritmo delicioso e implacable que me hacía reconciliarme con el hecho de que estaba a punto de morir ahí mismo, en sus brazos.

—Gerard... —Tenía que ser la muerte la que me esperaba al otro lado de esas convulsiones que sacudían todo mi cuerpo, y no se me ocurría mejor manera de morir—. Yo no... —El corazón me martilleaba en el pecho—. No puedo... —Se me voltearon los ojos—. ¿Qué me...? —El dolor sordo había crecido hasta alcanzar una fuerza incomprendible que provocaba estallidos en mi interior— ¿... está pasando?

—No pasa nada, muñequita. —Gerard acudió en mi ayuda para ofrecerme una explicación con tono tenso—. Esto es lo que se siente al correrse.

—Ah, ¿sí? —Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron hasta el punto de sentir unos espasmos incontrolables. Estremeciéndome indefensa debajo de él, seguí sujetándole la mano; no me atrevía a mover ni un solo dedo por miedo a dejar de sentir esa maravillosa sensación—. Oooh... Dios.

Para complacer mis necesidades, Gerard continuó curvando suavemente su dedo dentro de mí hasta que acabó el último de los deliciosos relámpagos. Luego apartó la mano de mi entrepierna y me recolocó la ropa interior.

En cuanto lo hizo, me entró un pánico repentino, porque no sabía lo que iba a pasar. Pero entonces desplazó nuestros cuerpos hasta la posición en la que normalmente dormíamos y yo sentí que me relajaba.

Me pasó un brazo alrededor de la cintura como había hecho todas las noches desde que éramos niños, me dio un beso en la espalda y susurró:

—Buenas noches, Claire.

Aturdida en la oscuridad, me aferré a su brazo como si mi vida dependiera de ello y logré balbucir mi respuesta:

—Buenas noches, Gerard.

31

¿Qué es lo que he hecho?

Gibsie

El martes por la mañana, al salir el sol, Claire seguía en mi cama. Con sus salvajes rizos diseminados sobre la almohada y sus adorables ronquidos de gatita rompiendo el silencio.

Mi cuerpo estaba rígido y mantenía un brazo firmemente rodeado a su cintura, demasiado asustado como para moverme ni un solo centímetro. El recuerdo de lo que había pasado la noche anterior me atormentaba tanto que no había pegado ojo. Suponía que la parte positiva era que así había evitado incurrir en mis habituales aventuras nocturnas, pero tampoco es que eso me tranquilizara mucho.

Porque la había cagado. Había mancillado a esa chica tan hermosa, voluntariosa, leal e inocente. Le había puesto las manos encima sin tener ningún derecho y había cruzado el punto de no retorno. Aun así, pese a lo culpable que me sentía, no podía negar que su presencia me proporcionaba una estabilidad que nunca había sentido en esa casa. Al menos, desde que mi padre se había ido.

La vibración del teléfono sobre la mesilla de noche hizo que el corazón me diera un vuelco, y enseguida alargué la mano para cogerlo.

—Capi —susurré al contestar la llamada, invadido por una enorme sensación de alivio—. ¿Qué pasa?

—Tío, va en serio —musitó Johnny cuarenta minutos después—, nunca te había visto prepararte tan rápido para ir al gimnasio. —De pie junto al banco de pesas en el que yo estaba tumbado, me hacía de asistente—. Normalmente tengo que sacarte a rastras de la cama entre gritos y pataletas.

—Hum —contesté, incapaz de encontrar la fuerza para lanzar un comentario desenfadado.

Esa mañana, no me sentía para nada desenfadado. Sobre todo por lo mucho que me pesaba la conciencia. Ignorando la gota de sudor que me bajaba por el cuello, me concentré en levantar la barra de 120 kilos.

—Dios, Gibbs, ¿es que te has despertado en modo bestia? —Con las cejas alzadas, mi mejor amigo siguió controlando mi ejercicio—. Has subido toda una categoría de peso de la noche a la mañana.

«Porque estoy enfadado, Johnny. Estoy furioso que te cagas conmigo mismo y, si no saco algo de tensión, me voy a poner a gritar».

—¿Estás bien, Gibbs?

—Estoy bien, capi.

—¿Seguro?

—Sí.

—Estás muy callado.

—Todo va bien —me obligué a decir—. Es que esta mañana estoy lleno de energía.

—Bueno, pues guárdate alguna para mañana con el St. Andrews —soltó con una risita cogiendo la barra y dejándola en su sitio—. Porque esa gente tiene una delantera de puta madre y he oído que su número 13 va por ahí diciendo que va a acabar con mi carrera antes de que empiece.

—Por encima de mi cadáver —respondí poniéndome de pie para que ocupara mi lugar en el banco. Después me puse a su lado para vigilarle y añadí—: Le arrancaré la cabeza a ese cabrón solo con que te mire de reojo.

Johnny se rio entre dientes y agarró la barra.

—No lo he dudado ni un segundo, compi.

¿Que le dejaste hacer qué?

Claire

Cuando el martes por la mañana me levanté en la cama de Gerard, el lado del colchón en el que él había dormido estaba vacío. Su lugar lo ocupaba una nota escrita con descuido de su puño y letra que, tirada sobre la almohada, decía: «Entrenamiento por la mañana temprano, x».

Conseguí escabullirme como un ninja hacia el otro lado de la calle sin que me pillara ninguna de las dos parejas de padres, pero cuando me encontré a mi hermano en la cocina tomando el desayuno antes de ir al instituto, no entrenando como sugería la nota de Gerard, sentí que me asolaba un torrente de malestar.

Tras sobrevivir al detallado interrogatorio de Hugh, había logrado llegar al instituto con la dignidad intacta, pero el malestar crecía y se enconaba a cada clase que pasaba.

Sabía que el día siguiente los chicos tenían un partido de rugby contra el St. Andrews, y no era raro que antes de esos encuentros no estuviéramos juntos, pero el hecho de no haber tenido ni una sola oportunidad de hablar con Gerard en todo el día me parecía un claro indicativo de que intentaba evitarme.

La gota que colmó el vaso fue su ausencia durante el descanso para almorzar. Cuando Johnny llegó a la mesa del equipo de rugby sin noticias

de Gerard, llegué al límite. Porque si el Capitán Seriote tenía tiempo para comer con su novia, no hacían falta más pruebas. La ausencia de Gerard no tenía nada que ver con cepillarse al otro equipo, sino más bien con cepillarse a chicas.

A esta chica.

A mí.

«Ay, Dios...».

—¡Tengo que hablar contigo! —espeté con los ojos clavados en Shannon, que se estaba riendo de algo que su novio le había susurrado al oído—. ¡Es una emergencia!

—¿Sí? —Mi amiga desvió su atención hacia mí—. ¿En serio?

—Sí, emergencia total. —Eché la silla hacia atrás y me levanté de un salto, con el cuerpo en tensión por la energía nerviosa—. Tiene que ser ahora mismo, Shan.

Sin decir una palabra, Shannon se puso de pie y se acercó a mi lado; estaba claro que me había entendido.

—Es horrible, Shan —dije sofocada cogiéndole la mano antes de arrastrarla hacia el baño de chicas. Empujé la puerta hacia dentro, entré a toda prisa y me puse a caminar de un lado a otro por la estancia vacía—. Pero horrible de verdad, tía.

Después de crujirme los nudillos, me tiré de las mangas del jersey mientras pensaba cómo contarle a mi mejor amiga los acontecimientos de la noche anterior.

—Por Dios, Claire, suéltalo ya. —La voz de Shannon destilaba preocupación y sus profundos ojos azules me miraban horrorizados—. ¿Qué ha pasado? —Se acercó a mí y me tocó la frente—. ¿Estás enferma? Porque me ha parecido que esta mañana estabas algo roja al llegar al instituto.

—Sí y no —admití con una mueca—. Quiero decir, sí, estoy roja, pero no, no estoy enferma... Bueno, si no tenemos en cuenta lo que pasó anoche.

—Gimoteando, me mordí las uñas antes de añadir—: En ese caso, supongo que algunas constituciones que desaprueban la promiscuidad me considerarían «enferma».

—Vale, estás divagando. —Me agarró por los brazos—. Respira y cuéntamelo, Claire.

—Sí, Shan, estoy divagando —chillé—. ¡Divago porque estoy asustada que te cagas!

—¿Por qué?

—¡Por Gerard!

—¿Qué pasa con Gerard?

—Él y yo... Anoche, él... —No, no podía hacerlo. No era capaz de verbalizar el desenfreno de la noche anterior—. Dios, ¡no puedo decir la palabra!

—¿Qué palabra? —Shannon me miraba con espanto—. Claire, ¿te hizo daño Gibbs?

—No, por Dios. —Negué con la cabeza—. Gerard sería incapaz de hacerme daño. Ni en un millón de años. —Tragué saliva y bisbiseé—: Hizo justo lo contrario...

Shannon continuó mirándome con el ceño fruncido durante un buen rato hasta que abrió los ojos en señal de que había entendido y en su boca se formó una pequeña y perfecta «o».

—Ooooh...

—Oh —confirmé con un gimoteo mientras asentía con afán para que mi amiga entendiera lo grande que era esa «o».

—¿Que le dejaste hacer qué? —preguntó Lizzie junto a la puerta del baño tras oír todas y cada una de mis palabras—. ¿Dejaste que ese trozo de mierda metiera los dedos por debajo de tus bragas? ¿Estás loca o qué?

—Por Dios, Liz, baja la voz, ¿no? —susurró con violencia Shannon tirando de nuestra amiga hacia el baño y cerrando la puerta detrás de ella—. Madre mía...

—Mira, más te vale no juzgarme —le espeté fulminándola con la mirada—. Porque, primero, anoche no llegué a acostarme con Gerard y, segundo, yo nunca te he juzgado por haberte acostado con Pierce.

—¿Qué problema ibas a tener tú con que Pierce y yo nos acostáramos? —replicó Lizzie—. Ni que fuera pariente del puto monstruo que destrozó a tu familia. —Sus ojos estaban llenos de odio cuando dijo—: Y ni que yo hubiera traicionado a mi amiga al irme con él.

—¿De verdad quieres que hablemos sobre traicionar a las amigas con chicos? —Entrecerré los ojos y la miré fijamente, decidida a no dar mi brazo a torcer—. Una palabra, Liz: hermano.

—Venga, chicas. Se acabó —intervino Shannon alzando las manos—. Vamos a calmarnos un poco.

—Entonces ¿entiendo que ahora estáis juntos? —Haciendo caso omiso de los intentos de Shannon por hacer de mediadora, Lizzie se cruzó de brazos y me echó una mirada asesina—. Thor y tú. Hay algo entre vosotros, ¿no?

—No —contesté con tono áspero—. No hay nada, pero eso ya lo sabrías si dejaras de lanzar acusaciones y te pararas a escuchar de verdad, para variar.

—Vale, ¡silencio! —Shannon alargó las manos y nos tapó la boca a las dos—. Basta de peleas. —Alternaba su atención entre una y la otra mientras hablaba—. Sé que la situación es delicada para ambas, pero esto no está bien, chicas. Ya es bastante difícil ser mujer en este mundo como para que encima nos pongamos las unas en contra de las otras. Y más aún cuando hemos sido amigas desde primaria. —Soltó una exhalación, dio un paso hacia atrás y me hizo un gesto—. A ver, Claire, cuéntanoslo todo. —Entonces se dirigió hacia Lizzie y le apretó la mano—. Te escuchamos.

Me quedé sin aliento durante unos instantes, a la espera de que Lizzie soltara alguna de las suyas, pero cuando vi que no lo hacía, lancé un suspiro y me puse a explicar las maldades de la noche anterior con todo lujo de

detalles.

—Y entonces Gerard hizo algo con el pulgar y el dedo índice —añadió usando mi propia mano para ofrecerles un buen resumen visual—. Y eso fue todo. —Levanté las manos con gesto desesperado—. ¡Estaba muerta, os lo digo! —Con los brazos en jarras, las miré a ambas expectante—. ¿Y bien? ¿Qué os parece?

—Hizo que te corrieras —repuso Lizzie secamente—. Enhorabuena.

—Ay, Dios —dijo Shannon entre carcajadas—. Me alegro mucho por vosotros, chicos.

—Pues no te alegres tanto —le advertí enseguida—. Se había ido cuando desperté esta mañana y desde entonces lleva evitándome como a la peste.

—Lo de siempre —sentenció Lizzie—. El *modus operandi* de un pichabrava.

—Basta ya —la regañó Shannon sin dejar de sonreír—. Gibbsie no es de esos.

—Anda que no —la retó Lizzie con frialdad—. Claire no es más que otro nombre en la larga lista de conquistas de Thor. —Con expresión abatida, me clavó la mirada—. Eres tonta, tía. —Lizzie negó con la cabeza—. Te va a destrozar.

Eso me hizo enfurecer al instante y ponerme a la defensiva.

—Tú no estás en posición de juzgarme.

—¿Y eso qué significa?

—Chicas, dejadlo ya, por favor...

—Sabes exactamente lo que significa —contesté—. Así que piénsalo dos veces antes de empezar a insultarme.

—Claire —interrumpió Shannon suplicándome con los ojos que no echara más leña al fuego—. Tómate un segundo, ¿vale? —Volviéndose hacia Lizzie, agregó—: Nadie sabe lo que siente Gibbsie excepto él mismo, así que, por favor, vamos a darle el beneficio de la duda. —Forzó una sonrisa y dijo—: Está claro que siente algo por Claire.

—Gracias, Shan —respondí aliviada por la confirmación.

—Es que es así —afirmó a toda prisa para calmarme—. Ese chico besa el suelo por el que pisas, lo sabe todo el instituto. Te apuesto lo que quieras a que hay un motivo perfectamente creíble para que hoy haya faltado a la comida. De hecho, casi podría garantizarte que, si salgo ahí y le pregunto a Johnny, lo más probable es que me diga que a Gibs lo han castigado por gastar alguna broma que ha acabado en desastre. —Me ofreció una reconfortante sonrisa y luego prosiguió—: Créeme, Claire, no hay ni una sola situación verosímil en la que ese chico decidiera ignorarte. No podría ni aunque lo intentara.

—Pero ¿y si se arrepiente de lo que pasó entre nosotros?

—No se arrepiente.

—Pero ¿y si lo hace?

—Eso no va a pasar.

—Pero ¿y si...?

—Ay, por favor —me cortó Lizzie con voz temblorosa—. Seréis pareja antes de que acabe la semana.

El corazón me martilleaba de la emoción.

—¿De verdad piensas eso?

—Por supuesto —convino Shannon con una sonrisa.

—Y, si es lo que quieras, pues adelante —añadió Lizzie en un tono trémulo—. Está claro que no puedo detenerte. Pero no esperes que me quede a verlo. —Sorbiéndose la nariz, negó con la cabeza y se dirigió hacia la puerta del baño—. ¡Ya has tomado una decisión y es evidente que lo has elegido a él!

—¡Lizzie, espera!

No lo hizo.

Salió del baño hecha una furia y dejó que la puerta se cerrara de golpe a sus espaldas.

—Volverá —aseguró Shannon mordiéndose el labio de forma nerviosa

—. Dale tiempo. Ya lo verás.

33

Tío, no pierdas la cabeza

Gibsie

—¿Ya te ha dicho algo Biggs sobre lo del cine? —oí que murmuraba Donal Crowley durante la clase de Religión el martes por la tarde.

—Qué va, pero no me preocupa —contestó Jamie Kelleher también en voz baja—. Solo se está haciendo la dura.

—¿Tú crees?

—Sí, tío, ya verás como dice que sí.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Rabia. Me hacía hervir la sangre a un ritmo frenético. Se apoderaba de mi mente de maneras que hasta ese momento desconocía, me transformaba en algo que solo podía comparar con una bomba de relojería.

—¿Sabes? Aunque acceda a salir contigo, a esa no le vas a sacar ni un beso en la mejilla. Estoy bastante seguro de que es una puritana, tío. De esas que cuando se confirman prometen abstenerse de todo antes del matrimonio.

—No por mucho tiempo.

—Gibs —susurró Johnny con fuerza desde la silla de al lado—. Respira.

Lo intentaba, de verdad que sí, pero cuanto más cotilleaban los dos capullos del pupitre de atrás, más me mosqueaba.

—No sé, tío. Parece buena chica.

—Ya, tío, pero eso es aún mejor, porque las buenas chicas se dejan enseñar.

—Respira —repitió Johnny presionando con fuerza el pupitre para que dejara de temblar—. Ya te han castigado a la hora de comer por pelearte con Murph —musitó con firmeza—. No hagas que te encierren el resto de la semana.

¿Cómo? ¿Cómo cojones se suponía que iba a respirar? El cuerpo entero me vibraba con una energía apenas contenida. Mis rodillas rebotaban con tanta violencia que sacudían el pupitre. Quería destrozar algo. No, corrijo: quería destrozar al hijo de puta que tenía detrás.

—¿Y cuál es el plan? ¿Llevarla a cenar y beber vino hasta que la cosa se ponga caliente?

—Más o menos, tío. La idea es salir con ella unas cuantas veces y hacer que se relaje hasta que lleguemos a la parte divertida...

Y hasta ahí pude aguantar. A la mierda el castigo. Con gusto aparcaría el culo en la silla de los valientes durante el resto de la semana si así conseguía cerrarles la boca a esos mamones.

—¡Eres hombre muerto! —bramé perdiendo todo el control sobre mi cuerpo. Mi pupitre salió volando por los aires mientras yo me abalanzaba sobre Jamie y Johnny se abalanzaba sobre mí—. Te voy a arrancar la lengua por decir eso...

—¡Ha sufrido un traumatismo, señor! —gritó Johnny más fuerte interceptándome antes de que pudiera agarrar a Jamie—. Se ha dado un golpe en la cabeza esta mañana durante el entrenamiento y ya no ha vuelto a ser el mismo —añadió dirigiéndose al profesor mientras intentaba conducirme hacia la puerta de la clase—. Mejor me lo llevo al despacho para que lo miren.

—Sí, haz eso, Kavanagh —respondió el señor Gardener no muy convencido, pero demasiado perezoso como para ponerse a discutir.

—Vale —gritó Johnny por encima del hombro mientras cerraba de golpe la puerta y me empujaba hacia el solitario pasillo.

—¿Has oido lo que ha dicho? —pregunté indignado—. ¿Has oido a ese cabrón?

—Sí, lo he oido, pero no puedes perder la cabeza —señaló Johnny con calma, agarrándome por la parte de atrás del jersey—. ¿Lo entiendes, Gibbs? —siguió persuadiéndome mientras me guiaba hacia la zona de las taquillas de los de segundo de bachillerato—. No pierdas la cabeza y no reacciones.

—¿Que no reaccione? —Lo miré boquiabierto—. ¿Después de lo que les he oido decir a esos dos gilipollas sobre Claire? —Moví la cabeza hacia los lados en señal de repulsa—. Ya, y una mierda.

Giré sobre mis talones y me fui directo hacia el aula que acabábamos de abandonar. Bueno, más bien eso es lo que intenté, porque la fuerza con la que Johnny me agarraba del jersey del uniforme frustró mis planes.

—Cálmate, Gibbs.

—No seas hipócrita —le solté—. A ti se te iría la putísima pinza si oyeras a alguien decir algo así sobre Shannon.

—Sí, es verdad —admitió con tranquilidad guiándome por el pasillo como a un perro con correa—. Pero si yo estuviera en tu piel, también esperaría que me echaras un cable para no ganarme una expulsión.

—¿Te crees que soy Sookie? —espeté zafándome de su mano para salir disparado hacia el aula de Religión—. ¡No hace falta que me lleves, Johnny!

—Ven aquí, joder —me ordenó, frustrando mi escapada hacia la libertad cuando volvió a agarrarme por el jersey—. Escúchame, ¿vale? Yo estoy tan cabreado como tú, pero tienes que usar la cabeza, Gibbs. En clase no nos abalanzamos sobre nadie. No es así como se hace.

—En mi mundo sí —contesté demasiado enfadado como para pensar con claridad—. No puede hablar así de ella e irse de rositas, Johnny. Por encima de mi cadáver.

—Estoy de acuerdo —dijo Johnny con calma abriendo la puerta de la sala comunitaria de sexto y empujándonos adentro a los dos—. Pero tenemos que ser listos. Pelearnos en clase no nos va a ayudar, Gibs.

—¿Con quién hay que pelearse? —preguntó una voz familiar.

Al girarnos, vimos a Joey despatarrado sobre uno de los sofás con un abrigo tirado por encima.

—Así que por eso no estabas en Religión —soltó Johnny con tono acusador—. Has venido a echarte una siesta.

—Cuando tengas un bebé recién nacido con cólicos que se alimenta a demanda, vienes y me lo dices —repuso Joey poniéndose de pie—. Volviendo a mi pregunta. —Estiró los brazos por encima de la cabeza e hizo crujir el cuello a un lado y a otro—. ¿Con quién hay que pelearse?

—Con nadie. No hay que pelearse con nadie —se apresuró a rebatir Johnny—. Porque yo tengo un contrato, a ti ya te han dado un aviso —agregó señalándose antes de centrarse en Joey— y tú estás en periodo de prueba.

Pasando completamente de las advertencias de Johnny, Joey me miró y volvió a decir:

—¿Con quién hay que pelearse, Gussie?

—Esto no está bien, joder —declaró Johnny veinte minutos más tarde mientras iba de un lado a otro en el parking de estudiantes como un condenado que espera en el corredor de la muerte—. Madre de Dios, no me creo que os esté siguiendo el rollo con esta mierda.

Mientras tanto, yo observaba, entre fascinado y absorto, cómo Joey Lynch abría la puerta del coche de Jamie Kelleher.

¿Quién iba a saber que con una espátula y una percha de la sala de arte se podía abrir un vehículo sin causarle daños?

Lynch, al parecer.

Cuando el botón del seguro saltó hacia arriba, Joey abrió la puerta del

conductor, sin soltar el cigarrillo que llevaba entre los labios, y se metió en el coche. Poco después se oyó otro clic y dijo:

—Gus, ¿tienes el azúcar?

—Joder si lo tengo, Lynchy —contestó mientras le tendía la bolsa y la cuchara.

—Ay, Dios... —farfullaba Johnny cubriendose los ojos con las manos—. No puedo mirar.

—Pues no lo hagas —respondió Joey.

Sin un atisbo de duda, mi nuevo amigo se bajó del coche, me quitó la bolsa de entre las manos y avanzó por el lateral de este. Abrió el tapón de la gasolina de Kelleher y empezó a echar cucharadas de azúcar en el depósito hasta que la bolsa quedó vacía.

A continuación, enroscó limpiamente el tapón y volvió a cerrar el vehículo.

—A ver ahora si ese capullo de Kelleher es capaz de llevar a alguien al cine —dijo.

—Mi padre me va a matar. —Mordiéndose el puño para amortiguar un gemido, Johnny sacudió la cabeza y se dirigió hacia su coche con aspecto de estar al borde del desmayo. Sus casi dos metros—. Soy un puto delincuente.

—Pensaba que Podge era un chaval nervioso —musitó Joey apoyándose sobre la escena del crimen mientras se acababa el cigarrillo—. Pero Kav se lleva la palma.

—Eso ha sido una genialidad. —Le sonréí—. Te debo una, tío.

—Anda ya. —Tras darle una última calada al cigarro, tiró la colilla y se apartó del coche—. Creo que es lo menos que puedo hacer por ti.

—Ah. —Me puse a caminar a su lado—. ¿Y eso por qué?

—Aoife —comenzó a decir al tiempo que metía las herramientas en su mochila—. Me contó lo que hiciste por ella.

—No te sigo.

—No me mees en la espalda y me digas que llueve, Gussie. —Se paró en seco antes de llegar al edificio principal—. Sé que fuiste tú quien pagó mi deuda de drogas. —Con los ojos lúcidos y totalmente sobrio, Joey se me quedó mirando—. Te debo mucho más que esto.

—No me debes nada, tío —contesté bastante emocionado. Una vez, Claire se refirió a Joey como «el chico que había regresado en toda su gloria», y no se me ocurría mejor definición. Sonriendo, añadí—: Aunque, si de verdad quieres agradecérmelo, puedes hacerme padrino de AJ.

Respondió con el morro torcido.

—No te pases.

34

Hola, oscuridad, vieja amiga

Claire

Para cuando acabaron las clases, la discusión que había tenido con Lizzie se había recrudecido tanto en mi interior que me sentía fatal por todo lo sucedido. No soportaba pelearme con ella y últimamente parecía que no hacíamos otra cosa. Yo no era muy amiga de las discusiones y, aunque Lizzie podía pelearse hasta con la funda de una almohada, no solía proyectar su ira contra mí.

Pero todo eso estaba cambiando, era evidente.

No me gustaba.

Ni un pelo.

Sentía como si avanzáramos por una desvencijada vía de tren con un único destino a la vista.

La destrucción.

Parecía que cada día tapábamos alguna de las grietas de nuestra amistad y acabábamos dejando otra al descubierto.

Lo peor de todo era que ella seguía haciéndome el vacío y así era imposible ayudarla. Sabía que Lizzie confiaba en Shannon, al menos hasta donde era capaz, y me dolía ver que me dejaba fuera de su círculo íntimo. Y es que, aunque intentaba hacer lo correcto por dos personas a las que quería, al final se me estaba castigando por ello.

Sentía la misma impotencia en la boca del estómago que el año anterior con Shannon. Igual que por aquel entonces, veía venir el problema. Tenía una corazonada, pero, en vez de pasar a la acción, me quedé paralizada.

O, mejor dicho, aún seguía paralizada.

Tras tomar la decisión premeditada de no volver a defraudar a un amigo, me escaqueé del Tommen en cuanto sonó el último timbre del día y recorrió los tres kilómetros que separaban el instituto de una calle que ya casi no visitaba. Decidí caminar hasta la casa de los Young porque no me parecía bien pedirle a Gerard que me llevara, teniendo en cuenta todo lo que había pasado entre sus familias.

Sabía que Lizzie estaba con Shannon en la mansión, de modo que era una oportunidad única para... bueno, básicamente para traicionarla. Iba a odiarme por ello, eso estaba claro, pero querer caerle bien no era motivo suficiente como para no intervenir en aquella situación.

«No estoy haciendo bien».

«Esto es un error».

«Da media vuelta».

Ay, Dios, pero ¿qué estaba haciendo?

Los miércoles tenía hockey después de clase.

Me encantaba el hockey.

Nunca me lo saltaba.

Pero aquello era más importante.

Para mí, ella era más importante.

Al rodear la familiar entrada con pilares de piedra que permitía el acceso a la impresionante propiedad de los Young, sentí que una punzada de tristeza me golpeaba en medio del pecho. Desde la muerte de Caoimhe, ya no me gustaba ir allí.

La casa era triste, sus moradores parecían verdaderos fantasmas y yo no era tan masoquista como para querer pasar demasiado tiempo en ella.

Llamé a la puerta y esperé con impaciencia que alguien me atendiera.

Cuando por fin se abrió y vi que quien me recibía era Catherine, la madre de Lizzie, se me partió en dos el corazón. Estaba muy deteriorada, como si los últimos años la hubieran envejecido de forma acelerada.

—Hola, Claire. —Me dedicó una pequeña sonrisa que no se correspondía con el tormento que reflejaban sus ojos—. Lizzie aún no ha vuelto del instituto.

—Sí, ya lo sé, señora Young —respondí sonriente pese a que las manos me sudaban con profusión—. Liz está con Shan en casa de los Kavanagh. —Aclarándome la garganta, me sequé las manos contra la falda—. La verdad es que quería verla a usted.

La sorpresa invadió sus ojos azules.

—¿A mí?

—Sí. —Presa del pánico, me dio por agrandar todavía más la sonrisa, mientras notaba una presión en los pulmones ya antes de pronunciar ni una sola palabra—. ¿Puedo entrar, por favor?

—Puedes —respondió con recelo abriendo la puerta hacia dentro—. ¿Va todo bien?

—Sí, todo bien —me apresuré a decir para mitigar las líneas de preocupación de su rostro, mientras la seguía hacia el interior de una casa que conocía a la perfección, pues en ella había pasado gran parte de mi infancia.

—Es como si llevara siglos sin verte —dijo la mamá de Lizzie cuando me conducía hasta la cocina—. Siéntate.

—Ya —repliqué quitándome el abrigo—. Perdone por no haber venido antes.

—No tienes que darme explicaciones, Claire —repuso tranquilamente al tiempo que iba a llenar el hervidor—. ¿Un té?

—Sí, por favor.

—¿Con dos de azúcar?

Sonréí.

—Aún se acuerda.

Ella me lanzó una sonrisa por encima del hombro.

—¿Cómo está tu hermano? —Cerró el grifo, se acercó a la encimera con el hervidor en la mano y lo conectó—. Es buen chico. Fue un gran apoyo para esta familia antes de la muerte de Caoimhe. —Movió la cabeza hacia los lados con gesto triste—. Es una pena que ya no venga por aquí.

—Hugh está genial —expliqué sentándome en la familiar mesa de cocina, bajo la cual había grabado mis iniciales cuando tenía seis años—. Este año se está preparando para el examen de acceso a la universidad.

—Dios mío —susurró más para ella misma que para mí—. Cómo pasan los años, ¿verdad?

—Pues sí... —respondí con melancolía.

—¿Sigue jugando a rugby?

—Desde luego. No piensa en otra cosa.

—Quería agradecerle a tu madre la hermosa corona que le puso a Caoimhe por su aniversario —dijo la señora Young volviendo a la mesa con dos tazas de té—. Pero al final se me fue el santo al cielo.

—Ah, no se preocupe —contesté enseguida aceptando la taza que me tendía—. Le pone una cada año. Por su cumpleaños y también en Navidad. —Le di un sorbito al té y rumié bien la siguiente frase antes de decirla—: ¿Sabe? Seguro que a mi madre le encantaría volver a verla. —La señora Young sonrió educadamente, pero no respondió, tal como me había imaginado—. Ya hace mucho tiempo desde la última vez que se vieron, ¿no? —insistí en el tono más amable que fui capaz de adoptar.

Seis años, para ser exactos.

Desde el fallecimiento de su hija, momento en el que se establecieron algunos límites.

—Para tu madre, esta puerta siempre estará abierta —afirmó la señora Young. Lo cual significaba que no tenía ninguna intención de acercarse a nuestra casa, en vista de quiénes eran nuestros vecinos—. Me alegro mucho

de que estés aquí —continuó, alargando el brazo sobre la mesa para darme unas palmaditas en la mano—. Eres como un soplo de aire fresco, Claire Biggs.

No iba a pensar lo mismo en cuanto supiera las verdaderas intenciones de mi improvisada visita.

—¿Llegará pronto el señor Young? —pregunté revolviéndome con incomodidad al clavar los ojos en el retrato familiar que colgaba en la pared de la cocina. Mostraba a dos hermanas sonrientes con sus despreocupados padres sonrientes. «Ay, Dios»—. Es que quería hablarle de algo que también le incumbe a él, como papá de Lizzie.

La señora Young me observó durante un buen rato con expresión confundida.

—¿No te lo ha dicho Lizzie?

—¿El qué?

—Nos hemos separado.

La miré boquiabierta.

—¿Cómo dice?

—El padre de Lizzie se fue la Pascua pasada.

—Ah, ¿sí? —La boca me llegó hasta el suelo, igual que el corazón—.
¿Mike se ha ido?

—Lleva en Tipperary desde enero —explicó la señora Young, haciendo una pausa para darle un sorbo a su té—. Ha cogido un trabajo en Thurles. Viene cada pocas semanas a ver a Liz.

—¿Lo dice en serio?

—Me sorprende que no te lo haya dicho.

—Ya —susurré.

«A mí también».

—Así que me temo que tendrás que apañarte solo conmigo —bromeó con gentileza—. A ver, ¿de qué querías hablarme, cielo?

—De Lizzie —me obligué a decir mientras me flagelaba con todas mis

fuerzas por no haber tomado la senda del cobarde.

—¿Qué pasa con Lizzie?

«Ay, jolines».

—¿Claire?

Lanzando un agónico suspiro, me obligué a mirar a esa mujer a los ojos para decirle:

—Creo que Lizzie se está cortando otra vez.

Mi Romeo de rodeo

Gibsie

—Se acabó —anuncié irrumpiendo en el cuarto de Claire un rato después
—. No aguento esta tensión ni un segundo más.

—¡Gerard! —bramó escondiéndose tras la puerta abierta del armario—.
¿No sabes llamar?

Mis ojos se detuvieron en la toalla que había a sus pies y en sus rizos mojados.

—Ups. —De inmediato, me puse la mano libre sobre los ojos—. Estabas en la ducha. Perdona, muñequita.

—¿De verdad has entrado como un kamikaze en mi habitación diciendo que no aguantas la tensión ni un segundo más? —Se oyó un ruido de perchas de la ropa—. ¿Cómo crees que me siento, señor «me gusta dejar notitas en las almohadas de las chicas»?

—Me entró el pánico, qué quieres que te diga —contesté reuniendo todo el autocontrol que tenía en el cuerpo para no bajar la mano y echar un vistazo—. Y no te mentí con la nota, nena. De verdad estaba en el gimnasio con el capi.

—Pero porque fuiste demasiado gallina como para enfrentarte a mí —afirmó dando en el clavo—. A ver, Gerard, es que no podrías ser más transparente. ¿Cuándo has preferido ir al gimnasio antes que quedarte

durmiente?

—¡Cuando le meto los dedos a mi mejor amiga! —grité alzando las manos con desesperación—. Por cierto, lo siento muchísimo, muñequita.

—Ay, Dios, ¿por qué has traído aquí a Reggie? —preguntó saliéndose por la tangente—. Sabes que mi madre se pondrá de los nervios si se entera de que está en la casa. Ya escuchaste lo que dijo aquella vez que trajimos al hurón, Gerard. Otro animal perdido y los gatitos se van a la calle.

Resoplando, di media vuelta y salí a zancadas de la habitación hasta llegar al cuarto de su hermano.

—Quédate aquí, mi angelito. —Cogí el edredón de Hugh, lo tiré al suelo y puse a Reggie encima—. Papi volverá en un periquete.

—¿Por qué? —quiso saber Claire cuando regresé a su habitación.

En cuanto me paré a mirar a la chica que tenía delante, vestida solo con una camiseta extragrande, la polla se me puso firme.

«Relájate, tío».

—No lo sé, Claire —repliqué—. Quizá porque tengo corazón y quería que el cabroncete viera a su madre antes de ponerse a hibernar.

—No, no hablo de Reggie. —Dio un manotazo en el aire—. ¿Por qué sientes lo que pasó entre nosotros?

La pregunta me dejó sin palabras y me puse pálido.

—¡Porque sí!

—¿Y por qué sí? —insistió—. ¿Lo hice mal o algo así?

—¿De qué hablas?

—Anoche. —Con su mano sobre la mía, me apartaba los dedos de los ojos—. ¿Hice algo mal?

—¿Qué? No, Claire, no hiciste nada mal. Eres perfecta. —Me llevé una mano al pecho—. Fui yo el que cometió un error.

—¿Por qué?

—¿Quién cojones sabe? Igual tiene que ver con ese desequilibrio químico en el cerebro del que siempre habla Anne. O a lo mejor sufri un

traumatismo craneal cuando era un bebé —admití levantando las manos—. La verdad es que eso explicaría por qué tengo el autocontrol de un crío en una tienda de chuches. —Sacudí la cabeza para aclarar mis pensamientos antes de empezar a irme por la ramas—. En cualquier caso, soy yo el que cometió un error, ¿vale? No tú.

—No. —Hizo un gesto de negación y me miró—. O sea, ¿por qué tiene que ser un error?

—Porque... —Me fui quedando sin palabras al ver cómo me miraba. Podía haber contestado montones de cosas diferentes, pero ¿se me ocurrió alguna? No. «Me cago en mi vida»—. Porque no debería haberte tocado —opté por decir, con el corazón palpitándome tan fuerte que pensé que iba a acabar con un hematoma en los músculos del pecho. Lo sabía todo sobre hematomas. A los trece años había tenido uno en la espalda. Aunque nunca había tenido uno en el corazón. Hasta ese momento, al menos.

—Pero ¿y si yo quería que me tocaras anoche? —repuso haciendo que me estallara la cabeza. Y luego me dejó aún más loco cuando me cogió la mano y, de espaldas, se dirigió hacia la cama, llevándome con ella—. ¿Y si aún quiero que lo hagas?

«Virgen santa».

No podía responderle a eso, solo se me ocurrió lanzarle una advertencia:

—No es buena idea, muñequita.

—Chisss... —ronroneó poniéndome un dedo sobre la boca y, luego, porque parecía la hostia de decidida a torturarme, se agarró el bajo de la camiseta y rápidamente se la sacó por la cabeza.

«Ufff, mierda».

De pie frente a mí con tan solo un sujetador blanco y unas bragas de lunares rosas, Claire volvió a cogerme la mano, animándome a que me acercara.

Cabía suponer que la acción pretendía ser seductora, pero cuando calculó mal la distancia y acabó desplomada sobre el suelo en lugar de sobre el

colchón, no pude evitar que se me escapara la risa.

—Me parto.

—No tiene gracia, Gerard —dijo sofocada desde el suelo—. Ay, Dios. —Poniéndose un brazo alrededor de la cara, gimoteó desesperada—. ¡Intentaba ser sensual!

—¿Llevas unas bragas de Barbie?

—Eso no viene al caso. —Con un dramático gimoteo, sacudió la cabeza—. Vete.

Tratando de no reírme, me agaché sobre la alfombra y le alcancé la mano.

—Venga, no te escondas de mí.

—Ha sido horrible —se quejó mirándome a través de sus dedos—. Soy lo menos sexy que hay.

—Eres la hostia de sexy —la corregí retirándole la mano de la cara una vez más—. Pero eres aún más adorable.

Disgustada, entornó los ojos.

—Adorables son los gatitos, Gerard.

—Entonces tú eres mi gatita. —Me reí y me tumbé de espaldas junto a ella—. Me gusta tu techo —comenté entonces señalando el yeso de color marfil mientras le cogía la mano—. Es mucho más cálido que el mío.

—Pero si es del mismo color... —suspiró entrelazando sus dedos entre los míos—. Al menos antes lo era.

—Hum.

—¿Gerard?

—¿Sí, muñequita?

—Estoy avergonzada.

Volví la cabeza para mirarla.

—Pues no lo estés.

—Ah, vale. —Puso los ojos en blanco—. Ay, mira. Ya estoy curada.

Sonréí.

—¿Qué puedo hacer?

—Pues... vamos a ver... —Fingió reflexionar unos segundos antes de decir—: ¿Qué te parece si intentas seducirme y acabas cayéndote de culo en el suelo?

—Vale.

—Venga ya, Gerard.

Sonréí.

—¿Te crees que no soy capaz?

Sin darle opción a responder, me puse en pie de un salto y me fui directo hacia el equipo de música.

—Ay, Dios... —bromeó Claire subiéndose a toda prisa a la cama cuando me quité la camiseta y tomé su boa de plumas.

—Será mejor que te pongas cómoda, nena —solté con voz mimosa pasando algunas canciones y decidiéndome por «5, 6, 7, 8», de Steps. Cogí su brillante sombrero rosa de cowboy de la cómoda, me lo ajusté a la cabeza y le guiñé un ojo—. Porque te voy a ofrecer el mejor espectáculo del mundo.

—Madre mía, pareces uno de los estrípers de Chippendales —exclamó Claire entre risas dando palmaditas de emoción—. ¡Vamos allá, vaquero!

—¡Yiii-haaa, joder!

Movía el culo como si me estuviera follando el aire que había a mi alrededor. Flexionaba las piernas, sacudía las tetas y meneaba las caderas subido a horcajadas en la silla de su escritorio como si mi vida dependiera de ello. En cierto modo, así era, porque esa chica conformaba todo mi mundo, y hacer que se sintiera mejor era mi única prioridad.

Estaba seguro de que Johnny y Hugh tenían métodos de persuasión muy superiores cuando querían animar a sus chicas, pero en esa materia yo tenía la misma experiencia que un transportín. Lo que sí tenía a mi disposición era la ausencia total de vergüenza, el entusiasmo de un cachorro y unas caderas que podrían rivalizar con las de Elvis.

Incapaz de parar habiendo llegado tan lejos, porque estaba claro que me

faltaban límites, fui todavía un paso más allá y me subí a Claire a la espalda, bailando con ella por toda la habitación como si yo fuera su caballito.

—Ay, Dios —se rio aferrándose a mis hombros—. Para, para, para, Gerard. ¡Me voy a hacer pis!

—¡¿Cómo te atreves?! —Unos segundos después, la furibunda voz de Lizzie retumbó en el aire, seguida por un gran portazo—. ¡¿Cómo coño te atreves a ir a hablar con mi madre sobre mí?!

—¡Liz! —gritó Claire bajándose de mi espalda y apresurándose a apagar la música—. ¿Qué estás...?

—¿Qué estoy haciendo aquí? —interrumpió Lizzie cogiendo un palo de hockey y lanzándolo contra la pared—. Yo más bien preguntaría qué has hecho tú. ¿Por qué le has ido a mi madre con mierdas a mis espaldas?

«Buah».

—¡No es eso lo que he hecho! Y no le he ido con mierdas, Liz, te lo juro. Yo solo...

—Metiste las narices donde nadie te llamaba —espetó Lizzie apartando bruscamente a Claire cuando esta intentó abrazarla—. ¿Cómo cojones te atreves a decirle eso a mi madre? ¿En qué coño estabas pensando?

—¡Intentaba ayudarte!

—Pues no lo has hecho, Claire. Lo único que has conseguido es que mi vida sea mil veces peor.

—¡Liz, por favor!

—No, no me toques.

—Yo no quería empeorar las cosas para ti, de verdad. Solo intentaba ayudar...

—Bueno, pues felicidades, porque lo único que has conseguido es hacerle la vida aún más difícil a una madre en duelo.

—Liz, por favor...

—¡No! Para, joder. Claire, ¡ahora mismo no quiero un puto abrazo!

—¡Hey! ¡Quieta ahí! —le advertí sacando las uñas cuando vi que Claire se tambaleaba hacia atrás de la fuerza con la que le había empujado—. No le pongas las manos encima.

—¡Thor, no te metas en esto!

—Gerard, no pasa nada.

—Ya, y una mierda —solté colocándome entre las dos—. ¡A mí dame los golpes que quieras, pero a ella no la toques!

—Te encantaría que hiciera eso, ¿verdad? —aseguró Lizzie—. El caballeroso Gibbsie sacrificándose por todos. Bueno, ¡pues que te follen, gilipollas! No voy a darte esa satisfacción.

—Eres una zorra —escupí poniendo a Claire detrás de mí—. ¿Me oyes? ¡Eres un puto caso perdido!

—Lo siento mucho —siguió diciendo Claire secándose las mejillas con el dorso de la mano—. Liz, te juro que solo intentaba ayudar.

Lizzie se rio con desprecio pese a que las lágrimas no dejaban de resbalarle por la cara, igual que las que brotaban de los ojos de Claire.

—Tienes mucho valor al hablarme así...

—Así ¿cómo? —quise saber—. ¿Como si no me supiera mal por ti? Bueno, pues adivina qué, Liz. No me das ninguna puta pena. Ese pozo se secó hace mucho tiempo.

—Ah, ¿sí? —se mofó—. ¡Pues prefiero ser una zorra a un violador!

—¡No soy un puto violador!

—Qué va, solo eres pariente de uno.

Hasta ahí.

Joder, hasta ahí.

No pude soportarlo más.

—Él no es mi hermano. —Mi cuerpo se estremecía y se sacudía mientras la fulminaba con la mirada—. Ese gilipollas no es nada mío. No es de mi sangre. No es mi hermano. No es mi puto nada, ¡así que deja de echármelo en cara!

—¡Mató a mi hermana!

—¿Crees que eres la única que ha perdido a su hermana? —rugí lanzando los brazos al aire, lleno de frustración—. ¡Yo también perdí a la mía, Lizzie! ¡Enterré a mi hermana y a mi padre!

—Se ahogaron —espetó—. Fue un accidente. No es lo mismo. Nadie les hizo daño. A diferencia de lo que le pasó a mi hermana o a la madre de Shannon.

—Joder, siento mucho que mi familia no muriera en circunstancias más macabras —repuse con voz ahogada, temblando—. Igual Beth debería haber acabado en el motor del barco después de ahogarse, así al menos habríamos tenido un poco de sangre para que la historia fuera más lacrimógena.

—Sabes que no quería decir eso.

—Tú no sabes ni lo que quieras decir, porque no has pensado con claridad desde que ella murió —repliqué—. Estás programada para el dolor y la amargura. Llevo años tolerando tus gilipolleces porque sabía cómo te sentías. Porque sé lo que se siente. Pero te has pasado de la raya al venir aquí y mangonear así a Claire. Puede que el resto de nuestros amigos sigan pasándotelas todas, Lizzie, pero yo no voy a soportar más tu horrible comportamiento. ¿Me oyes? ¡No pienso ir por este camino ni un puto día más de mi vida!

—Joder, ¿qué pasa aquí? Se os oye desde la calle —preguntó Hugh irrumpiendo en la habitación—. ¿Por qué vas en ropa interior? —exigió saber mientras miraba a su hermana con cara de asesino—. ¿Y tú qué cojones llevas puesto?

—No me mires así —dije resoplando cuando su inquisidora mirada se posó sobre mí—. Estaba en medio de una actuación. —Me arranqué la boa y señalé a Lizzie con el dedo—. Si quieras saber cuál es el problema, pregúntaselo a ella.

—No, no, no, esto es culpa mía, chicos —soltó Claire sofocada mientras

se ponía rápidamente un pijama—. No debería haber ido a su casa. —Girándose hacia Lizzie, añadió—: Lo siento mucho, Liz. Tienes razón. No debería haber ido a tu casa.

—¿Has ido a su casa? —Hugh frunció el ceño con gesto confundido—. ¿Por qué?

—Yo no —resoplé, escandalizado por que se le hubiera ocurrido algo así. Llevaba seis años sin ir a esa casa, y no tenía pensado volver a pisarla. De todos modos, tampoco es que fueran a darme la bienvenida allí—. Claire.

—¿Por qué?

—¡Y yo qué coño sé! —Alcé las manos—. Esta ha entrado aquí a saco con las armas preparadas. —Encogiéndome de hombros, añadí—: Es la primera vez que oigo lo de ir a casa de nadie.

—Pensaba que estaba haciendo lo correcto —prosiguió Claire ignorando a su hermano mientras se acercaba con cautela a su furibunda amiga—. Siento mucho si he empeorado las cosas.

—Ni siquiera pidió perdón —soltó Lizzie temblando por los escalofríos mientras sus emociones se apoderaban de ella. Derrumbándose en el suelo, miró hacia abajo con los ojos vacíos—. Mark Allen violó a su novia. Su novia era mi hermana. La violó y luego ella se suicidó porque no pudo soportarlo. Porque no podía vivir con lo que ese chico le había hecho. Y él ha seguido viviendo su vida mientras el cuerpo profanado de mi hermana se pudre bajo tierra. —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas cuando alzó la mirada hacia mí—. Nunca llegará a hacerse mayor. Nunca cumplirá los diecinueve. Nunca se casará ni tendrá hijos. Nunca hará ninguna de las cosas que él sí puede hacer, ¡y ese cabrón ni siquiera pidió perdón!

Paralizado hasta los huesos, sus palabras se me clavaron en el corazón como cuchillos. Porque dolían. Me torturaban. Su relato podía ser muy distinto del mío, pero no había duda de que su tono era sincero mientras contaba su verdad. Porque ella se creía su versión de los hechos. Y eso significaba que nada de lo que yo dijera o hiciera iba a cambiar las cosas ni

hacer que ella se sintiera mejor.

Al verla llorar en el suelo como un niño pequeño, sentí que el corazón se me rompía y estallaba en mil pedazos.

Aquello no tenía arreglo.

Nada iba a mejorar entre nosotros.

No habría bandera blanca.

Porque Lizzie tenía su versión de los hechos y yo tenía la mía.

Ella tenía memorizada una historia de terror en la que Caoimhe era la víctima y él, el monstruo, mientras que yo solo tenía una carta arrugada bajo el colchón y la verdad.

—Lo siento —suplicó Claire mientras se cernía sobre su amiga, acariciándola y dándole mimos como haría una madre con un bebé—. Todo va a ir bien.

Esa vez Lizzie no rechazó los intentos que hizo Claire por consolarla. Tan solo se quedó sentada en el suelo con los brazos apretados alrededor de las rodillas y sollozando de forma apenas perceptible.

—Gibs —dijo Hugh aclarándose la garganta—. Quizá deberías...

Sí, no hacía falta que acabara la frase. Me quedaba claro que ya no era bienvenido.

Me había ganado.

Otra vez.

Decidido a no irme con la cabeza gacha, salí de la habitación con los últimos retazos de dignidad hechos jirones y no me detuve hasta llegar al otro lado de la calle.

—No empieces —le advertí en cuanto entré y vi que una alta figura me recibía en el vestíbulo. Extendí el brazo y me quité el sombrero de cowboy de Claire de la cabeza—. No estoy de humor para otro sermón...

—¿Qué tal, hermanito?

Oír su voz me heló la sangre y, durante unos instantes, me quedé paralizado, con las manos agarradas al pomo de la puerta, mientras me

invadía el más puro y concentrado pánico.

—¿Gibs, eres tú? —Mamá apareció por la puerta de la cocina envuelta en sonrisas y llena de entusiasmo—. ¡Mira quién ha volado una semana antes desde Bombay para darnos una sorpresa!

—Has vuelto.

Mi hermanastro se cruzó de brazos en medio del vestíbulo contemplando a mi yo de diecisiete años con menos regocijo con el que contemplaba al de siete.

—He vuelto.

Entretanto, Keith apareció detrás de mi madre con una pila de fotografías en las manos.

—Gibs, hijo, échale un vistazo a esta preciosidad —dijo plantándose una foto en la cara—. Esta es Meera, la mujer de Mark; y este es su hijo, Yash.

Mis ojos se posaron sobre la imagen de una pequeña mujer asiática con un niño en su regazo.

Tenía un hijo.

Un crío pequeño.

—A Mark le han ofrecido un trabajo en el extranjero. Él y Meera están pensando trasladarse de forma permanente —expuso mamá abrazando al hijo adulto de su marido—. ¿No es maravilloso, Bubba?

—¿Trasladarse?

—Sí, hijo. —Keith asintió para confirmarlo mientras le pasaba un brazo a mi madre sobre los hombros—. Pronto toda la familia volverá a estar junta.

Los hermanos mayores liman asperezas como nadie

Claire

Decir que me atravesaba la culpa sería quedarme corta para describir lo que sentía cuando me senté a la mesa de la cocina frente a la inconsolable Lizzie.

La cabeza me daba vueltas por los disparatados altibajos que había tenido el día. Era como si me hubiera subido en una salvaje montaña rusa que acababa en medio de las consecuencias de mis actos, donde no me quedaba otra que asumir la responsabilidad de haber alterado a mi amiga hasta hacer que se desplomara en el suelo de mi cuarto.

La única razón por la que en ese momento Lizzie estaba sentada en posición vertical en mi cocina era el chico que había puesto dos tazas de chocolate caliente en la mesa delante de nosotras. De algún modo, Hugh había logrado consolarla e incluso que accediera a bajar y hablar conmigo. Gracias a Dios, porque si se hubiera ido sin aclarar las cosas, creo que habría acabado como ella en el suelo.

—Lo siento, Liz —aseguré como por quincuagésima vez.

Pero es que era verdad. Lo sentía.

Por lo que le había entendido a Hugh, la información que le había

revelado esa tarde a la señora Young, pese a mis buenas intenciones, le había resultado tan perturbadora que había acabado en Urgencias con dolores en el pecho. Unos dolores que estaban directamente relacionados con el miedo a perder a la única hija que le quedaba viva.

Yo no quería hacer sufrir a esa mujer. Nunca le haría daño de forma intencionada a otro ser humano. Solo había intentado ser una persona proactiva que actuaba en beneficio de su amiga antes de que se produjera el desastre, no después.

Aún estaba por ver si había hecho bien diciéndoselo a su madre, pero el disgusto que mi insensible confesión había causado era innegable.

Gerard se había ido hacía un buen rato, pero estaba segura de que seguía en shock tras soportar los embates de la ira de Lizzie, algo que, para ser justos, tampoco era nada nuevo.

Me entraron unas ganas terribles de cruzar la calle para ver cómo estaba, pero tenía la horrible sensación de que en ese momento mi amistad con Lizzie pendía de un hilo.

No podía irme.

Tenía que seguir adelante.

Arreglarlo como fuera.

—Liz... —Aclarándose la garganta, cogí la taza de chocolate caliente y la envolví entre mis manos, feliz de sentir la caricia del calor en las puntas de los dedos—. ¿Por qué no me dijiste que tu padre se había ido el pasado marzo?

—¿Mike se ha ido? —La confusión se extendió por la cara de mi hermano mientras retiraba la silla situada junto a la de Lizzie y se hundía en ella—. ¿Liz?

—Porque no me pareció importante —espetó con la vista fija en la taza que tenía delante y cuyo contenido aún no había probado—. Al menos desde un punto de vista global.

—Diría que el hecho de que los padres de tu amiga se separen y él se

vaya del condado es bastante importante desde un punto de vista global —repuse—. Liz, nunca has dicho ni una palabra al respecto.

—¿Cómo iba a hacerlo? —soltó con el cuerpo rígido por la tensión—. Fue la época en la que Shannon estaba pasando por todo aquello con su familia.

Ah, mierda.

La culpa se arremolinó en mi interior.

—Pero podrías haber acudido a mí, tía —dijo con voz ahogada y llena de emoción—. Habría intentado ayudarte.

—¿Como has hecho hoy? —Fue su airada respuesta—. Ya te dije lo que había pasado, Claire. Me caí. Encima de una puta cerca, sobre un alambre de espino. Si no me creías, podrías haberle preguntado a Patrick. Pasó en su granja. No tenías que ir corriendo a mi madre y traumatizarla más de lo que está. —Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras hablaba—. No tienes ni idea de lo duro que ha sido este año para mi familia, y vas tú y lo empeoras mucho más.

—Madre mía. —Dejé caer los hombros con frustración—. Cuánto lo siento.

—Podrías haber acudido a mí.

Lizzie desvió la mirada inmediatamente hacia mi hermano y lanzó una exhalación entrecortada.

—Claro, porque eso habría salido genial.

—Podrías haber acudido a mí —repitió Hugh con los ojos clavados en los suyos y una mirada que parecía de fuego—. Siempre puedes acudir a mí. —Tragó saliva con fuerza, se le movió hasta la nuez, y luego susurró—: Para lo que necesites.

—Para lo que necesite —repitió Lizzie como para ella misma mientras volvía a centrar su atención en la taza.

Después de arrastrarme y morderme la lengua durante un buen rato, por

suerte conseguí ganarme de nuevo la simpatía de mi amiga. Lizzie seguía sin ser mi fan número uno, pero cuando se sentó en el asiento del copiloto del coche de Hugh, ya pasadas las nueve, se despidió de mí con un desganado gesto con la mano antes de que él la llevara a casa.

Me lo tomé como un gran triunfo.

En cuanto el coche de mi hermano quedó fuera de mi campo de visión, y sabiendo que Lizzie estaba a salvo en él, no perdí ni un segundo y salí disparada para ver cómo se encontraba mi otro mejor amigo.

No estaba muy segura de lo que esperaba hallar al entrar en la casa de Gerard, pero desde luego no incluía un montón de maletas y bolsas de viaje desperdigadas por el vestíbulo.

—Pero ¿qué...? —Con el entrecejo arrugado por el desconcierto, recorrió todas las habitaciones de la planta baja en busca de la persona responsable de ese equipaje—. ¿Gerard? ¿Sadhbh? ¿Keith?

Aparte de Brian, que dormitaba en el sillón del salón, la casa estaba vacía. Algo superraro, porque la puerta principal no estaba cerrada con llave.

—¡¿Gerard?! —grité de nuevo volviendo hacia el vestíbulo antes de subir por la escalera—. ¡¿Estás aquí?!

Más silencio.

Sintiéndome idiota por no haber comprobado primero si el coche estaba en la entrada, corrí hasta la ventana frontal y eché un vistazo fuera.

Mierda, en la entrada de los Allen faltaba un Ford Focus gris.

Con aire de abandono, entré lentamente en su cuarto y encendí la luz.

—Pero ¿qué...? —empecé a decir, pero me quedé sin palabras cuando mis ojos asumieron la debacle.

La habitación de Gerard estaba destrozada.

Pero a lo grande.

Todos los pósters y los marcos que antes adornaban las paredes del cuarto se encontraban tirados por el suelo.

La mesilla estaba dada la vuelta, el colchón estaba apoyado en la pared de lado y todo lo que en algún momento alojaba su armario se encontraba diseminado... bueno... por todas partes.

—Parece que el tiempo solo lo ha hecho madurar por fuera, ¿eh? —dijo una voz de hombre detrás de mí—. Sigue teniendo las mismas pataletas que hace seis años.

—¡Dios! —chillé girándome como movida por un resorte—. Casi me da un infarto.

—Mis más sinceras disculpas —contestó un hombre de pelo oscuro con una risita. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones hechos a medida que le conferían un aspecto agradable—. Rizos rubios. Ojos de cierva. Merodeando por el cuarto de Gibsie... ¿Es la pequeña Claire Biggs la que ven mis ojos?

Asintiendo con recelo, me quedé mirando al hombre que se había apostado en la puerta del cuarto de Gerard.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Supongo que eras muy pequeña cuando me fui. —Al acentuar su sonrisa, me invadió una oleada de inquietante familiaridad—. No puedo ofenderme porque no me recuerdes.

—Espera... —Me quedé sin aliento y los ojos se me abrieron como platos—. ¿Mark?

—El mismo que viste y calza.

¿«El mismo que viste y calza»? Lo dijo como si fuera algo bueno. Y no era así. Al menos para Lizzie. Y para Gerard. Cuando se fue de la ciudad seis años atrás, todos mis conocidos respiraron aliviados. Porque era un tío problemático. Muy problemático.

—¿Qué haces otra vez en Ballylaggin?

—¿Es que no puedo visitar a los míos?

Técnicamente sí. Pero en términos de moral estaba claro que no. En lugar de responder con palabras, me encogí de hombros.

—Me estoy planteando trasladar a mi familia —me contó luciendo el sello de oro que llevaba en la mano izquierda—. Meera nunca ha estado en Irlanda y nuestro hijo ya tiene casi dos años. Me han ofrecido un puesto de trabajo, así que he venido para echarle un ojo al mercado inmobiliario antes de tomar ninguna decisión.

«Puaj».

—Ah —logré decir; aunque no fue fácil, porque ese chico, ya todo un hombre, siempre me había puesto la carne de gallina.

Lo más raro era que mis reservas hacia Mark Allen tenían poco que ver con los rumores que habían circulado por la ciudad respecto a su relación con Caoimhe Young y mucho con lo increíblemente capullo que había sido con Gerard cuando éramos pequeños.

Desde que entró en nuestras vidas, Mark se había propuesto hacerlo infeliz. No era solo el típico hermanastro gilipollas. Era un abusón, y de los malos.

Se me escapaba por qué una persona tan dulce y maravillosa como Caoimhe había empezado a salir con Mark. En pasado y en presente. De pequeña no entendía la atracción, y en esos momentos la entendía aún menos.

—¿Dónde está Gerard?

El tono distaba de ser cortés, pero mostrarle cualquier tipo de amabilidad a ese hombre me parecía aberrante. Sobre todo después de haberme pasado las últimas horas viendo cómo una de mis amigas más antiguas se rompía a causa de sus acciones.

Aunque mi lealtad hacia Gerard Gibson era inquebrantable respecto a su desavenencia con Lizzie y estaba dispuesta a defender el buen nombre de ese chico hasta el amargo final, al tipo que tenía delante no le debía absolutamente nada.

Porque, vale, puede que las autoridades no hubieran sido capaces de imputarle el crimen que la familia Young se empeñaba en decir que él había

cometido contra su hija seis años atrás, pero cuando el río suena, agua lleva, y sin duda Mark Allen era culpable de algo.

—Papá ha ido a cenar con Sadhbh a la ciudad —afirmó con tono despreocupado, sin molestarse en responder a mi pregunta—. Yo he pensado en pasar aquí la noche. —Sonrió de nuevo—. El vuelo ha sido largo.

«Ya, claro».

Todo eso probaba que Mark no quería encontrarse con determinadas personas en la ciudad y que le dijeran la escoria que era.

—¿Y Gerard? —insistí mirando su teléfono móvil en el suelo de la habitación—. ¿Dónde está? —Hice un gesto hacia el desastre que tenía alrededor—. ¿Qué le ha pasado a este cuarto?

—Ya conoces a Gibbs —repuso con indiferencia—. Creó el caos y después se largó; hace ya unas horas.

—¿Adónde ha ido? —espeté pronunciando las palabras con claridad.

«¿Qué has hecho?».

—Dímelo tú, Baby Biggs —soltó con una risita—. Eras tú la que siempre encontraba sus escondites.

—¿Hugh? —llamé desde el rellano cuando oí que se abría y se cerraba la puerta principal un rato después—. ¿Eres tú?

—Sí, solo soy yo —oí que respondía mi hermano. Unos segundos después, apareció en la escalera—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunté inclinándome sobre la barandilla—. ¡Llevo dos horas aquí sola muerta de miedo, Hugh!

—¿Por qué?

—Dios. ¡Dios! —Saltando de un pie a otro, sentí que me invadía una nueva oleada de escalofríos—. Es horrible, Hugh.

—¿El qué? —dijo uniéndose a mí en el rellano—. ¿Qué ha pasado?

—¡Mark Allen! —balbuceé con ojos desorbitados—. Ha vuelto a

Ballylaggin.

—No tiene gracia —se apresuró a regañarme mi hermano con ojos de repulsa—. Deja de decir esas mierdas.

—No intento ser graciosa. —Di un pisotón en el suelo y señalé hacia la calle mirando a mi hermano, con la esperanza de que me creyera—. Ha vuelto, Hugh. Lo he visto con mis propios ojos.

Su cara adquirió una tonalidad mortecina.

—Dime que es una broma.

—Ojalá pudiera.

—¿Ha vuelto?

Asentí vigorosamente con la cabeza.

—¿A Ballylaggin?

Volví a hacer lo mismo.

—¿Al otro lado de la calle?

—Sí —contesté con un hilo de voz y gesticulando como una loca—. Ha vuelto.

—¡Hijo de la gran puta!

—¡Hey, ¿qué haces?! —grité viendo cómo mi hermano salía disparado escaleras abajo como si persiguiera un *pokémon* poco común—. Espera, Hugh. ¡No vayas!

Demasiado tarde.

Nuestra puerta principal estaba abierta de par en par y mi hermano caminaba a zancadas por la calle como un hombre con una misión.

—¡Hugh! —chillé corriendo tras él con mi pijama de unicornio de una sola pieza—. Ya sabes qué dijo mamá. Se supone que no debemos ponernos de parte de nadie, ¿te acuerdas? ¡Sadhbh es su mejor amiga! ¡Tenemos que quedarnos al margen!

Haciendo caso omiso de mis protestas, mi hermano entró en la casa de Gerard sin pensarlo dos veces. Es verdad que ni Gerard, ni Hugh ni yo solíamos llamar a la puerta o picar el timbre cuando entrábamos en la casa

del otro, pero aquello era distinto. Porque normalmente nuestra intención no era derramar sangre, algo que tenía la horrible sensación de que mi hermano estaba determinado a hacer esa noche.

—¡Hugh! —grité al llegar a la puerta principal y verle de refilón la espalda a mi hermano, que ascendía a toda prisa por la escalera—. ¡Espera, ¿vale?!

Poco después, oí un portazo seguido de gritos.

«Ay, jolines».

Subí la escalera y no me detuve hasta llegar a la entrada del antiguo cuarto de Bethany, con los ojos desorbitados por el terror.

—¡Para, Hugh!

—¡Qué poca vergüenza tienes viniendo aquí! —bramó mi hermano mientras sujetaba al hermanastro de Gerard contra la pared de la habitación—. ¡Puto monstruo de mierda!

—Soy... inocente —balbuceó Mark tirando y arañando la mano que Hugh le había echado al cuello—. Pregúntale... a... la... Gardaí...

—Me importa una mierda lo que diga la Gardaí —masculló mi hermano más furioso de lo que lo había visto nunca—. ¡Todos sabemos el pedazo de cabrón que eres! —Golpeó a Mark contra la pared—. ¡¿Cómo coño te atreves a volver a esta calle?!

—¡Hugh, no! —Apresurándome para detenerlo antes de que llegara demasiado lejos, me estrujé entre sus cuerpos y le di un empujón en el pecho—. Vámonos a casa, ¿vale?

—Eso, Hugh —resolló Mark, que había usado mi intervención para zafarse de él—. Hazle caso a tu hermana.

—Pedazo de...

—¡Vámonos, Hugh! —grité empujándole el pecho para conseguir sacarlo de la habitación—. ¡Sal de aquí ahora mismo o se lo digo a mamá!

—¡Aléjate de ella! —le advirtió Hugh con el cuerpo tembloroso mientras apuntaba a Mark con el dedo y, de mala gana, me dejaba darle empujones

para sacarlo al rellano—. ¿Me oyes? ¡No quiero ni que la mires!

—O si no, ¿qué? —dijo el hombre con tono de mofa.

Mi hermano entrecerró los ojos y soltó:

—Tú haz el tonto y verás, gilipollas.

—Relájate, chaval. Ahora soy un hombre casado —espetó Mark—. No tengo ninguna intención de mirar a tu hermana.

—No estoy hablando de mi hermana —rugió Hugh con el pecho agitado

—. Solo te lo voy a decir una vez, pedazo de cabrón.

A ver, ¿quién hace de cuchara grande?

Gibsie

—Biggs, por última vez, ¡deja de hacer la puta cucharita conmigo! —fue lo primero que le oí decir a mi mejor amigo el miércoles por la mañana, justo antes de que me clavara el talón en la espinilla.

—Vale... ¡Ay! —resoplé abriendo lentamente los ojos mientras el dolor se extendía por la pierna—. Capi, joder, eso ha dolido. Ya sabes que me salen moratones como a un melocotón.

—Esa era la idea —gruñó Johnny soltándose de mi brazo y sentándose en la cama—. ¿Desde cuándo tienes la impresión de que yo soy la cuchara pequeña de esta relación?

—¿Y lo soy yo?

—¡Bueno, te aseguro que yo no!

—No puedo evitarlo, ¿vale? —dije con un bufido poniéndome de espaldas—. Estoy acostumbrado a acurrucarme con Claire por las noches.

—Y yo estoy acostumbrado a acurrucarme con Shannon. —Alargando la mano hacia atrás, cogió una almohada y me la hundió sobre la cabeza—. No con mi puto *flanker*.

—Ya, bueno, los Lynch son como recipientes de cría, así que, si te paras a pensarlo, es posible que esta improvisada fiesta de pijamas te haya salvado de unirte a Lynchy en su viaje por la carretera de la paternidad.

—Espera. —Johnny entrecerró los ojos—. ¿Acabas de llamar a mi novia «recipiente de cría»?

—Chisss, no seas gruñón —trató de persuadirlo mientras me ponía de lado para abrazar la almohada con la que había intentado asfixiarme—. Tú mismo dijiste que tú y Shan queríais un montón de críos cuando seáis más mayores, así que puedes considerarlo un cumplido.

—Gibs, de verdad que no sé qué pensar de las mierdas que sueltas por la boca. Te lo digo en serio.

—Ese es tu problema, Johnny —repliqué bostezando—. Piensas demasiado.

—Y tú ni siquiera piensas.

—Sí, es más o menos así.

—¿Me explicas esta visita nocturna? —preguntó entonces—. Porque, déjame decirte, Gibbs, que aunque has hecho un montón de cosas raras desde que nos conocemos, meterte en mi cama en mitad de la noche es algo bastante nuevo.

—Sí, lo siento —dije con una tímida sonrisa—. Probablemente debería haber avisado, ¿no?

—Hubiera estado bien.

Sonriendo, le planteé:

—¿Sonaría raro si te dijera que tengo pesadillas y tú me haces sentir seguro?

—Solo bastante —contestó Johnny con cara de estar entreteniéndose con mis majaderías—. Bueno, ¿qué ha pasado?

—No mucho.

—No me vengas con tonterías —argumentó moviendo la cabeza hacia los lados—. ¿Te has peleado con Claire o algo así? Sueles recurrir a ella primero.

—No, estamos bien —repuse estirándome—. Pero estaba en su casa y entonces apareció la Víbora y empezó a ponerme verde, como de

costumbre. —Encogiéndome de hombros, añadí—: Básicamente, tuve que largarme para no explotar.

—Madre de Dios. —Johnny entornó los ojos—. Lo de esa chica es muy fuerte...

—Sí —convine con un bostezo de cansancio—. Uy, pero es aún peor.

—Te escucho.

—Después de la pelea volví a mi casa.

—Y...

—Y entré por la puerta.

—Sigue.

—Y ahí estaba él.

—¿Él?

—Mark.

—¿Mark?

—Mark —repetí lanzándole a mi amigo una mirada cómplice.

Los ojos de Johnny se llenaron de confusión durante unos segundos hasta que lo entendió todo.

—Ah, mierda...

—Sí —dije con tono neutro notando cómo se me ensombrecía el humor—. Y, por lo visto, tiene pensado coger a su familia y mudarse a Ballylaggin. Me cago en mi vida.

—Gibs, tío, ¿qué sucedió? —preguntó con cautela—. Cuando me mudé aquí supe que habían pasado algunas mierdas, pero nadie habla nunca de ello y solo les he oído decir cosas sueltas a Feely, a Hugh y a Shan.

—Créeme, capi, no hace falta que sepas más que «cosas sueltas» —musité sintiendo cómo mis cuatro paredes se cerraban a mi alrededor—. Todo eso ha quedado atrás.

—Hazlo por mí, tío —insistió dándome un golpecito en el muslo con la rodilla—. Venga, Gibbs, ya sabes que siempre estoy de tu parte en lo referente a esa chica, pase lo que pase. —Se encogió de hombros y añadió

—: Pero sería mucho más fácil defenderte si conociera toda la historia, joder.

—No tienes por qué defenderme, Johnny. —Sus palabras me sentaron como un tiro y todo mi cuerpo se puso en tensión—. Porque no he hecho nada.

—Ya lo sé, Gibbs —asintió con calma—. Ni por un momento he pensado lo contrario, tío. Pero con el tema de Lizzie es como si fuera por ahí con una venda en los ojos.

—De verdad que no quiero hablar de eso... —murmuré somnoliento acomodándome en su colchón, tan épico que ni siquiera iba a fingir que no me daba envidia. De hecho, si encontrara la manera de sacarlo a hurtadillas de la mansión y meterlo en mi casa, lo haría sin dudarlo. «Muy bien, tío. Distacción. Buenos pensamientos. Pensamientos alegres. Bloquéalo todo»—. No tiene ningún puto sentido y acabaríamos dando vueltas en círculos.

—Ponme a prueba.

—Madre de Dios, está bien. —Me senté, me froté los ojos y me desplomé contra el cabecero de la cama—. Dime qué es lo que sabes y yo iré llenando los huecos.

—Tu madre dejó a tu padre cuando tenías ocho años y se juntó con Keith.

—Yo tenía siete cuando ella lo largó —intervine con un hondo suspiro—. Pero te has acercado bastante.

—Por su parte, Keith era viudo cuando se mudó a tu casa con su niño...

—Mark no era ningún niño —repuse cortándolo—. Ese capullo tenía catorce años cuando nuestros padres se juntaron.

—Vale, Keith se mudó a tu casa con su hijo adolescente poco después de que tus padres se divorciaran —se autocorrigió Johnny hábilmente—. ¿Es así?

—No, no hubo divorcio —puntualicé—. Por aquel entonces, en Irlanda

no te podías divorciar. Mamá los metió en casa estando aún casada con mi viejo. La boda no llegó hasta después de que Beth y mi padre se ahogaran.

—Hostia...

—Sí. —Bastante crispado, le hice un gesto con la mano para que continuara—. Venga, sigue.

—Mark salía con la hermana de Lizzie...

—Caoimhe —apunté.

—Caoimhe —repitió asintiendo agradecido.

—¿Fueron juntos al Tommen?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Iban al mismo curso?

—Durante un tiempo.

—Entonces, Mark y Caoimhe deben de tener más o menos la edad de Darren, el hermano de Shan —dijo Johnny haciendo el cálculo con una rapidez de la hostia—. Sé que Darren fue al instituto público Ballylaggin, pero no sería raro que hubieran ido todos juntos a primaria.

—No sé, tío. —Alcé fugazmente los hombros—. En aquella época yo casi no conocía a los Lynch. No fueron a mi cole de primaria, ¿sabes? Apenas me acuerdo de la peña con la que fui a primaria, así que imagínate del resto.

—Pero Keith y Mark eran unos recién llegados, así que está claro que no fue al colegio en Ballylaggin. Sin embargo, Lizzie, Shan, Joe, Tadhg y Ols fueron todos al Sagrado Corazón, así que supongo que Darren y Caoimhe también —musitó Johnny, más para él mismo que para mí, mientras en su mente montaba el rompecabezas de mi pasado.

—¿Sabes, capi? Cuando te he dicho que me contaras lo que sabías, no me refería a que entraras en tantos detalles —bromeé—. Madre mía, estás hecho todo un detective.

—Me gusta ser metódico —replicó sin que le afectara lo más mínimo—. Entonces ¿Mark y Caoimhe salieron juntos?

—Más o menos.

—Y a ellas ya las conocíais porque Lizzie y Claire eran amigas, ¿no? —Frunciendo el ceño, añadió—: Y porque Caoimhe solía hacerlos de canguro cuando erais niños.

—Más o menos.

—Venga, Gibbs —exhortó—. Ayúdame un poco, ¿no?

—¿Qué quieres que te diga? —solté con sensación de claustrofobia.

—Algo que no sea «más o menos».

—¡Vale! —espeté pasándome una mano por el pelo en señal de frustración—. ¿Qué te parece esto? Salieron durante unos años. Él era un capullo inútil y ella perdía el culo por él siguiéndolo como una idiota por todas partes. Cuando no estaban en plan melodramático o montando una escena por la enésima ruptura de la semana, follaban como conejos. ¿Te recuerdan a alguien?

—A Lizzie y a Pierce.

—Diez puntos para Gryffindor —dije animándolo con un pequeño aplauso—. Mira, todo el mundo intentó avisarla de lo cabrón de mierda que era ese chico, pero ella se negaba a escucharnos. A ojos de Caoimhe, Mark era inofensivo y si le decías lo contrario, te mandaba a la mierda. La cosa fue así durante años... Años, joder, Kav, hasta que se encontró cara a cara con su verdadera naturaleza. —Tremendamente agitado, eché los hombros hacia atrás para intentar detener el escalofrío que me atravesaba—. Después de su muerte, se corrió el rumor por la ciudad de que había dejado una nota de suicidio para su madre en la que revelaba una violación. La Gardaí lo investigó y no encontró nada. Ni la más mínima prueba que apoyara las acusaciones de la familia Young. Con el tiempo, la investigación acabó por archivarse, Mark se graduó del Tommen y se fue de Ballylaggin. —Lanzando una exhalación, hice un gesto con la mano antes de decir—: Dejándonos el marrón al resto.

—Ufff, vaya mierda.

—Más o menos.

—Entonces, pese a la falta de pruebas sólidas, ¿Lizzie y su familia están convencidos de que Caoimhe se mató por una agresión sexual que sufrió a manos del hijo del marido de tu madre?

—Sí —confirmé asintiendo con la cabeza, aliviado de que no se hubiera referido a él como «mi hermanastro».

—¿Y Lizzie la tiene tomada contigo porque tu madre sigue casada con su padre?

—Sí —asentí—. Por eso y porque mamá y Keith apoyaron a Mark al cien por cien, lo que provocó un dramón entre nuestras familias.

—¿Y tú no lo apoyaste?

—Joder, claro que no! —Entrecerré los ojos—. Intenté avisarla años atrás, pero ella no me hizo ni caso.

—Pero ¿Lizzie y tú erais amigos antes de todo esto?

—Sí —contesté—. Todos lo éramos... pero después de lo que ocurrió ella hizo todo lo posible por poner a la gente en mi contra.

—¿Qué quieres decir?

—Claire, Feely y Hugh —espeté—. Ella quería que eligieran.

—¿Entre tú y ella?

—Sí.

—Pero ¿se negaron?

—Así es. —Volvió a asentir—. Y estoy bastante seguro de que, en buena parte, ese es el motivo por el que Hugh y Liz ya apenas hablan.

—Joder. —Johnny se quedó callado durante un buen rato antes de preguntar—: ¿Crees que lo hizo, Gibbs?

—¿Quién?

—Mark.

Con el corazón martilleándome en el pecho, moví la cabeza en un gesto afirmativo.

—Dios... —susurró mi mejor amigo frotándose la mandíbula—. ¿Y

ahora ha vuelto a la ciudad?

—Sí.

—Para quedarse dos meses enteros.

—Lo has pillado enseguida.

—Vaya desastre.

—Y que lo digas.

—Bueno, aquí siempre serás bienvenido —dijo Johnny antes de retirar las sábanas y salir de la cama.

—Gracias, capi —contesté volviéndome a tumbar en su cama extragrande—. Eres un crack.

—Sin problema, tío. —Cogió el teléfono de la mesilla de noche y le echó un rápido vistazo a la pantalla antes de estirarse—. Venga, vamos. Son solo las seis y media. Podemos ir a correr antes de que empiecen las clases.

—¿Tú estás loco? Lo único que tengo pensado hacer antes de ir a clase es dormir... y puede que comerme alguna de las tortitas de tu madre, si es que se ofrecen.

—Levántate.

—Ni de coña.

—Venga, Gibbs, hoy tenemos partido.

—Exacto. Tengo que descansar todo lo que pueda.

—¡Gibbs!

—Buenas noches, capi. Te quiero.

Cuarenta minutos después, estaba sin aliento, resollando a merced de un machote dublinés con cierta tendencia al sadismo en lo referente a los pulmones de su mejor amigo.

—Eres un monstruo —afirmé jadeante mientras trataba de seguir su ritmo sobrehumano. Aparte de que llovía a cántaros, aún estaba oscuro—. En serio, capi, estoy al borde de la muerte.

—¡Venga, Gibbs, que ya lo tienes! —me animó por encima del hombro—.

Mantén las pulsaciones altas, tío. Estás en el último kilómetro.

—Eso dijiste hace tres kilómetros —gimoteé mientras barajaba la posibilidad de tirarme a una acequia y abandonarme a las vacas—. Y no «lo tengo», Johnny. No «lo tengo» para nada.

—¡Claro que sí! ¡Venga, tío, la casa está ahí delante! —gritó para motivarme—. Encima del cerro. Un acelerón más y llegamos.

—¡No, a la mierda, no puedo! —le grité yo a mi vez con calambres en todos los músculos de las piernas—. No merece la pena. Sigue sin mí.

—Le diré a mi madre que te haga tortitas.

«Mierda».

—Quiero azúcar y zumo de limón, y ni una palabra sobre el exceso de calorías.

—Trato hecho.

—Vale —concedí mientras subía por la empinada carretera que llevaba hasta la mansión—. Lo que hace uno por su estómago.

Chicos maleducados y trompas de elefante

Claire

Gerard Gibson se estaba convirtiendo en un superninja de la evitación: para mi desgracia, conseguía esquivarme todo el día en el instituto.

Me sentía fatal por todo el drama que había habido con Lizzie la noche anterior y sabía que la vuelta de Mark debía de estar afectándole. El hecho de que no hubiera ido a pasar la noche a mi cuarto ni hubiera aparecido esa mañana por la cocina para desayunar era prueba suficiente de que Gerard tenía más lío en la cabeza de lo que yo había imaginado.

Aunque no vino a comer con nosotros, sabía que estaba en el instituto, porque me lo había cruzado un par de veces por los pasillos mientras él estaba en modo completamente errático.

Pese a mi estado de agitación, me quedé en el Tommen después de las clases para ver el partido. Como la leal amiga que era, soporté la lluvia torrencial con Shannon y animé a nuestros chicos como había hecho todos los partidos anteriores.

Tras ochenta minutos de intenso rendimiento físico, el equipo de rugby de nuestro instituto acabó pateando el trasero de los del St. Andrews con un resultado final de 64-3. Gerard se pasó diez minutos chupando banquillo

por una falta táctica sobre el número 13 del equipo contrario.

En lugar de esperar con Shan en el coche hasta que los chicos salieran, me encontré llamando a la puerta del vestuario, determinada a no dejar que pasara ni un minuto más sin hablarlo con él.

—¡Hola! —saludé sonriendo cuando por fin se abrió la puerta—. ¿Está Gerard? —Me daba cuenta de que era probable que los chicos estuvieran de celebración ahí dentro, pero ya no podía esperar más. Lo que explicaba que acabara extralimitándome... y saltándose las normas del instituto—. Tengo que hablar con él.

—¿Quién quiere saberlo? —respondió un chico al que no conocía sujetando la puerta del vestuario con firmeza, sin duda para evitar que entrara.

—Eh... pues yo. —Volteé los ojos hacia arriba—. Evidentemente.

—¿Y tú quién eres?

—¿Que quién soy yo? —Me tomé mi tiempo para echarle un buen vistazo y no me pasó desapercibido lo bajo que le colgaba la toalla sobre las caderas—. Habría que preguntar más bien quién eres tú.

—Damien Cleary.

—¿Y tú de dónde sales, Damien?

—Soy nuevo —repuso con indiferencia—. Transferido del St. Pat para hacer segundo de bachillerato.

—Bueno, Damien Cleary. —Le sonréí con dulzura—. Yo soy Claire Biggs. Tengo dieciséis años, soy leo y, como tú, alumna del Tommen, y de verdad que necesito hablar con Gerard, así que si me haces el favor de ir a avisarlo, te estaría superagradecida.

Me miró con cara de póquer unos instantes y luego intentó cerrarme la puerta en las narices.

—¡Oye! —le solté metiendo el pie entre el marco y la puerta, y luego empujando para volver a abrirla—. ¡Qué maleducado!

—Puede que sea nuevo, pero no soy imbécil —aseguró—. En el equipo

no hay ningún Gerard, princesa, así que lárgate.

—¿Cómo dices? —Entrecerré los ojos—. Sí que lo hay. Acaba de placar a unos cuantos para que tu equipo marque dos ensayos, Damien.

—No es verdad. Creo que sé cómo se llaman mis compañeros de equipo. Que te jodan.

Me quedé con la boca abierta del asombro.

—Ufff, de verdad que eres muy maleducado.

—¡Oye, no puedes entrar! —exclamó Damien cuando empujé la puerta e intenté escabullirme dentro—. ¡Chicos, aquí hay una rubia que está loca! ¡Tapaos las pollas!

—Es el número 7 del equipo, idiota —dije con un bufido mientras le daba un empujón a Chico Maleducado tratando de llegar a mi destino—. Y ¡puaj! Como si a mí me interesara ver alguna de vuestras diminutas trompas de elefante.

—Biggs, tu hermana viene sedienta de sangre.

—Oye, nena, esta trompa de elefante crece.

—Claro que sí, Robbie —contesté poniendo los ojos en blanco—. Y seguro que cuando lo haga, es tan fácil de encontrar como Wally.

—¡Buaaah, me ha dolido hasta a mí, tío!

—Conque así es el vestuario de los chicos... —musité con los brazos en jarras mientras contemplaba a una treintena de adolescentes vistiéndose a toda prisa y me sentía a la vez impresionada y celosa de las punteras instalaciones del equipo de rugby. Por favor, si hasta tenían su propia sala de fisio...—. Bueno, me parece apropiado decir que deberíais estar avergonzados —añadí con la nariz arrugada debido al apabullante hedor a adolescente—. ¡Porque este sitio es una pocilga!

—¡Oye, Claire, este es el vestuario de los chicos! —gritó Patrick tapándose rápidamente las vergüenzas con un balón de rugby—. Sabes que no puedes entrar, ¿verdad?

—¡Hola, Patrick! —Me fui directa hacia él—. Siento la intrusión, pero de

verdad que tengo que hablar con Gerard.

—Ha tardado en volver del campo. Prueba en las duchas —replicó señalando la dirección correcta con la mano que le quedaba libre.

—Gracias. —Sonriendo, le dije adiós con un gesto—. Eres el mejor... Ah, y bonito balón.

—Madre mía.

—¡Claire! —bramó Hugh entrando por otra puerta hecho un basilisco vestido solo con un pantalón de chándal gris. Ufff, parecía igual de enfadado que la noche anterior. Estaba claro que consultarla con la almohada no le había ayudado a levantar el ánimo—. ¿Qué cojones haces?

—Busco a Gerard —le expliqué resoplando—. Y ese chico nuevo de allí ha sido supermaleducado conmigo —agregué señalando a Damien con el dedo—. Me ha dicho que me jodian.

—¿Le has dicho a mi hermana que la jodian? —Hugh desvió la atención inmediatamente hacia Damien y yo sentí un enorme placer cuando vi que se ponía rojo como un tomate—. ¿En qué momento te ha parecido que estaba bien hablarle así?

—Perdona, Biggs. No sabía que era tu hermana.

—Eso da igual —respondió Johnny apareciendo bajo la alta arcada que llevaba hasta las duchas con unos bóxers negros—. Eres nuevo, Cleary, así que por esta vez lo voy a dejar pasar. Pero para la próxima ten en cuenta que no les hablamos así a nuestras chicas. ¿Lo pillas?

—Sí, lo pillo. —La cara de Chico Maleducado adquirió un tono de rojo aún más intenso—. No volverá a pasar, capi.

Ay, Dios, estar alrededor de Johnny Kavanagh daba un subidón de poder. Ese chico rezumaba intensidad. «Bien por Shan».

—Eso, Cleary —espeté envalentonada por el respaldo del alfa—. ¡Asegúrate de que no vuelva a pasar!

Y, luego, como en la corteza prefrontal de mi cerebro aún tenía tres años, le saqué la lengua para dejar clara mi postura.

—Tienes unos dos minutos antes de que el entrenador venga a hacer el análisis de después del partido —me explicó Johnny centrándose en mí—. Date prisa.

—¡Eres el mejor capitán del mundo! —Dándole una palmadita en su durísimo pectoral, salí corriendo bajo la arcada—. Y enhorabuena por ganar el partido.

Avancé con paso firme siguiendo el sonido del agua, pero me detuve en seco al doblar la esquina y encontrarme de frente con un *flanker* desnudo. Cuando posé los ojos sobre su culo, se me escapó un agudo «Dios mío» de entre los labios y enseguida me planté una mano delante de los ojos y me apoyé contra la pared opuesta sintiendo cómo el corazón se me salía del pecho.

—Siento mucho lo que voy a decirte, pero creo que acabo de verte la escalera colgando entre las piernas.

—¿Y? —Oí su familiar risita desde la zona de las duchas—. Ya habías visto mi escalera.

Eso hizo que el corazón me latiera aún más deprisa.

—Eh... desde ese ángulo no.

—¿Qué pasa, muñequita?

—Llevo todo el día intentando hablar contigo —respondí sintiéndome ridículamente aliviada por volver a estar en su compañía—. Eres difícil de localizar, Gerard Gibson.

—Te he visto en el instituto.

—No —lo corregí todavía cubriéndome los ojos con la mano mientras el vapor húmedo de las baldosas que tenía a mi espalda comenzaba a filtrarse a través del uniforme escolar—. Yo te saludé en el pasillo en un descanso entre clases y tú me devolviste el saludo. No es lo mismo. —Lancé un suspiro entrecortado y me obligué a verbalizar el problema—. ¿Dónde narices estuviste anoche? Fui a tu casa y te habías ido. ¡Y Mark estaba allí!

El sonido de agua corriendo se paró de manera abrupta.

—¿Gerard? —dije al ver que no respondía—. ¿Me has oído?

—Sí, te he oido. —Su voz se oía más cerca—. Y, sí, lo sé. —Noté el roce de su mano contra mi brazo y el calor me incidió todo el cuerpo—. Perdona. —Me puso la mano en la cadera y me apartó suavemente hacia un lado—. Tengo la toalla colgada detrás de ti.

—¡Okey, makey! —chillé sintiendo cómo el rubor tomaba mi rostro, consciente de que su cuerpo desnudo estaba tan cerca de mí.

Pero era algo más que eso, porque también quería abrir los dedos y echar un vistazo. Bueno, no solo echar un vistazo. Quería tocar. Recordar la sensación de la noche anterior, cuando apretaba su imponente cuerpo contra el mío y metía sus dedos en lo más profundo de mí...

—Todo en orden. —Me retiró la mano de los ojos con dulzura—. La escalera está recogida.

Cuando abrí los ojos, lamentablemente vi que era cierto. La toalla blanca que envolvía sus estrechas caderas daba prueba de ello.

«Ay, jolines».

Sintiéndome débil, me desplomé contra las baldosas que tenía detrás.

—Así que Mark ha vuelto, ¿eh?

—Eso parece.

—¿No lo sabías?

—No —replicó Gerard apoyando una mano en la pared contra la que estaba reclinada—. No tenía ni idea.

Casi sin aliento, tragué saliva con fuerza y esbocé una media sonrisa tratando desesperadamente de no prestar atención al calor que invadía cada centímetro de mi cuerpo.

—¿Estás bien?

—Por supuesto. —Sonrió, pero sus ojos no reflejaban su sonrisa—. Yo siempre estoy bien.

—Anoche no viniste. —Me encogí de hombros, indefensa—. Fue...

—«No me gustó»—. Raro.

—Ya, lo siento. —Con una exhalación temblorosa, Gerard alzó la mano que le quedaba libre y se apartó unos rizos húmedos de la frente—. Tú estabas lidiando con Lizzie y yo... eh... tenía que irme.

—¿Y adónde fuiste?

—A casa del capi.

—Ah.

—Sí.

Su respuesta me provocó cierto desconsuelo, pero forcé una enorme sonrisa.

Él me sonrió a mí, pero, de nuevo, la sonrisa no se correspondía con lo que reflejaban sus ojos.

«Ay, jolines».

Aquello no me gustaba. Ni un pelo. Porque aunque físicamente Gerard estaba delante de mí cubierto solo con una toalla, por dentro llevaba el corazón envuelto en varias capas.

—Háblame, Gerard.

—¿Sobre qué?

Entorné los ojos.

—Sobre lo que pasó anoche.

Él me miró sin comprender.

—¿Qué pasó anoche?

—Eh... ¿en serio? Pues que Lizzie básicamente te atacó y luego te enteraste de que tu malvado hermanastro ha vuelto a Ballylaggin.

—No te preocupes, muñequita.

—Gerard —dije—, sé que estás mal.

—No estoy mal.

—Sí que lo estás —insistí—. Tienes que estarlo.

—¿Por qué?

—Porque Mark ha vuelto.

—Claire, la verdad es que me importa una mierda.

—No, para. —Sacudiendo la cabeza con frustración, alargué el brazo y entrelacé los dedos con la cadena de plata que llevaba al cuello—. No hagas eso.

—¿El qué?

—Hacerte el tonto —gruñí tirando de la cadena con tanta fuerza que lo obligué a bajar la cara hacia mí—. No me dejes fuera, Gerard. Hemos llegado demasiado lejos para que hagas eso.

—No es lo que intento... —dijo bruscamente rozando su nariz contra la mía—. Yo solo...

—Tú solo ¿qué? —lo presioné agarrándolo tan fuerte de la cadena que pensé que iba a romperla. Cogí aire y me impulsé contra la pared, uniendo mi pecho al suyo—. ¿Qué, Gerard?

—Te vas a mojar —apuntó pasándose un brazo por la cintura para estabilizarnos.

—No cambies de tema —le advertí, decidida a no dar ni un paso atrás—. Tú solo ¿qué?

—Sabes que es muy mala idea estar aquí conmigo, ¿no? —me planteó con tono grave mientras yo sentía el motivo exacto por el que lo decía creciendo contra mi vientre.

—Sobre todo desde que... —La voz se le fue apagando y negó con la cabeza—. Es muy muy mala idea, muñequita.

—Me da igual —repliqué con voz entrecortada mientras mi corazón trataba de salir a golpes de mi pecho para entrar en el suyo—. Tenemos que hablar, así que háblame, jolines.

—¿Y qué quieras que diga? —repuso con suavidad respirándome en la cara.

—Puedes empezar contándome cómo te sientes.

—No siento nada. —Se acercó un poco más y mi espalda volvió a chocar contra la pared, pero esta vez su cuerpo estaba pegado al mío—. Ni sobre Lizzie. Ni sobre él. Ni sobre nadie. —Ese movimiento pareció hacer que

nuestros cuerpos se estremecieran a la vez—. No siento una mierda.

—Mientes.

—No, de verdad que no.

—¡Gerard! —dije desesperada—. ¡Por favor!

—¿Por favor? —preguntó—. Por favor ¿qué, Claire? ¿Qué quieres de mí?

—¡A ti! —Mi pecho se agitaba contra el suyo, todo mi cuerpo lo deseaba, y de verdad sentí que podría morir allí mismo si no ponía sus labios sobre mí—. ¡Te quiero a ti, Gerard!

—Aquí me tienes.

—No me refiero a eso y lo sabes —balbuceé—. ¡Quiero que me digas lo que sientes! ¡Quiero que te abras a mí, jopé!

—No puedo.

Me quedé devastada.

—¿Por qué no?

—¡Porque te quiero demasiado! —exclamó pillándome por sorpresa. Soltando una agónica exhalación, me apoyó la cabeza en el hombro—. Joder, porque te quiero, Claire Biggs.

Esas dos palabras me dolieron, porque no eran lo que necesitaba de él en ese momento, y el dolor que sentía en el pecho me indicaba que mi desolado cuerpo había llegado a la igualmente desoladora conclusión de que esas dos palabras eran todo lo que ese chico iba a llegar a darme nunca.

—No entiendo por qué te comportas así —logré decir sintiéndome como una masoquista por empeñarme en repetir la misma desgastada narrativa—. Soy tu mejor amiga y, en vez de dejarme entrar en tu corazón, insistes en empujarme hacia fuera.

—Claire.

—No. ¡Basta de excusas, Gerard! —Moviendo la cabeza hacia los lados, le di un empujón en el pecho para hacerlo reaccionar—. Estoy aquí, ¿vale? Para lo que necesites.

—Lo sé.

—¡Pues haz algo!

No hizo nada.

Pero volvió a abrir la boca.

—Claire, si pudieras...

—No, ¡para! —Negué con la cabeza—. No quiero más excusas, Gerard Gibson.

—Con el pecho agitado, lo esquivé y me dirigí hacia la salida—.

Necesito tu verdad.

A hacer puñetas los diecisiete

Gibsie

—Por el amor de Dios, ¿dónde has estado? —me preguntó mamá cuando entré en la cocina después de clase—. No dejaste ninguna nota diciendo adónde ibas. No te llevaste el teléfono. No podía llamarte, ni escribirte, ¡nada! ¡Me he vuelto loca de preocupación! —Tiró el pollo asado que estaba sacando del horno sobre la isla de la cocina y se giró para mirarme—. Menos mal que Edel Kavanagh me avisó de que te quedabas en su casa, porque la siguiente llamada habría sido a la comisaría.

—Mis más sinceras disculpas, madre —solté dejando caer la mochila y la bolsa de deporte en un rincón antes de irme directo hacia la nevera, pasando con diligencia del malvado gato que descansaba sobre la mesa de la cocina—. Es horrible cuando un miembro de tu familia no te cuenta una mierda.

—¿Perdona?

—Ya me has oído —repliqué cogiendo el cartón de zumo de naranja y cerrando la nevera.

—Gerard Joseph Gibson —espetó mamá con las manos en las caderas—. A mí no me hables así.

Puse los ojos en blanco, desenrosqué el tapón y bebí directamente del cartón a modo de «te jodes» no verbal, ya que no podía decir esas palabras en voz alta.

—He visto cómo has dejado tu cuarto —siguió diciendo mientras limpiaba una gota de grasa de pollo que había en la isla con un paño de cocina—. Tu comportamiento de anoche estuvo muy fuera de lugar.

—¿Y tu comportamiento al no avisarme de que ese capullo iba a volver a la ciudad no? —le espeté dando un golpe con el cartón sobre la encimera—. Venga, mamá, si vale para mí, vale también para ti.

—Así que, porque he querido darte una sorpresa, ¿tú me castigas yéndote de casa sin decirme adónde? Gerard, tienes diecisiete años, y hasta que cumplas dieciocho el febrero que viene, estás a mi cargo, ¡y eso significa que nada de escapadas nocturnas sin una llamada!

—¿Castigarte? —Me la quedé mirando con la boca abierta—. ¡Mamá, anoche cuando entré por la puerta me tendisteis una emboscada!

—¡Mark es de la familia, Gerard! —exclamó mamá con las manos en el aire—. Deberías alegrarte de verlo. ¡Y Keith! Había hecho una reserva para cuatro en el Spizzico's para celebrarlo. —Me fulminó con la mirada—. ¡Menuda celebración! Te negaste a compartir mesa con tu hermano y luego pasaste la noche fuera.

—¿Que debería alegrarme? —La miré como si acabara de brotarle una segunda cabeza—. ¿Te estás quedando conmigo? ¡Mamá, ya sabes lo que pienso de él! —dije casi rugiendo con el cuerpo tembloroso—. Y, por favor, no te refieras a ese trozo de mierda como «mi familia». Puede que tú lo consideres eso, pero ¡te aseguro que yo no!

—¿Lo dices por la familia Young? —preguntó—. ¿Por Lizzie? ¿Vas a pasarte el resto de tu vida guardándole rencor a Mark por algo que no hizo?

—No es que no lo hiciera, mamá, es que no pudieron probarlo —le espeté—. Joder, y ya sabes que ella no es mi amiga —añadí con el pecho agitado debido a lo mucho que me estaba costando respirar durante esa conversación—. El perfecto de tu hijastro se encargó de que así fuera.

—Gerard, él no lo hizo —aseguró mamá acercándose a mí y colocándose las manos sobre el pecho en un intento de cambiar de enfoque

—. Te lo juro, desde lo más hondo de mi corazón, tu hermanastro nunca le hizo daño a Caoimhe Young.

Se me heló la sangre y todo mi cuerpo se puso a temblar.

—Ah, ¿además me lo juras?

—Sí —reiteró asintiendo vivamente con la cabeza—. Fue un rumor cruel y mezquino difundido por personas que creyeron a una mujer en duelo que a su vez malinterpretó la nota de suicidio de su hija.

—Eso no lo sabes, mamá —solté estremeciéndome—. No puedes saberlo.

—Claro que sí, Gerard. —Intentó calmarme mientras levantaba la mano y me acariciaba la cara—. Claro que lo sé, cariño. Mark era del todo inocente. Lo demostró la Gardaí. Y, antes de que digas nada más, déjame decirte que vi una copia de la nota que Caoimhe le dejó a su madre. Leí lo que ponía. Catherine Young se equivoca, cariño. A su hija no la violó nadie.

—Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando me sujetó la cara entre sus manos y me dedicó una compungida sonrisa—. Mark no solo es inocente, sino que además es de la familia, cariño, y tenemos que mirar por los nuestros.

—¿Y ya está? —pregunté con indiferencia—. Según tú, Mark es inocente, la familia Young se equivoca y no hay más vueltas que darle.

—Exacto, cariño. —Asintiendo, mamá me acarició otra vez la mejilla antes de volver a centrarse en su pollo asado—. No hay más vueltas que darle.

Me quedé inmóvil en la cocina, viendo cómo mi madre preparaba el pollo, y nunca tuve menos hambre.

—Entonces ¿nunca has dudado de él? —dije desafiante—. ¿Ni siquiera estás dispuesta a considerar que podrías estar equivocada?

—No.

—¿No? —Sacudí la cabeza con frustración—. ¿«No» a qué pregunta?

—No, nunca he dudado de Mark —repuso firmemente—. Y, no, no estoy

dispuesta a considerar que podría estar equivocada, porque no lo estoy.

Pues vale.

—No voy a hacerlo —me oí decir con el cuerpo agarrotado—. ¿Jugar a la familia feliz? —Moví la cabeza hacia los lados—. No lo haré, mamá.

—Gerard...

Giré sobre los talones y salí de la cocina, incapaz de seguir con la conversación.

No tenía sentido, porque nunca nos íbamos a poner de acuerdo.

Porque mi madre no estaba dispuesta a plantearse una nueva perspectiva.

No estaba dispuesta a creerse la verdad.

40

Sube la apuesta

Claire

Estábamos a finales de octubre, habían pasado tres semanas desde el incidente con Lizzie y Gerard volvía a ser el chico revoltoso de siempre.

Sentado en el comedor durante el descanso para el almuerzo del día de Halloween, me rodeó despreocupadamente con el brazo mientras se reía y bromeaba con nuestros amigos.

Se mostraba tan encantador como siempre, lleno de afecto y coqueteos, pero aquello no era real. No era él.

Yo sabía que era una fachada, su manera de sobrellevar el estrés, pero el resto del mundo lo encontraba divertidísimo y, cuanto más se reían los demás, más actuaba él para ellos, pese al coste que eso le suponía.

Entretanto, yo me mostraba sonriente ante el mundo, mientras por dentro me iba consumiendo. Demasiado inmersa en mis rayadas mentales como para participar en la conversación que se desarrollaba a mi alrededor, me recosté en la silla y me puse a examinar el desconchado esmalte rosa de mis uñas.

La frustración que sentía se concretaba en dos aspectos. En primer lugar, me frustraba la asombrosa habilidad de Gerard para fingir que no habíamos cruzado ninguna línea, cuando era evidente que sí. Y, en segundo lugar, parecía estar aún más frustrada por el hecho de que yo quería volver a

cruzar esa línea desesperadamente, mientras que él no mostraba ningún interés.

Pese a que me había provocado el primer y mejor orgasmo de mi vida, se empeñaba en fingir que aquello nunca había pasado.

No me entraba en la cabeza. Porque, con toda sinceridad, si yo estuviera en su piel y fuera capaz de hacer lo que hacía él con los dedos, no dudaría en ir por ahí presumiendo a los cuatro vientos de lo increíbles que eran mis mágicos apéndices. Dios mío de mi vida, pero si ese chico tenía unos dedos magistrales...

Mientras Gerard lanzaba bromas a diestro y siniestro con sus compañeros de equipo, me recorría inocentemente el brazo con los dedos. El recuerdo de lo experimentados que podían llegar a ser hizo que mi cara se inundara de calor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hugh poniéndome los pelos de punta con ese extraño vínculo telepático que tenía conmigo. Aunque nos llevábamos veintidós meses, juro que mi hermano era capaz de percibir mi estado de ánimo—. ¿Claire?

—Nada —contesté brindándole una enorme sonrisa—. Estoy genial.

Mi hermano no se quedó convencido. De hecho, su tono adquirió un matiz acusador cuando se giró hacia el chico que estaba sentado a mi lado y le soltó:

—¿Qué has hecho ahora?

—¿Yo? —Con una piruleta a medio comer colgándole de la boca, Gerard se quedó mirando a mi hermano sin comprender—. ¿Qué he hecho?

—Eso es lo que estoy preguntando —escupió Hugh—. ¿Qué has hecho? Gerard arrugó las cejas con gesto confuso.

—¿Hoy?

—Que qué le has hecho a mi hermana, gilipollas —respondió señalando hacia donde yo estaba sentada. En cuanto lo hizo, todos se centraron en mí. Genial—. Está disgustada y sé que tú tienes algo que ver, Gibbs.

—¿Estás disgustada? —Unos preocupados ojos grises se posaron sobre los míos—. ¿Qué te pasa?

—Nada. —Forcé una carcajada y me tiré de la manga del jersey—. Estoy perfectamente.

—¿Lo ves? —intervino Katie acariciándole el hombro a mi hermano—. Relájate, hermano mayor. Estás reaccionando de forma exagerada.

Por la mirada que le echó Hugh, supe que él no pensaba que estuviera reaccionando de forma exagerada, pero la verdad es que paró.

«Gracias a Dios».

Transcurridos unos segundos, todos volvieron a sus conversaciones y siguieron comiendo, pero unos ojos grises como la plata siguieron observándome.

—¿Qué? —Forcé otra carcajada y le di un codazo—. Estoy bien, Gerard. Deja de mirarme así.

En lugar de hacerme caso, se revolvió en su silla, poniéndose de espaldas a todos los que estaban sentados a la mesa y centrándose solo en mí. Con tono grave y serio, me preguntó:

—¿He hecho algo?

«Sí».

—No.

—Claire.

Le volví a sonreír.

—Gerard.

Cogió la parte de debajo de mi silla y la acercó hacia él, dejando mis piernas entre sus muslos.

—¿He hecho algo? —volvió a preguntar acercándose aún más, con los ojos clavados en mi cara—. Háblame.

Le sonreí con dulzura.

—¿Sobre qué?

Se le dilataron las fosas nasales cuando se dio cuenta de que estaba

recibiendo una sana dosis de su propia medicina.

—Eso no es justo.

Podría habérselo discutido. Podría haberle montado una escenita y haberle exigido que me confesara su amor eterno ahí mismo, en el comedor... pero yo ya sabía lo que había. No necesitaba cuestionar el amor que Gerard sentía por mí. Lo que me martirizaba todas las horas que pasaba despierta era su falta de voluntad para darme más.

—Le voy a decir que sí a Jamie —le solté para luego contener la respiración a la espera de ver cómo reaccionaba. No lo decía en serio. No tenía ninguna intención de salir con Jamie y tampoco es que fuera ninguna provocadora: no me iba lo de crear dramas innecesarios para salirme con la mía respecto a los chicos. Pero empezaba a cansarme de los pretextos de Gerard y sentía que ese podía ser el empujoncito que necesitaba.

Se me quedó mirando mucho rato y después se le dibujó una sonrisa en la cara.

—No es verdad.

La forma en que lo dijo, tan confiado y seguro de sí mismo, me puso en alerta al instante.

—Ah, ¿no? —Entrecerré los ojos en señal de desafío—. ¿Y quién dice que no lo he hecho ya?

Le flaqueó la sonrisa.

—Dime que es una broma.

—No —contesté con el tono más relajado que pude—. No es ninguna broma. De hecho, estaba a punto de darle a Jamie la buena noticia, pero he pensado que podía avisarte a ti primero. —Me encogí de hombros con aire despreocupado y seguí diciendo—: Ya sabes, por si acaso.

—Por si acaso —repitió él—. ¿Por si acaso?

—Sí. —Asintiendo, le ofrecí otra sonrisa forzada mientras el corazón me martilleaba con violencia—. Por si acaso.

—Pues vale. —Reclinándose en la silla como si le hubiera dado una

bofetada, Gerard se cruzó de brazos y subió la apuesta—. Entonces será mejor que te des prisa y se lo digas antes de que se vaya. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Jamie, que hacía cola para comer—. Ya sabes. —Se encogió de hombros con el mismo aire despreocupado con el que lo había hecho yo y añadió—: Por si acaso.

—Vale. —La oleada de rechazo que me golpeó hizo que mi orgullo me obligara a ponerme de pie y decir—: Eso es lo que voy a hacer.

—¡Ya tardas! —me gritó desde atrás.

—Uy, no te preocupes —espeté por encima del hombro—. Estoy en ello.

—¡Vale!

—¡Vale!

Me fui derecha a la cola del almuerzo, cerré los puños a los costados e intenté calmar los nervios.

«Dios mío, Claire, ¿qué estás haciendo?».

«Aborta misión».

«¡Aborta misión, jolín!».

—Hey, hola —me saludó Jamie con una cálida sonrisa cuando me puse a su altura en la cola—. ¿Cómo va?

—Ah, todo bien. —Tragando saliva con fuerza, me di la vuelta y vi que Gerard me miraba fijamente. Armándome de valor, me giré para dirigirme a Jamie y esbocé una sonrisa—. Sí.

—¿Sí? —Frunció el ceño unos instantes hasta que por fin se le encendió la bombilla y en su cara se dibujó una enorme sonrisa—. Estás diciendo que sí a una cita conmigo.

«¿Lo estaba haciendo?».

«¿En serio?».

—Sí —confirmé obligándome a sonreír—. Estoy diciendo que sí a una cita contigo.

41

El karma es un jugador de ajedrez

Gibsie

«¡¡¡Hijo de puta!!!».

—Va a salir con él, Johnny —espeté perdiendo la paciencia con el cordón que intentaba atarme—. ¡Me cago en la leche, que va a salir con él!

—Sí, Gibbs, ya lo sé —repuso con calma agachándose en el pasillo para atármelo. Porque últimamente parecía que yo era incapaz—. Me lo has dicho unas seis o siete veces, tío.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Nada —contestó con aire distraído mientras miraba la pantalla de su teléfono, que luego se metió en el bolsillo de los pantalones del uniforme—. Tío, tuviste una oportunidad. Dejaste que Claire se te escapara.

—No es verdad —razoné más cerca de lo que había estado nunca de explotar—. No la he dejado escapar ni un puto día de mi vida.

—Te dije que esto iba a pasar. —Se retiró el pelo de los ojos—. Llevo meses diciéndotelo, Gibbs, pero no has querido escucharme.

Entorné los ojos contrariado.

—Ahórrame ese rollo del «te lo dije».

—Pero es que te lo dije —insistió sujetando la puerta para que pasara un grupo de chicas de segundo—. Joder, te dije que dejaras de hacer el tonto y hablaras con ella a calzón quitado.

—¡No estaba preparado!

«Sigo sin estarlo».

—Pero con Dee sí que hablaste a calzón quitado.

—Nunca me he quitado nada delante de esa mujer.

—Te has quitado todo delante de esa mujer —me corrigió antes de hacer un refrito de su frase anterior—. Te dije que Claire no iba a esperarte para siempre.

—¡Aquella situación —señalé hacia el despacho— me convenía, Johnny!

—Gesticulé como un loco antes de añadir—: ¡Esta no me conviene en absoluto!

—Bueno, entonces igual por fin estás probando de tu propia medicina —interrumpió Lizzie uniéndose a nosotros en el patio—. Te está bien empleado.

—¿Te he pedido tu opinión?

—Ay, Dios, me encanta —replicó con una sonrisa satisfecha—. Ver cómo te retuerces de dolor me genera el mayor de los placeres. ¿Sabes que van a salir esta misma noche? Tienen una cita y rezo por que ella lo haga oficial con Jamie. Te lo has ganado a pulso, por crápula.

«Respira hondo», me indiqué a mí mismo mentalmente para no picar el anzuelo que me lanzaba.

Se giró hacia Johnny y le preguntó:

—¿Has visto a Shannon?

—Está con Joey —contestó apuntando con el pulgar sobre el hombro hacia el aparcamiento—. En el parking.

—Guay.

—¿Por qué eres tan amable con ella? —le espeté cuando la Víbora se alejó serpenteando hacia el aparcamiento—. Sabes que es el mismísimo demonio del Tommen.

—Estoy entre la espada y la pared, Gibbs —admitió mi mejor amigo con un suspiro—. Es la mejor amiga de mi novia.

«Y tú eres el mío».

—Mira, Gibbs, solo intento contentar a todo el mundo.

—Eh... ¿hola? —Levanté la mano—. Yo no estoy contento.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —repuso Johnny nervioso—. Te di el consejo adecuado y no lo seguiste.

—Bueno, es evidente que no te hiciste entender muy bien, ¿no?

—¿Perdona? —Johnny me miró boquiabierto—. ¿De verdad me estás culpando a mí de que Claire vaya a salir con otro tío pese a que te avisé de que iba a pasar?

—Sí —repliqué imperturbable—. Y, ahora, como penitencia, vas a tener que hacerme de espía.

—¿Hacerte de espía?

—Sí —asentí con entusiasmo—. Ya has oído a la Víbora. Claire va a salir con ese capullo hoy mismo y, como estamos peleados, no va a contarme una mierda de cómo le ha ido. —Hice una mueca y añadí—: Todos los detalles jugosos que pueden llevarme a cometer un asesinato le serán relatados a su otra amiga del alma.

—Shannon —musitó Johnny, rápido como una centella.

—Shannon —confirmé con un brillo pícaro en los ojos—. Y resulta que la amiga del alma de Claire le cuenta todo a mi amigo del alma.

—Como vuelvas a llamarme «amigo del alma», haré que te encierren.

—Tienes que espiar para mí y luego venir a contármelo.

—No pienso hacerlo.

—Joder, anda que no —resoplé con los brazos en jarras—. ¿Tengo que recordarte todas las bolsas de hielo que te llevaba para que te las pusieras en las pelotas cuando te dolían? O los millones de favores que te he hecho.

—Gibbs, no puedo espiar a mi novia —se quejó Johnny con gesto afligido—. No hay secretos entre nosotros.

—Pero es que es eso, no vas a espiar a Shannon —traté de persuadirlo—. Solo vas a pasarle información a la otra persona de tu vida a la que nunca le

has ocultado nada. —Lo miré a los ojos—. Hazlo por mí.

—Gibs.

—Puedo suplicar —no dudé en decir—. ¿Quieres que suplique, Johnny?

—No, por el amor de Dios, ni se te ocurra suplicar, idiota.

—Entonces ¿lo harás?

—Si ella saca el tema —concedió a regañadientes—. Pero solo si lo saca ella. No voy a tirarle de la lengua, Gibbs.

—Eres el mejor.

Consternado, Johnny negó con la cabeza.

—Así que estas son las mierdas adolescentes en las que he decidido participar en lugar de estar jugando con los profesionales.

—Ya. —Sonriendo, le di una palmada en el hombro—. ¿Una buena decisión o qué?

—O qué —musitó Johnny en voz baja.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—No, Gibbs, Shannon no me ha dicho nada sobre la puta cita —soltó Johnny con tono desesperado desde su escritorio, donde llevábamos desde que habían acabado las clases, hacía ya dos horas. En lugar de ir a hacer algo divertido para empezar bien las vacaciones de mitad de trimestre, don Cerebrito había decidido que teníamos que sacarnos de encima todos los deberes—. No ha cambiado nada desde la última vez que me lo preguntaste —siguió diciendo con la mirada fija en la pantalla de su teléfono—. Hace diez minutos.

—No es eso —repliqué tratando inútilmente de entender sus apuntes de Contabilidad. Dándome por vencido, cerré el libro y me tumbé en su cama—. Iba a preguntarte qué sentiste.

—¿Qué sentí cuándo, Gibbs?

—Cuando besaste a Shannon por primera vez.

—Fue un desastre —murmuró mientras escribía con rabia sobre un

cuaderno—. No pude hacerlo peor.

—¿Y la primera vez que estuvisteis juntos? —interrogué—. ¿Qué sentiste?

—Si esta es otra de tus extrañas conversaciones, olvídate, Gibbs, porque el nombre de Shan no está sobre el tapete. Y menos aún para ese tipo de discusión.

—Oye, cálmate, ¿vale? —gruñí apoyándome sobre los codos—. No te estoy pidiendo que me des detalles íntimos sobre ella...

—¡Gibbs!

—Lo único que estoy preguntando es si con Shannon sentiste algo diferente que con Bella, por ejemplo, o con cualquiera de las otras —dije bufando mientras me volvía a tumbar—. Ya sabes, porque había sentimientos.

—¿Sentimientos?

—Sí, Johnny, sentimientos.

—Espera. —Irguió la cabeza de golpe y dejó el boli—. ¿Te estás follando a Claire...?

—No —respondí enseguida, contrariado por que hubiera dicho su nombre junto con esa palabra referida al sexo. «Joder, menudo cabrón, el karma»—. Y no digas «Claire» y «follar» en la misma frase.

Johnny esbozó una sonrisa.

—Ay, Dios.

—¿Qué?

—Es peor de lo que pensaba. —Había un brillo cómplice en sus ojos cuando giró la silla hacia la cama y se cruzó de brazos—. Vale, Gibbs. Pregúntame lo que quieras, tío.

—Cuando Shannon y tú estuvisteis juntos —repetí rascándose la nuca—. ¿Fue diferente?

Johnny dijo que sí con la cabeza.

—No pudo haber sido más diferente.

—¿En serio?

—Sí, tío, en serio —contestó—. Los sentimientos lo cambian todo.

—Eso ¿qué quiere decir?

—Los sentimientos hacen que te preocunes mucho menos de cómo te sientes tú en ese momento y te centres en cómo se siente ella.

—Explícamelo más despacio.

—Es como... ¿Sabes esa brutal desesperación por culminar? —me planteó antes de continuar cuando vio que asentía con la cabeza—. Bueno, pues de algún modo se convierte en una necesidad loca de que culmine ella.

—Se rascó la mandíbula mientras reflexionaba—. Es como si todo lo que solía importarte se transformara en algo más profundo. Como si tus necesidades pasaran a un segundo plano porque tu atención está centrada en ella.

—Madre mía, suena terrorífico.

—Lo es —convino totalmente—. Y no me refiero solo a una cosa mental, tío. Va más allá. Sobrepasa lo mental y lo emocional y llega hasta lo físico, y, luego, como ella es la adecuada, todo es mejor de lo que había sido nunca.

—Entonces, para ti, ¿cuando estás con la pequeña Shannon todo es mejor que nunca porque hay sentimientos?

—Exacto —confirmó con una sonrisa—. Vaya lío, ¿eh?

Suspirando profundamente, crucé los brazos sobre el pecho y me quedé mirando el techo de su cuarto.

—Sí, pero creo que sufro de algo parecido.

Johnny se rio de forma cómplice.

—¿Y ahora te das cuenta?

—¿Qué quieras que te diga? —Exhalé con fuerza—. Soy un poco lento.

—Qué va, Gibbs —musitó—. Eres mucho más listo de lo que crees.

—Es evidente que no —argumentó—. Teniendo en cuenta que está saliendo con otro.

—Pues haz algo al respecto —me apremió a hacer Johnny—. Cambia la narrativa.

—¿Que cambie el qué?

—¡Que luches por tu chica, Gibs!

42

Dudas

Claire

—¿De verdad pensamos que esto es buena idea? —le pregunté a Lizzie mientras deambulábamos sin rumbo por la sección de lencería de unos grandes almacenes el viernes después de clase, tras habernos autoinvitado a la sesión de compras madre e hija de nuestra otra mejor amiga.

—Sí, lo pensamos.

—¿Y de verdad Jamie ha dicho todas esas cosas bonitas de mí?

—Te lo juro.

—No sé, Liz. —Me encogí de hombros con impotencia—. Quizá debería cancelar la cita.

—Pues yo sí lo sé, Claire. Lo sé y estoy muy orgullosa de ti —me alabó Lizzie cogiéndose de mi brazo—. En serio, estás haciendo lo que debes y ni de coña vas a cancelarla.

—Pero es muy pronto —gimoteé—. Se supone que va a pasar a recogerme a las ocho.

—Genial —dijo Lizzie animándome—. Cuanto antes, mejor.

—¿Y eso por qué?

—Porque cuanto más tiempo tengas, más vas a intentar convencerte a ti misma de pasar de todo.

—¿Y de verdad piensas que ir al cine con Jamie es buena idea?

—Sí, Claire, de verdad.

—Vale —repliqué mordiéndome el labio inferior mientras luchaba contra el maremoto de dudas que me crecía en el vientre—. Confío en que así sea.

—La confianza no tiene nada ver con esto —me aseguró mi amiga—. Thor lleva años haciéndote perder el tiempo. Ya es hora de seguir adelante y dejar de esperar a que te tire unas migajas.

—Uala, Liz —dije avergonzada—. Podrías ser un poco menos cabrona, ¿no?

—Lo siento —concedió levantando los hombros—. No es por ti, te lo juro.

—Ya lo sé —repuse. «Pero duele igual»—. Gerard es buena persona.

Silencio.

—Lo es, Lizzie.

De nuevo, silencio.

Resignada, lancé un fuerte suspiro y cogí unas bragas elegantes cualquiera de la barra que tenía delante.

—Anda, mira, lo que toda chica necesita en su armario —hice una mueca—. Bragas sin entrepierna.

—Igual deberíamos meterlas en la cesta de Shannon —bromeó Lizzie señalando a nuestra amiga, que recorría la sección de Halloween con su madre de acogida—. A ver qué dice la señora Kavanagh cuando vayan a cobrárselas en la caja.

—¿Te imaginas? —me reí entre dientes—. Le estallaría la cabeza.

—Lo sé. Pagaría una pasta por verlo.

—Aunque no están nada mal.

—¿El qué?

—Estas bragas sin entrepierna.

—Ay, por Dios, Claire. —Lizzie se partió de risa—. Deja esas bragas y aléjate de la barra.

Al girarme, vi a Shannon y a Edel pagando en la caja. Edel tenía el brazo

sobre los hombros de mi amiga y Shannon le enseñaba algo en el teléfono.

—¿Te imaginas tener que vivir con la madre de tu novio?

—Creo que para Shan es perfecto —contestó Lizzie.

—Yo también —convine aún sonriendo—. Necesita esa estabilidad.

—Y el Capitán Fantástico no puede ser más estable.

—Ciento —corroboré viendo cómo mi amiga abrazaba de costado a su madre de acogida.

Estará bien.

No necesitaba ninguna otra confirmación.

Shannon había nacido para ser una Kavanagh.

—¿Lo dices en serio? —pregunté más tarde durante la cena, completamente absorbida por la historia que Edel Kavanagh nos estaba contando—. ¿De verdad viviste con Papi K de adolescente?

—Te aseguro que sí, cielo.

—Entonces, es como si la historia se estuviera repitiendo —reflexioné metiéndome otra cucharada de helado en la boca—. Tú y John sénior, y Shannon y Johnny. —Suspiré con aire soñador—. Es el destino...

—O que te toquen unos padres horribles —musitó Lizzie por lo bajini.

—¡Liz! —Le di un codazo—. Filtra un poco.

Para nuestra sorpresa, Edel se rio del hiriente comentario de nuestra exaltada amiga.

—No es fácil llegar a conocerte, ¿eh, Elizabeth Young? —Le sonrió con gesto indulgente—. Te ocultas bajo muchas capas.

Lizzie se puso colorada y le ofreció una leve sonrisa a nuestra anfitriona.

—Lo siento.

—No lo sientas, cariño —replicó Edel—. Una mujer siempre tiene que tener alguna arista.

—Yo no —intervine señalándome a mí misma—. Soy un círculo perfecto.

—Ay, Claire.

—Eres muy rara —se rio Lizzie moviendo la cabeza a un lado y al otro—. Lo juro, es así desde el parvulario.

—Es verdad —agregó Shannon, que volvía del baño y se sentó junto a Edel—. Claire es nuestro sol particular.

Edel se pasó el resto de la cena preocupándose por nosotras tres y luego se fue a pagar la cuenta.

—¿Me la puedo quedar? —sugirió Lizzie cuando ya no podía oírla.

—No —respondió Shannon con una risita.

—Entonces ¿la podemos compartir?

—No. —Shannon sonrió con orgullo—. Es solo mía.

—Chicas, ¿qué vais a hacer estas vacaciones de mitad de trimestre? —preguntó Edel al volver a la mesa para coger el bolso y el abrigo—. ¿Algún plan interesante para la semana libre?

—Mi madre va a organizarle una fiesta a Hugh la semana que viene por su dieciocho cumpleaños —me oí decir mientras caminaba junto a las demás hacia la salida del restaurante.

—¡Ah! Suena de maravilla, cielo.

—Su cumple es en Halloween.

—Ay, igual que Seany —musitó Edel—. ¿Os podéis creer que esté a punto de cumplir ya cuatro años?

—No —contestó Shannon negando ligeramente con la cabeza mientras se agarraba del brazo de Edel—. Todavía recuerdo cuando vino a casa del hospital. —Sonriendo con tristeza, añadió—: Joe no durmió durante los tres primeros meses.

—¿Le vais a hacer una fiesta? —dije tratando de mantener un tono sereno—. A Seany, me refiero.

—¿El agua moja? —respondió Edel con una carcajada—. Claro que sí. John ya ha pedido el castillo hinchable.

—También habrá un payaso —apuntó Shannon.

—¿Un payaso? —Los ojos se me abrieron como platos—. ¿Puedo ir?

—¡Claire! —Lizzie se rio y me dio un manotazo en el brazo—. No puedes autoinvitarte así.

—Venga ya. —Puse los ojos en blanco—. Como si no nos hubiéramos autoinvitado ya a una cena gratis.

—Aun así...

—Claro que puedes venir, cariño —afirmó Edel—. Todas sois bienvenidas. Empezará el sábado a las tres, así que no interferirá con la fiesta de Hugh que se celebra por la noche.

—¡Bieeeen! —Di unas palmaditas de emoción—. A Gerard una vez le trajeron a un payaso. Creo que fue por su sexto cumpleaños. —Sonreí al recordarlo—. Siempre he querido ver uno otra vez.

—Ves uno cada día —espetó Lizzie con media sonrisa—. Vives enfrente de él.

Entorné los ojos.

—Ja, ja.

43

Cucos en el nido

Gibsie

Más tarde, cuando entré en la cocina de los Biggs, os aseguro que me quedé como un pasmarote, pero como un puto pasmarote, al ver a Jamie Kelleher sentado a la mesa, en mi silla.

«Joder, sí que va rápido el karma».

—Gibs —me saludó Sinead interceptándome antes de que pudiera echar a ese cuco invasivo de mi nido—. Ya lo sé —dijo en voz baja con sus ojos marrones clavados en los míos mientras me daba unos cariñosos toquecitos en la mejilla—. Pórtate bien, ¿vale? —Cogió un plato de la encimera y me lo entregó—. Buen chico.

Asintiendo con rigidez, cogí mi plato y me dirigí hacia la mesa, sin detenerme hasta que estuve plantado frente al Caraculo de los cojones.

—Estás en mi sitio.

—Tío, no he visto que pusiera tu nombre —bromeó Jamie todo emperifollado, con su elegante abrigo negro y el pelo lleno de gomina.

—Pues está justo ahí —apuntó Hugh señalando con el tenedor la palabra «Gibsie» que estaba escrita en la silla—. Muévete.

—Las familias suelen cenar juntas, ¿no? —murmuró en voz baja mientras se sentaba de mala gana en el extremo de la mesa.

—Exacto —repuso Hugh con tono cortante—. Y él es de la familia.

—¿Ya ha llegado? —preguntó Claire irrumpiendo en la cocina con un aspecto más espectacular que cualquier cosa que Sinead pudiera servir. En serio, esa chica era lo mejor que su madre había creado nunca—. Porque se me ha hecho muy tarde —añadió sujetando una bota de tacón en la mano—. ¿Estás aquí? —Al ver a Jamie, los ojos se le pusieron como platos—. Hugh, ¿por qué no me lo has dicho?

—Porque no soy tu mensajero —replicó sarcásticamente mientras se zampaba su plato de comida sin molestarse en levantar la vista para mirar a su hermana pequeña.

—Hola, Claire —dijo Jamie poniéndose de pie de inmediato y acercándose a ella—. Estás preciosa.

—Gracias —contestó ella ruborizada. Su sonrisa se desvaneció rápidamente en cuanto posó la vista en mí—. ¡Gerard! —exclamó con voz ahogada.

La saludé con los dedos.

—Muñequita.

Se puso roja como un tomate.

«Bien».

—Bueno, chicos, me voy a trabajar —anunció Sinead cortando la tensión—. Hugh, carga el lavavajillas y ponlo en marcha antes de irte a casa de Katie... Ah, y Gerard, pasa el aspirador alrededor de la mesa cuando acabes de cenar, por favor, cariño.

—Vale.

—Portaos bien, chicos.

—Siempre.

—Y, Claire, te quiero en casa antes de las once.

—Vale, mamá.

—Jamie, encantada de conocerte, cielo.

—Igualmente, señora Biggs.

—Ah, ah, ah, casi me olvido. —Retrocediendo de inmediato hacia la

cocina vestida con su uniforme de enfermera, Sinead preguntó—: Me ha dicho un pajarito que has accedido a ir a clases de natación. ¿Es eso cierto, amiguito?

¡Joder, ni de coña! Había accedido a darme un baño. En ningún momento me había comprometido a meter ni un pie en una piscina, pero como me negaba a quedar mal delante del gilipollas de Jamie Kelleher, asentí con la cabeza.

—¿Has vuelto a meterte en el agua, tío? —Hugh enseguida se mostró muy interesado.

Hice un gesto afirmativo.

—Estoy muy orgullosa de ti, cariño —afirmó Sinead, y luego nos lanzó a los tres unos besos al aire y salió pitando para hacer su turno en el hospital.

—No veas. —Hugh dejó el tenedor sobre la mesa y centró en mí toda su atención—. ¿De verdad has vuelto a meterte en el agua? —Me echó una mirada llena de elocuencia—. ¿Cómo fue?

—Soportable —contesté alzando los hombros. Después, como estaba un poco resentido, añadí—: Claire es una profesora increíble. —Con los ojos entrecerrados, miré al cuco que tenía el brazo alrededor de mi tortolita—. Muy mañosa.

A Jamie se le dilataron las fosas nasales, lo que me indicó que me había entendido perfectamente.

«Sí, te estoy vigilando, soplapollass». Lo fulminé con la mirada. «Aleja tus manos de ella».

—Será mejor que nos vayamos —dijo alargando la mano hacia la de Claire—. La película empieza en media hora.

—Ah, vale. —Tras retirar la mano para que él no pudiera cogerla, Claire me echó una última mirada y negó con la cabeza antes de salir corriendo hacia la puerta de la cocina—. Nos vemos después, chicos.

—¡Hasta luego! —les grité con una insana dosis de sarcasmo en el tono. En cuanto oí que se cerraba la puerta de entrada, planté la cara sobre la

mesa y me puse a gimotear—: Me cago en mi vida.

—¿Estás bien, Gibbs?

—Ha salido con él.

—¿Quién?

—¿Quién? —Levanté la cabeza para mirarlo—. La presidenta McAleese. Claire, imbécil. ¡Claire! ¿Quién va a ser?

—Ya, y tú deberías apoyarla —replicó Hugh, que de repente había endurecido el tono—. Lo digo en serio, Gibbs. Tienes que dejarla ir.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? —Entonces fue él el que se me quedó mirando—. Porque llevas años mangoneándola.

—No es verdad.

—Sí que lo es, tío.

—Quiero a tu hermana —dije articulando bien las palabras, consciente de que con esa afirmación podía ganarme una patada en el culo, pero sin que me importara ni lo más mínimo. Era verdad—. Quiero a tu hermana, Hugh.

—No de la manera adecuada —repuso volviendo a coger el tenedor—. No como ella necesita que lo hagas.

—¿Qué manera es esa?

—Si crees que voy a darte consejos para que conquistes a mi hermana, se te va la pinza.

—Soy un conquistador maravilloso.

—No lo dudo, tío.

—De verdad —afirmé con un bufido cruzándome de brazos—. Puedo conquistar.

—Un desastre, eso es lo que eres —contestó con la boca llena de carne asada—. Y es genial. A todos nos encantan tus desastrosas ocurrencias.

—¿Pero?

—No creo que tengas mucha madera de novio, ¿no?

—Joder, ¿perdona? —dije con voz ahogada a punto de caerme de la silla

a causa de la indignación—. Mira quién fue a hablar, señorito «me veo con una chica mientras no dejo de suspirar por otra».

—¡Oye!

—¡Oye tú! —espeté—. No lo niegues, cabrón. ¿Crees que lo sabes todo sobre mí? Bueno, pues yo sé exactamente lo mismo sobre ti. —Mirándolo a los ojos, agregué—: Ajá, así es, te tengo calado.

—Estás hablando por hablar, Gibbs —soltó.

—Estoy escupiendo hechos.

—Lo que vas a escupir son tus dientes si no frenas un poco.

—Vale. —Levanté las manos—. Sigue en tu burbuja, tío.

—No hay ningún problema con mi burbuja.

—Salvo que es mentira.

—¡Gibbs, deja de intentar que hablemos de mí! —Hugh cogió aire y se esforzó por sonar calmado—: Mira, te lo has pasado bien y eso es genial, tío. Pero Claire ya lo ha superado. Ahora busca a un chaval majo que la lleve por ahí y la coja de la mano.

—Yo la llevo por ahí —argumenté señalándome el pecho con el dedo—. La cojo de la mano.

—Ya, ¿a ella y a cuántas otras chicas?

—¿Otra vez con el cuento de que soy un pichabrava?

—¿Insinúas que no lo eres?

—Yo no insinúo nada —repuse—. Te estoy diciendo claramente que no lo soy.

—Dijo el tío que se folla a la recepcionista del instituto.

—Por última vez, ¡no me la he follado!

—Claro, Gibbs. Lo que tú digas, tío.

—Es verdad —me defendí, poniéndome de pie—. No soy ningún pichabrava.

—Demuéstralos.

—Ah, no te preocupes, Hugh, lo haré.

—Bueno, bueno, mira a quién tenemos aquí —dijo mamá cuando entré en el salón—. ¿Cómo va la emancipación, hijo mío? ¿Ya te has cansado de estar enfurruñado o piensas convertir la casa de la pobre Edel Kavanagh en tu hotel personal?

—No empieces —gruñí reclinándome contra el marco de la puerta—. ¿Estás sola?

—Sí —contestó poniendo en pausa *Fair City*—. Keith ha ido al bingo.

—¿Y él?

—En el norte, visitando a unos amigos de la universidad.

—Bien —solté—. A ver si hay suerte y se olvida del camino de vuelta.

Mamá suspiró con aire cansado.

—Gerard.

Sintiendo que se me relajaban un poco los hombros, señalé hacia donde estaba sentada mi madre.

—¿Y tú no has ido al bingo?

—No, Gerard, no he ido —me espetó con una mirada incisiva—. Porque, al contrario de lo que crees, estoy aquí para ti. —Entrecerró los ojos y añadió—: Cuando decidiras honrarme con tu presencia, claro.

—¿Quieres estar aquí para mí?

—Lo estoy.

—Vale. —Arrastré los pies hacia el sofá, me tiré encima y me pasé un brazo por la cara—. Vamos a verlo.

—¿Qué pasa?

—Pues no sé, mamá, ¿qué te parece «todo»? —gimoteé—. ¿Tenemos helado del bueno en el congelador?

—Para mi querubín, siempre.

—Vale, porque voy a necesitar todo el bote —dije con voz sofocada—. Y una cuchilla.

—Ay, Gerard, no será para tanto, ¿no?

—Eso depende de tu visión del desamor, mamá —contesté llevándome

una mano al pecho—. Porque si ahora mismo me haces una radiografía, verías que tengo el corazón partido en dos.

—Anda, venga ya —se rio mamá girándose hacia mí—. ¿A qué viene tanto desconsuelo?

—Claire —balbuceé frotándome la zona del pecho que me dolía—. Está en el cine con otro tío.

Mamá dio un gritito ahogado.

—No es verdad.

—Sí lo es. —Me revolví de incomodidad—. Joder, es que podría ponerme a llorar.

—¿Cuándo ha pasado?

—Esta noche, ahora mismo, delante de mi puta cara.

—¡Habla bien, Gerard!

—¡Mamá! —Me incorporé sobre los codos para mirarla—. Me estoy muriendo de desamor, ¿y a ti te preocupa cómo hablo? Esto duele, ¿vale? Estoy sufriendo mucho.

—El amor duele, cariño —replicó mamá cubriendose la sonrisa con la mano—. Y estoy segura de que todo esto no es más que un gran malentendido.

—Acabo de ver cómo se iba en el coche de ese chico, mamá.

—Me da igual lo que hayas visto —aseguró moviendo la mano en el aire—. Sé que Claire adora el suelo que pisas; ha sido así desde que los dos ibais en pañales.

—Entonces deberías saber que el sentimiento es recíproco —admití sin un ápice de vergüenza—. ¡Y por eso me estoy muriendo!

—Podría hablar con Sinead.

—¿Y qué ibas a decirle? —La miré boquiabierto como si tuviera tres cabezas—. ¿Que su hija le ha roto el corazón a tu hijo? Joder, gracias pero no, mamá. Prefiero morirme ahora mismo con el orgullo intacto.

—Siempre puedes decirle a Claire lo que sientes, Gerard.

—Ya lo he hecho. ¡Cada día!

—Pero sintiéndolo de verdad.

—¡Nunca lo he dicho sin sentirlo, mamá! —Indignado, me volví a dejar caer en el sofá y lancé un gemido cuando mi depresión se vio invadida por otro pensamiento—. Ay, Dios. ¡Reginald! Voy a perder la custodia.

—Oye, venga ya, Gerard Gibson. —Mamá se rio y me tiró el mando a distancia—. Cálmate un poco, ¿quieres?

—¡Mamá, siempre es la madre la que se queda con los niños!

—Hijo, Reggie es un erizo.

—Ya tiene todos los gatitos —gimoteé mordiéndome el puño—. Al final solo me quedará una tremenda barrigota por comer tanto helado y un gato malvado que me odia.

—Brian no te odia.

—No —apunté—. Brian es un cabrón embaucador que contigo solo muestra su mejor cara.

—Hablando de mejores caras —dijo mamá—. ¿Tienes pensado mostrarme la tuya pronto?

—¿Qué quieres decir?

—¿Te vas a quedar en casa esta noche?

—¿Van a volver?

—No, ya te he dicho que se han ido al norte unos días.

—Entonces me quedo.

Se relajó visiblemente.

—Buen chico.

—Pero en cuanto vuelva, me piro, mamá —le advertí.

Suspiró con gesto triste.

—Ay, Gerard...

44

Besando a chicos en coches

Claire

Me pasé callada todo el camino de ida al cine, escuchando a Jamie hablar sin parar sobre los ataques que unos gamberros habían perpetrado contra unos coches aparcados en el Tommen. Al parecer, Jamie había sido víctima de uno de esos ataques y, por ese motivo, había tenido que recurrir al Fiesta de su madre mientras arreglaban el motor de su coche en el taller de Tony, en el centro de la ciudad.

Sonréí educadamente y respondí cuando se me daba pie, pero mentiría si dijera que me sentía cómoda. De hecho, nada más lejos de la realidad. Ver a Gerard en la cocina antes de irnos había trastocado unos planes que ya de por sí no eran demasiado atrayentes. La traición que reflejaban sus ojos grises era incontestable y me sentí como una farsante.

«No eres una farsante».

«Estás haciendo lo correcto».

Por fin. Después de dieciséis años suspendida en el limbo, esperando a un chico que nunca iba a dar un paso adelante por mí, hacía lo correcto y seguía con mi vida.

«Si tan correcto es, ¿por qué me siento tan mal?».

Cuando nos sentamos en la parte de atrás del cine, me invadieron las dudas. No estaba acostumbrada a compartir los asientos de pareja con nadie

que no fuera Gerard.

Normalmente, nos llevábamos hasta una manta y nos poníamos cómodos. Había pasado alguna de las mejores tardes de sábado justo ahí, en la sala 2, con el chico del otro lado de la calle, viendo las películas que ponían a primera hora de la tarde: de dibujos, cuando éramos más pequeños, o románticas, de suspense e incluso gores, ya de más mayores.

En cierto modo, sentía que lo estaba engañando por haber ido ahí con otro chico. Un chico que no era él. Era ridículo, teniendo en cuenta que él había hecho lo mismo con muchas otras chicas. Pero no podía evitar sentirme así. Parecía incapaz de enredar a mi corazón para que creyera que eso era buena idea, pese a que mi cerebro me animaba encarecidamente a quedarme ahí con Jamie.

Un sentimiento de ansiedad me atenazaba el estómago, pero lo reprimía para evitar que mi corazón me disuadiera de hacer lo que mi cabeza sabía que era lo mejor.

Jamie tenía el pelo bonito. Era oscuro y lo llevaba de punta, con la cantidad perfecta de gomina. Además, olía muy bien, como a una mezcla de aromas, y podía distinguir su colonia Hugo Boss a kilómetros.

Era agradable.

La cita era agradable.

Cuando se revolvió en su asiento durante la película y me pasó un brazo de forma casual sobre los hombros, sentí una punzada de pánico que me roció las entrañas y que traté de contener de inmediato con una advertencia mental: «Está bien. Es lo que quieras. No estás haciendo nada malo, Claire. Déjate llevar».

—¿Estás bien?

—Sí. —Asintiendo, le sonréí ampliamente tratando de emitir las vibraciones más cálidas y amables que fui capaz de reunir. «Esto está bien. Todo va bien y tú estás haciendo lo que debes»—. ¿Tú?

—Estoy muy contento de que hayas decidido hacer esto conmigo —dijo

apretando el brazo sobre mis hombros.

La inseguridad me hacía revolotear el corazón, que casi parecía que se me iba a salir del pecho para emprender el vuelo de regreso a casa con él.

—Ya. —Sonréí—. Yo también.

—Genial. —Todavía con una sonrisa, se acercó un poco más—. Creo que eres muy guapa.

«Ay, Dios».

«No, no».

«¡Corre, Claire, corre!».

—Tengo hambre —me dio por decir girando la cara justo a tiempo. Los labios de Jamie me acariciaron la mejilla y me apresuré a meterme un puñado de palomitas en la boca—. ¡Mmm! Qué... ricas.

«Por favor, no lo digas».

«Por favor, no lo digas».

«Dios, por favor, no dejes que lo diga».

—Tenemos que repetirlo alguna vez —dijo Jamie cuando detuvo el coche frente a mi casa después del cine. La frase me sonó tan manida que me provocó una arcada interna.

«Qué predecible».

—Ha sido una noche agradable —afirmé con educación, pero sin responderle—. Me lo he pasado bien. —Me desabroché a toda prisa el cinturón de seguridad, llevé la mano hasta la manilla y empujé la puerta—. Gracias por invitarme —añadí girándome para brindarle una sonrisa de cortesía—. Te veo mañana en el insti...

Mis palabras se vieron interrumpidas cuando Jamie plantó su boca sobre la mía.

Completamente aturdida por ese acto tan brusco, me quedé paralizada con los ojos muy abiertos y los labios bien cerrados.

«Dios mío».

«Dios mío».

«¡Puaj, puaj, puaj!».

Cuando enterró una mano entre mis rizos e intentó que el beso fuera más profundo restregando su lengua contra mis labios firmemente sellados, me arqueé hacia atrás hasta tocar con las manos el hormigón del sendero que había fuera.

Retrocediendo con la flexibilidad de un ninja, salí del coche y me levanté de un salto.

—Vale, ¡puaj! —Ni siquiera me molesté en ocultar el escalofrío que me recorrió—. Es que... ¡puaj!

—Perdona —repuso Jamie con tono arisco y los ojos llenos de una oscura lujuria—. ¿He ido demasiado rápido?

—Eh... sí.

Me di la vuelta y salí disparada hacia mi casa mientras ignoraba al chico que me llamaba.

—¡Puaj! ¡Puaj! ¡Puaj! ¡Puaj! —En cuanto me sentí a salvo una vez traspasada la puerta, me sacudí por todo el vestíbulo como si tuviera un montón de arañas recorriéndome la piel—. ¡Por Dios!

—¡¿Qué tal la cita?! —gritó Hugh desde el salón.

—¡Un trauma! —grité yo en respuesta dirigiéndome hacia las escaleras—. ¡Ha intentado chuparme la boca, Hugh!

Oí resoplar a mi hermano.

—Espero que le hayas dado una patada en los huevos.

—Estaba demasiado ocupada intentando evitar su lengua gigantesca.

—Guay.

—Créeme, Hugh, ha sido lo contrario de guay.

—Pues borra su número.

—Uy, no te preocupes, lo haré. —Entre arcadas, subí corriendo la escalera—. ¡Justo después de darme una ducha con Listerine!

Cherub estaba en mi cama cuando entré en mi cuarto después de la ducha; parecía un dulce angelito que se había acurrucado en mi bata.

—Hola, preciosa mía —dije con un arrullo mientras me subía a la cama para reunirme con ella—. ¿Me has echado de menos?

Sin apenas tiempo para ponerme cómoda, la puerta de la habitación se abrió de golpe.

—¿Cómo ha ido la cita?

—Estupendamente —respondí entrecerrando los ojos cuando Gerard irrumpió en mi cuarto sin llamar—. No podría haber ido mejor.

—Qué maravilla —contestó con sarcasmo—. Me alegro una barbaridad por ti.

—Gracias —solté furiosa con el corazón latiéndome a mil por hora tan solo con verlo—. Yo también.

—Vale, acabemos con esto de una vez, ¿no?

—¿Con qué, exactamente?

—Con el tema de la custodia. —Se subió las mangas de la camisa del uniforme escolar y echó un vistazo a mi cuarto antes de acabar posando su impetuosa mirada sobre mí—. No puedes alejarme de los niños. Tengo derechos.

—¿Lo dices en serio? —Moví la cabeza hacia los lados y me lo quedé mirando—. Por Dios, Gerard, no voy a alejarte de los niños.

—Eso lo dices ahora —aseguró dirigiéndose hacia la cesta que había en el rincón de mi cuarto—. Pero yo ya he pasado por esto, Claire. —Metió la mano dentro y, con mucha dulzura, cogió a Dick entre sus brazos—. Sé lo que pasa cuando la madre tiene un nuevo compañero. —Lo acarició con cariño y le dio un beso en la parte superior de la cabeza—. No voy a permitir que me expulses de sus vidas.

—Gerard. —La boca se me iba abriendo a medida que mi cerebro absorbía sus palabras—. Nunca le haría eso a nuestra familia.

—Eso dicen todas, pero, te aviso, si se te ocurre dejar que conozca a

nuestros bebés, te juro que pierdo la cabeza, Claire —siguió diciendo—. Va en serio. Ya ha sido lo suficientemente horrible ver cómo salías con él esta noche, pero si me entero de que ha estado en esta habitación con los gatos, es que no sé qué hago.

—Oye, tranquilízate, ¿vale? —espeté bajándome de la cama—. Solo he ido al cine con Jamie, no he aceptado ninguna propuesta de matrimonio por su parte. —Me fui hacia él con paso firme, le arranqué a Dick de los brazos y lo volví a dejar en la cesta con sus compañeros de camada—. Creo que con solo una cita es pronto para presentaciones familiares.

—Eso mismo pensaba yo —convino con los brazos en jarras—. Pero luego entré en la cocina y me lo encontré con tu madre y con tu hermano.

«Ay, jolines».

Ahí me había pillado.

—Mira, yo no le pedí que entrara —me oí decir, intentando razonar con la parte de mi amigo cuyos padres habían trastornado con su comportamiento durante sus años de formación—. Pensé que esperaría en el coche. —Encogiéndome de hombros con impotencia, añadí—: A ver, se supone que eso es lo que hacen los chicos cuando van a salir con una chica, ¿no?

—No tengo ni idea, Claire —repuso Gerard acaloradamente—. Porque la única chica con la que he salido está delante de mí.

—Gerard.

—Puedo llevarte yo —dijo con un hilo de voz—. Si quieres ver una película, puedo llevarte yo, Claire.

—Esta noche no va de eso.

—¿Y de qué va?

—Gerard. —El corazón me dio un vuelco en el pecho—. Ya sabes por qué he salido con él esta noche.

—No —respondió con obstinación—. Ni idea.

—Sí que lo sabes —repliqué con tono acusador poniendo las manos

sobre las caderas para imitar sus gestos—. Perfectamente.

—Bueno, si lo que querías era hacerme daño, pues muchas felicidades, Claire, ha funcionado la hostia de bien —me espetó—. Te ha salido redondo.

—¡Bueno, pues ya sabes lo que se siente! —contesté, asediada por un millón de emociones diferentes—. ¡Por Dios! —No me avergüenza decir que di un pisotón contra el suelo en el calor del momento—. ¡Eres de lo más frustrante!

—¿Yo? —Sus ojos desorbitados rezumaban ira—. Eres tú la que tiene una relación cuando ya tenía otra de antes.

—No tengo ninguna relación, Gerard.

—Claro que sí —bramó—. ¡Conmigo!

—No estamos juntos, Gerard.

—¡Sí lo estamos!

—No soy tuya.

—Bueno, pues yo sí soy tuyo —fue su respuesta inmediata—. Soy tuyo, Claire.

Sus palabras absorbieron todo el aire de la estancia y yo me tambaleé hacia atrás, como si me hubiera golpeado físicamente. La hipocresía era asfixiante.

—Entonces ¿por qué no pensaste en mí antes de acercar tus labios a los de otras chicas? —pregunté con un gruñido.

Los ojos se le salieron de las órbitas y levantó las manos en señal de frustración.

—¿Qué chicas?

—¡Bernadette Brady, por ejemplo! —Me miró como si se me hubiera ido la olla.

—Madre de Dios, Claire, eso pasó hace mil años. ¡Ni siquiera me acuerdo de cómo era!

—Bueno, pues yo sí que me acuerdo de lo que sentí al enterarme, Gerard,

y me dolió mucho. —Me apreté una mano contra el pecho y gruñí—. Dios, no es justo. ¡No estás siendo justo! ¡Te comportas como si hubiera unas reglas para ti y otras muy distintas para mí!

—Mira, puede que haya cometido algunos errores, y disto mucho de ser perfecto, pero, pese a la creencia popular, Claire, ¡no voy por la ciudad metiéndole la lengua hasta la garganta a otras chicas, joder!

—¡Dios! —grité alzando las manos—. ¡No dejas de arruinar mis planes, Gerard!

—¡¿Qué planes?! —gritó él también—. ¿Los que has hecho con el puto Jamie Kelleher?

—Y con cualquier otro chico.

—¡Vale!

—¿Vale? —Le clavé la mirada con la intención de dañarlo físicamente—. ¿Vale? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí, vale. —Redobló la apuesta y dijo—: ¡Y ni lo siento ni voy a volver a hacerme a un lado!

—¿Hacerte a un lado? —Lo miré boquiabierta—. ¡Gerard, tú elegiste hacerte a un lado!

—Ya, bueno, ¡pues ahora elijo no hacerlo! —chilló a pleno pulmón—. Te daré mis fines de semana, Claire. También mis días de entre semana. Lo que quieras. Cines. Restaurantes. Citas. Para ti. Pero prométeme que no vas a volver a salir con él.

—Solo lo dices porque estás celoso —repliqué estremeciéndome—. Porque Jamie se ha atrevido a besarme y tú no...

—Espera. —Se puso pálido y se pasó una temblorosa mano por el pelo—. ¿Le has besado?

—No —balbuceé—. Yo no lo he besado.

—Pero ¿él te ha besado a ti?

—Sí.

Petrificada, observé el millón de emociones que reflejaban sus ojos.

—¿Jamie te ha besado esta noche? —volvió a preguntar—. ¿En el cine?

—En su coche —dijo con voz estrangulada.

—¿Te ha besado en su coche?

—Sí.

Alargó la mano para frotarse el pecho y luego preguntó:

—¿Ha estado bien?

Pensé a conciencia la respuesta antes de contestar.

—No.

Tragó saliva con fuerza.

—¿No?

—No —susurré temblando de arriba abajo mientras me observaba.

—¿Por qué no ha estado bien, Claire?

—Porque no... —«eras tú»— me lo esperaba.

—No te lo esperabas. —Asintió para sí mismo—. Vale.

—No. —Con el corazón dolorido, me planté firmemente ante Gerard—.

No, no vale, Gerard. —Todo mi ser me exigía que fuera hacia él, y tuve que hacer un esfuerzo mental sobrehumano para no moverme de mi sitio—. No vale en absoluto.

Gerard agachó la cabeza en señal de derrota, pero no dijo ni una palabra.

—No vale —repetí reajustando la toalla que me envolvía—. Porque me duele.

—No digas eso. —Su voz no era más que un murmullo cargado de desvalida urgencia—. Joder, Claire, no digas eso, por favor.

—Me duele, Gerard —volví a decir, negándome a dejarlo pasar—. Tu comportamiento me duele.

—Te quiero —afirmó con tranquilidad—. Siempre te he querido. Tómátelos como quieras. Es la verdad.

—No puedes quererme y luego hacer cosas con otras chicas.

—Bueno, pues es justo lo que ha pasado —replicó con la voz rota—. He hecho mierdas estúpidas. Quizá porque tenía miedo, quizá porque nunca he

creído merecerse. —Negando con la cabeza, me echó una última mirada antes de irse hacia la puerta—. En cualquier caso, no puedo cambiar mi pasado.

Tristeza de mitad del trimestre

Gibsie

—¡Jesús, María y José! —gritó Edel Kavanagh cuando entramos a paso ligero en su cocina la noche del viernes siguiente.

Bueno, Johnny era el que iba a paso ligero. Llamar «paso» a mi frenética cojera de encorvado era ir demasiado lejos.

—Parecéis dos ratas medio ahogadas —dijo poniendo una olla de su famoso estofado sobre la mesa—. Lleva todo el día lloviendo a cántaros, y vosotros vais y os lanzáis a la calle como dos lunáticos. —Abriendo y cerrando armarios a golpes, puso la mesa para nosotros mientras seguía despotricando—. Por no hablar de los vientos huracanados que hay ahí fuera. ¡Se os podría haber caído un árbol encima!

—Relájate, mamá —la apaciguó Johnny dándole un beso en la mejilla antes de irse directo hacia la olla de patatas que había en un fogón—. Solo es un poco de lluvia, y no nos ha lisiado ningún árbol.

—La decisión no ha sido mía —gruñí desplomándome sobre la mesa—. Yo quería tomar té y galletas junto al fuego. Ha sido tu hijo el que me ha obligado a correr 10 kilómetros. —Cuando sacudí la cabeza, salpiqueé una impresionante cantidad de agua—. Así que cílpale a él si de repente cogemos una neumonía.

—Ay, Johnny —lo regañó Edel mientras desaparecía por el pasillo para

volver un instante después con un par de toallas—. Párate a pensar en la enfermedad del pobre Gerard —dijo antes de proceder a secarme el pelo como si fuera un niño pequeño—. Ya sabes que tiene asma.

—Gracias, Mami K. —Forzando una tos sibilante para que el efecto fuera mayor, le sonréí a mi amigo mientras su madre me mimaba—. Siempre empeora con el mal tiempo.

—Y una mierda —soltó Johnny con tono de incredulidad—. No tienes más asma que yo, puto aprovechado.

—Podría tenerla.

—No la tienes.

—Pues entonces neumonía.

—Por lo único que vas a estar mal es por el pie que te voy a clavar en el culo si no dejas de decir tonterías.

—¡Jonathan! —exclamó Edel sofocada—. Pídele perdón a Gerard ahora mismo.

—¿Por qué? —preguntó Johnny con ojos desorbitados—. ¡Es él el que está fingiendo tener una enfermedad pulmonar crónica!

—En esta casa no clavamos los pies en la espalda de nadie —contraatacó su madre con los brazos en jarras—. Lo sabes de sobra.

Adquiriendo un cómico tono morado, Johnny abrió la boca para responder, pero acabó mordiéndose el puño y lanzando un gruñido. Cogió una silla, se hundió en la mesa y me fulminó con la mirada.

—Perdona, Gerard.

—Gracias, Jonathan. —Sonréí—. Estás perdonado.

—Qué alivio —espetó con ironía. Sin embargo, la patada que recibí por debajo de la mesa me aseguraba que no quería ser perdonado—. ¿Dónde están todos?

—Shannon está ahí al lado probándose disfraces de Halloween con Aoife —explicó Edel señalando con el pulgar hacia el anexo de Lynch—. Tu padre está en el trabajo y los chicos han ido al cine con Darren.

—¿Con Darren? —Las cejas de Johnny se alzaron por la sorpresa—. ¿Ha vuelto?

—Es su hermano, cariño —repuso Edel con calma—. Mañana es el cumpleaños de Seany, así que Darren ha venido a pasar el fin de semana. —Lanzándole a su hijo una mirada cómplice, agregó—: Puede visitarnos todas las veces que quiera.

—Hum... —musitó Johnny con un hilo de voz, pero sin hacer ningún otro comentario, lo que me pareció fantástico.

Darren se había portado como un capullo con mi mejor amigo, y era cierto que con todas las mierdas que habían pasado el año anterior lo normal era que dejaran a un lado sus diferencias, pero, al fin y al cabo, la porquería siempre se queda atascada.

—Hablando de disfraces de Halloween... —Edel desapareció de nuevo por el pasillo, esta vez para volver con unos pantalones de cuero familiares —. Gerard, cariño, ahora deberían quedarte bien.

—¿Me has arreglado los pantalones?

—No me costaba nada, cielo.

—Mecachis... —Le sonréí ampliamente—. De verdad que eres Wonder Woman.

—No creo que vaya a necesitarlos, mamá —intervino Johnny—. Claire y él han partido peras.

—Uala. —Me quedé mirando un lado de su cabeza—. Gracias, amigo.

—¡Ay, no! ¿Os habéis peleado, cariño? —preguntó Edel sentándose junto a su hijo—. No habrás roto con ella, ¿no? Porque es una joyita, Gerard Gibson.

—No, no he roto con ella —mascullé con ese dolor tan familiar en el pecho que me producía pensar en Claire. Llevábamos sin hablar desde el fin de semana anterior. Desde su cita con Jamie. Ni siquiera sabía si seguía en pie lo de disfrazarnos de pareja o si me había sustituido por Jamie. Joder, ya me había vuelto a poner nervioso—. Nunca haría eso.

—Ciento —afirmó Johnny—. Porque para romper con Claire primero tendrías que haberle pedido para salir. —Con un sonrisa de suficiencia, añadió—: Y todos sabemos que eres demasiado cagón para hacer eso, tío.

—No insultes, Jonathan —lo riñó Edel dándole una colleja antes de volver a centrarse en mí—. ¿Todavía no le has pedido para salir? —Cuando le respondí negando con la cabeza, me miró como si me salieran flores de las orejas—. Virgen santa, ¿por qué no?

—Porque...

—¿Por qué? —insistió Johnny, todavía riéndose.

—Porque no —repliqué dejando caer la cabeza entre las manos—. Y ya está.

—¿Sabes? No sé si me siento muy cómodo con esto... —declaré un rato después mientras me sentaba en el sofá del anexo con una bola chillona de rizos rubios sobre el regazo—. Parece muy majo, pero yo no debería coger a ningún bebé.

—¿Por qué no? —Shannon se rio desde el sofá mientras protegía la cabeza de su sobrino para que no se cayera hacia atrás—. Le caes muy bien, Gibs.

—Lo dijo mamá —admití con sinceridad—. Una vez se me cayó de cabeza mi primo de Escocia y se montó un pollo que flipas. —Revolviéndome de incomodidad, contemplé la manita regordeta que intentaba atraparme el dedo y sentí un ataque de pánico—. A ver, al final a Thomas no le pasó nada. Fue solo una commoción leve. Ni siquiera tuvo que estar mucho tiempo en el hospital, y los médicos consiguieron corregir lo del ojo, pero mamá se empeñó en que yo no cogiera a ningún otro bebé.

—Vale, igual ya lo has cogido suficiente por hoy. —Con mucha sabiduría, Aoife interceptó a su hijo antes de que se hiciera daño y se retiró hacia atrás lentamente—. A partir de ahora puedes saludar al tío Gibsie desde lejos.

—Buena decisión —convine asintiendo de forma solemne.

—A ver —dijo mi mejor amigo saltando hacia Aoife antes de que Shannon pudiera ponerse de pie y cogerlo—. Dale un abrazo al tío Johnny.

—No es justo —se quejó Shannon mientras se desplomaba hacia atrás en el sofá y se cruzaba de brazos—. Me toca a mí.

—No te preocunes, Shan —contestó Johnny guiñándole un ojo mientras arropaba a su sobrino contra su pecho con una seguridad aterradora—. Luego te abrazo a ti.

—Buah, no veas. —Ahogué una carcajada. Las mejillas de su novia se pusieron rojas como tomates—. Pequeña Shannon. —Choqué mi hombro contra el suyo con aire juguetón—. Suena obsceno.

—Buenas tardes. —Una voz familiar atravesó el aire y Joey apareció por la puerta, vestido con un mono manchado de aceite.

—Buenas tardes.

—Lynch.

—Hola, Joe.

Pasando de todos los demás, Joey cruzó la zona de la cocina abierta y el salón hasta llegar a su novia, que estaba sentada a lo indio encima de la alfombra doblando cuidadosamente la diminuta ropa de su hijo en diferentes pilas.

—Hola, semental —saludó Aoife levantando la cabeza para sonreírle al chico que se alzaba frente a ella.

—Reina. —Agachándose, le levantó la barbilla y le dio un beso—. ¿Estás bien?

—Todo bien, Joe —afirmó cogiéndole a él la barbilla con su minúscula mano—. ¿Y tú?

A los demás podría parecerles que ella miraba sus ojos con devoto afecto y, joder, puede que así fuera, pero a mí me daba la impresión de que más bien intentaba comprobar algo: si estaba sobrio.

—Todo bien, Molloy —aseguró con tranquilidad guiñándole un ojo antes

de meterse la mano en el bolsillo del mono y sacar un paquete de Rolo. Se los tiró sobre el regazo, volvió a ponerse en pie y se dirigió hacia el fregadero—. ¿Dónde están los chicos? —dijo Joey por encima del hombro mientras se lavaba—. Suelen quedarse por aquí los viernes por la noche. Hoy le toca a Ollie escoger película.

«Ay, mierda».

—Es que Darren ha venido a pasar el fin de semana en casa —se atrevió a responder Shannon, mientras los demás conteníamos la respiración. Porque, aunque Johnny tenía diferencias con el mayor de los Lynch, se quedaban en nada frente a la animadversión que rezumaba de Joey—. Se ha llevado a Tadhg, a Ollie y a Sean al cine.

Silencio.

Se podría haber oído el sonido de una aguja al caer.

«Mierda otra vez».

Todos contemplábamos a Joey mientras cerraba el grifo y cogía un paño que colgaba de la puerta del armario.

Al final, cuando ya no me veía capaz de soportar ni un segundo más de silencio, preguntó:

—¿Ha venido aquí? —Estaba claro que la pregunta iba dirigida a su novia, porque la miraba con ojos ardientes y protectores—. ¿Molloy?

—Joe —empezó a decir con un suspiro—. No te mosquees...

—¿Ha venido aquí? —repitió pronunciando lentamente las palabras—. ¿Ha visto a mi hijo?

—Me lo pidió —explicó Aoife con un suspiro—. Le dije que primero tenía que hablarlo contigo.

—¿Y a ti, Molloy? —No parpadeó en ningún momento—. ¿Qué te dijo a ti?

—Cálmate, Joe, todo va bien —repuso—. Fue muy educado.

Su respuesta pareció tranquilizar a Joey, porque sus ojos reflejaban cierto alivio.

—Vale. —Asintió una vez y se le relajaron los hombros—. Bien.

—Joe, quiere arreglar las cosas —señaló Shannon con dulzura—. Pregunta continuamente por vosotros tres. —Se levantó del sofá, se dirigió hacia su hermano mayor y le puso una mano sobre el brazo—. Sé que tenéis vuestras diferencias y lo entiendo, ¿vale? De verdad. Más que nadie. Pero Darren también es tío de AJ. Igual que Tadhg, Ols y Sean. Igual que yo, que soy su tía. ¿No vas a plantearte siquiera dejar que conozca a su sobrino?

—¿Te refieres al mismo tío que intentó pagarle a la madre de mi hijo para que abortara? —replicó Joey con rotundidad yéndose directo a por su bebé—. No, Shannon, no me lo voy a plantear.

—Joder —murmuró Johnny entregándole el niño a su padre—. No te culpo, tío.

—Johnny, eso no ayuda —gruñeron Aoife y Shannon al unísono.

—¿Qué pasa? Eso no se le hace a otro hombre. Sea o no tu hermano. —Encogiéndose de hombros sin el menor rubor, Johnny se giró hacia su novia—. Lo siento, Shan. Sé que Darren es de tu familia, cariño, y quieres que haya paz. Lo pillo. En serio. Y sabes que estoy aquí para lo que necesites y que siempre he apoyado el derecho de las mujeres a decidir por ellas mismas. Pero si hubiera intentado que tú abortaras a mi hijo a mis espaldas... —Johnny sacudió la cabeza—. No sé si sería capaz de llevarlo con tanta calma como tu hermano.

—¿Lo ves? —escupió Joey mientras acunaba a su hijo en brazos—. Él lo pilla.

Sí, yo también lo pillaba, pero no era lo suficientemente listo como para meter baza en una conversación tan delicada sin acabar liándola. Por eso, me puse en pie de un salto y me froté las manos mientras decía:

—¿Sabéis lo que creo que puede ayudar a aliviar la tensión?

—Ay, Dios, ¿el qué? —preguntó Shannon como con miedo de lo que iba a decir.

—Chicas, ¿por qué no vais corriendo a probaros los disfraces de

Halloween para la fiesta de mañana por la noche, mientras Lynchy y el capi se ocupan del código marrón que hay en el pañal de ese crío y que todos estamos haciendo como que no olemos? Mientras tanto, yo preparé unas galletas.

—No tenemos huevo. —Aoife lanzó un suspiro—. Mierda.

—No temas, rubita —contesté subiéndome las mangas—. Soy un hombre de muchos talentos... y ocurre que uno de ellos es la capacidad de improvisación.

Joey arqueó una ceja.

—¿Desde cuándo haces repostería?

—Mira, Lynchy, no eres el único que fue a mejor el verano pasado. —Solté una risita y me fui a la cocina—. Venga, deprisa, cambiad a ese crío antes de que el olor se me incruste en las fosas nasales.

Pasteles de cumpleaños y patadas con el pie

Claire

—¡Soy rica! —anuncié con un grito de júbilo mientras entraba dando botes en casa de los Allen el sábado por la tarde. Con gesto triunfal, agarré mi bolsa de trabajo y la tiré junto al aparador situado bajo la escalera antes de entrar bailando en la cocina. En la radio que había sobre el microondas sonaba «Send Me On My Way», de Rusted Root, y la canción me llenó el corazón de una cálida nostalgia infantil.

—¡He tenido un día de trabajo increíble, he ganado cuarenta euros y hoy voy a dos fiestas de cumpleaños! —Haciendo piruetas sobre las baldosas, fui bailando de puntillas hasta la nevera y luego metí un poco de punta-patada-punta como bonus—. ¡Qué maravilla estar viva!

—Claire —me saludó mamá con una sonrisa indulgente mientras apoyaba una cadera contra la mesa de la cocina y sujetaba una taza de café entre las manos—. Menudo entusiasmo.

—Dos fiestas de cumpleaños —reiteré haciéndome con una botella del Sunny D de Gerard que había en la nevera—. Hoy es un buen día para ser yo, mamá. —Desvié la atención hacia la otra mujer, cuyo frigorífico estaba saqueando—. Hola, Mami Número 2.

—Hola, Claire, cariño —dijo Sadhbh Allen por encima del hombro mientras se concentraba en darle los últimos retoques al pastel de cumpleaños de mi hermano. La mesa de la cocina estaba invadida de bolsas de globos, serpentinas y banderines de cumpleaños, señal inequívoca de que los preparativos para la fiesta de esa noche iban viento en popa—. Cuesta de creer, ¿eh, Sinead? Hace dieciocho años, tal día como hoy, estabas retorciéndote de dolor para dar a luz a nuestro pequeño hombretón Hugh.

—Dios, no me lo recuerdes, Sadhbh. —Mamá se rio—. Sesenta y dos horas de parto y al final me tuvieron que hacer una cesárea de emergencia. —Sonriendo, mamá movió la cabeza hacia los lados—. Pete se desmayó en el quirófano y al caer se astilló la clavícula con una bandeja de metal.

—Y Joe se pasó la noche sentado a su lado en Urgencias. Me acuerdo como si fuera ayer. —Con una manga de glaseado en las manos, Sadhbh dibujó un borde azul en el pastel—. Gerard tenía que nacer pocos meses después y yo estaba completamente petrificada por lo que se me venía encima.

—Al final lo fuimos descubriendo por el camino, ¿no?

—Desde luego.

—¿Has usado la base de *red velvet* que hice? —pregunté mirando por encima de su hombro mientras elaboraba aquella obra de arte comestible.

—Por supuesto.

—¡Bien!

—La textura era muy esponjosa —agregó—. Y tenía la consistencia perfecta.

—¿Sabes? Fue Gerard quien me dijo que le añadiera un poco de vinagre a la mezcla —expliqué entre sorbo y sorbo del zumo—. Pensé que estaba loco, pero resultó una genialidad.

—Uy, deberías verlo en la pastelería —coincidió Sadhbh usando la punta de una servilleta para limpiar la esquina de la bandeja del pastel—. Se ha pasado el verano creando nuevas recetas y la verdad es que cada una era

mejor que la anterior, algo increíble, teniendo en cuenta que antes de las vacaciones no era capaz ni de poner en marcha el microondas.

—Lo lleva en la sangre. —Mamá sonrió—. Es como su padre.

—Sí. —Forcé una sonrisa y disimulé la punzada de dolor que me golpeó cuando la cara de Joe Gibson pasó por mi mente—. Es verdad.

—¿Dónde están los chicos? —dijo mamá ofreciéndome una vía de escape respecto a mis deprimentes recuerdos—. ¿En casa, preparándose para esta noche?

—Qué va, Hugh sigue en el trabajo —apunté subiéndome a la isla—. Una chica se ha puesto mala y ha tenido que quedarse hasta que apareciera su sustituto. Ha sido Patrick quien me ha traído desde el hotel.

—¡Oh! —exclamó Sadhbh arqueando una ceja—. Eso significa que mi pequeño granuja vuelve a estar desaparecido.

Sí. No había vuelto a ver a su «pequeño granuja» desde que el fin de semana anterior se había marchado de mi cuarto hecho una furia. Estábamos peleados, bastante, al parecer, pero nunca dejaría de dar la cara por él delante de nuestras madres. Con pelea o sin ella, mi nivel de lealtad hacia Gerard estaba muy por encima de cualquier frívola riña adolescente. Incluso después de que él cerrara a cal y canto las persianas de sus emociones, bloqueando así el exclusivo acceso que hasta ese momento me había dado a su verdadero yo.

Desde el regreso de Mark, se había quedado en casa de Johnny casi todas las noches, de modo que mi cuarto ya no recibía visitantes nocturnos. Algo que me hacía sentir sorprendentemente desamparada.

—Gerard no está desaparecido —me oí defenderlo, como llevaba haciendo toda la vida—. Solo está...

—¿Siendo Gerard?

—Está con Johnny.

—¿En el gimnasio?

—No, creo que ayudando con los preparativos de la fiesta de Sean. —

Fruncí el entrecejo y apunté—: Aunque dudo que lo del castillo hinchable siga adelante ahora que se ha vuelto a poner a llover.

—¡Ah, casi me olvido! —Mamá fue hasta su bolso y sacó un sobre con el logo del Tommen—. Ayer llegó el boletín del instituto. Este año han decidido eliminar el viaje para ir a esquiar a Andorra de primero y segundo de bachillerato.

—¿Qué? —gimoteé—. ¡No! Pero ¡si me tocaba a mí! ¡Por fin tengo la edad para ir y lo cancelan!

—Ah, es verdad, Sinead. Yo también lo he leído —corroboró Sadhbh—. Al parecer, ha habido algún problema con el seguro del instituto.

—Típico —resoplé cruzándome de brazos—. Es que es típico.

—Pero, como compensación, el Tommen va a celebrar un baile de invierno para el ciclo superior.

—¿Un baile de invierno? —El cuerpo me vibraba de la emoción—. Pero ¿un baile de verdad? ¿Como los de Estados Unidos? ¿Con vestidos de noche y esmóquines y ramilletes elegantes?

—Parece que sí.

—¡No me digas! —Chillando de alegría, di unas enérgicas palmaditas—. ¿Es en serio? ¿Cuándo?

—La semana de vacaciones de Navidad.

—Ay, Dios; ay, Dios. —Me bajé de la encimera de un salto—. Tengo que prepararme. —Me puse a caminar de un lado a otro por la cocina—. Necesito un vestido, zapatos, joyas y... Ostras, tengo que coordinarme con las chicas para que no llevemos el mismo color. Y también tengo que pedir cita con el peluquero, y organizar las fotos y el transporte, y hacerme las uñas y...

—Claire, cariño, Halloween es mañana —me interrumpió mamá con una risita—. Relájate. Tienes todo el tiempo del mundo.

—¿Todo el tiempo del mundo? —La miré boquiabierta—. Mamá, es un baile. ¡Uno de verdad! Esas cosas no se planean de un día para otro.

—¿Cómo lo sabes? Nunca has ido a ninguno. —Mamá se rio—. Y, antes de que pierdas la cabeza buscando fotógrafos y limusinas para todos tus amigos, tal vez te interese pensar con quién vas a ir. —Le guiñó un ojo a Sadhbh para luego añadir—: ¿O damos por hecho que vas a ir con Gerard?

—Aaah... ¡claro! —Me la quedé mirando con cara de tonta—. ¿Con quién si no?

—¿Con otro chico, quizá?

El recuerdo de la gigantesca lengua de Jamie me vino a la cabeza y no pude evitar arrugar la nariz.

—Puaj.

Las dos sonrieron al unísono.

—Ay, por favor. —Puse los ojos en blanco—. Como si fuera una gran sorpresa que quiera ir con Gerard.

—Son buenos amigos, Sinead —señaló Sadhbh guiñándole un ojo a mi madre.

—Muy buenos amigos —reconoció mamá con retintín—. Pero buenos de verdad.

—¿Hay algo que quieras decirnos?

Parpadeé con gesto de confusión.

—¿Qué quieres decir?

—Últimamente habéis pasado mucho tiempo juntos.

—Y, si él te lleva al baile, supongo que eso significa que te llevará a su baile de promoción el verano que viene.

—¿Ahora se llama «baile de promoción»? En nuestra época era el baile de debutantes.

—Ciento.

—Ahora se llama «baile de graduación» —les expliqué, y luego se me iluminó la cara cuando procesé lo que habían dicho—. ¡Ay, Dios! ¡Voy a ir al baile de graduación! —La emoción borboteara en mi interior—. ¡Sííí! ¡Dos vestidos!

—Será mejor que comiences a ahorrar todo el dinero que ganes en ese trabajo que has empezado hoy —se burló mamá.

—Nah, creo que guardaré mi dinero y me gastaré el de papá —dije riéndome—. ¿Dónde está? Debería empezar a camelármelo.

—En casa, en su despacho —respondió mamá con una alegre sonrisa—. Plazo de entrega, ya sabes.

Otra punzada de tristeza me atravesó el plexo solar, pero me la sacudí rápidamente recordándome a mí misma que, si hubiera sido yo la que hubiera perdido a mi mejor amigo ese día, también me habría encerrado para alejarme del mundo.

Vale, igual no durante toda una década, como había hecho mi padre, pero entendía el sentimiento que le llevaba a comportarse así, aunque no comprendiera la depresión a la que se enfrentaba a diario.

Me acerqué a mi madre y la envolví con mis brazos por detrás.

—Te quiero —susurré dándole un beso en la mejilla—. Reina.

Porque mi madre era una reina. Era admirable cómo seguía queriendo a mi padre durante esa época tan oscura. Estaba convencida de que tenían sus momentos, pero, en los diez años que habían pasado desde la muerte de Joe, nunca la había oído levantarle la voz. Mamá era enfermera y, hasta cierto punto, eso hacía que entendiera lo que pasaba en la cabeza de papá, pero esa forma tan incondicional de quererlo no solo probaba que la gente podía ser buena, sino que el verdadero amor podía vencer.

Mis padres se querían desde que eran niños, y mamá seguía queriendo a papá incluso cuando él no tenía fuerzas para quererse a sí mismo.

Oí cómo se cerraba la puerta de la entrada unos segundos antes de que el mismísimo hombre del momento entrara a zancadas en la cocina balanceando las llaves de su coche.

—Madres.

En cuanto mis ojos lo vieron con sus vaqueros azules desgastados y una camiseta blanca, una feroz ráfaga de calor incandescente comenzó a

rebotarme en el vientre.

«Ay, jolines».

—Muñequita —saludó con un gesto de la cabeza.

—Gerard.

—Por el amor de Dios, ¿dónde está tu jersey? —preguntó Sadhbh—. Está cayendo la del pulpo.

—Lo perdí anoche en la disco, mamá —bromeó haciendo referencia a una canción de The Sultans of Ping—. Cuando bailaba...

—Gerard. —Su madre entrecerró los ojos—. No tiene gracia.

Contradiciendo a Sadhbh, mi madre soltó una carcajada.

—Bailaba en la disco —dijo entre risitas—. Muy buena, Gibbs. Acabo de pillar la referencia.

Gerard sonrió victorioso antes de centrarse en mí.

—He recibido órdenes de tu mejor amiga; quiere que te acompañe hasta la mansión. Y llévate el disfraz.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Sí?

Asintió con la cabeza y agregó:

—Parece que las chicas van a arreglarse en la mansión después de la fiesta de Sean.

Cállate y deja que me vaya

Claire

Tensión.

No se me ocurría otra palabra para describir el ambiente frío y enrarecido que se había apoderado del coche durante el trayecto hacia la mansión.

Gerard no había dicho ni pío desde que había cargado mis bolsas y los regalos de cumpleaños de Sean en el maletero. Asfixiada por el peso del conflicto no verbalizado, hice todo lo posible por ignorarlo cambiando una y otra vez de emisora.

El problema era que parecía que todas se habían puesto de acuerdo en emitir canciones que fueran personalmente dirigidas a mí.

Ya había pasado por «Take My Breath Away», de Berlin; «Kiss Me», de Sixpence None the Richer y «Saving All My Love For You», de Whitney.

Para ser sincera, empezaba a pensar que nuestras radios locales estaban conspirando entre ellas y habían decidido confabularse contra mis sentimientos.

Cuando cambié de emisora por última vez y me topé con la commovedora voz de Norah Jones cantando «Turn Me On», me rendí y levanté las manos en señal de derrota.

Tras atreverme a echarle una mirada a Gerard, vi cómo tamborileaba los dedos contra el volante, como si tal cosa. Su impostada indiferencia me

irritó como no sabía que podía irritarme. Eso he dicho: irritada. Gerard Gibson no podía ser más irritante.

«Ugh».

Con el ceño fruncido, me crucé de brazos y miré al frente. Los limpiaparabrisas del coche trabajaban a contrarreloj para retirar la intensa lluvia del cristal, y el ventilador lanzaba un chorro constante de aire caliente hacia el interior del vehículo, pero las lunas seguían empañándose a toda velocidad.

Por fin, después de lo que me pareció una eternidad, cuando en realidad no habían pasado más de siete u ocho minutos, Gerard rompió el silencio:

—¿Qué? ¿Has planeado alguna otra quedada con tu adorado Jamie?

Lo dijo con una malicia que me ofendió.

—Depende.

—¿De qué?

—De si me lo vuelve a pedir.

Apretó con fuerza el volante.

«¡Ja! Cómete esa».

—¿Qué pasa? —espeté—. ¿Estás celoso?

—Al contrario —contestó marcando mandíbula—. ¡He desarrollado una hernia de lo que me está costando que me importe una mierda!

Con la boca abierta, lo fulminé con la mirada.

—¿Qué acabas de decir?

—Pues justo lo que has oído, Claire.

Entorné los ojos.

—Eres un imbécil de cuidado.

—Tal vez —convino con gesto serio—. Pero al menos no voy por el instituto hablando de todas las formas en las que pienso follarte.

—¿Perdona?

Gerard se encogió de hombros; no parecía arrepentido.

—¿Jamie ha dicho eso de mí?

Silencio.

—¡Gerard! —solté girándome en mi asiento para mirarlo—. ¿Qué has oído?

—Lo suficiente como para saber que quiere quitarte las bragas.

—¡Al menos hay alguien que quiere!

—Qué bonito —dijo con desdén moviendo la cabeza hacia los lados en señal de repulsa—. Qué bonito eso que has dicho, ¿eh, muñequita?

—Para el coche.

—Sí. —Resopló—. Ahora mismo.

—¡He dicho que pares el coche, Gerard Gibson!

—¿De verdad quieras que pare el coche? —exigió con tono sarcástico—. ¿Que pare en la cuneta con la que está cayendo?

«No».

—¿Es que no me has oido?

Soltó un gruñido de frustración, puso el intermitente y salió hacia el arcén de la carretera.

—Vale. —Echó el freno de mano y se volvió para mirarme—. Como quieras.

Un tiempo perfecto para los patos

Gibsie

—Venga, Claire. —A paso de caracol, seguí conduciendo junto a ella con las luces de emergencia puestas y la ventanilla bajada—. Sube al coche, por favor. —Haciendo caso omiso de los bocinazos que me daban los innumerables usuarios cabreados que tenía detrás, me concentré en la furibunda rubia que caminaba junto a la carretera—. Se te va a llevar la lluvia. —Eso me preocupaba de verdad. Llovía tanto que, incluso con los limpiaparabrisas a la máxima potencia, me costaba ver la carretera que tenía delante—. ¡Ni siquiera llevas abrigo, tonta!

—¡No me llames «tonta», so memo! —replicó acelerando el paso hasta que pisó un charco enorme y quedó cubierta de barro—. ¡Ugh, perfecto! ¡Simplemente perfecto!

Joder, vaya desastre, y no me refería a su ropa.

—Claire. —Traté de persuadirla usando otro enfoque mientras sacaba un brazo por la ventanilla e intentaba razonar con ella—. Lo siento, ¿vale? Métete en el coche y mátame siquieres mientras te secas en un sitio calentito.

—¿Por qué? —preguntó parando en seco. Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con rabia—. ¿Por qué lo sientes, Gerard?

—¿Por qué? —Confundido, sacudí la cabeza—. Porque te he cabreado lo

suficiente como para que salgas del coche en la carretera principal.

—¡Ugh! —Dio un pisotón lleno de frustración y siguió caminando—. ¡Memo!

—A ver, ¿no es verdad? —dije avanzando de nuevo junto a ella—. Quiero decir, es evidente que estás enfadada conmigo si estás dispuesta a caminar los cinco kilómetros que quedan hasta la casa del capi.

—¡No estoy enfadada, Gerard! —gritó por encima del hombro—. ¡Estoy furiosa!

Al divisar la entrada al bosque de Ballylaggin, activé el intermitente, avancé unos cincuenta metros y paré en el espacio disponible.

Apagué el motor, abrí la puerta y salí del coche.

—¿Ya estás contenta? —le solté con las manos en el aire mientras me acercaba a ella—. Porque ahora nos estamos mojando los dos.

—Ay, por Dios, ¡lárgate! —gritó Claire—. No quiero verte.

—Bueno, es una pena, ¡porque no pienso dejarte sola en el arcén de la carretera, cielo! —espeté retirándome unos empapados mechones de cabello de los ojos—. ¡Podría raptarte cualquiera!

—¿Raptarme? —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada irónica—. ¿Quién? ¿Algún anciano con su tractor? —Volteó los ojos—. Sé realista, Gerard.

—¡Lo estoy siendo! —grité—. Eres tú la que se comporta como una loca. Y no te burles de los tractores porque a los dos nos encantaban de pequeños —dije con tono acusador—. Venga, haznos un favor a los dos y sube al coche antes de que cojamos una puta neumonía.

—No.

—¿No? —La miré con la boca abierta—. Joder, ¿y por qué no?

—¡Porque eres lo peor, Gerard Gibson!

—¿Soy lo peor porque quiero que estés a salvo? —Agité desesperadamente los brazos—. Claro que sí, vaya un cabrón que estoy hecho.

—¿Sabes qué? —Entornando los ojos, Claire se acercó a la verja frente a la que yo estaba aparcado y trepó por ella—. Vete a la mierda, Gerard.

—Ah, ¿ahora te vas a dar una vuelta por el bosque? —pregunté caminando tras ella—. ¿Ese es tu ingenioso plan, muñequita? —pregunté de nuevo saltando la verja sin ninguna dificultad—. Porque me parece una mierda.

—¡Me da igual! —gritó redoblando los esfuerzos para andar más rápido que yo—. ¡Deja de ir detrás de mí!

—Ya te he dicho que no voy a dejarte sola para que te secuestren —gruñí siguiéndola sin titubear—. ¡Demonio de chica!

—Ahora mismo, que me secuestren suena muy tentador —me soltó—. Al menos eso me evitaría tener que estar cerca de ti, que eres más bruto que un toro.

—Así que, ¿ahora soy un toro?

—¡Sí!

—¿Y eso cómo se te ha ocurrido?

—Pues a lo mejor porque es lo que pareces. ¡Salvo que tú los piercings los llevas en los pezones, no en la nariz!

—¿Estás diciendo que mis tetas parecen las de un toro?

—¡Quien se pica, ajos come, Gerard!

—Retíralo.

—¡No!

—Lo que has dicho es muy doloroso.

—Genial.

—Retíralo.

—¡He dicho que no!

—Retíralo, Claire, o me veré obligado a decir algo yo también.

—¿Cómo qué?

—Como que el dedo palmeado que tienes en el pie izquierdo no es bonito —aseguré—. Te mentí. ¡Es la hostia de raro!

—¡Eres un gilipollas! —soltó alzando las manos al aire—. Ahora me alegro de haberlo dicho. Y, ¿sabes qué, Gerard Gibson? La mitad de las veces tus bromas no hacen gracia. Sí, como lo oyes. Tienes un sentido del humor de mierda.

—¡Cómo te atreves! —Me tambaleé hacia atrás, como si me hubiera golpeado físicamente—. ¡Mi sentido del humor es la monda!

—¡Tu sentido del humor es mediocre! —gritó Claire por encima del hombro dando zancadas hacia la línea de árboles—. ¡Lárgate de una vez!

—Madre de Dios —farfullé presionándome las sienes con los dedos. Moví la cabeza hacia los lados, muy descolocado con lo que quería esa chica—. ¿Puedes dejar de alejarte de mí dos putos minutos y hablar conmigo tranquilamente para que podamos arreglarlo?

—¡No, porque tú solo me ofreces palabras! —chilló retirándose el pelo mojado de la cara—. Palabras, sonrisas y conversaciones, ¡y estoy hasta las narices, Gerard! —Levantó las manos con su habitual aire dramático mientras seguía lloviendo a mares—. ¡Por Dios! ¿Qué sentido tiene seguir discutiendo contigo? —Sacudió la cabeza y bramó—: ¡Nunca lo vas a pillar!

—¿Pillar el qué?

—¡Lo nuestro, Gerard! —contestó a voces—. ¡No pillas lo nuestro!

—¿Lo nuestro? —Entonces fui yo el que se puso furioso—. ¿Crees que no pillo lo nuestro? —pregunté acelerando el paso y acercándome a ella—. Por supuesto que lo pillo, Claire —solté con gesto crispado—. ¡Llevo pillando lo nuestro mucho más tiempo que tú! —Al alcanzarla, le agarré la mano y tiré de ella hacia mí—. Deja de huir de mí, joder.

—Si es así, ¿por qué no haces algo al respecto? —me retó con lágrimas en los ojos que se mezclaban con las gotas de lluvia—. ¿Eh? —Se soltó la mano y se fue con paso decidido, pero entonces se giró y volvió de nuevo hacia mí—. Mierda, Gerard, ¿por qué no me demuestras lo que sientes?

—¡Ya lo hago!

—No es verdad —dijo con voz ahogada empujándome otra vez—. Me lo dices. —Las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras lloraba—. Siempre me lo dices, Gerard, pero me tienes aquí suplicándote que me lo demuestres.

—¡No puedo!

—¿Por qué?

—Porque para mí no es tan fácil.

—¿Por qué?

—¡Porque tengo miedo!

—¿De qué? —preguntó dándome un empujón en el pecho—. ¿Eh? — Volvió a empujarme—. ¿De qué tienes miedo?

—De ti, Claire —bramé con el pecho agitado—. ¡Tengo miedo de ti!

¡Todos a bordo del tren de los sentimientos!

Claire

—¿De mí?

—¡Sí!

—¿Tienes miedo de mí?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—¡Porque te quiero, Claire!

—Yo también te quiero.

—Ya lo sé —reconoció—. ¡Y eso lo hace aún peor!

—Pero eso no tiene ningún sentido —gimoteé con gesto serio. Sorprendida por su confesión, me quedé de pie bajo la lluvia, mirando al único chico al que había amado y grité—: ¡Nada de lo que dices tiene ningún sentido para mí, Gerard!

No quería estar enamorada de él, pero lo estaba. Era un fastidio. De los grandes. Yo quería un amor correspondido. De los buenos. Como Shannon y Johnny. O Aoife y Joey. Bueno, quitando las drogas y el embarazo adolescente. Solo quería una relación de verdad.

Con él.

Me había marcado cuando era niña, y esa marca no había hecho más que agrandarse en mi corazón a medida que pasaban los años. Lo conocía bien. Lo llevaba en mi corazón. Parecía incapaz de olvidarlo.

Pero, aparentemente, eso era mucho pedir porque el chico al que quería estaba mal de la cabeza. No sentía como yo. No funcionaba de la misma manera.

—¿Cuándo ha tenido sentido mi proceso mental, Claire? —replicó Gerard—. Ya sé que la estoy cagando. —Se pasó una mano por el pelo mojado y se encogió de hombros—. Si te hago daño, no es a propósito. Lo juro por Dios, de verdad, pero sé que es lo que acabará ocurriendo. —Alzó las manos derrotado—. Al parecer, eso es lo que hago, Claire.

—Entonces tienes que parar.

—Lo intento —escupió apretando los dientes—. Eso es lo que intento, Claire. ¡Intento hablarlo contigo!

—No necesito más palabras, Gerard —repuse—. No necesito que lances al aire más palabras que no sientes.

—¿Que no siento? —replicó—. ¿Crees que alguna vez te he dicho algo que no sentía?

—Pues por ejemplo todas esas mentiras que me has contado durante los últimos dieciséis años sobre quererme y querer que estuviéramos juntos —dije de forma entrecortada—. ¡Solo para cambiar de idea y hacer justo lo contrario en cuanto tienes ocasión!

—Es verdad que te quiero, Claire. Y que quiero estar contigo. Siempre he querido estar contigo. Es solo que... —Se calló de golpe y suspiró con frustración mientras se llevaba las manos a las caderas—. Si me dejas que te lo explique...

—Eso hago, Gerard —insistí con voz aguda y rasgada—. Estoy dejando que te expliques. Te he dado todo el tiempo del mundo para que te expliques. Para que te aclares de una vez. Dieciséis años, para ser exactos. Pero no se te ocurre ninguna buena excusa lo suficientemente rápido,

—¿verdad? —Negué con la cabeza—. Me dices lo que quiero oír y luego vas y haces lo contrario. —Con los dientes castañeando por el frío, di un pisotón con gesto frustrado. Craso error. El pie fue a parar a un socavón y me salpiqueó los muslos de un turbio barro marrón. Otra vez. Furiosa, cerré los puños y grité—: ¡Y ahora vuelvo a estar cubierta de barro! —Con el corazón a mil por hora, le eché una mirada asesina—. ¡Y estos zapatos son nuevos!

—¡No es que busque excusas para no estar contigo, Claire! —bramó—. Es que sé que eres perfecta para mí. —Claramente iracundo, se dio una palmada en la frente y escupió—: ¡Y también sé que yo no lo soy para ti!

—¿Qué? —Negué con la cabeza—. Eso no tiene sentido, Gerard.

—Sí que lo tiene. —Asintiendo con vehemencia, ignoraba las gotas de lluvia que le resbalaban por la cara—. Sé que estás mejor sin mí, Claire. ¿Vale? Lo sé. —Dejó escapar una exhalación entrecortada y se encogió de hombros con impotencia—. Pero también sé que yo no estoy mejor sin ti. —Alzó las manos con aire desamparado—. Ni un poquito.

—Ay, Dios... —gimoteé muy confundida—. Nunca sé cómo posicionarme contigo.

—Delante —fue su veloz respuesta—. Encima. La número uno, joder. Siempre, Claire.

—Llevo toda la vida esperando que hagas algo. Que le eches narices y me digas lo que sientes.

—Ya sabes lo que siento.

—¡Para, Gerard! —espeté—. Deja de jugar con mi corazón. No puedo más. No lo digas si no es verdad, porque una cosa es que me hagas daño sin querer, pero hacerlo a propósito ya son palabras mayores, y no creo que pudiera recuperarme de algo así.

—¿Quién está jugando? —replicó—. Joder, te quiero, Claire Biggs.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Porque es la verdad! —rugió Gerard poniéndose de un color morado

oscuro mientras su indignación aumentaba de forma evidente—. Yo no he elegido nada de esto, ¿vale? Nací y allí estabas tú, y yo tenía todos estos sentimientos. ¡Y crecieron, Claire! —gritó acercándose a mí—. ¡Joder si crecieron! —Más furioso de lo que lo había visto en años, me rodeó la cintura con un brazo y tiró bruscamente de mí hacia él—. ¡Y ahora son como un bumerán luminoso de neón que aparece una y otra vez por muy lejos que los lance!

—Ah, ¿sí? —Mi corazón decidió acelerarse hasta el punto de hacerme sentir dolores físicos en el pecho—. Bueno, pues no puedes... —Me costaba respirar y tenía la voz rota—. No puedes... —Dolorida, me presioné el esternón con la parte baja de una mano mientras con la otra me apretaba las sienes—. Ay, Dios...

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué te pasa?

—Estoy fuera de mí.

—¿Sí? —Su tono estaba cargado de pánico, rabia y confusión—. Mierda, ¿por qué?

—Por ti, Gerard —gruñí agarrándolo por la camisa del uniforme mojada—. Por ti, porque me has arrollado con el tren de los sentimientos, ¿vale?

—¿Con el tren de los sentimientos?

—¡Sí, el tren de los sentimientos, idiota!

—Bueno, chu, chuuu —respondió con tono sarcástico mientras hacía como si tirara de un mecanismo de bocina—. Vete subiendo a bordo, cielo. Ya iba siendo hora de que decidieras unirte a mí. Sobre todo porque yo ya llevo unos cuantos años en ese tren de los sentimientos...

—Cállate.

—¡Cállate tú!

—¡Cállate, Gerard!

—No, no me voy a callar, porque tú no eres la única...

—¡He dicho que te calles! —grité tapándole la boca con una mano y mirándolo a los ojos mientras la lluvia caía a mares sobre nosotros—.

Cállate, Gerard Gibson. ¡Cállate de una vez!

En un instante, pasamos de estar mirándonos, gritándonos y empujándonos a besarnos.

De algún modo, y solo Dios sabía cómo, la mano con la que le cubría a Gerard la boca había sido reemplazada por mis labios.

Con desespero. Voracidad. Pasión. Nuestros labios chocaron en un hambre frenética que había ido acumulándose durante dieciséis años y finalmente había acabado por explotar.

Besarlo fue como si de repente hubiera recordado la respuesta a una pregunta que llevaba horas mortificándome. Como cuando, después de la frustración que provoca tener algo en la punta de la lengua mucho rato, por fin te sale y te invade el alivio. Así me sentí en ese momento.

Y no era la única que participaba del beso. Gerard no dudó en corresponderme. Ni una décima de segundo. No, él también me besaba, y con ganas. Con la misma soltura, necesidad y desesperación.

Agarrándome el pelo con una mano, respondía como un experto a cada uno de los envites de mi lengua ofreciéndome uno propio, mientras con la otra mano me apretaba contra su cuerpo, clavándose los dedos en la parte más rolliza de la cadera.

Temblando con violencia, me aferré a sus hombros; sentí el cuerpo cada vez más débil. En serio, mis piernas se estremecían con tanta fuerza que apenas lograba mantenerme en pie.

Ay, Dios.

Fue lo más raro, perfecto, real y correcto que jamás había sentido. No había deseado nada en toda mi vida más que a ese chico y lo que él podía darme. Era a la vez demasiado e insuficiente.

Ese beso.

Sus labios sobre los míos.

Sus manos en mi cuerpo.

Su lengua en mi boca.

Lo era todo para mí.

Quería reírme.

Quería llorar.

Quería... Ay, Dios, sentía tantas cosas en ese momento, algo tan intenso por él, que no estaba segura ni de lo que quería. El alivio me hacía desfallecer y los sentimientos me inundaban, todo de forma simultánea. Solo sabía que no quería que parara nunca.

Pero, de pronto, lo hizo.

Arrancando sus labios de los míos, Gerard se retiró el pelo de la frente pasando ambas manos por encima, sin aliento y jadeando.

—Mierda.

—No. —En pánico por si volvía a echar el freno, le agarré la camisa y lo atraje hacia mí—. No pares.

—No quiero —replicó con tono grave deslizando las manos hacia mi cadera—. Créeme. Pero te vas a poner mala aquí fuera.

—Me da igual —logré decir sintiendo que me iba a morir allí mismo si no volvía a besarme.

El ardor le centelleaba en sus grises ojos cuando dijo:

—Bueno, pues a mí no.

¿En tu casa o en la mía?

Claire

—Bueno... —dijo Gerard veinte minutos después mientras aparcaba fuera de su casa y por fin rompía el tenso silencio que había estado flotando en el aire durante todo el viaje de vuelta.

Por algún motivo, me había llevado a su casa en lugar de a la de Johnny, pero desde luego no me quejaba. Porque eso me ofrecía la oportunidad de estar con él a solas.

—Bueno... —respondí nerviosa; tenía la sensación de que todo mi futuro dependía de lo que dijera a continuación.

—Bueno... —Apagó el motor y se giró para mirarme—. Eso ha sido nuevo.

—Sí. —Asintiendo, me metí los rizos mojados detrás de la oreja—. Supernuevo.

Mi respuesta le sacó una sonrisa de los labios.

—Esto es un poco raro, ¿no?

—Mucho —reconocí asintiendo de nuevo con ímpetu.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Pues... —Con aire tímido, encogí los hombros y respondí—: Me da igual. —Era mentira; sabía perfectamente lo que quería hacer: repetir la función.

—Hum.

—Ya.

Nos envolvió otro silencio sobrecogedor mientras nos mirábamos con incomodidad de un lado al otro del coche.

—¿Tu madre está en casa?

—No, está en tu casa preparando la comida de la fiesta con tu madre.

—Ah, vale.

—Sí.

—¿Quieres venirte? —acabamos preguntando los dos a la vez antes de soltar una risita nerviosa y contestar al unísono—: Sí.

Aclarándome la garganta, me desabroché el cinturón y abrí la puerta del coche.

—Bueno, yo me voy a casa —declaré en un tono mucho más calmado que mis sentimientos—. ¿Te quieres venir?

—Sí —asintió Gerard para mi gozo mientras se desabrochaba el cinturón y se apresuraba a venir tras de mí—. Me encantaría ir contigo.

—Excelente decisión.

—Opino lo mismo.

—Yo también.

Gerard no tardó en llegar a mi lado y los dos caminamos por el sendero que llevaba hasta la puerta principal de mi casa, hombro con hombro.

—Un tiempo para los patos.

—Un tiempo perfecto para los patos —convine empujando la puerta principal y entrando al vestíbulo.

—¡¿Hugh?! —grité haciéndome a un lado para que Gerard pudiera seguir hacia el interior—. ¡¿Ya estás en casa?!

—Su coche no está aparcado en la entrada.

—Ciento. Seguro que está en casa de Katie.

—Sí —coincidió Gerard, que parecía un dios empapado en mitad del vestíbulo, salpicando de agua las baldosas—. Tiene sentido.

—Y papá debe de estar en el despacho —apunté con cierto sofoco.

—Probablemente —dijo Gerard asintiendo.

—Bueno... —Me recorrió un ilícito escalofrío de placer cuando vi que me miraba—. Voy a subir las escaleras. —Me dirigí hacia ellas—. ¿Quieres subir a mi habitación?

Me tembló todo el cuerpo con lujuriosa anticipación cuando sentí que su pecho rozaba mi espalda.

—Sería de mala educación si no te acompañara.

«¡Bien!».

Subimos a toda prisa las escaleras y nos fuimos derechos a mi cuarto. Una vez dentro, cerré la puerta y me apoyé contra ella mientras lo veía avanzar hasta el centro de la habitación.

—Bueno...

Lancé una exhalación temblorosa y me hundí contra la puerta que tenía detrás.

—Bueno...

—Lo que ha pasado en el bosque... —Volvió a retirarse el pelo de la frente y miró en todas las direcciones menos en la mía—. Vaya pedazo de beso.

—Diría que sí —concedí con el corazón martilleándome la caja torácica a lo bestia—. El mejor segundo beso de la historia.

—Estoy de acuerdo. —Se acercó a un estante cualquiera y recolocó un osito de peluche torcido que había encima—. Y lo que pasó aquella noche en mi cuarto... —Se aclaró de forma brusca la garganta antes de añadir—: Fue...

—Brutal —acabé la frase siguiendo todos sus movimientos con los ojos —. Al menos para mí.

—Ah, para mí también. —Con las manos en la espalda, Gerard fisgoneaba por toda la habitación, investigando adornos que había visto millones de veces sobre las estanterías superiores y las cajoneras—. Estaba

pensando...

—¿Sí? —solté, y luego me regañé mentalmente a mí misma por interrumpirlo—. Sigue —dije con tono persuasivo—. Estabas pensando...

—Estaba pensando que podría volver a hacerte eso alguna vez. —Encogiéndose de hombros, agregó—: Si túquieres, claro.

—¡Sí! —Dentro de mí explotó el más puro y absoluto calor—. Quiero, te lo aseguro.

—Vale. —Por fin fijó su ardiente mirada sobre mí—. Me alegra de haberlo dejado claro.

—Ya. —Asentí con vehemencia—. Qué alivio.

—Sí, desde luego —convino acercándose a mí—. Entonces... eh... ¿cuándo te gustaría exactamente que pasara?

—Hum... —Hundida contra el marco de la puerta, lo miré y solté un trémulo suspiro—. Estaba pensando que... ¿ahora, quizá?

—Yo estaba pensando lo mismo —admitió con voz ronca acercándose más—. Pero igual nos perdemos al payaso.

—Creo que puedo vivir sin ver al payaso —dije jadeante con el corazón a mil—. ¿Tú?

—Sí, yo estoy seguro de que puedo vivir sin verlo —afirmó Gerard con las manos rozándose las caderas mientras me miraba fijamente—. Pero no creo que pueda vivir sin ti.

No hizo falta que dijera nada más. Me tiré a sus brazos como una demente. Atrapándome al vuelo, me levantó sin ningún esfuerzo mientras nuestros labios se encontraban con tanta urgencia como un rato antes.

Por Dios, sus labios eran suaves, cálidos y perfectos. Sabía a hogar y olía a lo mismo. No me resultó fácil conservar la calma, pero hice lo que pude. Me aferré a sus enormes hombros y me dejé llevar por el beso mientras él conducía nuestros cuerpos de espaldas hacia la cama, donde caímos enredados segundos después.

—Madre mía —balbuceé desplomándome debajo de él sobre el colchón

en un amasijo de extremidades y corazones entrelazados—. Es ridículo lo bien que se te da.

—¿El qué? —preguntó sin resuello mientras echaba hacia atrás la cabeza para mirarme.

—Besar, Gerard —dije con el pecho agitado—. Se te da bien besar.

—Bueno. —Con un brillo infantil en los ojos, inclinó la cabeza hacia un lado y me sonrió—. He estado practicando para ti.

—No te pases —le advertí dándole un manotazo en el pecho.

—Tomo nota —respondió con tono solemne.

—De hecho, no digas nada más —seguí diciendo inclinando la barbilla para llegar hasta la suya.

—Ya me callo, muñequita —me prometió momentos antes de volver a unir sus labios con los míos.

—Hum... Ya sé que lo acabo de decir, pero creo que merece la pena repetirlo —dije unos minutos después cuando me zafé de sus labios para coger algo de aire—. En serio... —Mis párpados aletearon cuando me pasó la lengua por encima de la clavícula—. Increíble.

—Sabes que te quiero. —Apretándome con su enorme cuerpo contra el colchón y moviendo sus labios contra los míos, declaró—: Para mí eres la única.

Sus palabras me excitaron, pero no tanto como sus acciones, porque llevaba toda la vida oyéndolo hablar, mientras que sentir lo que hacía era toda una novedad.

—Estás muy mojada.

—Lo sé —logré balbucear, casi sin aliento—. No pares.

—No, digo que estás muy mojada —reiteró echándose atrás y señalando mi ropa empapada—. Te vas a poner mala, muñequita. —Entonces la duda se reflejó en sus ojos y casi me pongo a gritar «nooo» cuando empezó a retroceder—. ¿Qué coño hago? Será mejor que...

—No te atrevas —le advertí luchando con él hasta tumbarlo de espaldas

y sonriendo victoriosa al ver que yo estaba encima—. No vas a irte.

—Iba a decir que será mejor que me aparte para que puedas ir a darte una ducha. —Soltó una risita debajo de mí y me dejó sujetarle las muñecas contra la cama—. Madre mía, estrangúlame ya de paso.

La verdad es que mi experiencia besando a chicos en habitaciones era nula, así que solo podría atribuir mi bravuconería a las comedias románticas que me había tragado durante años. Bueno, a eso y al hecho de que me sentía absurdamente cómoda con él.

Superorgullosa de los movimientos que de algún modo habría logrado manifestar en ese momento, me puse a horcajadas sobre Gerard sin un ápice de vergüenza o reserva.

Dios, es que no me reconocía.

—No quiero ducharme —repliqué apretándole con fuerza las muñecas—. Quiero seguir besándote. —Inclinándose sobre él, le di un buen morreo—. Y esta ropa solo va a desprenderse de mi cuerpo si eres tú el que me la quita.

Cuando colocó sus enormes manos en la zona de mis piernas donde la falda me rozaba los muslos, la anticipación hizo que me tensara por dentro.

Sus ojos ardían en llamas.

—Ah, ¿sí?

La deliciosa palpitación que se había instalado en la parte baja de mi vientre se avivaba cada vez que sus dedos bailaban bajo el dobladillo de mi falda.

«Hazlo», le rogaba mentalmente. «Tócame por todas partes».

—Joder, tengo miedo de romperlo —me sorprendió diciendo—. De destrozar lo que tenemos. —Movió la cabeza hacia los lados y lanzó un suspiro cargado de dolor antes de decir—: Podría quedarme en el banquillo el resto de mi vida y aun así no dejaría de estar nervioso.

Su confesión me envolvió el corazón como una cálida manta y me hizo estremecer. Porque esa era su verdad. Iba levantando el velo centímetro a

centímetro para que pudiera ver cómo pensaba.

—No deberías tener miedo de atacar, Gerard. —Alargué la mano y le acaricié la mejilla para reconfortarlo—. Yo prefiero vivir con errores a mis espaldas a permitir que el arrepentimiento me agriete el corazón.

—Es que es eso, Claire —insistió con gesto afligido—. No quiero ser un error ni un arrepentimiento para ti. —Se apoyó sobre los hombros y sus ojos refulgían sinceridad y calor—. Mierda, no quiero ni pensarlo.

—No vas a ser eso, Gerard —contesté sujetando su precioso rostro entre mis manos. En ese momento parecía tan vulnerable que me dolía. Quería aplacar su miedo. Quería espantar sus demonios. Los que llevaba dentro por haber sido testigo de la ruptura del matrimonio de sus padres—. Para mí nunca podrías ser ninguna de esas cosas.

—La semana pasada fue una puta mierda —admitió con tono rudo—. Pelearme contigo no me va nada bien para la cabeza. —Se tocó la sien para enfatizar sus palabras—. Cuando no estoy contigo, es como si me faltara un miembro. Me hace sentir mal, Claire.

—Ya lo sé, Gerard —repuse tratando desesperadamente de ignorar el temblor de fatalidad que crecía en mi interior—. A mí me pasa lo mismo.

—Por favor, no dejes que me lo cargue —suplicó con los ojos clavados en los míos—. No puedo perderte, Claire.

—Eso no va a pasar. —Me incliné sobre él, apoyé mi frente sobre la suya y, entre susurros, le dije—: No podrías perderme ni aunque quisieras, Gerard Gibson.

Un escalofrío recorrió su enorme cuerpo.

—Me alegro de oír eso, Claire Biggs.

—Estoy contigo a tope. —Le di un beso en la comisura de los labios y luego me eché hacia atrás para tomarle las medidas—. ¿Tú estás conmigo?

—Sí —replicó con voz grave y los ojos clavados en los míos—. Estoy contigo.

—No vuelvas a hacerlo, ¿vale? —Lo besé en la mejilla y me deleité en la

sensación que me provocaba notar su brazo a mi alrededor—. No me dejes.

—No lo haré —respondió en voz baja.

—Lo digo en serio. —Enrollé los dedos en la parte delantera de su camiseta y lancé un suspiro entrecortado—. Necesito que te quedes.

—Yo también necesito que te quedes —afirmó tirando de mí hacia el colchón—. Así que no dejes de necesitarme.

—Nunca —prometí—. Eres mi mejor amigo.

—Lo sé.

Puse los ojos en blanco.

—Se supone que tienes que decir lo mismo.

Sonrió.

—Pero ¿qué pasa con el capi?

Le levanté la mano, se la puse sobre mi pecho y dije:

—¿El capi te deja tocarle las tetas?

—Vale. —Asintiendo enérgicamente, me dio un beso en el cuello—. Tú eres mi amiga número uno.

Cerré los ojos y sonreí.

—Así me gusta.

Te has perdido al payaso

Claire

—Pero ¡bueno, chicos! —exclamó Shannon cuando irrumpimos en la cocina de la mansión, cargados de regalos, enfundados en vinilo y unas tres horas tarde—. Os habéis perdido toda la fiesta. Hace mucho rato que cortamos el pastel.

Sí, nos habíamos perdido la fiesta, y me sentía fatal al respecto, pero el recuerdo de los increíbles besos que Gerard me había dado en el cuello lo hacía todo más llevadero. No tenía ni idea de cuál era la situación entre nosotros. Yo nunca había estado tres horas enrollándome con un chico, pero él se comportaba de una forma bastante amistosa y no había dejado de mostrarse afectuoso, así que esperaba que fuéramos por el buen camino.

«¿El camino del novio y la novia?».

«¿Tal vez?».

«¿Con un poco de suerte?».

«Ay, jolines».

—¡Lo siento mucho, tía! —Dejé un montón de regalos sobre la mesa y me fui directa hacia la versión en miniatura de Joey—. Hola, Sean. —Me agaché frente a él, que tenía un aspecto adorable con su carísimo disfraz de conejo, le ajusté las largas y suaves orejas y sonréí—. Feliz cuarto cumpleaños, guapo.

Él me devolvió la sonrisa y juro que en mi vida había visto un conejo más mono.

—¿Sabes qué, ricura? —dije con un arrullo tocándole la punta de su chata nariz—. Creo que es posible que seas más mono que mis gatitos.

—Te has perdido al payaso.

—Qué va —intervino Tadhg desde la isla—. Se lo ha traído con ella.

—«Se lo ha traído con ella» —lo imitó Gerard fulminándolo con la mirada—. Si cerraras el pico...

—¡Dios mío, Shan! —Me levanté de un salto, contemplé el disfraz de mi mejor amiga y di un silbido de lo impresionada que estaba. Con su largo y vaporoso vestido blanco y sus alas de ángel, era clavada a la Julieta de Claire Danes—. Estás preciosa.

—Y tú tienes una pinta de capullo... —sentenció Gerard al ver a Johnny, que acababa de entrar en la cocina ataviado con el disfraz de armadura plateada que lucía Leo en su versión cinematográfica de Romeo.

—Dijo el tío del pantalón de cuero barato con los huevos sudados.

—Lo que tú digas, tío. —Sin inmutarse, Gerard continuó sonriéndole a su mejor amigo—. Al final de mi peli, yo me voy en un coche volador. Tú bebes veneno y te mueres. —Se encogió de hombros y prosiguió—: Veo un claro ganador.

—Sí —interrumpió Tadhg—. Yo. —Señaló su camiseta y sus pantalones de chándal antes de volver a posar su mirada de asco sobre Johnny y Gerard—. Vosotros dos parecéis idiotas.

Johnny dibujó una media sonrisa.

—Ya te lo recordaré dentro de un par de años.

—Eso —resopló Gerard—. Cuando tu chica te venga con disfraces de Halloween a juego y te ponga cara de cordero degollado.

Tadhg no respondió porque estaba demasiado ocupado mirando boquiabierto al chico que acababa de aparecer por la puerta de la cocina.

—Pero ¿qué te han hecho?

—No empieces, chaval —le advirtió el Joker, quiero decir, Joey, cuando entró en la cocina con el aspecto de malote más sexy que había visto en mi vida—. Coge tus bolsas y acabemos con esto. —Se echó hacia atrás el pelo, que llevaba teñido temporalmente de verde neón y cogió a Sean en brazos—. He dejado a Aoife y a AJ en casa de sus padres y le he dicho que volvería en una hora para llevarla a esa estúpida fiesta de los cojones, así que acabemos cuanto antes con la mierda esta del truco o trato.

—¿Crees que voy a ir contigo al truco o trato con esas pintas? —Tadhg lo miró horrorizado—. Ni de puta coña, prefiero cagarme en las manos y aplaudir.

—¡Tadhg! —le regañó Shannon—. Habla bien.

—Además, este año no voy a ir —anunció el señor Actitud pasando de lo que le decía su hermana—. Ya soy mayor para esas mierdas.

—Ya has oído a Shan. Habla bien, chaval —rugió Joey en un tono mucho más autoritario que el de su hermana; y, como buen cachorrito, Tadhg agachó la cabeza ante el alfa de su manada familiar.

«Buah, no veas».

«Igual la que ha tenido más suerte no ha sido Shannon».

«Igual ha sido Aoife».

—Ay, míralos a todos —dijo Edel con entusiasmo haciendo acto de presencia desde otra puerta con el hermano mayor de Shannon detrás—. ¿No son una preciosidad, Darren?

—Todos estáis increíbles —apuntó este con una sonrisa. Girándose hacia su hermano, añadió—: Qué elegante, Joe.

Joey lo ignoró por completó y recibió su cumplido con un silencio sepulcral.

«Qué incómodo».

Suspirando hondo, Darren lo intentó con su hermana.

—Estás muy guapa, Shan.

—Gracias, Dar —replicó dedicándole una sonrisilla—. ¿Vas a hacer algo

esta noche?

—No, me voy a quedar aquí con los chicos —repuso.

«No lo hagas», vi que decía Gerard con los labios detrás de ellos, consciente de lo que yo estaba a punto de decir.

—Puedes venir a la fiesta —solté, y luego empecé a reírme de forma nerviosa cuando vi las miradas horrorizadas de Johnny y Joey. Por su parte, Gerard se llevó una mano a la cara. «Ups»—. A ver, si te apetece te puedes pasar a echar unos buguibus.

¿«Buguibus»? ¿Es que tenía cuarenta años? Madre de Dios.

Afortunadamente, Ollie decidió salvarme entrando al trote en la cocina seguido de su sexy, a la par que santo, padre de acogida.

—Vaya, Ols —sonréí—. Qué elegancia.

—Soy abogado litigante —apuntó señalando su traje de diseño y las gafas de sol de su nariz. Hasta se había peinado el pelo hacia atrás como uno de esos abogados de empresa de las pelis—. Como mi padre.

Todo el mundo se quedó en silencio y yo contuve la respiración, porque no tenía la menor idea de qué responder a su inocente comentario.

¿Era bueno?

¿Era malo?

No lo sabía.

Lo único que pude hacer en ese momento fue mirar a Gerard con los ojos igual de desorbitados con los que él me miraba a mí.

—Bueno —dijo Edel rompiendo el silencio—. Todo el mundo a posar para la foto. —Parecía emocionada, pero lo disimuló bien con su tono de voz entusiasta y un gesto alegre—. Poned vuestra mejor sonrisa. Tú también, Darren, cariño. Esta la quiero colgar en la pared.

Dobla, dobla tanto espanto

Gibsie

La fiesta de Halloween y de dieciocho cumpleaños que Sinead Biggs le había organizado a su hijo resultó ser un éxito rotundo. Gente cuyos nombres yo no conocía se apelotonaba en su casa de tres plantas mientras el disc-jockey que había contratado pinchaba una mezcla de temas modernos y clásicos de Halloween. La bebida volaba, todos se lo pasaban teta y yo me estaba volviendo loco.

Más tenso que el culo de un pato, seguía a Claire de un lado a otro de la fiesta como si me hubiera puesto un collar y una correa en el cuello.

No sabía qué otra cosa podía hacer.

Tenía la cabeza hecha un lío desde el beso y, aunque a Claire no le costaba nada socializar, relacionarse y entretenérse a las masas, a mí nadie me había pasado ese manual de instrucciones.

¿La cogía de la mano? ¿Mejor que no?

¿Salía corriendo antes de joder nuestra amistad? ¿O era demasiado tarde para eso y lo que debía hacer era disculparme?

Sinceramente, no tenía ni idea.

Lo único que sabía era que, si la Víbora no dejaba de criticarme, iba a perder los papeles. Lizzie ya me había soltado media docena de comentarios hirientes, bien dirigidos a mí o para reírse a mi costa, y a mí se

me estaba empezando a agotar la paciencia.

—Pasa de ella —me aconsejó Johnny al cabo de un rato, tras reunirse conmigo fuera—. Te está buscando las cosquillas, tío. Que no las encuentre.

—Eso intento —dije dándole una calada al cigarrillo que le había gorroneado a Joey. A diferencia de él, yo era más bien fumador social y solo fumaba D, es decir, «de gratis»—. Pero es que me giro y ahí está.

Aún no había acabado la frase cuando Lizzie entró en el jardín trasero. En cuanto sus ojos se detuvieron en mí, lanzó un gruñido furioso.

—¿Por qué tienes que estar siempre allá donde voy?

—Podría preguntarte lo mismo —repuse crispado.

Johnny me puso una mano en el hombro para tranquilizarme.

—No pasa nada, Gibbs.

No era verdad. Pasaban muchas cosas y esa chica me hacía sentir todavía más desgraciado. Aun así, asentí con un gesto de la cabeza y me obligué a hacerle caso e ignorarla.

—A este claro que no le pasa nada —escupió Lizzie—. ¡Si es un puto traidor sin oficio ni beneficio!

—Basta —le advirtió Johnny cortándola enseguida—. Ya sé que eres una de las mejores amigas de Shannon, y de verdad que intento respetar esa relación, pero será mejor que no te pases ni un pelo, porque él es mi mejor amigo y no voy a dudar en ponerme de su parte.

Lizzie se nos quedó mirando con gesto airado durante un buen rato y luego dio media vuelta y se metió en la casa.

—¿De verdad te pondrías de mi parte? —pregunté sin hacer caso del portazo.

—Ya me he puesto de tu parte, Gibbs.

Vale, mierda.

—¿Sabes? Eres el hermano que nunca tuve.

—No te pongas cargante, Gibbs. —Se rio entre dientes—. No has bebido tanto, tío.

—Todavía —corregí con una sonrisa—. Joder, cómo me alegro de que tu abuela muriera cuando murió.

—Vaya, gracias, Gibs.

—Lo digo porque gracias a eso estás aquí —traté de explicar—. A saber qué habría sido de mí si no te hubieras mudado a Ballylaggin.

Varias horas más tarde, mientras movía el culo por la atestada cocina de los Biggs al ritmo de la mítica canción de *Los cazafantasmas*, llegué a la conclusión de que quizá Johnny tuviera razón al calificarme de borracho cargante. La verdad es que en ese momento me sentía como una carga.

—No —balbuceé brindando por mí mismo antes de engullir el séptimo chupito de gelatina de vodka con decoración de fantasma—. Que les den a todos.

—Cariño, frena un poco con los chupitos —señaló Mami Número 2 justo antes de hacer lo impensable: quitarme la bandeja de la mano—. Buen chico.

—¡Sinead! —gimoteé mirando la bandeja con melancolía—. He ayudado a hacerlos.

—Ciento, Gibs —concedió pellizcándose la mejilla con cariño—. Y ahora tienes que dejar que los demás te ayuden a bebértelos.

—Vale. —Resoplando, me desplomé contra la isla y me enfadé—. Arruíname la vida, claro que sí.

—Por qué no vas a ver qué hace Claire en vez de pasarte la noche aquí solo, ¿eh? —Apoyando una cadera contra la isla, me sonrió—. Estoy segura de que le encantaría bailar contigo.

—Aunque me encantaría bailar con tu hija, no sería una decisión muy sabia.

—Ah. —Sonrió con suficiencia—. ¿Y eso por qué?

—Porque podría sentirme tentado de hacer algo más que bailar con ella —respondí con tono solemne—. Podría dejarme seducir por la idea de

realizar el acto físico del amor.

—Te das cuenta de que estás hablando conmigo, ¿verdad, Gibbs? —Frunciendo el ceño, la progenitora de Claire alargó la mano y me tocó la frente—. Soy su madre.

—Sí, sí —asentí con gesto serio—. Reconocería tus tetas en cualquier parte. Gracias, por cierto. Por hacer a Claire. Hiciste un trabajo de primera. —Arrugué el entrecejo y añadí—: El mayor es más o menos pasable, pero la pequeña es perfecta.

—Ay, cariño. —Sinead suspiró con aire cansado—. Creo que ya va siendo hora de que la madre de alguien venga a recogerlo.

—Igual tienes razón. —Suspirando de forma dramática, birlé otro chupito de la bandeja confiscada y me lo bebí de golpe—. Mientras llega, voy a seguir bailando a una distancia segura de las tetas perfectas de tu hija. También quiero darte las gracias por ellas, por cierto.

Calabazas y puñetazos

Claire

Hugh y Patrick bebían, Pierce y Lizzie se peleaban, Katie y Aoife bailaban, Johnny y Shannon se daban el lote y Joey estaba fuera intentando espabilan a Gerard, así que yo era la candidata que más números tenía para obtener el título de la anfitriona más molona.

A decir verdad, era la única de mi grupo de amigos que estaba ayudando a repartir las bebidas y limpiar la porquería. Sabía que no tenía por qué hacerlo, pero me sabía mal por mamá, que había montado semejante despliegue.

Esa noche, papá había hecho una de sus escasas apariciones en la fiesta y milagrosamente había decidido quedarse. No estaba segura de quién estaba más sorprendido, si mamá, Hugh o yo, porque desde luego no era un hecho habitual. Supongo que no todos los días tu primogénito alcanzaba la mayoría de edad. Me alegraba que mamá y papá se hubieran tomado tantas molestias. Él incluso se había afeitado, algo que podía pasar meses sin hacer. Estaban sentados en el porche de atrás, compartiendo una botella de vino, de ahí que yo tomara su lugar como anfitriona.

El disc-jockey estaba haciendo tan buen trabajo entreteniendo a los invitados con «I Predict A Riot», de Kaiser Chiefs, que, sinceramente, no oí el jaleo procedente del vestíbulo. Fueron los propios invitados, que

empezaron a desaparecer uno tras otro de mi campo de visión, los que me alertaron del problema. El ruido de algo chocando contra la pared, tan alto como para que se escuchara por encima de la música, me hizo soltar la bolsa de basura y salir corriendo hacia la entrada.

Abriéndome paso a través de la inmensa multitud que se había formado en el pasillo, logré llegar hasta la puerta principal, donde ahogué un gemido de consternación al ver la carnicería que se estaba produciendo delante de mi casa.

Harley Quinn tenía inmovilizado al Joker contra un lateral del coche de mi hermano para evitar que se peleara, mientras Julieta lloraba cubriendose el rostro con las manos y Romeo intentaba consolarla. Al otro lado del vehículo, Gomez Addams cubría a Vivian Ward tras protegerla valientemente de recibir un botellazo, mientras Edward Lewis estaba sentado a horcajadas sobre un desconocido de capa oscura en la zona de césped. Para colmo, Morticia Addams había decidido que aquella era su gran oportunidad de estrangular a Danny Zuko, acción que Tío Fétido contemplaba con cara de idiota.

—¡Por Dios, chicos! —exclamé corriendo hacia aquella locura sin pensarla dos veces, como si toda revuelta causada por el exceso de alcohol necesitara un árbitro en forma de Sandra Dee.

La situación habría sido desternillante si no hubiera sido porque esa gente era mi gente.

—¿Quién coño te crees que eres viniendo aquí? —bramó mi hermano con un tono homicida que me hizo virar bruscamente hacia él.

«Primero los problemas más gordos».

—La Gardaí está de camino —gritó el señor Murphy dos puertas más abajo—. Vendrán con el furgón policial y se encargarán de vosotros como los sinvergüenzas que sois.

—Genial —gruñó Hugh todavía lanzando puñetazos en su lucha con el extraño que estaba en nuestro césped—. Diles que traigan dos, porque si me

meten en el mismo que este puto violador, ¡lo mato!

«¿Violador?».

«Ay, no».

«Ay, no, no, no, no...».

—¡Hugh! —Sadhbh Allen cruzó la calle como una bala seguida de Keith
—. ¡Sal de encima de él ahora mismo!

—¡Hugh, no! —gimoteó Katie tapándose la cara.

—No lo toques. —Lizzie salió rápidamente en defensa de mi hermano cuando Keith cogió a Hugh y lo arrancó del cuerpo de su hijo. «Demasiado rápido»—. ¡Quítale las putas manos de encima! —Sin dudarlo ni un segundo, se abalanzó sobre el padrastro de Gerard y arañó y golpeó hasta el último trozo de piel que estaba a su alcance—. ¡Suéltalo!

Una vez liberado y de nuevo en pie, Mark cargó contra mi hermano y tiró a los tres al suelo, Lizzie incluida.

En cuanto Mark cayó sobre Lizzie, ella empezó a gritar de la forma más espantosa y salvaje que yo jamás había oído.

—¡Sal de encima de ella! —rugió Gerard estableciendo una tregua temporal con su eterna némesis mientras se apresuraba a ayudarla.

Tras rechazar la mano que Gerard le había tendido, Lizzie consiguió escabullirse a gatas por debajo de los hombres mientras temblaba y lloraba sin control.

—Chisss, Liz —trató de consolarla Shannon poniéndose de rodillas y envolviéndola entre sus brazos—. Chisss, Liz, respira, ¿vale? Todo va bien. Estoy aquí contigo.

—Madre de Dios —dijo Patrick desabrochándose la chaqueta y dirigiéndose hacia las chicas, sin detenerse hasta que estuvo agachado frente a ellas con la prenda por encima de los temblorosos hombros de Lizzie.

—¿Has visto lo que has hecho? —bramó Hugh desviando de nuevo mi atención más allá de Johnny, que permanecía firmemente plantado entre las

dos partes, con Mark y Keith a un lado, y mi hermano al otro. Algo más alejada, cubriendose la boca con la mano, se encontraba Sadhbh, mientras que a Gerard no se lo veía por ningún lado.

—¿Qué demonios pasa aquí fuera? —preguntaron mamá y papá, que llegaron justo cuando yo me disponía a ir a buscarlos.

—Ay, gracias a Dios. —Sadhbh parecía al borde del llanto cuando vio a mi madre—. Haz algo, Sinead, por favor.

Mamá, que era una mujer muy juiciosa, observó la escena que tenía delante antes de centrarse en su hijo, uno de los culpables.

—Entra en casa, Hugh —ordenó en un tono que no dejaba margen para la discusión—. Ahora mismo.

—Pero...

—¡Ya has oído a tu madre! —lo interrumpió mi padre bramando como un loco.

Hugh se pasó una mano por el pelo con evidente frustración y se dispuso a decir algo... pero acabó cerrando sabiamente la boca. Con el pecho agitado, salió disparado entre nuestros padres y entró en casa sin girarse en ningún momento para echarle una última mirada asesina a los Allen.

A Hugh lo siguió unos instantes después Katie, que parecía asustada, y luego Shannon y Johnny, a quien mamá había encomendado la tarea de subir a Lizzie a mi cuarto.

Para cuando mamá había restaurado el orden, nuestros prudentes invitados habían entrado de nuevo en la casa por si se presentaba la policía, así que Patrick y yo éramos los únicos que quedábamos fuera con los adultos.

—Por Dios bendito, ¿qué ha pasado? —preguntó mamá con un tono de voz calmado—. Habéis pasado de estar bromeando y riéndoos a arrancaros la piel los unos a los otros. —Frunciendo el ceño, añadió—: Sé que Hugh no es ningún angelito, pero tampoco suele meterse en peleas a puñetazos.

—Es culpa mía —balbuceó Sadhbh al instante presionándose una mano

sobre el pecho mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Cuando me llamaste para decir que Gerard estaba bebiendo mucho, debería haber ido yo misma a recogerlo. —Sorbiéndose la nariz, continuó diciendo —: Pero envíe a Keith.

—Y él me envió a mí —farfulló Mark escupiendo un chorro de sangre y dándose unos toquecitos sobre el labio, que tenía partido—. Tienes suerte de caerme bien, Sinead —prosiguió—. Porque me siento tentado a presentar cargos.

Mi padre abrió la boca para responder, pero mamá le puso una mano en el brazo, haciéndole saber con ese simple gesto que ella era del todo capaz de lidiar con aquel hombre.

—Te lo agradezco, Mark —dijo mamá usando esa fuerza de voluntad sobrehumana y esa cortesía profesional que todas las enfermeras parecían poseer—. Y te aseguro que no vamos a dejar que se vaya de rositas.

Estaba bastante segura de que mi madre había tratado con más de un paciente de moral cuestionable en su trabajo, lo que la había preparado para gestionar escenarios como aquel.

«Como la escoria que tenía delante».

A mis padres no les gustaba Keith Allen y tenía la certeza de que papá odiaba a Mark con especial saña, pero ambos querían a Sadhbh y adoraban a Gerard.

Cuando hacía seis años todo se había ido al garete, mamá y papá habían tomado la decisión conjunta de apoyar lo que quedaba de la familia de Joe Gibson. Especialmente a Gerard, que era ahijado de mi padre. Habían recibido muchos palos a causa de esa decisión, sobre todo por parte de la familia Young, pero los dos se habían mantenido firmes y siempre habían estado presentes en la vida de Gerard.

Hablando de...

—¿Dónde está Gerard?

Al ver que ninguno de los adultos me respondía, ya que estaban muy

ocupados chupando culos y pidiendo treguas, miré a Patrick.

—Se fue calle abajo hace un rato.

—Ah, ¿sí?

«Ay, jolines».

—Venga. —Suspirando con aire exhausto, Patrick se metió la mano en el bolsillo y cogió sus llaves—. Estoy sobrio. Yo conduzco.

Ahogando las penas y los recuerdos

Gibsie

Aturdido, me senté en el rincón del salón del bar Biddies, con una pinta por estrenar y una tormenta desatada en mi interior.

Sin prestar ninguna atención a las celebraciones de Halloween que tenían lugar a mi alrededor, tamborileé los dedos contra la mesa y me puse a pensar en el siguiente paso. Ir corriendo hasta la ciudad no había sido mi decisión más sensata, pero me había visto en la necesidad de salir de aquella fiesta antes de que se me fuera la pinza. Antes de decir algo de lo que sin duda habría acabado arrepintiéndome. Las palabras que amenazaban con salir de mi boca conllevaban una restitución mayor de la que jamás habría podido ofrecer.

El caso es que mentiría si dijera que no estaba cansado de soportar el peso de mis secretos. El peso de la culpa. La verdad era que quería contárselo a alguien. No, la verdad era que quería contárselo a Claire. Pero no era capaz de encontrar la manera de abrir la caja de Pandora que llevaba tantos años protegiendo.

¿Adónde se suponía que debía ir?

A casa no, eso estaba claro, y tampoco podía ir a la de los Biggs. Porque sabía que ella estaría allí.

Odiar a Lizzie era difícil de cojones después de oírla llorar así.

De oírla emitir esos sonidos.

Porque eran unos sonidos que yo conocía bien.

Eran los sonidos que me atormentaban en mis pesadillas.

Incluso en mi sopor de borracho, sabía que nunca llegaría a la mansión de Johnny de una sola pieza. Si no me hubiera dejado las llaves en casa, podría haberme refugiado en la pastelería y pasar la noche allí.

—¿Qué pasa, encanto? —preguntó una voz que me resultaba vagamente familiar. Un momento después, una mujer llena de curvas vestida de Catwoman, con máscara de cuero y todo, se dejó caer junto a mí en el banco—. Parece que estás sopesando la idea de darte un baño de burbujas con vodka y una cuchilla.

—Pues a lo mejor.

—Venga ya, Gibbs —dijo con tono persuasivo dándome un codazo—. Seguro que no es para tanto.

«¿Gibbs?»

«Así que me conocía».

Esforzándose por salir de mi empanamiento, miré fijamente a esa mujer.

—Déjame decirte que estás muy sexy de Zuko, pero lo estarías aún más de Batman.

Vale, ya sabía quién era. Sus labios eran grandes y carnosos, y en más de una ocasión los había visto formando una O perfecta.

—¿Dee?

Su sonrisa se hizo más amplia.

—¿De verdad no me habías reconocido?

—No —balbuceé negando con la cabeza—. De verdad que no.

—Supongo que eso nos va muy bien, ¿no? —Se acercó y se sentó en mi regazo—. Que nadie sepa que somos nosotros.

—¿Nosotros? —Me sacudí la modorra—. No hay ningún nosotros.

—Eso ya lo veremos—ronroneó—. ¿Por qué no estás en la fiesta?

—¿En qué fiesta?

—En la de Hugh. —Me puso la mano en el muslo—. Era esta noche, ¿verdad?

El hecho de que supiera tanto sobre mi vida social debería haberme alarmado. Sin embargo, mi cabeza lo pasó por alto, porque iba demasiado mamado como para pensar en ello.

Cuando movió la mano demasiado arriba para mi gusto, protesté negando con la cabeza.

—¿Te importaría dejar de tocar su polla, por favor?

—¿«Su polla»? —Dee pestañeó confundida—. ¿No querrás decir «mi polla»? —Me tocó con la palma de la mano antes de acercarse y susurrar—: No parece que quieras que deje de tocártela.

—No, quiero decir «su polla» —aclaré retirándole la mano de mi entrepierna y poniéndome de lado para que su culo volviera al banco y saliera de mi regazo.

—¿La de quién?

—La de Claire —balbuceé antes de señalármela—. Y no te sientas halagada por esta cabrona insensata porque está ciega como un murciélago y no ve qué manos la tocan. —Me di una palmada en el pecho antes de decir—: Pero este de aquí sí.

—Entonces ¿eso es todo? —Su tono pasó de insinuante a acusador en un segundo—. ¿Me estás diciendo que no?

—Sí, Dee, eso es justo lo que te estoy diciendo. —Alcancé mi pinta y la deslicé hacia ella—. Pero aquí tienes una pinta por las molestias.

—¡Gerard! —exclamó Claire con un murmullo cuando, ya de madrugada, me desplomé sobre su cama después de tropezar con varios de los gatitos dormidos que estaban repartidos por el suelo de su habitación—. Has vuelto.

—He vuelto —confirmé sacándome la camiseta y tirándola junto a la cama.

—¿Dónde has estado?

—He ido a dar un paseo.

—¿Adónde? —preguntó sentándose—. Patrick y yo te hemos buscado por todas partes.

—Ya he vuelto.

—Pero ¿dónde has estado?

—En el Biddies.

—¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca —musité mientras peleaba por desprenderme de los pantalones—. Joder, son como otra capa de piel.

—Gerard. —Su tono estaba cargado de dolor—. Estaba muy preocupada.

«Ay, mierda».

Me quité los pantalones de cuero a patadas y me volví para mirarla.

—Perdona, muñequita. —Le acerqué una mano y le retiré un mechón de rizos rebeldes de la cara—. No quería preocuparte.

—No pasa nada. —Me cogió la mano entre las suyas y la llevó hasta su pecho—. Pero no vuelvas a hacerlo, ¿vale?

Asentí lentamente.

—Vale.

—Bien. —De rodillas, exhaló de forma entrecortada y se hundió contra mí—. Porque no creo que mi corazón pueda soportarlo.

—Ya. —En cuanto su frente tocó la mía, se me disparó el corazón; martilleaba en mi pecho con tanta fuerza y violencia que pensé que iba a explotar—. Conozco esa sensación. Oye, Claire...

—¿Hum?

—Mírame.

Cuando lo hizo, me vi sorprendido por los sentimientos que sus ojos marrones despertaron en mí.

—Hola.

Alargué la mano y le recorrió el labio inferior con el pulgar antes de pasar

a hacerlo con la boca.

Sus labios eran suaves, cálidos y acogedores, y calmaron algo que habitaba muy dentro de mí. Algo que no había tiempo ni terapia que pudiera arreglar o alcanzar.

Rodó sobre su espalda llevándome con ella, clavándose las uñas en la piel de los bíceps mientras yo la besaba con toda mi alma.

—Te quiero —suspiró contra mis labios mientras dejaba que sus piernas se abrieran para que yo me acomodara entre ellas—. Quiero todo de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Que quiero tu cuerpo dentro del mío.

«Madre de Dios».

Por primera vez en mi vida, yo también quería eso, y al darme cuenta me quedé aterrorizado.

—Esta noche no —repetí con voz rasgada—. Eso, al menos.

—¿No?

Moví la cabeza hacia los lados.

—No.

—Ah.

Parecía tan triste que me vi cuestionando mi propia cordura.

—Pero puedo hacer que te sientas bien. —Tracé un lento patrón de besos sobre su cuerpo hasta que mi cabeza quedó entre sus piernas—. Si túquieres.

—Claro. —Asintió con entusiasmo y se dejó caer sobre las almohadas—. Por supuesto que quiero, Gerard Gibson.

De vuelta al Tommen

Claire

El lunes, al volver a clase, estaba tan inmersa en mis sentimientos que creía que no habría forma de salvarme. Sentimientos felices, maravillosos, increíbles, de primer amor; sentimientos que me habían consumido hasta el punto de que me parecía estar flotando en el aire.

Vale que la fiesta de Hugh había implosionado el sábado por la noche y todos se habían visto envueltos en una enorme pelea, pero la mañana del domingo yo había despertado en los brazos de Gerard y luego los dos habíamos pasado el resto del día juntos. Me daba igual la descomunal cantidad de tiempo que habíamos dedicado a limpiar tras la fiesta y a recibir sermones de nuestras madres. Él no se había separado de mí en ningún momento y eso era lo único que me interesaba.

Sin embargo, al otro lado de la mesa, algo muy chungo le pasaba a mi hermano. Katie y él estaban cogidos de la mano, pero mientras que ella se reía de un comentario que habían hecho Patrick y Gerard, Hugh parecía dispuesto a estampar su cara contra la mesa.

En serio, apoyado sobre su codo, mi hermano se desplomó hacia delante y se quedó mirando su comida, que aún no había probado. Sabía que no tenía nada que ver con que le hubieran regañado por pelearse con Mark, porque el día anterior había estado bien. Su repentino cambio de humor era

algo nuevo y preocupante.

—¿Te han dado alguna mala noticia? —le pregunté alargando el brazo sobre la mesa para tirarle de la manga.

—¿Eh? —Parpadeando, me miró sobresaltado y ojiplático—. ¿Qué?

Debajo de los ojos, que parecían inyectados en sangre, se extendían unos medios círculos que contrastaban con su palidez, más acentuada de lo habitual.

«Ay, jolines».

Algo iba muy mal.

—¿Es por la tía Sarah? ¿Te ha escrito mamá? —El pánico me carcomía las tripas. Ese día, nuestra tía materna tenía cita en el hospital. Estaba en remisión de un cáncer de mama. Nuestra madre iba a llevarla a la revisión de los tres meses. De repente, me asaltó un horrible presentimiento—. ¿Le han dado malas noticias en el hospital?

—Sarah está genial —musitó volviendo a desplomarse sobre la mesa del comedor con la cabeza en la mano—. Mamá ha escrito esta mañana. Sigue fuera de peligro.

Me invadió el alivio.

—Entonces ¿qué pasa?

—Lleva así todo el día —explicó Katie con tono preocupado centrando su atención en mi hermano.

—Estoy genial —afirmó Hugh en voz baja—. Solo algo cansado.

—¿Seguro? —Le presionó el dorso de la mano que le quedaba libre sobre la frente—. Dios, Hugh, te está subiendo la temperatura.

—¿Estás enfermo, tío? —preguntó Johnny interesándose por su amigo.

—Joder, sí, capi —agregó Gerard tras levantarse de la silla y agarrar a mi hermano por el cuello de la camisa para tirar de él por encima de la mesa—. Está ardiendo de cojones.

—Deberías ir al despacho —propuso Patrick mirando a Hugh—. Hay una epidemia malísima por aquí.

—Ha dicho que está bien —farfulló Lizzie junto a mí—. Dejad el tema.

—Te puedo llevar a casa. —Johnny empujó la silla hacia atrás, se puso en pie y cogió las llaves—. ¿Quieres venir a dar una vuelta, Shan?

—Estoy genial, tíos —dijo mi hermano respirando de forma agitada mientras se tiraba de la corbata y se acomodaba en la silla—. Solo algo cansado.

—Está claro que no es así —insistió Katie haciéndole mimos como si fuera un niño pequeño.

—Tienes razón. —Claramente agobiado por la atención que estaba recibiendo, Hugh retiró con cariño la mano que su novia le había puesto en la cara y luego se levantó de la mesa—. Tengo que irme a casa. —Girándose hacia Johnny, añadió—: He traído el coche, capi. Me vuelvo con él, pero gracias.

—¿Estás seguro, tío?

—Sí, solo necesito tumbarme un rato.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Katie haciendo ademán de seguirlo.

—No, será mejor que no te acerques mucho a mí —balbuceó Hugh dedicándole una desganada sonrisa que no se reflejaba en sus ojos—. Podría ser contagioso.

Mientras se apresuraba a salir del comedor, Katie seguía con la intención de ir tras él.

—Es un bebé grande —soltó Gerard—. Madre mía, cómo se ha aprovechado de la situación. Nos ha tenido a todos preocupados por él.

—¿Por qué no nos haces un favor a todos y te callas, Thor? —espetó Lizzie fulminándolo con la mirada—. De verdad, si el mundo se acabara mañana, tú serías la cucaracha que sigue arrastrándose por ahí.

—No empieces a meterte conmigo, bruja —le advirtió Gerard con una mano levantada—. Tenemos un pacto, ¿recuerdas? —Era verdad. Johnny había establecido las reglas esa misma mañana en la sala comunitaria. Las

normas eran muy claras para los dos—. Si no podemos ser civilizados, nos callamos. Así que cállate, joder.

—Venga, chicos —suspiró Shannon—. Hoy no, ¿vale?

—Hoy no ¿qué? —repuso Lizzie—. ¿Que no me irrite su presencia? Porque, si es eso, Shan, lo siento, pero no va a poder ser. El simple hecho de que esté sobre la tierra y respire basta para ponerme de mal humor.

—Que te follen —gruñó Gerard apartando su silla hacia atrás y poniéndose en pie.

—¿Qué pasa, Thor? —se burló Lizzie—. Siempre tienes alguna réplica ingeniosa.

—Créeme, Liz, no quieres mi réplica —espetó antes de irse del comedor hecho un basilisco.

—¿Tenías que hacer eso? —pregunté dejando caer la cabeza entre las manos—. Estabais teniendo una buena mañana.

Y no mentía. Lizzie se había mostrado sorprendentemente animada esa mañana al llegar al instituto.

—Ya —coincidió sin reservas—. Hasta que apareció él.

—Lizzie —mascullé a modo de advertencia—. Tienes que acabar con esto.

—Lo haré —me aseguró reclinándose hacia atrás para cruzarse de brazos—. Cuando me muera.

—Vale, no me voy a quedar a oír estas mierdas —declaró Johnny poniéndose de pie—. Te veo luego, Shan —agregó dándole otro de sus increíbles besos en la parte superior de la cabeza antes de irse con su amigo.

—Sabes por qué se ha ido, ¿no? —solté—. Porque, si no lo hubiera hecho, habría acabado perdiendo la paciencia contigo.

—¿Crees que me importa lo que piense el Capitán Fantástico?

—Pues a mí sí que me importa lo que piensa Johnny —señaló Shannon con tranquilidad—. Y a ti te importa lo que yo pienso, así que dale una vuelta a eso antes de seguir hablando, Liz.

Para mi sorpresa, eso fue justo lo que hizo.

—Bueno, fue todo un fiestón, ¿eh? —solté con la esperanza de calmar las aguas una vez más—. Tuvimos mucha suerte de que los vecinos no llamaran a la Gardaí.

—Pobres de ellos... —Callándose de golpe, Lizzie dejó su manzana sobre la mesa con gesto calmado—. ¿Sabéis qué? —Retiró la silla y se levantó—. Creo que voy a tomar el aire.

—Muy bien —la alabó Shannon corriendo tras ella—. El aire fresco también ayuda.

—¿Qué le pasa a esta gente? —exclamé cuando me quedé sola en la mesa del comedor con Patrick como única compañía—. De verdad, todos están más raros cada día.

—Yo qué sé, quién sabe.

Patrick se encogió de hombros, desenvolvió su sándwich y procedió a vaciar todo el relleno antes de darle un pequeño mordisco a la corteza.

—¿No te gusta tu sándwich? —pregunté con interés.

—No como carne —fue su calmada respuesta.

—¿No? —Los ojos se me abrieron como platos—. ¿Desde cuándo?

—Desde que tenía cinco años y tuve que ayudar a mi padre a hacer pudín negro —contestó con gesto de asco—. Créeme, es un proceso del que no quieres conocer los detalles.

—Puaj.

—Exacto —convino mientras retiraba todo lo que acompañaba al pan, incluida la mantequilla, con un cuchillo de plástico—. No es la reacción más común para el hijo de un granjero, te lo puedo asegurar. —Hizo otra mueca y luego señaló todo el relleno sobrante que había dejado sobre el papel de aluminio—. De ahí los insistentes esfuerzos de mi madre para que sea normal.

—Ya, bueno, pero ¿quién quiere ser normal? —apunté ofreciéndole mi más cálida sonrisa—. Además, sé de buena tinta que lo raro es un efecto

secundario de lo épico.

Arqueó una ceja.

—Me parece una frase impresionante.

—Bah —dijo desestimando su cumplido mientras abría una lata de Fanta y la empujaba hacia él—. ¿Un trago?

—Nah, estoy bien, Baby Biggs. —Dejó ir una risita y sacudió la cabeza

—. Bueno, ¿y cómo va ese gran romance?

El calor me incendió el rostro.

—¿Te lo ha dicho Gerard?

—No ha hecho falta —contestó Patrick—. A pesar de sus acciones y de su falta de control, para él eres la única.

Mi corazón se llenó de calidez al oír sus palabras.

—¿En serio?

—En serio.

—Oye, gracias, Patrick.

—¿Por?

—Por la claridad.

—Sin problema.

—Hablando de grandes romances... —Moviendo las cejas, me acerqué hacia él—. He oído un jugoso rumor sobre ti en el insti.

Levantó las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Ajá —sonréí—. Dicen que has estado jugando a los médicos con una de las amigas de Aoife.

—¿Eso dicen?

—Sí.

—Hum.

Sin confirmarlo ni desmentirlo, cortó otro trozo de pan y se lo metió en la boca.

Buah, sería un jugador de cartas formidable.

—Claro, eso si no tienes a otra de tus muchas admiradoras esperándote.

Entonces sí que levantó una ceja.

—Venga ya, Patrick. —Solté una carcajada—. No te hagas el sorprendido. Eres un encanto.

Otro cínico movimiento de cejas.

—Casi todas las chicas de segundo de bachillerato están locas por ti.

—Ajá...

—¿Te da igual que las tías prácticamente se peleen por ti en los baños?

—Claire, no me interesa para nada ningún tipo de drama. Si eso significa que soy un solitario o un frígido, cargaré con esa etiqueta sin problema. Que piensen lo que quieran de mí. No me afecta.

—Vaya —musité—, ¿qué se siente al tener tanta seguridad en uno mismo?

—¿Por qué no te miras al espejo y le preguntas a la chica que te devuelve la mirada? —repuso con una sonrisa—. Porque desde donde yo estoy sentado, parece que esa chica conoce muy bien su valía.

—Hum. —Le sonreí mientras me dejaba llevar por la conversación y escuchaba sus comentarios sobre el mundo—. Se te dan bien las palabras —señalé—. Cuando las usas.

—Las uso —contestó—. Pero no todo el mundo las escucha.

—Oooh, qué profundo... ¡Vale, pausa para hacer pis! —Eché la silla hacia atrás, me puse en pie como un muelle y me fui hacia la puerta—. Vuelvo enseguida.

—Tómate tu tiempo. —Lo oí reírse detrás de mí—. Y no necesito tanta información.

Sonriendo para mis adentros, me fui dando saltitos por el pasillo hacia el baño de las chicas, haciendo una parada para gritarle «¡Iros a un hotel!» a la ridículamente atractiva pareja que se estaba comiendo la boca en la escalera.

—Métete en tus cosas —respondió Aoife sin molestarse en soltar a Joey

—. ¿Por dónde íbamos, semental?

Empujé la puerta y entré en el baño; luego, como me perdía un buen eco, fui zapateando por el suelo mientras disfrutaba el sonido de claqueo que hacían mis tacones sobre las baldosas.

—Hola, chicas —dije saludando con la mano a Helen y a Shelley antes de desaparecer en uno de los cubículos para ocuparme de unos asuntos.

Cuando salí a los pocos minutos, ambas seguían allí, inclinadas sobre los lavamanos con un móvil con cámara en la mano.

—¿Qué pasa? —pregunté uniéndome a ellas para lavarme las manos.

—¿Se lo quieras preguntar?

—¡Ay, Dios, claro que no! No se lo voy a preguntar.

—Bueno, alguien tiene que hacerlo.

—¿Qué pasa, chicas? —Sonréí—. ¿Preguntarme el qué?

Colocándose detrás de Helen, Shelley la empujó hacia delante y dijo:

—Helen quiere saber si lo de Gibbsie y tú es verdad.

—¿Lo de Gibbsie y yo?

—¿Estás con él?

La emoción borbotó en mi interior porque había esperado dieciséis largos años para responder esa pregunta.

—Sí. —Sonriendo, me agarré el pecho y fingí desmayarme—. Estoy con él de todas todas. —En lugar de sentirse entusiasmadas, que es lo que hubiera esperado de unas compañeras con las que compartía clase desde primero, se miraron entre ellas con los ojos como platos—. ¿Por qué? —dije con tono de sospecha cruzándome de brazos—. ¿Qué habéis oído?

—No es que lo hayamos oído —repuso Shelley nerviosa—. Es que lo hemos visto.

—¿Visto? —Miré sin comprender—. No os sigo.

—Enséñaselo, Helen.

—¿El qué? —pregunté al tiempo que me plantaban el teléfono delante de la cara—. ¿Qué es esto? —solté alternando la atención entre la una y la otra

—. ¿Qué estoy mirando...?

Mis palabras se apagaron y me quedé sin aliento cuando vi la imagen de la pantalla. Era borrosa, pero lo bastante nítida como para mostrar a Gerard en el rincón del Biddies en actitud comprometida con una chica vestida de Catwoman. El corazón se me paró en seco durante unos tres segundos antes de volver a la vida con una fuerza renovada.

—¿De dónde lo habéis sacado?

—Lo grabamos nosotras —admitió Shelley.

—¿Cuándo?

—La noche de Halloween.

«Ay, Dios».

«Ay, Dios».

«Dolor».

«Me arrastraba».

—Podría ser algo del todo inocente —se apresuró a decir Helen—. O sea, era casi la hora de cerrar y solo nos pasamos por el Biddies para tomar una copa, pero entonces llegó él y se sentó en el rincón.

—Y luego apareció ella.

—Estaba claro que ella era la que lo buscaba a él.

—Pero cuando nos fuimos seguían juntos.

Visitas a tumbas

Gibsie

Con los brazos relajados alrededor de las rodillas, estaba sentado mirando una lápida en la que se leía Gibson con grandes letras en negrita.

La hierba mojada me calaba los pantalones del uniforme escolar y se había asentado una fina llovizna, pero no moví ni un músculo. Solo miraba fijamente la lápida con la carta que ella me había escrito en la mano y el corazón en un puño.

—Papá, si me estás escuchando, me vendría muy bien tu ayuda —dije con la esperanza de que el viento llevara mi mensaje hasta la persona con la que más necesitaba comunicarme del universo. Si era ahí donde existía. ¿Quién coño iba a saberlo con certeza?

—Beth, esta es una conversación de hombre a hombre, así que tápate los oídos —le advertí mientras arrancaba una brizna de hierba—. Bueno, por fin he besado a Claire. Y ella me ha devuelto el beso, así que ya os vale a ti y a Pete por meteros tanto con mamá y Sinead cada vez que decían que íbamos a acabar juntos. —Sonréí con tristeza ante el recuerdo—. Porque quiero estar con ella, papá. —Suspiré enérgicamente—. La quiero de verdad y quiero decírselo, pero me da mucho miedo que se aleje de mí. —Avergonzado, bajé la cabeza—. Siento que algo no va bien dentro de mí. —Me atravesó un escalofrío—. Como si estuviera infectado.

Mientras deseaba con todas mis fuerzas que viniera un mandril de dibujos animados y me llevara al río para volver a hablar con mi padre, sorbí hacia dentro mis emociones y me enjugué una lágrima de la mejilla.

—No quiero seguir viviendo así, papá.

Porque era un desastre.

No conseguía que mi cuerpo, mi corazón y mi mente funcionaran en sintonía. Mis tres partes más predominantes libraban una guerra encarnizada entre ellas y cada una tiraba de mí en una dirección diferente.

Aun así, con independencia del camino que tomara, fuera el de mi cuerpo, el de mi corazón o el de mi mente, siempre acababa en su puerta.

Eso tenía que significar algo.

Tenía que ser una señal.

—¿Voy a estar bien, papá? —pregunté colocando una mano sobre las piedras que cubrían su tumba—. ¿Llegaré a superarlo?

—Perdón, no quería interrumpir —dijo una voz varonil detrás de mí que, al girar el cuello, vi que correspondía a Darren Lynch, cuya mano sostenía un ramo de flores.

—Oooh... —Volví a meterme la carta en el bolsillo y fingí que me desmayaba—. ¿Cómo sabías que las margaritas son mis preferidas?

—Siempre con tus ocurrencias.

—Ya nos tocará estar muertos —repuse gesticulando a nuestro alrededor

—. Más nos vale hacer chistes mientras estamos sobre el nivel del suelo.

—Es una forma de verlo —convino Darren con una reticente sonrisa.

—Bueno, ¿qué haces en mi zona, Darren Lynch? —musité poniéndome de pie—. Tu madre está enterrada en la otra punta del cementerio.

—En realidad he venido a traerle unas flores a Caoimhe Young —explicó moviendo el ramo a un lado y a otro—. Siempre lo hago cuando visito a mi madre. —Estudió mis rasgos unos segundos antes de añadir—: Era tu niñera, ¿no?

—¿Y qué? —Me encogí de hombros—. A todos nos hacía de niñera.

—¿Quieres venir conmigo a visitarla?

Entorné los ojos.

—¿Por qué?

—Porque son solo las dos y media de la tarde y estás sentado en un cementerio. Una de dos: o has hecho pellas sin pensar demasiado adónde ibas a ir o tienes una extraña y morbosa fascinación por estos sitios. —Alzó los hombros—. En cualquier caso, está claro que te sobra algo de tiempo, así que, ¿por qué no?

Ahí me había pillado.

—Sonaría mucho mejor si fuera lo segundo que has dicho —decidí responder mientras me dirigía hacia él para caminar a su lado—. Pero me olvidé de que mi madre estaba en casa.

—Error de novato —soltó con una risita.

—Lo dice el tío que nunca se ha saltado ni un día de instituto —repliqué con una carcajada—. Sé de buena tinta que en tus tiempos mozos eras un pieza de cuidado, Darren Lynch.

—Hum —musitó, y luego se detuvo unas lápidas más allá—. Es aquí.

No quería mirar, pero me obligué a leer el nombre YOUNG en unas letras similares a las del panteón de mi familia.

La ansiedad retumbaba en mi interior, haciéndome sentir mareado, porque no debería haber ido hasta ahí. Quería correr, esconderme, proteger mi piel como un reptil y alejarme de la constatación del que había sido el peor día de mi vida.

Porque mi peor día fue su último día.

—Era una buena amiga —afirmó Darren poniendo las flores sobre la tumba de Caoimhe—. En realidad era una buena persona en todos los sentidos.

—Ya.

—¿No estás de acuerdo?

Me entró el pánico cuando vi que Darren se percataba de mis reservas.

—No he dicho eso.

—No es lo que has dicho —repuso—. Más bien es lo que no has dicho.

Durante unos instantes, contuve la respiración y me pregunté si lo sabía. Pero entonces dijo:

—La forma en que murió hizo daño a la gente que quería, pero en ese momento ella no veía más allá de su dolor.

—Entonces ¿la crees? —Nervioso, me pasé la lengua por el labio inferior

—. ¿Crees que él le hizo algo así?

—Creo que algo pasó —respondió con cautela—. Y creo que él fue responsable de ese algo.

—Tú lo superaste cuando te pasó a ti —balbuceé cerrando los puños a los costados para ocultar mis temblores—. Si pudieras retroceder en el tiempo y tuvieras a Caoimhe frente a ti, ¿qué le dirías? ¿Qué consejo le darías?

—Si Caoimhe estuviera aquí, le diría que lo que le pasó no la define. —Darren me miró a los ojos—. Lo define a él. Él es el monstruo de la historia. La vergüenza está en su puerta. —Levantó la mano y se rascó la mandíbula antes de agregar—: Y le diría que nunca es demasiado tarde para contarla. —En sus ojos ardía la sinceridad—. Nunca.

—No habría ido a la cárcel aunque ella hubiera estado aquí para llevarlo a juicio —me oí susurrar—. Todos lo creían a él.

—Yo no.

—¿No?

—No —replicó Darren metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo—. Y, desde mi propia experiencia, puedo decir que vivir con un secreto que consume el alma de ese modo es un destino mucho peor que contarla y que la gente no se lo crea. —Dio un hondo suspiro y concluyó—: La gente adecuada escuchará y se lo creerá.

—Ahora tengo su edad, Darren —declaré con voz ahogada—. Tengo casi la misma edad que él tenía cuando le hizo eso y me responsabilizo de mis acciones. Entiendo la diferencia entre el bien y el mal, y nunca le haría eso

a nadie, así que, ¿por qué lo hizo él?

—Porque es malvado, Gibbs —añadió con gentileza—. Hay gente que es así.

—¿Qué te pasó en esa casa? —espeté—. ¿Crees que tiene algo que ver con que te hayas vuelto...?

—No puedes volverte gay ni decidir serlo, Gibbs. Naces gay —aseveró Darren cortándome, con una evidente capacidad psíquica para leerme la mente—. Que me violara otro hombre no fue un factor decisivo en mi preferencia sexual ni ha tenido nada que ver con mi orientación sexual, porque nací así.

—Ah.

—Pero es verdad que puede provocar rechazo físico y que se eviten las situaciones íntimas con una pareja.

—¿Incluso con mujeres?

—Los traumas no entienden de géneros —afirmó con calma—. Es algo instintivo.

—¿Como si estuviera en un rincón de tu mente?

—Exacto —concedió—. Es la forma en que el subconsciente alerta al cuerpo de que hay un peligro, incluso cuando puede que no haya ninguno.

—Vale. —Asentí lentamente, tratando de absorber todas sus palabras—. Está bien saberlo.

—¿Puedo darte mi número de teléfono?

Lo miré con cara de póquer.

—Tío, me halagas, pero a mí me van los chochos.

Darren sonrió.

—Tú cógelo —dijo sacándose una tarjeta de visita del abrigo—. Llama a ese número cuando estés listo.

—¡Espera! —le grité, pero él ya se estaba alejando—. ¿Cuando esté listo para qué?

No respondió.

¿Cómo has podido?

Claire

—Para, Cherub. —Llorando a lágrima viva contra la almohada, intenté no prestarle atención a la patita que me daba zarpazos en el pelo—. Por favor, intento autocompadecerme en paz. —Qué va. Perseguía mis rizos de forma implacable—. Tu ratón de goma está en el suelo. —Se me escapó un sollozo—. Juega con él y déjame el pelo.

Cherub no jugó con su ratón de goma, pero sí que se bajó de un salto de la cama cuando se abrió la puerta.

—Tengo que decirte algo —declaró Gerard con tono nervioso mientras irrumpía en mi cuarto con un sobre en la mano—. En realidad, te lo tengo que mostrar...

—No te preocupes —solté volviendo a plantar la cara contra la almohada—. Ya lo he oído y lo he visto.

—¿Qué?

No podía soportarlo.

De verdad que no.

De mi garganta salió un sollozo rasgado.

—¿Claire?

Al que siguió otro y luego otro más.

—Madre mía, ¿estás llorando?

El corazón volvió a explotarme en mil pedazos cuando se sentó en la cama y me retiró el pelo de la cara.

—¿Qué pasa, nena?

—¿Cómo has podido, Gerard? —logré balbucir, llorando tan fuerte que mi pecho se sacudía con violencia—. ¿C-cómo has p-podido?

—Te contestaría si supiera cuál es la pregunta —respondió con un tono cargado de pánico—. ¿Qué ha pasado?

—Tú has pasado, Gerard. —Dándole la espalda, rodé sobre un costado y me estrujé la almohada contra el pecho—. Tú has p-pasado.

—Vale, tienes que contármelo —medio exigió, medio suplicó mientras me acariciaba el brazo con cariño—. Porque no tengo ni idea de lo que está pasando, corazón.

Me sentía desolada y sin vida, pero de algún modo encontré la fuerza necesaria para escarbar entre las almohadas y sacar mi teléfono.

—Mira el mensaje de Helen.

Él cogió el aparato, lo desbloqueó rápidamente y se puso a realizar la tarea que le había encomendado. Supe que había visto la foto porque noté cómo su cuerpo se tensaba junto a mí.

—Por favor, n-no digas que no es l-lo que parece —dije entre grandes sollozos—. Porque está s-sentada encima de t-ti y te está tocando la p-pilila. Y luego tuviste la poca v-vergüenza de meterte en m-mi cama.

—Claire, no es lo que parece. —Su voz reflejaba una especie de urgencia dolorida—. Te lo juro.

—Te he d-dicho que n-no digas eso.

—No puedo no decirlo, Claire, porque es la verdad —intentó argumentar—. Lo juro por Dios, ¿vale? —Me senté y observé cómo iba de un lado a otro de la habitación—. Tienes que creerme.

—¡No te creo! —grité con crudeza.

Gerard se echó hacia atrás como si mis palabras lo hubieran golpeado físicamente.

—Tienes que creerme —dijo sofocado—. Tú sí, Claire. Tú tienes que creerme.

Solté otro agónico sollozo y me cubrí la cara con las manos.

—No, no, no, no hagas eso. —Se acercó a mí, se arrodilló junto a la cama y tomó mis manos entre las suyas—. Claire, no he hecho nada, ¿vale?

—Levantó una mano y me limpió las lágrimas con ella, pero salieron más —. No la he tocado.

—Quiero c-creerte.

—Pues hazlo —suplicó limpiándome las nuevas lágrimas—. Porque yo nunca te haría algo así.

—¿M-me lo juras? —Tratando desesperadamente de controlar la respiración, me llevé una mano al pecho para calmar la histeria que se estaba apoderando de mí—. ¿Me j-juras que nunca has estado c-con ella?

Asintiendo con vehemencia, abrió la boca para contestar, pero luego dudó.

—Te puedo jurar que esa noche no estuve con ella —dijo por fin.

Se me volvió a partir el corazón.

—¿Q-quién es?

Agachó la cabeza, pero no respondió.

—¿Q-quién es, Gerard? —Resoplé—. ¡¿Quién es C-catwoman?! Silencio.

—No te he engañado.

—¿Q-quién es?

—Claire, no significó nada, te lo juro.

—¡Gerard, ¿q-quién es?!

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué no?

—Porque no, ¿vale?

—Es evidente que s-significa algo para t-ti si te niegas a d-decirme su n-nombre.

—No significa nada para mí. ¿Vale, Claire? Nada en absoluto, joder. Eres la única chica que ha significado algo para mí.

—Entonces ¿por qué l-lo has hecho? —pregunté con tono de súplica—. ¿P-por qué has estado c-con otras chicas?

—No he estado con otras chicas.

—En el p-pasado sí.

—No sé. —Lanzó un gruñido cargado de dolor y dejó caer la cabeza hacia delante—. No sé qué cojones me pasa.

—Esto t-tiene que acabar.

—¿El qué?

—Nosotros.

—¿Nosotros? —El pánico centelleaba en sus ojos desorbitados—. ¿Qué quieres decir? ¿Lo nuestro tiene que acabar?

—Ya no puedo seguir.

—Claire, para. Por favor. No voy a volver a mirarla. Lo juro. —Se acercó a mí e intentó atraerme hacia su cuerpo para abrazarme. Yo me resistí, porque sabía que si no lo hacía ese podría ser mi fin. Cada día estaba más colada por ese chico y, si no pisaba el freno cuando había tantas señales de alarma a mi alrededor, estaba jodida. Porque el amor era peligroso. Salvaje. Se mostraba insensible hacia el corazón humano, y yo estaba decidida a protegerme de él—. Por favor, no hagas esto. Eres mi mejor amiga. Te necesito.

—Nunca más seré tu plan b.

—Jamás lo has sido.

—Sí, lo he sido, ¡y se acabó!

—Claire.

—¡Vete, Gerard!

—Estoy muy triste.

—No lo estés, has conseguido escaparte. Por los pelos.

—¡Liz!

—¿Qué? Es verdad.

—No pasa nada, Claire —me tranquilizó Shannon pasándome una mano sobre los rizos cuando ella y Lizzie fueron a mi casa un rato después para animarme. Bueno, Shannon había ido para animarme. Lizzie solo para soltarme un «te lo dije»—. Ya lo arreglaréis.

—Mejor que no —farfulló Lizzie reclinándose en la silla de mi escritorio

—. Es un perro.

—¡Liz!

—¿Qué? —Se encogió de hombros sin mostrar el menor arrepentimiento

—. Es la verdad.

—Oye, ¿cómo le va a Hugh? —dijo entonces Shannon—. ¿Se encuentra mejor?

—Lleva todo el día encerrado en su cuarto.

—¿Ha dicho lo que le pasa? —preguntó Lizzie.

—No —contesté—. Pero está totalmente fuera de sí, así que debe de ser bastante grave. Creo que mamá le ha pedido cita en el médico para esta semana, lo que no es muy normal cuando tu madre es enfermera. Si mamá no puede curarlo, hay que asustarse.

—Estará bien —se apresuró a tranquilizarme Shannon colocándome una mano en el antebrazo—. Serán paperas o algo por el estilo.

—Ay, jolín, por su bien, espero que no —repliqué sorbiéndome los mocos.

—¿Por qué?

—Porque las paperas pueden hacer que un hombre se quede estéril.

—¿¿¿Qué??? —Lizzie se recostó sobre los codos y me miró boquiabierta—. Por Dios santo, ¿dónde has oído eso?

—Se lo he oído decir a mi madre —expliqué sonándome la nariz—. Una asquerosidad.

—Pues hoy se ha sentado al lado de Johnny durante la comida —apuntó

Shannon mordiéndose el labio—. ¿Creéis que...?

—Oooh —exclamé riéndome y gimoteando a la vez—. Es muy cuqui que te preocunes así por los órganos reproductivos de tu novio...

—Johnny está genial —interrumpió Lizzie con un suspiro—. Porque Hugh no tiene paperas.

—Podría.

—No las tiene.

—Eso no lo sabes.

—Oye, igual mi hermano debería sentarse junto al tuyo, Shan —bromeé mientras me volvía a sonar la nariz—. Necesita que lo capen, como a Brian.

—Ese es el espíritu —me elogió Lizzie—. Hay que mantener el tipo, Baby Biggs.

58

3.00 a. m.

Claire

Se suponía que el tiempo lo curaba todo, pero habían pasado varias horas y yo aún sentía los puñales de la traición clavados en la espalda, sin que dieran ninguna señal de tregua. Mis emociones eran un torbellino y pasaba de pensar que había tomado una decisión terrible a reafirmarme en la idea de que había hecho bien en proteger a mi pobre y maltrecho corazón.

¿Era posible que me hubiera equivocado y estuviera exagerando? Por supuesto, pero mi corazón no era lo suficientemente sabio ni duro como para correr más riesgos. ¿Cómo iba a volver a ponerlo en el cuadrilátero frente al de Gerard si todas las veces anteriores lo había dejado fuera de combate?

Cuando se abrió la puerta de mi cuarto y vi entrar a Gerard poco después de las tres de la mañana, como dice la letra de mi canción preferida de Busted, ni siquiera me sorprendió. Solo me puso triste.

—¿Me haces un favor? —preguntó en la oscuridad. Tomándose mi silencio como una invitación a que siguiera hablando, preguntó—: ¿Quieres ir a dar un paseo conmigo?

—¿Un paseo? —dije sin reconocer mi propia voz de lo ronca que estaba.

—Por favor.

Noté la seriedad de su tono. Fue el único motivo por el que retiré las

sábanas y susurre:

—Vale.

—Gracias.

Cansada, me puse la bata y me calcé las zapatillas antes de dirigirme hacia la puerta.

—Solo por esta misma calle, ¿vale?

—Como tú quieras —convino siguiéndome.

—A ver —dije cuando salimos afuera y Gerard cerró la puerta detrás de nosotros—, ¿este paseo es para que tengamos una charla profunda y significativa o es de los que te ayudan a dejar atrás tus pesadillas?

Estábamos por lo menos a -2 grados y el cielo era prístino, un claro indicador de hielo y escarcha, pero era evidente que Gerard no se daba cuenta. Caminaba a mi lado en camiseta y pantalón de chándal, y aun así emanaba calor.

—Más bien es un paseo para decirte que la he cagado y no puedo dormir porque la culpa me está consumiendo.

Los pies me fallaron momentáneamente, pero me recuperé enseguida, desesperada por mantener la compostura.

—Entonces ¿es verdad que has estado con Catwoman?

—La noche del sábado pasado no —juró—. Estuve con ella, pero hace mucho mucho tiempo. —Alargó su mano hacia la mía y acabó retirándola en el último momento con un pesado suspiro—. Te prometo por lo más sagrado que no he mirado, y menos aún tocado, a ninguna otra chica desde la última Pascua.

—Vale. —Me metí las manos en los bolsillos de la bata para evitar que acabaran de congelarse—. Te creo.

—No lo hagas —me advirtió con la voz llena de emoción percatándose de que me echaba hacia atrás.

—Debo hacerlo —suspiré con voz quebrada—. Nunca superaré lo nuestro si no lo hago.

—No lo hagas —repitió clavándose sus ojos grises—. No dejes que acabe. —Tragó saliva con fuerza—. No superes lo nuestro.

—Gerard...

Levantó una mano y me pasó el pulgar sobre el labio inferior. No se detuvo hasta llegar a mi pelo e inclinar mi cara hacia la suya.

—No. —Temblando de la cabeza a los pies, alcé una mano entre los dos y con ella le tapé la boca—. No lo hagas si vas a echarte atrás de nuevo. —Expulsé aire de forma entrecortada y me recorrió el labio inferior con la lengua, saboreando mi alteración—. Porque de verdad pienso que mi corazón no podría soportarlo.

Sus ojos me miraban fijamente mientras se llevaba una mano a la boca y retiraba la mía.

—La primera vez ya iba en serio. —Tenía el pecho agitado de lo fuerte que respiraba—. La otra vez iba en serio. —Pasándose un poderoso brazo por la cintura, tiró de mi cuerpo hacia el suyo—. Y ahora también.

—Ger...

Sus labios se tragaron mis palabras cuando se posaron sobre los míos. Lo que había empezado como un suave beso se convirtió rápidamente en algo mucho más serio y profundo. Notaba su lengua batiéndose en duelo con la mía dentro de mi boca mientras recibía lentos y narcotizantes envites de placer.

—He sido poco hombre para ti —dijo rompiendo nuestro beso—. Ahora me doy cuenta. He tardado un tiempo y admito sin reservas que me he visto atrapado en mi mierdoso cerebro, pero por fin he visto la luz, Claire. —Su tono era emotivo, sus ojos destilaban urgencia—. Te veo, ¿vale? No es que antes no fuera así. Pero te escucho, nena. —Soltando un suspiro tembloroso, apoyó su cabeza contra la mía—. A partir de este momento, te seguiré allá donde vayas.

El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—¿Qué quieres decir?

—¡Que es tuyo! —exclamó con voz ronca—. Lo que sea que quieras de mí. Es tuyo, Claire.

—¿Lo dices en serio?

—Lo digo en serio —juró con un aspecto igual de paralizado que el mío—. Quiero ser tu novio y que tú seas mi novia.

—¡¿Sí?! —chillé temblando.

—Sin ninguna duda —aseveró asintiendo.

—Ahora tengo miedo —admití con el corazón a mil mientras lo miraba—. No quiero sufrir. —«No quiero que tú me hagas sufrir».

—No te culpo —respondió para mi sorpresa—. Sé que a veces te has llevado la peor impresión de mí, y eso es algo que no puedo cambiar, pero debes saber que nunca he tenido intención de hacerte sufrir.

—Lo entiendo, Gerard, de verdad.

—Gracias —declaró lanzando un suspiro de alivio—. Por ser la persona más comprensiva que he conocido jamás.

—Quiero estar contigo —me oí reconocer con la voz rasgada de las incontables lágrimas que había derramado—. Quiero todo eso que has dicho, pero no... —me interrumpí a mí misma y negué con la cabeza, indecisa acerca de cómo verbalizar mis pensamientos.

—No pasa nada —se apresuró a decir para tranquilizarme—. No hace falta que tomes ninguna decisión ahora mismo.

—¿No?

—Claro que no —confirmó sujetándome la barbilla entre los dedos y ofreciéndome una ligera sonrisa—. Podemos ir con los frenos puestos hasta que estés lista.

—Ah, ¿sí?

—Sí, muñequita.

En ese momento, cuando me cogió la mano, sentí que era distinto al resto de las veces.

Sentí que era más importante.

Sentí que me estaban viendo y mis sentimientos eran validados.

Sentí que pasaba una eternidad.

—Tú me has esperado —dijo apretándome la mano—. Ahora me toca a mí esperarte a ti.

Ya no puedo seguir cargando con esto

Gibsie

—Tenemos que hablar —fueron las primeras palabras que salieron de mi boca cuando me encontré a Hugh hundido en su cama a la mañana siguiente. Vestido con el uniforme escolar, vi el suyo tirado en el suelo de su cuarto y fruncí el ceño.

—¿No vas a ir al insti?

Se oyó un amortiguado «no» procedente de debajo del edredón.

—Pero hoy tenemos partido.

—La respuesta sigue siendo no.

—Hostia, así que estás enfermo de verdad. —Alcé las cejas—. Pensaba que ayer a la hora del almuerzo estabas fingiendo.

—No sé qué quieres, pero ¿puede esperar? —preguntó con voz ahogada bajando las sábanas lo suficiente como para mirarme—. Porque estoy bastante hecho polvo, tío.

—No. —Cerré la puerta tras de mí, entré en la habitación y me desplomé a los pies de su cama—. No puede.

Hugh volvió a taparse la cabeza con las sábanas y musitó:

—Me cago en mi vida.

—Le he pedido a tu hermana que sea mi novia —anuncié, decidido a sacármelo de encima cuanto antes—. Creo que a estas alturas es bastante

evidente que estoy enamorado de ella, Hugh. —Aclarándome la garganta, me rasqué la barbilla antes de añadir—: Voy muy en serio con esto, ¿vale? Voy en serio con ella.

Me había pasado la noche en vela dándoles vueltas a mis intensos pensamientos y a lo que iba a decirle a mi amigo más antiguo. Porque, por mucho que nos gustara pelearnos y gastarnos bromas, la situación era delicada y yo no quería joder nuestra amistad. Hugh Biggs significaba muchísimo para mí; no tanto como su hermana, pero madre mía. Necesitaba que aquello le pareciera bien. Necesitaba su aprobación. Necesitaba que supiera que había dejado de hacer el imbécil. Su hermana no era un juguete para mí y lo decía muy en serio.

Esperaba cierta violencia, casi la tenía prevista, pero al ver que Hugh no reaccionaba, empecé a preocuparme de verdad por esa aflicción que parecía estar pasándole factura.

—¿Me has oído, Hugh?

—Sí, Gibbs.

Hum. Arrugué las cejas con gesto de confusión.

—¿Y no quieres matarme?

—Tío, estoy demasiado jodido como para matarte.

—Madre de Dios. —Agarré las sábanas y las bajé para poder estudiarle la cara—. ¿Necesitas que te vea un médico?

—No, porque es culpa mía. —Moviendo la cabeza hacia los lados, se llevó una mano a la frente y luego preguntó—: ¿Qué ha dicho Claire cuando se lo has preguntado?

—Bueno, no me ha rechazado de inmediato, así que me lo tomo como una victoria en toda regla —afirmé con un suspiro—. Se está tomando un tiempo para pensarlo...

—Chica lista...

—Mucho —convine asintiendo.

—No le rompas el corazón, Gibbs.

El mío se puso a palpitar como un loco al oír su calmada petición.

—No lo haré.

—En serio. —Sus ojos marrones estaban clavados en los míos—. Si vas en serio, y de verdad espero que así sea, no la defraudes.

—Voy en serio —juré tragando con intensidad—. Y no pienso defraudarla, Hugh.

—Bien —masculló tumbándose de lado—. Porque ahora mismo no estoy en condiciones de matarte.

—Tomo nota. —Con una risita, me puse en pie y me dirigí hacia la puerta—. Que te mejores, tío.

—¡Ay, Dios! —chilló Claire cuando me choqué contra ella en el descansillo, entre rizos rubios y mejillas sonrosadas—. ¿Qué haces...?

Portándome lo mejor que pude, le sonréi cariñosamente y luego me aparté para que volviera corriendo a su cuarto envuelta en la toalla.

—Tú a lo tuyo, muñequita.

—Te has levantado temprano.

—Tenía una misión.

—Ah. —Con las mejillas aún sonrosadas, se detuvo en la puerta de su habitación contemplándome dubitativa—. Oye, ¿vas a ir en coche esta mañana al insti? —Se humedeció los labios y giró una muñeca hacia la puerta cerrada del cuarto de su hermano—. Porque no sé si Hugh va a ir...

—Estaré al otro lado de la calle cuando estés lista —dije sin dejarla terminar la frase—. Esperaré pacientemente, muñequita.

—Vale. —Una ligera sonrisa levantó sus labios hacia arriba, lo que me hizo saber que había captado el significado oculto de mis palabras—. Prometo no hacerte esperar demasiado.

Cuando crucé la calle para irme a casa, ya iba en estado de alerta máxima respecto a los posibles encontronazos que podía tener con el gilipollas del hijastro de mi madre. Sin embargo, encontrármelo en mi habitación no fue

algo que hubiera anticipado ni con lo que hubiera tenido que lidiar hacía mucho tiempo.

En cuanto mis ojos dieron con Mark Allen, que estaba sentado en mi cama, el vello de la nuca se puso en posición de firmes.

De inmediato, mi piel rompió a sudar de un modo húmedo y febril, y, si no fuera porque lo tenía a él delante, podría haber pensado que me había contagiado de lo que fuera que tuviera Hugh. «Pero ahí el enfermo no era yo».

—Sal de mi cuarto.

—Veo que sigues tan desordenado como siempre.

—He dicho que salgas de mi cuarto.

—No es así como se saluda a un hermano, Gibbs —respondió con tono despreocupado, completamente indiferente a la tensión que yo desprendía

—. ¿A estas alturas Sadhbh aún no te ha enseñado a tratar a la gente?

—Mira quién fue a hablar —repliqué desde el umbral de la puerta—. Tienes mucho morro para venir aquí, joder.

—¿Por qué dices eso, Gibbs?

Entrecerré los ojos.

—Lo sabes bien.

—No. —Negó con la cabeza, se puso en pie y se estiró—. No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Claro que sí —repuse sintiendo que todo mi cuerpo se ponía a temblar cuando vi que se me acercaba—. Sabes lo que hiciste.

—¿Y qué hice?

—Ya lo sabes —fue todo lo que conseguí decir, y odié con todas mis fuerzas lo minúscula que sonaba mi voz. Como si volviera a tener siete años. U ocho, o nueve, o diez o incluso once. Se me hizo un nudo en la garganta y tuve que hacer grandes esfuerzos por no acobardarme—. Lo sabes —dije con voz estrangulada y el pecho agitado—. Y ella también lo sabía.

—Te equivocas —afirmó tratando de jugar con mi mente—. Supongo que confundes las pesadillas con la realidad.

—No es verdad. —Moví la cabeza hacia los lados impulsado por todo tipo de sentimientos jodidos y de pánico—. No confundo nada porque sé lo que hiciste. —Tragué saliva con fuerza y me obligué a decir—: Me acuerdo.

—Ah, ¿sí? —Deteniéndose muy cerca de mí, se cruzó de brazos y sonrió con suficiencia—. Demuéstralolo.

Temblando de pies a cabeza, pasé junto a él y me dirigí hacia la cama.

—En realidad, puedo demostrarlo.

—¿Qué es eso, Gibbs? ¿Los garabatos ilegibles de un niño zopenco? —trató de provocarme cuando saqué la arrugada carta de debajo del colchón —. No me digas que un gilipollas analfabeto como tú escribía un diario. — Volvió a reírse antes de añadir—: Madre de Dios, lo hacías. ¡Escribías un diario como una niñita! —Sus facciones se llenaron de humor y crueldad, y me hicieron caer en una espiral que llevaba a una época de mi vida que no me atrevía a revisitar—. Parece que, pese a todos mis esfuerzos, no he conseguido hacerte un hombre.

—No, yo no. —Con manos temblorosas, desplegué la nota y la sostuve en medio de los dos—. Ella.

El parpadeo de sus ojos me indicó que lo había entendido, y entonces dio un paso hacia mí.

—¿Es la letra de Caoimhe?

—Joder, te aseguro que sí —le espeté temblando con violencia—. ¿Crees ya que puedo demostrarlo?

El pánico se reflejó en su mirada antes de envalentonarse.

—Si no se la has enseñado a nadie, y es evidente que no lo has hecho, es porque sabes que nadie te va a creer. —Entornó los ojos—. Nadie va a creerte tu verdad antes que la mía.

—Solo hay una verdad, Mark —declaré esforzándome por mantenerme

firme mientras señalaba la carta que tenía en la mano—. Y está escrita aquí.

Nos miramos durante un buen rato y luego dio un paso hacia mí, con la atención puesta en la carta.

—Ni se te ocurra —le advertí metiéndomela velozmente en el bolsillo—. Ya no tengo siete años, gilipollas.

—¿Por qué vuelves a sacar toda esa mierda? —preguntó tratando de cambiar el relato—. Debería haber quedado atrás, Gibbs. Lo pasado pasado está.

—Quizá para ti —logré decir—. Pero yo lo revivo cada día.

Puso los ojos en blanco como señalando que me estaba poniendo melodramático. Como si mis recuerdos y mi dolor y lo que hizo no me destrozaran todos los días.

—Quiero que te vayas —le hice saber.

—Eso no va a pasar —aseguró desdeñándome—. Me ha salido un trabajo por la zona y acabo de entregar el depósito de una casa para mi familia en la ciudad.

—Pues yo quiero que te largues de mi casa y de mi ciudad —le solté subiendo la apuesta—. Hoy. Esta misma mañana. Ahora mismo, hostia.

—¿O qué?

—O me chivo.

—¿«Te chivas»? —Se burló como si hiciera gracia—. Por Dios, ¿cuántos años tienes?

—Ahora tengo diecisiete —revelé—. Pero tenía siete cuando me violaste.

—No...

—¡Tenía siete años cuando me violaste por primera vez! —dije más alto negándome a seguir en silencio ni un segundo más por mi miedo a ese hombre—. ¡Tenía once años cuando por fin paraste! —Respiré de forma entrecortada, contemplé al monstruo que tenía delante mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas y balbuceé—: Me robaste cuatro años de mi vida y desde entonces he estado viviendo encerrado en mi mente todos los

putos días. Así que si no quieres arriesgarte a pasar los próximos diecisiete años entre rejas, ¡cógete un avión y no vuelvas jamás!

Ese es mi hombre

Claire

La noche anterior le había lanzado un órdago a Gerard, pero a duras penas iba a conseguir acabar las clases sin haber tirado antes la toalla.

¿A quién intentaba engañar?

No iba a hacerlo esperar.

Tenía el mismo autocontrol que un rodillo de amasar.

Cuando Gerard me llevó al instituto por la mañana, estuvo en modo superdulce y superadorable, y eso era un rollo porque no hacía más que dificultar que yo me mantuviera en guardia.

La mayoría de las personas erigían muros alrededor de su corazón para protegerse y, algunas de ellas, como Joey y Lizzie, poseían un talento inmenso a la hora de construirlos. Yo, por mi parte, estaba claro que me había quedado dormida el día en el que repartían esa habilidad, porque mis muros más altos llegaban a la altura de la rodilla y estaban hechos de ositos de gominola.

Cuando Shannon se reunió conmigo en las gradas que rodeaban el campo central de rugby del Tommen, yo estaba a punto de combustionar.

—Por Dios. —Se rio mirándome con ojos risueños—. Pareces Tigger de Winnie the Pooh. —Con una risita, preguntó—: ¿Cuántos caramelos te has comido hoy, Claire? Porque no dejas de dar botes.

—¡Ya lo sé! —chillé vibrando con una energía apenas contenida—. Te lo juro, Shan, si tuviera cola, la estaría meneando como una loca.

—Vaya. —Se rio mi mejor amiga sentándose a mi lado—. Sé que te gusta ver jugar a los chicos, Claire, pero nunca te habías mostrado tan emocionada por ninguno de sus partidos.

Tenía razón. Aunque era cierto que disfrutaba viéndolos jugar, no era ese el motivo de mi estado de agitación. De hecho, ya llevaban veinte minutos de la primera parte y no tenía ni idea de cómo iba el marcador.

Suponía que ganaban los nuestros, pero era más por tener a Johnny Kavanagh en el equipo que porque Claire Biggs estuviera concentrada.

—¿Ese es el chico nuevo del que hablaban los del equipo? —preguntó Shannon señalando al chaval que llevaba la camiseta con el dorsal número 10 de mi hermano.

—Ah, sí. —Arrugué la nariz en señal de desaprobación—. Es Damien.

—¿Lo conoces?

—Por desgracia. —Volteando los ojos hacia arriba, agregué—: Hoy juega como apertura.

Desvié la atención hacia Gerard justo cuando ganaba un saque de lateral, y no pude evitar ponerme en pie y animarlo como una *banshee*.

Mi amiga me miraba desde su asiento mientras yo daba botes como el conejito de Duracell hasta arriba de esteroides y gominolas de cola.

—Supongo que puedo dar por sentado que Gibbs y tú os habéis reconciliado.

Le devolví la sonrisa.

—Sí.

—Guay. —El alivio inundó sus grandes ojos azules y me sonrió—. Sabía que esa foto que te enviaron Helen y Shelley estaba sacada de contexto.

—Él jura que no pasó nada.

—Yo le creo —respondió mi mejor amiga sin vacilar ni un segundo—. Si dice que no pasó nada con Catwoman, esa es la verdad.

—¿Le crees?

—Por supuesto —contestó ella asintiendo con la cabeza—. Él no te haría eso, Claire. Gibbs no. Todo su mundo gira en torno a ti.

—De verdad te preocupas por él, ¿eh? —musitó sentándose de nuevo para cogerla del brazo—. Oooh, mi mejor amiga aprueba esta historia.

—Gibbs es de los buenos, Claire —insistió con tono sincero—. Vale que es un bromista y a veces dice lo que no debe, pero tiene un corazón más grande que la luna.

—La verdad es que sí —confirmé con un suspiro soñador.

—Nunca me he sentido segura al tratar con chicos ni con hombres —admitió Shannon frunciendo el ceño al hablar—. Por motivos evidentes.

Hice una mueca de dolor.

—Ya.

—Pero con Gibbs me siento segura —afirmó—. Además de Johnny, es el único chico en cuyas manos pondría mi vida sin dudarlo.

—Oooh... —El corazón se me encogió en el pecho—. Shan...

—Así que a Lizzie ni caso, ¿vale? —apuntó—. Escucha a tu corazón. —Con una sonrisa, dijo—: No te llevará por la dirección equivocada, te lo aseguro.

Mi corazón, como si supiera que hablaban de él, comenzó a latir violentamente.

—Anoche me pidió que fuera su novia.

Sus ojos azules se abrieron como platos.

—Ah, ¿sí?

Mordiéndome el labio, asentí emocionada.

—Sí.

—¿Y qué le has dicho?

—Que tenía miedo.

La mirada de Shannon se llenó de comprensión.

—Es normal, Claire —me tranquilizó apretándome la mano—. Dar el

siguiente paso en una relación puede dar mucho miedo.

—Pues sí.

—Pero también puede ser muy emocionante, liberador y catártico.

—Me dijo que me esperaría —expliqué sintiendo cómo la cara me ardía al recordarlo—. Todo el tiempo que necesitara hasta que estuviera lista.

—Pero ya estás lista, ¿verdad? —musitó sabiamente.

—Sí. —Exhalé de forma entrecortada y asentí con energía—. Estoy segura.

—Bueno, pues ahí lo tienes, Claire. —Mi amiga sonrió y señaló hacia el campo—. Ese es tu hombre.

—Tienes razón. —Me puse en pie y asentí para confirmarlo—. Ese es mi hombre.

¿Quién cojones es Damien?

Gibsie

Estaba concentrado a tope tras ser lanzado a más de un metro de altura para otro saque de lateral cuando oí al entrenador despoticando como un chiflado desde la banda.

Pese a la distracción, conseguí recuperar el balón en el aire y protegerlo con mi cuerpo frente al ataque rival mientras mis compañeros me bajaban al suelo.

—Con cuidado, chicos —bramó Danny echándose hacia atrás para dirigir al grupo desde la retaguardia—. ¿Estás bien, Gibbs?

—¡Sí!

Sacudí la cabeza e intenté volver a concentrarme en el *maul* en el que de repente me veía envuelto y pasarle el balón a nuestro medio melé, mientras otros veintinueve jugadores rugían y gritaban órdenes tanto entre ellos como a mí.

—¡Venga, venga, venga! —bramó Robbie Mac cuando logré zafarme de aquel amasijo de cuerpos con el balón bajo el brazo—. ¡Dale caña, Gibbs!

Madre mía, no estaba hecho para meterme esprints de ochenta metros en solitario, pero, sin nadie a quien entregarle el balón, no me quedó otra que seguir avanzando y darle un manotazo en la cara al impertinente ala del equipo contrario cuando intentó derribarme. Y es que, después de emplear

tanta energía, no iba a dejar que un cabrón larguirucho de sesenta kilos como ese me robara la gloria.

—¡Hazlo tú, Gibbs! —me animó Johnny volando por el campo para flanquearme por fuera—. ¡Ese ensayo es tuyo, tío!

Johnny tenía razón, era mi ensayo, pero cuando clavé el balón detrás de la línea blanca, no me uní a él ni al resto de nuestros compañeros para celebrarlo. Estaba demasiado distraído con la rubia a la que intentaban sacar del campo a la fuerza.

Me protegí los ojos del desenfocado sol para ver mejor a la chica vestida con el uniforme del Tommen a la que se estaban llevando.

—¿Claire?

—¡Gerard! —gritó agitando los brazos mientras luchaba por soltarse del entrenador, que intentaba sujetarla—. ¡Dios, hola! ¡Un ensayo increíble!

—Gracias —contesté demasiado cansado por el esprint a lo Michael Johnson como para correr hacia ella.

Con un tirón de tres pares de cojones y aún tratando de recuperar el aliento, me agarré el costado y estudié la escena que se desarrollaba frente a mí.

—No puedes entrar en el campo, Biggs —razonó el entrenador cogiéndola por los hombros—. Joder, nos estamos jugando el Escudo Escolar para Chicos.

—Ay, entrenador, no sea borde. Tardo solo un minuto. —Tras zafarse de él, se agachó hasta el suelo y le pasó por debajo de las piernas antes de echarse a correr a toda velocidad por el campo—. ¡Oye, Gerard, tengo que decirte una cosa!

—¡¿Ahora?! —gritó Johnny no muy emocionado con su intromisión en el campo.

—Sí —convino Feely frunciendo el ceño—, ¿no puedes esperar a que acabe el partido?

—No. —Negó con la cabeza y los rizos le bailaron alrededor de la cara

—. Tengo que decírselo ahora mismo. ¡Hey! —Sus palabras se vieron interrumpidas cuando nuestro número 10 suplente la detuvo en seco—. ¡Tú otra vez!

—El mismo —confirmó con tono serio—. Sal del campo, princesa.

—Damien, suéltame. Quiero hablar con Gerard.

«¿Quién cojones es Damien?».

—¿Te estás tomando alguna medicación especial o algo así? —preguntó nuestro número 10—. Por última vez, en este equipo no hay ningún Gerard.

—¡Claro que sí!

—¡Te digo que no!

—¡Buah, eres muy maleducado!

—¡Y tú estás muy loca!

La diversión que me provocaba su arbitrario comportamiento fue rápidamente sustituida por la ira que sentí al ver que uno de mis propios compañeros de equipo seguía bloqueándole el paso. Y, sin más, mis pies comenzaron a moverse.

—¡Oye, 10! —solté acercándome a toda leche—. Apártate de mi chica.

—¿Lo ves? Te dije que era real. Ese es Gerard —declaró Claire con aire engreído señalando hacia mí—. Mi novio.

—No, ese es Gibbsie —argumentó el idiota de Damien remarcando cada palabra—. De Gibson.

—Sí, bueno. —Claire puso los ojos en blanco—. De Gerard «Gibbsie» Gibson.

Mientras tanto, yo me había quedado atrapado unos diez segundos en el pasado, al tropezar con las palabras «mi novio» que habían salido de su boca.

—Hostia puta —dije con voz ahogada sintiendo cómo mi pecho se agitaba cuando el corazón decidió darse la vuelta y lanzarse contra la caja torácica—. ¿Lo dices en serio?

—¡Eso es lo que quería decirte! —Asintiendo con impaciencia, Claire

sobrepasó al número 10 y se dirigió hacia mí—. Siento muchísimo interrumpir el partido, pero no podía esperar.

—¡El partido me la pela! —grité yo a su vez cogiéndola en el aire cuando se abalanzó sobre mí—. ¡Has dicho que soy tu «novio»!

—Sí. —Sonriendo con picardía, me rodeó con los brazos y las piernas, y se inclinó hacia mí—. Eso es lo que he dicho.

—¿Y lo de esperar?

—Ya he esperado bastante —repuso acercándose aún más para rozar su nariz contra la mía—. Dieciséis años, para ser exactos. Pero que sepas, Gerard Gibson, que no quiero ser solo un rollo ni un capricho fugaz, así que si no puedes darme el cien por cien, tienes que decírmelo —me advirtió clavando sus ojos marrones en los míos—. Esta es tu última oportunidad para abandonar.

—Me apunto —me oí decirle, y nunca en mi vida había sentido un deseo tan grande como el que expresaban esas dos palabras—. Me apunto, Claire Biggs.

—Bien. —Sonrió—. Yo también.

Y entonces me besó en medio del campo, con todo el instituto mirando.
«Joder si me besó, la virgen...».

Pactos al salir de clase

Claire

Vale, las consecuencias de mi comportamiento impulsivo fueron las siguientes:

Toda una semana castigada a la hora del almuerzo por mi incapacidad para cumplir las normas del instituto. Ah, y el árbitro me había sacado mi primera tarjeta roja, lo que me resultó un poco extraño, teniendo en cuenta que lo único que había hecho había sido besar a Gerard, no participar en ningún placaje ilegal.

En cualquier caso, valió la pena.

Cuando por fin me dejaron irme del despacho, tras aguantar un sermón de veinte minutos tanto del entrenador como del señor Twomey sobre lo importante que era no subirse encima de los jugadores de rugby, Gerard me estaba esperando fuera. En cuanto mis ojos se detuvieron en él, recién duchado y con sus pantalones de chándal grises y una camiseta negra de manga larga que le conferían una presencia imponente, todas las palabras de advertencia que me había dirigido nuestro director se fueron a la porra.

Mi corazón fue resonando como un tambor durante todo el trayecto de camino a casa, porque sabía que ese chico lo había metido en un buen lío. En el equipo de música sonaba «Brown Eyed Girl», de Van Morrison, pero yo no oía ni una palabra por encima del atronador ruido de mi pulso.

Me había echado novio.

Sí, yo.

Y, mejor aún, ese novio era Gerard.

Cuando aparcó en la acera delante de la entrada de mi casa, no me pude contener y pasé a la acción. Incapaz de sobrellevar la frenética energía que zumbaba en mi interior, me desabroché el cinturón de seguridad, me arrastré sobre la consola de la caja de cambios y me puse a horcajadas sobre él.

—Dios, muñequita. —Gerard se rio entre dientes mientras buscaba bajo el asiento la palanca que permitía echarlo hacia atrás para que tuviéramos un poco más de espacio—. Sí que estás contenta.

—Muy contenta —asentí apoyando las manos sobre su amplio pecho—. Estoy como loca de contenta.

Deslizó su mano bajo el dobladillo de mi falda, rozándome con los dedos el muslo desnudo, y sentí que iba a desmayarme.

Porque deseaba a ese chico.

Más que a nada.

Más que a mi siguiente exhalación.

—Oye, ¿ese no es Mark? —Distraída ante la visión de Mark Allen cargando maletas en el maletero del Land Rover de su padre, me giré hacia los ojos de Gerard con emoción—. Ay, Dios, ¿se va?

—Ojalá.

—Sí...

Gerard no se molestó en mirar hacia Mark y se mantuvo totalmente centrado en mí.

—Te quiero, Claire. —Inhalando con fuerza, escudriñó mi cara durante un buen rato, con el pulgar rozándome la barbilla, antes de exhalar—. Te quiero mucho, novia mía.

—Oooh... —A punto de derretirme en su regazo, me incliné y le di un beso en los labios—. Yo también te quiero mucho, novio mío.

Cuando me enredó la mano en el pelo e intensificó el beso, entonces sí que me deshice sobre él. Era un beso increíble: lento, suave, profundo y estremecedoramente perfecto.

—¿Gerard? —dije sin aliento poco después al dejar de besarla.

—¿Hum? —contestó salpicándome la piel del cuello de unos espectaculares besos que me hacían encoger los dedos de los pies.

—Fuiste el primero en besarme.

—Mm-mmm...

—Y el primer chico que me tocó ahí.

—Mmm...

—Y el primer chico en pasarme la lengua por ahí.

—Mmm...

—Bueno, quiero... —Mis palabras se apagaron y solté un gemido cuando su lengua recorrió una zona particularmente sensible de mi cuello

—. Que seas el primero en todo.

En cuanto dije aquello, Gerard se quedó paralizado con los labios quietos sobre mi cuello.

—¿En todo?

Con una exhalación agitada, asentí.

—En todo.

—Solo para asegurarme de que estamos en la misma onda... —Gerard se echó hacia atrás y me miró—. Te refieres al sexo, ¿no? —Me observó con recelo—. Porque más de una vez he entendido mal y mi capacidad de leer entre líneas es casi tan alarmante como mi capacidad para leer en clase, muñequita.

—Sí, Gerard. —La cara me ardió de calor—. Me refiero al sexo.

—Vale.

Las cejas se le unieron mientras me estudiaba.

—Pero... eh... ¿a qué exactamente...?

—Por Dios, Gerard, ¡quiero que tú y yo practiquemos sexo! —solté

describiéndoselo de la forma menos sexy posible—. O sea, quiero que pongas tu escalera en mi árbol.

—¿En tu árbol?

Poniendo los ojos en blanco, le agarré la mano y la puse entre mis piernas.

—Ah, tu árbol —contestó ya iluminado por mi gesto—. Deberías haberlo llamado «arbusto», muñequita. No estoy familiarizado con eso de referirse a los coños como «árboles».

—Ugh, no. —Arrugué la nariz con asco—. «Arbusto» es un término repugnante.

—Ciento —convino—. Y está claro que tú no tienes arbusto.

—No. —Sonréí con orgullo—. Ventajas de usar las cuchillas de los bazares.

Pareció que se quedaba pensando en eso unos segundos hasta que por fin meneó la cabeza y dijo:

—Volvamos a lo del sexo.

—El sexo —concedí.

—¿Cuándo tenías pensado que... eh... pasara?

—Pues había pensado que... ¿ahora?

—¿Ahora? —Gerard pareció entrar un poco en pánico—. ¿Aquí en el coche?

—No, obviamente en el coche no —repuse con una risita nerviosa.

—Ah, vale. —Él también se rio con agitación—. Porque estaba pensando que el señor Murphy siempre sale a dar un paseo por las tardes y no me gustaría traumatizar a ese pobre hombre.

—Es verdad. —Forcé otra risita y eché un vistazo alrededor del coche antes de decir—: Pero... hum... ¿quizá ahora mismo en mi cuarto?

—¿En tu cuarto? —Desvió la atención hacia el coche de mi madre, que estaba allí aparcado—. ¿Con tu madre abajo en la cocina?

«Ay, jolines».

—¿Y en tu cuarto?

—Podríamos, pero entonces sería mi madre la que estaría abajo en la cocina.

—Jopeta —mascullé.

—Podríamos... —Gerard empezó a decir algo pero enseguida se puso a negar con la cabeza—. Nah, olvídaloo.

—¿Podríamos qué? —supliqué aferrándome al minúsculo destello de esperanza que me ofrecía como si me fuera la vida en ello—. ¿Qué? ¿Qué podríamos hacer, Gerard?

—Siempre podríamos ir a la casa del árbol —propuso, y luego me guiñó un ojo en lo que parecía un gesto de temor a mi posible reacción—. Pero evidentemente es una idea de mierda y ninguna chica querría que su primera vez fuera en la puta casa del árbol...

—¡Eres un genio! —exclamé con entusiasmo—. Es perfecto.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —Le sonreí—. Y me encantaría hacerlo contigo en la casa del árbol, Gerard Gibson, si aceptas la oferta.

—¿Sabes qué, Claire Biggs? —Se sentó erguido—. Creo que eso me gustaría.

—Pues decidido —respondí tendiéndole una mano—. Vamos a practicar sexo en la casa del árbol.

—Vale —aceptó Gerard estrechándose—. Pongámonos manos a la obra.

Las consecuencias de besar a chicos en las casas de los árboles

Claire

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunté cuando Gerard por fin tuvo a bien honrarme con su presencia veinte minutos más tarde de lo acordado.

Antes de salir del coche e irnos cada uno por su lado tras chocar los puños, habíamos dicho que nos encontraríamos en la casa del árbol treinta minutos después. Yo me había dado la ducha más rápida que había conocido la humanidad, me había exfoliado, depilado y acicalado hasta la perfección antes de subir la desvencijada escalera que había al fondo del jardín con dos minutos de antelación.

Los quince minutos que había estado escondida en la casita, sin que Gerard diera ninguna señal de vida, habían acabado poniéndome de los nervios y volviéndome un poco paranoica.

—Pensaba que habías cambiado de idea y te habías largado.

—No he cambiado de idea —dijo tirando una bolsa de deporte por la abertura de entrada antes de subir él detrás—. He ido a por suministros.

—¿Suministros?

—Condones, Claire.

—¡Ay, córcholis! —Abrí los ojos como platos y me tapé la boca con la

mano—. Se me había olvidado por completo.

—No te preocupes, estamos cubiertos.

—Eres el mejor.

—Pregunta. —Gerard se arrodilló en el suelo de nuestra casa del árbol, cogió la bolsa y abrió la cremallera con destreza—. ¿Has entrado por detrás?

—No. —Negué con la cabeza mientras observaba cómo sacaba un mullido edredón—. Mi madre está en la cocina y no quería arriesgarme a que me interrogara, así que me he escabullido por el lateral de la casa.

—Mierda, ¿por qué no se me habrá ocurrido? —murmuró centrado en su tarea mientras extendía el edredón y lo colocaba sobre el suelo de madera de la casa del árbol en la que jugamos durante la mayor parte de nuestra infancia. Luego sacó una manta. Era un poco más fina, pero se parecía sospechosamente a la que usaba mi madre cuando nos llevaba de pícnic.

—Me ha costado la vida que me dejaran irme.

—¿«Dejaran», en plural?

—Mi madre también estaba allí —explicó cogiéndose la parte de atrás de la camiseta con la mano—. Parecían dos leonas hambrientas, de verdad. —Se sacó la prenda por la cabeza con un solo movimiento—. Necesitaban saciar su ansia de cotilleos.

—¿Cotilleos? —balbuceé con la boca seca al ver su pecho desnudo.

Dios, era guapísimo.

—Sí. —Se sentó y se quitó las zapatillas de deporte; primero una y después la otra—. ¿Sabías algo de un baile de invierno?

—¿El Baile de Invierno del Tommen? —pregunté siguiendo su ejemplo y quitándome la camiseta con movimientos felinos.

—Ese. —Se despojó de los calcetines—. Al parecer, es el mes que viene, y debo asegurarme de pedir un ramillete de flores frescas, no «uno de esos de mentira». —Esto último lo dijo imitando la voz de una de nuestras madres con los ojos volteados—. Como si yo no supiera lo que tengo que

hacer.

—Voy a ir de amarillo —apunté con un suspiro soñador mientras me apretaba las manos contra el pecho—. Pero no de amarillo mostaza ni piña. Ugh, y desde luego ningún tipo de ocre. Piensa en un amarillo como el del vestido de Andie Anderson, de *Cómo perder a un chico en 10 días*.

—Está bien saberlo. —Se agarró la cinturilla del pantalón del chándal y se lo bajó por sus estrechas caderas—. Me aseguraré de decirle al florista que no me dé frutas ni condimentos.

Al verlo así me quedé sin aliento.

Era tan... grande y ancho y musculoso.

Tomando aire para mantener la calma, me bajé los shorts del pijama y me arrodillé sobre el edredón en ropa interior.

—Estoy nerviosa.

—Ya, yo también —convino metiéndose un preservativo en la cinturilla de los bóxers grises antes echarse el pelo hacia atrás con la mano—. Quién me iba a decir que había tantos tonos diferentes de amarillo.

—No, no es por el color del ramillete, Gerard. —Hice un gesto hacia él y luego otro hacia mí—. Estoy nerviosa por esto.

—Esto no tiene por qué pasar —contestó Gerard con tono jovial—. No pasa nada si prefieres esperar. —Se acercó, me puso las manos sobre los hombros y sonrió—. No tenemos por qué hacer nada hasta que estés lista.

—Pero es que ya estoy lista —confirmé clavando mis ojos en los suyos—. Es solo que... tengo miedo.

—Ya, y yo —admitió con tranquilidad.

Levanté las cejas.

—¿En serio?

—Sí —replicó asintiendo ligeramente con la cabeza—. ¿De qué tienes miedo?

—De que duela.

—Como yo.

—Ah, ¿sí? —Frunciendo el ceño, me erguí y le envolví los brazos alrededor del cuello. Cuando el calor que emanaba su cuerpo penetró en mi piel, sentí un escalofrío—. Pero a los chicos no les duele, ¿no?

Entonces algo centelleó en sus grises ojos, un extraño destello de vulnerabilidad que fue rápidamente reemplazado por su calidez habitual.

—Te quiero —dijo desplazando las manos hasta mi cintura—. Haré lo que quieras, ¿vale? Tú marca el ritmo, muñequita, que yo te sigo. —Apoyó la frente contra la mía y expulsó aire de forma entrecortada—. Pero lo de esperar iba en serio. Si solo quieres que nos acurruquemos, eso haremos...

—No. —Negué con la cabeza y atraje su enorme cuerpo hacia mí—. Quiero que entres en mí.

—Madre de Dios... —dejó ir otro trémulo suspiro—. ¿Estás segura?

—Nunca he estado más segura de nada en toda mi vida —me apresuré a decir para que no echara el freno. Porque estaba cansada de historias. Llevaba dieciséis años sentada en el asiento del copiloto de un coche parado y Gerard, que iba en el asiento del conductor, por fin había encontrado el acelerador. Eso lo era todo para mí. Él lo era todo para mí—. Quiero que esto pase, Gerard. —Luego me llevé las temblorosas manos a la espalda y me desabroché el sujetador antes de tirarlo a un lado—. Te quiero.

—Te quiero. —Me sujetó la barbilla y escudriñó con sus ojos cada centímetro de mi rostro antes de clavarlos en los míos—. Siempre te he querido.

Y luego me besó.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo mientras con sus labios arruinaba la posibilidad de que disfrutara con cualquier otro chico que le sucediera.

«Por favor, que no haya ninguno más».

«Solo lo quiero a él, Dios».

«Deja que me lo quede».

De manera instintiva, me tumbé lentamente atrayendo su enorme cuerpo hacia mí mientras él no dejaba de amarme con los labios. Lo único que nos

separaba era la tela de nuestra ropa interior, puesto que estábamos pegados el uno al otro, y me di cuenta de que notaba un picor que nunca había sabido que necesitara rascar con tanta desesperación. De hecho, no quería dejar de sentir su peso sobre mí, porque no recordaba haberme sentido así de completa jamás.

Y entonces empezamos a tocarnos. Fue más profundo. Más serio. Más duro. Más suave. Más amoroso. Más todo. Su forma, la sensación de tener su piel sobre la mía... Era demasiado. Era justo lo que llevaba esperando toda mi vida.

—Todo va bien —susurré poco después, una vez que habíamos desperdigado el resto de nuestra ropa interior por el suelo de la casa del árbol—. Quiero hacer esto. —El corazón me palpitó con nerviosa anticipación cuando se colocó entre mis muslos, con el condón enfundado en su impresionante escalera—. Estás temblando.

—Ya, bueno —espetó sofocado acercándose más para rozar sus labios contra los míos—. Es lo que tiene estar nervioso.

—¿Estás nervioso?

—Me siento como si transportara cristal con las manos, Claire. —Se echó hacia atrás para mirarme y en ese momento su cuerpo temblaba más que el mío—. Claro que estoy nervioso.

Entonces algo tiró de mi corazón, algo más profundo que el afecto, más fuerte que la amistad, más permanente que lo eterno, y me recliné sobre los codos.

—Te quiero. —Después de rozarle la rasposa mandíbula con la boca, acaricié su mejilla con la mía y le di otro beso en la comisura de los labios—. Quiero que seas tú.

—Yo siempre he querido que fueras solo tú —musitó mientras un temblor le atravesaba el cuerpo—. Lo haré tan suave como pueda.

—Hazlo. —Temblando de miedo, me aferré a sus hombros y lo besé con fuerza—. Pero despacio.

Con una exhalación entrecortada, Gerard se inclinó hacia delante, apoyó la frente contra la mía y empujó.

Y entonces lo tuve dentro, muy dentro de mí.

La sacudida inicial de dolor podría haberme llenado los ojos de lágrimas, pero logré contenerme, porque estaba demasiado extasiada como para preocuparme por eso. Y era por ese chico. Si tenía que sentir dolor, quería que fuera con él.

—¿Estás bien?

—Sí. —Asentí atravesada por el dolor y por la sensación de sus movimientos en mi interior, de la conexión que había establecido con él de una manera que no había experimentado jamás con ningún ser humano. Era sobrecogedor, terrorífico y bello, todo a la vez—. No pares.

Gerard evitaba que su peso cayera sobre mí apoyando el antebrazo en el suelo, a mi lado. La mano que le quedaba libre se deslizó de mi cara a mi muslo, acercándose, alineando nuestros cuerpos hasta que conectamos de la forma más básica y primaria que conoce el ser humano.

Él cerraba los ojos con fuerza, mientras que yo los tenía abiertos como platos, dispuesta a absorberlo todo, cada centímetro de él. Mis sentidos estaban exaltados. Por el olor a detergente del edredón que teníamos debajo, por el sabor salado que su piel dejó en mi garganta cuando deslicé mi lengua sobre él para saborearlo. Por el delicioso peso de sus caderas y por cómo aumentaba la presión cuando las balanceaba con más fuerza.

Los sentimientos me desbordaban. En ese momento me estaba ahogando en él. Era increíblemente abrumador. Como jugar a la lotería durante dieciséis años y, por fin, ganar. La euforia chocando contra la incertidumbre.

No sabría decir quién de los dos temblaba más. Pensé que tal vez nos sentíamos igual, porque Gerard parecía tan afectado por el momento como yo.

—¿Estás bien? —susurré envolviéndole la nuca con una mano. Parecía

estar sufriendo algún tipo de dolor físico, pero no dejaba de moverse dentro de mí con los ojos bien cerrados—. ¿Gerard?

—Sí. —Asintió sin abrir los ojos—. No dejes de hablar.

—¿De hablar?

—Tu voz. —Lanzó un angustioso gemido y enterró la cara en la curvatura de mi cuello; sus caderas no dejaron de moverse—. Necesito escuchar tu voz.

—¿Por qué?

—Porque necesito saber que eres tú la que me toca.

64

Perdiendo la virginidad y la conciencia

Gibsie

—Bueno. —Con el cuerpo rígido, me aferraba a la manta que nos cubría y miraba al techo. En serio, estaba tan tieso que parecía que iba camino del *rigor mortis*—. Ha sido diferente.

—Muy diferente —concedió Claire tumbada junto a mí también aferrada a la manta y mirando al techo.

—Oye, perdona por haberme descargado antes de que pudieras correrle —añadí—. Yo... eh... estaba sobreexcitado.

—Ah, no, no, he acabado —respondió al instante.

Alcé las cejas.

—¿Sí?

—Sí. —Hizo un gesto afirmativo con la cabeza todavía centrada en el techo—. Una vez antes que tú y otra después.

—Ah.

—¿No te has dado cuenta?

—No. He estado todo el rato acojonadísimo.

—Vaya. —Dejó escapar una trémula exhalación—. Bueno, pues sí, he acabado, así que... ¿buen trabajo?

—Ah, ¿gracias? —Me moví un poco, lo que hizo que nuestros hombros se rozaran—. Tú también has hecho un buen trabajo.

—Gracias —respondió—. Entonces... eh... ¿el condón ha estado todo el rato en la escalera? —Encogiéndose de hombros, agregó—: Ya sabes, por el tema del piercing.

—No sé. —Apreté la manta contra mí y sentí que me invadía una oleada de pánico—. Me da miedo comprobarlo.

—Ya —admitió Claire con el mismo tono de angustia—. A mí también.

—No te he hecho daño, ¿verdad? —Me obligué a ponerme de lado, hacia ella. Al fin y al cabo, mirarla a los ojos al hablar era lo mínimo que podía hacer, teniendo en cuenta lo que acababa de dejar que le hiciera a su cuerpo—. No ha estado tan mal, ¿a que no?

—¿Qué? No, claro que no me has hecho daño —repuso Claire haciendo lo mismo que yo y poniéndose de lado para mirarme. Tenía las mejillas sonrosadas y sus preciosos ojos marrones brillaban con fuerza—. Has estado genial.

—¿En serio?

—Genial. —Se le escapó un chillido agudo y se mordió el labio, todavía sonriendo de oreja a oreja—. Estoy ansiosa por hacerlo otra vez.

—Ah, ¿sí?

—¿Por qué te sorprende tanto? —se burló—. Estoy segura de que te lo han dicho cientos de veces.

—No.

—Pero tú... —Arrugó las cejas confundida—. Está claro que ya lo habías hecho antes.

—No.

—Espera. —Los ojos se le abrieron como platos—. ¿Tú también eras virgen?

Dudé antes de preguntar:

—¿Qué entiendes tú por «virgen»?

—En tu caso, significaría que nunca has metido la escalera en el árbol de otra chica —replicó con inocencia.

—Entonces sí. —Encogí los hombros—. O al menos lo era hasta hace media hora.

—¡Ay, Dios! —Se puso en pie a toda prisa y con ese movimiento se llevó la manta que nos cubría a los dos—. ¡No me lo puedo creer!

—¿Es algo malo?

—Gerard, es algo asombroso —dijo enrollada en la manta mientras se arrodillaba rápidamente y venía hacia mí.

—A pesar de las gilipolleces que digo, soy más ligón que hombre de acción —apunté.

—Tienes pensamientos sucios —bromeó—. Podrías escribir un libro.

—Si fuera capaz de escribir. —Resoplé—. Se me dan de miedo los mensajes sexuales. Pregúntales a los chicos. Tengo un don. —Le dediqué una sonrisa—. Joder, meto tantos detalles que podría ser el guionista de una peli porno. Pero... la cago con la ortografía y todos saben que he sido yo.

—¿La has reservado para mí? —preguntó pasando felizmente de mis caprichosos comentarios—. Tu virginidad, quiero decir. —Sus ojos brillaban de emoción mientras rebotaba de una rodilla a otra—. Ay, Dios, ya sé la respuesta, pero necesito oírtelo decir.

—Ya te lo he dicho, Claire, para mí solo existes tú.

—¡Aaah! —Se apretó las manos contra el pecho y me lanzó arrullos como si fuera uno de nuestros gatitos—. Sabía que ibas a decir eso, pero ha sonado alucinante.

—Oye, escucha —empecé a decir mientras me preparaba mentalmente para lo que estaba a punto de suceder—. ¿Sabes lo que me pasa con esa fobia tan chunga que tengo?

—¿La de la sangre? —Asintió con solemnidad—. Lo llevas fatal, ¿verdad?

—Ajá —repliqué con un hilillo de voz mientras la imagen me venía a la cabeza y me llevaba al borde del desmayo—. Sé que es una petición un poco rara, pero esperaba que me hicieras el favor de comprobarlo tú misma.

—¡Ah, que lo mire! —Sus ojos se abrieron como platos cuando procesó mis palabras—. ¿A mí o a ti? —preguntó, y luego comenzó a quitarse la manta del cuerpo.

—A los dos —repliqué justo antes de cerrar con fuerza los ojos.

—Vale, ¡ugh!

—¡¿Ugh?! —El corazón me martilleaba a mil por hora—. ¿Ese «ugh» es bueno o malo?

—Pues... las dos cosas.

—¿Las dos cosas?

—No te asustes, pero nos he manchado de sangre a ambos.

—Ay, madre de Dios. —El estómago me dio un vuelco—. ¿Es asqueroso? ¿Hay mucha? ¿Está encima de mí? Joder, la tengo encima, ¿verdad?

—No, claro que no es asqueroso. —Bufó con gesto ofendido—. Y, cálmate, que pareces un crío. No es más que la típica pérdida de sangre tras la rotura del himen.

—¿La rotura del himen? —creo que grité—. ¿Y eso qué cojones es?

—Gerard, sabes lo que es —dijo con una risita—. Ya has tenido la charla.

—Dios, nena, tienes que quitarme el condón —gimoteé a punto de perder el conocimiento—. Por favor, te lo suplico, porque si me haces mirar tu himen roto, que, por cierto, siento mucho haberme cargado, me voy a desmayar.

—¡Gerard!

—Lo digo en serio —mascullé con el pecho agitado—. Sé que estoy siendo un flojo y juro que te lo voy a compensar, Claire, pero si veo sangre me muero aquí mismo. ¡Me caigo redondo!

—Estás siendo ridículo —afirmó resoplando, pero cuando sentí sus dedos en mi polla, me destensé aliviado—. ¿Sabes? En las pelis son los hombres los que cuidan de las mujeres después del sexo —se quejó mientras enrollaba el condón hacia arriba para sacarlo—. No al revés.

—Esto no es una peli, muñequita —balbuceé—. Estamos en la casa del árbol del jardín trasero de tu madre en Ballylaggin.

—Vale, levanta las caderas —ordenó unos minutos después. Cuando hice lo que me decía, me puso los calzoncillos—. Cierra los ojos luego cuando te duches y todo irá bien.

—¿Y tú?

—Sí, Gerard, yo ya vuelvo a estar perfectamente. No seas crío.

Me arriesgué a echar un rápido vistazo y respiré aliviado cuando mis ojos se posaron sobre Claire, que se estaba poniendo los pantaloncitos del pijama.

—Perdona el drama. —La miré con ojos de cordero degollado—. Espero que aún me quieras.

—A ver, eres muy bobo. —Se deslizó la camiseta sobre el pecho y esbozó una sonrisa—. Pero sí, Gerard Gibson, aún te quiero.

—Gracias a Dios. —Ya más envalentonado, me levanté con la espalda encorvada para evitar darme con el techo y me acerqué a ella—. Mi heroína.

—¡Claire! ¡Gerard! —La voz de Sinead resonó desde el otro lado del jardín, seguida de la voz de mi propia madre, que gritó—: ¡A cenar!

—¡Ya vamos, mamá! —gritó a su vez Claire antes de volverse hacia mí—. Pobrecitas —declaró con una risita—. No tienen ni idea de lo que acabamos de hacer aquí arriba.

—Ya. —Empecé a reírme, pero recobré la sobriedad enseguida cuando mis ojos se detuvieron sobre el edredón blanco. Un edredón blanco que tenía una mancha de sangre rojo carmesí—. ¡Oh, no, no, no! —exclamé sintiendo que me desmayaba mientras me tambaleaba hacia atrás—. Tienes que alejarme de eso —le rogué, y, luego, como soy idiota perdido, me fui corriendo hasta la puerta, donde me golpeé la cabeza con la viga que había en el techo.

La voz de Claire pronunciando mi nombre fue lo último que oí antes de

que todo se fundiera a negro.

Armas homicidas y crímenes pasionales

Claire

—¡Gerard! —chillé al verlo caerse de morros en el suelo de la casa del árbol con un sonoro batacazo.

Nada.

—¿Estás muerto?

Silencio.

—¡Dios mío, te he matado! —gimoteé alzando las manos en el aire—. ¡Te he matado con mi himen! —Gritando como una *banshee*, cogí rápidamente el edredón manchado de sangre y lo lancé fuera de la casa del árbol—. ¡Lo siento mucho, Gerard! —sollocé mientras me apresuraba a bajar por la escalera—. ¡Voy a buscar ayuda!

Después de tropezar con el último peldaño de la escalera de tres metros, recogí la prueba de mi crimen pasional y corrí como alma que lleva el diablo gritando la palabra «ayuda» a todo pulmón.

—¿Claire? —Nuestras madres salieron disparadas de la casa—. Por Dios santo, ¿qué ha pasado?

—¡Mamá, lo he matado! —lloriqueé corriendo hacia sus brazos—. ¡He matado a Gerard!

—¿Qué ha pasado? —dijo Sadhbh muy agitada—. ¿Dónde está mi hijo, Claire?

—Está muerto. —Aún gimoteando sin consuelo, señalé detrás de mí—. En la casa del árbol.

—¿Qué? —repuso mamá en un tono de voz mucho más calmado que el que mostrábamos Sadhbh y yo—. ¿Qué ha pasado?

—¡Gerard! —En estado de pánico, Sadhbh rompió a correr tirando su taza de café al césped y se apresuró a subir las escaleras de la casa el árbol—. ¡Gerard, cariño, no pasa nada! ¡Mamá va de camino!

—¿Qué pasa? —preguntó papá haciendo acto de presencia en el patio—. Madre mía, te he oído gritar desde el ático.

—¡Papá, he matado a Gerard con mi himen! —gimoteé tirando el edredón manchado de sangre a sus pies—. ¡Esa es el arma homicida, se lo podéis decir a la Gardaí cuando vengan a detenerme!

—¡Está vivo! —oí que gritaba Sadhbh desde la casa del árbol; juro que casi me derrumbo sobre el césped del alivio que sentí.

—Ay, gracias a Dios —sollocé dejando caer la cabeza entre las manos—. Y gracias al Niño Jesús y a la Virgen María por cuidarnos.

—¡Peter! —gritó Sadhbh desde la casa del árbol—. Échame una mano con tu ahijado, ¿quieres?

—Claire. —Mamá movió la cabeza hacia los lados—. Ahora mismo no sé si llorar o matarte.

—¡Ya lo sé! —Hice una mueca—. Lo siento muchísimo, mamá.

—Vale, todos atrás —indicó mi padre unos minutos después mientras bajaba a mi novio de la casa del árbol cargándolo como un bombero—. Se va a poner bien. Ha sido un susto, eso es todo.

Padres heroicos y carga de bombero

Gibsie

Medio desmayado, mi cuerpo colgaba flácidamente sobre el hombro de Peter Biggs, consciente de que había muchas posibilidades de que me estuviera transportando hacia mi propia muerte, pero incapaz de salir huyendo. Ese hombre no solo era mi padrino, sino el padre de mi novia. La misma cuya virginidad llevaba restregada por toda la polla.

«No mires, tío».

«No mires».

—¿Vas a matarme, Pete?

—Todavía no lo he decidido, Gibs.

—Vale, bueno, pues si decides que sí, ¿puedes darme diez segundos de ventaja para escapar?

—Tendrás suerte si te doy cinco.

—Con cinco me apaño.

—Si tu padre estuviera vivo para ver esto, se frotaría las manos.

—¡Gerard! —gritó Claire cuando su padre me dejó en el suelo—. ¡Estás vivo! —Vino hacia mí, se puso de rodillas y me llenó la mejilla de besos—. Es un milagro... Ay, esa pobre cabecita. —Sus besos se reubicaron rápidamente en el enorme chichón que me había brotado en la frente—. Pobrecito mío.

La cara con la que nos miraban nuestras madres, plantadas de brazos cruzados la una al lado de la otra, me dejaba claro que iba a necesitar otro milagro para salir de ahí ilesa.

—Seguro que habrías preferido que te hubiera matado yo primero —murmuró Peter en voz baja antes de volver a entrar.

—Tira para dentro, Claire Biggs —ordenó Sinead antes de dirigirse con gesto airado hacia el interior de la casa.

—Ahora mismo, Gerard Gibson —añadió mamá antes de seguirla con la misma actitud.

«Buah, mierda».

—Antes que nada, ¿cómo te sientes, Gerard? —preguntó Sinead mientras me despegaba la bolsa de hielo de la frente y hacía una mueca—. Ay, cariño, esto necesita más hielo. Déjatela un rato más.

Ya, no lo dudaba. Casi me decapito a mí mismo con el techo de la casa del árbol y ahora lucía un bulto en forma de cuerno por mi imprudencia.

Aunque el hecho de que en ese momento pareciera uno de los peluches de unicornio de mi novia era perturbador, no me asustaba más que las dos mujeres que tenía delante.

—Bebe, Gerard —dijo mi compañera de fatigas. Tras recolocarme la manta que nuestras madres me habían puesto sobre los hombros después del rescate, Claire me presionó el vaso de 7 Up que yo sujetaba entre las manos contra los labios—. El azúcar va bien para las commociones.

—A ver, lumbрeras, ¿a cuál de los dos se le ocurrió que era buena idea quitaros la ropa y poneros a holgazanear por la casa del árbol en pleno mes de noviembre? —exigió saber mamá, con las manos en las caderas—. Venga. Empezad a cantar.

Señalé a Claire tan discretamente como pude al tiempo que ella hacía lo mismo, pero con menos discreción.

Me quedé boquiabierto.

—Fue idea tuya.

—No. —Claire tenía los ojos desorbitados—. Lo de la casa del árbol fue idea tuya.

—Vale —concedí—. Pero ¡lo de la escalera y el arbusto te lo comes tú!

—Ugh, Gerard, llámalo «árbol».

—«Árbol».

—¿«La escalera y el arbusto»? —inquirió Sinead.

—«Sexo» —balbucimos Claire y yo al unísono—. ¡Quiere decir «sexo»!

—Ay, Dios —gimoteó mamá cubriendose la cara con una mano—. Bueno, espero que usareis protección, ¡porque lo último que necesitan nuestras familias es otra catástrofe como la de Cherub y Brian!

—Usamos protección, Sadhbh —murmuró Claire—. Y los dos lo sentimos mucho. —Me dio un codazo en el costado antes de añadir—: ¿Verdad, Gerard?

—Ah, sí. —Asentí con solemnidad—. Los dos lo sentimos mucho y no volveremos a hacerlo.

—Nunca —agregó Claire asintiendo igual que yo como esos perros de los coches—. Lo prometemos.

—¿Creéis que nacimos ayer? —Sinead arqueó una ceja con incredulidad—. Volveréis a las andadas en cuanto nos demos la vuelta.

—Exacto —convino mamá—. ¿Sabéis cómo se sabe que un adolescente está mintiendo?

—Cuando mueve los labios —respondió Sinead por ella—. Lo cual nos lleva a la siguiente pregunta: qué se supone que debemos hacer con vosotros dos, ¿eh?

—Está claro que no se os puede dejar solos el uno con el otro.

—Lo que significa que se acabaron las fiestas de pijamas.

—Y ya os podéis ir olvidando de volver a poner un pie en esa casa del árbol.

—Bien dicho, Sadhbh. Por encima de mi cadáver.

—Y del mío, Sinead.

—Ay, Dios —mascullé agarrando la mano de Claire—. Parece que quieren que nos divorciemos.

—Bueno, eso no va a pasar nunca —replicó Claire apretándome la mano para reconfortarme—. Gerard y yo somos una pareja estable. No podréis separarnos.

—Eso —confirmé con un resoplido señalando a Claire—. Lo que ella ha dicho.

—Os voy a dar yo pareja estable —refunfuñó mamá dándome una colleja en la nuca—. Más te vale que hayas contenido a tus nadadores, Gerard Gibson, porque si nos hacéis abuelas antes de llegar a la mayoría de edad, te llevaré al mismo veterinario que a Brian para que te hagan una castración química.

Que se me degradara al cuarto de Hugh fue una decepción, pero el razonamiento de Sinead era incontestable. Para ser sincero, tenía suerte de que me dejaran volver a traspasar la puerta de entrada, así que el hecho de que me ofrecieran un sitio para dormir me parecía un milagro.

No dejaba de dar vueltas como un loco desquiciado y era incapaz de pegar ojo.

Pero esa noche no era por las pesadillas.

Sino porque estaba agitado.

Sabía que podía irme a casa si quería.

Mark se había ido. Me lo había dicho mi madre esa misma noche. Un imprevisto urgente en la familia de su mujer: esa era la mentira que le había contado a mamá y a Keith antes de escabullirse como la serpiente que era.

Una parte de mí estaba furiosa conmigo mismo por dejar que se marchara por segunda vez, pero una parte aún mayor se sentía tan tremadamente aliviada que hacía que todo fuera mucho menos doloroso.

Porque, al fin y al cabo, yo llevaba diez largos años cargando con aquella cruz, y había conseguido salir adelante como un auténtico campeón. Y

seguiría haciéndolo igual de bien una vez que ese monstruo estuviera en la otra punta del mundo.

A mi modo de ver, no hacía más que sacarle provecho a una situación nefasta. Lo peor ya había pasado y había sobrevivido.

Me había reconstruido desde abajo y prefería morir antes que dejar que ese cabrón me hundiera de nuevo. No volvería a dejar que me venciera. Había ganado la batalla contra mi versión infantil, pero desde luego no iba a dejar que ganara la guerra contra mi versión adulta.

La única forma de que todo empeorara, o de que realmente me venciera, era que la gente lo supiera. Esa era la cumbre que me veía incapaz de subir, y él lo sabía. Mi vergüenza constituía su fuente de poder sobre mí, algo que llevaba ocurriendo una década.

Al margen de su abrupta marcha, yo no estaba preparado para volver a mi cuarto. Saber que él había estado allí otra vez, tocando mis cosas, contaminando el aire... me lo ponía muy difícil.

Además, me sentía cómodo en casa de los Biggs. Siempre había sido así. Era mi hogar lejos del hogar y la chica que dormía en la habitación contigua a la que me encontraba hacía que marcharme fuera imposible.

Salí de mi cama provisional y crucé la habitación a toda velocidad, pero cometí un error de novato: poner un pie sobre el suelo del descansillo de la escalera, que siempre crujía al pisarlo. En cuestión de segundos, la matriarca de la casa se levantó y salió a patrullar por el pasillo.

—Vuélvete a la cama, jovencito.

Como un delincuente pillado *in fraganti*, levanté la mano y me quedé paralizado en el primer escalón de las escaleras.

—Iba a beber algo, lo juro.

Con gesto de aprobación, Sinead me hizo una señal para que continuara.

—Nada de paradas técnicas al volver. Directo a la cama, ¿me oyes?

—Vale.

—Va en serio, Gibbs. Me enteraré.

«Ay, Virgen santa».

Al bajar el último escalón, recogí a un errante Dick.

—¿Cómo está mi chico? —dije con un arrullo acurrucándolo contra mi pecho—. Dios, hasta hueles como ella —musité tras darle un beso en la cabeza de camino a la cocina—. Podría comerte.

Cuando encendí la luz de la cocina y la estancia quedó bañada de un mortecino tono amarillento, casi se me cae el gato del susto.

—¡Madre de Dios!

Hugh estaba desplomado sobre la mesa de la cocina con los codos sobre la superficie y la cabeza entre las manos.

—¿De dónde coño has salido? —susurré casi gritando—. Pensaba que te habías ido, tu cama estaba vacía. —Frunciendo el ceño, pregunté—: ¿Dónde has estado, tío?

—Por ahí.

—¿Estás bien?

—Genial.

—Hugh, estás sentado en la cocina a las tres de la mañana con cara de entierro. —Empecé a preocuparme—. Es evidente que no estás bien, tío.

—Acabo de... —Interrumpiendo sus propias palabras, mi amigo lanzó una exhalación y movió la cabeza hacia los lados—. No pasa nada. Lo arreglaré.

—¿Arreglar el qué?

Silencio.

—¿Arreglar el qué? —repetí sentándome a la mesa.

—Tengo un problema, Gibbs —musitó con la cabeza gacha.

—¿Un problema? —Dejé a Dick en el suelo de la cocina y le presté toda mi atención al más antiguo de mis amigos—. ¿Qué clase de problema, tío?

—De los malos.

—¿Como el de Joey Lynch? —inquirí, sintiéndome mal por haber pensado inmediatamente en Lynchy—. ¿Es de drogas?

—No, Gibbs, no es de drogas.

—Entonces ¿qué pasa, tío?

Al ver que no respondía, me puse en pie y me cambié a la silla que había junto a la suya.

—Hugh. —Le puse una mano sobre el hombro—. Habla conmigo.

—No puedo.

—Venga, tío, que soy yo. —Le di un apretón en el hombro—. Puedes contármelo todo.

Cuando se disponía a contestar, hizo una pausa y volvió a dejar caer la cabeza entre las manos.

—A la mierda, da igual, tío.

—Está claro que no da igual.

—No puedo hablar de ello —admitió con aspecto de estar destrozado—. Ni siquiera puedo pensar sobre ello.

Sin decir ni una palabra más, salió de la cocina y me dejó con un montón de preguntas sin responder y un gato como única compañía.

Una lengua viperina en la sala comunitaria

Claire

Habían pasado siete semanas completas desde que la escalera de Gerard había hecho su viaje inaugural a mi árbol, y nos manteníamos fuertes. Más que fuertes. Éramos de titanio.

Nuestras madres se habían convertido en un par de ninjas empeñadas en frustrar todos y cada uno de nuestros desenfrenados planes adolescentes, pero, como dice el refrán, querer es poder, y Gerard y yo habíamos encontrado diferentes maneras de estar juntos.

¿Lo mejor de todo? La Madre Naturaleza llevaba visitándome puntualmente los últimos cuatro años según el calendario que habíamos pactado. Cada veintiocho días y durante un periodo de cinco, se dejaba caer para hacerme saber que mis huevos eran capaces de generar vida.

Su primera visita tras el momento íntimo con Gerard fue la más bienvenida de todas, porque confirmaba que su escalera no había agujereado nuestra protección. La segunda sirvió para refrendar que era posible estar en misa y a la vez repicando. No es que no quisiera tener niños con Gerard. Sí que quería. Pero esperaba que llegaran muchos años después.

Ese día era miércoles e íbamos a hacer las últimas pruebas de vestuario para el baile de invierno del viernes por la noche.

Aunque técnicamente era un día lectivo, la ligera capa de nieve que cubría el exterior significaba que el instituto había enviado un mensaje a todos los padres para informarles de que, debido a las condiciones adversas de las carreteras, la asistencia a clase era opcional. Por supuesto, en cuanto nos enteramos de la buena noticia, Gerard y yo optamos por pasar el día en la mansión, haciendo muñecos de nieve y tirándonos bolas con nuestros mejores amigos.

Me encantaba cuando nevaba, y más si era en diciembre. Me llenaba de sensaciones cálidas y festivas, y saber que las vacaciones de Navidad estaban al caer y que iba a pasárlas como novia de Gerard... bueno, eso me hacía alcanzar nuevas cotas de buen humor.

—Nunca me pide nada cuando estamos en plan íntimo —le dije a mi amiga mientras nos probábamos los vestidos por última vez—. ¿Es normal?

—No lo sé —replicó Shannon girándose para echarle un vistazo a la espalda de su vestido en el espejo de cuerpo entero. Estábamos en el codiciado despacho/vestidor de Edel Kavanagh, rodeadas de ropa de marca y esperando a que volviera con una cinta métrica—. No soy la persona más adecuada para responder eso. Seguramente Lizzie te aconsejaría mucho mejor que yo, Claire.

—Lizzie preferiría arrancarse la cabellera y ofrecérsela en sacrificio al mismísimo diablo antes que ayudarme con mi relación.

Desde que Gerard y yo habíamos hecho público nuestro amor, mi amistad con Lizzie se había enfriado hasta el punto de que parecía que había un iceberg entre nosotras. Ya apenas me hablaba en el instituto, no se sentaba conmigo en clase, no quedábamos casi nunca y, si Shannon no estaba presente, me ignoraba por completo.

Mentiría si dijera que no me dolía, pero mentiría aún más si dijera que no merecía la pena pasar por todo aquello por Gerard. Porque sí merecía la

pena. De una forma espectacular.

—Cuando estás con Johnny, ¿hay algo que disfrute especialmente que le hagas?

—¡Claire!

—¿Qué? —Resoplé—. Eres mi mejor amiga y se supone que las mejores amigas comparten su sabiduría entre ellas.

—¿Y si Edel lo oye?

—Imposible, porque todavía no ha vuelto con la cinta, así que empieza a largar, Lynch.

—Vale. —Shannon se quedó pensativa durante un buen rato antes de decir—: Le gustan mucho los besos en el cuello.

—¿Los besos en el cuello?

—Ajá.

—Creo que Claire esperaba algo relacionado con su paquete, Shan. —Aoife se echó a reír mientras salía de detrás de la cortina de su cambiador con su vestido—. Buah, lo voy a petar con este look de madre buenorra —dijo mirándose con aprobación en el espejo mientras se ajustaba sus gigantescas tetas—. Ya sé que se supone que las señoritas deben ser modestas y tal, pero, sinceramente, chicas, si fuera un pastel, me comería a mí misma. —Entre carcajadas, añadió—: Y, afrontémoslo, no soy ninguna señorita.

—Pregúntaselo a Aoife —espetó Shannon señalando a su cuñada—. Pero espera a que me vaya de la habitación, ¿vale? Porque no necesito saber los detalles de la vida sexual de mi hermano.

—Tu hermano es un sexual de la vida, punto —soltó Aoife por encima del hombro—. Mi hombre está bien dotado, chicas. Es la P de la expresión «energía de PG».

La miré sin entender.

—¿«PG»?

—Polla grande —explicó Aoife, y, luego, subiendo las cejas, ilustró con

las manos lo que yo suponía que era el tamaño de la pilila de su novio, más o menos el de un pepino gigante, y me dio un poco de miedo.

—Madre de Dios. —Aterrada, abrí los ojos como platos—. Seguro que con esa cosa podría tocarte el apéndice.

—¡Lo sé! —Aoife asintió llena de júbilo, como un niño con zapatos nuevos—. Soy una chica con suerte.

—Y ahora tengo que irme a llorar —gimoteó Shannon mientras salía disparada con las manos sobre las orejas.

—Ven con mamá, preciosa —arrulló Aoife haciéndome gestos para que me acercara a ella—. Déjame explicarte cómo seducir a un hombre.

A la mañana siguiente, armada con un mundo de conocimientos generales sobre el apéndice masculino, cortesía de Aoife Molloy, y con el vestido de mis sueños, cortesía de Edel Kavanagh, prácticamente me deslizaba por el aire entre las puertas del Tommen.

Fuera todavía nevaba, pero no con la fuerza suficiente como para conseguir otro día de nieve opcional. Aunque tampoco es que me importara. Estaba feliz tanto en el instituto como en casa. Además, solo nos quedaban ese día y el siguiente, y luego seríamos libres durante dos semanas enteras.

—¡Buenos días, familia! —exclamé con voz lírica cuando entré en la sala comunitaria de segundo haciendo una pируeta antes de pararme bajo una ramita de muérdago que había colgada para plantarle un sonoro beso a Patrick en la mejilla.

—Buenos días —contestaron todos a la vez.

—¿Qué ha sido eso, Baby Biggs? —preguntó riéndose mientras se limpiaba mi brillo de labios de la mejilla.

—Mira dónde te has puesto, guapete.

En cuanto Patrick miró hacia arriba y vio el muérdago, dio tres pasos de seguridad hacia la izquierda para salir de la zona de peligro.

—Gracias por el aviso. —Subiéndose una manga del jersey, se revolvió

con incomodidad—. Esas dos chicas de tu curso llevan toda la semana siguiéndome con el rollo ese.

—¿Helen y Shelley? —Me reí—. Ay, ¿lo ves, Pa?, intenté advertirte de la cola de chicas que llevas detrás.

—Hum —fue su única respuesta.

—¿Cómo están mi segunda mamá y mi segundo papá favoritos? —pregunté con tono mimoso cuando llegué a la altura de Joey y Aoife, que se estaban comiendo unas tostadas en la zona de la cocina—. Os diría que sois los primeros, pero como comprenderéis me guardo ese título para mi madre y mi padre.

—Evidentemente —dijo Joey arrastrando las palabras, como si no supiera muy bien a qué atenerse con mi entusiasmo navideño—. ¿Sabes? Te forrarías como elfo de Papá Noel —afirmó para mi sorpresa—. O en las fiestas de cumpleaños infantiles.

—¿Verdad que sí? —Se rio Aoife—. Plántale un disfraz de princesa, dale unas cuantas pinturas para los críos y podría cobrar fácilmente doscientos euros por aparición.

—¿Sí? —La idea me llenó de emoción y me puse a dar saltitos de un pie al otro—. ¿En serio?

—Pues claro. —Asintiendo, Joey volvió a centrarse en su novia—. Lo petaría.

—Ay, Dios. —Abrí los ojos de par en par—. ¡Voy a ser rica!

—Ya eres rica —dijeron al unísono antes de que Aoife se fijara en la pelirroja que estaba sentada sola en el sofá—. ¡Oye, preciosa! ¿Ya tienes preparado el vestido que vas a llevar al baile mañana por la noche?

A Katie se le acaloró la cara con el cumplido.

—Ah, sí, más o menos.

—¿Sí? —Con expresión de interés, Aoife se acercó hasta los sofás y se hundió junto a Katie—. ¿Es el verde que me enseñaste en la foto?

La puerta se abrió de golpe y Gerard irrumpió refunfuñando sobre alardes

y pasaportes, seguido de una emocionada Shannon, que llevaba unas orejas de ratón en la cabeza.

—¡Me voy a Francia! —exclamó casi gritando, y luego voló hacia mí agitando un par de billetes de avión en las manos—. ¡Tres noches, Claire!

—¡Ay, Dios! —chillé dando botecitos con ella mientras examinaba los billetes—. Buah, no es solo que vayas a Francia, Shan —apunté ilusionada—. ¡Es que vas a París!

—París es Francia —soltó Lizzie con tono apagado pasando junto a mí de camino a la zona de la cocina—. A ver si miráis un puto mapa de vez en cuando.

Opté por ignorarla y sonréí aún con más fuerza para evitar que Shannon pasara un mal rato. Luego me centré en las orejas de ratón que llevaba puestas:

—¿Eso significa que vas al lugar más mágico del mundo?

Sonriendo extasiada, Shannon asintió enérgicamente con la cabeza.

—Nunca he ido en avión.

—No te piques, Gibbs —dijo Johnny cuando entró en la sala un instante después—. Es el regalo de Navidad de mi novia, tío. No podía llevarte conmigo, joder.

—Pues no sé por qué cojones no ibas a poder. —Gerard resopló y se puso a mi lado—. Flipa, muñequita, estos dos desconsiderados se van a *oui, Paris* sin nosotros.

Con un bufido, le cogió las orejas de ratón a Shannon y se las colocó en la cabeza antes de girarse hacia mí.

—Mírame bien, nena, porque por desgracia esto es lo más cerca que vas a estar de Mickey estas Navidades, ya que, a diferencia de aquí don Solvente —hizo una pausa para señalar a Johnny con el pulgar antes de continuar—, tu pastelito solo puede permitirse llevarte a ver a Papá Noel.

—¡Oooh! —Embelesada, le rodeé el cuello con los brazos y le di un beso en la mejilla—. ¿Vas a llevarme a ver a Papá Noel?

—Ho, ho, ho, muñequita. —Moviendo las cejas, Gerard me agarró con un brazo de la cintura y tiró de mí—. Y, si te portas muy bien, igual podemos...

—¡Ay, por Dios! —Con un grito cargado de rabia, Lizzie lanzó el vaso que sostenía entre las manos, haciendo que se rompiera en mil pedazos en cuanto impactó contra la pared—. ¿Podéis callaros los dos de una vez?

Se podría haber oído el vuelo de una mosca.

La habitación se llenó de un silencio sepulcral.

—Gibs —dijo Johnny haciéndole un sutil gesto a Gerard con la cabeza cuando vio que se disponía a hablar—. No vale la pena, tío.

—Ya lo sé —sentenció Gerard—. Es ella la que no quiere hacer las paces.

—¿Las paces? —cuestionó Lizzie con la voz ahogada por la emoción—. ¿De verdad esperas que haga las paces con el hermano del tío que violó a mi hermana? —planteó con desdén—. ¿El hermano con las manos manchadas de sangre? —Entornando los ojos, soltó—: Te pusiste de su parte. Lo apoyaste cuando se suponía que yo era tu amiga. ¡Antes me corto las venas que hacer las paces contigo!

—¡Yo no lo apoyé! —bramó Gerard perdiendo la paciencia—. Créeme cuando te digo que no hay nadie en este planeta que odie a ese cabrón más que yo.

—Sigue diciéndote eso a ti mismo, Thor. Igual te ayuda a sobrellevar la culpa.

—No pienso escucharte.

—Porque eres culpable.

—¡Y tú te equivocas!

—Tengo razón y lo sabes.

—Que te fallen, Liz.

—Que te fallen a ti también. Me da igual que no hubiera pruebas suficientes para que el fiscal general del Estado abriera un proceso contra

él. Sé la verdad. La leí con mis propios ojos. Así que no te atrevas a mentirme a la cara. A diferencia de ti, yo sé leer una puta carta, gilipollas.

Uala.

—¡Hey! —advirtió Johnny—. No vayas por ahí.

—Ay, claro, Capitán Fantástico —masculló—. Protege a tu perrito faldero.

—Johnny, espera. No. Ahora mismo está muy dolida —señaló Shannon tratando de defenderla; pero Johnny negó con la cabeza.

—Shan, cariño, te quiero, pero no me trago sus cuentos.

Y así fue como ocurrió.

Nuestro líder había tomado partido.

La línea se había trazado y, tras meses de intentar mantener la paz y tranquilizar a su novia, Johnny Kavanagh se había posicionado junto a su compañero de equipo.

—Cállate ya —advirtió Johnny adoptando una actitud defensiva para con Gerard—. Y déjalo en paz.

—Has sido tú la que ha empezado esto, no él —solté antes de que Lizzie le diera la vuelta a las cosas—. Tú has gritado, has lanzado el vaso y has sacado el tema.

—¡¿Por qué siempre te pones de su parte?! —gritó—. Se supone que soy una de tus mejores amigas.

—¡Y se supone que yo soy una de las tuyas! —le grité a su vez—. Pero te has pasado los dos últimos meses diciéndome cómo tengo que vivir mi vida y hablándome con superioridad como si fuera una niña por tomar decisiones que no se ajustan a tu perfecta narrativa.

—Sabes lo que pasó.

—Sé que no tuvo nada que ver con Gerard.

—¡Mi hermana está muerta!

—¡Igual que la de Gerard!

—Ya, pero con una diferencia, Claire. ¡Yo no ahogué a su hermana, pero

su hermano sí que ahogó a la mía, joder!

—Chicos, ¿podemos dejarlo? —intervino Shannon tratando de calmar las aguas; pero ya era demasiado tarde: la cosa se había puesto fea y las confesiones saltaban de un lado a otro sin ningún tipo de contención.

—No —dijo Lizzie con la voz quebrada—. Porque nunca me va a parecer bien que salgas con él.

—¡Y yo nunca voy a pedirte permiso!

Mirando a su alrededor como un animal salvaje acorralado, Lizzie negó con la cabeza y salió disparada hacia la puerta.

—Podéis irnos todos al infierno.

—Pero ¿qué...? —musitó Hugh observando a la chica que lloraba contra él—. ¿Qué ha pasado?

—¡Pregúntale al protector del violador!

—¿Gibs? —preguntó Hugh dándose la vuelta—. ¿Qué ha pasado?

—¿Sabes qué, Liz? —repuso Gerard con calma—. Un día de estos, vas a tener que hacer las paces con el hecho de que la única persona responsable de la muerte de tu hermana... es tu hermana.

En cuanto dijo aquello, Lizzie estalló. Se abalanzó sobre él y entonces todo se fue a la mierda. A la velocidad del rayo, Hugh la interceptó antes de que pudiera alcanzar a Gerard.

—¡Suéltame! —chilló golpeándole el pecho con una ira de mil demonios—. ¡No necesito que me salves!

Hugh no la soltó. Sin hacer caso de sus bofetadas, le rodeó la cintura con un brazo y la atrajo hacia él, apoyándole la cara sobre su propio pecho con la mano que le quedaba libre. Al final, ella se quedó inmóvil contra él, con las manos agarradas a la tela de su camisa escolar, mientras él les hablaba acaloradamente a los chicos.

—Lárgate, Hugh —le ordenó Johnny todavía en posición protectora frente a su amigo y más descontrolado de lo que lo había visto jamás—. Vete ya, tío.

Mientras tanto, Katie los miraba en silencio, con una expresión ilegible en la cara.

Sujetando a Lizzie contra su pecho, Hugh seguía hablando con sus amigos mientras repartía instrucciones y cogía un juego de llaves de coche en el aire. Dirigió la mirada hacia su novia, que se limitó a asentir con la cabeza antes de darse la vuelta y meter la fiambreta en la mochila.

Al abrir la puerta que daba al pasillo principal, Hugh protegió el rostro de Lizzie de las miradas de nuestros compañeros y, mientras se la llevaba hacia un lado, Johnny guiaba a Gerard hacia el otro. Con una comprensiva mano sobre su hombro, alejó a su mejor amigo de la masacre.

—Necesita un médico —declaró Pierce, que estaba en el pasillo, con ganas de meter baza—. Esa chica no está bien.

—Joder, no lo digas así —le espetó Patrick—. ¡Madre de Dios!

—La gente dañada hace daño a la gente —afirmó Shannon—. No la estoy excusando, pero, por favor, no la despreciéis por no enfrentarse a sus traumas de maneras más sanas.

—Shannon, todos tenemos traumas —repuso Katie—. Y no vamos por ahí proyectándolos en los demás.

—Creo que es porque había demasiadas conversaciones pendientes —opinó Patrick revolviéndose en su asiento—. Un día ella estaba con nosotros y al siguiente...

—Ya no.

—Exacto.

—Y no se aclaró nada —añadió.

—Es verdad —convino Shannon asintiendo energicamente con la cabeza—. Así que Lizzie vive ese día una y otra vez.

—Un poco como en la peli esa del día de la marmota.

—Sí. —Le sonrió a Patrick—. Como en la peli. —Se volvió hacia donde estábamos—. Para nosotros van pasando los años, pero ella se ha quedado atrapada en aquel momento. —Encogiéndose de hombros, agregó—: El

tiempo no cura cuando no llega a pasar.

Abrirse y volver a cerrarse

Gibsie

Las siete últimas semanas habían sido las mejores de mi vida, pero, aunque sonaba un poco retorcido, también habían sido las más duras. Porque cada día me levantaba y le mentía a la única persona con la que se suponía que no debía tener secretos. Era soportable cuando nuestra relación era platónica, pero el cambio que se había producido en mí desde que nos habíamos convertido en algo más era radical.

Estaba siempre cansado, como si fuera por ahí con una carga enorme que cada día se volvía más y más insopportable. Hasta la mañana del baile de invierno no llegué a la conclusión de que ya no podía seguir actuando de esa manera.

No podía soportar esa carga ni un día más.

Era demasiado.

Me incapacitaba.

Con el brazo alrededor de la chica desnuda que había en mi cama y la atención fija en el techo de la habitación, me puse a sopesar mis opciones.

¿Era capaz de decirlo?

¿Realmente era capaz de volver a pronunciar aquellas palabras sabiendo que la única vez que lo había hecho habían caído en oídos sordos? En aquel momento no se me creyó, así que, ¿qué podía decirle a Claire para que no

volviera a pasar lo mismo? Sí, ella me quería, eso lo sabía, pero el amor no tenía nada que ver con la capacidad de cada cual para creer en los monstruos.

Traté de reprimir la sensación de ansiedad y, al ver que no funcionaba, aguanté la respiración con la esperanza de desmayarme y ganar unos minutos extra de sueño antes de que sonara la alarma para ir al instituto. Sin embargo, lo único que conseguí fue que el sonido de mi pulso sonara aún más fuerte en mis oídos.

Al no encontrar consuelo en mí mismo, me centré en el esmoquin que colgaba de la puerta de mi cuarto antes de ponerme a contemplar a la belleza que descansaba entre mis brazos. Llevaba horas durmiendo, mientras que yo no podía pegar ojo. No estaba cómodo en mi propia cama, puesto que había pasado el noventa por ciento de mis noches durmiendo en la suya, así que eso tampoco ayudaba demasiado a calmar la agitación que sentía.

No obstante, que ella estuviera en mi espacio, con su cuerpo pegado al mío, me aportaba una paz que nunca había sentido en esa habitación. Ella hacía que quisiera quedarme en esa cama. Que quisiera relajarme. Porque quería a esa chica. Con cada parte de mi ser. Con cada hueso de mi cuerpo. Con todos y cada uno de mis defectos. No podía evitarlo. Era algo instintivo. Algo que me consumía. Algo que iba a durar para siempre.

Mientras la recorría con la mirada, sentí que mi corazón se anclaba a ella, que se ataba y se envolvía en intrincados nudos alrededor de cada una de sus partes. Sabía que nunca iba a dejar de quererla, lo que hacía que mentirle fuera tan impensable como abrirme a ella.

Librando una batalla interna con la que solo podía perder, esperé en silencio hasta que por fin se despertó y trajo consigo una sonrisa que brillaba con más fuerza que cualquier sol que hubiera conocido Ballylaggin.

—Buenos días, señor Carita Sonriente —murmuró Claire medio dormida mientras se ponía de lado y me pasaba un brazo y una pierna por encima—.

Mmm... mi radiador humano.

—Buenos días, señora Carita Sonriente —repliqué sintiendo cómo mi cuerpo entraba en ignición en cuanto se despertó—. ¿Estás bien? —Su suave respiración me hacía cosquillas en el pecho, pero no me moví ni un milímetro. Necesitaba el calor que ella emanaba. Su luz—. ¿Te duele algo?

—Me siento genial —contestó soñolienta acercándose a mí hasta que nuestros cuerpos volvieron a fundirse en uno—. Anoche fue superdivertido.

«Súper».

Sonréí al oír esa palabra.

Joder, no podía ser más adorable.

Y la noche anterior había sido más que «superdivertida». Lo había significado todo para mí. Ella nunca llegaría a entender la cantidad de demonios que había ahuyentado de mi habitación con su cuerpo. Estar con ella en esa cama, en la que había soportado tantas noches de tortura durante el transcurso de mi niñez, era algo catártico, casi surrealista.

«Díselo», ordenó mi corazón, «simplemente díselo».

—¿En serio tenemos que ir al instituto?

—No —balbuceé apartando mis recuerdos una vez más para vivir el presente con la persona responsable de que mi corazón siguiera latiendo desde que tenía siete años.

—Sí, tenemos que ir —dijo con un suspiro—. Dee llamará a mi madre si no aparezco por el insti, y nos pillarán, porque ella llamará a Edel y descubrirá que no estoy en casa de Shannon.

Me revolví de incomodidad.

—¿Te encuentras bien? —Levantó la cabeza para mirarme—. Te has puesto tenso de repente.

—Estoy genial —le aseguré mientras trataba de decidir qué hacer o cómo expresar lo que estaba claro que debía revelar—. Tengo que decirte una cosa.

—Ah.

—Sí. —Tragué hondo y cerré los ojos mientras me preparaba mentalmente para afrontar la posibilidad de que me abandonara—. Es sobre Dee.

«No», protestó mi corazón, «es sobre Mark».

«Las cosas, de una en una», susurró otra parte de mi mente.

«Cuéntaselo todo».

—¿Sobre Dee? —preguntó Claire frunciendo el ceño—. ¿La Dee del despacho del Tommen?

—Sí. —Me pasé la lengua por los labios mientras pensaba con todas mis putas fuerzas qué palabras elegir, consciente de que no podía cagarla—. Yo... eh... yo...

—¿Tú qué? —se burló Claire alargando una mano para pellizarme un pezón—. ¿Por qué se te traba la lengua, Gerard Gibson?

«Dilo y ya está, joder».

«Sé un hombre y cuéntaselo, hostia».

«¡Se merece saber la verdad!».

—He estado con ella unas cuantas veces —confesé entre dientes justo antes de quedarme sin aliento de la inquietud.

Pero Claire no reaccionó. Continuó sonriéndome, esperando que confesara. Porque era demasiado pura como para plantearse algo tan jodido. Mierda, Johnny tenía razón. Decirlo en voz alta hacía que sonara fatal. Era repugnante. Me hacía sentir sucio.

—Dee —repetí sin saber si no me entendía o tal vez es que era demasiado dulce como para comprender la mierda en la que me había visto envuelto—. He estado con ella, Claire.

—¿Qué quieres decir? —replicó con un visible gesto de confusión en su preciosa cara.

—Que he estado con ella —volví a decir remarcando la palabra «estado» con la esperanza de que no me hiciera entrar en detalles—. Hace tiempo.

—¿Hace tiempo?

—Sí. —Asentí despacio, con la frecuencia cardiaca elevándose a un ritmo vertiginoso de pulsaciones por segundo—. Pero no ha pasado nada desde primero de bachillerato, ni tampoco desde que tú y yo estamos juntos.

Cuando se me quedó mirando sin pestañear, solté un gruñido de dolor.

—Por favor, nena, di algo.

—No sé qué decir —contestó sentándose lentamente—. Porque no entiendo lo que quieras decir con eso de que has estado con la recepcionista del instituto.

—Dee es Catwoman, Claire.

Entonces lo pilló.

Su expresión se llenó de dolor y yo me quise morir.

—¿Te has acostado con ella?

—No. —Negué con la cabeza—. No, lo juro. Eso solo lo he hecho contigo.

—Entonces ¿qué...? —Su voz se fue apagando y se llevó una mano a la frente—. ¿Has intimado con ella de otras formas?

—Sí.

—¿De formas en las que has intimado conmigo o de formas en las que yo he intimado contigo?

Entendía lo que me preguntaba y me odiaba a mí mismo por lo que tenía que responderle.

—Era yo. Siempre era yo el que tocaba...

—¡Chisss! —Me tapó la boca con la mano y se estremeció con violencia—. Me lo puedo imaginar, no hace falta que entres en detalles.

—No sé por qué dejé que pasara —admití cuando me quitó la mano de la boca—. Joder, no sabes cuánto lo siento.

—¿Por qué? —Se me quedó mirando fijamente como si no me conociera. Como si fuera un extraño, en vez de la persona con la que había pasado toda su vida—. ¿Por qué quisiste estar con ella, Gerard?

—No lo sé —contesté con impotencia—. Hay algo que funciona como el

puto culo en mi cabeza.

—¿Por qué?

«Lo sabes».

—No lo sé, Claire.

—Tienes que saberlo.

«Díselo».

—No te puedo responder.

Se quedó callada, pero no se fue corriendo. Sentada en medio de mi cama, con las sábanas envueltas a su alrededor, se observaba las manos.

—¿En qué piensas? —le pregunté cuando ya no pude soportar su silencio ni un minuto más.

—Pienso... —comenzó a decir justo antes de detenerse—. Pienso... —Moviendo la cabeza hacia los lados, apretó los puños y me fulminó con la mirada—. ¡Pienso que va a tener muchos problemas por haberse acercado a mi novio!

—Buah, Claire. —Me apresuré a razonar con ella, pero por la forma en que salió de la cama y empezó a vestirse, supe que no iba a ser fácil—. No se lo puedes contar a nadie.

—¿Que no se lo puedo contar a nadie? —Me miró como si me hubiera salido otra cabeza—. Gerard, es una persona adulta, con un puesto de autoridad, ¡y se ha propasado con un alumno! —Llena de ira, se puso rápidamente el uniforme escolar y buscó sus zapatos por el suelo de la habitación—. No se va a ir de rositas, Gerard.

—Claire, te lo he contado porque no quería que hubiera secretos entre nosotros, no porque necesitara que te metieras en esto y me salvaras —espeté notando cómo me ponía a la defensiva—. No quiero que hagas nada, ¿vale?

—Bueno, alguien tiene que hacerlo.

—No hagas nada —le advertí temblando—. Es cosa mía, de nadie más.

—¡Gerard, no debería haberte puesto ni un dedo encima!

—Lo sé —repliqué antes de pasarme una mano por el pelo con frustración—. Pero ya ha pasado, así que olvídalos.

—Claro que no. —Negó con la cabeza—. Porque si tu madre lo supiera...

—¡Joder, Claire, intento hablar contigo pero no me escuchas!

—Te estoy escuchando, Gerard.

—Entonces cierra la boca —dije con voz sofocada—. No necesito que hagas nada. Solo quería que lo supieras, ¿vale? Creía que estaba haciendo lo correcto al contártelo, pero está claro que me equivocaba. En cualquier caso, te lo he dicho en confianza, así que no me jodas contándoselo a nadie.

—La que te ha jodido ha sido ella, Gerard —insistió Claire alzando las manos con desesperación—. ¡Dee te ha jodido, no yo!

La venganza lleva el nombre de Biggs

Claire

La mañana del viernes de las vacaciones de Navidad entré en el Tommen con una furia extrema, muy alejada de mi habitual jovialidad y buen humor. El baile de invierno del instituto se celebraba esa misma noche y, aunque por lo general para mí eran muy importantes los eventos sociales, estaba demasiado sobrecogida por el bombazo que Gerard había soltado como para que ningún baile me preocupara una mierda.

Gerard creía que yo exageraba a lo bestia.

Yo creía que él le quitaba importancia a la situación de una forma brutal.

Era enfermizo.

Lo que mi novio me había contado estaba mal.

Lo que le había hecho la recepcionista del instituto era depravado.

Después de discutir durante todo el trayecto desde su casa hasta el instituto, nos habíamos despedido de malas maneras en el aparcamiento.

Totalmente indignada por su confesión, me fui directa al despacho, determinada a poner a esa mujer en su sitio tanto si él quería como si no.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó la señorita Perversión con una tensa sonrisa cuando me aproximé al mostrador.

—Sí. —Apoyé los codos sobre la superficie y le eché una mirada asesina

—. Quería saber si el señor Twomey se ha dado cuenta de que tiene a una

pedófila en nómina.

En honor a la verdad, debo decir que mantuve la templanza y respondió con un cortés:

—¿Disculpa?

—Bueno, ¿cómo, si no, llamarías a una persona adulta que se aprovecha de un chico de quince años? —planteé colando el dato que le había sacado a mi novio de camino al instituto donde ambos estudiábamos y trabajaba su agresora.

¡Puaj!

—No te sigo.

—Entonces deja que te lo aclare —le espeté inclinándome sobre el mostrador. Por suerte para ella, estábamos solas—. Sé lo que has hecho. Lo sé todo sobre tu oscuro secretito y creo que eres una enferma. —Mi voz se elevó al tiempo que mi indignación—. ¡Tía, tú no estás bien de la cabeza!

—Creo que deberías irte.

—Uy, no pienso ir a ningún sitio hasta que no hable con el director. —Se puso pálida—. Sí, exacto —insistí con aire burlón y llena de ira—. Vas a acabar con el culo en la cárcel, Dee.

—Yo tenía veintiuno —trató de explicar—. Pasaba por un momento difícil en casa y no pensaba con claridad.

—¡No hay excusas para lo que hiciste, pervertida!

—Deja de llamarme eso —sollozó enterrando la cabeza entre las manos.

—¿Qué? ¿Que deje de exponer los hechos? —cuestioné determinada a no retroceder ni un centímetro—. ¡Eres repugnante! —Furiosa, levanté una mano sobre el mostrador y tiré una pila de papeles perfectamente organizados—. No era más que un niño, y tú te aprovechaste de él.

—No —continuó protestando—. No fue así.

—Tengo amigos en este instituto —le dije con el cuerpo temblando de rabia—. Amigos que tienen hermanos más pequeños que no están a salvo con una pedófila como tú trabajando aquí.

—No me aproveché de él —afirmó con voz ahogada mientras se agarraba el pecho como si se sintiera mortalmente ofendida de que yo pensara algo semejante—. ¡Nunca tocaría a un niño!

—¡Claro que lo harías; ya lo has hecho! —le grité a su vez—. Me pones enferma. ¡La gente como tú me pone enferma!

La puerta del despacho se abrió de sopetón y apareció Gerard.

—¡Claire! —Tenía los ojos desorbitados—. Déjalo ya, ¿quieres?

—¿Dejarlo? —Me di la vuelta para mirarlo—. ¿Dejarlo? ¡No es a mí a quien deberías estar diciéndole que lo dejara, Gerard!

—Fue consensuado. —Intentó apaciguarme cogiéndome las manos cuando me puse a agitarlas en el aire—. Hey, hey, chisss... cálmate un segundo, por favor. —Con tono persuasivo, me atrajo hacia él y me pasó la mano por el pelo—. No me forzó a hacer nada que yo no quisiera hacer, ¿vale?

—Eso da igual, Gerard —chillé agarrándolo por los hombros y suplicándole que me escuchara—. Porque ella ni siquiera debería haberte tocado.

—Nunca nos hemos acostado —soltó con un hilillo de voz, como si dieran algún premio por ser una versión un poquito menos turbia de una completa lianta—. Nunca le he tocado sus partes íntimas.

—No, solo lo manipulaste para que él te tocara las tuyas, y así, si te pillaban, la culpa sería de él —la acusé—. Pero yo te tengo calada, tía, y conozco a Gerard más de lo que jamás llegarás a conocerlo tú.

—Claire —soltó él volviendo a captar mi atención—. No hagas esto, por favor.

En ese momento no podía escucharlo.

No podía razonar con él.

Porque no había razonamiento que explicara lo que esa mujer le había hecho.

Me ponía furiosa que él no fuera capaz de ver lo mucho que se había

aprovechado de él.

Me cabreaba hasta el punto de que me entraron ganas de arremeter físicamente contra los dos, algo que para mí era una abominación.

Solo había abofeteado a una persona en toda mi vida y aún me sentía culpable. Pero eso no placaba el impulso que sentía de arrancarle esos pervertidos ojos de sus pervertidas cuencas.

—Tienes que arreglar esto —le advertí levantando una mano—. Tienes que ir a la Gardaí y hacer una declaración.

—De ningún modo —intervino Gerard haciéndome callar con tono autoritario—. Si es que me quieres, Claire. —Me sujetó la cara entre sus manos y me obligó a mirarlo—. Si me quieres tanto como dices, no se lo contarás a nadie. —Tenía el pecho agitado y los ojos exaltados con una mezcla de traición y pánico—. Si me haces algo así, si rompes mi confianza de esa forma, no creo que pueda superarlo.

—¡No digas eso! —gimoteé impotente mientras me arrinconaba en una esquina con su amenaza velada—. Es chantaje emocional.

—Es mi verdad —replicó todavía sujetándome el rostro—. Tienes que escucharme.

—Te estoy escuchando, Gerard.

—Entonces haz lo que te estoy diciendo que necesito que hagas —exigió con voz grave—. ¡Por favor, Claire!

—¡Vale, no diré nada! —grité sintiéndome una completa decepción. Porque eso es lo que era. Estaba decepcionando al chico que tenía delante—. Con una condición.

—Lo que quieras —dijo asintiendo con alivio—. Dime.

Sorbiéndome la nariz, señalé a su agresora.

—Ella tiene que renunciar a su trabajo en el Tommen.

—No pienso renunciar a mi trabajo.

—O dejas tu puesto con efecto inmediato —gruñí zafándome de Gerard para dirigirle a ella mi mirada asesina—, o me aseguraré de que acabes el

día entre rejas.

Menudo desastre

Gibsie

—¿En qué cojones estaba pensando? —Varias horas después, tumbado en mi cama con el esmoquin puesto, aullaba como una *banshee* al teléfono, repitiendo una y otra vez la pregunta que llevaba haciéndome todo el día—. Dios mío, ¿por qué le pasan cosas malas a la gente buena?

—Gibs, ella no es una buena persona y tu novia tenía motivos para llamarla «pervertida».

Entorné los ojos y fulminé mi móvil con la mirada.

—Eso no ayuda, capi.

—Ya te dije que nunca deberías haber tocado a esa mujer. Te lo llevo diciendo desde el día uno, pero nunca has querido escucharme.

—Ahora sí que no me estás ayudando —protesté con un bufido—. Me están entrando ganas de colgarte.

—Eso no sería tan horrible, tío, teniendo en cuenta que aún tengo que ducharme y arreglarme para el puto baile.

—No te atrevas a colgarme en mi estado —le advertí a Johnny señalando el teléfono con un dedo, pese a que no podía verme—. Que lo sepas, capi. Me pondría a llorar.

—Madre mía, vale —oí que decía mi mejor amigo—. Quédate en la línea mientras me doy una ducha.

Asintiendo en señal de aprobación, reanudé mi historia de dolor, repitiendo una y otra vez el mismo argumento hasta que al final perdí fuelle.

—¿Quieres oír algo positivo? —oí que preguntaba Johnny hablando por encima del ruido de la ducha.

—Sí —supliqué—. Desesperadamente.

—Estoy orgulloso de ti.

Dudé un poco.

—¿Estás orgulloso de mí?

—Te has abierto a ella, Gibbs —contestó—. Por fin se lo has contado. Seguro que no ha sido fácil, tío, pero lo has hecho.

—Johnny, casi se le va la olla —afirmé de manera inexpresiva—. Amenazó con hacer que detuvieran a Dee y la obligó a renunciar a su puesto en el acto, y no estoy seguro de que quiera seguir conmigo. Creo que puedo decir sin temor a equivocarme que hoy no ha habido nada de lo que pueda sentirme orgulloso. —Estremeciéndome, añadí—: Ha sido un puto error por mi parte y no pienso volver a cometerlo.

—Pues menos mal que solo tienes un cadáver en el armario, tío.

—Ya. —Cerré los ojos con fuerza y asentí—. Qué suerte la mía.

—Escucha —dijo cuando el ruido del agua se interrumpió abruptamente—. Quiero que te pongas el esmoquin, te eches un poco de agua en la cara, muevas el culo hasta el otro lado de la calle y le des a tu chica esa puta flor amarilla que llevas dos semanas intentando conseguir. Shannon y yo pasaremos con la limusina en una hora, tío, así que será mejor que te pongas en marcha.

—Es una rosa del rey Midas —murmuré—. ¿Y qué pasa si ya no quiere ir conmigo, Johnny? —El corazón me dio un vuelco solo de pensarlo—. Conozco a Claire de toda la vida y te aseguro que nunca la había visto tan enfadada.

—Para marcar hay que tirar, Gibbs.

—Te pediría que dejaras de lado las analogías deportivas cuando estoy

con una crisis existencial.

—Gibs, ve a hablar con tu chica —apuntó antes de que se cortara la línea.

—Es más fácil decirlo que hacerlo, capi —susurré frotándome la cara—. Mierda.

Tiré el teléfono sobre la mesilla de noche, metí una mano bajo el colchón para extraer el familiar papel doblado y, luego, como buen masoquista, lo desplegué y volví a leer la nota de suicidio de Caoimhe Young.

La verdadera.

La que dejó solo para mí.

Amarillo Andie Anderson

Claire

Cuando el viernes por la noche el reloj dio las ocho y media y Gerard aún no había dado señales de vida, me resigné al hecho de que era muy posible que tuviera que ir sola al baile de invierno.

Hugh se había ido más de una hora antes a recoger a Katie. Yo llevaba desde entonces desplomada en el sofá con el vestido de satén amarillo esperando a un chico que tal vez no aparecería. Tampoco es que me importara mucho perderme el baile. No había acudido a mis citas con la peluquera ni la esteticista y me sentía muchísimo menos festiva que rabiosa.

Para ser sincera, si no fuera porque mi madre parecía emocionadísima con toda aquella historia, me habría puesto el pijama y me habría metido en la cama.

El hecho de que mamá se hubiera pasado dos largas horas alisándome los rizos con esmero y hubiera llamado a su amiga Betty para que viniera a arreglarme las uñas y a maquillarme era señal inequívoca de la importancia que tenía esa noche para ella, y la verdad es que odiaba decepcionar a mi madre.

«No es la única persona a la que estás decepcionando», me susurró mi conciencia, y me entraron ganas de llorar.

Siempre me había gustado pensar que tenía una moral bastante recta. Si

algo estaba mal, estaba mal, y si estaba bien, estaba bien. Pero ese día Gerard me había obligado a hacer algo que no quería, y sentía que mi moral se había adentrado en una zona gris a la que nunca le había prestado atención.

Dee había renunciado a su trabajo. La había visto irse del instituto con mis propios ojos. Sin duda, era algo de lo que sentirme satisfecha. Pero no era suficiente. Porque yo siempre sabría lo que le había hecho a Gerard y, tanto si él quería reconocer lo que había pasado realmente como si no, no le quedaba más remedio que cargar para siempre con aquella agresión. Sin embargo, su agresora tenía la oportunidad de empezar de cero allá donde quisiera sin sufrir ninguna consecuencia por sus insensatas acciones.

No era justo.

—¿Claire? —Mamá asomó la cabeza por la puerta del salón con una sonrisa—. Tu cita está aquí.

Se me cortó la respiración y me sentí extrañamente emocionada.

—Ah, ¿sí?

Entonces mi madre abrió la puerta de par en par y allí estaba él, vestido con su esmoquin y con un ramillete amarillo en la mano. Y no era una flor cualquiera.

—¿Me has traído una rosa del rey Midas?

Sus ojos grises se clavaron en los míos y encogió los hombros con gesto inseguro.

—Amarillo Andie Anderson, ¿verdad?

Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y me obligué a ponerme en pie.

—Exacto.

—Estás preciosa, muñequita.

—Gracias.

—Mierda... —dijo con un gemido al darse cuenta de la lágrima que discretamente trataba de limpiarme—. Venga, nena, no llores. —Se acercó a

mí, ahuecó la mano sobre mi mejilla y me apretó contra él—. No quiero que nos peleemos esta noche.

Temblando, me incliné hacia él.

—Yo tampoco.

—Entonces vamos a posponerlo hasta mañana —declaró con voz ronca refiriéndose a Dee—. Vamos a pasarlo bien, ¿vale? —Su pulgar recorría mis mejillas mientras hablábamos—. Tú y yo, y mañana ya nos encargaremos del resto.

—Vale. —Ahogué un sollozo y estabilicé la respiración antes de musitar —: Pensaba que no ibas a venir.

—¿Y dejar colgada a mi chica? —Sonaba dulce y persuasivo—. Ni en un millón de años, cielo. —Tomó mi mano y me puso el ramillete en la muñeca—. Estás realmente preciosa.

—Tú también estás muy guapo —señalé llena de emoción mientras entrelazaba mis dedos con los suyos y miraba su hermoso rostro—. Te quiero.

Sus ojos ardieron con calidez.

—Yo también te quiero.

—Oooh, míralos, Sinead. ¿No son adorables? —oí que parloteaba Sadhbh desde la puerta instantes antes de que un intenso destello me cegara.

—Uy, no os preocupéis por nosotras —apuntó mamá con voz melosa mientras apretaba el botón de la cámara como una loca—. Haced como si no estuviéramos y actuad con naturalidad.

—Bubba, vuelve a ponerle el ramillete a Claire en la mano, ¿quieres? —le pidió Sadhbh a su hijo—. Quiero una foto de ese momento para ponerla en la pared.

—Ay, bien pensado, Sadhbh —intervino mamá apretando el botón como si estuviera endemoniada—. Quedará espectacular en la repisa de la chimenea.

Treinta minutos más tarde, estábamos tirados en la parte trasera de una limusina con nuestros amigos, después de someternos a una sesión fotográfica amateur con nuestras madres en la que nos hicieron colocarnos en millones de poses diferentes.

—¿Sabes, muñequita? Estoy seguro de que tu madre ha tenido el dedo sobre el objetivo todo el rato. —Gerard se rio entre dientes mientras se inclinaba sobre los asientos para chocar su copa de champán con la de Shannon antes de volver a mi lado—. Mañana estará cabreada como una mona.

—¡Ay, Dios, esperemos que no! —Solté una carcajada y cogí la copa de champán que Johnny me había servido—. Si no, nos obligará a vestirnos y a repetir las fotos.

—Estás guapísima —me piropeó Shannon por enésima vez mientras admiraba mi pelo—. No puedo creer que te quede tan largo cuando te lo alisas.

—Claire, estás preciosa —señaló Johnny con una amistosa sonrisa antes de desplomarse en el asiento junto a su novia—. ¿Y dónde está mi reina? —dijo con tono mimoso pasando un enorme brazo por los minúsculos hombros de mi amiga—. Siempre, Shannon como el río —ronroneó besándola en el cuello—. Siempre, cariño. —Se echó hacia atrás para mirarla y lanzó un masculino gruñido de aprobación—. Me dejas sin aliento.

—¿Está todo el mundo listo para irse? —preguntó el conductor bajando el cristal divisorio.

—Sí —contestó Johnny retractándose al instante—. Un momento, ¿tenemos todos entrada?

—Yo tengo las nuestras —apuntó Shannon sacando dos papelitos del bolso.

—Yo ni siquiera sabía que necesitábamos entradas. —Miré a mis amigos—. ¿Las necesitamos?

—Yo tengo entradas —confirmó Gerard rebuscando en su esmoquin antes de fruncir el ceño—. Voy a reformular la frase: tengo unas entradas en mi mesilla de noche.

—Gibs, eres un puto desastre —gruñó Johnny—. Seguro que perderías hasta la cabeza, si no la llevaras pegada.

—Iré a buscarlas —anuncié desplazándome hacia la puerta—. De todas formas, tengo que hacer pis.

—Que sea rapidito, por favor —soltó el conductor.

—Oiga, buen hombre, disculpe —oí que le decía Gerard a nuestro chófer mientras yo salía de la limusina—. Le pido que se abstenga de decirle a mi novia que haga nada rápido.

Con una risita disimulada, me fui directa hacia la puerta principal de la casa de Gerard quitándome los tacones. Salí disparada hacia el baño escaleras arriba y logré aliviarme y refrescarme en un tiempo récord antes de ir a buscar las entradas, cuya existencia no me había causado muy buena impresión.

Teniendo en cuenta la cantidad de dinero que los padres pagaban por llevar a sus hijos al Tommen, lo lógico hubiera sido que el instituto pagara por un hotel de verdad, pero nos estaban cobrando por bailar en el gimnasio. Ostras, se habían cubierto de gloria.

Corré hasta el cuarto de Gerard, me dirigí hacia la mesilla de noche y de camino le di un hábil puntapié a unos pantis que me había dejado allí para esconderlos bajo la cama. «Si los ojos de Sadhbh no lo ven, su corazón no puede sentirlo».

Las entradas no estaban en la mesilla, tal como había dicho Gerard, sino en la cama, junto a su teléfono, un mechero, un paquete de chicles y su cartera, que contenía nuestros condones de emergencia. Abrí el bolso, lo metí todo dentro y me agaché para recoger una nota doblada que se había caído de la pila. Me encogí de hombros y la introduje en el bolso junto con todo lo demás antes de salir corriendo hacia la calle.

—¡Las tengo! —anuncié una vez que estuve de nuevo en la limusina con mis amigos.

—¡Venga! —exclamó Gerard animado subiéndome a su regazo y plantándome un afectuoso beso en la mejilla—. ¡Lancémonos a la carretera!

Guardarse lo mejor para el final

Gibsie

Parecía que Claire y yo habíamos encarrilado la situación, así que estaba determinado a conseguir que pasara una noche maravillosa. Tal vez, con un poco de suerte, lograba encandilarla hasta el punto de hacerla olvidar mis «inDeescpciones».

Le cogí la mano en cuanto estuvimos dentro y me puse a darle vueltas por la pista de baile al ritmo de la versión de los Beatles de «Twist and Shout» que interpretaba la banda que tocaba en directo, sin importarme una mierda no estar pasando ese tiempo con los chicos.

La misión de esa noche consistía en hacer feliz a mi novia. La había visto llorar porque por fin me había decidido a mover el culo hasta el otro lado de la calle.

Parecía muy sorprendida de verme.

Como si se hubiera hecho a la idea de que iba a decepcionarla.

«Jamás, si podía evitarlo».

A ver, era de cajón que yo era el mejor bailarín masculino en un radio de más de diez kilómetros a la redonda de Ballylaggin, pero solo era bueno en la medida en que lo era mi pareja. Esa belleza rubia me había enseñado todo lo que sabía.

Llevaba bailando con Claire Biggs desde que había puesto un pie delante

del otro, y nos movíamos juntos por la pista igual que lo hacíamos entre las sábanas.

Sin ningún esfuerzo.

No sé cómo lo había hecho, pero esa chica había logrado curar los pedazos rotos que llevaba dentro. Me había remendado de tal forma que volvía a ser un hombre funcional. Para ella.

«Solo para ella».

Contento de entregársela a su mejor amiga cuando vino a buscarla, yo seguí dando botes alrededor de la banda, feliz de ser mi único compañero de baile, porque, reconozcámolo, mis movimientos se desaprovechaban con los demás.

Sin embargo, cuando el grupo se arrancó con una evocadora interpretación de «Nothing Compares 2 U», de Sinead O'Connor, decidí que ya iba siendo hora de empezar con los chupitos.

Pasando junto a Katie, que se aferraba a Hugh como si le fuera la vida en ello mientras medio bailaban, medio se abrazaban al ritmo de la emotiva letra, me fui directo al vestuario de los chicos, donde sabía que iba a encontrarme a los míos.

En cuanto entré por la puerta, mis compañeros me recibieron con un coro de vítores y una botella de tequila.

—¡Ven aquí, demonio encantador! —musité engullendo de un trago todo lo que pude sin llegar a vomitar, lo que sorprendentemente fue mucho más de lo que bebía la mayoría.

Claro, por algo mi madre decía que yo era especial.

—Bueno, bueno, pero si es el mismísimo señor Siete Vidas. —Johnny soltó una risita y me dio unas palmadas en la espalda cuando me uní a él en nuestro sitio habitual del banco—. Tío, no sé cómo te lo has montado para que Claire tenga esa sonrisa, pero sigue por ahí.

—Es un don —repliqué dándole otro trago a la botella—. Menudos tacaños, mira que cambiar el viaje de esquí por este baile de mierda... —

Señalé a nuestro alrededor—. Qué desconsiderados, tíos.

—Estoy de acuerdo —opinó mi mejor amigo—. Aunque las chicas parecen encantadas.

—Hablando de chicas. —Feely se puso en pie—. Será mejor que volvamos antes de que vengan a buscarnos.

—Espera. —Sorprendido, alcé las cejas—. ¿Tú a quién has traído, tío?

Se revolvió con incomodidad antes de decir:

—Lizzie me pidió que viniera con ella.

—¿Y le dijiste que sí? —Lo miré horrorizado—. ¿Estás loco?

—Sí, acepté ir con ella, y no, no estoy loco —respondió tranquilamente—. Y no, no lo vamos a discutir.

—Me parece bien. —Me encogí de hombros y eché otro largo trago de tequila antes de murmurar—: Allá tú, tronco.

Hojas de trucos y confesiones

Claire

—¿Ya estás haciendo pis otra vez?

—No puedo evitarlo, Shan. Tengo una vejiga supersensible —contesté—. Me pasa desde siempre. Pregúntale a Hugh. Él te lo puede decir. Cuando era pequeña mojaba la cama constantemente.

—Demasiada información, Claire. —Shannon se rio desde el otro lado de la puerta del cubículo—. Hay cosas que es mejor callarse.

—¡No, Dios, no! —gimoteé cuando me bajé la ropa interior y una inoportuna visitante me dio la bienvenida—. ¿Por qué a la gente buena le pasan cosas malas? —Apreté un puño y lo elevé hacia el techo por encima de la cabeza—. ¡Llegas dos días antes, cruel torturadora!

—¡Ay, Dios, ¿quién?! —gritó a su vez Shannon—. ¿Qué pasa?

—¡La Madre Naturaleza!

—¿Qué le pasa?

—¡Que está aquí, mecachis!

—¿Quieres un tampón?

—Ugh, no, no meto cosas en mi árbol.

—¿Tu árbol?

—¡Ups! Me olvidaba de que no estaba hablando con Gerard. Ay, no le digas que tengo la regla, ¿vale? Se desmaya al ver sangre y, solo con

pensarlo demasiado, puede llegar a marearse.

—Menudo crío.

—Ya. —Cogí mi bolso, abrí la cremallera y empecé a rebuscar en su interior—. Sé que tengo una compresa por aquí. Siempre llevo una encima, vaya donde vaya.

—¿En serio? —preguntó Shannon—. ¿Llevas una a todas partes?

—Ajá. A todas partes —respondí—. Nunca salgo de casa sin una después de lo que te ocurrió el año pasado en el instituto.

—Ay, Dios —gimió Shannon—. No me lo recuerdes.

—¡La encontré! —Sonriendo victoriosa, resolví el asunto rápidamente y volví con Shannon al lavamanos—. Rápido, mira la parte de atrás de mi vestido.

—Todo en orden —me aseguró mi amiga tomándose su tiempo para inspeccionar bien la zona—. Por los pelos.

—Y que lo digas. —Con un suspiro de alivio, me lavé y me sequé las manos antes de echarle un vistazo a mi cara—. ¿Oye, Shan? ¿Tienes un pintalabios?

—Lo siento, no he traído nada de maquillaje.

—Espera —musité más para mí que para ella mientras colocaba el bolso sobre el lavamanos y removía su interior—. Creo que por aquí tengo un brillo de labios.

—¿Qué tienes ahí? —se burló Shannon—. ¿El lavamanos de la cocina?

—Una señorita siempre tiene que estar preparada para cualquier situación —bromeé posando los dedos sobre algo ligero parecido al papel—. Hum.

—¿Qué es eso?

—No sé —mascullé extrayendo el papel doblado—. Estaba con las cosas de Gerard cuando subí a coger las entradas.

—Seguro que son los trucos del GTA —soltó con una risita mirando por encima de mi hombro mientras yo desdoblaba la hoja DIN A4—. Gibbs y Johnny están al borde del colapso porque no son capaces de completar las

misiones tan rápido como yo.

Sabía que me estaba hablando. Oía su voz. Pero no entendía nada de lo que decía, porque mi atención se centraba en las palabras que salpicaban la hoja que tenía en la mano.

—¡Dios mío! —exclamó sin aliento—. ¿Es de...?

—Caoimhe Young —contesté sofocada con manos temblorosas y luchando para proteger mi mente de la información que mis ojos le enviaban.

—¡No! —gritó Shannon cubriendose la boca con la mano—. No la leas, Claire.

Demasiado tarde.

Gibsie:

Te escribo esta carta con un profundo sentimiento de vergüenza.

No hay palabras para expresar lo mucho que siento haberte causado tanto dolor al no creerte.

Te he defraudado. Ahora lo entiendo y, si pudiera viajar hacia atrás en el tiempo hasta esa noche, te prometo que confiaría en tu palabra. Te protegería de él.

No sé cómo hacer que las cosas sean mejores para ti ni cómo redimirme, básicamente porque, en resumidas cuentas, todo se reduce al hecho de que se suponía que yo debía protegerte y no lo hice.

Mi mayor miedo es que no me creas cuando te digo que no lo sabía. Pero supongo que es una afirmación muy hipócrita, porque eso fue justo lo que te hice yo a ti.

Me lo contaste y no te creí. Eras un niño pequeño que confiaba tanto en su niñera favorita como para revelarle los horribles abusos que habías estado sufriendo a manos de tu hermanastro, pero yo elegí dejar que me cegaran mis hormonas adolescentes.

Decir que yo lo veía todo de color de rosa con respecto a Mark es una excusa que no voy a ponerte. A ti no, encanto.

Porque la verdad es que yo no quería escucharlo. No quería saber lo que pasaba. Había un increíble ángulo muerto y yo no veía más allá cuando se trataba de ese chico.

Pero esta noche lo he visto.

Cuando he entrado en tu habitación para comprobar cómo estabas y lo he visto aplastándote contra el colchón mientras te violaba, creo que he muerto por dentro. Tus ojos. Parecías destrozado. Vencido. No hacías ningún ruido. Tus lágrimas eran tan silenciosas como mi voz, y lo siento muchísimo.

No sé cómo se supone que voy a vivir conmigo misma después de permitir que sufrieras de ese modo. Sinceramente, no creo que pueda.

Te he escrito esta carta y quiero que se la des a tu mamá. Si no, cruza la calle y llévasela a Sinead Biggs. Solo tienes que entregarla, cariño, y te juro que él recibirá su merecido.

(Hago saber a cualquiera que lea esta carta que yo, Caoimhe Young, la noche del 5 de abril del año 2000, fui testigo de cómo mi novio, Mark Allen, violaba a su hermanastro de once años, Gerard Gibson, mientras supuestamente yo le hacía de niñera. También hago saber que dieciocho meses antes de ser testigo de esa violación, Gerard Gibson me había confesado que no se sentía a salvo con Mark y que lo había tocado de forma indebida. Por último, con mi más profundo pesar, hago saber que yo, Caoimhe Young, creí la palabra de mi novio antes que la de un niño inocente).

Por la parte de tu dolor de la que soy culpable, por mi silencio, nunca podré decir que lo siento suficientes veces. Solo me queda esperar que mi ausencia te proporcione algún consuelo, porque, aunque sé que no fui

yo quien abusó de ti, mi falta de voluntad a la hora de creerte te hizo
daño de formas de las que él no fue capaz.

Adiós, mi dulce niño.

CAOIMHE. X

Desvanecerme en ti

Claire

—¡Espera, Claire! —gritó Shannon siguiéndome mientras salía disparada del baño, echaba a correr por el pasillo y salía al frío aire nocturno.

—Dios mío...

No podía respirar.

—Dios mío...

¡No podía respirar!

Desplomándome en el suelo, perdí el control del reflejo del vómito y devolví profusamente.

—Parece que alguien se ha pasado con la bebida —se burló Ronan McGarry al pasar junto a mí mientras echaba los higadillos en un lateral del edificio.

—Parece que alguien debería meterse en sus asuntos —le soltó Shannon con un tono casi feroz mientras se arrodillaba a mi lado y me tapaba de las miradas curiosas.

—Anda, si es la ratoncita, que por fin ha encontrado su voz.

—¡Ay, vete a la mierda, Ronan! —espetó Shannon.

—¿Qué has...?

—¡Que te vayas a la mierda! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Ahora mismo!

—Madre mía, relájate —musitó antes de largarse con aire ofendido—. Estáis más locas que los gilipollas de vuestros novios.

—Shan. —Me aferré a mi mejor amiga mientras todo mi cuerpo se sacudía con violentos temblores y mi estómago no dejaba de revolverse—. Violó a... Violó a... Violó a...

—Lo sé, Claire. Yo también lo he leído —repuso llorando suavemente mientras acunaba mi cabeza contra su pecho—. Pobre Gibbsie.

En cuanto dijo eso, me invadió otra oleada de histeria.

—¡Tengo que encontrarlo!

—No, no, no —trató de persuadirme al tiempo que se sorbió la nariz—. Aquí no, ¿vale? No lo hagas así.

—¡Tengo que hacerlo! —exclamé casi a gritos mientras trataba inútilmente de ponerme en pie—. ¡Tengo que hablar con él! ¡Tengo que contarle a alguien lo que acabo de leer! —Apoyé las manos y las rodillas, me levanté y, en esa ocasión, mis temblorosas piernas lograron mantenerme en pie—. Shan, ¿tú la has leído? —Las lágrimas me impedían ver, así que giraba la cabeza en todas las direcciones para buscar a mi amiga—. ¿Has leído lo que decía esa carta?

—La he leído —susurró retirándome el pelo de la cara antes de quitarme con delicadeza la carta de las manos—. Mira, esto es muy importante, ¿vale? —Sorbiéndome la nariz, asentí mientras observaba cómo doblaba la carta con sumo cuidado y se la metía en el sujetador—. Ahora mismo no puedes reaccionar así.

—Pero yo solo...

—Lo sé —afirmó agarrándome por los hombros—. Lo sé, y tú lo sabes, pero Gibbsie no sabe que lo sabemos, y no es momento ni lugar para mantener esa conversación. No delante de toda esta gente.

—No puedo hacer como que no la he visto —balbuceé rodeándola con los brazos—. No puedo, Shan. Yo no soy así.

No lo era en ese momento. Ni iba a serlo nunca más. Ya había dejado

pasar demasiadas cosas a lo largo de mi vida. El acoso continuado de Lizzie. Las bromas crueles y las burlas hacia él. Toda una vida de angustia por verse obligado a vivir en esa casa con esas personas. El engaño sexual al que lo había sometido Dee.

No.

Nunca más.

Se había acabado.

—No te estoy pidiendo eso —repuso tranquilizándome—. Lo que te pido es que no digas nada. Al menos por ahora. Aquí no, ¿vale?

—Pero yo...

—No lo hagas —me suplicó sorbiéndose la nariz—. No hagas que reviva sus peores recuerdos en medio de un baile de instituto.

—¡Shannon, tengo que contarle esto a las autoridades!

—Estoy de acuerdo, Claire. De verdad, ¿vale? Pero aquí no. Esta noche no.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —sollocé—. No puedo fingir y ya está. —Tenía que hablar con él. Tenía que hablar con Sadhbh—. Mamá —gimoteé—. Tengo que llamar a mi madre.

—Tú sígueme el rollo, ¿vale? —contestó abrazándome con fuerza—. Sobreviviremos al baile y luego ya veremos lo que hacemos. Te prometo que voy a cuidar de ti.

—Pero ¿quién c-cuidará de Gerard? —dije casi llorando—. Dios, Shan, esto no está bien.

—Está con Johnny —respondió echándose hacia atrás para ofrecerme una lacrimógena sonrisa—. Ahora mismo no hay nadie en el mundo con quien pudiera estar más seguro.

—Y nada de «ya veremos», Shan —balbuceé—. Sé lo que tengo que hacer. —Era lo mismo que debería haber hecho con Dee—. Voy a informar de esto a la policía. —Tragué hondo con el pecho agitado mientras mi mundo implosionaba a mi alrededor—. Tengo que contarla.

Shannon no llevaba compresas en el bolso, pero sí un cepillo y pasta de dientes de emergencia, algo que agradecí enormemente.

Hicieron falta una barricada en la puerta del baño y cuarenta y cinco minutos de ejercicios respiratorios que ella había aprendido de su terapeuta para calmarme. Al final, salió del baño y me dio instrucciones estrictas de que me quedara donde estaba.

Regresó diez minutos más tarde con una pastillita de diazepina que había conseguido sonsacarle a Lizzie.

Otros veinte minutos después, había logrado recomponerme lo suficiente como para volver al baile.

—Tú sonríe —me murmuró Shannon al oído; luego me apretó la mano para reconfortarme—. Dos horas más y todo habrá terminado, ¿vale?

¿Dos horas más?

«¡Mal, mal, mal!».

No podía soportar el peso de mi conciencia, que amenazaba con hundirme.

Se me cortó la respiración cuando mi mirada soñolienta se posó en Gerard. Estaba en la pista de baile con Johnny y Patrick, y bailaba como si no hubiera un mañana.

Siempre de broma.

Ocultando su dolor tras una sonrisa.

—Ay, Dios —solté con voz ahogada.

—No —me indicó Shannon apretándome otra vez la mano mientras me conducía hacia la pista de baile junto a nuestros novios—. Hazlo por él.

¿Cómo lo hacía Gerard? ¿Cómo era capaz de vivir con demonios así y enmascarar su dolor con una sonrisa? Yo no lo entendía, pero en el fondo sabía que no podía permitirlo ni un minuto más. Se merecía que lo salvaran y yo estaba determinada a hacerlo. Nunca volvería a quedarme sentada viendo cómo se hundía bajo el agua. Lo llevaría a la superficie, aunque eso significara que fuera nuestra relación la que se ahogara.

—Ahí está mi prometida —declaró Gerard con una sonrisa voraz mientras se me acercaba bailando—. ¿Dónde coño has estado, muñequita? —Su aliento rezumaba alcohol, pero me hablaba con un tono cálido y afectuoso—. Te has perdido unos buenos temazos. ¡La banda está que se sale!

—Hummm.

Dibujé la sonrisa más alegre que pude, pero me quedó bastante insípida. Sabía que los consejos de Shannon tenían sentido. «No le fastidies la noche». Pero eso me parecía improbable, teniendo en cuenta que Mark Allen le había fastidiado la vida hacía tantos años. ¿Y Caoimhe? Dios, en ese momento tenía tantas emociones contradictorias que me daba miedo ahondar demasiado en ellas. La ira y el resentimiento se habían unido a mi desolación, y me devoraba un ansia incontrolable de justicia.

—¿Estás bien, muñequita?

Otra sonrisa acompañada de un gesto afirmativo de la cabeza.

Era todo lo que podía hacer.

«Pues haz algo más, Claire».

«Cógele la mano y llévatelo fuera».

«Dile que lo sabes».

«Rodéalo con tus brazos y ofrécele un lugar seguro para aterrizar».

«¡Y luego llévalo a la comisaría de la Gardaí a presentar cargos contra ese monstruo!».

Cuando la banda comenzó a tocar una versión propia de «Fade into You», de Mazzy Star, Gerard me llevó al centro de la pista. Me atrajo hacia él con una enorme mano que mantuve pegada a la curvatura de mi espalda, mientras con la otra sujetaba mi mano contra su pecho. Nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía, como si hubiéramos nacido para bailar esa canción juntos.

Me dolía el corazón y un sentimiento desesperado de pérdida y añoranza pesaba sobre mi alma, pero al menos él estaba allí conmigo. Intentándolo.

Siendo mío. Incapaz de soportar la presión que oprimía mi pecho ni un segundo más, levanté las manos y le agarré la cara.

—¿Estás b...?

No sé qué estaba diciendo, pero no tuvo ocasión de terminar, porque me puse de puntillas sobre los tacones y le di un beso.

Allí, en el centro de la pista, uní mis labios a los suyos. No fue un beso erótico ni seductor.

Tenía que hacerlo.

Si no lo besaba, iba a ponerme a gritar.

Así que opté por mantener mis labios pegados a los suyos y cerrar los ojos. Como no podía acercarme lo suficiente a ese chico ni profundizar en él tanto como deseaba, simplemente alargué la mano y la enredé en su pelo, sin separarme ni un segundo de sus labios.

«No».

«No es suficiente».

«Tienes que hacer algo más».

«¡Tienes que decir algo!».

Al final, con los pulmones a punto de estallar del esfuerzo que estaba haciendo por contener la respiración, lo solté y lancé un suspiro entrecortado.

Tenía sus ojos grises clavados en los míos, pero ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

En lugar de eso, nos quedamos mirando fijamente, absortos en el momento, en lo que sentíamos, en nosotros.

—Claire. —Inclinó un poco la cabeza, casi como si no estuviera de acuerdo con algo que ocurría en el interior de su mente—. ¿Qué pasa? —preguntó por fin.

—Nada.

—Eso no es verdad. —Me observó con recelo—. Cuéntamelo.

—Yo... eh... —intenté sonreír, pero apenas podía hacer que mis labios se

elevaran—. Yo... —«Dilo y ya está, porras. Cógele la mano y sal corriendo. ¡Sálvalo, Claire!»—. Es solo que estoy contenta de estar aquí contigo, Gerard.

Esas palabras me dejaron un regusto a traición en la lengua, porque, aunque no le estaba diciendo ninguna mentira, aquello no era suficiente.

—Claire.

Sus labios se separaron y vi cómo los recorría con su lengua antes de llevarse el de abajo hacia el interior de la boca, apretándolo furiosamente entre los dientes, que se clavaban sobre la carnosa piel. No era un método de seducción. Era un rasgo distintivo. Lo hacía cuando se sentía ansioso.

Porque en ese momento estaba asustado.

Tenía miedo de lo que estaba pasando entre nosotros.

De mí.

Yo lo estaba asustando.

Seguíamos bailando; nos movíamos al compás de la música que sonaba a nuestro alrededor, pero yo no estaba en esa pista de baile con él.

Me encontraba viajando hacia atrás en el tiempo, alucinando a medida que veía cómo todas las excentricidades que había dicho o hecho por fin cobraban sentido, como un rompecabezas que te parte en dos el corazón.

Gerard se había pasado la mayor parte de su vida atrapado en una habitación en su cabeza, mientras yo aporreaba la puerta, desesperada por sacarlo de ahí.

Porque su pasado era su prisión, y nuestro amor era el coche en el que huía.

«Lo sé», le dije mentalmente, «lo sé y te creo, y lucharé hasta la muerte para que se haga justicia».

—Claire. —Tenía las manos sobre mis hombros, y me las deslizó cuello arriba hasta depositarlas en los laterales de mi cara—. Te quiero.

Me quedé sin aliento porque sabía lo que iba a pasar a continuación.

En esa ocasión, cuando nuestros labios se encontraron, no nos quedamos

paralizados ni atascados en una guerra interior, porque la decisión estaba tomada.

Sujetando mis mejillas entre sus manos y mirándome fijamente con sus ojos grises, rozó su nariz contra la mía en un emotivo gesto de cariño. Una vez. Dos. Y luego sus labios se posaron sobre los míos.

Me sentí desfallecer y alargué las manos para encontrar sujeción, y lo hice en la parte delantera de la camisa que le cubría el pecho. Apreté la tela entre mis puños y me dejé llevar por el momento, dejando que sus labios guiaran los míos como habían hecho un millón de veces antes de un millón de formas distintas.

«Voy a amarte durante todo esto —le dije mentalmente—, incluso cuando haga cosas que harán que me odies».

La letra de la canción iba calando en mi subconsciente y sentía cada palabra en lo más profundo de mi alma. Cada nota parecía conectar en línea directa con mis sentimientos y mis deseos.

Porque quería desvanecerme en él.

Quería envolver su devastado cuerpo con el mío y ahuyentar sus demonios a base de calidez y amor. Quería llorar, porque todo era sumamente injusto. Quería... Tan solo quería.

Cuando su lengua tocó la mía con un lento movimiento anestesiante, sentí que mis músculos se tensaban. En algún punto aún más profundo de mí, crecía un delicioso dolor sordo que parecía seguir su ritmo particular.

Cuanto más me besaba, más rápido me latía el corazón y más fuerte se hacía el dolor. Era una emoción primaria sobre la que no tenía ningún control: parecía gozar de vida propia. Estar con él no me costaba ningún esfuerzo porque era de lo más natural. Como si fuera lo que se suponía que debía hacer. Esos labios eran los que mis labios habían estado esperando y no me servían ningunos otros.

Esas manos eran las que mi cuerpo aceptaba sin cuestionarlo ni dudarlo. Ese chico era el chico.

Mi corazón había sido creado para latir por él.

Yo estaba hecha para amarlo.

No me suponía ningún esfuerzo.

Cerré los ojos para ocultar las lágrimas, lo besé con todas mis fuerzas, explicándole con mi tacto todo lo que no podía decir en voz alta.

«Te creo, Gerard Gibson».

«Te creo».

«Te creo».

«Te creo».

Deja que haga esto por ti

Gibsie

A mi novia le pasaba algo horrible y yo no estaba seguro de si tenía que ver con el asunto de Dee, pero Claire no actuaba como de costumbre.

Para empezar, había desaparecido del baile durante más de una hora y, cuando volvió a aparecer, era evidente que había estado llorando. Después de negarse en redondo a decirme qué le pasaba, en la pista de baile no se separaba de mí.

Cuando empezó a besarme de forma tan apasionada que acabamos montando un numerito, sabía que algo iba mal, pero estaba demasiado borracho y caliente para poner freno a su repentina necesidad. De ahí la situación en la que nos encontrábamos.

Con el vestido subido hasta las caderas y las tetas al aire, me empujó hacia un sofá de la sala comunitaria de segundo de bachillerato. Se supone que no debíamos estar allí, pero cuando unió su boca a la mía, todas las normas saltaron por la ventana.

Se subió encima de mí, se puso a horcajadas y me besó con ansia. Yo no entendía nada, pero cuanto más se deslizaba sobre mí, más duro me ponía.

—Joder...

Movía el cuerpo de una manera diferente, como si tuviera miedo de perderme o algo así. Si me di cuenta de ese comportamiento fue porque yo

sentía lo mismo siempre que estaba con ella. Cuando me bajó la bragueta y deslizó su mano dentro de mis bóxers, me puse tenso.

—No pasa nada —dijo con tono persuasivo agarrándome con la palma de la mano. Se acercó y me besó con suavidad antes de volver a tirar de mí. Sus ojos marrones me miraban fijamente mientras me soltaba y se ponía de pie—. ¿Confías en mí, Gerard?

—Sí.

Instintivamente, hice ademán de seguirla, pero ella negó con la cabeza y me empujó de nuevo hacia el sofá.

—Y sabes que nunca te haría daño, ¿verdad?

—Pues claro.

Confuso, me eché hacia atrás y analicé su cara, incapaz de determinar lo que quería, pero cuando se arrodilló frente a mí y llevó sus manos a la cinturilla de mis calzoncillos, enseguida caí en la cuenta.

—Entonces deja que haga esto por ti.

—¡Espera, Claire! —empecé a decir, pero me detuve rápidamente cuando sentí su boca sobre mí—. Yo nunca... —Temblando con violencia, cerré los puños a los costados y mantuve la mirada fija en la parte superior de su cabeza mientras ella me trabajaba con la boca—. Joder...

—Gracias —dijo un rato después mientras se reajustaba el vestido.

—¿Tú me das las gracias a mí? —La confusión de la lujuria nublaba mi cabeza mientras me subía los bóxers. Mentalmente alucinado por las sensaciones que había extraído de mi cuerpo, me quedé allí con mis pensamientos. Con mi agitación. Con mi gratitud. Porque Claire acababa de hacer algo por mí que yo no me creía capaz de tolerar. Y, más que tolerarlo, lo había disfrutado—. Cielo, creo que está bastante claro que soy yo el que debería estar agradecido.

—Gerard, ya sabes que te quiero muchísimo —afirmó con los ojos de nuevo llorosos y un tono que me hizo caer en una espiral de pánico.

—Yo también te quiero, nena.

—No, quiero decir que te quiero de verdad —insistió con los ojos clavados en los míos y una expresión tan seria como su voz—. Eres mi primer amor. —Se le cortó la respiración, pero logró calmarse antes de hablar—: Mi único amor.

—Y tú eres el mío. —Le pasé un brazo alrededor de la cintura y tiré de ella para volver a sentarla sobre mí—. Me dices una y otra vez que no pasa nada, Claire, pero no soy idiota, ¿vale? Al menos, en todo lo relacionado contigo.

Desvió la mirada hacia sus pies.

—Hay algo de lo que quiero hablarte.

—Vale —contesté alargando la palabra mientras sujetaba a mi novia firmemente por la cintura—. Hum. —Se acercó un poco más y acarició mi nariz con la suya—. Cuéntamelo, nena.

Abrió la boca para hablar, pero la puerta se abrió y dos cuerpos se unieron a nosotros en la oscuridad de la sala.

—Enséñamelo.

—No.

—Que me lo enseñas, joder.

—¿Por qué te importa tanto?

—¡Ya sabes por qué!

—Hostia, no puedo seguir así.

—¿Y yo sí? Madre de Dios, esto me está destrozando. Tú me estás destrozando.

Ambas voces parecían familiares, pero fue la del chico la que hizo que mi novia llamara a su hermano.

—¿Hugh?

—¿Claire?

Pillado.

Con una risita, extendí la mano hacia la parte de atrás del sofá en busca

del interruptor de la luz y lo encendí.

—Parece que tú y tu hermana habéis heredado la misma mente obscena —bromeé, pero la sonrisa de comemierda que reflejaba mi cara se transformó de inmediato en una expresión de «no me jodas» cuando, en la penumbra, vi a mi viejo amigo con...

—¿Lizzie? —preguntó Claire girándose sobre mi regazo para fulminar con la mirada a su amiga—. ¿Qué haces escabulléndote a oscuras con mi hermano?

Lizzie, que nunca dejaba pasar la oportunidad de ponerme a caer de un burro, soltó:

—¿Y tú qué haces escabulléndote a oscuras con mi enemigo?

—No te atrevas a insultarlo —le advirtió Claire más furiosa de lo que jamás la había oído.

Se bajó de mi regazo como un luchador clandestino hiperestimulado y caminó frente al sofá con las manos cerradas en puños a los costados.

—Hey, muñequita —trató de persuadirla cogiéndole la mano—. No pasa nada.

—Sí que pasa —repuso con vehemencia sin mirarme a los ojos—. ¡En el mundo pasan muchas cosas y este instituto está lleno de gente falsa!

—¿Gente falsa? —Arrugué el entrecejo—. ¿De quién hablas, nena?

—De todos —declaró Claire subiendo la voz.

—Madre mía... —Frotándose la cara con las manos, Hugh se apoyó contra la pared que tenía detrás y soltó una trémula exhalación—. Si lo dices por mí, Claire, vale, sé lo que esto parece —le dijo a su hermana—. Pero tienes que confiar en mí.

—¿Confiar en ti? —se burló Claire—. Venga ya. Que vayas por ahí metiéndote en cuartos oscuros con tu ex no es nada digno de confianza, Hugh. —Centrándose en Lizzie, entornó los ojos en señal de advertencia—. Me da igual lo que hagas con Pierce, con mi hermano, con Patrick o con cualquier otro chico de la ciudad, pero no vuelvas a pronunciar el nombre

de mi novio. —Alzó un tembloroso dedo—. Va en serio, Liz. Si alguna vez has valorado mi amistad, pararás este insultante abuso, porque no voy a andarme con hostias. ¡Ya he tenido suficiente!

—Déjate de tonterías, Claire —espetó Lizzie incapaz de recular o incluso de dar su brazo un poco a torcer—. Tú nunca has sido mi amiga.

—Sí que lo he sido —replicó Claire con un tono frío como la muerte—. Hace mucho tiempo.

—Hace mucho tiempo. —Lizzie se encogió de hombros—. ¿En pasado?

—Exacto —dijo Claire para mi sorpresa—. En pasado, Liz.

—Entonces ¿por fin admites que lo eliges a él antes que a mí?

—Por supuesto —contestó Claire sin un atisbo de duda.

«Buah».

—¿Alguien ha cambiado la fiesta de sitio y no nos lo ha dicho al resto? —preguntó Feely mientras entraba en la sala un instante después seguido por el resto de la pandilla—. Gracias mil por pasar de nosotros, tíos —añadió ajeno al drama que se desarrollaba a su alrededor—. Muy bonito, de verdad.

—Joder, me muero de hambre —anunció Joey dirigiéndose hacia la zona de la cocina.

—Yo también, semental —convino Aoife, que iba del brazo de Katie—. Ahora mismo haría cosas terribles por un sándwich de pan tostado.

—¿Estamos todos bien? —preguntó Shannon lanzándole una nerviosa mirada a Claire—. ¿Claire? —Dio un paso adelante hacia su amiga—. ¿Estás bien?

—No, Shannon —espetó mi novia con la atención todavía fija en Lizzie—. No estoy bien. No estoy bien en absoluto, y si esta no deja de decir mierdas sobre mi novio, ¡se me va a ir la puta olla!

«Doble buah».

Era muy raro que Claire usara palabras tan malsonantes.

No formaba parte de su naturaleza.

—¿Por qué intentas que nos peleemos, Claire? —razonó Lizzie con la voz rota—. ¿Yo qué te he hecho?

—¿Qué me has hecho o qué has hecho por mí, Liz? —replicó Claire—. Porque durante este último año ha habido más de lo primero que de lo segundo.

—Ya sabes que no puedo estar contigo cuando estás con él —declaró sofocada levantando una mano—. Te dije hace meses y aun así decidiste seguir adelante.

—¡Porque estoy enamorada de él! —exclamó Claire airada—. ¡Porque ha sido mi mejor amigo desde siempre!

—¿Y yo qué he sido? —preguntó Lizzie con un hilo de voz—. ¡Mierda de perro?

—Tú fuiste una buena amiga durante mucho tiempo —reconoció Claire sin dudarlo ni un segundo—. Pero no te has portado bien conmigo desde la muerte de Caoimhe.

—¿Desde la muerte de Caoimhe? —repitió Lizzie poniéndose roja de ira—. ¿Quieres decir desde que el mierda de su hermano hizo que ella se suicidara? Dios, Claire, siento mucho que te hayas sentido abandonada, pero algunos de nosotros hemos estado lidiando con problemas de verdad. ¡Problemas bastante más serios que cazar mariposas o jugar a papás y a mamás con una camada de gatitos!

—¡Nada de lo que le pasó a tu hermana es culpa de Gerard! —gritó Claire—. Y ya estoy harta de quedarme de brazos cruzados mientras lo pones a parir. ¿Me oyes? Se acabó. Así que, si eso significa que tengo que tomar partido y perder amistades, pues estaré encantada de tomar partido por él y perder tu amistad.

—¡Claro que es culpa suya! —chilló—. Su hermano mató a mi hermana.

—¡Tu hermana se mató ella sola!

—¡Uala!

—Chicas, paraos un segundo a respirar, ¿vale?

Lizzie se echó hacia atrás como si la hubiera golpeado.

—No me puedo creer lo que has dicho.

—Por Dios, Claire, no le digas esas cosas.

—¡Hugh, no te metas! No conoces toda la historia.

—¿Y tú sí?

—Tu hermana se mató ella sola —repitió Claire por si no había quedado claro—. Caoimhe se suicidó y no puedes pasarte el resto de tu vida culpando a un chico inocente. Porque no conoces los hechos. La realidad de lo que pasó.

—Sé exactamente lo que pasó —sostuvo con voz entrecortada—. ¡A Caoimhe la violaron! ¡Ese monstruo violó a mi hermana y la llevó al suicidio!

—¡Te equivocas!

—No es verdad. Eres tú la que se equivoca. Te equivocas, Claire. ¡Joder, no tienes ni idea!

—¡No fue a Caoimhe a quien violaron! —gritó Claire con todas sus fuerzas. Juro que en ese momento el corazón se me paró en seco—. ¡No fue a ella, Lizzie! ¡Mark no violó a tu hermana! —Y, a continuación, puso mi mundo patas arriba cuando me señaló con un dedo y chilló—: ¡A quien violó fue a mi novio!

Asesinato en la pista de baile

Claire

En cuanto esas palabras salieron de mi boca, supe que había cometido un fatídico error de juicio. Por buenas que fueran mis intenciones, el imprudente afán con el que había defendido el honor de Gerard no había hecho más que dejar su cuello expuesto ante el enemigo. El amor ciego me había llevado a sus brazos y la lealtad ciega, a traicionarlo.

Con los ojos desorbitados por el horror, desvíe la mirada hacia él.

—Gerard.

Se me quedó mirando, petrificado como una estatua, inmóvil, sin pestañear, sin respirar.

—Mierda —dijo Joey en voz baja tan avispado como siempre, pues había comprendido la cruda verdad antes que el resto del grupo. Soltando aire de forma entrecortada, se sujetó la cabeza con ambas manos—. Joder.

—Lo siento —balbuceé al fin reaccionando mientras me acercaba a él e intentaba tocarlo y acunar su rostro entre mis manos—. Lo siento, lo siento, lo siento mucho, cariño. —Y era verdad que lo sentía. Por humillarlo. Pero no sentía haberlo dicho. No podía. Porque mi conciencia me aseguraba que, por primera vez en mi vida, había hecho lo correcto. Pese a que era de lo más aterrador—. No quería decirlo así —me apresuré a afirmar—. Ya lo sé, ¿vale? Sé que no debería haberlo dicho así, y lo siento muchísimo, cariño,

pero no me podía quedar de brazos cruzados.

Retiró suavemente mis manos de su cara y me las puso a los costados. Y luego se alejó un paso. Y luego otro.

—No, no, no, no —lloré con crudeza corriendo hasta la puerta para bloquearla e impedir que se marchara.

De fondo, los oía a todos gritar, pero no podía concentrarme en nada de lo que decían. Estaba demasiado inmersa en el ardiente fuego de traición que centelleaba en los ojos de Gerard.

—¿Cómo?

Una palabra.

Una única palabra.

Pero contenía el peso de una amistad de toda la vida.

—Encontré la carta —admití notando cómo las lágrimas de hacía un rato volvían con ganas renovadas—. Cuando subí a tu cuarto a coger las entradas. —Encogí los hombros con impotencia mientras intentaba explicar mis acciones a la única persona que me importaba en ese momento—. La cogí por error. Estaba junto a tu teléfono y tu cartera.

Traición.

Lo llevaba escrito en la cara.

Todos habían desviado su atención hacia él, que no dejaba de mirarme con una mezcla de sorpresa, horror y traición reflejada en sus ojos grises.

En su interior libraban una guerra millones de emociones diferentes, aunque la traición se llevaba la palma. Algunos de nuestros amigos gritaban. Otros solo miraban. Alguien se había puesto a llorar. No sabría decir quién. No era capaz de encontrarle sentido a sus voces. Me había quedado enraizada al suelo despreciando mi insensatez con todas mis fuerzas.

—¿De qué hablas? —preguntó Johnny perdiendo la calma mientras miraba a su alrededor como un loco deseando que yo volviera a meter al genio en la botella—. ¿Por qué has dicho eso, Claire?

—Johnny, calla —suplicó Shannon.

—¡Eres una cabrona de mierda!

—Lizzie, para.

—¿Qué coño significa eso?

—¿Tú qué crees, genio?

—¿Dices que le pasó a él?

—Evidentemente.

—Ay, Dios.

—¡No!

—Parad todos. —Ese era Hugh, que se había puesto a mi lado. Agradecida por su presencia y por el firme brazo que me había pasado sobre los hombros, me hundí contra él, sintiéndome débil y desmoralizada —. Joder.

—¡Qué gilipollez! —gritó Lizzie, que seguía escupiendo veneno—. ¡Eres una mentirosa de mierda, Claire!

—Gerard —repetí con la voz quebrada mientras mi mano salía disparada hacia mi boca. «¿Qué has hecho, Claire? Dios, ¿qué narices has hecho?». Ignorando la violencia verbal de Lizzie, le supliqué con los ojos al que hasta ese momento había sido mi novio que no me odiara—. Por favor.

No me respondió.

Solo siguió mirándome fijamente como si fuera una extraña y no la persona a la que había adorado durante toda su vida. Yo.

—Gerard —gemí con un hilo de voz—. ¡Por favor! No pasa nada. No pasa nada. No hay nada de lo que avergonzarse, cariño. ¡Tú no has hecho nada malo!

—¡No! —bramó Johnny con los ojos como platos y cargados de terror—. No le pasó a él. —Me miró como esperando que retirara lo que había dicho —. No le pasó a él.

Avergonzada, bajé la cabeza.

—Gibs —interpeló Johnny al tiempo que salía disparado hacia la puerta

en su intento de seguir a su mejor amigo—. Espera un momento, ¿quieres?

Pero era demasiado tarde.

Ya se dirigía hacia la salida.

—¡Gerard, espera!

No me contestó.

Tampoco miró hacia atrás.

Solo corrió más rápido de lo que jamás lo había visto moverse.

Como si nos uniera un cordel invisible, salí disparada tras él.

—¡Espera, Gerard!

Cruzando a toda velocidad los pasillos vacíos y oscuros, pasé junto a una pareja desconocida que se besaba contra las taquillas mientras gritaba su nombre a pleno pulmón.

Se suponía que no debíamos estar en el edificio principal (era una zona prohibida a partir de las diez de la noche), y sabía que mis gritos podían alertar a algún profesor de nuestro allanamiento de morada colectivo, pero en ese momento no podía importarme menos.

Todo lo que yo era, lo que iba a ser siempre, se concentraba solo en el chico al que perseguía.

—¡Gerard! —dije jadeante cuando empujé la puerta de salida y lo vi avanzar a zancadas por el otro extremo del patio—. ¡Espera, por favor!

Había tirado la chaqueta y la pajarita por el camino.

Pasé por encima de ambas prendas y eché el cuerpo hacia delante mientras la adrenalina le inyectaba potencia a mis piernas.

—Por favor —le supliqué agarrándome a la manga de su camisa cuando por fin logré alcanzarlo—. No te vayas así.

Tomándome su vacilación momentánea como una oportunidad, me lancé sobre él.

—Cariño, siento mucho que haya salido así —gimoteé lanzando besos desesperados sobre cada centímetro de su cuello mientras me aferraba a su enorme cuerpo—. Te quiero. Te quiero, te quiero, te quiero...

—Para. —Respirando con dificultad, Gerard se puso las manos en las caderas y agachó la cabeza—. Para, por favor.

—Quiero ayudarte. —Llorando desconsoladamente, me agarré al pecho de su camisa, aterrorizada de que volviera a alejarse—. ¡Por favor, déjame ayudarte!

—Claire, para —balbuceó apartando la cara cuando fui a besarla—. Por favor, para, ¿vale? —Un enorme escalofrío recorrió su grandioso cuerpo—. Ahora mismo no puedo hacer esto.

Quería empujarlo. Derribar sus muros e irrumpir en su corazón y en sus secretos como él había hecho conmigo tanto años atrás, pero su mirada me decía que estaba a punto de perder la paciencia conmigo.

—Gerard, quiero ayudarte, si pudieras...

—¡No quiero que me ayudes! —Me arrancó las manos de su camisa y se apartó de mí—. ¡No quiero que nadie me ayude, joder!

—Gerard, por favor. —El corazón se me partió en dos cuando vi la primera lágrima aterrizar sobre su mejilla—. Estoy aquí para lo que quieras. Habla conmigo.

—¡No hay nada que hablar! —El cuerpo le temblaba cuando levantó una mano para advertirme que no me acercara—. ¡Porque no hay ningún problema, Claire! ¿Me oyes? Estoy bien, joder. ¡Yo siempre estoy bien!

Su respuesta solo consiguió que los dos nos pusiéramos a llorar con más intensidad.

—Te violaron.

—No. —Con un gesto, negó fútilmente algo que ambos sabíamos que era verdad—. ¡No!

—Gerard, es un depredador —intenté razonar—. No puedo quedarme de brazos cruzados. —Mientras sacudía la cabeza, sentía cómo las lágrimas me resbalaban por las mejillas—. No puedo. Porque ¿qué pasa con los otros niños a los que tiene acceso?

—No eras quién para contar mi secreto, Claire —dijo con voz

entrecortada y con todo su cuerpo temblando—. Era algo mío.

—¿El secreto?

—¡La culpa!

—¡Ese monstruo abusó de ti, eso no es culpa tuya! —le aseguré determinada a no retroceder ni a darme por vencida con él—. ¡No es culpa tuya!

—No me mires así —me exigió limpiándose rudamente los ojos con el dorso de la mano—. ¡No me mires como si no fuera la misma puta persona a la que llevas dieciséis años mirando!

—No lo hago, Gerard —sollocé desesperada por consolarlo—. Sé quién eres. —Mis pies volvieron a ir directos hacia él—. De verdad, cariño. Lo sé.

—Deja de mirarme como si estuviera roto, Claire —me espetó echándose aún más hacia atrás cuando intenté acercarme—. ¡Simplemente deja de mirarme, joder!

Dios mío.

Estaba más que roto, y yo no podía derrumbar el muro que había erigido para protegerse. No podía derrumbar las mentiras que se había inventado para ocultar la verdad. Como la hiedra que tapa los muros de una casa, su verdadero carácter y las grietas del cemento. Yo no podía reparar sus grietas porque, para empezar, él se negaba a reconocer que existían.

—Gerard. —Intenté convencerlo de nuevo mientras oía cómo mi voz se resquebrajaba bajo el peso de mi torrente de emociones—. Por favor, vuelve adentro conmigo.

Él sacudió la cabeza lentamente y continuó retrocediendo.

—No quiero hacerte daño.

—No me haces daño por decirme tu verdad, Gerard.

—Sí —gimoteó con el pecho agitado—. Ya te está haciendo daño, Claire.

—Sorbiéndose la nariz, soltó un quejumbroso lamento y se pasó una mano por el pelo—. ¡Joder! —Perdiendo la calma, alzó la vista al cielo nocturno y rugió de nuevo la palabra «joder» a voz en grito—. No dejas de

presionarme, Claire. ¡Me presionas una y otra vez! —Levantó las manos con impotencia—. Y yo no tengo nada más que ofrecer.

—Yo tengo mucho que dar —prometí invadiendo el espacio que él había creado entre nuestros cuerpos—. Suficiente para los dos.

—Me has hecho daño —afirmó con voz ahogada y respirando con dificultad—. Me has destrozado, Claire.

Dolor.

Me devoró entera.

—No era mi intención —susurré entre sollozos, agarrándome el pecho, mientras sus palabras rebotaban en mi interior como un perdigón—. Siento mucho haberte hecho daño y que las cosas hayan salido así. —Me sorbió la nariz y cogí algo de aire antes de añadir—: Pero no siento haberte defendido, Gerard.

En ese momento, mis palabras no le brindaban ningún consuelo a mi novio, porque en lugar de tomar la mano que le había tendido, sacudió la cabeza y se alejó aún más de mí. Y luego dijo algo que me dejó el alma hecha pedazos:

—Ya no quiero ser tu novio.

—No lo dices en serio.

—Sí. —Las lágrimas le recorrían las mejillas mientras lloraba—. Ya no soy tu novio, Claire Biggs, ni tampoco tu amigo.

—¡Gerard!

Entonces nos llegaron algunas voces familiares y oí que Johnny lo llamaba con un tono frenético.

—No, Gerard —empecé a decir, pero él ya había echado a correr—. ¡Espera! —exclamé llorando mientras me agarraba la cabeza con las manos—. ¡Dios mío!

—¡Gibs! —Cuando Johnny dobló la esquina vociferando, se encaminó directamente hacia mí—. ¿Claire? ¿Dónde está? —Respiraba de forma entrecortada y miraba a un lado y a otro del vacío patio escolar—. ¿Dónde

está Gibbs?

—¡Claire! —gritó Shannon un instante después mientras corría hacia mí con la falda de su precioso vestido blanco subida por las rodillas—. ¡Dios mío, Claire!

—La he cagado, Shan —gimoteé con voz ronca—. Lo he estropeado todo.

—No pasa nada. —Con mirada compasiva, vino a toda prisa hacia mí y me envolvió entre sus brazos—. No has hecho nada malo. Chisss... Chisss... No pasa nada.

—Decidme qué pasa —suplicó Johnny observándonos confundido—. Por favor, chicas, decidme qué pasa.

Manteniendo un brazo a mi alrededor, Shannon se llevó la mano al sujetador y sacó la carta. Mientras la sujetaba, me pidió permiso con la mirada. Desplomándose contra ella, asentí débilmente.

—Esta noche Claire ha encontrado esto en el cuarto de Gibbsie.

Sorbiéndose la nariz, le entregó la nota a su novio y con la otra mano me limpió una lágrima de la mejilla.

Sin palabras, Johnny desdobló la nota y, como estaba demasiado oscuro para leerla, se metió la mano en el bolsillo para sacar su teléfono. Desbloqueó la pantalla y lo sujetó sobre la carta mientras recorría las abominables palabras con los ojos.

Se le cortó la respiración y dejó caer el teléfono, pero, en lugar de apartar la mirada de la página, se fue agachando lentamente hacia el suelo tanteando a su alrededor con una mano temblorosa.

—Joder... —Se le quebró la voz y vi cómo ese enorme chico, de popularidad y tirón ilimitados, se rompía frente a nosotras—. ¡Joder! —Con la cabeza gacha, se agarraba el pelo sin despegar los ojos de la carta—. Joder, Gibbs. —Lanzó un sollozo cargado de dolor—. Tú no, tío. —Sus hombros se estremecieron entre escalofríos—. ¡¡¡Tú no, joder!!!

—Johnny —sollozó Shannon llevándome hacia él para poder ponerle una

mano en la cabeza.

—Ya lo sé, cariño. —Casi por instinto, su mano salió disparada hacia la pierna de ella—. Ya lo sé.

Ya no quiero ser tu amigo

Claire

—Todo va a ir bien. —Con un brazo alrededor de mi cintura, Shannon me conducía de nuevo hacia la sala comunitaria—. Johnny va a encontrarlo.

—Debería haber ido con él —contesté bloqueada—. Es culpa mía.

—No, Claire, no lo es. Te juro que nada de esto es culpa tuya. —Se paró delante de la puerta y se volvió para mirarme—. Además, no estás en condiciones de ir de un lado para el otro buscándolo. Joey no está bebiendo. Nos llevará a tu casa y esperaremos hasta que Johnny lo traiga de vuelta. Porque va a encontrarlo, Shan. No parará hasta que lo haga.

—Shan, ahora mismo no puedo enfrentarme a Lizzie —admití señalando la puerta cerrada—. No puedo. —Sorbiéndome la nariz, me retiré una lágrima de la mejilla—. Porque si dice una sola palabra más sobre Gerard, creo que voy a estallar.

—Entonces espérate aquí, ¿vale? —replicó Shannon—. Entraré y le pediré a mi hermano que venga.

—Vale —concedí con un sollozo, segura de que no era conveniente que me acercara a nuestra amiga en ese momento.

Cuando Shannon abrió la puerta unos segundos después e intentó deslizarse discretamente hacia el interior de la sala, oí la voz de Lizzie retumbar en el aire.

—¡Me da igual lo que diga Claire! ¡Está claro que él está intentando comerle la cabeza y darle la vuelta a las cosas! —gritaba—. ¡Ella se lo ha inventado todo para cubrirlo!

Y ahí se acabó.

No pude soportarlo más.

Perdí hasta la última pizca de autocontrol que me quedaba, planté la palma de la mano sobre la puerta semicerrada y la empujé para abrirla.

—¿Que me lo he inventado? —Mi voz sonaba fría como el hielo allí parada en la puerta con los ojos fijos en aquella esbelta rubia—. ¿Que me lo he inventado?

—¿Cómo has podido? —preguntó Lizzie entre sollozos volviéndose hacia mí—. ¿Cómo has podido mentir así sobre mi hermana?

—No he mentido —me oí responder, consciente de que lo único que me quedaba por perder ya había desaparecido—. Y no me he inventado nada. —Entrecerrando los ojos, volví a repetirlo apretando los dientes—: Mark no violó a tu hermana.

—¡Claro que sí! ¡Lo leí en su nota de suicidio! —chilló con lágrimas cayendo libremente por sus mejillas—. ¡Lo sé, Claire! —Ahogando un suspiro entrecortado, sollozó—: ¡Sé lo que le hizo!

—¡Tú no sabes nada! —chillé yo a mi vez perdiendo el control—. ¡No tienes ni puta idea de lo que pasó en realidad, Lizzie!

—¿Y tú sí?

—¡Sí! —contesté—. Tu hermana no es la víctima de esta historia. Y desde luego no fue la víctima de Mark. ¡Fue su cómplice!

Se podría oír el vuelo de una mosca.

—¿Qué dices, Claire? —preguntó Hugh viniendo directo hacia mí—. ¿Qué cojones significa eso?

—No se lo hizo a Caoimhe, Hugh —gimoteé cuando mi hermano me puso las manos sobre los hombros—, sino a Gerard.

—¿Qué? —Mi hermano se tambaleó hacia atrás, con las manos agarradas

al pecho—. ¿Qué quieres decir con que se lo hizo a Gerard?

—Hay una nota de Caoimhe —intenté explicar temblando de pies a cabeza—. Gerard la ha guardado todo este tiempo. —Estremeciéndome, logré continuar—: En ella lo explica todo.

—¡Cómo te atreves! —exclamó Lizzie con los ojos llenos de horror y traición—. No hay ninguna otra carta.

—¡Cómo te atreves tú! —repliqué retándola—. ¡Cómo coño te has atrevido a tratar a Gerard como lo has hecho durante todos estos años! —No podía detener mis lágrimas ni dejar de levantar la voz—. Y claro que hay otra carta, la de verdad, joder, y te sugiero que la leas, Liz. Y, cuando lo hayas hecho, quizá quieras empezar a dirigir tu ira hacia la gente adecuada. —Entorné los ojos y espeté—: ¡Porque Gerard Gibson nunca ha sido el objetivo correcto!

—No, no, no, yo sé la verdad —dijo tratando desesperadamente de rebatir mis protestas con la cara llena de lágrimas y el aspecto más vulnerable que le había visto desde el funeral de su hermana.

Parecía tan destrozada, tan completamente perdida, que por un momento sentí la acuciante necesidad de estrecharla entre mis brazos para que se sintiera mejor.

Pero no podía hacer eso.

Esa vez no.

No podía doblegarme ante su ira.

Su dolor le pertenecía a ella. No era justo que nos lo pasara a los demás.

No era la misma chica con la que había crecido y, aunque su corazón estaba roto por todas las penas que le había tocado soportar, no podía vivir con ese nivel de toxicidad en mi vida.

—Sé lo que pasó en realidad —afirmó sin dejar de llorar.

—No estabas allí —repuse esforzándome por mantener la calma cuando sentía todo menos eso—. No sabes toda la historia. Nunca la has sabido. Igual que nosotros. —Me erguí y me obligué a añadir—: Pero ahora sí la

sabemos.

—Gerard está intentando cambiar la historia.

—¿De qué?

—¡De la muerte de mi hermana!

—¡No es verdad! —le grité en respuesta—. Gerard no ha hecho más que intentar sobrevivir con las horribles cartas que le han tocado en la vida.

—No te creo —sollozó empujando con fuerza a Patrick, que había intentado abrazarla—. ¡Dios, ahora mismo te odio con toda mi alma, Claire!

—Vale —solté—. No me creas. Llámame «mentirosa». Si odiarme te ayuda a llenar algún hueco de tu corazón, adelante, hazlo, pero no esperes que me quede aquí sentada aguantando tus mierdas. Porque paso. Igual que paso de ti.

—Claire —se apresuró a intervenir Shannon—. No lo dices en serio.

—Uy, nunca he hablado más en serio, Shannon —sentenció—. No puedo seguir así con ella. No quiero.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo Lizzie entre sollozos.

—No, te esperas a que acabe —le espeté—. Porque estoy harta de morderme la lengua y no voy a volver a permitir que uses a Gerard como saco de boxeo nunca más.

—Eres una zorra de cuidado.

—¡Y tú eres una abusona! —rugí—. Gerard lleva años aguantando tus gilipolleces. —Furiosa, moví la cabeza hacia los lados—. Él sabía la verdad y dejó que lo trataras así. Te dejó mangonearlo, tergiversar las cosas y poner a sus amigos en su contra. —Entrecerré los ojos en señal de repulsa—. Eso lo hiciste tú sola, Lizzie. Pero se acaba aquí. ¿Me oyes? Ve a pedir ayuda. Aclara tus ideas porque estoy hasta las narices de seguirte el rollo. ¡Me planto!

—Chicas, por favor —interrumpió Shannon—. No os peleéis.

—Yo no me estoy peleando, Shannon —aseguré—. Solo digo que se acabó.

—Aún podemos arreglarlo —trató de implorar Shannon—. Venga. Con todo lo que hemos pasado juntas... Podemos superar esto.

—Yo no. —A Lizzie se le escapó un lamento—. Después de lo de esta noche no.

«Yo tampoco podía».

—No vuelvas a hablarme en tu vida, Lizzie Young —le advertí; luego, verdaderamente decepcionada conmigo misma, me alejé de una de mis amistades más antiguas por el bien de otra.

¡Te quiero a morir!

Gibsie

—Gerard, por favor —trató de persuadirme mamá para que le dijera algo.

Pero en ese momento yo no quería paternalismos ni consuelo. Estaba demasiado ido. Todo lo que había logrado reconstruir con tanto ahínco después de que él me destruyera, se había esfumado en un instante.

No sabía cómo había llegado hasta casa desde el baile. No sabía si estaba viviendo otra pesadilla o incluso si respiraba. Era incapaz de encontrarle sentido a ninguna puta palabra.

«Me sujetaba por la nuca, aplastándome la cara contra el colchón.

»—Papá... —intenté gritar, pero él no podía oírme porque el cielo estaba muy lejos—. Ven y llévame contigo.

»—¡Quédate así y aguanta, cabroncete de mierda!

»—Me haces daño —logré balbucir retorciéndome de dolor al sentir que algo me atravesaba por detrás, partiendo mi cuerpecito por la mitad.

»—Se acabó —gruñó mientras seguía lastimándome, empujando, más profundo, más fuerte, más duro—. Te voy a hacer un hombre, nenaza.

»—Para. —Yo lloraba. Sabía que lo hacía. Tenía la boca abierta, sentía cómo las lágrimas me resbalaban por las mejillas, pero no me salía la voz —. Por favor, para.

»Paralizado, sentía que la vida iba abandonando mi cuerpo,

desvaneciéndose más rápido cada vez que hundía sus partes dentro de mí, a medida que el dolor aumentaba, y mi mente comenzó a divagar...».

Me sentía acorralado, así que me puse a golpear, rasgar y romper todo lo que tenía a mano, porque su cara era lo único que veía cada vez que me giraba.

—¡Keith, detenlo, por favor! ¡Va a hacerse daño! —le oí decir a mi madre desde algún punto lejano, sin llegar a vislumbrar su rostro, pues solo lo veía a él.

«Hecho un ovillo en mi cama, vi cómo se colocaba junto a mí y se desabrochaba los pantalones del uniforme escolar. Él llevaba el de los mayores. Los que iban a secundaria.

»—Ya sabes cómo va esto, hermanito. —Se sentó al borde de la cama, me retiró el pelo de la cara y llevó sus manos a mi entrepierna—. Mantén el pico cerrado y yo no me pasaré mucho contigo.

»Tremblando, no me atrevía a mirarlo directamente. Y era normal. Sabía lo que pasaba cuando no me portaba bien. Cuando no le daba lo que quería.

»—Buen chico. Tú siempre estás bien, ¿verdad? —Me frotó la mejilla y luego se volvió a poner de pie—. Te veo mañana por la noche.

»Esperé hasta que la puerta se cerró para asegurarme de que estaba bien y ponerme el pijama de los Power Rangers, estremeciéndome cuando saqué la mano con el habitual rastro de sangre...».

Sabía que había perdido el contacto con la realidad. Sentía que mi cordura regresaba furtivamente al instituto. El minúsculo ápice de dignidad y orgullo al que había logrado aferrarme durante los últimos diez años había acabado abandonándome.

«—Cuando sea mayor, voy a casarme contigo —dijo ella acercando la cara de su Barbie a mi muñeco de acción—. Tú serás mi príncipe valiente en su caballo blanco y yo seré la princesa.

»Cuando me sonrió, sentí que mis labios sonreían en respuesta. Porque le faltaban todos los dientes de delante y me parecía que era una cosa ridícula.

»—¿De verdad vas a casarte conmigo?

»—Ajá. —Tenía unos ojos marrones alegres y enormes, y cuando sonreía era como ver la luz del sol—. Te voy a llevar a mi castillo en el Polo Norte, donde podremos hacer muñecos de nieve todo el día, y cuando Papá Noel vuela sobre nosotros por las noches nos dará regalos.

»—¿Tu castillo tiene chimenea?

»—Hum, creo que no.

»—Entonces ¿cómo va a dejar Papá Noel los regalos?

»—Papá Noel es superlisto —me explicó—. Hará que tu padre baje volando del cielo y use su magia para abrir la puerta...».

—Keith, ¿qué le ha pasado?

—No sé, Sadhbh. A lo mejor se ha tomado algo en el baile.

—Llama a alguno de sus amigos. ¡Si lo ha hecho, tenemos que llamar a una ambulancia!

—Voy a buscar a Sinead.

—¡Date prisa!

«—¿Por qué dices algo así? —Caoimhe saltó del sofá y se alejó de mí todo lo que pudo. Como si yo fuera sucio. Malo—. ¿No me estarás mintiendo, Gerard Gibson? Porque eso es lo peor y lo más feo que puedes decir sobre una persona.

»—No sé —me oí responder.

»—¿No sabes si mientes o no sabes por qué lo has dicho? —me preguntó mientras ponía los brazos en jarras—. Te voy a dar otra oportunidad para que digas la verdad. —Sus ojos parecían furiosos—. Si no lo haces, le contaré a tu familia lo que has dicho.

»—Yo... —Negué con la cabeza; me sentía muy triste porque sabía lo que ella quería que dijera y quería complacerla. Era mi niñera favorita. Me contaba los mejores cuentos antes de irme a la cama y, cuando ella estaba en mi cuarto, nadie entraba en él. No quería que se fuera—. Yo... —Frunciendo el ceño, pensé muy bien qué hacer, intentando encontrar las

palabras que la pusieran contenta e hicieran que yo volviera a gustarle—. Yo... estaba... haciendo una broma.

»—¡Ay, gracias a Dios! —Lanzó un suspiro muy sonoro y luego se acercó de nuevo hacia mí—. Esas cosas no se dicen, Gibs. —Se sentó a mi lado en el sofá—. Ya sé que era tu niñera antes de ser la novia de Mark, pero no puedes inventarte esas historias sobre él solo porque estés celoso...».

—¿Claire? Soy Sadhbh, cielo. Gerard no está bien. Creo que puede haberse tomado algo en el baile. Necesito que vengas enseguida. Si sabes qué es lo que puede haber tomado, tienes que decírmelo ahora mismo.

—¿Qué dice?

—¿Cómo, Claire? Apenas te oigo, cariño. Tranquilízate y deja de gritar, cielo. Cuéntame lo que ha pasado.

—¿Sadbh?

—Cállate, Keith. Estoy intentando escuchar lo que me dice. La línea se corta y ella está llorando a mares.

«—¿Lo ves? —me animó la rubia del despacho presionando la palma de mi mano contra su pecho—. ¿A que es agradable?

»Asentí lentamente.

»—¿Habías tocado antes a una mujer?

»Dije que no con la cabeza.

»—¿Te gusta la sensación?

»Volví a asentir.

»—Eres muy mono. —Sonriendo, me cogió la otra mano y se la metió en la cinturilla de la falda—. Si quieras puedes practicar conmigo...».

—Gibs.

—Ay, Johnny, menos mal que has venido. Está fuera de sí. Ya no sé qué hacer. Ha querido romper un espejo con la mano y todo.

—Sadbh, necesito que leas esto.

—¿Qué es, Johnny?

—Tú léelo, por favor.

—No te acerques a él, Kavanagh. Está demasiado fuera de control.

—No habrá problema. Dejadme unos minutos con él.

—Ten cuidado, Kavanagh, parece que no reconoce a nadie.

—¿A que a mí me reconoces, Gibs? Venga, amigo. El capi está aquí.

«—A ver, clase, mirad todos al frente —ordenó el señor O'Donovan cuando entró en el aula el lunes por la mañana seguido de un chico alto de pelo oscuro—. Se nos une un nuevo compañero —explicó dándole unas palmaditas en el hombro a aquel chaval tan alto—. Este es Jonathan Kavanagh. Él y su familia se han mudado aquí desde Dublín el verano pasado y quiero que todos le hagáis sentir bienvenido. —El chico, con el entrecejo arrugado, recibió un apretón en el hombro—. Por lo que he oído, podemos esperar grandes cosas de este chaval en el campo de rugby. —Girándose hacia él, dijo señalándome—: Kavanagh, ¿por qué no te sientas en la parte de atrás con el joven Gibson?

»Todavía con el ceño fruncido, el tal Kavanagh avanzó tranquilamente por entre las filas de pupitres con la cabeza bien alta. Yo sabía que los chicos iban a decir que eso le hacía parecer un cabrón engreído, pero a mí me parecía una actitud increíble.

»Dejó la mochila en el suelo junto a la mía, echó la silla hacia atrás y se sentó, aún con el entrecejo arrugado, como si se creyera demasiado bueno para los demás.

»—¿Qué tal? —susurró Robbie Mac dándose la vuelta en el pupitre que teníamos delante para presentarse—. Robbie.

»—Johnny —lo saludó el chaval que se había sentado a mi lado con gesto educado.

»—Así que, te mola el rugby, ¿eh, Johnny?

»Sus labios se curvaron formando una sonrisa mínima.

»—Podría decirse que sí.

»—Bueno, otros tíos de clase y yo solemos ir a jugar los lunes después

del insti. Vente, si quieres.

»—¿Tú vas?

»Tardé unos segundos en darme cuenta de que me hablaba a mí.

»—¿Yo? —pregunté igualmente para estar seguro; y es que, aparte de Hugh y Feely, nadie en clase se molestaba en hacerme ni caso.

»—Sí. —Asintió Johnny—. ¿Tú juegas?

»Cuando me disponía a responder, Robbie se me adelantó:

»—¿Quién, Gibsie? —Se tapó la boca para soltar una risita—. No puede jugar a ningún deporte. Se desmaya si ve sangre. —Volvió a reírse—. Es el Billy Elliot de la clase. —Más risas—. Le gusta bailar con las chicas.

»Sentí que me ruborizaba de la vergüenza y enseguida llevé la vista hacia el cuaderno abierto que tenía delante, convencido de que ese chico al que habían sentado a mi lado iba a ser otro candidato perfecto para el club de los gilipollas. El cuaderno estaba lleno de garabatos que, aunque había escrito yo, apenas podía leer.

»—¿Y qué? —repuso Johnny para mi sorpresa—. ¿Te parece que bailar es algo malo?

»—¿A ti no?

»—No.

»—Hostia, igual el profe ha acertado al sentarte en ese pupitre con él — se burló Robbie señalándome con el dedo.

»—Pues igual sí —respondió serenamente.

»—Bueno, chicas —dijo Robbie con desdén antes de darse la vuelta hacia delante—, disfrutad de vuestra mutua compañía.

»—Soy Johnny. —Me tendió la mano—. Johnny Kavanagh.

»—Gerard Gibson —repliqué aceptando el apretón—. Pero todos me llaman Gibsie.

»—Dime, Gibsie, ¿en esta clase son todos igual de capullos que ese? — preguntó señalando a Robbie.

»—Hay un par que se salvan —contesté notando cómo en los labios se

me dibujaba una minúscula sonrisa—. Pero sí, mayormente.

»Johnny asintió con solemnidad.

»—¿Y quién es tu mejor amigo de todos ellos?

»—¿Mi mejor amigo? —Levanté las cejas—. Bueno... yo... eh... me llevo muy bien con esos dos de ahí. —Señalé al otro extremo del aula, donde estaban sentados Hugh y Feely—. Pero diría que aquí no tengo ningún mejor amigo. —Sonriendo, añadí—: Tengo novia. Aunque va a otro colegio.

»—¿Es tu amiga o tu novia?

»—Las dos cosas, supongo.

»—Hum. —Johnny pareció sopesar mi respuesta antes de plantearme—: ¿Quieres ser mi mejor amigo? —Se encogió de hombros—. Me da la impresión de que voy a tardar algún tiempo en salir de esta ciudad, así que no me iría mal echar algunas raíces.

»—¿Yo?

»—Sí, tú.

»—¿Quieres que sea tu mejor amigo?

»Volvió a asentir y, solo con esa primera interacción, ya me había dado cuenta de que era listo. Ese tío no era ningún pardillo. Estaba claro que nos había tomado las medidas a todos y, por algún extraño motivo, había decidido que yo era el mal menor.

»—Entonces ¿qué, Gibbs?

»—Vale. —Sonreí—. Cuenta conmigo.

»—Qué bien —soltó con una risita—. Y lo primero en lo que vamos a trabajar es en esa fobia a la sangre. —Sonriendo, chocó su hombro contra el mío—. Porque me da la sensación de que dentro de ti hay un *flanker* despiadado y bestial esperando para salir...».

—Gibbs... Venga, Gibbs, tío, que soy yo... Vuelve, Gibbs. Vuelve conmigo.

La reconocible voz de mi mejor amigo llegó a mis oídos y me di la vuelta de inmediato. Lo vi plantado en medio de mi habitación con las manos

levantadas.

—¿Johnny?

—El mismo que viste y calza. —Su tono era suave, persuasivo y cargado de aprobación—. ¿Lo ves? Sabía que podías oírme, cabrón.

Acuciado por el pánico, como si una de mis pesadillas acabara de masticarme y escupirme al mundo real, dije:

—¿Johnny?

—Soy yo, Gibbs. —Dio un paso hacia mí, con las manos todavía levantadas—. Aquí estoy, tío.

Le eché un vistazo a mi cuarto y sentí cómo aumentaba la familiar oleada de histeria mientras mis ojos asimilaban el destrozo. Lo había causado yo. Estaba seguro. Lo había destrozado todo. La cama. Los muebles. ¿Las paredes? ¿Las cortinas?

—¡Virgen del amor hermoso!

¿Y mi madre? Lancé una mirada llena de pánico hacia ella. Estaba en la puerta de la habitación con la cabeza entre las manos. Keith asomaba por detrás, pálido como un fantasma.

—Ya pasó —siguió diciendo Johnny con ternura, pero luego se le quebró la voz y vi que le caían algunas lágrimas por las mejillas—. Quédate conmigo, Gibbs.

¿Por qué me decía eso?

¿Por qué lloraba?

¿Por qué cojones lloraba yo?

—¡Gerard! —La voz de Claire se abrió paso entre todo ese disparate y esa niebla, y me giré justo a tiempo para ver cómo su hermano la sujetaba.

—¿Qué coño pasa? —quiso saber, inquieto bajo la mirada de todos—. ¿Qué he hecho?

—Nada, Gibbs —me respondió Johnny avanzando otro paso hacia mí—. Yo solo... —Hizo una pausa, se pasó la lengua por los labios y le echó un rápido vistazo a mi mano antes de volver a centrarse en mi cara—. ¿Me

oyes?

—¡Claro que te oigo! —le espeté—. ¿Por qué mierda no iba a oírte?
De nuevo, desvió su atención hacia mi mano, así que yo hice lo mismo.
—Virgen santa...

Sangre.

De la mano me brotaba una sangre espesa de color carmesí, que goteaba sin cesar sobre la alfombra. El enorme fragmento de espejo roto al que me aferraba era sin duda el culpable del sangrado.

—Dios —balbuceé alejando de inmediato el trozo de vidrio de mi cuerpo y luego respirando agitadamente al darme cuenta de lo empapada de sangre que llevaba la camisa—. Yo no quería... No estaba... —Negando con la cabeza, me tambaleé hacia atrás, debilitado por lo que acababa de ver—. Nunca os haría daño.

—Todos lo sabemos, tío—convino Johnny acercándose más—. Eres buena persona. No harías daño ni a una mosca. Así que no te preocupes por eso, ¿vale? Porque no es a nosotros a quien tememos que hagas daño, Gibbs.

—No quería hacerlo —me apresuré a decir retirando bruscamente las lágrimas mientras mi mano derecha no dejaba de chorrear sangre—. No sé cómo sigo en pie —musité arreglándome las para no desmayarme ante tal visión—. Johnny, creo que estoy un poco en shock o algo por el estilo. —Levanté una mano temblorosa y me di un toquecito en la cabeza—. Creo que igual se me ha ido un poco esta de aquí.

—Tú no te preocupes... —Se le rompió la voz cuando me agarró por la nuca y tiró de mí con fuerza hacia su pecho—. Nos pasa a todos.

—Estoy bien, capi —musité contra su hombro mientras me sujetaba entre sus brazos—. Yo siempre estoy bien.

—¡Dios mío, Gerard, ¿es verdad?! —oí que gritaba mi madre a lo lejos.

—¿Cómo que si es verdad? —Era mi viejo amigo Hugh quien hablaba—.
¡Joder, Sadhbh, claro que es verdad! ¡Mira cómo está!

—¡Gibs! —exclamó Feely... ¿llorando?

—¡Gerard! —chilló mi otra mitad.

—¿Podéis salir todos de aquí unos minutos? —oí que indicaba mi mejor amigo ahuyentando a todas las voces—. Gibbs y yo nos hemos puesto un poco nerviosos y no queremos a un montón de bebés lloricas a nuestro alrededor, ¿a que no, Gibbs?

—No. —Confuso, le apoyé la mejilla en el hombro y dejé que me sujetara—. Nada de bebés lloricas.

—Tienen que verle ese brazo, Johnny, y la Gardaí viene de camino.

—Claro, y eso haremos —repuso Johnny con tono persuasivo mientras nos guiaba a ambos hacia el suelo—. Pero dadle un minuto.

—Lo saben, ¿no? —susurré hundido contra él—. Todos lo saben.

Sus brazos me apretaron con más fuerza y me acercó a él.

—Vas a estar bien.

—Las cosas que le hizo a mi cuerpo. —Sintiéndome sin vida, miré hacia delante con los ojos ausentes mientras las lágrimas me resbalaban por las mejillas—. No quería que nada de eso pasara, Johnny.

—Lo sé, Gibbs... —Ahogó un alarido de dolor y continuó meciéndome de un lado al otro—. Te creo.

—No quería que ella lo supiera.

—¿Claire?

Asentí con sensación de vacío.

—Ahora ya no podrá quererme.

—Ya te quiere —afirmó con la voz rota—. Todos te queremos. —Sorbiéndose la nariz, tiró de mí y me dio un beso en la parte superior de la cabeza—. Eres el mejor amigo que he tenido y te quiero a morir, imbécil.

—Reprimió una sollozante carcajada—. Y, si crees que esto va a echarme para atrás, lo llevas claro, cabrón, porque no pienso dejarte nunca. ¿Me oyes? Porque eres mi Gibbs.

—Y tú eres mi Kav.

—Eso es. —Él lloraba desconsoladamente, y creo que yo también, pero

me sentía tan seguro con mi amigo que no intentaba contener los hipidos, las palabras ni los sonidos que emanaban de mí: por primera vez desde la muerte de mi padre, dejé que todo saliera.

Lo que pasó después

Claire

La tarde siguiente, me senté en la acera de mi lado de la calle y observé cómo Sadhbh Allen acompañaba a otro Garda hacia el interior de la casa.

Los agentes de la Gardaí que me habían tomado declaración la noche anterior llevaban uniforme, pero este no, lo que me indujo a pensar que podría ser el detective del caso. No estaba segura, porque no se me permitía cruzar al otro lado de la calle, ni mucho menos preguntar.

—Ese es el inspector jefe. —Shannon me dio una taza de chocolate caliente y se unió a mí en la acera con una taza propia—. Lo conocí cuando trabajaba en el caso de mi familia. —Le sopló a su taza antes de darle un sorbo—. Uno de los pocos que me cayeron bien.

Aturdida, tenía la vista fija en la ventana de la habitación que daba directamente hacia la mía. Las cortinas, que llevaban cerradas desde la noche anterior, por fin empezaron a moverse.

Una vez que estuvieron descorridas y alguien abrió la ventana hacia fuera, la esperanza invadió mi corazón a gran velocidad.

¿Qué hacía?

¿Había hablado?

Entonces Johnny se asomó a la ventana, evidenciando que la había abierto él, y sentí que mi esperanza se marchitaba y moría en mi pecho. Nos

observó y me ofreció un guiño personalizado antes de desaparecer de mi campo de visión.

—Debo ir con él —declaré con voz grave.

—Sé que eso es lo que sientes, pero no sería bueno para ti escuchar la clase de preguntas que le están haciendo los detectives. —La manta que tenía sobre los hombros me atrapaba el pelo, así que Shannon me lo retiró de la cara y me lo ató en un moño suelto—. Ni tampoco sería bueno para él saber que tú las has escuchado.

—Pero a Johnny le han dejado quedarse —dije con gesto desolado—. Yo también soy su mejor amiga.

Recordaba muy bien, casi demasiado, lo que Gerard me había dicho la noche anterior y cómo había dado por finalizada tanto nuestra relación como nuestra amistad, pero para mí nada había acabado. Nunca acabaría. Porque formábamos parte el uno del otro.

—Sí, y sé que no es fácil para ti, porque quieres estar allí desesperadamente. —Shannon me pasó el brazo por los hombros y suspiró con tristeza—. Pero Johnny es a quien Gibbsie quiere ver ahora mismo, y tenemos que respetar sus deseos.

—Lo quiero, Shan. —Sin molestarme en limpiarme las lágrimas de los ojos, me giré para mirarla—. Necesito que esté bien.

«Lo necesito, sin más».

Asintió con gesto comprensivo.

—Siento cómo ha salido todo a la luz, pero no siento que haya pasado —le confesé mordiéndome el labio—. ¿Eso me hace ser mala persona?

—No, eso quiere decir que eres fuerte, Claire.

—Solo quiero que se abra conmigo.

—Ten paciencia —aconsejó Shannon con dulzura—. Y dale tiempo. Se tarda mucho en llegar a ese punto, Claire. No es tan fácil para todos. Tiene un pasado traumático y ahora lo está reviviendo. Pero encontrará la manera de llegar hasta ti.

—¿Como tu encontraste la manera de llegar hasta Johnny?

—Exacto —contestó haciendo un gesto afirmativo con la cabeza—. Pero no pasó de la noche a la mañana, y le agradezco mucho que fuera capaz de ser tan paciente conmigo. De demostrarme que el amor puede ser atento y paciente, y todas esas cosas que yo nunca había experimentado. —Estremeciéndose, añadió—: Porque en aquel momento yo intentaba alejarlo de mí desesperadamente.

—¿Por qué?

—Porque no quería que viera mi parte fea y saliera corriendo.

—Tú nunca has tenido una parte fea —le dije—. Ni por dentro ni por fuera.

—Gracias por decir eso, Claire, pero es lo que sentía. Era incapaz de superar mi... bueno, mi pasado. Necesité mucho tiempo y que me convencieran y me trataran con cariño. No toda la gente a la que han hecho daño se comporta igual. Míranos a Joey y a mí, por ejemplo. Nuestra manera de ver la vida no podría ser más diferente. O Sean y Ollie. Ostras, ¿y qué me dices de Tadhg? Todos vivíamos en la misma casa y tenemos perspectivas muy distintas de lo que es la vida.

—No quiero tener paciencia —admití—. Lo único que quiero es tirar abajo esa puerta y arreglar las cosas para él. Hacer que todo vaya mejor.

—No puedes —repuso con tono empático y comprensivo—. No puedes arreglarlo ni mejorar nada. Eso tiene que hacerlo él.

—Pero me duele muchísimo verlo sufrir.

—Lo sé —afirmó cogiéndome la mano y dándome un apretón—. La impotencia es lo que más duele, ¿verdad?

—Sí.

—Puedes ayudarlo quedándote —dijo Aoife uniéndose a nosotras en la acera con su hijito entre los brazos.

Confundida, sacudí la cabeza.

—¿Quedándome?

—Y aguantando —confirmó sabiamente—. Y confiando en que el chico que hay bajo tanta desolación encuentre el camino para salir de la oscuridad. No es fácil. Duele a rabiar, y querrás salir huyendo todo el rato. Y él te rechazará hasta un punto en el que dudarás de tu propia cordura. Pero tu capacidad para quererlo a pesar de todo es lo que marcará la diferencia. Porque, al fin y al cabo, es lo único que podemos hacer, cariño.

—Lanzó un hondo suspiro—. Amar a estos chicos con todo nuestro corazón y rezar para que se recompongan y nos demuestren que el dolor ha valido la pena. Que vale la pena luchar por ellos.

Van a ser unas Navidades tristes

Claire

—¿Claire? —dijo mamá sonriéndome desde el otro lado de la mesa. Sin embargo, como el resto de las sonrisas desde aquella noche, era forzada—. Venga, corazón, al menos intenta comer algo.

Con gesto ofuscado, me mantuve hundida en la silla sin tocar el plato.

—Claire, por favor —volvió a intentarlo mi madre con voz vacilante—. Es Navidad.

—No es cierto —replicó Hugh para mi sorpresa—. Porque Navidad significa familia. —Inclinó la cabeza hacia la silla vacía que había en la mesa. La que llevaba grabado el nombre «Gibsie»—. Y se nos ha caído un miembro de la familia.

Desvié la atención hacia su silla y el vacío que había ido creciendo paulatinamente en mi corazón mutó en un grandioso abismo. Decir que estaba triste no se acercaba ni de lejos a la desolación que había arrasado mi vida durante la última semana. Sentía su ausencia por todas partes. Era como si alguien se hubiera dejado la puerta abierta por la noche y el frío se hubiera filtrado hacia el interior. Los regalos de Navidad que había bajo el árbol con mi nombre estaban sin abrir, porque, en mi cabeza, si no me habían dejado un regalo con la forma de Gerard Gibson, lo rechazaba todo.

Conmocionada por el descubrimiento de la carta de Caoimhe, pensé que

todo se había ido al garete. La culpa que sentía por la humillación pública de Gerard era asfixiante. Me costaba respirar por las noches. Porque llevaba sin verlo desde el baile de invierno y me aterraba pensar que aquella podía haber sido la última vez. Al menos, tal como éramos. Como antes.

—Venga, hijos —nos animó papá haciendo lo posible por dar un paso al frente y apoyar a mamá durante la tormenta que se había desatado en nuestro hogar—. No os pongáis en huelga de hambre.

—Bueno. —Hugh elevó la mano, se quitó de la cabeza el gorro de papel que le había tocado en una galleta de Navidad y lo dejó en su plato, igual de intacto que el mío, antes de echar la silla hacia atrás—. Me voy a dar un paseo.

—No, Hugh. —Papá dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa—. Esa no es manera de enfrentarse a las cosas, hijo.

—No, papá, está claro —concedió mi hermano con un gesto de desdén—. Pero si me enfrentara a ellas como lo haces tú, estaría siempre encerrado en el puto ático.

—¡Hugh!

—¿No te sientes responsable, mamá? —Mi hermano hizo la pregunta velada que se cernía sobre mi familia—. Porque te aseguro que yo sí.

—Tú no eres responsable de lo que hizo ese monstruo —intervino papá—. Así que sácate eso de la cabeza, hijo.

—Ah, así que ahora es un monstruo —soltó Hugh lanzando las manos al aire—. Siempre ha sido un monstruo, papá. Liz lleva años intentando decírselo a todo el mundo, pero nadie ha querido escucharla.

—Eso es diferente —apuntó mamá con hastío—. Lizzie y su familia se equivocaron.

—¿Cómo lo sabemos? —preguntó Hugh—. ¿Eh? ¿Cómo podemos volver a estar seguros de nada si justo en la puerta de enfrente a nuestro mejor amigo lo violaron durante cuatro años? ¡Todas las putas noches!

Se me escapó un sollozo y dejé caer la cabeza entre las manos.

—Tal y como yo lo veo, ese monstruo destrozó a dos familias inocentes —continuó diciendo Hugh con tono grave—. Y, ahora, esas familias están enfrentadas cuando deberían unirse para acabar con ese hijo de puta.

—¡Hugh!

—¡Ni siquiera lo han detenido! —Furioso a más no poder, mi hermano siguió despotricando a voz en grito mientras su corpulenta estructura temblaba con violencia—. Solo porque vive fuera del país, ¿quégilipollez es esa? Viola de forma continuada a un niño de siete años y dejan que se largue a jugar a la familia feliz con una mujer que no tiene ni idea del tremendo peligro que corre su hijo al estar con su padre.

—Yo no hago las leyes —repuso mamá con los ojos llenos de lágrimas—. Y me siento muy culpable por no haber visto las señales, Hugh Andrew Biggs. Mucho.

—Así que, por favor, deja de señalarnos con el dedo —agregó papá con vehemencia—. Porque tu madre y yo nos bastamos y nos sobramos solos para ahogarnos en remordimientos.

—Ah, ¿sí? Pues bienvenidos al puto club, papá.

—Hugh, espera. No te vayas así —pidió papá, pero era demasiado tarde, porque mi hermano ya había salido de casa dando un sonoro portazo.

—Por favor, siéntate —comenzó a suplicar mamá cuando vio que yo me disponía a hacer lo mismo y retiraba la silla hacia atrás.

Y es que yo tampoco podía hacerlo. No podía sentarme, sonreír ni ponerme a celebrar nada, porque nuestro mundo había implosionado a nuestro alrededor hacía menos de una semana.

—Lo siento —les dije a mis padres abandonando la cena de Navidad mientras me apresuraba a alcanzar a Hugh.

Cuando salí, me encontré a mi hermano en la entrada, apoyado contra su coche. Con los brazos cruzados, miraba fijamente hacia la casa del otro lado de la calle. Siempre había sido la mejor iluminada, pero ese día estaba a oscuras.

Porque Sadhbh y Gerard se habían ido. Estaba segura. Los había visto marcharse en la parte de atrás del Mercedes de John senior hacia tres días. Poco después, Keith Allen había cargado el Land Rover con sus pertenencias y también había abandonado esa calle. En la dirección opuesta.

—¿Sabes algo de ellos? —mascullé apoyándome en el coche junto a mi hermano.

—Poco. —Hugh asintió con la cabeza rígida—. Johnny llamó cuando llegaron a la casa de sus padres en Blackrock.

Según Shannon, los Kavanagh habían ofrecido su vivienda en Dublín como santuario para Gerard y su madre mientras su padrastro sacaba sus posesiones de la casa. Ya se había puesto en marcha una separación legal, y Sadhbh había decidido que lo mejor era que su hijo abandonara el domicilio familiar hasta que no quedara ni rastro de Keith y su hijo.

—¿Te ha dicho cómo estaba Gerard? —logré preguntar con el corazón pendiendo de un hilo—. ¿Sabes cuándo van a volver a casa?

Aunque John senior era quien había llevado a los Gibson a Dublín, había sido su hijo quien se había quedado junto a ellos en su propiedad. Johnny no se había separado de Gerard más de un par de horas desde que todo había salido a la luz. Hasta se había perdido las Navidades en casa para apoyar a su amigo, y a mí me reconfortaba saber que, dondequiera que se encontrara Gerard esos momentos, tenía a Johnny.

Hugh sacudió la cabeza.

—He oído que iban a volver antes de Año Nuevo, pero no estoy seguro.

Me quedé callada un buen rato, dándole vueltas a esa nueva información mientras en mi cabeza seguía reproduciendo la noche del baile en bucle.

—¿Crees que me odiará para siempre, Hugh?

Con un hondo suspiro, mi hermano mayor descruzó los brazos y me pasó uno por los hombros.

—Claire, no creo que Gerard sepa odiar. —Volvió a suspirar—. Tiene muchos motivos para odiar el mundo, pero no está en su naturaleza.

—Porque es muy buena persona —señalé mientras mis emociones se volvían locas de nuevo—. Siempre me ha dicho que soy un rayo de sol, Hugh, pero sabiendo lo que sabemos ahora, lo mucho que ha sufrido en silencio sin dejar de sonreír... —Moví la cabeza hacia los lados y exhalé de forma entrecortada—. No creo que haya una sola persona en este mundo que se merezca más ese apelativo que él.

—Sí —convino mi hermano con un hilo de voz—. Entiendo lo que dices.

—¿Qué va a pasar? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—Después de las Navidades, cuando volvamos al instituto. Nada va a ser como antes. —Un escalofrío me recorrió el cuerpo—. Pero estoy de su parte, Hugh —susurré—. Estoy con Gerard a muerte.

Asintiendo, mi hermano siguió mirando al frente, pero yo sabía que me había entendido. Comprendía la importancia de lo que le acababa de decir. No había vuelta atrás respecto a lo que había pasado.

—Hubo un tiempo en que la querías.

—Sí, Hugh, como tú, y mira dónde nos ha llevado.

—No le des la espalda, Claire. —Tragó saliva con fuerza—. Te necesita.

—Puede ser, Hugh —contesté con aspereza—. Pero yo no la necesito a ella.

—No digas eso, Claire. No eres una persona cruel.

—Es verdad —admití—. Pero tampoco soy una mentirosa.

Retiró el brazo que apoyaba sobre mí.

—Claire.

—No puedo dejarlo pasar —farfullé—. No puedo dejar pasar la forma en que lo ha tratado. Ha llevado un peso enorme sobre los hombros todos estos años y encima ha tenido que soportar su maltrato. Hasta ahora no había dicho nada porque creía lo que Lizzie creía. Pero saber la verdad lo cambia todo. No puedo echarme atrás. No lo haré.

Ya he tomado una decisión

Gibsie

—En este punto de la investigación, me temo que no tenemos ninguna novedad.

Hacía menos de una hora que habíamos vuelto de Dublín y los agentes de la Gardaí ya estaban en la puerta.

Sabía que iba a ser así durante algún tiempo, John séñior ya me había avisado, pero eso no lo hizo más fácil. Porque cuando me sentaba ante ellos y me hablaban con ese tono de mimo y cuidado, parecían olvidar que yo ya no era el niño de siete años de cuando todo había comenzado. Ese niño que había enterrado a su padre y a su hermana un mes antes de que su hermanastro lo inmovilizara contra el borde de la cama y profanara su cuerpo.

Tampoco era ya la versión de aquel niño de ocho, nueve, diez u once años.

Ya había cumplido los diecisiete y mi físico era el de un hombre hecho y derecho, así que desafiaba a cualquier hijo de puta a ponerme la mano encima. Tenía novia, amigos y una vida que me negaba a detener tan solo porque los adultos de mi alrededor por fin se hubieran dado por enterados.

Había logrado llegar hasta ahí y no precisamente por haber estado meciéndome en un rincón. Es cierto que, cuando todo salió a la luz, tuve

que ausentarme un poco de la realidad, pero ya volvía a tenerlo todo bajo control. Bueno, el mismo control que tenía al principio.

No estaba seguro de si en algún momento iba a superar lo sucedido y, para ser sincero, ni siquiera estaba convencido de estar llevándolo de una forma sana, pero sí sabía que no era algo que pudiera borrar o simplemente dejar atrás, así que seguí adelante. Además, el hecho de saber que había una pequeña posibilidad de que aquello pudiera impedir que ese cabrón le jodiera la vida a otro niño me reconfortaba bastante. En cualquier caso, era el día de Nochevieja y no tenía pensado llevarme la carga de ese desgraciado hasta 2006.

—¿Ninguna novedad? —Limpiándose la nariz con un pañuelo de papel hecho una bola, mamá observaba al detective que tenía sentado delante en nuestra mesa de la cocina—. ¿Eso es todo? ¿Sigue por ahí moviéndose con total libertad?

—Por el momento, las autoridades correspondientes de Bombay que colaboran con la Garda Siochana no han podido localizar a Mark Allen. Según los representantes de la aerolínea, nunca llegó al aeropuerto internacional de Shirdi durante las fechas que usted nos indicó.

—Entonces ¿podría estar en cualquier parte? —inquirió mamá antes de lanzarme una ansiosa mirada—. ¿Podría seguir en Irlanda?

—Intente no preocuparse, señora Allen —continuó diciendo el detective—. Las autoridades competentes trabajan sin descanso para localizar a ese hombre y que le caiga encima toda el peso de la ley.

Entorné los ojos y me concentré en la partida de Snake a la que jugaba en el móvil.

—Gerard, tú tampoco te preocunes —añadió el detective—. Se ha hecho todo lo posible para garantizar tu protección.

—Lo que usted diga —contesté, pulsando con furia el teclado de mi teléfono—. En cualquier caso, no estaba preocupado.

—Gerard —sollozó mamá alargando una mano que me puso sobre el

brazo—. Ahora estás completamente a salvo, cariño. He cambiado las cerraduras y el juzgado nos ha concedido una orden de protección.

—Está bien saberlo, mamá —replique asintiendo una vez con la cabeza, pero centrado en la serpiente que se deslizaba por la pantalla—. Joder, esta ronda es difícil.

—No sé qué decirle —le contó mamá al detective—. No me hace ni caso.

No es que no le hiciera caso. Era solo que yo estaba intentando vivir igual que antes de que esos gilipollas se mudaran con nosotros.

Tal vez toda aquella mierda fuera nueva y aterradora para mi madre, pero yo llevaba diez años viviendo en un constante estado de terror, frente a los diez días que le habían tocado a ella. Lo que ella sentía en ese momento, yo lo había sentido cada vez que el reloj indicaba que era hora de irse a dormir.

—Estás increíblemente sereno.

—Estoy increíble, punto —contesté optando por no decirle que los medicamentos que me había recetado la psiquiatra eran los que resultaban increíblemente eficaces.

Me sentía mal por Joey, pobre desgraciado: nunca iban a volver a prescribirle ningún otro viaje en la montaña rusa de los narcóticos como a mí.

—También está el asunto de Deirdre O’Malley —señaló el detective—. Sin tu declaración, el fiscal general del Estado no puede seguir con la acusación.

—Ah, qué buena noticia —afirmé haciendo a un lado el teléfono—. La primera que recibo desde que empezó toda esta puta historia.

—¿Historia? —Mamá me miró boquiabierta—. Gerard, cielo, estamos hablando de tu vida.

—Eso ya lo sé —repuse—. Soy yo quien la está viviendo.

Parpadeó y luego dejó ir un sollozo que le rasgó la garganta.

—No lo sabía.

«No lo sabía».

Tres palabras que, en mi limitada experiencia vital, eran igual de útiles que ponerse un condón en la polla después de follar. Si me dieran un euro por cada vez que alguien me había dicho «no lo sabía» durante esa última semana, probablemente sería un tío rico. Me daba igual que me lo dijeran con buenas intenciones. No necesitaba que mamá ni ninguna otra persona a la que yo quisiera validaran su ignorancia o se reafirmaran en la idea de que no me habían hecho daño. Ya sabía que ellos no lo sabían. Y así tenía que ser. Así es como logré seguir vivo.

—Gerard —espetó mamá—. ¡Esa mujer abusó de ti!

En realidad, esa mujer había mantenido mi cabeza a flote en una época de mi vida en la que me estaba ahogando, pero eso no me molesté en explicárselo a ninguno de los dos. Porque sabía que lo que Dee había hecho estaba mal. Había traspasado algunos límites que no debería haber cruzado, pero eso no quería decir que yo estuviera interesado en ser su juez, su jurado ni su verdugo.

—Hijo, vas a tener que hablar con alguno de nosotros —insistió el detective—. Tenemos varias declaraciones de compañeros tuyos del Tommen College que confirman los hechos. Nos gustaría que nos hicieras una declaración por escrito.

—Ya estoy hablando con uno de vosotros —respondí con calma—. Y he hablado con todos, pero no estoy diciendo lo que queréis oír, así que seguís enviando a más gente. —Negué con la cabeza—. Ya he tomado una decisión.

—Gerard —sollozó mamá—. Por favor, recapacita.

—Ya he tomado una decisión, mamá.

—¿Ya estás contento? —preguntó Johnny cuando entró en mi cuarto esa misma noche con el DVD de *Love Actually* en la mano—. He tenido que arrancarle la puta caja a Tadhg de entre los dedos.

—El chaval tiene buen gusto.

—Al contrario, tío, puedo asegurar sin miedo a equivocarme que su apego por la película tiene más que ver con el desnudo integral que con el puto Hugh Grant.

—Bueno, yo no lo llamaría integral —me burlé—. Apenas se le ven las tetas.

—¿Sí? Bueno, pues díselo a mi madre. —Con una exhalación, tiró el DVD sobre mi regazo y se hundió en el puf que había junto al mío—. Porque me acaba de dar un discursito de cuarenta minutos sobre la importancia de no corromper mentes inocentes con películas porno —gruñó cogiendo su mando.

—Imagínate pensar que *Love Actually* es una peli porno.

—Gibs —soltó—. Estamos hablando de una mujer que todavía me tapa los ojos cuando cree que va a salir un beso en la tele. —Johnny quitó la pausa de la partida que estábamos jugando al FIFA y empezó a pulsar los botones del mando de la PlayStation—. Feliz Año Nuevo para mí, ¿eh?

—Bah, aún te quedan un par de horas antes de medianoche para darle la vuelta.

—Ya casi en 2006. —Mi mejor amigo movió la cabeza hacia los lados—. Qué puta locura de año, ¿no?

—Sí. —Di un hondo suspiro—. Ha sido memorable, tienes razón.

—¿Te acuerdas de la Nochevieja de 1999? —preguntó con los labios curvados hacia arriba.

—Ya ves —gruñí estremeciéndome al recordarlo—. Pensé que tu madre iba a matarme.

—Tío —comentó Johnny riéndose entre dientes—, tiraste un cubo lleno de agua a una hoguera.

—Porque pensaba que las llamas estaban descontroladas.

—Gibs, el fuego estaba en la chimenea.

—Justo lo que te estoy diciendo, Johnny —insistí—. Creí que la chimenea se había prendido fuego. ¿Cómo iba a saber que el humo entraría

así hacia dentro? —Encogiéndome de hombros, añadí—: Intentaba salvar la mansión de las llamas.

—Sí, la verdad es que a mi madre le salía bastante humo por las orejas cuando el hollín destruyó el papel nuevo de la pared.

—Todavía lo saca a relucir, ¿sabes? —musité—. Cada Navidad.

—Hum. —Mientras se reía levemente para sus adentros, Johnny calculó mal una entrada contra uno de mis jugadores, lo que dio lugar a un gol para mi equipo—. Mierda.

—Capi, juegas a la Play como el culo.

—Me lo dice un tío que lleva un pijama de canguro de cuerpo entero.

—Oye, no te metas con mi pijama de canguro, tío. —Sonreí—. Además, con pijama o sin él, la paliza a la Play te la doy igualmente.

—Sí, bueno, jugaría mejor si tuviera más tiempo libre.

—Es verdad —murmuré metiéndole otro gol—. Aunque he oído que vivir en la misma casa que tu novia puede ser una gran distracción.

—Hablando de novias —dijo con tono prudente—. ¿Ya has visto a la tuya?

Y allí estaba.

La pregunta del millón.

Llevaba sin ver a Claire desde la noche del baile y, cuantos más días pasaban, más difícil se me hacía enfrentarme a ella.

Porque podía soportar las preguntas de la Gardaí y los compasivos vistazos de reojo que me echaba Johnny cuando creía que no lo veía. Podía soportar el llanto de mi madre y la ira de la familia Young. Podía soportar los susurros, incluso las miradas intimidantes, pero tenía claro que no podía soportar que Claire Biggs no me viera como a un hombre.

Me daba igual si se trataba de un miedo irracional, pero la sola idea de que mi novia me mirara de una forma distinta a la de los últimos dieciséis años me hacía querer tirar la toalla.

—Hemos roto —le recordé sintiendo una punzada en el pecho al decirlo.

Johnny puso los ojos en blanco.

—Vaya mierda de excusa.

—Capi, le dije algunas cosas chungas la última vez que la vi.

—¿Y?

—Pues que sigo cabreado.

—Gibs, ella no te lo ha tenido en cuenta —repuso—. Créeme, tío.

—Entonces supongo que todavía estoy reuniendo el coraje para hablarle.

—Shannon está con ella.

—Seguro que la pequeña Shannon me adora ahora mismo —susurre—.

Primero le robo a su novio por Navidad y ahora en Nochevieja se queda en mi cuarto, recibiendo una paliza a la Play.

—A Shannon y a mí nos quedan muchas Navidades por delante —replicó tranquilamente.

—Puedes ir con ella, ¿vale? —dije dándole el permiso que estaba claro que creía necesitar—. No tienes por qué quedarte aquí haciéndome de niñera esta noche, porque estoy bien, tío.

Me miró con tristeza, pero parpadeó al instante y se deshizo de esa mirada.

—¿Crees que estoy aquí por pena?

Arqueé una ceja.

—¿No es así?

—Vamos a hacer un trato —propuso haciendo a un lado el mando—. Cruzaré la calle y celebraré la entrada de año con mi novia si tú haces lo mismo con la tuya.

Nocchevieja

Claire

—¡Me voy a morir sola con mis gatos como única compañía!

—No es verdad.

—Claro que sí, Shan —aseguré colocada bajo el árbol de Navidad. Bueno, igual «colocada» no era la palabra más precisa para describir que estaba tirada boca arriba, con el pijama de unicornio de una sola pieza y una cinta de serpentina colgando de la boca—. Ya soy una loca de los gatos. —Con un melodramático suspiro, alargué la mano y acaricié a Cherub, que estaba sentada sobre mi pecho, ronroneando satisfecha. Al menos una de las dos estaba contenta—. Pero era más chulo cuando lo hacía en compañía.

—¿No te duele? —preguntó Shannon con aire distraído.

—Uy, mucho, Shan —contesté solemnemente—. De hecho, creo que ya no recuerdo cómo es no tener dolorido el corazón.

—No me refiero a tu corazón, Claire. Los gatos te están rasgando y arañando el pelo —dijo entre risas señalando a Tom, Dick y Harry, que usaban mis rizos como juguetes para gatitos—. Pareces Medusa, con todo ese pelo desparramado a tu alrededor.

—Están pasando un momento difícil —le expliqué con tristeza—. Echan de menos a su padre. —Se me escapó otro pesado suspiro—. Aunque no lo parezca, Gerard es el que impone disciplina cuando estos bichitos se portan

mal.

—¿Sabes? Tengo que admitir que nunca me había parado a pensar — afirmó con una risita justo antes de coger a toda prisa su teléfono cuando vibró sobre el brazo del sofá.

—Déjame adivinar —apunté—. Es un mensaje de Johnny para desearle a su pequeño río un feliz año nuevo con un montón de besitos románticos.

—Pues, efectivamente, es Johnny.

—Mecachis en la mar, Cherub —gimoteé—. No me dejes nunca.

—¿Claire?

—¿Hum?

—Faltan tres minutos para medianoche. ¿Crees que desde tu calle se ven los fuegos artificiales de la ciudad?

—Es probable.

—Genial. —Shannon se metió el teléfono en el bolsillo delantero de la bata y se puso en marcha con demasiado ánimo, teniendo en cuenta que mi crisis existencial estaba en pleno apogeo—. Vamos afuera y los vemos.

—¿Para qué? —protesté—. Podemos verlos en la tele.

—Venga, arriba —ordenó Shannon riéndose mientras se agachaba para cogerme la mano—. No vas a recibir el año debajo del árbol de Navidad con tus gatos —añadió tirando de mí para ponerme de pie—. Vamos afuera y lo celebramos como es debido.

—Como quieras —solté con un bufido cubriendome con la capucha de unicornio—. Pero ni siquiera voy a estar alegre. —Enfurruñada, dejé que me empujara hacia el exterior—. Y además me reservo el derecho de... — Mis palabras se apagaron cuando, al salir de mi casa, vi al chico que estaba del otro lado de la calle con un pijama de canguro de cuerpo entero—. ¿Gerard?

—Muñequita.

—Feliz Año Nuevo, amiga mía —me susurró Shannon al oído—. Te quiero. —Me dio un beso en la mejilla y luego echó a correr hacia el otro

lado de la calle para encontrarse con el otro chico—. Hola, Johnny.

—Hola, Shannon —respondió él cogiéndola sin ningún esfuerzo cuando se le tiró encima—. Feliz Año Nuevo, cariño.

En cuanto nuestras miradas se cruzaron, los fuegos artificiales comenzaron a retumbar en el aire. Momentos después, el cielo nocturno estalló en centelleantes luces de colores.

—¿Gerard?

Me quedé sin aliento y tuve que darme un golpecito en el pecho para resetear mi corazón, que se había parado cuando él había levantado la mano para saludarme.

Y luego vi que cruzaba la calle, caminando hacia mí con paso firme y decidido.

Para mi desgracia, el gen que permite a las personas mantener la calma no me había sido concedido, así que todos los consejos, los trucos y las lecciones de seducción que me había dado Aoife no sirvieron para nada.

Le devolví el saludo como la demente devota de los gatos que era y estuve a punto de romperme el cuello mientras corría hacia él, tropezándome con mis zapatillas de andar por casa cubiertas de pelo y resbalándose en una zona especialmente helada del camino de entrada.

—Por Dios. —Gerard se rio entre dientes mientras me pasaba un brazo por la espalda para ponerme a salvo antes de que me cayera de culo—. Esas zapatillas van gritando la palabra «accidente». —Volvió a dejarme en el suelo y las examinó con un brillo travieso en los ojos—. Me encantan.

—Se supone que no es a las zapatillas a quien tienes que decirle eso, Gerard —me quejé agarrándole la parte frontal de su pijama—, sino a mí.

—¿En serio? —Deslizó las manos dentro de la bolsa de canguro e inclinó la cabeza hacia un lado—. Pensaba que eso ya lo dábamos por hecho.

El corazón se me aceleró e hice un gesto de negación.

—Yo... eh... yo no... o sea, no estaba segura de que aún fuera así.

—El amor no es un grifo, Claire —declaró acercándose a mí. Sufrí el

bombardeo de una oleada de emociones que amenazaban con consumirme hasta el punto del desmayo—. No se cierra con tanta facilidad.

—No —convine con un profundo suspiro—. La verdad es que no.

—Bueno... —Dio un paso hacia atrás, hizo un gesto con las manos dentro de la bolsa de canguro y se encogió de hombros—. ¿Quieres hablar?

Sí, y quería gritárselo con todas mis fuerzas, pero el miedo a ahuyentarlo hizo que contuviera la emoción y simplemente asintiera con gesto tímido.

Deslizándome por el camino de entrada, llegué a su lado y emprendimos la ruta habitual hacia la casa del árbol. Habíamos hecho ese viaje miles de veces, pero en esa ocasión íbamos cargando un gran peso. Eran la inminencia de la edad adulta, la tristeza y la esperanza, todas entrelazadas formando una compleja y pesada manta.

—Cuidado —no pude evitar soltar cuando, una vez arriba, vi cómo Gerard subía esquivando por los pelos la viga que casi lo había abatido durante nuestra última aventura—. Esta vez mi padre no está en casa para salvarte.

—Ja, ja —musitó maniobrando con cautela alrededor de la viga antes de sentarse en el suelo frente a mí—. ¿De verdad ha salido este año?

—Sí. —Asentí y me senté con las piernas cruzadas frente a él—. Se ha llevado a mamá a cenar y a tomar algo.

—Madre mía. —Frotándose la mandíbula, miró a su alrededor con la mirada perdida—. Es la primera vez.

—Sí, la primera Nochevieja desde el accidente —confirmé.

—Hum.

Sin poder evitarlo, recorrió a Gerard con los ojos, empapándome de él, mientras reprimía el impulso de arrojarme a sus brazos. Eran demasiadas las palabras que aún no nos habíamos dicho como para hacer eso. Primero había que hablar.

—Bueno, entonces... —Mientras tiraba de un hilo suelto, Gerard volvió a mirar a su alrededor antes de centrar su atención en mí—. Vamos a

quitarnos esto de encima, ¿no?

—Vale. —Asintiendo con la cabeza, cogí aire con fuerza—. Pero, antes de nada, déjame decir que siento mucho cómo salió todo a la luz, Gerard.

—¿«Cómo salió todo a la luz»? —repitió lentamente—. ¿No querrás decir que sientes que todo saliera a la luz?

—No, quiero decir que siento cómo salió a la luz —le confirmé con determinación—. No puedo sentir el hecho de haberte defendido, Gerard. No me voy a arrepentir de eso.

—Esa carta no era tuya y no tenías que haberla leído, Claire.

—Es cierto —concedí entre temblores—. Pero tampoco era culpa tuya y no tenías por qué cargar con ella en secreto, Gerard.

Me miró fijamente durante un buen rato y luego sus hombros se hundieron en señal de derrota.

—Todo iba bien. —Bajó la cabeza mientras hablaba—. Me iba bien, Claire.

—No. —Negué con la cabeza—. No es verdad.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó con tono rudo.

—Porque te conozco mejor de lo que me conozco a mí misma —contraataqué, determinada a no echarme atrás en ese momento tan importante—. Lo único que siento es no haberme dado cuenta antes de las señales.

—«Las señales» —farfulló en voz baja.

—Sí, Gerard, «las señales» —espeté con urgencia—. Todos te hemos fallado. Hasta el último de nosotros, y lo siento muchísimo. Debería haber visto las señales. Debería haber sido alguien a quien hubieras acudido, pero no lo fui, y nunca me lo perdonaré.

—Claire, por favor. —Gruñó como si sintiera dolor físico—. No vayas por ahí.

—Tenemos que hacerlo —insistí oyendo la angustia en mi propia voz—. Gerard, tenemos que hablar de esto. Claro que tenemos que ir por ahí.

—Nunca te he hecho daño —espetó con unos ojos emocionados que clavó en los míos—. Nunca le he hecho daño a nadie. Estaba siendo buena persona, haciendo las cosas bien, guardando las apariencias... ¡Y no necesitaba que todo el puto mundo supiera lo debilucho que soy!

—¿Crees que eres débil? —Me quedé boquiabierta—. Gerard, eres la persona más fuerte que he conocido nunca.

—Y una mierda —me soltó—. Ahora mismo me siento menos poderoso que cuando tenía siete años, Claire.

—Ah, ¿sí? —Horrorizada, inhalé intensamente—. ¿Por qué?

—Porque lo sabe todo el mundo. —Con la respiración agitada, alargó la mano y se la pasó por su rubio cabello—. Joder, me siento humillado y no puedo hacer nada al respecto. No hay botón de rebobinar, Claire. Me van a ver como una víctima durante el resto de mi vida. —Su cuerpo se estremeció de dolor—. No sé cómo me voy a enfrentar al instituto la semana que viene, y mucho menos al equipo y a todos mis amigos.

—Con la cabeza bien alta —me apresuré a decir, desesperada por consolarlo y animarlo—. ¡Porque tú no has hecho nada malo! —Se me rompió el corazón y no pude evitar llevar mi mano hacia la suya—. Yo no quería causarte ningún dolor. —Afortunadamente, no la rechazó y me dejó entrelazar nuestros dedos—. Pero no podía callarme este secreto.

—Sabía que no podrías —musitó casi en un susurro—. Pero ahora soy yo el que no puede.

Sentí que se me partía el corazón.

—¿Eso qué quiere decir?

—Nunca quise que lo supieras, Claire. Que conocieras esa parte de mí. Esa fealdad. —Se encogió de hombros con la vista fija en nuestras manos—. Y ahora que lo sabes, no sé cómo vamos a salir adelante.

—Juntos, Gerard —exhorté—. Saldremos adelante juntos. Porque sigo aquí —señalé para que supiera que nunca iba a marcharme. Que siempre iba a estar a su lado—. Sigo siendo tu muñequita.

—Ahora es diferente.

—Eso no es malo, Gerard.

—No sé si puedo seguir siendo tu Gerard.

Tuve una sensación interna que suponía similar a cuando una gota colma el vaso, y luego monté en cólera.

—¿Cómo te atreves? —Furibunda, aparté mi mano y me puse de rodillas

—. ¿Cómo te atreves a decirme eso?

—Claire...

—No, no, no.

Moviendo la cabeza hacia los lados, salí disparada hacia la abertura del suelo y no me detuve hasta llegar al final de la escalera y luego hasta la puerta de atrás de mi casa.

—Por Dios, Claire, espera un minuto, ¿quieres?

—¡¿Para qué?! —grité por encima del hombro oyendo el crujido de sus pasos sobre el césped helado. ¿Había explotado por frustración, por ira o por amor? No hubiera sabido decirlo, pero todas esas emociones se me agolpaban en el pecho y trataban de salir por mi boca—. ¿Para que vuelvas a romper conmigo? No lo creo, Gerard.

—Estoy intentando hablar las cosas contigo —espetó agarrando la puerta del patio antes de que yo pudiera cerrarla de un portazo—. Eso es lo que quieras, ¿no? Que tengamos esta horrible conversación de mierda. O sea, supongo que eso es lo que quieras. Por eso le contaste a todo el puto mundo lo de la carta.

—¡No, Gerard, le dije a todo el mundo lo de la carta porque quería protegerte! Quería que se hiciera justicia contigo. Quería impedir que un pedófilo abusara de otros niños. Estamos teniendo esta conversación porque no te abres a mí —razoné mientras me apartaba a regañadientes para dejarlo entrar en la cocina—. Me apartas, Gerard, como haces siempre que la cosa se pone demasiado profunda para ti. Yo salto y tú titubeas. —Cuando ambos estuvimos dentro de la casa, cerré la puerta del patio con un sonoro

golpe—. Eso es lo que siempre haces, y no pienso aguantarlo más.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca he dicho nada más en serio en toda mi vida. —Me giré para mirarlo—. No me voy a disculpar por lo que hice porque te quiero. ¿Me oyes? Te quiero, Gerard Gibson. Quiero al chico que eras y quiero al hombre en el que te has convertido. —Lanzando un gruñido de frustración, me fui hasta él y le planté las manos en el pecho—. ¡Y te defenderé en todas tus formas: bebé, chico u hombre! Lucharé por ti incluso cuando tú no puedes hacerlo por ti mismo, porque para eso están los amigos. —Anudando los dedos a su pijama, lo contemplé antes de añadir—: Y nunca voy a disculparme por ello.

Me clavó unos atormentados ojos grises.

—Es imposible que me quieras igual.

—Tienes razón —concedí—. Porque te quiero aún más.

—No mientas. —Su voz sonaba desgarradoramente vulnerable en ese momento—. Por favor, no digas eso si no lo sientes de verdad.

—Te quiero más que antes —repetí con tono decidido—. Te deseo aún más. Me atraes de una forma exagerada, Gerard Gibson, y nada de lo que te haya pasado puede cambiar eso.

—Claire. —Cuando me puso las manos en la cintura, un escalofrío ilícito recorrió mi cuerpo. Fue similar al que recorrió el suyo—. Yo... no sé qué se supone que voy a hacer a partir de ahora.

Su confesión me rompió un poco más el corazón, y la verdad era que yo tampoco lo sabía, pero sí sabía que teníamos que seguir adelante juntos. Así que eso fue exactamente lo que le dije.

—«Voy» no, Gerard. «Vamos». —Le pasé una mano por el pelo y le dediqué lo que esperaba que fuese una reconfortante sonrisa—. «Qué se supone que vamos a hacer». Somos un equipo, ¿recuerdas?

Los ojos se le llenaron de una melancólica mezcla de tristeza y esperanza.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

—Sí.

—Vale, ¿y qué se supone que vamos a hacer, muñequita?

—Bueno. —Me encogí de hombros—. Podría empezar por desearte un feliz año y luego tú podrías besarme.

—Ah, ¿sí? —Sus labios dibujaron una familiar sonrisa y yo me impregné de ella—. Entonces será mejor que empieces.

Me aclaré la garganta y le sonréi.

—Feliz Año Nuevo, Ger...

Sus labios se tragaron mis palabras cuando se estrellaron contra los míos.

Inmersa en la sensación que me provocaba sentir su enorme cuerpo presionando el mío, sus labios sobre mis labios y su piel contra mí, le devolví el beso con un hambre que rayaba el frenesí. Porque cada segundo de pánico, dolor, culpa y miedo a lo desconocido que se había acumulado en mi interior desde el baile estaba explotando fuera de mi cabeza con ese beso.

—Te quiero —susurró recorriéndome con los labios desde la mejilla hasta la curvatura del cuello—. Siempre has sido tú, muñequita.

Sabía que decía la verdad porque a mí me pasaba lo mismo. Siempre había sido él. No había tenido a nadie más en cuenta.

—Pero necesito algo de tiempo para averiguar quién se supone que soy ahora —me explicó con voz grave tras romper el beso—. Llevo tantos años escondiéndome que ni siquiera lo sé. —Exhaló un suspiro tembloroso, me apoyó las manos sobre los brazos y se encogió ligeramente de hombros—. Y voy a necesitar tiempo para averiguarlo.

Serpientes y escaleras

Gerard

Todo parecía del revés.

Sabía que esa afirmación no tenía sentido, pero eso era lo que sentía desde el baile de invierno. Keith se había ido, mi madre estaba en modo helicóptero como una maniaca y a mí se me iba acabando la paciencia a cada nuevo abrazo.

Quería la atención y el afecto de mi madre más o menos tanto como lo necesitaba, es decir, nada en absoluto.

Porque lo empeoraba todo.

Porque lo hacía más real.

Mi secreto había salido a la luz, lo sabía todo el mundo, y yo no podía cambiar el relato. Se me había erigido públicamente como víctima y eso era algo que me repugnaba.

Pensar que tenía clase el lunes se me hacía insopportable, y juro por Dios que no tenía ni idea de cómo iba a enfrentarme al equipo. La verdad es que en ese momento hubiera vendido mi alma por un botón que me permitiera rebobinar y borrar.

—¿Seguro que no tienes frío, mi amor? —preguntó mamá el sábado por la noche cuando entró en el salón para ver cómo estaba por enésima vez.

—Sí, mamá.

—Puedo echar más leña al fuego.

—No hace falta, mamá.

—¿Seguro, cariño? Porque no quiero que pases frío.

—Mamá, lo único que me falta es una puta manzana en la boca y podrías torrarme en un asador —le solté señalando el fuego que crepitaba en la chimenea y luego el hecho de que yo iba en pantalón corto—. Relájate, ¿vale? Estoy genial.

La preocupación que reflejaban sus ojos era un claro indicativo de que no tenía ninguna intención de volver a relajarse en la vida.

—Claire, ¿tú cómo estás? —le preguntó mamá a la rubia que se inclinaba sobre la mesa de centro frente a mí, intentando que no viera los dados que acababa de tirar para nuestra partida de serpientes y escaleras.

—Genial, Sadhbh, gracias —repuso Claire sacando la lengua hacia un lado mientras saltaba hábilmente por encima de una de las serpientes del tablero—. La verdad es que me estoy asando.

—Tramposa —dije con tono acusador cogiendo su ficha y empujándola hacia abajo por la escalera—. Te ha salido un cuatro.

—Me ha salido un cinco —afirmó, pero no fue muy convincente porque era la persona que peor mentía del mundo y sus mejillas siempre la delataban—. No me hagas bajar por la serpiente, Gerard.

—No es culpa mía. —Me reí y levanté las manos—. Son las reglas del juego.

—Pues rompe las reglas —propuso echándose una mirada de súplica—. Por mí.

Volteé los ojos hacia arriba, cedí y puse su ficha en la casilla que ella misma había elegido.

—Eres el mejor —declaró animada contoneándose y bailando antes de volver a coger los dados.

—Oye, me toca a mí.

—¡Sí! Dos seises. —Pasando de mí, Claire movió su ficha doce casillas

más antes de regalarme una sonrisa de júbilo—. Me encanta jugar contigo.

No lo dudaba. Desde la tregua que habíamos firmado en Nochevieja, era lo único que hacíamos. Jugar a juegos de mesa en los que ella hacía trampa y yo lo consentía. Casi parecía que no había cambiado nada entre nosotros.

«Casi».

Porque seguía allí; mi secreto se cernía de forma implacable sobre nosotros, y no había forma de arreglarlo. Ella seguía siendo Claire y yo seguía siendo yo, pero de algún modo habíamos vuelto a ser más amigos que pareja. No sabía si era culpa mía o si es que ella ya no se sentía cómoda conmigo. La situación me causaba tanto daño psicológico que no me gustaba darle demasiadas vueltas. De ahí los juegos de mesa. Pero en medio de toda aquella locura había llegado a una firme conclusión: puede que no supiese quién era o dónde encajaba en el mundo, pero sí tenía claro que no quería averiguarlo sin Claire Biggs.

«O sin el capi».

—Vale, pues estaré en la cocina si alguno de los dos me necesita —dijo mamá antes de salir a regañadientes del salón.

Esperé a que cerrara la puerta y luego lancé un suspiro.

—No sé cuánto más podré aguantar, muñequita.

—Sadhbh está preocupada por ti —contestó tirando los dados por tercera vez consecutiva y saltándose a propósito otra serpiente en la que había caído—. No te enfades con ella, Gerard.

—No me enfado —aseguré reclinándome sobre el sofá—. Solo estoy...

—Encogiéndome de hombros, dejé ir un suspiro de frustración—. Molesto.

—¿Con tu madre?

—Con el mundo.

Sonriendo dulcemente, parpadeó con sus enormes ojos marrones.

—¿Incluso conmigo?

—Sobre todo contigo. —Se me dibujó una reacia sonrisa—. Tú eres la peor de todos, la más culpable.

Entre risitas, Claire sacó la lengua, y juro que solo con verla mi corazón creció tanto que podría haber confundido esas circunstancias con algún problema médico. Por suerte para mí, yo sabía que aquellos dolores en el pecho no eran más que una consecuencia directa del amor.

Porque la quería.

Joder. La quería con cada átomo de mi cuerpo.

No se había movido de mi lado durante toda esa última semana, y eso que yo estaba hecho una mierda. Pero a Claire no le importaba. Aunque todavía teníamos muchas conversaciones pendientes, ni yo me sentía capaz de mantenerlas ni ella me insistía. No sabía si llegaría a estar preparado para hablar de todas aquellas cosas, pero por el momento parecía que habíamos alcanzado un vago, aunque algo cargante, consenso.

—Me estás mirando —comentó con gesto burlón.

—¿Es que lo tengo prohibido? —contesté dejando a Claire sin palabras.

Aunque en realidad fue aún peor: mi respuesta la dejó sin aliento. Porque era la primera vez que uno de los dos se atrevía a cruzar ese umbral desde el beso que nos habíamos dado en su cocina.

Ladeó la cabeza y me miró con atención.

—¿Estás flirteando conmigo, Gerard Gibson?

¿Lo estaba haciendo?

Claro que sí.

¿Iba a ser capaz de soportar las consecuencias?

El tiempo diría.

Sintiéndome algo expuesto y muy vulnerable, me encogí de hombros con impotencia.

—¿Lo tengo prohibido?

—Depende.

—Sí? —Alcé las cejas—. ¿De qué?

—De lo que tardemos en deshacernos de tu madre y cruzar la calle. —Con una pícara sonrisa, se levantó de un salto y me tendió la mano—.

Porque Sadhbh es como un perro rastreador y yo necesito desesperadamente que Gerard Gibson me haga unos mimos pornográficos.

«Hostia puta».

No hizo falta que me lo dijera dos veces.

Salté del sofá como un bumerán que vuelve a su dueño, con una mano le cogí una de las suyas y con la otra le hice un saludo marinero.

—Detrás de usted, capitana.

—Vale, pero antes de ponernos sigilosos en plan ninja, quiero que sepas que estoy loca de amor por ti, que me pareces ridículamente sexy (de verdad, supermegasexy) y que no tengo pensado presionarte más allá de lo que ya me has dado.

Sus palabras fueron rápidas y exaltadas, como si llevara mucho tiempo guardándoselas.

Extendió las manos, me sujetó la cara y se puso de puntillas.

—Porque todo lo que necesito está delante de mí. —Me dio un suave beso en la comisura de los labios—. Tenemos todo el tiempo del mundo para las partes tristes. —Cuando se echó hacia atrás, sonrió con malicia—. Creo que ahora deberíamos concentrarnos en las partes alegres.

—¿Sí? —esbocé una sonrisa—. ¿Y en qué partes alegres crees que deberíamos centrarnos?

—Bueno. —Me miró con ojos traviesos—. Se me ha ocurrido que quizá yo podría centrarme en tu escalera, si tú te centras en mi árbol.

—Cuenta conmigo —declaré sin vacilar—. Aunque te advierto que mi escalera ya está semierecta.

—Vamos a verlo.

—Madre de Dios...

Cuarenta minutos más tarde, volvía a estar en su cuarto, en su cama, con la ropa desperdigaba por el suelo y su cuerpo desnudo encima de mí.

—¿Te parece bien que te toque así? —murmuró Claire contra mis labios.

—Me parece bien —gemí deleitándome en el tacto de sus manos sobre mi cuerpo—. Más que bien.

—Estoy aquí contigo. —Meciéndose sobre mí de la forma más primitiva, me cogió las manos y las colocó sobre su piel—. Solos, tú y yo.

Incapaz de soportar la presión en el pecho ni un segundo más, me senté y reajusté a mi novia sobre mi regazo. El movimiento hizo que ambos gimiéramos de placer. Así era mucho más profundo.

«En todos los sentidos».

—Me haces pensar que es posible —me oí decirle mientras nuestros cuerpos continuaban moviéndose a un ritmo perfecto.

—¿Hum? —Observé cómo una gota de sudor le resbalaba por el cuello y se abría paso entre sus pechos—. ¿El qué es posible?

—Que todo vuelva a ir bien. —Le apreté más fuerte las caderas y empecé a moverme más rápido, sintiendo cómo una familiar ola de necesidad se apoderaba de mi cuerpo—. Que voy a estar bien.

—Es que va a ir bien —insistió entre jadeos mientras se agarraba a mis hombros y balanceaba furiosamente sus caderas contra mí—. Vas a estar bien.

—Sí. —Respirando de forma entrecortada, le puse la mano en la nuca y acerqué su frente a la mía—. Pero tú haces que me lo crea.

—Gerard, yo... yo...

Sus palabras se desvanecieron, pero sus ojos no dejaron de mirarme cuando empezó a temblar. Su cuerpo se sacudió y se contrajo entre espasmos, y, como dos fichas de dominó que chocan, el mío hizo lo mismo.

Cuando me desperté el domingo por la mañana, me encontré con un par de traviesos ojos marrones que me miraban.

—Uala —balbuceé al borde del ataque cardiaco por lo cerca que estaban de mi cara.

—Buenos días —canturreó Claire mientras se sentaba a lo indio en la

cama contemplándome con una sonrisa de lo más radiante grabada en su preciosa cara—. Adivina lo que hiciste anoche.

—¿Llevarte a cotas de placer que no sabías que existían?

—Vale, pero ¿qué más?

—¿Qué hice?

—¡Dormir! —Moviéndose con una excitación apenas contenida, juntó las palmas de las manos—. ¡Durante tres horas seguidas! —Su sonrisa se hizo más amplia—. Sin pesadillas. Sin levantarte sonámbulo. Tan solo dormiste. Te estuve mirando.

—¿Me... estuviste mirando?

—Ajá. —Asintió con la cabeza antes de añadir—: Por cierto, tenías razón sobre los ronquidos. Desgraciadamente, la culpable soy yo.

—Te lo dije —musité al tiempo que me sentaba—. Pero volvamos a la parte en la que admites que me estuviste mirando mientras dormía.

—Venga ya. —Puso los ojos en blanco—. Como si tú no me hubieras mirado un millón de veces mientras duermo.

—Claire, yo no te miro mientras duermes. Te escucho mientras duermes. Como el resto de la casa.

—Ay, para ya. Tampoco es para tanto —repuso con un resoplido dándome con la mano en el brazo—. Además... —Me guiñó un ojo—. Sé de buena tinta que mis ronquidos son muy monos.

—Quienquiera que te haya dicho eso lo hizo para conseguir bajarte las bragas.

—Bueno, anoche consiguió bajármelas.

—Y qué bonitas eran.

Risueña, alcanzó una almohada y procedió a golpearme con ella en la cabeza.

—Venga, Gerard Gibson —dijo dándome un beso en la mejilla—. Vamos a dar un paseo.

La gran guerra

Claire

Era 6 de enero de 2006, el primer día de un nuevo trimestre escolar, y estaba muy nerviosa por saber qué nos deparaba el nuevo año. Si se parecía en algo al anterior, la experiencia iba a ser movidita, pero estaba segura de que el chico que me estaba llevando en su coche sería una excelente compañía.

Nuestras vidas habían cambiado para siempre. No solo para Gerard, para mí también.

Me sentía distinta.

Más mayor.

Satisfecha.

Despierta.

Sabía que nos quedaba un largo camino por recorrer y que Gerard apenas había iniciado su viaje de sanación, pero, si nos manteníamos unidos, no dudaba de que lo íbamos a conseguir.

Decidí que 2006 iba a ser nuestro año.

No más muros.

No más secretos.

Pasara lo que pasase, lo afrontaríamos juntos.

Íbamos a estar bien.

—La cosa se va a poner fea ahí dentro —afirmó Gerard sacándome de mis pensamientos. Aparcó en la plaza de siempre, apagó el motor y echó el freno de mano antes de girarse para mirarme—. Con Lizzie.

Sí, eso ya lo sabía.

La dinámica de todo nuestro círculo de amistades se había fracturado y, aunque algunas cosas habían ido a mejor, como mi relación con Gerard, muchas otras habían empeorado.

Ninguno de nosotros iba a echarse atrás. La única dirección disponible era seguir hacia delante.

Se habían establecido límites, la gente había tomado partido y, por primera vez en mi vida, me sentía al borde de un precipicio que aunaba lo sublime con el dolor. Ese año nada iba a ser lo mismo. Pero nos teníamos el uno al otro. Y en ese momento era lo único que necesitábamos.

—Sé que no estás en muy buena posición —siguió diciendo mi novio con las mejillas cada vez más enrojecidas a medida que hablaba—. Pero necesito que sepas que no espero que tomes partido, ¿vale? —Expulsando aire con angustia, me cogió la mano y me dio un beso en los nudillos—. Puedes estar en los dos lados.

—¿En los dos lados?

Asintió lentamente y volvió a besarme los nudillos.

—Puedes ser amiga suya y seguir conmigo. —Se inclinó sobre el cambio de marchas y me colocó un rizo rebelde que se me había soltado de la coleta detrás de la oreja—. No tiene por qué ser una cosa o la otra.

—De hecho, sí —me oí decirle.

Gerard arrugó las cejas.

—No te sigo.

—Digo que sí tiene que ser una cosa o la otra, Gerard —le expliqué ahuecando una mano sobre su cuello para atraer su cara hacia mí—. Porque he aprendido mucho sobre mí misma este año pasado. Sobre quién soy, a quién quiero y quién quiero ser. Y ya no tengo miedo de defenderme, ni a

mí ni a las cosas en las que creo, especialmente a las personas en las que creo —reconocí—. Y ese eres tú, Gerard. Todos los caminos llevan a ti. —Me encogí de hombros con impotencia—. De modo que, si tengo que pisar algunos pies por el camino, pues que así sea. Porque a partir de ahora, tú y yo somos un equipo. Y si el mundo entero intenta enfrentarse a ti, tendrá que enfrentarse a mí también. —Sonriendo, le di otro beso en los labios antes de decir—: Tú eres mi prioridad, Gerard.

—¿Sí?

La vulnerabilidad que transmitía su voz hizo que una oleada de protección invadiera mi corazón, así que lo atraje más hacia mí, con la decisión ya tomada.

—Sí.

—No pienso cagarla, Claire —prometió con voz seria tomando mi mano entre las suyas—. Pero no solo te lo voy a decir. Te lo voy a demostrar.

—Vaya. —Le sonréí—. De verdad me escuchas, ¿eh?

—Cada palabra, muñequita —repuso Gerard guiñándome un ojo—. Cada palabra.

—¡Iros a un hotel! —gritó una voz familiar un momento antes de oír un golpe sobre el capó del coche de Gerard—. Ahora te vienes conmigo, Gibbs.

Conteniendo un gruñido, Gerard dejó caer la cabeza sobre mi hombro y suspiró.

—Capi, ya te he dicho que he dejado el equipo.

—Y yo te he dicho que no acepto renuncias. —La puerta del conductor se abrió de golpe—. Despídete de tu novia con un beso, dile que la verás en el almuerzo, como siempre, y trae tu culo al vestuario. —Johnny metió el brazo en el coche, le desabrochó el cinturón de seguridad a Gerard y lo arrastró hacia fuera—. Porque tenemos un Escudo Escolar para Chicos que ganar y no tengo ninguna intención de dejar que este año se lo lleve Royce.

—Madre mía, eres la persona más hipócrita sobre la faz de la tierra —farfulló Gerard mientras se peleaba con su mejor amigo fuera del coche—.

Joder, no me pellizques, Jonathan.

—Pues deja de darme putos manotazos, Gerard.

—¿Estás lista? —oí que preguntaba Shannon con su familiar voz desde el otro lado de la ventanilla abierta del copiloto antes de girarme para mirarla.

—Sí, pero estoy nerviosa.

—Bienvenida a mi mundo —replicó con una ligera carcajada—. Parece que me paso la vida en un constante estado de turbación.

—¿Todavía?

—Uy, sí. —Asintió sin dejar de sonreír—. Nací para ello.

—¿Ya la has visto? —dijo mientras salía del coche y sacaba mi mochila y la de Gerard del asiento de atrás—. A Lizzie.

—Sí —contestó Shannon con tono cauteloso caminando junto a mí—. No está bien.

—No es mi problema —es todo lo que pude decir.

—Claire.

—No lo es, Shan —insistí—. Le deseo lo mejor, espero que encuentre la felicidad, pero ya no puedo seguir poniéndome de su lado.

—Bueno, yo sigo en ambos lados —afirmó Shannon con gesto triste—. Os quiero a las dos y no pienso elegir.

—No te pido que lo hagas.

—Él sí que ha elegido —apuntó señalando hacia Johnny y Gerard, que seguían forcejeando un poco más adelante en el patio—. Apoyará a Gibsie hasta el fin de los tiempos.

—Ya —convine reajustándome la mochila en la espalda—. Yo también.

—¿Estás preparada para esto, Shan? —preguntó Johnny cuando los chicos volvieron con nosotras, ambos sin aliento tras el esfuerzo—. Otros seis meses en el Tommen, cariño.

—Estoy todo lo preparada que puedo estar —oí que respondía mi mejor amiga antes de deslizar su mano en la de él—. Lo tengo controlado.

—Claro que sí —corroboró Johnny con ese tono calmado y reconfortante

tan suyo dándole un apretón en la mano mientras alargaba el brazo para propinarle una palmada a Gerard en la espalda—. Los dos lo tenéis controlado.

—Todo va a ir bien —le susurré a Gerard al oído cuando cogió su mochila.

El nervioso temblor que atravesaba su cuerpo me sacudió el corazón. Aquello era duro para él. Aún peor. Era una tortura. Pero allí estaba, aguantando el tipo, sonriendo.

—Ya. —Me agarró la mano, entrelazó sus dedos entre los míos y me dio un apretón para tranquilizarme—. Acabemos con esto de una vez, ¿vale?

Unos pasos por detrás de Johnny y Shannon, cruzamos la puerta del Tommen College cogidos de la mano. En cuanto entramos, todos se quedaron mirando, aunque por suerte nadie fue tan idiota como para hacer ningún comentario.

—Así que esto es lo que se siente dentro de una pecera... —saltó Gerard tratando de relajar el ambiente mientras nos abríamos paso entre la multitud hacia la sala comunitaria de sexto, haciendo caso omiso de las incontables miradas que nos acechaban.

—Pues sí —murmuré dándole un apretón en la mano—. O lo que se siente siendo Johnny Kavanagh.

—Pasad de ellos —nos dijo Johnny, que se había quedado atrás entre la multitud, antes de añadir mucho más alto—: En este puto instituto, la gente tiene poca memoria y grandes problemas de visión.

Funcionó.

A la gente le faltó tiempo para apartar la vista.

Agradecida por la intervención de Johnny, le dejé tomar la iniciativa, consciente de que había algo en ese dublinés que lograba calmar a mi novio. Johnny hacía que Gerard tuviera los pies en la tierra y eso es lo que más necesitaba en ese momento.

Los cambios que se habían producido en nuestro círculo de amistades no

podían haber quedado reflejados de manera más clara cuando entramos en la sala comunitaria de sexto unos instantes después y nos encontramos con algo que solo podría describir como una gran división.

Mientras que Johnny, Gerard y yo nos habíamos quedado en la puerta, Aoife y Katie estaban sentadas en uno de los caros sofás de piel y Patrick estaba sentado en el otro, tocando suavemente su guitarra. Con la cabeza entre las manos, Hugh se reclinaba contra la ventana, mientras Joey y Lizzie hablaban en voz baja en la cocina. Shannon permanecía de pie en medio de la habitación, con aspecto desolado.

—La pandi de ocho dividida —dijo Helen verbalizando mis pensamientos cuando se colocó junto a mí—. Buah, nunca pensé que llegaría ese día.

—Querrás decir la pandi de diez, Hels —intervino Shelley señalando primero a Joey y luego a Aoife.

En cuanto Lizzie vio que estábamos en la puerta, sentí que el aire cambiaba a nuestro alrededor. Se volvió frío, espeso y húmedo, todo a la vez. Sus ojos azules me miraron a mí y luego a Johnny, y finalmente se posaron sobre Gerard.

Incapaz de contenerme, me puse delante de él con gesto protector, haciéndole saber a mi examiga que no había ido ahí a jugar. Iba a defender a ese chico con todo lo que tenía en mi arsenal. Hasta la muerte.

—Bueno, esto es muy raro —murmuró una de las chicas; no sé si fue Shelley o Helen, porque estaba demasiado concentrada en los cruces de miradas.

Noté que una mano tiraba de la mía y dejé de prestarle atención a Lizzie para volverme a mirar a Gerard.

—Claire, vente commigo a dar un paseo —me propuso con tono calmado, recorriéndome suavemente los nudillos con el pulgar.

—Adonde quieras —respondí apretándole la mano—. Iría a cualquier parte contigo, Gerard Gibson.

En sus ojos brilló una mezcla de alivio, tristeza y amor.

—Lo mismo digo, Claire Biggs.

Y, entonces, sin mirar a nadie más, giré sobre mis talones y salí de la sala cogida de la mano del único chico que podía reclamar mi corazón.

Se avecinaban problemas en nuestro grupo de amigos.

Lo sentía.

Lo notaba en la boca.

Pero las líneas se habían trazado.

Y yo siempre iba a estar del lado de ese chico.

Al fin y al cabo, sosegar al número 7 había sido la aventura de mi vida.

MOMENTOS CON CANCIONES, ATMÓSFERAS Y SENSACIONES

TODOS los sentimientos desde el punto de vista de Claire: Taylor Swift, «Willow»

Gibsie dentro de su cabeza: Anson Seabra, «I Can't Carry This Anymore»

La resiliencia de Gibbsie: Sekou, «Better Man»

Besándose en la lluvia: Taylor Swift, «The Way I Loved You»

Gibsie y Johnny: George Ezra, «Coat of Armour»

CANCIONES DE CLAIRE

Taylor Swift, «You Are in Love»
Aoi Teshima, «Young and Beautiful»
Taylor Swift, «Don't Blame Me»
Ella Henderson, «Hold On, We're Going Home»
The Sweeplings, «In Too Deep»
Grace Grundy, «Put Me Back Together»
Kelly Clarkson, «My Life Would Suck without You»
Maddie & Tae, «Friends Don't»
Taylor Swift, «Today Was a Fairy Tale»
Taylor Swift, «Paper Rings»
Pink, «True Love»
Avril Lavigne, «Mobile»
Abby Anderson, «Make Him Wait»
Sheryl Crow, «I Shall Believe»
Kelly Clarkson, «I Do Not Hook Up»
Ruth B, «Lost Boy»
Avril Lavigne, «Tomorrow»
Lady Gaga, «You and I»
Taylor Swift, «Love Story»
Picture This, «17»
Taylor Swift, «Fearless»
Taylor Swift, «Cardigan»
Avril Lavigne, «Things I'll Never Say»

Taylor Swift, «Wildest Dreams»
Uncle Kracker, «Smile»
Justin Timberlake, «Mirrors»
Black Eyed Peas, «Where Is the Love?»
Taylor Swift, «Maroon»
Alicia Keys, «No One»
Amy Winehouse, «Will You Still Love Me Tomorrow?»
Leona Lewis, «Colorblind»
Karizma Duo, «Save the Best for Last»
Taylor Swift, «Willow»
The Mayries, «Back to You»
Taylor Swift, «Long Live»
Ciara, «Love Sex Magic»
Tina Arena, «Show Me Heaven»
Taylor Swift, «Enchanted»
Miley Cyrus, «7 Things»
Cher, «The Shoop Shoop Song»
Salt-N-Pepa, «Whatta Man»
Leah Kate, «Fuck Up the Friendship»
Katy Perry, «Unconditionally»
Taylor Swift, «Our Song»
Colbie Caillat, «Bubbly»
En Vogue, «Don't Let Go»
Texas, «Inner Smile»
Alanis Morissette, «Head over Feet»
Sandi Thom, «What If I'm Right»
Bic Runga, «Sway»
Taylor Swift, «The Best Day»
Taylor Swift, «It's Nice to Have a Friend»
Camila Cabello, «In the Dark»

CANCIONES DE GIBSIE

Sam Fender, «Seventeen Going Under»

Anson Seabra, «I Can't Carry This Anymore»

Anson Seabra, «Trying My Best»

LANY, «anything 4 u»

Stefan Lee Krantz, «Wherever You Go»

Nelly Furtado, «Try»

Picture This, «Take My Hand»

Sum 41, «Fat Lip»

Dermot Kennedy, «Lost»

Mitch James, «21»

R.E.M, «Shiny Happy People»

LANY, «Cowboy in LA»

Five for Fighting, «Superman»

Wrabel, «Poetry»

Gary Jules, «Mad World»

Ed Sheeran, «Shivers»

Dermot Kennedy, «Kiss Me»

Blink-182, «Another Girl Another Planet»

The Fray, «You Found Me»

Busted, «Falling for You»

Smash Mouth, «All Star»

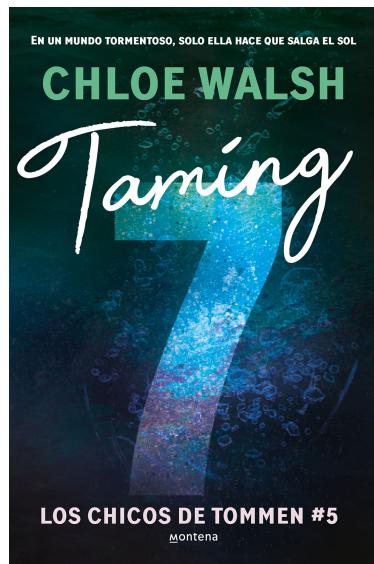
McFly, «Broccoli»

Kid Rock, «First Kiss»

Bell X1, «The Great Defector»
Noah Guthrie, «Sexy and I Know It»
Mr. Probz, «Waves»
Andy Grammer, «Honey, I'm Good»
Bowling For Soup, «High School Never Ends»
Third Eye Blind, «Semi-Charmed Life»
James Morrison, «Once When I Was Little»
Brooks Jefferson, «Two of a Kind»
Justin Bieber, «Anyone»
Keith Urban, «Somebody Like You»
McFly, «All about You»
The Kooks, «She Moves in Her Own Way»
Blink-182, «Josie»
Scissor Sisters, «I Don't Feel Like Dancin'»
David Gray, «This Year's Love»
Steve Acho, «Glycerine»
The Charlie Daniels Band, «The Devil Went Down to Georgia»
Picture This, «Jane»
Ed Sheeran, «Hearts Don't Break Around Here»
Munn, «The Reason I Hate Home»
Jonah Baker, «Don't Blame Me»
Wheatus, «Teenage Dirtbag»
Eminem, «The Monster»
Counting Crows, «Accidentally in Love»
Robbie Williams, «Angels»
Bloodhound Gang, «The Bad Touch»
The Offspring, «Pretty Fly»
Avicii, «Wake Me Up»
OMI, «Cheerleader»
Luther Vandross, «Dance with My Father»

Steve Miller Band, «The Joker»
Matt Nathanson, «Laid»
James, «Sit Down»
Jay-Z, Linkin Park, «Numb/Encore»
Sinead O'Connor, «Take Me to Church»
Ed Sheeran, «Shape of You»
Audioslave, «Be Yourself»
X-Ambassadors, «Unsteady»
Nickelback, «Far Away»
Declan J Donovan, «Fallen So Young»
Sean Paul, «Like Glue»

Ella es el prototipo de chica jovial. Él es el gracioso de la clase. Pero se avecina una tormenta y este chico del Tommen va a tener que ponerse serio.



***Los Chicos de Tommen*, la serie sports romance YA que ha encandilado a toda una generación.**

A Gerard "Gibsie" Gibson, el descarado del colegio, la comedia le corre por las venas, pero bajo su carácter alegre y despreocupado se esconde un joven hecho pedazos que vive atormentado por su pasado. Gibbsie utiliza el humor para lidiar con sus demonios y ocultarle al mundo todo lo que siente.

Solo hay una persona que lo conoce de verdad. Se trata de la hermana pequeña de su amigo. Claire, su muñequita.

Siempre de buen humor, Claire Biggs se ha pasado la vida idolatrando al chico del otro lado de la calle. Ella ve en Gerard algo que nadie más ve y está decidida a domesticar la salvaje naturaleza de su mejor amigo de la infancia.

Pero ¿sobrevivirá la amistad de Gibsie y Claire a lo inesperado cuando se traspasen ciertas líneas? ¿Se convertirá en algo más o acabarán ambos siendo arrastrados por la corriente?

Chloe Walsh es la autora bestseller de *Los chicos de Tommen*, que ha sido un boom en TikTok, Goodreads y Amazon. Lleva una década escribiendo romance contemporáneo, tanto juvenil como *new adult*, y sus libros se han traducido a múltiples idiomas. Es una gran amante de los animales, la música y las series de televisión, pero lo que más le gusta es pasar tiempo con su familia. Es una gran defensora de la salud mental. Vive en Cork (Irlanda) con su familia.



Primera edición: enero de 2025

© 2024, Chloe Walsh

© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2025, Yolanda Casamayor, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño de Brittany Vibbert /
Sourcebooks

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10396-47-0

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks

Facebook: somosinfinitos

X: @somosinfinitos

Instagram: @somosinfinitoslibros

Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



f t @ Penguinlibros

Índice

Taming 7

Nota de la autora

Pronunciación de los nombres

Prefacio

Prólogo. No os llevéis a la chica

1. Reaparecer con más fuerza que nunca
2. Amores sonámbulos y hermanos tontos del culo
3. Llamadas del capi
4. Pequeñas cicatrices irregulares
5. Gatos malvados y madres helicóptero
6. Chicos, playas y mejores amigas
7. La playa de Lord of the Dance
8. Mierdas, risitas nerviosas y tiendas de campaña en movimiento
9. Fritanga y acabar perdiendo los estribos
10. De vuelta al Tommen
11. Me parece que se va a liar
12. Flexiones y penitencia
13. Te dedicaré mis fines de semana
14. Requerido en el despacho
15. Gente resplandeciente y feliz

16. Chicas dormidas y corazones acelerados
17. Bebés y casos perdidos
18. Rhett Butler
19. Fiestas de pijamas y charlas sobre sexo
20. Pintas y meadas
21. Ambiente de sábado noche
22. Arriba el equipo Clibsie
23. Golpe bajo
24. Al abordaje de la escalera de Jacob y la rueda laboral
25. Yo siempre estoy bien
26. Cotilleos e idioteces
27. Consejo y asaltacunas
28. Proposiciones a la hora de la comida
29. Yo no puedo, pero ¿puedes tú?
30. Esto es lo que se siente
31. ¿Qué es lo que he hecho?
32. ¿Que le dejaste hacer qué?
33. Tío, no pierdas la cabeza
34. Hola, oscuridad, vieja amiga
35. Mi Romeo de rodeo
36. Los hermanos mayores liman asperezas como nadie
37. A ver, ¿quién hace de cuchara grande?
38. Chicos maleducados y trompas de elefante
39. A hacer puñetas los diecisiete
40. Sube la apuesta
41. El karma es un jugador de ajedrez
42. Dudas

43. Cucos en el nido
44. Besando a chicos en coches
45. Tristeza de mitad del trimestre
46. Pasteles de cumpleaños y patadas con el pie
47. Cállate y deja que me vaya
48. Un tiempo perfecto para los patos
49. ¡Todos a bordo del tren de los sentimientos!
50. ¿En tu casa o en la mía?
51. Te has perdido al payaso
52. Dobra, dobra tanto espanto
53. Calabazas y puñetazos
54. Ahogando las penas y los recuerdos
55. De vuelta al Tommen
56. Visitas a tumbas
57. ¿Cómo has podido?
58. 3.00 a. m.
59. Ya no puedo seguir cargando con esto
60. Ese es mi hombre
61. ¿Quién cojones es Damien?
62. Pactos al salir de clase
63. Las consecuencias de besar a chicos en las casas de los árboles
64. Perdiendo la virginidad y la conciencia
65. Armas homicidas y crímenes pasionales
66. Padres heroicos y carga de bombero
67. Una lengua viperina en la sala comunitaria
68. Abrirse y volver a cerrarse
69. La venganza lleva el nombre de Biggs

- 70. Menudo desastre
- 71. Amarillo Andie Anderson
- 72. Guardarse lo mejor para el final
- 73. Hojas de trucos y confesiones
- 74. Desvanecerme en ti
- 75. Deja que haga esto por ti
- 76. Asesinato en la pista de baile
- 77. Ya no quiero ser tu amigo
- 78. ¡Te quiero a morir!
- 79. Lo que pasó después
- 80. Van a ser unas Navidades tristes
- 81. Ya he tomado una decisión
- 82. Nochevieja
- 83. Serpientes y escaleras
- 84. La gran guerra

Momentos con canciones, atmósferas y sensaciones

Canciones de Claire

Canciones de Gibsie

Sobre este libro

Sobre Chloe Walsh

Créditos